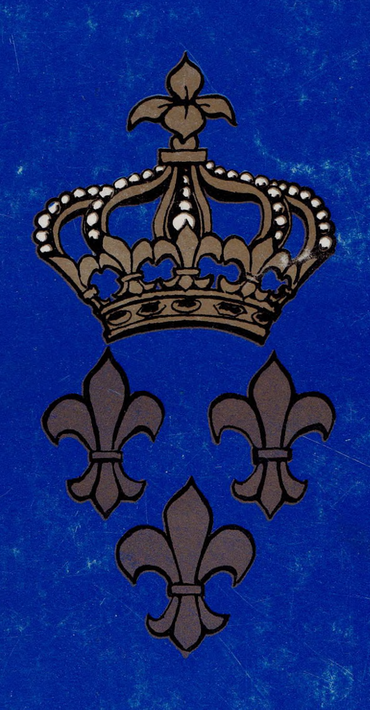
Antoine de Rivarol

ESCRITOS POLITICOS

(1789 - 1800)





Los **ESCRITOS POLITICOS** de Rivarol son probablemente la parte menos conocida de la obra de este autor tan celebrado en los salones parisienses de las postrimerías del Antiguo Régimen por su pulido aticismo, su fino ingenio y su temible ironía. Acreditado por su laureada exposición de las excelencias de la lengua francesa, traductor y crítico literario de nota, el brillante **causeur** se reveló súbitamente, cuando los Estados Generales del reino - reunidos en 1789 por Luis XVI - servían de escenario a la rebelión de la burguesía, y la plebe parisiense preludiaba con sus sangrientos tumultos el vértigo del Terror en que se hundiría Francia en los años siguientes, como un escritor político lúcido y vigoroso.

Esforzado defensor de la monarquía desde las páginas, vastamente difundidas entonces, del **Diario Político Nacional**, airoso polemista satírico en el **Pequeño diccionario de los grandes hombres de la Revolución**, consejero sagaz y de crudo realismo en las **Cartas al señor de La Porte**, pensador maduro y clarividente en los escritos del exilio, Rivarol mantuvo siempre una actitud política tan neta y coherente como personal. Firme partidario de la corona y censor severo de los jacobinos y sus precursores ideológicos - Rousseau y los llamados "filósofos" -, no ahorró tampoco críticas a los errores e inepcias de la nobleza, los ministros y el mismo rey. Su independencia de criterio hizo que ninguna bandería tuviera demasiado interés en reeditar las obras de este "francés por excelencia", muerto lejos de su patria a una edad en que mucho cabía esperar aún de su talento como historiador de la Revolución y teórico de la política. De allí la escasez de buenas ediciones con que ha debido enfrentarse el autor de esta primera versión castellana, dificultad que pudo superar recurriendo en varios casos a los mismos textos originales de 1790.



Antoine de Rivarol nació en Bagnols-sur-Cèze (Languedoc) el 26 de junio de 1753, en el seno de una familia de origen piamontés y condición burguesa (aunque posiblemente emparentada con la nobleza italiana). Aprendió las primeras letras en su ciudad natal y estudió luego algunos años en el Seminario de Aviñón. Hacia 1777 se trasladó a Versalles, donde residió un tiempo en las proximidades de la corte; más tarde se estableció en París y alcanzó allí pronto renombre por su talento y elegancia. Sus primeros escritos versan sobre temas lingüísticos y literarios. Al producirse la Revolución en 1789, Rivarol se pronunció firme y elocuentemente por la monarquía, en cuya defensa publicó notables artículos y opúsculos. Forzado a emigrar por esa razón en 1792, vivió sucesivamente –siempre dedicado a tareas intelectuales, y rodeado de fieles amigos y admiradores– en Bruselas, distintas ciudades holandesas, Londres, Hamburgo (1795-1800) y por último Berlín, donde falleció el 11 de abril de 1801, cuando proyectaba su regreso a Francia.



EDICIONES DICTIO

Antoine de Rivarol

ESCRITOS POLITICOS

(1789 - 1800)

Introducciones,
traducción y notas de
GUSTAVO A. PIEMONTE



EDICIONES DICTIO

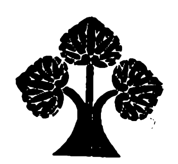
Las notas que no señalan otra cosa son del autor. Las adiciones del traductor van entre corchetes. Las notas del traductor llevan la indicación: (N. del T.).

El retrato del autor en la contratapa es reproducción del pintado por Jean-M.-J. Wyrsch en 1784.

Rivadavia 1255 — 1033 Buenos Aires

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Rivarol, escritor político



Rivarol, escritor político

No es Rivarol, por cierto, autor desconocido para los lectores de habla castellana; pero tampoco es bien conocido. Apenas suelen citarse de él unas pocas frases aisladas, cargadas generalmente de ingeniosa ironía, las cuales, transmitidas con fidelidad variable, han hecho llegar hasta nosotros, a través de dos siglos, algo del encanto del conversador brillante que sabía mantener a los salones de una edad tan refinada como impiadosa suspendidos de su palabra. Quienes se interesan por la historia de las letras no ignorarán que fue autor de un renombrado *Discurso sobre la universalidad de la lengua francesa*, que era su idioma natal, a pesar del origen italiano de su familia, y al cual amó, estudió y cultivó hasta un raro grado de excelencia. Mas no son demasiados quienes recuerdan que este frecuentador de ambientes no menos frívolos que distinguidos, este crítico burlón que se divertía en poner en su lugar desdeñosamente, con algún epigrama tan sutil como punzante, a más de un necio o mediocre que soñaba con la gloria literaria, fue también un escritor político profundo y vibrante.

No que tal haya sido la inclinación primera y espontánea de su espíritu. Durante varios años, después de instalarse, no sin esfuerzo, en la proximidad de la corte de Versalles, el joven caballero llegado de un obscuro villorrio del Languedoc, de familia vinculada tal vez con un linaje ilustre, pero venida a menos, no dio muestras de mayor interés por los asuntos públicos. "La política", comentaría tiempo después, en carta enviada a una pariente desde el destierro a que se vio empujado al entrar en su cuadragésimo año de vida, "no es ciencia propia de la juventud; las circunstancias desdichadas en que me encontré me forzaron a dirigir la atención hacia ese terreno. [...] El arte de gobernar a los hombres", agregaba, "será siempre la primera de las artes; esta necia especie es, efectivamente, harto difícil de conducir. Siempre hay que vérselas, o con su malicia en las épocas tranquilas, o con

su barbarie en las agitadas."[1] Palabras donde se recoge la amarga experiencia de una personalidad cultivada y sensible, a quien el destino atrapó entre la decadencia de un régimen arruinado por la inepcia y la corrupción, y la atrocidad de reformadores que, para fundar su filosófico reinado de la razón y la virtud, sumergieron en un mar de sangre a la aterrorizada nación que no mucho antes era la envidia de Europa.

Rivarol, pensador político de ideas netas y posiciones inequívocas, nunca fue hombre de partido. Severo cronista de los excesos revolucionarios, igualado con Tácito por el mismo Burke, polemista perspicaz y elocuente que ahondó el ataque al jacobinismo hasta sus raíces ideológicas —el utopismo racionalista y los especiosos sofismas del *Contrato social*—, no ahorró tampoco reproches a la incapacidad de los ministros de la corona, y a la vacuidad de gran parte de la nobleza, ni dejó de reconocer la trágica insuficiencia de Luis XVI, ese "rey cazador", cuya probidad incontestable no bastaba para cubrir la falta de luces y la debilidad de carácter que precipitaron en el infortunio, junto con él, a la nación que no supo gobernar. Contrarrevolucionario declarado desde 1789 —cuando aún la flamante "Asamblea nacional" suscitaba la admiración de tantos, en el reino y en el extranjero, y nadie imaginaba que en días no lejanos el horror de la guillotina funcionaría regularmente en las plazas públicas—, jamás ignoró que, a fines del Antiguo Régimen, "una revolución era tan necesaria en Francia que se había hecho inevitable". No había en él ni un incondicional de los que justifican servilmente cualquier arbitrariedad del "orden establecido", ni un defensor fanático del absolutismo; el ideal político que lo guiaba era, antes bien, el de la monarquía constitucional, tan opuesta al despotismo de un soberano o de sus favoritos como a la demagogia anárquica. La imperdonable falta de los Estados generales de 1789 fue, para Rivarol, el haber malogrado la oportunidad de instalar en su patria ese sistema mixto que encontraba descripto en Montesquieu, y realizado, aunque con imperfecciones, en Inglaterra. En su lugar, la Asamblea había rechazado la creación de una cámara alta, que pudiese intervenir como árbitro en caso de conflicto entre los diputados y la corona, y había reducido al rey al ejercicio de un menguado "poder ejecutivo" que tenía por única función hacer cumplir los decretos del cuerpo legislativo,

[1] Carta fechada en Hamburgo, el 18 de agosto de 1797, a su tía Françoise de Rivarol.

sin poder intervenir en su creación ni oponerse a su sanción, a no ser con un ilusorio "veto suspensivo", cuya inanidad se puso de manifiesto en la primera ocasión en que el trono pretendió hacer uso de él (respecto de las resoluciones del 4 de agosto de 1789). Con gran lucidez, Rivarol vio ya entonces acabada la monarquía; sólo era cuestión de tiempo la proclamación de la democracia como forma de gobierno; y ésta no podía significar de hecho, en un país como Francia, el ejercicio efectivo del poder por un pueblo de millones, asentado en un territorio que en la época parecía inmenso, sino su acaparamiento por alguna camarilla de oportunistas que instrumentara con astucia la fuerza ciega de la plebe, especialmente en la capital. "No hay que engañarse", advierte con penetrante y crudo realismo un pasaje del *Diario Político Nacional*, "el patriotismo es la hipocresía de nuestro siglo; es la ambición y la furia de dominar que se disfrazan con nombres populares. Los puestos estaban ocupados en el orden social: ha sido preciso entonces derribarlo todo para hacerse un lugar. Pues no es en absoluto el pueblo, no son los pobres, en cuyo nombre se ha hecho tanto mal, quienes han ganado con la revolución..." [2]

No intentamos, obviamente, en esta somera introducción, trazar un cuadro completo de la filosofía política de Rivarol, sino únicamente señalar brevemente algunos de sus rasgos característicos —entre los cuales debe citarse también, por su perenne actualidad, su actitud ante los problemas financieros del Estado y ante la especulación que florecía alrededor de los empréstitos concertados imprudentemente por sucesivos ministerios—,[3] y ofrecer unos pocos datos biográficos que faciliten el acceso del lector a textos cuya claridad exime por lo general de mayores glosas. Quien busque una exposición sintética de conjunto, que la riqueza a veces algo desordenada de nuestro autor hace deseable, cuenta, por lo demás, con un excelente estudio de don Julio Irazusta, recientemente reeditado,[4] donde hallará una sinopsis, acompañada de breves acotaciones críticas, de todas las obras políticas de Rivarol. Vaya aquí, por cierto, nuestro reconocimiento al distinguido historiador entrerriano, que nos guió con su trabajo, y ayudó además a nuestra traducción suministrándonos gentilmente viejos y valiosos volúmenes de otro modo inhallables en nuestro país.

[2] *Op. cit.*, 2ª serie, I.
[3] Cf. *Diario Político Nacional*, 2ª serie, V, nota 19, etc.
[4] "Rivarol", en *Estudios Histórico-Políticos*, Buenos Aires, Dictio, 1974, pp. 46-102.

Los orígenes meridionales

Creemos conveniente situar aquí, muy sucintamente, los escritos que traducimos, y que presentamos en orden cronológico, en el marco de la vida de su autor, y de la tormentosa época en que se desenvolvió. Nacido en Bagnols, pequeña ciudad del Mediodía de Francia, no lejos de Aviñón, el 26 de junio de 1753, era nuestro escritor hijo de Jean Rivarol —hombre de cierta instrucción que ocupó en la región puestos públicos menores, y también ejerció, al menos temporalmente, oficios más burgueses—,[5] y nieto de Antoine-Roch Rivaroli, originario de un pueblo cercano a Novara, y oficial de las tropas del duque de Milán, que se había radicado en el Languedoc hacia 1717, tras haber participado en la guerra de Sucesión española al servicio de Felipe V. Este Antoine-Roch Rivaroli era tal vez sobrino del marqués de Rivarol (o Rivaroles), un piamontés que llegó a teniente general de los ejércitos de Luis XIV, descendiente de una familia noble originaria de Parma, cuyas ramas se extendieron igualmente a Liguria, Sicilia y España. Es seguro, en todo caso, que Claude-François de Rivarol, hermano menor de nuestro autor, militar y también escritor, fue reconocido como noble de nacimiento —con el rango de caballero, o vizconde— en documentos oficiales emanados de Luis XVI y de Luis XVIII (a quien sirvió en la emigración). Por otra parte, la partícula nobiliaria ante el apellido, y el título de conde que usaba Antoine de Rivarol, sólo mezquinamente pueden discutírsele, pues los merecía ciertamente, por su talento y su naturaleza genuinamente aristocrática, más que muchos fatuos herederos —o compradores— de pergaminos que en nada los salvaban de la mediocridad. Por lo demás, muchos pasajes de sus obras indican el poco caso que íntimamente hacía de esas vanidades mundanas, que obsesionaban e irritaban a tantos burgueses, cuyo resentimiento fue uno de los motores más poderosos de la Revolución.

Antoine recibió una educación eclesiástica, primero en el colegio de los religiosos josefitas de su ciudad natal, y luego en el seminario de Aviñón, donde se le impuso la tonsura. Tenía parientes sacerdotes, entre ellos el hermano menor de su padre; eviden-

[5] Fabricante de seda, y mesonero (*aubergiste*). La malignidad de sus enemigos hizo de esta última ocupación de su padre el motivo de innumerables pullas contra Rivarol.

temente, el estado clerical no era su vocación: pero de aquellos años le quedó, además de una sólida formación humanística, un cierto conocimiento de la filosofía y teología escolásticas, el profundo aprecio por Pascal que conservó toda su vida, y un fondo de religiosidad que toda la disipación y la incredulidad habituales en su siglo —y a las cuales no escapó— no consiguieron borrar. Las páginas del *Discurso preliminar* de 1797, en que defiende al Cristianismo y a la Iglesia contra Voltaire y demás "filósofos", pueden explicarse por razones puramente políticas y pragmáticas; no obstante, la convicción y el tono encendido de su alegato le hicieron evocar la inspiración de Chateaubriand y De Maistre sobre análogos temas al mismo Remy de Gourmont, que sin embargo insistía en la falta de fe de Rivarol.[6] Éste murió, en todo caso, según el sentido relato de un testigo ocular, en el seno de la Iglesia Católica.

París: los comienzos literarios (1783-1788)

Abandonado el seminario, el joven provinciano se trasladó, hacia 1777, con poco dinero en el bolsillo, a Versalles, y después a París, donde pronto se destacó por su donaire, su prestancia, y un extraordinario don para la conversación que lo hizo famoso y le abrió todos los salones. Fue recibido y encomiado por las celebridades de la hora, D'Alembert y Voltaire —a quien se atribuye el haber llamado a Rivarol "el francés por excelencia"—, Buffon y Diderot. Por entonces fue presentado también al editor Panckoucke, y publicó sus primeros textos, colaboraciones en el periódico *Mercure*. Durante los diez o doce años siguientes, la producción de Rivarol fue exclusivamente de orden literario; de los varios artículos, opúsculos y folletos de ese tiempo, recordaremos solamente el ya nombrado *Discurso sobre la universalidad de la lengua francesa*, escrito en 1783 para un concurso organizado por la Real Academia de Ciencias y Letras de Berlín, coronado por ésta y editado al año siguiente por su orden, obra que procuró a su autor no escaso renombre y crédito, tanto en Prusia como en la corte de Versalles; la traducción en prosa, publicada en 1785, del *Inferno* de Dante, poco conocido y menos apreciado hasta entonces en Francia, versión que es un

[6] Cf. la Introducción a *Rivarol*, París, Mercure de France, 5ª edición, 1923 (*Collection des plus belles pages*), p. XI.

bello homenaje a la lengua de sus antepasados y al genio del poeta medieval; el malicioso *Pequeño Almanaque de nuestros Grandes Hombres, año 1788*, antecedente, en el campo de las letras, del *Pequeño Diccionario de los Grandes Hombres de la Revolución* que vio la luz dos años más tarde (y a cuyas páginas de presentación remitimos); y, por último, las dos *Cartas al señor Necker sobre la importancia de las opiniones religiosas*, impresas en Berlín, 1788, en las cuales Rivarol la emprende ya con el pesado banquero ginebrino, transformado en profesor de moral merced a los ocios que le imponía su temporario desfavor ante el rey, situación que pronto concluiría con su vuelta al ministerio en agosto de dicho año. De allí en adelante, los ataques de Rivarol continuarán persiguiendo al director general de Finanzas del reino, pero ya en el terreno específicamente político, al cual se verá arrastrado nuestro autor, como todos los franceses de cualquier oficio y condición, por los dramáticos sucesos de los años siguientes.

El cambio de escenario político en Francia

Un cambio de largo alcance se estaba preparando entretanto, efectivamente, en el escenario público. El Gobierno, enfrentado con acuciantes dificultades económicas, apelaría a un recurso desesperado que, al sobrevenir en un ambiente cargado de descontento, y emponzoñado por la inmoralidad y la irreverencia que una filosofía disolvente había puesto de moda, había de inaugurar un proceso cuya culminación sería el estruendoso derrumbe de las envejecidas y resquebrajadas estructuras del Antiguo Régimen, en catástrofe jamás vista. El 8 de agosto de 1788, tras un "cuarto intermedio" de ciento setenta y cuatro años, eran convocados los Estados generales del reino, que reunían a los representantes del clero, la nobleza y la burguesía, estos últimos en doble número que los de cada uno de los otros estamentos, según reforma introducida el 27 de diciembre de ese año.

La inauguración de los Estados generales se efectúa el 5 de mayo de 1789, en Versalles, con un discurso del rey ante los tres estamentos reunidos, según la tradición; mas pronto el tercero de ellos, el *tiers état* o estado llano, se proclama unilateralmente "Asamblea nacional", y ante la tentativa gubernamental de clausurar sus deliberaciones, celebra la famosa sesión del 20 de junio en una sala destinada al juego de pelota, donde los diputados juran no separarse hasta no haber dado una constitución a Francia. A

partir de allí la iniciativa quedará con la Asamblea, y los distintos sectores coligados contra el rey, cada uno en pos de ideas y objetivos particulares. El 14 de julio, un grupo de amotinados asalta la vieja Bastilla, temible prisión de Estado en otro tiempo, pero por entonces casi deshabitada, y obtiene la rendición del puñado de guardias que la custodia. El hecho es magnificado como una victoria sobre el despotismo, y ya se habla por todas partes de revolución. Se vota en la Asamblea la abolición de los privilegios de la nobleza (noche del 4 de agosto), y la "Declaración de derechos del hombre" (26 de agosto). Cunde la alarma en la corte, y comienzan las emigraciones, entre ellas la del conde de Artois, hermano menor del monarca reinante y futuro Carlos X. El 5 y 6 de octubre, el populacho de París, aprovechando la actitud ambigua de la Guardia nacional comandada por el marqués de La Fayette, invade Versalles y obliga al rey y a su familia a trasladarse a la capital, donde quedarán bloqueados en el palacio de las Tullerías durante cerca de tres años.

El defensor de la monarquía (1789-1792)

Todos los hechos mencionados hallan su cronista e inflexible censor en Rivarol, quien, a pesar del creciente riesgo para su persona, continúa residiendo habitualmente en París, con ocasionales visitas a la residencia campestre de algún amigo, uno que otro viaje a las provincias del norte —Picardía, el Cambrésis— y tal vez a Bélgica, y estadías de unos pocos meses en los alrededores de Noyon, y posteriormente en Maisons-Laffitte, para sustraerse a períodos de excesiva agitación en la capital. Sus escritos políticos se inician con los artículos vigorosos y lúcidos en el *Diario Político Nacional* (julio de 1789 a noviembre de 1790), del cual se convierte a poco andar en responsable exclusivo, y las colaboraciones satíricas en el periódico que con el título de *Hechos de los Apóstoles* fundó poco después un grupo de aristócratas amigos suyos. En esta segunda línea se ubica el ya mentado *Pequeño Diccionario de los Grandes Hombres de la Revolución*, audaz catálogo burlesco de aspirantes a próceres editado en 1790. Hacia fines de dicho año, Rivarol se llama a silencio. La situación empeoraba día tras día para los monárquicos: el club de los jacobinos seguía ganándoles terreno a los constitucionalistas moderados, y las esperanzas de sofocar a los insurgentes por la fuerza se hacían cada día más débiles ante la indecisión del rey y la defección del ejército. La venta de los

bienes de la Iglesia y el juramento de fidelidad que se exigía hacia la nueva Constitución civil del clero provocaron la condenación papal, y fue robusteciéndose en las potencias extranjeras, especialmente Austria —gobernada a la sazón por Leopoldo II, hermano de María Antonieta— y Prusia, la idea de que a no largo plazo sería menester terminar con el creciente peligro que la Revolución de Francia representaba para el resto de Europa, mediante una intervención armada.

En abril de 1791, la muerte de Mirabeau signa el fracaso definitivo de los proyectos de monarquía constitucional; la frustrada huida de la familia real —detenida en Varennes el 20 de junio de ese año— hace aún más rigurosa la vigilancia de los revolucionarios en torno al palacio de las Tullerías, convertido virtualmente en prisión. En tales circunstancias, Rivarol, a través de un leal funcionario de la corte, M. de la Porte, transmite al rey varios escritos donde le ofrece sugerencias tácticas, tan desprejuiciadas en cuanto a los medios aconsejados, como aparentemente ingenuas en lo que respecta a la capacidad efectiva de ponerlas en obra de su destinatario. Dichos documentos, no destinados a la publicidad, son los últimos textos políticos que redactó nuestro autor mientras residía aún en su patria.

El triunfo de los jacobinos y la emigración de Rivarol: Bruselas, Holanda, Londres (1792-1794)

En efecto, el 10 de junio de 1792, obedeciendo a una sugerencia del propio Luis XVI, Rivarol abandona Francia, conmovida por preparativos de guerra, y lanzada ya irreversiblemente hacia la abolición de la monarquía. Refugiado primero en Bruselas —entonces bajo dominio austríaco— es testigo de la efervescencia de los nobles emigrados, ilusionados con una restauración sin variantes del Antiguo Régimen por obra de los ejércitos extranjeros. Preocupado por la estrechez de miras de sus dirigentes, Rivarol intenta contrarrestar la rigidez y agresividad del *Manifiesto* del duque de Brunswick con su ecuánime *Carta a la nobleza francesa*, donde exhorta a los aristócratas, en caso de triunfar sobre los jacobinos, a mostrar moderación y magnanimidad. La amenaza en las fronteras precipita los acontecimientos en la capital: tras el asalto a las Tullerías por la turba, y la suspensión y encarcelamiento del rey, los "constitucionales" como La Fayette quedan desubicados; el ex comandante de la Guardia nacional acaba por refugiarse en terri-

torio austríaco, donde lo alcanza un vindicativo libelo de Rivarol sobre su *Vida política* (agosto de 1792). La victoria republicana en Valmy acarrea como consecuencia inmediata la supresión de la monarquía por la Convención nacional, que reemplaza a la Asamblea legislativa (21 de septiembre), y semanas más tarde llega el proceso y condenación de Luis XVI, que será guillotinado el 21 de enero siguiente. A su ejecución sucederá multitud de otras, entre ellas la del malhadado Felipe *Igualdad*, paradigma de ambicioso intrigante evocado por Rivarol en su *Retrato del duque de Orleans* (1793 ó 1794). El "Comité de Salvación Pública", dirigido por Robespierre, reorganiza el Tribunal revolucionario, que envía al cadalso a miles de franceses por una mera sospecha; es el Terror, que alcanza su apogeo en junio y julio de 1794.

Ante la aproximación del ejército republicano de Pichegru, Rivarol deja Bruselas, y pasa algunos meses en ciudades holandesas: Amsterdam, La Haya, Rotterdam. Finalmente se embarca para Londres, en el otoño de 1794. Ningún escrito suyo importante se nos conserva de esa época azarosa; en cartas posteriores rememorará los riesgos enfrentados en sus viajes, entre los cuales se contaron dos naufragios y la persecución de un buque corsario francés, que lo obligó a arrojar al mar un paquete de cartas, algunas "muy importantes y muy honrosas", como un Breve que le había dirigido el papa Pío VI (carta a su padre del 26 de enero de 1801). La permanencia en Londres no es muy larga; en la primavera siguiente, primeros meses de 1795, Rivarol parte hacia Hamburgo, en cuyos alrededores se instala, en una casita de campo rodeada de sicómoros que ha de ser su residencia por más de cinco años.

Los años de Hamburgo (1795-1800)

En Hamburgo se había radicado una cantidad apreciable de emigrados, y el escritor no tarda en reunir a su alrededor un grupo atraído por su deslumbrante conversación, vívidamente retratada por el poeta Chênedollé en un testimonio recogido por Sainte-Beuve que se refiere precisamente a esa época. También se vincula con el editor Fauche, en cuyo periódico *Spectateur du Nord* publica algunas colaboraciones, y a quien seduce sobre todo con su proyecto (finalmente abandonado) de un nuevo diccionario de la lengua francesa. Será dicho proyecto ocasión de inacabables discusiones por la tardanza del autor en cumplir lo convenido; pero

le debemos, al menos, un valioso *Discurso preliminar*, de interés no sólo para la filología, sino también para la historia política, por sus capítulos finales, que traducimos en este volumen. Corría 1797, y muchos cosas habían cambiado mientras tanto en Francia; tras la caída de Robespierre en 1794, y la supresión del Tribunal revolucionario al año siguiente, la Convención nacional se disuelve, y se instala el Directorio (Constitución del año III), gobierno cuya debilidad en los asuntos internos, tanto financieros como políticos, contrasta con las victorias militares de Francia en el exterior, que van engrandeciendo la figura recién surgida de Bonaparte. Esperanzado con las medidas moderadas de las nuevas autoridades, que habían abrogado muchas disposiciones contra los emigrados y contra la Iglesia, Rivarol comienza a pensar en el retorno. Quería volver a ver a sus padres, y por otra parte, las brumas del Norte y aquellos pueblos "que el sol mira al sesgo" no podían retener al meridional ávido de luz y calor: "Cuatro cosas son necesarias por igual para mi imaginación enferma", escribirá en una de sus últimas cartas a un amigo de su país natal,[7] "vuestros aires, vuestras aguas, vuestros frutos y vuestra conversación. Sucumbo moral y físicamente en estos países del Norte."

Berlín: el proyecto de regresar a Francia, y la muerte (1800-1801)

En septiembre de 1800, Rivarol se marcha finalmente de Hamburgo, pasa por Brunswick, y a fines del mes se encuentra en Berlín, sede de la corte prusiana, y de la Academia que había laureado su trabajo sobre la lengua francesa dieciséis años atrás, y de la cual había sido nombrado "asociado extranjero" por Federico *el Grande*. En Berlín halla el desterrado un círculo de amigos inteligentes y fieles; mas a pesar del afecto de éstos, y de reconocer los méritos de aquel reino profundamente militar, sigue atenaceándolo la nostalgia de Francia, que los pesados prusianos imitaban en cuanto podían sin jamás iguarla. En las últimas semanas del invierno de 1801, su plan está definido: en abril, o a más tardar en mayo, partirá hacia el Rin, pasando por Dresde, y desde Baden entrará en su patria. Sólo lo detiene el temor de dificultades con el gobierno francés, que acababa de enviar a prisión a su hermano Claude-François, ferviente monárquico. El golpe de Estado del 18 de bru-

[7] Carta a M. de Gaste, fechada en Berlín, el 24 de enero de 1801.

mario del año VIII (9 de noviembre de 1799) había hecho a Napoleón Bonaparte, recién vuelto de Egipto, dueño del poder con el título de Primer Cónsul, y la victoria de Marengo (14 de junio de 1800) afianzaba su prestigio ante Europa. Ahora bien, el último escrito político de Rivarol, poco antes de partir de Hamburgo hacia Berlín, había sido precisamente el *Prospecto* de un nuevo diario político proyectado para apoyar a los Borbones exiliados contra Bonaparte. Dichas páginas, y otras que tenía al parecer ya listas sobre el tema, quedaron inéditas, en gran parte, probablemente, debido a vacilaciones del autor sobre la oportunidad de publicarlas.

El 4 de abril de 1801, Rivarol se siente algo indispuesto; dos días después, se halla postrado en su lecho, pero no se cree realmente enfermo, y continúa conversando animadamente con los amigos que vienen a visitarlo. El médico diagnostica no obstante una inflamación pulmonar grave; tras una aparente mejoría, el 10 de abril el enfermo cae en delirio, y al día siguiente, sábado 11 de abril de 1801, recibidos los últimos sacramentos de manos del sacerdote católico del lugar, muere, a los cuarenta y siete años de edad.

La obra inacabada; ediciones póstumas

Los papeles inéditos fueron inmediatamente puestos bajo la custodia de dos amigos del difunto, y más tarde remitidos a un comerciante de Hamburgo. Muchos años después, hacia 1825, el hermano preferido de Rivarol, el ya mencionado Claude-François, logró que se los restituyeran, y publicó en 1831 *De la Souveraineté du Peuple*, y en 1836 *Pensées inédites*, ambas como obras póstumas de Antoine, pero donde la intervención del propio Claude-François es demasiado frecuente y libre como para que podamos tomarlas literalmente por tales.

Alguien, sin embargo, se le había adelantado a examinar los manuscritos, y había hecho desaparecer el texto en limpio del *Discurso sobre la soberanía del pueblo*, así como el plan dividido en capítulos de la *Teoría del cuerpo político* en que trabajaba Rivarol cuando sobrevino su muerte: el abate Sabatier de Castres, efímero colaborador de nuestro autor en el *Diario Político Nacional*, quien se sirvió ineptamente de los materiales saqueados en los inéditos para componer su obra *De la Souveraineté, connaissance des vrais principes du gouvernement des peuples*, publicada con pie de imprenta en Altona, 1805. Hay allí, según los críticos, páginas admi-

rables, todas de Rivarol, pero tan entreveradas y mal transcriptas que su cribado y utilización es harto difícil, y no sabemos se haya intentado hasta el presente, a pesar de que contienen fragmentos valiosos del último pensamiento político de Rivarol. Sería, a no dudar, un interesante tema de investigación para quien contase con los medios necesarios, y representaría un progreso considerable en el conocimiento de un autor que no ha sido excesivamente favorecido en cuanto a trabajos de edición.

En la carta arriba citada a su amigo De Gaste, [8] Rivarol, ya al fin de su corta carrera, le escribía: "Me decís que no tenéis todas mis obras: pero si las tuvieseis, estaríais mejor que yo. Son verdaderamente las hojas de las sibilas; se las lleva el viento." Años después de la muerte del autor, Fayolle y Chênedollé se encargaron de preparar una edición en cinco volúmenes,[9] a la cual titularon *Oeuvres complètes* (París, 1808). Mas lamentablemente, falta allí al menos un tercio de los escritos auténticos de Rivarol, y figuran otros apócrifos, e incluso libelos dirigidos contra él. A más de ciento setenta años de aquella recopilación, aún no ha sido sustituida por otra realmente integral, y de texto seguro. Para las traducciones que presentamos en este volumen, nos hemos servido en cada caso del mejor texto francés disponible, según indicamos en la presentación de las diferentes obras. En dos casos, en particular, hemos podido utilizar las ediciones originales de 1790: para el *Pequeño Diccionario,* gracias a la atención de don Julio Irazusta; y para la parte final del *Diario Político Nacional* (2ª serie, X, XXIII y XXIV, y toda la 3ª serie), a través de fotocopias enviadas por la *Bibliothèque Nationale* de París. Queremos agradecer, a propósito de estas últimas, el interés demostrado hacia nuestra gestión para obtenerlas por el Agregado Cultural de la Embajada de Francia en Buenos Aires, M. Jean-Pierre Bernès.

Referencias bibliográficas

La presente edición no pretende ser un trabajo de erudición, para el cual nos faltó tiempo y medios. Por eso nos contentaremos con indicar aquí dos obras fundamentales, que nos han sido sumamente útiles, y remitimos para otras indicaciones a las páginas de presentación de cada una de las obras traducidas.

[8] Ver la nota 7, más arriba.
[9] Reimpresa hace unos años por editorial Slatkine, Ginebra, 1968

—La vieja biografía de André Le Breton, *Rivarol; sa vie, ses idées, son talent, d'après des documents nouveaux*, París, Hachette, 1895, VII-388 pp., resulta aún indispensable, al no haber sido reemplazada por ninguna otra obra de conjunto. Le Breton, profesor de la Facultad de Letras de Burdeos, realizó investigaciones originales y minuciosas, utilizando no sólo enorme cantidad de impresos de los años de la Revolución relativos al tema, sino también manuscritos por él hallados en archivos públicos, o en poder de la familia de Rivarol.

—La antología ya citada,[10] de la colección *Les plus belles pages*, publicada por las ediciones Mercure de France, ha sido reeditada varias veces, la última, según nuestros datos, por Jean Dutourd, en 1963. Comprende pasajes bastante extensos ordenados por materias (literatura, política, filosofía), numerosas cartas, y una recopilación de reflexiones aisladas, anécdotas, *bons mots* —en que fue tan pródigo Rivarol—, amén de una importante bibliografía (pp. 329-336 en la edición de 1963).

Hacemos notar aquí que nuestra propia edición *no* tiene carácter de antología, ya que presentamos íntegros todos los escritos de Rivarol de contenido político, que le pueden ser atribuidos con certeza en el estado actual de los estudios sobre el tema; ello no significa, por supuesto, que investigaciones efectuadas en Francia o en otros países de Europa no vayan a sacar a luz nuevos textos. Lo consideramos muy probable, y esperamos, cuando sucediere, poder completar esta primera versión castellana, para la cual solicitamos desde ahora la indulgencia del lector.

GUSTAVO A. PIEMONTE

10 Véase la nota 6, más arriba.

Diario Político Nacional
(1789 - 1790)



Título original: JOURNAL POLITIQUE-NATIONAL

Introducción

Al promediar el año decisivo de 1789, ya reunidos, en respuesta a la primera convocatoria regia desde comienzos del siglo anterior, los Estados generales de Francia, y cuando los diputados de la burguesía acababan de proclamarse "Asamblea nacional", y se habían juramentado en la famosa sesión del *Jeu de paume*, apareció en París el "Prospecto" de un nuevo periódico, que se anunciaba defensor de la causa de la monarquía: el *Journal Politique National*. Dos días más tarde, en la misma fecha —14 de julio— en que una turba armada, reforzada por tropas de las Guardias francesas que habían desertado en masa, asaltaba la Bastilla, se iniciaba, con el segundo número del *Diario Político Nacional*, la publicación de los "Resúmenes históricos y razonados de los acontecimientos", destinados a discutir en profundidad las resoluciones, los procederes y las ideas rectoras de la Asamblea. El *Diario*, de frecuencia bastante regular al principio, y más accidentada luego, se extendería hasta fines del año siguiente, en tres series —a las cuales se abonaban los suscriptores por adelantado— de veinticuatro números cada una las dos primeras, e interrumpida tras el octavo la tercera.

En sus comienzos aparece como responsable del periódico el abate Sabatier de Castres, cuyo nombre es reemplazado a partir de la segunda serie por el de un tal "señor Salomón", domiciliado en la ciudad de Cambrai, sobre el Escalda, no lejos de la frontera belga. Evidentemente, en este segundo caso se trata de un pseudónimo; y según la interpretación más plausible, el mismo encubre a Rivarol, de quien sabemos por otro lado que fue colaborador de Sabatier desde el primer momento, y luego responsable exclusivo de la publicación.[1]

[1] La zumbona "Carta sobre la captura del abate Maury en Péronne", que forma el último número de la primera serie, ubica a su anónimo autor en la región de Picardía, contigua al Cambrésis, a fines de julio de 1789; un testimonio posterior del abate Sabatier confirma que se encontró por entonces

Antoine Sabatier, natural de Castres, en el Languedoc, es decir, meridional como Rivarol, había conocido a éste en Versalles, donde el abate (así llamado aunque sólo había recibido la tonsura) gozaba de residencia y pensión provistas por la Corte, en premio a sus violentos ataques contra Voltaire y demás "filósofos". Al comenzar a adquirir los enjundiosos y elocuentes artículos del nuevo periódico la fama que merecían, Sabatier quiso presentarse como el inspirador intelectual de la obra, dando a entender que sólo dejaba a su colaborador el cuidado de la forma literaria. Nadie entre quienes conocían a ambos escritores parece haber caído en la ingenuidad de creer en sus pretensiones. Los críticos posteriores tampoco le han reconocido más que unos pocos textos sin mayor importancia, entre ellos el Prospecto inaugural; el "Mensaje a los Imparciales", que constituye el Nº X de la segunda serie, le fue atribuido por A. P. Malassis (1877), y M. de Lescure muestra haberlo seguido en su edición de 1880: pero Le Breton concluyó que eso era un contrasentido originado en una mala interpretación de la "Advertencia" que Rivarol insertó en el número siguiente. Nuestro autor no parece haber tenido nunca gran aprecio por Sabatier, a quien no volvió a mencionar desde que cesó la fallida colaboración entre ambos. Tras la muerte de Rivarol en el exilio, el persistente abate, que había seguido vanagloriándose del *Diario Político Nacional* como creación suya, e incluso lo había hecho reimprimir en provecho propio, se las arregló para echar mano a valiosos papeles inéditos del difunto sobre el tema de la soberanía, y los publicó con su nombre —en forma tan inepta, para colmo, que el resultado es, al decir de Le Breton, una "informe amalgama".

Los "Resúmenes", que comienzan por ser una crónica y discusión de los actos de la Asamblea nacional, y de las respuestas que el rey daba a los crecientes ataques de la misma contra su autoridad, amplían enseguida su campo de observación para incluir todos los factores que, actuando simultáneamente y en variadas combinaciones recíprocas, iban produciendo, cada vez más aceleradamente, una profunda alteración en la estructura política del reino: las maniobras del ministro Necker, mediocre banquero aclamado por

---

con dicho autor —a quien no identifica, pero que es indudablemente Rivarol— *en Cambrai*. Ha de saberse, por otra parte, que el *Diario Político Nacional* pasó pronto a imprimirse en Bruselas, pues en París los talleres se negaban a hacerlo por temor a los revolucionarios: ello puede explicar tal vez, entre otras causas, la presencia de Rivarol en el norte de Francia, cerca de la frontera.

un engañoso instante como salvador de Francia; las intrigas del duque de Orleans, dividido entre la ambición y la cobardía; los manejos de los especuladores para que el Estado hiciera frente a la enorme deuda pública, y salvara así sus intereses personales; los ensueños racionalistas de los abogadillos de provincia adueñados de la Asamblea, quienes empapados de las doctrinas de los enciclopedistas y de Rousseau, aspiraban a inmortalizarse creando un país totalmente nuevo según sus preconceptos ideológicos; el oportunismo demagógico de nobles como Mirabeau y La Fayette, que buscaban hacerse populares imponiéndole al rey una constitución, y abrían paso imprudentemente a una marejada incontenible que acabaría por arrastrar al monarca, y a los mismos "moderados" en muchos casos; la violencia irresponsable del populacho instigado por unas cuantas camarillas, adulado como nuevo soberano por quienes intentaban servirse de su fuerza ciega para arrebatar el poder. Nada falta en estos extraordinarios cuadros, que relatan acontecimientos apenas ocurridos con una sagacidad y una ponderación más exigibles de la historia que del periodismo. Los escritores que se ocuparon más tarde de dichos sucesos hicieron, por ello, amplio uso de estas páginas de Rivarol, aunque citándolo raramente, o incluso ignorándolo; así desde la *Historia de la Revolución* de Bertrand de Moleville (1801), hasta la maciza obra de Taine sobre los *Orígenes de Francia contemporánea* (1876 y sig.), y más allá.

Otro aspecto sumamente notable del *Diario Político Nacional* está dado por las certeras previsiones del autor, quien se eleva en algún caso a verdaderas profecías políticas. Hay en ellas un testimonio irrecusable de la profundidad con que leía en los hechos de su tiempo las fuerzas y tendencias que los producían, y que habían de producir igualmente otros efectos no imaginados ni deseados por los protagonistas del momento. Son, en especial, las nítidas predicciones del despotismo militar en que desembocarían las declamaciones democráticas; el mismo Rivarol, en uno de sus últimos escritos (el *Prospecto* de 1800, traducido al final de este volumen), recordará años más tarde esos pasajes de 1789, que prefiguraban el encumbramiento de Napoleón Bonaparte.

Análogas predicciones formulaba casi simultáneamente Edmund Burke, cuyas *Reflexiones sobre la Revolución Francesa* [2] fueron pu-

[2] Véase la traducción de esta obra por J. Irazusta, Buenos Aires, Dictio, 1980.

blicadas en Londres en noviembre de 1790. No es el único punto de encuentro entre ambos autores, y las coincidencias resultan en más de un caso tan notables que sugieren una influencia directa. Sin embargo, en una carta editada al año siguiente, Burke manifestaba a Claude-François, hermano del autor del *Diario Político Nacional*, que había visto estos "admirables anales [...] que serán puestos un día junto a los de Tácito" demasiado tarde para poder aprovecharlos en su obra. Rivarol se referiría en su *Discurso preliminar* de 1797 a la carta citada, para probar que Burke no había sido el primero en escribir contra la Revolución (cf. *infra*, p. 533, nota 45). Se dice que éste lo recibió como a huésped distinguido cuando Rivarol, emigrado de Francia, pasó algunos meses en Londres a fines de 1794, a pesar de lo cual nuestro autor prefirió no instalarse definitivamente en Inglaterra, y se dirigió a Hamburgo.

Rivarol no llevó el relato de los hechos revolucionarios mucho más allá del 6 de octubre de 1789, cuando el rey fue obligado a trasladar su residencia de Versalles al palacio de las Tullerías, en el centro y a la merced de la capital insurgente. En el *Prospecto*, ya mencionado, de un nuevo periódico que proyectaba fundar en 1800 como continuación del *Diario Político Nacional*, explica por qué: "Todos los grandes golpes habían sido asestados, la cantidad había triunfado sobre la calidad." Los sufridos suscriptores de su publicación, habituados a irregularidades y retrasos, sólo vieron aparecer ocho números de los veinticuatro que prometía la tercera serie, y espaciados a lo largo de seis meses, de mayo a noviembre de 1790. A las intermitencias en la voluntad de trabajo de Rivarol, que no gustaba de alienar su libertad con obligaciones fijas, se sumaba el hecho palpable de que el ambiente se volvía cada vez más irrespirable para los monárquicos. El predominio de los liberales constitucionalistas cedía ante los jacobinos, cuyo fanatismo era impermeable a cualquier razonamiento, y no hacía más que exacerbarse ante las ironías. A partir de 1791, publicar le pareció a Rivarol, a más de riesgoso, inútil, si no contraproducente; sus ideas políticas las reservó para la conversación y las cartas privadas, como las dirigidas al señor de La Porte, y por su intermedio al rey. "No quise ser", diría años más tarde, "el historiador del infortunio y el crimen."

Incompleto como había quedado, el *Journal* de Rivarol ejerció una influencia considerable, y fue citado muy a menudo en otros diarios realistas, p. ej. en las *Actes des Apôtres* —donde nuestro autor también colaboraba—, el *Journal Général de la Cour et de la*

Ville, la *Correspondance Politique* de Peltier, etc. En 1790 y 1791 se hicieron varias reediciones en un volumen de sus dos primeras series, las cuales proporcionaron a Rivarol fuertes ganancias. Varios años después de haber dejado Francia, en 1797, mientras él residía en Hamburgo, su hermano Claude-François hizo publicar en París —entonces bajo el Directorio, ya pasada la fase más aguda de la Revolución— una edición que extraía del *Diario Político Nacional* solamente los "Resúmenes", con prescindencia de cualquier otro material, y suprimía igualmente toda indicación de separación entre los números, los epígrafes puestos por el autor al comienzo de cada uno, las transiciones, e incluso pasajes importantes. Esta edición abreviada —casi diríamos mutilada—, titulada originalmente *Tableau historique et politique des travaux de l'Assemblée constituante, depuis l'ouverture des Etats-généraux jusqu'après la journée du 6 octobre 1789*, fue reproducida dos veces: en las *Obras completas* de 1808, t. IV (bajo el título: *Extraits du Journal politique et national*), y en la colección Berville y Barrière de memorias consagradas a la Revolución Francesa, como *Mémoires* de Rivarol (París, 1824). Los excesivos cortes la hacían insatisfactoria, y así lo señaló Malassis en 1877.[3] Para remediar esa situación, Mathurin de Lescure reeditó tres años después el *Journal Politique National* en el tomo II de sus *Oeuvres choisies* de Rivarol (París, 1880). Tampoco esta última edición, que hemos tomado como base para nuestra traducción, está exenta de defectos,[4] pero resulta mucho más aceptable que las precedentes.

A fin de guiar al lector de nuestra versión, hemos juzgado conveniente resumir los datos generales sobre el *Diario Político Nacional*, tales como los estableció A. Le Breton,[5] en los cuadros siguientes:

[3] *Écrits et Pamphlets de Rivarol*, pp. 27-28.

[4] Faltan, en particular, los números X, XXIII y XXIV de la 2ª serie, y toda la tercera (ocho números). En esos casos nos hemos servido de fotocopias de la edición de 1790 conservada en la *Bibliothèque Nationale* de París, según hemos dicho en la Introducción al presente volumen y detallamos en los pasajes respectivos.

[5] Cf. su *Rivarol*, pp. 360-363; también pp. 46-50, 170 y sig.

Primera serie: 24 números, de 8 páginas en octavo cada uno; según el anuncio preliminar debían ser publicados en dos meses (de hecho se extendieron a cinco); sólo los 15 primeros llevan fecha; indicamos en primer lugar el número de la edición original, y entre paréntesis, en cifras romanas, el de la edición de Lescure. En esta serie, las entregas sucesivas de cada "Resumen" ocupan la totalidad de los números 2, 3, 4, 9, 11, 16, 17, 20 al 23; en los restantes (así como en las demás series), los "Resúmenes" van acompañados de sueltos, cartas (algunas de ellas obra del mismo Rivarol), y avisos al lector.

Nº		*Fecha de publicación*	*Contenido*
1	(falta en Lescure)	12 de julio de 1789	"Prospecto" (probabl. de Sabatier)
2	(I)	14 de julio	Primer "Resumen"
3	(II)	16 de julio	
4	(III)	19 de julio	
5	(IV)	21 de julio	
6	(V)	23 de julio	Segundo "Resumen" (*Nouveau Résumé*)
7	(VI)	26 de julio	
8	(VII)	28 de julio	
9	(VIII)	30 de julio	
10	(IX)	2 de agosto	
11	(X)	4 de agosto	
12	(XI)	6 de agosto	
13	(XII)	9 de agosto	
14	(falta en Lescure)	11 de agosto	Estos dos números no traen "Resumen". Texto de los decretos del 4-VIII-1789
15	(íd.)	13 de agosto	
16	(XIII)	(posterior al 12 de septiembre; los números siguientes se publicaron en septiembre, octubre y noviembre)	Tercer "Resumen" (que continúa en la segunda serie)
17	(XIV)		
18	(XV)		
19	(XVI)		
20	(XVII)		
21	(XVIII)		
22	(XIX)		
23	(XX)		
(24: sin numeración original ni en Lescure)		(Fines de noviembre)	"Carta sobre la captura del abate Maury, en Péronne" (fechada el 29 de octubre)

Segunda serie: también de 24 números, que tienen en este caso 12 páginas cada uno; debía publicarse, según lo anunciado, en tres meses, pero duró cinco. La numeración original concuerda con la de la edición de Lescure.

Nº	*Fecha de publicación*	*Contenido*
1	1º de diciembre de 1789	Continuación del tercer "Resumen"
2	(posterior al 6 de diciembre)	
3	(posterior al 20 de diciembre)	Cuarto "Resumen"
4		
5		
6		
7		
8		
9		
10	(mediados de enero de 1790)	"Mensaje a los señores Imparciales o Amigos de la paz" (falta en la edición de Lescure)
11	(fines de enero de 1790)	Continuación del cuarto "Resumen"
12		
13		
14	(posterior al 4 de febrero)	Quinto "Resumen"
15		
16		
17		
18		
19		
20		
21		
22		
23	(fines de abril)	"Respuesta al Mensaje de la Asamblea nacional" (del 11-II-1790) (ambos números faltan en Lescure)
24		

Tercera serie: anunciada como de 24 números, que debían publicarse en tres meses a partir del 1º de mayo de 1790; de hecho duró hasta noviembre de ese año, y no pasó de 8 números. Esta serie falta en las reimpresiones hechas en 1790/1791, y en las ediciones posteriores, incluso en la de Lescure, excepto partes de los números 7 y 8.

Nº	Fecha de publicación	Contenido
1	(mayo de 1790)	Continuación de la "Respuesta al Mensaje de la Asamblea nacional"
2		
3	(julio/agosto)	
4		
5	(posterior al 4 de septiembre)	
6		"Sobre los asignados"
7		Sexto "Resumen" (inconcluso)
8	(fines de noviembre)	

G. P.

Primera serie

I[1]

Tantae molis erat Romanam condere gentem
(Virgilio, *Eneida*, I)

No mucho tiempo ha el pueblo se regocijaba con el principio: *No puede haber impuestos sin inscripción,*[2] y lo consideraba escudo de la fortuna y la libertad públicas.

Sin embargo podía acaecer que los reyes no se fatigaran nunca de crear impuestos, ni los parlamentos de registrarlos. El poder judicial y el poder ejecutivo podían coligarse para componer entre ambos el poder legislativo; es lo que se vio durante siglos, y lo que seguiríamos viendo si, contra toda esperanza, los parlamentos no se hubiesen cansado de registrar impuestos más rápido que el pueblo de pagarlos. Exasperados por las importunidades de un ministerio indigente, los cuerpos de magistrados tuvieron de golpe la audacia de confesar que no entraba en sus derechos registrar impuestos no consentidos por la nación, acusándose a sí mismos,

[1] Seguimos la numeración de M. de Lescure. (N. del T.).

[2] *Enregistrement*: este término tenía en la época el sentido técnico de "copia de una ordenanza regia efectuada por orden de un parlamento". Los *parlements*, como es sabido, no constituían en Francia, bajo el Antiguo Régimen, cuerpos legislativos, sino judiciales, aunque con no poca influencia política. (N. del T.).

con esa tardía confesión, de haber sido hasta entonces tutores infieles que habían abusado de la prolongada infancia de sus pupilos.

Sólo en los primeros días del año 1788 se osó por primera vez decir públicamente en Francia que, si el gobierno no podía prescindir de ayuda, tampoco podía prescindir del consentimiento de quienes se la brindan: y ello implicaba la necesidad próxima de una asamblea nacional y la esperanza de una constitución.

El señor arzobispo de Sens,[3] discípulo de los filósofos, habría apresurado una y otra si no se hubiera preocupado menos de aprovechar la confesión de los parlamentos que de castigarlos por ella. No quiso ver que había que dejar tal venganza a la nación misma, y en ello consiste probablemente el reproche más grave que puede hacérsele; pues esa confesión del parlmento de París, que demostraba hasta qué punto los cuerpos de magistrados eran culpables, ponía a la vez la simiente de un bien tan grande y cortaba de raíz tantos males, que los cuerpos judiciales habrían quedado absueltos definitivamente para el pueblo, si no se los hubiese acusado más tarde de haberse arrepentido.[4]

El ministro Brienne no podía luchar al mismo tiempo contra la mayoría de los parlamentos y contra la falta de dinero. Ésa fue la principal causa de su caída, y las manos que lo derrocaban elevaron al ministro Necker. Acá debemos detenernos un instante.

Como la nación francesa se dedica a la agricultura y al comercio, parece que la medida de su poderío no debería estar sino en la proporción de los impuestos con su riqueza; y allí estaría de hecho si el gobierno, cual un verdadero padre de familia, hubiese dado a las cosechas el tiempo de madurar, y a los ingresos públicos el de llegar al fisco. Pero este gobierno, siempre ávido de consumo, siempre en la inopia, enajenó sus derechos, vendió sus rentas, se comió su porvenir, y con una multitud de operaciones y anticipaciones forzosas, asentó en su propio interior los cimientos

[3] Étienne de Loménie de Brienne, ministro de Luis XVI; debía morir en la cárcel en 1794. (N. del T.).

[4] Para explicar los cambios de actitud de los parlamentos, o mejor dicho del parlamento de París, se debe tener en cuenta que la mayoría de sus integrantes ha invertido fondos considerables en valores de la corona; esto hace que dicho cuerpo se halle siempre dividido entre sus intereses y sus principios. Desde que su fortuna ha quedado ligada a las operaciones fiscales del Estado, el espíritu de cuerpo y el espíritu de interés lo mueven alternativamente; y lo digno de reflexión es que los otros parlamentos, imitadores y mártires del de París, han querido precipitarse con él en una común caída por intereses distintos.

de un poder enemigo que lo devora. A partir de ese momento, Francia ha seguido teniendo gobierno, pero ese gobierno tiene amos: la autoridad no es ya independiente, y es hoy día verdad que estamos regidos por esclavos. La especulación, armada con sus bombas aspirantes e impelentes, hace subir y bajar los valores de la corona, que se han convertido en *valores públicos.*

Ese juego veloz atrae los ojos del pueblo, deja en suspenso sus facultades, y se enseñorea de las opiniones en la capital. El ministerio, encadenado como Ixión a esta rueda fatal y constreñido a seguir sus movimientos, no es ya capaz de detenerse, si no es en la alternativa de renunciar a sus compromisos o a sus rentas. Así, todo ministro de Hacienda es necesariamente, en mayor o menor medida, banquero. Aquél que lo es en mayor grado, es considerado el mejor ministro; y de allí resulta la asombrosa verdad de que el hombre de la banca es a la vez el hombre de la nación.

Será vano decir que los agricultores y comerciantes nada tienen que ver con los especuladores y sus maniobras, que la nación es ajena a las tempestades que provocan, y que la banca entera puede perecer sin que sea afectado el bienestar de Francia. París os gritará enseguida por cien mil bocas que el crédito público, la salvación del Estado, y, sobre todo, el honor francés, son inseparables. Y tal en efecto es el destino de una capital en la cual casi todos los súbditos son acreedores de su señor: inevitablemente, o se hunde, o agota al gobierno. Y este gobierno, esclavo como lo es todo deudor, se debate en sus grillos, distribuye a sus vampiros impuestos y más impuestos, empréstitos y más empréstitos, y sólo se detiene en el último extremo, entre la bancarrota y los Estados generales. Es el punto a que hemos llegado. El gobierno suplica a la nación que lo caucione ante la capital, ante sí misma, y Necker se ha convertido en el mediador de tan magno trato.

Esa difícil tarea es el objeto de los Estados generales; pero no es la principal al modo de ver de éstos. Las provincias, que saben que el gobierno y la capital no pueden salvarse sin ellas, y que sosteniendo a París no ganarán más que una gloria onerosa, han pedido como recompensa de sus sacrificios una constitución; han transigido como la generosidad, es decir que han querido que el bien de todos, una felicidad sin fin y sin límite, fuera el premio del bien pasajero que iban a realizar.

Tal es, en efecto, el propósito de los Estados generales: ante todo la *constitución,* y en segundo lugar *la garantía de la deuda pública.*

Nadie advirtió mejor que Necker que no era posible invertir el orden de esas dos operaciones sin trastocar las ideas y las esperanzas nacionales.[5] Por eso, cuando este ministro tomó el timón de las finanzas, hacia fines de agosto de 1788, mostró impresionarse muy poco con los aplausos de los especuladores y los banqueros. Fue inútil que la calle Vivienne[6] pusiera alumbrado de fiesta; Necker, al ver sus transportes de alegría, recordó que Sully, que era sólo un amigo del pueblo y del rey, no había provocado semejantes delirios y arrebatos, y se dio cuenta de que, si hubiese podido preocuparse por la agricultura, como Sully o como Colbert, la calle Vivienne no habría puesto luces; sus honras habrían sido, como sus beneficios, lentas y distantes; y, yendo, por último, un poco más allá, conjeturó que si un día llegaba a alcanzar una posición tan favorable como para aplastar la hidra de la especulación, podría seguramente disponerse a escuchar las imprecaciones del mismo *Palais-Royal*[7] que hoy lo exalta como un ídolo, y a contentarse con las bendiciones de las provincias, que son en lo que a mérito toca una especie de posteridad viviente.

Fiel a sus ideas, y contentándose con influir por su presencia en la cotización de los valores públicos, Necker dejó los detalles administrativos a un subordinado competente, y se ocupó solamente de los Estados generales y de la constitución.

Pero antes de que los Estados generales pudiesen dar una constitución a Francia, era menester constituirlos a ellos, y surgía a este respecto una importante cuestión. ¿Debía seguirse la antigua costumbre? ¿Y había sido esa costumbre siempre la misma?

Resultó, en primer lugar, que desde la época de Felipe *el Hermoso,* cuando el *tiers état* (estado llano) fue admitido por vez primera en los Estados generales, y la masa de la nación considerada en alguna medida, desde esa época, repito, hasta los Estados de 1614, habían existido muchas variantes en cuanto al número de votos concedidos al estado llano; pero dicho estamento, que siempre había contado con algunos votos más que cada uno de los otros dos estamentos tomados separadamente, nunca había alcan-

[5] Los hechos han ocurrido al revés de lo dicho: ha sido menester ocuparse de las finanzas antes de redactar la constitución.

[6] En la *rue Vivienne* se alza el antiguo *Palais-Mazarin,* que había sido residencia del cardenal de ese nombre, y hoy es sede de la Biblioteca Nacional (aunque la entrada de esta última se halla en la *rue Richelieu,* paralela a la *rue Vivienne*). El mencionado palacio sirvió también, en el siglo XVIII, de Bolsa de comercio, y a ello hace alusión aquí el autor. (N. del T.).

[7] Véase más abajo, nota 11. (N. del T.).

zado a tener tantos como los otros dos juntos. ¿El *tiers état* debía tener sólo un tercio de los votos en la Asamblea nacional? ¿El estado llano debía tener la mitad de los votos en los Estados generales? Tal era el interesante problema que agitó los espíritus, y hallarle una solución fue el motivo de que Necker instara a Su Majestad a convocar a los notables.

La decisión que se tomase sobre este punto debía tener consecuencias de tal alcance que el estado llano no quiso confiarla exclusivamente a los notables, y discutió por sí mismo con ardor ese fundamental asunto. Los escritos proliferaron por todas partes, y las conversaciones no tuvieron más tema que ése. Pero como en Francia cada cual es o noble o plebeyo, sin término medio, no se sabía a quién escuchar. Todo el mundo, en esta causa, era juez y parte. Sólo algunos filósofos, que pretendían ser tan ajenos a las frivolidades sociales como los salvajes del Nuevo Mundo, se dedicaron a esclarecer las ideas en esta magna cuestión. Probaron en primer lugar, y harto fácilmente, que todo hombre es ciudadano antes de ser gentilhombre o sacerdote; que el sacerdocio es una profesión, y no un estamento político; que los privilegios pecuniarios son injustos y odiosos; y por último, que el estado llano formaría por sí solo una nación sin los nobles, y que los nobles y los sacerdotes, sin aquél, no se atreverían siquiera a pretender cosa semejante. Pero, como partían del derecho natural para llegar a nuestro estado actual, y del estado de naturaleza pura para concluir en nuestras costumbres, no fueron realmente escuchados sino por quienes tienen todo su interés en la abolición de las costumbres y las estructuras.

Las pasiones tienen una razón y el interés una lógica contra las cuales la filosofía no es suficientemente precavida. Los nobles alegaron que se debía tomar como punto de partida la situación real, y no una suposición metafísica; observaron que los franceses no eran salvajes que se reúnen para constituirse en nación, sino una nación que trata de reformar sus abusos; que dicha nación ha prosperado bajo el mismo gobierno durante más de doce siglos; que se reúne en Estados generales, es decir que los tres estamentos de que se compone desde tiempo inmemorial van a reunirse para remediar grandes males y dar origen a grandes bienes, pero no para inmolarse, desnaturalizarse o confundirse, que es sin embargo lo que ocurriría si el estado llano tuviese por sí solo tantos votos como los otros dos juntos. Y a la vez, para restar fuerza a las reclamaciones de la filosofía y del estado llano, la nobleza y el clero

ofrecieron al rey el sacrificio de sus privilegios económicos y sólo retuvieron vanos honores y frívolas distinciones que no podían inspirar celos a los filósofos del estado llano.

Al mismo tiempo, los príncipes se pronunciaron. El conde de Provenza,[8] el conde de Artois, el príncipe de Condé, el duque de Borbón y el príncipe de Conti se pronunciaron por los derechos de la nobleza. Sólo el duque de Orleans se pronunció con énfasis a favor del estado llano, e hizo escribir al abate Sieyès instrucciones públicas para sus bailías. Esas instrucciones llenaron a los burgueses del más delirante entusiasmo, y a la corte y a las gentes de bien del más profundo pavor. En aquel opúsculo se vislumbraba la semilla de todas las revoluciones que hoy padecemos.

En medio de tales discusiones, los notables dieron su opinión favorable a la repartición de los votos en partes iguales entre los tres estamentos; pero inmediatamente el gobierno, guiándose por un informe del ministro de Hacienda, ordenó que el estado llano tuviera por sí solo tantos votos como la nobleza y el clero reunidos, es decir, la mitad de los votos en los Estados generales. Se estableció al mismo tiempo que la convocatoria se haría en las bailías en proporción a su número de habitantes, y que los diputados de la Nación en los Estados generales serían como mínimo mil.

Los hombres que piensan previeron enseguida que la nobleza y el clero querrían que las votaciones se hicieran por estamento, para conservar su veto y no verse reducidos al papel de meros comparsas en los Estados generales, y que el estado llano querría votos individuales, para aprovechar la nueva existencia que acababa de adquirir: y era así manifiesto que unos y otros no se entenderían nunca. Hubo quienes vieron, y lo dijeron bien fuerte, que la nobleza y el estado llano pasarían pronto de una simple diferencia de opiniones a una escisión abierta; hubo quienes vieron, y lo dijeron bien fuerte, que el gobierno había planteado un problema insoluble, y que semejante disposición secaría en sus semillas los frutos que se esperaban de una asamblea nacional. Los memoriales de las bailías que se iban publicando sucesivamente confirmaron esos tristes presagios. Unos propugnaban la delibe-

[8] El autor pone simplemente: *Monsieur*, título que designaba por excelencia al mayor de los hermanos del monarca reinante: en el caso, Luis, conde de Provenza, más tarde rey con el nombre de Luis XVIII (1814-1824). El conde de Artois, también hermano de Luis XVI, reinó a continuación como Carlos X (1824-1830). (N. del T.).

ración por estamento, otros la deliberación por cabeza; pero todos con el mismo tono imperativo.

Puesto que la nación estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de conseguir finalmente una constitución, algunas personas habrían deseado, o que el rey hubiese abolido del todo la antigua forma de convocatoria por estamentos, como gótica, es decir, proveniente de siglos de barbarie que despreciamos, o que la hubiese conservado íntegramente. El método que se adoptó combinaba los inconvenientes de ambas alternativas. Situación de veras lamentable, aquella en que las contradictorias son afirmadas por igual, y los medios razonables desechados por igual. Sea como fuere, los diputados llegaron de provincias, y el rey inauguró los Estados generales en Versalles, el 5 de mayo de 1789, en una sala construida a ese propósito.

El discurso de Su Majestad era noble y mesurado; el rey se proclamaba defensor de los principios de la monarquía y primer amigo de su pueblo. El discurso del canciller (*garde des sceaux*) era puramente retórico; pero el del director general de Finanzas[9] concitó gran atención, y con razón, pues desmintió todas las conjeturas. Este ministro observó a los tres estamentos que el rey, que los reunía, habría podido no hacerlo; que el déficit, que tanto alboroto provocaba, podía ser eliminado de mil maneras distintas sin dificultad; y que un rey de Francia estaba en una posición especialmente propicia para arrastrar a los representantes de la nación si las deliberaciones se hacían por cabeza. Expuso con elocuencia todas las dificultades que resultaban de los Estados generales, y, para no afectar su libertad, dejó a su cargo la búsqueda y elección de los medios que podían de ellas sacarlos; como conclusión, el ministro se pronunció en pro de la deliberación por estamento.

A todo esto, los tres estamentos, que se habían congregado en presencia del rey, se apresuraron a separarse, y se retiraron cada uno a su sala; mejor dicho, los únicos que se retiraron a salas propias fueron el clero y la nobleza; el estado llano permaneció en la sala común, e invitó a los otros dos estamentos a quedarse con él para proceder en común a la verificación de las credenciales. Varios días transcurrieron entre invitaciones de un solo lado y resistencias de los dos otros. El estado llano advertía claramente que

[9] El ministro Necker. (N. del T.).

no debía en ningún caso constituirse como estamento o tercio de los Estados generales. ¿De qué le servía, en efecto, haber conseguido la mitad de los votos, si tantos votos iban a ser computados como uno solo? ¿No se convertía en ilusorio el beneficio otorgado por el rey si se insistía en la deliberación por estamento? Además, no se estaba aún en las deliberaciones importantes, por estamento o por cabeza, sino en la mera verificación de credenciales. ¿Acaso no era preciso que los diputados se reconociesen mutuamente antes de deliberar juntos o separados?

II

Ad Reipublicae firmandas vires sanandosque populos omnis nostra pergit oratio.

(Cicerón, *De leg.*, I)

Así pues, para evitar hasta el mero prejuicio, hasta la sospecha de que se consideraba como estamento constituido por separado, el estado llano tomó el título de *Comunes,* y desde esa fecha la forma más segura de provocar su disgusto habría sido utilizar la antigua denominación.

La nobleza, cuyos intereses eran diferentes, seguía el camino opuesto: se declaró constituida el 11 de mayo, tras haber verificado sus credenciales. Pero el clero procedía con menos firmeza; suspendía la verificación de sus credenciales, se consideraba no constituido, y ofrecía su mediación a los otros dos estamentos. Fueron designadas comisiones en las tres cámaras, a fin de convenir un proyecto de conciliación. Su Majestad personalmente hizo redactar uno, bajo el título de *Apertura,* y lo mandó a los Estados generales.

Ese plan de conciliación no hizo más que suscitar objeciones, reuniones de comisión, memoriales al rey, diputaciones, y ningún resultado concreto. Los días se sucedían, y la obra de restauración de Francia seguía sin emprenderse. Algunas mociones sobre la carestía de los cereales y la miseria popular, sobre la validez de tal o cual elección, sobre reglamentos policiales, etc., ocuparon semanas enteras.

Se decía por entonces, al deplorar la pérdida de tiempo y el

escándalo de esas divisiones, que el rey habría podido evitarlas el mismo día de la inauguración de los Estados generales, ordenando a los tres estamentos comenzar con la verificación de credenciales en presencia suya. Pues, según se observaba, el rey no podía considerar ese día que se hallaba ante los Estados generales: todos aquellos diputados no eran aún para él más que viajeros venidos de las distintas provincias de su reino. Las primeras palabras de Su Majestad podían haber sido: "Señores, ¿quiénes sois vosotros?" Ante pregunta tan natural, habrían ellos respondido exhibiendo sus credenciales, lo cual los habría obligado a darse a conocer al rey y a reconocerse entre sí. Tal podía haber hecho el rey, dado que es, por lo menos, *soberano provisorio*, como se dice actualmente, y que sus credenciales han sido verificadas hace tiempo.

Mientras los comunes, atrincherados en su fuerza de inercia, obstaculizaban con su firmeza y con su masa a los diputados de la nobleza y del clero, la opinión pública avivaba el paso en la capital. Enjambres de curiosos fluían inagotablemente de París a Versalles. Pero la nobleza y el clero, ocupándose sólo de sus intereses particulares, cerraban sus cámaras al interés de los parisienses.[10] La sala de los comunes, abierta a toda la nación, la asociaba, por así decir, a sus trabajos y a su espíritu, y pronto se notaron los efectos de tal popularidad. La capital se conmocionó y fermentó;

[10] Debe observarse que no todos los curiosos experimentaron la misma sensación. Algunos, al salir de la sala de los comunes, creían como Cineas que habían visto un consistorio de reyes: la energía, el patriotismo y la elocuencia del estado llano los impresionaban y entusiasmaban. Otros, más precavidos contra las seducciones de una primera impresión, se quejaban de la pobreza de ideas evidenciada en los debates, y de la sobreabundancia de abogados que hablaban. Afirmaban éstos que si se hubiese elegido a personas menos ejercitadas en el arte de la palabra, se habrían escuchado cosas más sustanciosas, y el fondo habría prevalecido sobre la forma.

Se les puede contestar: 1) que los hombres al reunirse no ganan en ideas, sino en decisión y valor, lo cual tiene en estos casos mucho mayor importancia. La suposición más favorable que puede hacerse respecto de una asamblea es compararla con una inteligencia de mediocre capacidad; y aun ésta pondrá más continuidad y presteza en sus proyectos. Es que el hombre es obra de la naturaleza, y una asamblea es obra de los hombres. Todos los parlamentos juntos no habrían redactado *El Espíritu de las Leyes*, y todas las Academias de Francia no podrían escribir *Atalía*. Y es la razón sin duda por la cual dícese de toda asamblea que es un *cuerpo* y no un *espíritu*, una inteligencia; y cuando se habla del *espíritu de cuerpo*, se piensa en la peor especie de espíritu.

2) Puede decirse, para disculpar a los abogados, que son por profesión individuos verbosos, forzados a ocultar la escasez de ideas bajo la abundan-

el *Palais-Royal*[11] se convirtió en hogar de las chispas que ardían ocultamente en todos los espíritus, y se formó en él una especie de segunda asamblea de los comunes que sobrepasaba, por la animación de sus deliberaciones, la perpetuidad de sus sesiones y el número de sus miembros, a la Asamblea de Versalles. Estos nuevos comunes hacían moción tras moción, decreto tras decreto; tenían su presidente y sus oradores: *solemque suum, sua sidera norunt.* Y no sólo rivalizaban ya con los verdaderos comunes, sino que no tardaron en fraternizar con ellos. Viose venir a Versalles a sus diputados, y estos diputados fueron recibidos y escuchados en la sala. La corte, en su asombro ante aquel parhelio de los Estados generales, pudo exclamar como Penteo: "Veo dos Tebas y dos soles."

Poco tardaron el clero y la nobleza en acusar las repercusiones de la conmoción general. Gran cantidad de diputados de ambas cámaras, confusos de la inacción a que su ausencia había reducido a los Estados generales, se aprestaron a ir a efectuar la verificación de sus credenciales en la sala de los comunes. Una parte del clero pasó primero, y había de seguirla pronto la minoría de la nobleza. Las esperanzas de la nación se elevaron con este feliz suceso, y con ellas las acciones de la Bolsa, ya que los infortunios de la época, más fuertes que la naturaleza de las cosas, han hecho ambos efectos inseparables. La especulación se regocija de la prosperidad pública, como un insecto de la gordura de los cuerpos en que se ceba.[12]

---

cia de palabras, a exagerar las cosas pequeñas y atenuar las grandes, y aun a escribir y pensar *con letra gruesa*, como ellos mismos dicen.

Cuando un abogado se ha indignado de la muerte de un conejo y la ha tildado de atentado, se queda sin saber qué decir ante la muerte de Enrique IV.

[11] El *Palais-Royal*, junto al Louvre, fue edificado en 1632 para residencia de Richelieu, y se lo llamó por eso al principio *Palais-Cardinal*. Sólo un rey vivió en él, y por poco tiempo, Luis XIV cuando niño. Pasó luego a la familia de Orleans, que con Felipe, regente de Francia, alcanzó gran esplendor, e hizo demoler y reconstruir el palacio. Su bisnieto Felipe, apodado más tarde *Igualdad*, muchas veces mencionado ásperamente por Rivarol, hizo edificar en parte de los jardines departamentos y locales comerciales alquilados en 1786. Los cafés allí instalados fueron intensos focos de agitación revolucionaria. Cf. las explicaciones del propio Rivarol sobre el tema, en el Nº X de esta 1ª serie. (N. del T.).

[12] París, que está rodeada de tierras, no ha podido convertirse en una ciudad genuinamente comercial. Si se dejan de lado sus manufacturas, reina en ella una industria estéril que se devora a sí misma, y que se manifiesta principalmente en los especuladores o revendedores de acciones públicas y privadas.

Por fin, hacia mediados de junio, los comunes, cansados de suplicar y conjurar a los dos estamentos que se reuniesen con ellos para la verificación general de las credenciales, y al ver además que el plan de conciliación propuesto por el rey no era aceptado lisa y llanamente por la nobleza, estimaron que había llegado el tiempo de pasar de la espera a la acción, y que no podían ya seguir demorándose sin ofensa a la nación. Invitaron e intimaron por última vez a los dos estamentos a concurrir a realizar la verificación en común, y procedieron acto seguido a verificar las credenciales por llamado de bailías. Algunos otros miembros del clero se agregaron a los comunes en el intervalo, y se concluyó con la verificación de credenciales de todos los diputados presentes en la asamblea. Entonces, siguiendo una célebre moción del abate Sieyès, se concluyó de la verificación que "la asamblea estaba ya integrada por los representantes enviados directamente por el noventa y seis por ciento de la nación; que semejante masa de diputados no podía quedarse en la inacción por la ausencia de algunas categorías de ciudadanos; que sólo a ella incumbía interpretar y representar la voluntad general de la nación; que entre el trono y una asamblea como aquélla no podía existir ningún poder negativo; que por consiguiente, la denominación de *representantes conocidos y auténticos* de la nación era la única que correspondía para la asamblea; y que era menester comenzar sin demora la obra común de restauración, conservando la esperanza de reunir a los diputados ausentes y de compartir con ellos las tareas que habían de traer la regeneración de Francia".

Tras largos y animados debates, los comunes, aunque rechazando el título de *representantes conocidos y auténticos de la nación*, adoptaron la moción íntegra, y se declararon ASAMBLEA NACIONAL. Esta famosa moción fue tratada los días 16 y 17 de junio.

Inmediatamente se prestó juramento; y, para probar sus fuerzas, la Asamblea nacional efectuó un primer acto de soberanía declarando que "las contribuciones, tal como se recaudaban entonces en el reino, al no haber sido consentidas por la nación, eran ilegales, y por ende nulas"; pero al mismo tiempo declaró que, "para no conmocionar al Estado, los impuestos y contribuciones, aunque establecidos y percibidos ilegalmente, seguirían siendo recaudados en la misma forma que hasta entonces, solamente hasta el día de la primera separación de la Asamblea, cualquiera fuere la causa de la misma; después de ese día, la Asamblea nacional ordenaba y decretaba que toda recaudación de impuestos que no hubiese sido explícita y libremente acordada por ella cesara com-

pletamente en todo el territorio del reino". A continuación se dio a los acreedores del Estado el amparo de la nación; por último se designó a una *comisión de víveres* para estudiar y remediar las causas de la escasez de alimentos que aflige al reino. La declaración fue impresa y enviada a las provincias.

Sería difícil expresar la sensación y los distintos efectos que produjo aquella memorable sesión. Por una parte había quienes lloraban de alegría y aplaudían a rabiar. "Un solo día", decían, "destruye ochocientos años de prejuicios y esclavitud; la nación ha recobrado sus derechos, y la razón ha vuelto a los suyos." El clero y la nobleza empalidecían y se borraban a ojos de todos, y el estado llano se había transformado en la Nación.

Por el otro lado había aprensión ante la envergadura y las consecuencias de esta acción del estado llano. "No solamente", se decía, "la nobleza, el clero, las costumbres y el derecho han sido anulados, sino que la misma realeza ha sido alcanzada. En Inglaterra los poderes por lo menos se equilibran, pero aquí la Asamblea nacional va a arrastrarlo todo."

La corte, pues, se puso en guardia, y tomó incluso algunas medidas; y si el estado llano había dado hasta entonces pruebas de lógica y de autoridad, pronto le fue preciso darlas de valor y de perseverancia.

Las intenciones de Luis XVI son tan conocidas que suele decirse en Europa que, si la realeza es su oficio, la probidad es su esencia. Pero, cuando la razón sube al trono, las pasiones entran al consejo; y cuando hay crisis, el aviso del peligro llega antes a las pasiones que a la razón. Fue así muy fácil alarmar a la autoridad; la causa de la nobleza y del clero se presentó como asociada naturalmente a la del gobierno; los actos de estos dos estamentos habían sido tan moderados, y casi tan inexistentes, y los del estado llano tan impetuosos y considerables, que aquéllos no habían querido, según se decía, más que conservar, y éste destruir: la diferencia entre ellos era la de la defensiva y la ofensiva. El rey pareció temer, en efecto, que la Asamblea nacional se interpusiera entre su pueblo y él; en una palabra, que declarase ser la nación, y por eso quiso intervenir personalmente entre la nación y la Asamblea. Se fijó una sesión real para el 23 de junio, y mientras tanto la sala de los Estados generales fue cerrada y rodeada de guardias.[13] Sin duda el gobierno quiso, con esa precaución,

[13] Esa precaución se debía en parte al proyecto concebido algún tiempo antes, de retirar las gradas y cerrar los vanos que rodeaban la sala, y en los

atemperar un poco el impulso de la Asamblea nacional, y darse a sí mismo algo de tiempo y de espacio; pero la Asamblea, esencialmente activa, se refugió en una sala destinada al juego de pelota, y honró aquel lugar con una larga sesión, cuya conclusión fue que "en la alarmante coyuntura en que se hallaban los diputados de la nación, era preciso jurarse que se consideraban eternamente inseparables, y que se reunirían en todos los lugares en que tuvieran la posibilidad". Cada cual prestó juramento, y aquella conjuración en pro de la causa común fue redactada por un secretario, y firmada por todos los miembros.

Al día siguiente la Asamblea se reunió en una iglesia; y allí se vio de golpe engrosada por la mayoría del clero, que vino a reunirse con ella para hacer verificar sus credenciales. La Asamblea nacional, por respeto hacia la nueva existencia que había adquirido, no los reconoció en absoluto como estamento, pero los recibió como miembros, como hermanos que faltaban en la gran familia. El fulgor de unión tan deseada, avivado por un poco de persecución y combinado con la santidad del lugar, dio origen, según se dice, a un espectáculo conmovedor. Se invocó a la patria, hubo entusiastas felicitaciones y promesas mutuas de inmortalidad. Bailly, que había sido decano del estado llano y de los comunes, y había visto las tres épocas de la Asamblea, la presidía en ese momento.

El 23 de junio, a la hora indicada por el rey, los tres estamentos se reunieron en la sala de los Estados, para la apertura de la sesión real.

Los espíritus moderados, aunque admirándola mucho, no habían aprobado en todos los particulares a la Asamblea nacional. A su parecer, el rey podía decir a los diputados: "Habéis ido demasiado rápido: habéis efectuado actos legislativos y fundamentales sin el concurso de la nobleza y del clero, y sin esperar mi sanción. Os he convocado por estamentos, y os habéis constituido sin tener en cuenta los estamentos: sois el primer cuerpo que ha tenido en

cuales se agolpaba el bajo pueblo. Se hicieron muchas disquisiciones sobre ese acto de autoridad, y la Asamblea nacional pareció afectada; pero debía haber comprendido que lo que necesitaba era una galería de oyentes, no una turbamulta de espectadores; que aquel pueblo bajo, que abandonaba sus talleres para ir a *mirar* los debates, se excitaba más cada día, se alborotaba alrededor de la sala, e incapaz de dar un juicio sobre los problemas, estaba siempre listo para lapidar a quienes no se pronunciaban claramente por el estado llano: y eso podía molestar los sufragios de quienes tienen alguna estima por la vida.

nada a sus elementos. Bien veo que al hacerlo habéis querido borrar la distinción misma entre los estamentos, y forzar de antemano a la deliberación por cabeza. Pero vosotros, que no habéis venido para otro fin sino el de ayudarme a reformar los abusos de la administración, no reflexionáis en que afectáis la naturaleza misma de la monarquía, no digo al borrar los caracteres distintivos de los estamentos, porque al hacerlo sólo afectáis los usos, sino al constituiros sin mí. No puedo aprobar, pues, que os hayáis metamorfoseado, de estado llano en comunes, y de comunes en *Asamblea nacional:* pues ¿dónde están ahora los Estados generales? La expresión *Asamblea nacional* es demasiado elemental; tiene demasiado sabor a pueblo que se congregara por primera vez y que no tuviese aún un gobierno. Yo no soy un rey de la primera dinastía y conmigo erráis en más de ochocientos años. Se sabe qué poder tienen las palabras. Una expresión nueva acarrea consecuencias nuevas. Todo el mundo sabe que Cromwell prefirió el título de *Protector* de la nación inglesa, al título de rey; los ingleses, que conocían efectivamente el valor de este último término, no podían justipreciar el otro; así también Cromwell los *protegió* de una forma que pronto les hizo echar de menos la monarquía. Nada digo aquí a favor del clero y de la nobleza; mas no olvidéis que os han precedido en los Estados generales, y que no fue ir contra ellos la razón por la cual fuisteis llamados. Os hablo sin amargura, porque bien advierto que podríais echarme a mí la culpa de la vivacidad de vuestros procederes, y atribuirme el impulso que os arrastró a partir del momento en que dupliqué vuestra representación en los Estados generales. Sé, por otra parte, que una asamblea, con las mejores intenciones, va a menudo más lejos de lo que intenta, porque verifica las credenciales, y no las pasiones de los miembros que la integran."

III

Probablemente la Asamblea nacional habría hallado a tal discurso alguna respuesta que no estamos en condiciones de imaginar. Pero para apresurar nuestra marcha, diremos que Su Majestad abrió la

sesión del 25 de junio con un discurso en el cual se quejaba de la división que reinaba entre los estamentos, división tan funesta para la obra de restauración, y tan contraria a los más caros deseos de su corazón. Ese discurso fue seguido por una declaración leída por el canciller. Ésta era precisa e imperativa en lo tocante a la antigua distinción de los tres estamentos, como esencialmente ligada a la constitución del Estado. Establecía la declaración el régimen particular, las formas de deliberación, y la naturaleza de los mandatos; sustraía al escudriñamiento de la Asamblea los derechos antiguos, útiles u honoríficos de los estamentos, y la organización que habría de darse a los próximos Estados generales; por último, casaba y anulaba la famosa deliberación efectuada por el estado llano, el 17 de ese mismo mes, y todas las que se habían seguido de ella, como ilegales e inconstitucionales. Con esa declaración, la sala fue cerrada al público.

Tras la lectura de la declaración, el rey anunció otra que contenía, en treinta y cinco artículos, todos los beneficios que Su Majestad concedía a sus pueblos. "Puedo decir, sin hacerme ilusión", añadió Su Majestad, "que nunca un rey ha hecho tanto por nación alguna; mas ¿qué otra puede haberlo merecido tanto por sus sentimientos, como la nación francesa?"

Esta declaración, tan conocida, tiene como base todos los memoriales,[14] todo lo que constituye desde hace tanto tiempo el objeto de los anhelos de la nación. Impuestos, empréstitos, situación actual de las finanzas, sumas asignadas a los distintos departamentos y a la casa del rey, consolidación de la deuda pública, abolición de los privilegios económicos del clero y de la nobleza, abolición de la talla y del tributo feudal de los plebeyos, respeto por las propiedades de todo tipo y por las prerrogativas utilitarias y honoríficas de tierras y de personas, ennoblecimiento, penas impuestas por simple carta real (*lettres de cachet*),[15] libertad de prensa, tierras de la corona, aduanas trasladadas hasta las fronteras, libertad de comercio, gabelas, códigos civil y criminal, prestaciones personales forzosas, derechos de los señores a disponer de los bienes de sus vasallos difuntos (*droits de mainmorte*), capitanías, milicias, y principalmente la libertad per-

[14] Los denominados *cahiers de doléances*, donde cada provincia o ciudad representada en los Estados generales exponía al rey sus quejas y demandas. (N. del T.)

[15] Las *lettres de cachet*, es decir, cartas cerradas con el sello real, condenaban a prisión o al destierro sin juicio previo. (N. del T.)

sonal, la igualdad de las contribuciones y el establecimiento de los estados provinciales: todos eran temas sobre los cuales Su Majestad explicaba, ora su voluntad, ora sus deseos. El rey terminó la sesión con estas palabras dignas de atención: "Si me abandonáis en tan bella empresa, me ocuparé solo del bien de mis pueblos... Es tal vez infrecuente que la única ambición de un soberano sea conseguir que sus súbditos se pongan por fin de acuerdo para aceptar sus beneficios." El rey, al retirarse, ordenó formalmente a los tres estamentos separarse enseguida, y reanudar sus sesiones al día siguiente, cada uno en su respectiva cámara.

El clero (excepto algunos curas de parroquia) y la nobleza salieron en pos del rey; pero los comunes permanecieron en la sala, y opusieron así resistencia a la orden de Su Majestad. Un sombrío silencio reinaba en la Asamblea. Finalmente fue roto por varios miembros que hablaron sucesivamente, para hacerse firmes en sus decretos precedentes, para darse ánimo a fin de proseguir con la obra de la constitución, resistir a los golpes del *poder ejecutivo*, y secundar así los verdaderos propósitos de Su Majestad, que había sido engañado. La sesión fue tratada de *atentado* a la libertad de los Estados generales, de *ceremonia real*[16] en medio de una Asamblea nacional. El abate Sieyès se puso de pie y dijo, a guisa de conclusión: "Señores, hoy sois lo que erais ayer." La sesión se levantó con una moción del conde de Mirabeau, quien solicitó que la persona de los diputados fuese declarada inviolable, y que se reputase infame y traidor a la patria a todo oficial de justicia que pudiera prestar su concurso, en causa civil o criminal, contra un diputado, durante la celebración de los Estados generales. En este punto un diputado dijo risueñamente a Mirabeau: "Señor, defended vuestra causa."[17]

Así se desarrolló aquella sesión real cuyos efectos estuvieron tan en desacuerdo con lo que esperaban quienes la habían aconsejado. Parece, en primer lugar, que un rey que sale al encuentro de una constitución demasiado lenta en su avance, que ofrece los principales artículos de ella y capitula así voluntariamente en su trono, no tendría que ser recibido más que con aclamaciones de alegría y agradecimiento. Su declaración, un poco modificada, podía

[16] *Lit de justice*: esta expresión designaba antiguamente el sitial con dosel que ocupaba el rey en las sesiones solemnes del parlamento, y por extensión, la sesión misma. (N. del T.)

[17] El conde de Mirabeau se ha pasado la vida en manos de los oficiales de justicia, y ha sufrido todos los rigores de los tribunales.

convertirse en la carta magna del pueblo francés, y por cierto que un mal rey antes de otorgarla tendría que haber perdido varias batallas. ¿Por qué tuvo entonces tan mala acogida? En primer lugar, porque llegaba demasiado tarde; las acciones de los hombres tienen su tiempo, como las de la naturaleza; seis meses antes, la declaración habría sido recibida y proclamada como la más grande dádiva que rey alguno hubiese otorgado jamás a sus pueblos, y habría hecho olvidar la idea misma y el deseo de convocar a Estados generales.

En segundo lugar, porque el rey, una vez congregados los Estados generales, al venir a su recinto para acabar él mismo la obra de aquéllos, hacía la más sensible afrenta a tantas personas comisionadas desde todos los lugares del reino para darnos buenas leyes. La acción del rey humillaba su amor propio, ponía de manifiesto la inanidad de tantas sesiones celebradas hasta aquel momento, y reducía a la Asamblea a una perfecta nulidad ante los ojos de la nación.

Por último, uno de esos acontecimientos imposibles de prever, y cuyos efectos tienen mucho mayor alcance de lo que cabía suponer, influyó en la suerte de la sesión real. Necker no asistió a ella; aquello fue tomado como una calamidad por el bajo pueblo, que no tiene un billete ni el más mínimo interés en cuestiones financieras, pero cree que la patria reside en la calle Vivienne, como la vio en la calle Quincampoix [18] en tiempos de Law. Reinaba la consternación; los correos del *Palais-Royal* habían partido y regresado de Versalles a París, cargados de noticias terroríficas. El ministro Necker no había querido asistir a la sesión porque habían modificado contra su voluntad algunos artículos de la declaración. "Si no asistió", decíase, "es que no la aprobaba." El hombre de la banca se convertía así en el hombre de la nación. Necker aumentó la excitación con la alarma al presentar su renuncia. Los burgueses de Versalles, y algunos parisienses, agolpados bajo las ventanas del rey, y vacilantes entre el temor y la esperanza, aguardaban la aparición de Necker; salió, y tranquilizó los ánimos diciendo que "se quedaba". Mil gritos de alegría le respondieron, y Necker volvió a su domicilio entre las aclamaciones de todo aquel pueblo, que lo

[18] En la *rue Quincampoix*, donde tenían sus negocios los orfebres de París, se estableció durante la Regencia el banco del escocés John Law, y a su alrededor proliferaron los especuladores, que se amontonaban en las casas vecinas y en la angosta calzada, hasta la quiebra del banco en 1720. (N. del T.)

seguía por las calles, y que hizo estallar cohetes y quemó haces de leña toda la noche ante su puerta. Hasta recibió una numerosa delegación de los tres estamentos, que el abogado Target, diputado del estado llano, tuvo, según se dice, la habilidad de llevarle, hablando a Necker del deseo de los diputados, y a los diputados del deseo de Necker, y haciéndose así agradable a ambas partes.

Así terminó la jornada del 23 de junio, tan colmada de acontecimientos. Era la víspera de San Juan; pero las fogatas fueron sólo para el ministro Necker.

Los amigos del ministro han pretendido que sólo accedió a su pesar a las adulaciones de la muchedumbre: los testigos imparciales aseguran que se prestó a ellas con complacencia, cruzando a pie todos los patios exteriores del palacio, para atraer mejor a la multitud y sus aplausos, y saludando al pueblo por las ventanas. Unos lo han juzgado por sus intenciones, los otros por sus actos.

Lo interesante de estos detalles, para un observador, es que, si Necker hubiese asistido a la sesión real, todos los reproches habrían recaído sobre él; habría perdido su popularidad, y los Estados generales, ya mal dispuestos por su discurso inaugural, lo habrían abandonado. Es lo que se llama tener buena estrella, y ya se ve de qué depende una reputación.

Otra observación más digna de un filósofo, es que resultaba evidente que la declaración del rey, que constituía al mismo tiempo un acto de autoridad y de bondad, había sido mal preparada, y sería tal vez mal mantenida. Un procedimiento como aquél dejaba traslucir un consejo dividido, y daba al gobierno aspecto de debilidad; mas la debilidad titubea al andar, y ensaya todos los medios; llega incluso a ensayar la fuerza, y siempre a destiempo. Por lo demás, la sesión real, tan criticada en París y en Versalles por los partidarios de Necker, era mirada con otros ojos por la gente bienintencionada de la capital y de las provincias. La declaración del rey era clara y precisa; era un resumen, una conclusión de los memoriales de todas las bailías; podía, con algunos cambios, llegar a ser un día la más cara y la más segura de nuestras propiedades; los Estados generales no habían concretado aún las esperanzas de la nación, y, en cualquier terreno, los pueblos prefieren un bien actual a una felicidad futura.

Con esto los ánimos se caldeaban, y comenzaban a formarse dos partidos en París, y hasta en la corte. Empezaban a tildarse mutuamente de aristócratas y demócratas, y a acusarse de ser enemigos de la autoridad real y del pueblo. Se contaban entre la mi-

noría de la nobleza que se había pronunciado a favor del estado llano hombres colmados de favores por el gobierno. Querían tener su fortuna gracias al rey, y mantenerla gracias al estado llano. Junto con ellos se destacaban miembros de la Asamblea fieles a Necker, grandes oradores, escritores del momento, *hongos políticos y literarios brotados repentinamente en los invernaderos de la filantropía moderna.* Algunos filósofos del estado llano, enemigos secretos de los grandes a quienes acompañaban siempre, dejaron al descubierto su inveterado odio contra el término *nobleza,* y denunciaron esa palabra ante la nación. Era denunciar a la nobleza misma; el pueblo no entiende de abstracciones.

El mismo Montesquieu, por haber sostenido que "no hay monarquía sin nobleza", se ganó el epíteto de *aristócrata.* Se escribían volúmenes a favor de los integrantes del estado llano, y, para provocar alternadamente interés y temor, se los pintaba ora como desgraciados, como esclavos, ilotas, negros, ora como los únicos hombres instruidos, como los patrocinadores del Estado: ellos eran la nación, el clero y la nobleza habían dejado de ser *estamentos* para reducirse a *clases privilegiadas.*

IV

Possunt quia posse videntur.
(Virgilio)

El *Palais-Royal* seguía celebrando sus Estados generales. Tan impetuosos como numerosos, no les era bastante el apacible poder legislativo, y añadían la ejecución a la moción. Las cárceles eran abiertas por la fuerza, los soldados y los deudores puestos en libertad y llevados en andas a las plazas públicas; se efectuaban a su favor abundantes colectas; los Guardias Franceses eran festejados y adulados como lo fueron otrora en Roma los guardias pretorianos.

Algunos chistosos de mal gusto aseguraban que los Estados generales de la nación acabarían por ponerse celosos de los Estados del *Palais-Royal*; la verdad es que se alarmaron, o así lo pareció. En Versalles, el bajo pueblo, furioso, se amotinó alrededor de la sala, y el arzobispo de París, que integraba la minoría del clero, fue

llevado a pedradas hasta su residencia. Hubo temor por su vida. El populacho cree que el mejor camino hacia su libertad es atentar contra la de los demás.

El 25 de junio, la minoría de la nobleza, compuesta por unos cincuenta miembros, se integró a la Asamblea nacional; el duque de Orleans había tomado lugar en el orden de las bailías.[19] Cabe deducir la alegría y los aplausos provocados por aquella unificación. Pero esa alegría quedó dentro de las paredes de la sala; la minoría del clero y la mayoría de la nobleza se hallaban afuera, y el pueblo se mostró más descontento de la división de éstos que de la reunión de aquéllos. El delito del clero y de la nobleza que no se habían reunido con el estado llano consistía en mostrarse más fieles a sus mandatos que dóciles a los pareceres de la Asamblea nacional; y el mérito de aquellos que se habían reunido estaba en proporción inversa. La incomodidad de los primeros llegó a su punto culminante: habían quedado situados entre sus mandantes, la autoridad real y la Asamblea. El rey había ofrecido una declaración de derechos; sus mandantes les habían ordenado constituirse y deliberar por estamento, y la Asamblea nacional quería una constitución y deliberación en común. El pueblo, irritado con su resistencia, amenazaba cometer excesos contra ellos, y optar por la fuerza no era seguro ni admisible. La mayoría de los nobles y la minoría del clero optaron por una salida que en cualquier otra circunstancia habría sido tan feliz como hábil: los nobles y prelados aceptaron pura y simplemente la declaración de derechos dada en la sesión del 23. De ese modo pusieron al rey en el lugar de la Asamblea nacional; pero era ofrecer lo que no estaban en condiciones de dar. Los ánimos se excitaron hasta tal punto que Su Majestad escribió personalmente a los nobles y al clero segregados que "sensible al testimonio de fidelidad que le brindaban al aceptar su declaración, no podía sin embargo dispensarse de invitarlos a reunirse con quienes no la aceptaban".

Así se realizó la unificación de los tres estamentos, celebrada con iluminaciones especiales en Versalles y en la capital el 27 de junio, día que fue para el estado llano y para los otros dos estamentos el presagio de una existencia completamente nueva.

[19] El pueblo, que se engríe fácilmente, ha creído siempre que el príncipe ardía en violento amor por él, y lo ha proclamado *príncipe de los patriotas.* Pero el señor duque de Orleans se ha sustraído a semejante reputación y a tanta gloria al retirarse a Inglaterra.

La cuestión de la deliberación por estamento o por cabeza no dejaba por ello de plantearse en toda su fuerza, pero era una fuerza puramente especulativa; y en vano los nobles y el clero, fieles a sus mandatos, han alegado en distintas oportunidades la santidad del juramento que los obliga: la Asamblea nacional, que no reconoce ni distinción de estamentos ni fuerza coercitiva, les ha opuesto en todos los casos su magna ley de la mayoría. Y así, los nobles y el alto clero han protestado, y se los dejó protestar. Si se retirasen, igualmente se los dejaría retirarse. La mayoría de votos decidirá sobre la constitución, y tal mayoría depende exclusivamente del mayor número.

La Asamblea nacional, según se dice, tiene, sobre los miembros que la integran, la misma preeminencia que la masa íntegra de la monarquía sobre unas cuantas bailías; así, cuando la constitución esté redactada y promulgada, las reclamaciones de las ciudades, e incluso de varias provincias, no contarán para nada. Francia no es un cuerpo federativo, cuyos miembros puedan separarse cuando quieran. El motivo invocado por los nobles y prelados que han protestado no carece de honorabilidad, pero carecerá de efectividad. Han resistido lo suficiente como para que sus conciencias y su posteridad no tengan nada que reprocharse. ¡Qué puedan al fin abandonarse como víctimas voluntarias de la tranquilidad pública! La minoría, que fue la primera en comprender la necesidad de sacrificar las consideraciones de estamentos al interés general, logrará seguramente, si la nación es generosa, la conservación de los privilegios honorarios del estamento entero.

Quienes plantean cuestiones políticas deberían tener presente en qué medida se desnaturalizan éstas sobre la marcha: al principio sólo se nos pide un leve sacrificio, pronto se ordenan otros muy grandes, y finalmente se los exige imposibles. Alguno hay que ha defendido su dinero y ha terminado por no salvar ni su propia vida. Un emperador romano cuyo nombre he olvidado ofreció a los sediciosos compartir el imperio con su rival, y no lo quisieron escuchar; pidió que le dejaran una provincia, y se la rehusaron; por último alegó por su vida, y lo despedazaron. Quienes reflexionan aplicarán sin dificultad a las circunstancias actuales los ejemplos que nos presenta la historia. *Arma tenenti omnia dat qui justa negat.*

Debemos a la nobleza francesa el testimonio de que ha ofrecido voluntariamente al Estado el sacrificio de todos sus privilegios económicos. El rey ha querido conservar por lo menos para este

estamento los privilegios honoríficos. Ya veremos qué parte les toca en la opinión y en la autoridad.

Hay en París espíritus arrebatados o malintencionados, semifilósofos a quienes la superstición del linaje hace sufrir; esa superstición ha sucedido a las religiosas en su lista de odios. La sola palabra *nobleza* suscita su furor, y extirpar a todos los nobles sería tal vez para ellos una *San Bartolomé filosófica*. Mas se les ruega observar que, en los gobiernos más democráticos, Alcibíades y César hablaban a cada instante de sus orígenes. No hay más remedio que acostumbrarse a las desigualdades de talento, de fuerza, de estatura y de presencia física, que están en la naturaleza, y a las desigualdades de posición que de ellas han derivado. Además, es imposible extinguir un recuerdo: la razón del estado llano no destruirá el prejuicio de la nobleza más de lo que la historia ha hecho olvidar la fábula. Todas las naciones han comenzado por tiempos heroicos; y hasta la filosofía sólo puede muchas veces recurrir a la necedad del abolengo para enfrentar a la insolencia de la riqueza; mas esa misma filosofía nada puede hacer por el clero.

V [20]

El desenlace es dudoso, y el peligro cierto.
(Corneille, *Cinna*)

Unificados los tres estamentos, y anulada la declaración de derechos por el desistimiento tácito consignado en la carta de Su Majestad a los nobles segregados, ya nada, al parecer, debía trabar la marcha de la Asamblea nacional en la obra de la constitución y de la recuperación financiera. Le llegaban de las principales ciudades del reino memoriales y diputaciones llenas de elogios, en forma de agradecimientos y apoyos. La mayoría de la nobleza, humillada y atemorizada, se había limitado a un papel puramente consultivo, para respetar sus mandatos; la minoría del clero había tomado poco más o menos la misma actitud, y el arzobispo de París, mitad *lapidado*, mitad *felicitado*, no tenía ya objeciones. Parecía,

[20] Comienza en este número el segundo "Resumen". (N. del T.).

pues, que iba a reinar la tranquilidad necesaria para la magna obra de la regeneración de Francia.

Mas el gobierno, alarmado por todas las ofensas inferidas a la autoridad real tanto en París como en sus alrededores, y al ver que la excitación de los ánimos crecía cada vez más, y que una población tan monstruosa como la de París interpretaba equivocadamente la energía de la Asamblea nacional, y aprovechaba al mismo tiempo la defección de una gran parte de los Guardias Franceses; el gobierno, decía, creyó necesario ahogar en su simiente los terribles desórdenes que iban a seguirse de semejante situación. Hizo aproximarse suficientes regimientos de infantería y de caballería como para montar un campamento a las puertas de la ciudad. Se emplazó artillería en todas las avenidas de Versalles, y patrulllas numerosas y continuas pusieron rápidamente la residencia del rey al abrigo de ofensas. El mariscal de Broglie había sido nombrado generalísimo de todas las tropas concentradas en Île-de-France.

Con nada puede compararse el terror que se apoderó de todos los diputados a la vista de tropas y cañones. Inundaron la capital y las provincias con cartas tremebundas, y a poco el único tema de conversación eran los atentados de la autoridad contra la Asamblea nacional. Que el ministerio había colocado veinte barriles de pólvora bajo la sala de la Asamblea; que cien cañones con balas calentadas al rojo estaban apuntados contra sus muros de madera. Se afirmaba que París iba a ser sitiada, y se hacía ya el cómputo de los cañones y las bombas que la tenían como destinataria; y tanto se dijo que el pavor, sincero en unos y fingido en otros, dominó en poco tiempo a la capital y a las provincias. Así, mientras el rey reunía soldados y multiplicaba refuerzos, la Asamblea nacional reunía adhesiones y multiplicaba temores. Para decirlo en una palabra, el rey y la Asamblea se disputaban al ejército.

Aquellos temores eran al mismo tiempo razonables y absurdos. Pues era razonable que una gran concentración de tropas inquietase a una asamblea que no sólo tiene derecho a ser libre, sino también necesidad de parecerlo; pero era absurdo atribuir al rey intenciones de Calígula. Por más mala voluntad que se suponga al gabinete, no es verosímil que un rey cuyo carácter todos conocen hubiese convocado a los Estados generales para fulminarlos sobre las cenizas de su capital abrasada, y para perder así juntamente su reputación, su trono y su vida. El rey los había congregado para hacer junto con ellos la constitución, y para librar su espíritu del peso de una deuda inmensa. Y si hubiese atentado contra la existencia

de la Asamblea nacional, no sólo habría caído en el desastre de la bancarrota que quería evitar, sino que además se habría hundido en los horrores de una guerra civil, y se habría enajenado para siempre el corazón de los franceses.

Nos limitamos aquí a hablar de lo verosímil, que es para un espíritu bien dispuesto la verdad misma, cuando lo que se ha alegado son sólo sospechas y temores. Pero quienes hablaban en nombre de la Asamblea nacional intuyeron bien que llegarían escasamente a la multitud si se limitaban al planteo razonable, mostrando sólo sospechas y simples inquietudes por la libertad de sus deliberaciones, y que se podía sacar mucho mejor partido del planteo absurdo, dando la impresión de temblar por la vida de los diputados. Hallaron así un argumento para justificar absurdos y para calumniar a una corte.

El conde de Mirabeau, que pocos días antes había ofrecido a la Asamblea probar que el ministro Necker no había adoptado las medidas necesarias para remediar la escasez de alimentos que asolaba al reino, y que no había podido presentar sus pruebas, sino que por el contrario había sido desmentido en los periódicos, salió muy airosamente de su incómoda situación haciendo una moción violenta contra las intenciones del gobierno respecto de la concentración de tropas. Su moción, aprobada por aclamación, fue seguida por una petición al rey en la cual se le suplicaba encarecidamente que retirarse el ejército. Aquel documento mezclaba tonos tan distintos, tantas reflexiones sobre la devoción y fidelidad de la Asamblea, con tantas protestas por el peligro a que se arriesgaba el rey, que se comentaba por doquier que era demasiado amor para tantas amenazas, y demasiadas amenazas para tanto amor.

VI

Los cambios del Estado queridos por los cielos.
No cuestan nunca sangre, en nada son funestos.
(Corneille, *Cinna*)

Su Majestad respondió que si había concentrado tropas era sólo para infundir respeto a los espíritus malintencionados, y a las bandas de asaltantes armados que siguen el rastro de las conmociones

públicas, y que se habían lanzado sobre París a las primeras noticias de revolución;[21] que la Asamblea nacional debía considerarse libre e inviolable como antes; y que si a pesar de todo sentía inquietudes, Su Majestad le daba la opción de trasladarse a Soissons o a Noyon. Pero la Asamblea, que seguía atribuyendo malas intenciones al gabinete ministerial, y que guardaba en secreto la esperanza de oponerle algún día aquel mismo populacho parisiense contra el cual se adoptaban precauciones, se negó a alejarse.

Durante varias días, la Asamblea se ocupó de la diputación de Santo Domingo. Se repitieron exhaustivamente todos los lugares comunes sobre la esclavitud de los negros y la abolición de la trata, y se acordaron finalmente seis diputados a dicha colonia.

Fueron propuestas asimismo medidas para combatir la escasez de cereales y la miseria popular; pero tanta lentitud tuvieron las deliberaciones sobre la ayuda que se brindaría como las referentes a las leyes que debían sancionarse; y no sería raro que la cosecha sorprendiese a la comisión de abastecimiento enfrascada aún en la búsqueda de los medios para llegar hasta ella.[22]

Espantada de su propia lentitud, la Asamblea se distribuyó en treinta comisiones, integradas por unas cuarenta personas cada una, que tuvieron que repartirse todos los asuntos. En su seno se mezclan todas las bailías y todos los estamentos. Desaparecen allí los privilegios y las constituciones particulares, y la reunión de todos destruye la diversidad de tantas costumbres locales, de tantas administraciones aisladas, leyes góticas, abusos tiránicos y vicios inveterados. En esas comisiones puede tomar forma esa constitución, *si melior sententia mentis*, que debe reemplazar la Francia feudal y abigarrada por una Francia libre y uniforme. Así es como se formó en París, con la mezcla de todos los tonos y gustos de todas las provincias, el gusto universal; y hasta ahora no hemos tenido más principios que los del gusto en las bellas artes.

El 4 de julio, el duque de Orleans fue nombrado presidente de la Asamblea en reemplazo del señor Bailly, y ante su rechazo, se eligió al arzobispo de Viena [en el Delfinado]. Dicho prelado rigió hasta el 20 del mismo mes, y, en una presidencia tan movida, dio pruebas de algo que no se espera nunca de la vejez: una adhe-

[21] Necker dice en su libro sobre la *Administración de finanzas*, II, cap. 12, que el rey, en tiempos de agitación, debe tener tropas a su alrededor, incluso tropas extranjeras.

[22] Es efectivamente lo que ocurrió.

sión firme a nuevos principios, y un pronunciado gusto por la misma filosofía cuyos gérmenes ponzoñosos había atacado tan a menudo; por lo cual dijimos que era el *ejecutor testamentario o albacea de sus enemigos.*

Bajo este presidente se consumó la revolución cuya historia escribimos. Por lo demás, ya se ha hecho notar que todos los devotos, al tomar partido por el estado llano, fueron previamente obligados a despojarse del hombre viejo y hacerse filósofos.

Poco después se dirigió una nueva petición al rey para impetrar gracia en favor de algunos Guardias Franceses, y para que se enviara a París una delegación encargada de establecer el orden y la tranquilidad. El rey accedió a la primera solicitud y rechazó le segunda, de modo de seguir reteniendo en sus solas manos el ejercicio del poder ejecutivo, que podían ya entonces quitarle, pero que no se atrevían aún a discutirle.

En ese período lleno de riesgos, más precisamente hacia el 11 de julio, el ministro Necker recibió del rey una súbita orden de salir del reino. Esa extrema resolución era una jugada azarosa. El consejo estaba dividido desde mucho tiempo atrás: el gabinete ministerial viejo quería que el rey mantuviera su autoridad, y el nuevo exigía que Su Majestad dejase hacer y se abandonase sin reservas a la Asamblea nacional. El gabinete viejo prevaleció, sin haber tomado ninguna de las precauciones que podían justificar, o sea dar buen éxito, a la resolución que se adoptaba. Era en aquel momento tan impolítico y tan peligroso para la corte de Francia separarse de Necker como lo sería para la corte de Nápoles ordenar que se arroje al mar la ampolla con la sangre de San Jenaro.

Al primer rumor del alejamiento de Necker, París se llenó de consternación, el *Palais-Royal* se estremeció, la Bolsa cerró, los espectáculos fueron suspendidos (téngase presente que esto se debió a una orden de los Estados generales del *Palais-Royal*), y diez mil bandidos armados se desataron por las calles. Un día alarmante fue seguido por una noche aún más terrible, pues al dolor de haber perdido al ministro Necker se añadía el temor que inspiraban aquellos asaltantes.

Se tocaba a rebato por doquier; habían comenzado a saquear algunas casas. Los comerciantes no se atrevían a abrir sus tiendas; los talleres quedaron desiertos, y la ciudad se había ya vuelto inhabitable cuando los burgueses, para defenderse, tomaron repentinamente las armas, en lugar de recurrir al rey, defensor nato del Estado, que no puede negar sus tropas a las ciudades y cuyas ciudades

no pueden negarse a sus tropas. Con aquella insurrección general, París, que era ya inhabitable, se hizo inaccesible.

Como se sabe, para la realización de las elecciones de diputados París había sido dividida en sesenta distritos, de modo tal que a la primera señal los electores, una vez llegados a sus respectivos departamentos, estuviesen en condiciones de reunir y clasificar a los burgueses, como lo habían hecho ya para la elección de diputados a los Estados generales. Se formó rápidamente una milicia de cuarenta y ocho mil hombres, cada una de cuyas divisiones era comandada por oficiales y soldados pensionados o retirados del servicio, que siempre son bastante numerosos en la ciudad. Así pues, esas disposiciones tan bien pensadas, y sobre todo esa prontitud en la súbita organización de las tropas, de que tanto se han jactado los parisienses, y que según ellos no conoce precedentes en ninguna insurrección, no tienen nada de extraordinario cuando se examina la cosa atentamente: la estructura construida para los Estados generales sirvió a la insurrección. La primera tarea de esa milicia burguesa consistió en desarmar a la chusma que saqueaba las casas, y apoderarse de todas las armas que pudieron hallarse, lo cual ocasionó medidas violentas, como pronto veremos.

En cuanto las noticias del desastre fueron llevadas a Versalles, la Asamblea nacional experimentó un dolor adecuado a la realización de sus temores, y mandó al rey una numerosa delegación. La elocuencia de los diputados nada podía agregar a las inquietudes de Su Majestad. El rey sabía que la sangre de sus súbditos corría en París; por eso respondió a los diputados que no sólo iba a retirar sus tropas de los alrededores de la capital, sino que además los autorizaba a dar a conocer tal disposición a los parisienses, con el propósito de mostrarles que en la misma medida en que ellos habían desconfiado de su rey, éste confiaba en ellos; y, para que la capital no sufriese daño de las tumultosas medidas que acababa de adoptar para su propia defensa, Su Majestad tomó a su cargo designar a los oficiales que podían organizar y dirigir aquellas legiones patrióticas.

VII

Ipsumque trahunt in moenia regem.
(Virgilio, *Eneida,* XII)

El rey se había puesto de ese modo a la cabeza de la milicia burguesa que había reemplazado a la turba en armas, y al parecer todo debía volver a su cauce; pero cuando Enrique III se proclamó jefe de la Liga, no consiguió con ello dominar más que antes. Pronto llegó a Versalles la noticia de que el populacho, unido a las milicias, se había lanzado contra el Hospicio de Inválidos y había robado treinta mil fusiles; que de allí se había trasladado a la Bastilla, donde, tras dos o tres horas de negociaciones, idas y venidas, el gobernador, que había cometido el error de descender a los patios del frente y no utilizar los puentes levadizos, había sido sorprendido con su pequeña guardia de inválidos.[23]

Tal vez no es indigno de la historia observar que el gobernador de la Bastilla no quiso disparar el cañón contra el pueblo que avanzaba en masa del lado del Arsenal por miedo de dañar una casita que había hecho edificar en el paraje y que le era muy querida. Y no es menos digno de mención que en ese mismo momento el barón de Bezenval, general de los guardias suizos, se escondía para no tener que dar órdenes a su tropa y dejaba tomar los Inválidos, por miedo de que, si la sublevación cobraba grandes fuerzas, saquearan su casa, ubicada en las proximidades, y donde había hecho pintar poco antes todo un departamento y construir agradables salas de baño. Ya se ve por qué clase de hombres era servido el rey.[24]

Aunque el ministerio era culpable de no haber adoptado ninguna medida interior contra la agitación, a pesar de haber sido ya

[23] El *Hôtel des Invalides* fue fundado por Luis XIV en 1670 para dar alojamiento a soldados y oficiales inválidos, y constituye un majestuoso conjunto arquitectónico. En cuanto a la famosa Bastilla, construida en el siglo XIV, y que había servido durante mucho tiempo de prisión para detenidos especiales confinados por *lettres de cachet,* se hallaba en 1789 prácticamente vacía, y custodiada tan sólo por un puñado de soldados suizos y de inválidos. La fortaleza fue empezada a demoler ya al día siguiente del 14 de julio. (N. del T.)

[24] Estamos hablando del mismo barón de Bezenval cuya cabeza reclama hoy el pueblo.

tan enérgicamente advertido, el marqués de Launay no dejaba por eso de merecer reproches por arriesgarse con un populacho furioso. Si se hubiese encerrado en la Bastilla, era inexpugnable. De cualquier manera, el malhadado gobernador recibió muy pronto el castigo de su imprudencia: el pueblo lo arrastró hasta la plaza de Grève y le cortó la cabeza, después de colmarlo de golpes y de ultrajes. Su cabeza, paseada por las calles en la punta de una lanza, fue llevada al *Palais-Royal.*[25]

A eso se redujo la toma de la Bastilla, tan celebrada por el populacho de París. Poco riesgo y muchas atrocidades de una parte, y una grosera falta de previsión de parte del marqués de Launay: eso fue todo; no hubo, en una palabra, más que una *toma de posesión*. El populacho, ebrio de orgullo y de furor, paseó en un carro triunfal a un ignoto desertor de los Guardias Franceses que había sido el primero en arrojarse contra el puente levadizo de la Bastilla; le dieron una cruz de San Luis y una cinta azul [de la orden del Espíritu Santo], y lo pasearon así condecorado por aquel mismo *Palais-Royal* donde habían clavado la cabeza del desdichado de Launay.

¿Puede creerse que diputados del estado llano, enemigos natos de cuanto se llame *linaje, nobleza, condecoración*, hayan opinado que aquel Guardia Francés tenía "aspecto de hombre de alcurnia"? Verdaderamente, la nobleza ha de ser para los burgueses una especie de idea innata, o al menos el primero y más fuerte de los prejuicios, y no exceptúo a la religión.

En el curso de ese mismo día, los electores de los diferentes distritos de París habían constituido en la municipalidad un tribunal, con el nombre de Comité permanente. El señor de Flesselles, presidente de los comerciantes (*prévôt des marchands*) quedó, como era natural, a la cabeza de ese tribunal, y por algunas horas fue hombre del rey y hombre de la burguesía. El peligro de su posición duró poco: fue acusado de escribir al gobernador de la Bastilla para instarlo a resistir, y de haberle anunciado que irían en su auxilio. El anciano se disculpó ante los electores aduciendo los deberes que le imponía su cargo, pero al salir del Ayuntamiento fue

[25] La *Place de Grève* ("plaza de la ribera, de la playa"), llamada actualmente *de l'Hôtel de Ville*, a orillas del Sena y frente a la Municipalidad de París, era el lugar tradicional de las ejecuciones. Sin embargo, la guillotina en que pereció Luis XVI, la reina, y tantos otros durante el Terror, fue erigida en la plaza de la Revolución, antes llamada Luis XV, hoy de la Concordia. (N. del T.)

destrozado por el populacho. Tal es el resultado de las violentas crisis entre la autoridad real y los furores populares: se puede acabar masacrado en ambos partidos, con la diferencia de que las cortes toman en consideración las situaciones adversas, y en cambio un pueblo enfurecido sólo sabe asesinar.

Las dos ejecuciones mencionadas infundieron un profundo terror a la corte y un movimiento más impetuoso a la Asamblea nacional: nada hace adelantar las cosas como las ejecuciones. Su Majestad, al ver que sería menester ahogar la insurrección en un mar de sangre, prefirió legitimarla a fuerza de clemencia: concurrió sin ceremonia a los Estados generales, que designó por primera vez como *Asamblea nacional*; confirmó el retiro del ejército que acampaba alrededor de París, aprobó la creación de la milicia burguesa, entregó al presidente de la Asamblea una carta en que llamaba de nuevo a Necker; autorizó a ochenta diputados a trasladarse a París para llevar las nuevas de tantas bondades, y coronó la palabra con el silencio, olvidando la defección de los Guardias Franceses y el asesinato de sus oficiales.

Pero si París daba miedo a Versalles, Versalles no atemorizaba menos a París. La capital, que no podía creer en tanta clemencia por parte del rey, levantaba barricadas en las calles, se cubría de hombres armados que parecían brotados de la tierra, como en otro tiempo a la voz de Cadmo. Por doquier se enarbolaba la escarapela nacional: era blanca, azul y roja. Esos colores todo lo decoraban, todo lo consagraban, todo lo justificaban. Los electores, instalados en la municipalidad, eran como otros tantos éforos; el tesoro real estaba en sus manos; ellos daban órdenes, apostaban cuerpos de guardia, interceptaban los correos de la corte y de las provincias, se apoderaban de la posta de correos, y extendían certificados y pasaportes. Las aduanas y barreras, incendiadas al principio en una explosión de furia, fueron restablecidas, y los derechos recaudados destinados a la ciudad; la catedral y las parroquias cantaban misas "por los héroes muertos en el ataque a la Bastilla"; en una palabra, todos los atributos del poder supremo se hallaban en el Ayuntamiento; y la autoridad real, tesoro integrado por todos los poderes acumulados por tantos reyes conquistadores y tantos hábiles ministros, se veía dispersada entre unos pocos burgueses que temblaban a su vez ante los furiosos ejecutores de sus voluntades: porque si acaso es verdad que las conjuraciones son tramadas a veces por gentes de talento, son siempre ejecutadas por bestias feroces.

Los diputados de la Asamblea nacional que habían ido a tranquilizar a París volvieron con ese panorama pavoroso; se aguardaba asistir en cualquier momento a la llegada de cincuenta mil hombres armados, cuyo objetivo sería llevarse consigo al rey e incendiar Versalles. De Lally-Tollendal, diputado famoso por su elocuencia apasionada y en ocasiones convulsiva, dijo, para concluir su relato, "que les era ordenado por la nación" (como si ésta se hallara íntegramente bajo las ventanas del Ayuntamiento) "que solicitasen indispensablemente la reposición en su cargo de Necker y la destitución de los ministros actuales". La Asamblea nacional, extrañada de que la Municipalidad le diese órdenes, disimuló su sorpresa y obedeció. ¿Qué se puede rehusar, en efecto, a sesenta mil protectores armados? Desde hacía algunos días, la Asamblea había quedado situada entre aquéllos para quienes trabajaba y aquéllos contra quienes procedía; y puesto que había llamado en su auxilio a París contra la autoridad, le era inevitable prepararse a ver que los soldados parisienses decidiesen con hechos lo que ella sólo debía decidir con el derecho.

A todo esto, el rey cumplía fielmente todas sus promesas; el ejército había ya levantado el campamento; lo siguió su general, y a poco el canciller y los nuevos ministros, que presentaron sus renuncias antes de haber prestado juramento. Viose partir a aquéllos y aquéllas a quienes los favores de la corte convertían en culpables, y por último a varios diputados que habían dado muestras de excesiva fidelidad a sus mandatos, o de insuficiente fe en el ministro Necker.

Un funcionario y varios correos habían ya emprendido viaje para ir a buscar a este ministro. La posteridad no querrá creer que la salvación de Francia, reunida en Estados generales, haya dependido de un solo hombre, y que se haya dicho en París que si Necker moría, la Asamblea nacional sería disuelta y la monarquía derrocada. Preciso es aquí también remontarse a los especuladores y a los capitalistas para explicar el fenómeno político de semejante influencia. Mientras París se tome por la nación, la Bolsa será el corazón del reino, y Necker el amigo del corazón.

Una victoria lleva a otra, y el apetito de poder no conoce la saciedad. La municipalidad y la burguesía de París, poco satisfechas de todos los sacrificios que Su Majestad había realizado en aras de la tranquilidad pública, y llenas aún de la primera embriaguez de soberanía, exigieron que Su Majestad viniese a mostrar a la capital un rey sin ejército, sin ministros, sin consejo,

y, menester es decirlo, un rey despojado. Su Majestad, con un instinto que llamaríamos genio si no temiésemos sustraer algo a su corazón, confundió a los malintencionados y a todos los que estaban seguros de una resolución extrema, o al menos de un poco de resistencia: anunció que se trasladaría a París.

El conde de Artois, que se había condenado al odio público declarándose defensor de las prerrogativas de la nobleza, ofreció a Su Majestad ir en su lugar a enfrentar una ciudad furiosa; y ante la negativa de éste, partió para Alemania. Un hijo de Francia no podía humillar más eficazmente a los burgueses de París que pareciendo sustraer su vida y la de sus hijos al furor de aquéllos.

El 17 de junio fue la fecha en que el estado llano, declarándose Asamblea nacional, asestó el primer golpe a la antigua organización del reino, y el 17 de julio el rey confirmó el nuevo orden de cosas yendo a París.

Versalles no olvidará jamás ese día y esa partida. Los viejos servidores del rey no pudieron ver sin lágrimas al monarca francés, cuyo solo nombre evoca ideas de amor y de poder, encaminarse, sin cortejo y sin defensa, en medio de un populacho armado, hacia una capital en delirio, para consagrar allí una insurrección. Nunca se olvidará que en las puertas de aquella misma capital ocho burgueses se ofrecieron como rehenes a los habitantes de Versalles, que les entregaban la persona del rey, como si ocho cabezas desconocidas pudiesen representar al jefe de la nación, y como si un peligro tan inminente sólo tuviera que hacer temblar a Versalles. Siempre se recordará que Su Majestad, forzado a dejar los pocos guardias de corps que lo habían seguido, se vio al principio rodeado por los mismos soldados que, algunos días antes, eran sus Guardias Franceses, y que intencionalmente se hizo desfilar ante él los mismos cañones que los rebeldes habían tomado en la Bastilla y en los Inválidos, para ostentar mejor ante sus ojos los trofeos de la insurrección.

VIII

Rege
Amisso, rupere fidem, constructaque mella
Diripuere ipsae, et crates solvere favorum;
Ille operum custos.

(Virgilio, *Georg.*, IV)

Siempre se recordará que tras cinco horas de camino, Su Majestad, rodeado por triple fila de más de ciento cincuenta mil hombres armados, desde la barrera hasta la plaza de Grève; se recordará, repito, que el mejor de los reyes oía como único grito: *¡No gritéis viva el rey!* Los homenajes y las bendiciones sólo iban a los trescientos diputados que precedían la carroza del rey y abrían la marcha, tal como en los triunfos de la antigüedad, en que el vencido seguía al vencedor. Así subió Su Majestad al Ayuntamiento, cuya escalinata estaba aún tinta en la sangre de los Flesselles y los de Launay.

A su llegada, le presentaron la escarapela nacional, y Su Majestad, con ella en la manos, fue obligado a asomarse a las ventanas para contentar a los innumerables espectadores que cubrían la plaza de Grève, las calles, los techos de las casas, las avenidas costaneras y los bordes del Sena, y que no acababan de saciar sus ojos con el aspecto del rey a quien habían de tal guisa condecorado.

Luego de esa ceremonia, Su Majestad prestó oídos a las arengas de los magistrados municipales, de los electores y del señor Bailly, que acababa de ser nombrado por aclamación alcalde de la ciudad o presidente de los comerciantes, y cuya elección fue confirmada por el rey. La arenga de este académico giraba en torno de una antítesis que sólo puede ser disculpada por su intención. Bailly dijo al rey, al presentarle las llaves de la ciudad, como si la ciudad sólo le perteneciera a partir de aquel preciso día: "Majestad, Enrique IV había reconquistado a su pueblo, ahora es su pueblo el que ha reconquistado a su rey." Era un poco fuerte indudablemente hacerle oír al rey que todo en su actitud era forzado, puesto que efectivamente Enrique IV había forzado a París.

Observemos aquí en qué medida el hombre es fruto de las circunstancias: conocido por haber escrito una historia de la astronomía, Bailly, cuyo destino parecía ser el de acabar sus días en su tranquilo sillón de la Academia, se halla actualmente envuelto en la tempestad de una revolución, y cargado con los despojos ensangrentados del presidente de los comerciantes, ofrece a su rey las llaves de una capital insurgente.[26]

El marqués de La Fayette dada en aquel momento otro ejemplo de los golpes del azar. Nacido a lo que parece para comandar a insurgentes,[27] había sido designado por aclamación comandante de las milicias nacionales, o sea parisienses. Saludó al rey en su carácter de tal, y Su Majestad, que no había venido para negar nada, confirmó su elección.

De Lally-Tollendal, diputado al cual ya hemos mencionado, arengó también a Su Majestad; pero sus apóstrofes iban dirigidos a los asistentes. "¡Ved aquí", exclamaba, "ved aquí al rey!", y prosiguió con el mismo tono en una larga y patética paráfrasis del *Ecce homo!:* circunstancias idénticas sugieren, en efecto, expresiones idénticas.

Por último Su Majestad, abrumado bajo el peso de semejante día, expresó el deseo de retirarse: todo lo había aprobado, todo confirmado con su sanción; el cáliz había sido bebido, y la revolución consumada. No pudieron oponerse a su voluntad, y antes de medianoche quedó el rey de Francia libre de regresar a Versalles.

No describiré ni el estupor de la corte, ni las lágrimas de la reina, ni la huida de los príncipes, ni las emigraciones de la nobleza, ni la soledad en que quedó la corte; pero debo mencionar que, siguiendo el ejemplo de París y de Versalles, toda Francia se cubrió de escarapelas nacionales; los campesinos y los burgueses armados se mezclaron con las tropas regulares: la defección fue universal en todas las fronteras, del mar Mediterráneo hasta los Alpes, y de los Pirineos hasta el Océano.

En medio de aquellos vagos clamores de *patria* y *libertad,* y en aquella confusión de todos los rangos, que parece a los ojos vulgares una coalición de todos los intereses, la fuga o el silencio han distinguido a los verdaderos políticos, a los verdaderos amigos

[26] Como es sabido, Bailly fue también, al igual que tantos otros protagonistas de las primeras horas de la Revolución, víctima de ésta, y acabó en el cadalso en 1793. (N. del T.)

[27] Alusión a la actuación de La Fayette en la Revolución Americana. (N. del T.)

del orden, a todos aquellos, en una palabra, que saben distinguir la libertad de la licencia, el valor del fanatismo, y una insurrección ciega de una constitución ilustrada.

Por otra parte, nunca más que hoy ha merecido París el título de capital: levantó el estandarte, y todo el reino formó tras él; se autodenominó *la patria*, y su Municipalidad *la nación*, y el insolente sofisma no ha indignado a nadie. París absorbe todos los ingresos del Estado; tiene en sus manos todas las ramas de la autoridad; su *Palais-Royal* elabora listas de proscripción, su populacho las ejecuta, y no siempre se permite la huida a quienes son inscriptos en esas listas fatales. Tres millones de campesinos armados, de un confín a otro del reino, detienen a los viajeros, consultan la filiación y llevan consigo las víctimas a París; el Ayuntamiento es incapaz de arrancarlos al furor de los verdugos patriotas. La Asamblea nacional, sublevando al pueblo, bien pudo derribar el trono, pero no puede salvar a un ciudadano. Llegará el tiempo en que la Asamblea dirá al ejército de ciudadanos: "Vosotros me habéis salvado de la autoridad, pero ¿quién me salvará de vosotros?" Recordad, Asamblea nacional, la fábula del caballo que pidió auxilio al hombre; y si la fábula no es bastante, pensad en la historia del Parlamento Largo y el ejército de Cromwell: aquel parlamento, con la ayuda del ejército, triunfó sobre el rey, mas pereció en su triunfo, porque no pudo quitarse de encima al ejército. Si un rebaño apela a tigres contra sus perros, ¿quién podrá defenderlo de esos nuevos defensores? Para que una insurrección tuviese buen éxito, sería menester que todo pasara al plano civil en cuanto desapareciese cualquier peligro de parte de las autoridades derrocadas; pero como para imponerse a éstas se ha levantado un ejército, ese ejército sigue existiendo cuando la revolución ha sido consumada, y su fuerza militar hace temblar a su vez a aquéllos a quienes había hecho antes tan temibles. Pues ¿qué responder a un pueblo armado que os dice: *Soy el amo*?

Cuando se ha sacado de su lugar al poder, cae necesariamente en manos de las clases más bajas de la sociedad, puesto que en última instancia allí es donde reside en toda su plenitud el poder ejecutivo. Tal es el estado actual de Francia y de su capital, que no hay autor capaz de darle un nombre, y que no hay francés que no deba temerlo tanto como aborrecerlo.

Se dirá sin duda que no es ése el tono en que los periódicos han hablado de la revolución: pues todo lo han justificado, todo lo han admirado, tanto la defección de los Guardias Franceses, como

las calumnias de los malintencionados, y las atrocidades del populacho.[28] Pero ¿qué habrían dicho si el ejército hubiera sido leal, si París hubiese sido contenido y la autoridad real respetada? En ese caso la Asamblea nacional, que es hoy *la más augusta asamblea del universo,*[29] habría sido tratada de *imprudente* en esas mismas publicaciones, y censurada por no haber aceptado la famosa *declaración de derechos* ofrecida por Su Majestad. ¿Y por qué, se habría dicho, dejar para el rey la gloria de dar por sí mismo una constitución a su pueblo? ¿Por qué no aprobar el bien, sea de quien fuere la mano que nos lo da? ¿Por qué sublevar al populacho de una gran ciudad, y exponer ésta a la ira de su rey? Entonces todos los ministros a quienes hoy se ultraja habrían sido endiosados, entonces el Ayuntamiento, que es hoy *el más augusto de los tribunales,* y los menores distritos, que también son *muy augustos,* no habrían sido más que un hato de sediciosos, merecedores de la execración de los buenos ciudadanos, y de todos los castigos que habría podido infligirles un soberano justamente irritado. Así es como todos los escritores son corrompidos en mayor o menor grado por los acontecimientos. No creemos que se nos haga el mismo reproche. Hemos escrito sin predilección y sin amargura, sin temor y sin temeridad, pero no sin obstáculo, e incluso sin peligro. En medio del fuego de una revolución, cuando se enfrentan los odios y el *soberano* está *dividido,* resulta difícil escribir la historia. Los que han hecho una revolución querrían también narrarla; querrían, tras haber atormentado o masacrado a sus contemporáneos, engañar además a la posteridad. Mas la historia rechaza sus manos criminales, no escucha la voz mendaz de las pasiones: quiere ser juez

[28] Habíase propagado el rumor de que una gran cantidad de Guardias Franceses, muertos durante los primeros días de la Revolución, habían sido envenenados por sus oficiales. Semejante calumnia podía haber ocasionado el asesinato de todos los oficiales que se encontraban en París. Se decidió entonces practicar la autopsia de algunos de esos soldados, y se comprobó que habían muerto de indigestión, víctimas de su gula y del agradecimiento de los parisienses, que no paraban de darles comida y bebida.

Tan verídico como ése fue el rumor de que la señora de Necker se había visto obligada a preparar personalmente la comida de su ilustre esposo.

[29] Causa un poco de escándalo ver en todos los diarios franceses que una nación tan bien educada como la nuestra se trata a sí misma de *primera nación del mundo*; que llama a su Asamblea nacional *la más augusta asamblea del universo*, etc. Cuanto más se da uno a sí mismo, más se sienten tentados los otros de quitarnos. Siempre la modestia ha hallado generosidad, y el orgullo envidia.

y no adulador de los hombres, y, como la ley, los aprueba sin amor y los condena sin cólera.

Nuestra opinión es, pues, que la corte, la Asamblea nacional y la ciudad de París son culpables por igual en la revolución actual.

IX

Auxilium vocat, et duros conclamat agrestes.
[...] raptis concurrunt undique telis.
Indomiti agricolae.

(Virgilio, *Eneida*, VII)

La corte es culpable hacia la nación por haber rodeado a los pacíficos diputados del pueblo de soldados amenazadores, por haber iniciado la guerra civil incitando a los defensores del Estado contra sus restauradores. Todo el comportamiento del gabinete muestra que no había previsto ni entendido lo que iban a ser necesariamente unos Estados generales otorgados después de tantas súplicas, después de tantos motivos de descontento, después de tan prolongadas depredaciones: y por eso, siguiendo su mala estrategia, la autoridad real, abandonada por el ejército, anulada ante la opinión pública, y golpeada contra la masa de una población enorme, se quebró como vidrio.

Las faltas de la Asamblea nacional no son menos evidentes, aunque más inevitables. Al armar a París, ponía en peligro por igual la cabeza del rey, la vida de sus súbditos y la libertad pública. Sólo hay que suponer por un instante que el ejército hubiera obedecido; o aun, tras la defección del ejército, que el rey hubiese resistido a las insolentes pretensiones de París; sólo hay que desarrollar mentalmente, repito, esa suposición, siempre, claro está, que sea uno capaz de soportar la imagen de las terribles consecuencias que implica. Por suerte el rey ha desconcertado a sus enemigos no oponiéndoles resistencia alguna: y es seguro que si Carlos I hubiera hecho lo mismo, Cromwell estaba perdido.

Forzoso es, pues, que la Asamblea nacional elija y confiese que hubo en todo esto o imprudencia o traición: imprudencia, si se había armado a París sin estar seguro del ejército; traición, si se

había seducido al ejército antes de sublevar a París. Ahora que la Asamblea puede tener al rey por nada, debe tener a París por todo: el tiempo nos dirá si ha ganado con el cambio. En cualquier caso, un pueblo inmenso ha abandonado sus talleres, los tribunales están cerrados, los regimientos han quedado sin jefes, y Francia en armas aguarda una constitución, pacífica obra de las leyes, como si se hallara amenazada por un desembarco en sus costas, o por una invasión de bárbaros. Lo cierto es, entonces, que la Asamblea nacional clamó pidiendo auxilio sin estar en condiciones de garantizar ni impedir los resultados de su acción.

Las faltas de la capital, o mejor dicho sus crímenes, son harto conocidos: París ha suministrado ya varios temas de tragedia a la posteridad, y argumentos terribles a los enemigos de la libertad. Las personas pacíficas y sensibles no quieren ya un bien que hay que comprar con tantos crímenes y con una anarquía cuyo término es imposible de prever. Se dirá que la culpa es del despotismo, que no deja a la libertad más puerta que la insurrección. Lo admito; pero ¿era necesario, ciudad bárbara, cuando las tropas se habían retirado, cuando la Asamblea nacional vino a comunicarte cuán satisfecha estaba de la última sesión a que había asistido el rey, era necesario exigir que tu príncipe, que el descendiente de tus sesenta reyes viniese a rebajarse en tu recinto? ¿Sabías acaso si, de entre aquella selva de lanzas y de bayonetas, algún monstruo o algún insensato como los que ha habido en tí en épocas más calmas, no te cubriría de un luto y un oprobio eternos?[30] Pero París quiso alardear, quiso mostrar el pecho erizado de hierro a su rey privado de todo boato de poder y de todo signo de majestad.

A este crimen contra la monarquía sucedieron incontables atentados contra la humanidad. Vanamente pidió el rey a la municipalidad, como precio de tanta condescendencia, que todos los que eran marcados como víctimas por el clamor público fuesen confiados a los tribunales; en vano imploró para sus súbditos, no ya gracia, sino sencillamente justicia; en vano se mandó alumbrar la ciudad y reabrir los espectáculos: pues en el momento de esa falsa paz, el pueblo de París, rey, juez y verdugo, tras algunos asesinatos oscuros que omitimos, arrastró a los señores Foulon y Berthier a la plaza de Grève, y les hizo padecer suplicios y sufrir

[30] El temor que expresamos no es fantasioso. Un tiro de fusil disparado por mano anónima hirió de muerte a una mujer casi al lado de la carroza del rey.

una muerte que sólo encuentran par entre los pueblos más bárbaros del mundo, o en los tiempos más desastrosos de la historia. Foulon, veterano hombre de negocios conocido por su talento, era suegro del señor Berthier, intendente de París. Los campesinos de su tierra lo entregaron al populacho de París. Se le acusaba, sin pruebas, de haber dicho, alguna vez en su vida, que "el pueblo había nacido para comer pasto". Tal expresión proverbial no lo habría conducido a la muerte si no hubiese sido nombrado uno de los efímeros ministros que sucedieron a Necker. Ése fue su verdadero crimen. Se ha observado que el mismo pueblo que se emociona todos los días con la pasión de Jesucristo, se plugo en hacerla sufrir a este desdichado ministro, como si el escarnio y la impiedad realzaran la venganza. Lo habían coronado de espinas; cuando abrumado de tormentos y fatigas pidió de beber, le ofrecieron vinagre. Su cabeza, paseada por las calles de París, fue llevada el mismo día a su yerno, que iba de camino a la capital, en medio de una turba de campesinos y burgueses armados. Obligado a besar la cabeza ensangrentada, Berthier fue poco después destrozado bajo las ventanas de ese mismo Ayuntamiento que pedía inútilmente gracia para él a aquellos tigres que ya no podía dominar. El soldado que arrancó el corazón de Berthier para ofrecérselo chorreante de sangre a Bailly y La Fayette, dio a éstos *nuevos sabios* la prueba de que el pueblo, cuando gusta la libertad, como una bebida fuerte, sólo se embriaga y enfurece. ¡Guay de aquéllos que remueven las heces de una nación! No hay ningún siglo de las luces para el populacho; éste no es francés, ni inglés, ni español. El populacho es siempre y en cualquier país el mismo, siempre caníbal, siempre antropófago, y cuando se venga de sus magistrados, castiga crímenes no siempre comprobados con crímenes indudables. Recordad, diputados de los franceses, que cuando se subleva a un pueblo siempre se le infunde más energía de la que hace falta para conseguir el fin propuesto, y que ese excedente de fuerza lo arrastra pronto más allá de todo límite. Vais en este momento a dar leyes estables y una constitución a una gran nación, y queréis que esa constitución sea precedida por una declaración pura y simple de los derechos del hombre. Legisladores, fundadores de un nuevo orden de cosas, queréis hacer marchar ante vosotros a la metafísica que los antiguos legisladores ocultaron siempre sabiamente en los cimientos de sus edificios. Os ruego, no seáis más sabios que la naturaleza. Si queréis que un gran pueblo goce de la sombra y se alimente de los frutos del árbol que vosotros plantáis, no de-

jéis las raíces al aire. Temed que hombres a quienes habéis hablado solamente de sus derechos, y nunca de sus deberes, hombres que no tienen ya que temer la autoridad real, que nada entienden de las operaciones de una asamblea legislativa, y abrigan esperanzas exageradas sobre ella, quieran pasar de la igualdad civil que dan las leyes a la igualdad absoluta de propiedades, del odio de las jerarquías al de los poderes, y que, después de enrojecer sus manos con la sangre de los nobles, quieran asesinar también a sus magistrados. Los pueblos necesitan verdades corrientes, y no abstracciones; y cuando salen de una larga esclavitud, hay que presentarles la libertad con precaución y gradualmente, como se dosifica el alimento a esas tripulaciones hambrientas que suelen encontrarse en alta mar en los viajes de largas duraciones. No olvidéis, por último, diputados de Francia, que si es verdad que los reyes se pierden por querer reinar demasiado, no es menos cierto que las asambleas legislativas se pierden por querer innovar demasiado.

Además, ¿para qué revelar al mundo verdades puramente especulativas? Quienes no abusarán de ellas son aquéllos que las conocen tan bien como vosotros, y quienes no han sabido extraerlas de su propio interior no las entenderán jamás, y abusarán de ellas siempre. Lejos de decir a los pueblos que la naturaleza ha hecho a todos los hombres iguales, decidles por el contrario que los ha hecho muy desiguales; que uno nace fuerte y el otro débil; que uno es sano y otro enfermizo; que no son todos igualmente hábiles y despiertos, y que la obra maestra de una sociedad bien ordenada es convertir en iguales por las leyes a quienes la naturaleza ha hecho tan desiguales en sus recursos.[31] Pero no les dejéis creer por ello que las condiciones sociales han de ser iguales. Sabéis, y veis ya, cuántas calamidades resultan de esa idea falsa cuando ha llegado alguna vez a oídos del pueblo. Al primer rumor que se esparció de la abolición de los derechos feudales, los campesinos no han querido aguardar ni oír que la Asamblea distinguiese entre derechos reales y derechos personales; avanzaron en tropel sobre las abadías, las residencias señoriales, sobre todos los lugares donde se guardan los archivos de la nobleza y los títulos

[31] El pobre de La Fayette, en un bosquejo de constitución leído ante la Asamblea nacional ha dicho, por el contrario, que la naturaleza hacía a los hombres iguales, y la sociedad los convertía en desiguales. Su discurso, al cual se asegura que Marmontel no ha sido ajeno, gira en torno de ese principio tan falso como funesto para las sociedades.

de las antiguas heredades; el fuego, la sangre, la ruina y la muerte han marcado por doquier la huella de estos tigres desatados, y ya os veis forzados a implorar contra su furia el auxilio de esas mismas tropas regulares cuya desobediencia habéis alabado demasiado como para que podáis tener alguna esperanza de lograr su obediencia.

X

Iliacos intra muros peccatur et extra.

(Horacio)

¿Diréis que mis temores son excesivos o quiméricos, vosotros que habéis oído a uno de vuestros diputados, en la Asamblea nacional, anunciarle que existía en el *Palais-Royal* una lista de proscritos, y confesarle estremecido que esa lista incluía los nombres de varios miembros de la Asamblea? ¿Vosotros que habéis visto a vuestros propios diputados en Saint-Germain, bajo la violencia de un populacho bañado en la sangre de algunos ciudadanos, pedir de rodillas, en nombre de las leyes y de la humanidad, gracia para un inocente, y obtenerla apenas para su propia vida? Pero, sin hablar del pueblo, ¿no sabéis, Asamblea nacional, que se cuentan también hombres sanguinarios en vuestro propio seno? ¿Olvidáis que en momentos en que los cuerpos de Foulon, Berthier y otros como ellos, incluso después de muertos y desfigurados, hallaban aún verdugos; en momentos, digo, en que sus cabezas ensangrentadas colgaban de las columnas del *Palais-Royal*, uno de vuestros miembros exclamó en medio de vosotros: "¿La sangre que corre es acaso tan pura?" Palabras execrables, más abominables todavía a causa de la juventud de quien las pronunciaba. Si no damos su nombre, es porque no queremos acusar ante la posteridad a las personas, sino solamente a los crímenes y a los malos principios, más criminales aún que las malas acciones.[32]

[32] La Asamblea nacional está rodeada por una cantidad considerable de espectadores, y es cosa cierta que no todos sus miembros gozan de la libertad de votar según sus opiniones. Aquellos que tienen principios moderados, o que

Temblad, pues, Asamblea nacional, no sea que Francia se haga cruel, y que su capital, que la explota y la corrompe desde hace tantos siglos, acabe de deshonrarla. Vosotros solos seréis responsables de todos nuestros males, puesto que vosotros habéis invadido todos los poderes. Ministros elegidos de vuestras propias filas os ruegan que devolváis al rey el poder ejecutivo: si no queréis restituírselo, si os parece demasiado difícil devolver algo de brillo a la dignidad real que habéis vilipendiado, si veis, si sufrís con ojos secos y brazos letárgicos, nuestras desgracias y nuestras miserias, temblad al menos por vosotros mismos. Un día, no hay duda, seis millones de hombres armados pedirán la abolición total y absoluta de todos los derechos respecto de los cuales vosotros solamente habéis ordenado el rescate. Ellos os acusarán de haber defraudado sus esperanzas. Pues ¿qué no esperarán de una Asamblea que ha abatido al trono? Pedirán leyes agrarias. Ahí es adonde os llevarán aquellos a quienes habláis hasta el hartazgo de igualdad: pues también los legisladores cometen sus indiscreciones, y el pueblo está siempre preparado para aprovecharlas. Habréis puesto en armas al que no posee más que una choza contra el afortunado propietario de una casa, y al simple barquero contra el dueño de un navío; en una palabra, quienes no tienen nada se levantarán contra quienes poseen, es decir la gran mayoría contra la pequeña minoría. La licencia, fantasma pavoroso de la libertad, os perseguirá en esta misma sala, bajo estas mismas bóvedas, donde, como Sansón, habéis congregado al pueblo, y os sepultaréis como él bajo las ruinas del templo, por haber sacudido como él las columnas maestras: la *seguridad personal y la propiedad.* Ahora mismo, ¿adonde estaríais si hubiera en provincias algún Tartufo hábil y audaz? ¿Le opondríais a esos soldados filósofos y patriotas a quienes habéis enseñado a razonar sobre su juramento? Un Cromwell os aplastaría con los mismos argumentos con que vosotros habéis aplastado a la realeza, y no seríais el primer caso de una asamblea legislativa que habría trabajado para un usurpador.

---

muestran algún respeto por la autoridad real, son primero abucheados, y a continuación registrados en el *Palais-Royal*, que les escribe cartas con amenazas. Sólo son aplaudidos quienes lanzan proposiciones de violencia.

Cuando se propagó el rumor de que los ingleses habían entregado al señor de Calonne, y de que ese ministro iba a ser conducido a París, el populacho se aprestaba a recibirlo y a tratarlo como lo había hecho ya con Foulon y Berthier. Los enemigos de Calonne, muy populacho en esto, creyeron que los ingleses iban a deshonrarse entregándoles al ministro, y estaban tan seguros de su llegada que parecían afligidos.

París debe constituir el principal objeto de atención de la Asamblea nacional. Pueden contarse en esa malhadada ciudad cuarenta o cincuenta mil hombres cuyo modo de vida e intenciones son desconocidos, y esos hombres están armados... y están mezclados con los burgueses, a quienes pueden asesinar de la noche a la mañana... Suponiendo que ese infortunio no suceda, ¿comprende París sus intereses cuando permanece en armas? ¿Acaso es París una ciudad de guerra? ¿No es por el contrario una ciudad de lujo y de placer? Punto de reunión de Francia y de Europa, París no es patria de nadie, y no cabe más que la risa ante un hombre que se proclama ciudadano de París. Esta capital no es sino un vasto espectáculo que debe estar abierto en todo tiempo; no es por cierto libertad lo que necesita: el alimento de las repúblicas es demasiado indigesto para delicados sibaritas. Seguridad es lo que exige, y, si un ejército la amenaza, preciso es abandonarla en dos días. Sólo un gobierno benigno y respetado puede proporcionar a París la tranquilidad necesaria para su opulencia y su prosperidad.

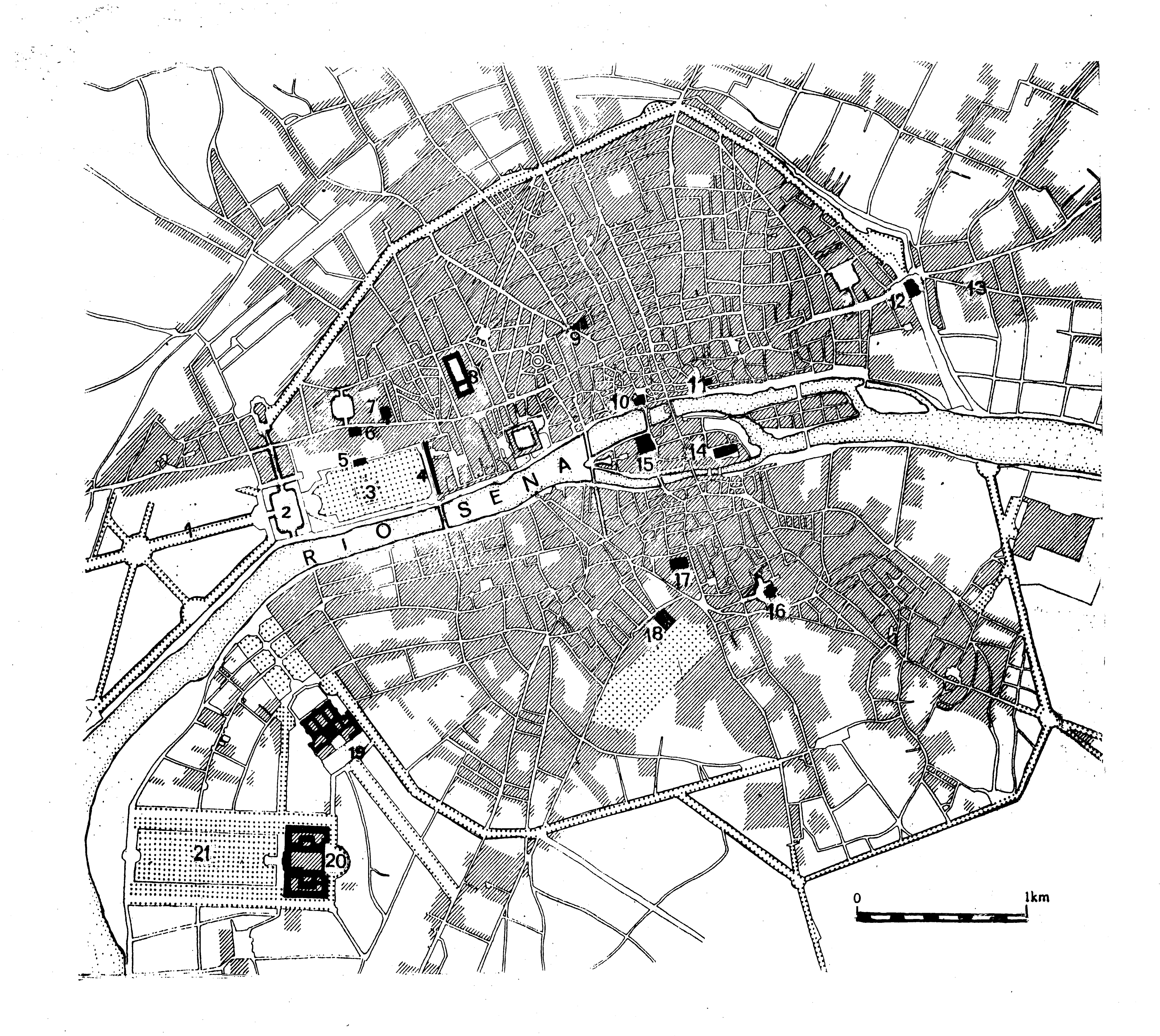
La capital ha actuado contra sus intereses, pues, al adoptar formas republicanas; ha sido tan ingrata como impolítica al aplastar a la autoridad real a la cual debe las obras que la han hermoseado y su prodigioso desarrollo. Y si hay que decirlo, más le cabía a toda Francia quejarse de lo que los reyes han hecho en todas las épocas por la capital, y de lo que no han hecho sino por ella.[33] Ah, si las provincias llegan a abrir los ojos, si descubren un día hasta qué punto sus intereses son, no digo diferentes, sino opuestos a los de París, ¡cómo quedará esta ciudad abandonada a sí misma![34] ¡Cómo se lamentarán sus comerciantes de haber expulsado a los numerosos clientes que los enriquecían, para reclutar esta absurda milicia que los arruina! ¡Tú tenías que iniciar una insurrección, ciudad insensata! Tu *Palais-Royal* te ha empujado a un precipicio del cual no te sacará tu Municipalidad; la hierba crecerá algún día en tus sucias calles. Para perderte, no es necesario tomarte: basta con abandonarte. Que las provincias te sitien desde lejos, que con un bloqueo tan provechoso para ellas como funesto para ti, dejen de

[33] París ha sido tratada siempre como un niño mimado por el gobierno. Siempre es la capital la que en épocas de escasez es abastecida primero, y el pan es mantenido siempre a un precio más bajo que en provincias. Y a pesar de ello París es la que primero se rebeló.

[34] En estas invectivas —demasiado justificadas— Rivarol muestra que no olvida sus orígenes provincianos, a pesar de sus largos años en París. (N. del T.)

PARÍS
en la época de la Revolución

1. Champs-Élysées
2. Plaza de la Revolución (antes Luis XV, hoy de la Concordia)
3. Jardines de las Tullerías
4. Palacio de las Tullerías
5. Picadero real (sala de sesiones de la Asamblea nacional)
6. Club de los Feuillants
7. Club de los Jacobinos
8. Palais-Royal
9. Mercado (Halles) y Plaza Saint-Eustache
10. Châtelet
11. Ayuntamiento (Hôtel de Ville) y Plaza de Grève
12. Bastilla
13. Suburbio de Saint-Antoine
14. Iglesia de Notre-Dame
15. Conciergerie
16. Panteón (antes iglesia de Santa Genoveva)
17. Club de los Cordeliers
18. Palacio del Luxemburgo
19. Hospicio de Inválidos
20. Escuela Militar
21. Champ-de-Mars


RIO SENA
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
0
1km

enviarte sus productos que tú consumes, su dinero que despilfarras, sus hijos que corrompes: ¡que dejen de hacerlo un día, y ya no existes!

La posteridad preguntará tal vez qué era ese *Palais-Royal* que mencionamos tan a menudo, y que mantiene actualmente comunicaciones tan estrechas y sangrientas con la plaza de Grève. Digamos en pocas palabras que el *Palais-Royal,* llamado anteriormente *Palais-Cardinal,* fue la cuna del despotismo bajo Richelieu, el centro del libertinaje bajo la Regencia, y que, desde esa época, alternando la especulación financiera con la política, se ha convertido en algo así como la capital de París. En una ciudad corrompida, sus jardines han sobresalido en la corrupción. Tanta ha sido su influencia en la revolución actual, que si se hubiesen clausurado sus verjas, vigilado sus cafés, prohibido sus clubes, todo habría sucedido de otro modo. En estos momentos, sus galerías son *cámaras ardientes* en donde se dictan sentencias de muerte, y sus arcadas, donde se exponen las cabezas de los proscritos, son las *gemonías* de la capital.[35] La libertad, si es ella el fruto de la revolución, no podía tener cuna más impura.

Hemos expuesto con bastante franqueza la política, los progresos y las dificultades de la Asamblea nacional, las pretensiones, las violencias y los crímenes de la capital. No concluiremos sin insistir sobre el comportamiento lamentable del gabinete ministerial anterior.

Cuando una vasta monarquía entra en cierta pendiente, sería menester ante todo considerar con cuidado los gastos de cualquier tipo, porque en todo es mejor depender de sí mismo antes que de los otros, y un rey ahorrativo es siempre señor de sus súbditos y árbitro de sus vecinos; un rey deudor no es más que un esclavo que no tiene ni poder en el interior ni influencia en el exterior. En segundo lugar, cuando se quieren evitar los horrores de una revolución, hay que quererla y hacerla uno mismo: la revolución era demasiado necesaria en Francia como para que no resultase inevitable. Cuántos gobiernos de Europa serán tal vez golpeados por

[35] Se denominaba *chambre ardente* a ciertos tribunales de justicia establecidos en el antiguo régimen para juzgar delitos especiales, en particular herejía y envenenamiento. El nombre se debía a la costumbre de iluminar con antorchas, incluso de día, las salas donde sesionaban dichos tribunales, las cuales eran tapizadas de negro. En cuanto a las *gemonías*, eran en la antigua Roma las escalinatas donde se exponían los cadáveres de los ejecutados antes de ser arrojados al Tíber. (N. del T.)

ella, por no haberlo tenido en cuenta más que el gabinete de Versalles.

Háblase sin pausa, en Francia y en el resto de Europa, de las causas de esta revolución. Se las puede agrupar en causas remotas y causas próximas; unas y otras son demasiado numerosas como para recordarlas todas. El populacho de París, e incluso el de todas las ciudades del reino, tiene que cometer aún muchos crímenes antes de igualar las necedades de la corte. Todo el reinado actual puede reducirse a quince años de debilidad y un día de fuerza mal empleada.

Debemos en primer lugar (sin que por eso haya necesidad de agradecimiento) la revolución, en parte, al duque de La Vauguyon y al conde de Maurepas, uno preceptor y el otro ministro de Luis XVI: aquél formó al hombre, éste al rey.

Debemos casi todo a la libertad de prensa. Los filósofos enseñaron al pueblo a burlarse de los sacerdotes, y los sacerdotes no están ya en condiciones de hacer respetar a los reyes: causa palmaria de debilitamiento de los poderes. La imprenta es la artillería del pensamiento. No es lícito hablar en público, pero es lícito escribir cualquier cosa; y si no se puede tener un ejército de oyentes, es posible tener un ejército de lectores.

También les debemos mucho a quienes han disuelto la casa del rey: han privado al trono de un apoyo y un esplendor necesarios; los hombres no son espíritus puros, y los ojos tienen sus necesidades. Al obrar así han malquistado a una gran cantidad de gentileshombres, que, antes servidores satisfechos y sumisos en Versalles, se han convertido en discutidores ociosos y descontentos en provincia.

Debemos aún más al consejo de guerra. Todos sus integrantes, y en general todos los que el ejército llama *intrigantes* (*faiseurs*) eran, sin saberlo, los verdaderos instigadores de la revolución. Los castigos corporales y toda la disciplina del norte han llevado a la desesperación a los soldados franceses. Quienes han reemplazado el honor por la baqueta merecerían ser tratados de acuerdo con tal preferencia si la revolución no acarreara más que males.

No hay que olvidar tampoco lo que le debemos al señor arzobispo de Sens, que prefirió una guerra interior y peligrosa contra los parlamentos a una guerra exterior y honorable contra Prusia. Holanda, que habría sido así salvada, habría aportado su ayuda económica, y esa guerra habría salvado al mismo rey, brindándole la

adhesión del ejército, y haciendo que se lo respetara en el interior y en el exterior.[36]

Debemos todo, por último, al rencor de los parlamentos, que prefirieron perecer con la monarquía antes que renunciar a vengarse de ella. Tales son algunas de las causas remotas de la revolución. Las causas próximas son innumerables.

XI

Rem nulli obscuram nostrae nec vocis egentem
Consulis, o bone rex.

(Virgilio, *Eneida*, XI)

Hacía mucho tiempo que el gabinete de Versalles estaba, por sus luces, muy por debajo del último club del *Palais-Royal*. A la posteridad le costará creer todo lo que ha hecho el gobierno, y todo lo que no ha hecho. Ha habido un verdadero concierto de necedades en el consejo. En vísperas de sus erróneas resoluciones, los ministros hicieron destituir a Necker, y fue aquél otro nuevo efecto de la buena estrella de este funcionario, que habría sido alcanzado por el odio público, es decir, proscripto por la Asamblea nacional y condenado en el *Palais-Royal*, lo mismo que en el Ayuntamiento, si hubiese permanecido dos días más en Versalles.

Hay acuerdo unánime en que, si el rey hubiese montado a caballo y se hubiese presentado ante el ejército, éste habría permanecido fiel, y París en calma; pero no se había pensado en nada. Aquel ejército, a su llegada, carecía de todo: fue alimentado y abastecido por aquellos a quienes venía a reprimir. ¡Cómo harán sus jefes para dirigirlo contra quienes se han convertido en sus benefactores! El ejército ha tomado el ejemplo de los Guardias Franceses, que, en definitiva, nunca fueron en París más que burgueses armados.

[36] Téngase en cuenta que Francia, en el momento de la revolución, había alcanzado el punto más bajo de su trayectoria en Europa. Había abandonado sucesivamente a todos sus aliados, a Suecia, Prusia, Turquía, Holanda, Polonia y los príncipes del Imperio; y hoy su tratado comercial con Inglaterra termina de arruinarla.

Además, tras haber cometido la falta de reunir a los Estados generales a las puertas de París, era cometer una imprudencia concentrar allí tropas. Los burgueses de la gran ciudad y una multitud de emisarios se diseminaron por el campamento y sembraron oro a manos llenas, de modo que, ocho días después de su llegada, era cosa prácticamente cierta que las tropas no obedecerían. El rey, al retirar al ejército, no tuvo sin duda más motivo que la clemencia; pero también tendría que haberlo retirado si sólo lo hubiese movido la prudencia. Se dirá tal vez que el rey debería haber seguido al ejército: ello implica otro sistema, otro orden de cosas y ciertamente otro rey.

Como nada se había previsto, nada estaba protegido. La Bastilla tomada, treinta mil fusiles y cien cañones en manos del pueblo, una milicia de sesenta mil burgueses, un senado permanente en el Ayuntamiento y en los sesenta distritos, la Asamblea nacional puesta voluntariamente bajo su salvaguardia, y el rey obligado a venir a París a aprobar su violencia y legitimar su rebelión: tales han sido los últimos síntomas y los signos más manifiestos de la revolución: porque la defección del ejército no es una de las causas de la revolución: es la revolución misma.[37]

La excesiva población de un Estado es también una de las causas de la caída de las autoridades y de las revoluciones. Todo pros-

[37] Ha habido presagios de la Revolución para todas las clases y todas las condiciones sociales. La corte cayó en la cuenta ante las actitudes del vizconde de Noailles; la Academia y la policía ante los cambios en la conducta de los señores Rhullières y Suard; el pueblo humilde, ante el lenguaje de los Guardias Franceses; las mujerzuelas, ante las bromas insolentes del señor Dugazon (bufón cuyo sueldo paga el rey, y cuyas órdenes vienen tan a menudo de la señora duquesa de Polignac, y que ha jugado en el Théâtre-Français con el apellido de esta dama, tartamudeando la palabra *Poligamia*, con gran contento del bajo público); los clubes y los cafés, ante las expresiones del *Journal de Paris*. Desde hacía un tiempo, en efecto, todo el mundo se divertía con las vacilaciones de este periódico. Vióselo de luto cuando la destitución de Necker (porque para esa publicación es ponerse de luto dejar una página en blanco). Poco después sólo tuvo expresiones respetuosas para las damas del Mercado, las señoras de la plaza Maubert, y los señores de la plaza de Grève. Por último, como el señor príncipe de Conti era protector de quien imprimía el diario, el nombre *Conti*, que siempre había figurado al pie de la última página, fue primero impreso con tipos tan gastados que apenas se lo podía descifrar, luego empastado con tinta, y por fin desapareció completamente ¡De qué no son capaces el miedo y la avaricia!

[El mercado que menciona el autor son las famosas *Halles* de París, que funcionaban hasta hace muy poco en pleno corazón de la ciudad. En cuanto a la plaza Maubert, en el *quartier latin*, orilla izquierda del Sena, era frecuentada por vagabundos y truhanes. (T.).]

pera en un pueblo según la voluntad de quienes lo gobiernan, cuando hay más trabajos para hacer que hombres para emplear; pero cuando los brazos superan en número a los trabajos por hacer, quedan muchos hombres inútiles, es decir peligrosos. Entonces hay que recurrir a las emigraciones y fundar colonias, o dar a esos pueblos una constitución fuerte para contenerlos. Pero desgraciadamente, si en lugar de darles esa constitución, el príncipe los reúne para que se la den a sí mismos, esa parte ociosa y revoltosa es la que domina, y todo está perdido.

No hemos mencionado, al enumerar las causas de la Revolución, ni los reproches que se hacen a la reina, ni las malversaciones de algunos favoritos: son ésos motivos de descontento, y no causas de revolución. Solamente podemos decir que los favores amontonados sin discreción sobre algunos individuos han desanimado y malquistado a una gran parte de la nobleza y del clero, y que han sido esos mismos nobles y prelados, aliados con los parlamentos, los instigadores y las primeras víctimas de la revolución. Así debía ser, ya que en definitiva todo movimiento nacional no es sino un choque de la *igualdad natural*[38] contra los privilegios, y, si es preciso decirlo, del pobre contra el rico. Desde el momento, efectivamente, en que los privilegios son tan culpables, es difícil que las grandes propiedades no sean un poco odiosas; y ahí tenéis por qué de un confín a otro del reino, los que no tienen nada han tomado las armas contra los que tienen, y por qué la suerte del Estado depende hoy del éxito que tengan las milicias burguesas contra el populacho armado.

Nos queda por analizar ahora cuál sería la situación actual si la autoridad real no hubiese sido reducida a la nada por la defección del ejército.

Los fanáticos y los malintencionados responden enseguida que los miembros de la Asamblea nacional estaban irremisiblemente perdidos y que París habría sido destruida hasta los cimientos si el rey hubiese prevalecido. Quienes propagan tales rumores no pue-

[38] Significamos con esa palabra una igualdad de derecho, y no una igualdad de hecho, ya que es verdad que los hombres nacen con medios desiguales y pasan su vida en condiciones muy desiguales, por más libertad de que goce el país en que se encuentren. Un zapatero remendón de la antigua Roma no era el par de Escipión, aunque tuviese naturalmente tanto derecho como él a los cargos de la república: ambos eran iguales por el derecho, y desiguales por los medios. Tal vez habría que decir, en lugar de *igualdad natural*, *igualdad civil*, ya que todos los ciudadanos son protegidos por leyes iguales. No hay, no habrá jamás otra igualdad entre los hombres.

den apoyarlos en la más mínima prueba, y todas las probabilidades están en su contra. Para contestarles, sólo hay que tomar como base el motivo que hizo apelar al recurso de una asamblea de Estados generales: la necesidad de dinero. Y esa necesidad no había disminuido, sino por el contrario aumentado mucho en el último año. ¿Consistía acaso el modo apropiado de obtener la ayuda de la nación francesa en violarla en la persona de sus diputados? Si la proscripción de los parlamentos, bajo el ministerio precedente, había hecho que se temiese fueran rehusados los subsidios, ¿cuál no hubiese sido el resultado de semejante violencia? ¿No habría podido preverse una insurrección general, visto que ésta ha ocurrido por el mero recelo de algo que simplemente se supone? Es cosa mucho más probable que lo único en que habría pensado el rey habría sido en hacer aceptar la *declaración de derechos* a la Asamblea nacional, en legislar sobre los impuestos necesarios, y en señalar la reunión de otros Estados generales; siempre se está tranquilo con un rey que necesita dinero.

En lo que se refiere a la ciudad de París, la corte nunca ha tenido ni luces suficientes ni suficiente amor del bien público como para querer la dispersión de ese enorme y confuso montón de hombres y de piedras. París, que hasta ahora ha consumido a las provincias, sólo debe perecer por ellas. Una corte pródiga y menesterosa nunca podrá prescindir de una gran capital, y preferirá siempre los objetos de lujo amontonados en una ciudad a los verdaderos bienes del hombre dispersos por los campos.

Además, París tenía por entonces rehenes demasiado valiosos como para que se pensara siquiera en lanzarle una bala de cañón. Se encontraban en la ciudad en ese tiempo las primeras familias del reino, las mujeres e hijos de los miembros de la corte y de los más altos oficiales del ejército. Pero para no avergonzarse demasiado de sus orígenes, París se obstina en decir que se había resuelto su perdición.

Resulta claro, pues, que al reducir a nada las pruebas a favor y en contra de las intenciones de la corte, subsisten por lo menos grandes probabilidades en apoyo de quienes la justifican contra los que la calumnian; y esas probabilidades se robustecen aún más con la comparación con nuestra situación actual. París habría sido reprimida por soldados, pero habría gozado de tranquilidad; la Asamblea no habría tenido el honor de redactar su falsa constitución, pero la nación y el rey se habrían entendido; los impuestos habrían sido acordados; y al mismo tiempo la capital no habría sido man-

cillada con tantos crímenes, las provincias no estarían infestadas de bandas armadas, las abadías no habrían sido incendiadas, ni los castillos arrasados, los conventos saqueados y violados, la seguridad personal y la propiedad atacadas desde todos los ángulos, los ingresos públicos considerablemente disminuidos, la leyes debilitadas y los derechos confundidos; y, por último, el ejército no habría faltado a su fidelidad, cosa que en cualquier Estado será siempre un gran mal. ¿Cómo confiar después en el juramento de semejante ejército? Quienes han abandonado a su rey, ¿serán fieles a oficiales municipales? Forzoso es que la Asamblea nacional, para estar segura del ejército, haya confiado al principio en un milagro o en una conjuración, y que confíe actualmente en virtudes, en razonamientos y distinciones metafísicas. Un ejército es un instrumento de bien y de mal, y los reyes manejan mejor que los cuerpos legislativos ese tipo de instrumentos.

Resumiendo: la Asamblea nacional no había sido elegida para hacer una revolución, sino para darnos una constitución. Nuestros diputados, hasta ahora, no han hecho más que destruir. Hoy ceden al placer de poner una declaración de derechos del hombre en el encabezamiento de la constitución; ¡ojalá no se arrepientan! Los príncipes a quienes se habla continuamente de sus derechos y de sus privilegios, y jamás de sus deberes, son por lo general mala gente. ¿La Asamblea nacional tendrá acaso el proyecto de convertir a cada uno de nosotros en un príncipe? ¿No es bastante fuerte el clamor de las pasiones en el corazón humano? ¿Y debe una Asamblea legislativa fomentar la envidia, que no admite que un hombre en ningún caso pueda valer o poseer más que otro? ¿Desde cuándo la ley, que siempre ha atado a los hombres, no piensa sino en desatarlos y en armarlos?

XII

> Dicen que hay que pensar en voz alta, que toda verdad se puede decir. Yo propondría que les dieran para gobernar alguna provincia que mereciese castigo: no tardarían en ponerla cabeza abajo.
>
> (Obras de Federico II, rey de Prusia)

Todos los legisladores han añadido a los vínculos de la ley las cadenas de la religión; nunca les parecieron demasiadas las precauciones para infundir en el pueblo la subordinación, ángel guardián del mundo. Pero los filósofos de hoy componen en primer lugar su república, como Platón, sobre una teoría rigurosa; tienen un modelo ideal en mente que quieren siempre poner en lugar del mundo existente; prueban que los sacerdotes y los reyes son los máximos flagelos de la tierra, y cuando llegan a dominar, hacen que los pueblos se rebelen primero contra la religión y a continuación contra la autoridad. Es el camino que han seguido en Francia: han vindicado a los reyes de las agresiones de los papas, y a los pueblos de las agresiones de los reyes; mas pronto verán con dolor que sería preciso que existiese un mundo de filósofos para quebrantar así toda forma de yugo; verán que al desligar a los hombres se les da rienda libre, que no puede dárseles un arma defensiva sin que se convierta muy pronto en ofensiva, y se lamentarán de la desgracia de la especie humana, que no permite a quienes la gobiernan aspirar a la perfección. Entonces se transformarán, de filósofos que eran, en políticos. Verán que en legislación como en moral el bien es siempre lo mejor; que los hombres se agrupan porque están sujetos a necesidades, y que se destrozan porque están sujetos a pasiones; que no hay que tratarlos como a ovejas ni como a leones, sino como si fuesen una y otra cosa; que es preciso que su debilidad los congregue, y que su fuerza los proteja. El déspota que sólo ve en ellos viles ovejas, y el filósofo que sólo ve altivos leones, son por igual insensatos y culpables.

Debemos observar, sin embargo, que los libros de los filósofos no han hecho mal alguno por sí solos, puesto que el pueblo no los

lee nunca y no los entendería; pero no menos cierto es que han causado daño por todos los libros que han hecho escribir, y que el pueblo ha comprendido muy bien. En otras épocas un libro que no pasaba de los cuartos de la servidumbre no era muy peligroso; y hoy en día son justamente los que no pasan de allí los verdaderamente temibles. Al respecto merecen loa los filósofos que escribían con altura para corregir a los gobiernos, y no para derrocarlos, para ayudar a los pueblos, y no para sublevarlos. Pero los gobiernos han desestimado la voz de los grandes escritores, y han dado a los espíritus pequeños el tiempo de comentar las obras de genio y de ponerlas al alcance del populacho.

Duro es, no cabe duda, no poder narrar más que faltas y crímenes, y transmitir a la posteridad lo que sólo querríamos reprochar a nuestros contemporáneos; pero, como dijo un autor antiguo, cuando no se puede intimidar a los hombres hay que avergonzarlos. Pues nunca se ha visto gobierno más humillado que el nuestro, nunca hubo asamblea legislativa más insensata, ni capital más culpable. ¡Ojalá saque la nación fruto tanto de los yerros de la corte como de los crímenes de París y de la increíble conducta de sus diputados! ¡Ojalá se den cuenta éstos por sí mismos de que a medida que ellos demuelen con tanto entusiasmo, el pueblo enfurecido hace añicos continuamente las piedras y los materiales que extraen del viejo edificio, y que deberían utilizarse para construir el nuevo!

Que no nos acusen de haber exagerado sus faltas o disminuido sus buenas intenciones; por el contrario, más de una vez hemos tendido un velo sobre males particulares, para no ver y no mostrar sino el mal público. El rey, en sus proclamas por el mantenimiento del orden, confiesa entre lamentos que lo que ocurre es "vergüenza y escándalo" de Francia. El ministro Necker y el canciller, en sus discursos reales, dicen con toda claridad que "el gobierno ya nada puede hacer".[39] ¿Hemos escrito nosotros algo más grave? ¿Hemos pormenorizado todos los crímenes, desenmascarado todas las tretas, denunciado todas las pretensiones? Otros en nuestro lugar habrían hablado del asunto de Brest y de lo reacia que se ha mostrado la Asamblea nacional para hacer luz sobre esa conspiración; habrían preguntado por qué un regimiento sublevado contra sus jefes, en Estrasburgo, tras haber cometido grandes violencias, invocó y obtu-

[39] El discurso del canciller es en nuestra opinión el más elocuente de cuantos se han oído en los Estados generales.

vo la protección de la Asamblea nacional; por qué para nuestros diputados sus mandatos son, ora todo, ora nada.

Pero esas preguntas, y muchas otras más, son inútiles. La Asamblea nacional ya no disimula. Se considera en el momento actual una constitución para el pueblo francés; dicha constitución figura casi íntegra en los diferentes memoriales, y éstos dicen todos unánimamente que *el gobierno es monárquico*, que *el rey concentra por sí solo todo el poder ejecutivo, y que a él incumbe sancionar todos los actos del poder legislativo*. Un integrante de la Asamblea nacional (mas uno de aquellos *quibus est equus, et pater, et res*) se levanta: muestra los fundamentos de nuestra constitución, y la Asamblea guarda un silencio sombrío; pregunta en alta voz "si Francia no es acaso un gobierno monárquico", y nadie responde nada.

Mas ese silencio inquietante, en la coyuntura en que nos hallamos, no helará el corazón de los buenos franceses. Todos dirán, todos gritarán con una sola voz que tienen un rey y que quieren un rey. El espíritu monárquico se ha arraigado profundamente en Francia, se ha consustanciado con este vasto imperio. El soplo de la anarquía y las nubes que se han levantado del recinto de la Asamblea nacional han podido por cierto oscurecer el trono por algunos momentos; pero esa noche transitoria se disipará; la tempestad sólo habrá dispersado a los fanáticos en el pueblo y a los esclavos en la corte, y el trono ha de brillar bajo un cielo más puro, asentado sobre la libertad pública y revestido de tranquilo esplendor.

XIII [40]

Fortuna saevo laeta negotio et
Ludum insolentem ludere pertinax.

(Horacio, *Odas*, III, 13)

Si existiese en la tierra una especie superior al hombre, admiraría a veces nuestro instinto, pero se burlaría a menudo de nuestra razón. En las grandes ocasiones, especialmente, nuestros esfuerzos, seguidos

[40] Con este número empieza el tercer "Resumen". (N. del T.).

de tantas debilidades, y nuestros proyectos, acompañados por tanta imprevisión, provocarían su compasión. La vanidad del hombre ha tenido que imaginar que existe una especie de fatalidad, un algo ignoto que se complace en desmentir a la prudencia y que interfiere a voluntad en los consejos de la sabiduría. La culpa debe achacarse al corto alcance de nuestra vista. Si descubriéramos las causas antes de que nos avisaran los efectos, predeciríamos los acontecimienatos con un poco de certidumbre; pero, obligado siempre a remontar de los efectos a las causas, el hombre se pasa la vida razonando sobre el pasado, quejándose del presente y temblando por el futuro.

¿Quién habría dicho al viejo Maurepas, cuando restableció los parlamentos en 1774, que los destruía para siempre, y con ellos a la autoridad real? Y para tomar ejemplos más recientes, ¿quién habría dicho, el año pasado, a la nobleza y al clero, cuando pedían a grito pelado la reunión de los Estados generales, que encontrarían en ellos tan rápido fin? Y lo único que se proponían era vengarse del arzobispo de Sens, y volver a poner la mano sobre algunas migajas de pensiones que el cardenal había suprimido. Necker es acaso el único que, tras haber acordado doble representación al estado llano, intuyó de golpe que estaba destruyendo la antigua monarquía; pero el efecto estaba tan próximo a la causa que es imperdonable que el ministro no lo haya intuido antes. Su arrepentimiento y sus esfuerzos han sido inútiles: vanamente ha prescripto la deliberación *por estamento* a guisa de remedio eficaz contra el mal que había causado; el impulso había sido dado, y el estado llano ha gritado por mil bocas a un tiempo que deliberaría *por cabeza.*

XIV

Audit continuo: Quis homo hic est? quo patre natus?

(Horacio, *Sat.*, I, 6)

Ahora, si hay en el mundo un problema interesante, es el que nos presenta la situación actual de Francia. *¿Qué será del rey? ¿Qué será de las fortunas?* Cada cual se lo pregunta, y en medio de la consternación universal, contestan alternativamente el interés, el miedo o el fanatismo. Pronto comprobaremos si, a través de sus gritos, la razón

podrá hacer oír su voz, y, sin volcarnos excesivamente al arte de la conjetura, veremos hasta qué punto es permitido a nuestras débiles miradas avanzar en el futuro.

Pero antes de analizar los trabajos de la Asamblea nacional y de dictaminar sobre nuestra situación futura sobre la base de nuestra situación actual, preciso es reconocer que las necedades de la corte y las quejas de la nación habían llegado a su punto máximo; no podríamos repetirlo demasiado. Todos los reyes del mundo han recibido una gran lección en la persona del rey de Francia. Los gobiernos aprenderán en lo sucesivo a no dejar que se les adelanten los pueblos que dirigen. En el norte de Europa, a excepción de Inglaterra, los príncipes son instruidos y los pueblos ignorantes; en el sur, los príncipes son ignorantes y los pueblos ilustrados: ello se debe a que los reyes del norte se interesan en leer nuestros buenos libros, y los reyes del sur sólo se preocupan de prohibirlos. Francia, en particular, ofrecía desde largo tiempo atrás el espectáculo del trono eclipsado en medio de las luces. Ese espectáculo es repelente y no puede durar. Los Estados industriosos, ricos y potentes necesitan reyes administradores; un rey cazador sólo puede convenir a pueblos nómades.

Cuando el ministro Calonne convocó a los notables, descubrió ante los ojos del pueblo lo que es preciso no revelarle jamás, la falta de luces más aún que la falta de dinero. La nación no pudo encontrar en esa asamblea a un solo hombre de Estado, y el gobierno perdió para siempre nuestra confianza. Eso mismo ocurrirá en todos los pueblos que sean consultados por los ministros. Pues ¿qué dirían unos viajeros que hubiesen tomado guías si, en medio del bosque, esos mismos guías se detuviesen de repente para consultarlos acerca del camino a seguir? Demasiado buenos serían los viajeros si se limitasen a despreciar a sus guías. Y cuando los pueblos dejan de estimar, dejan de obedecer. Regla general: las naciones a quienes los reyes reúnen y consultan comienzan con deseos y terminan con voluntades. Aquel pueblo que se habría considerado afortunado si hubiesen atendido sus quejas, acaba por no querer oír siquiera la voz de sus señores.

Por otra parte, la nación francesa ha adoptado un medio infalible de obtener grandes príncipes: ponerles obstáculos, y aun darles inquietudes. Cuando los reyes eran absolutos, cuando era tan necesario que tuviesen talento, se los abandonaba en manos de preceptores y de ministros imbéciles, y se dormían en el trono; ahora que por la constitución, si ésta dura, tendrán restringidos

sus poderes, y que sería casi indiferente que tuviesen méritos personales, los mantendrán siempre despiertos la necesidad y la desgracia, grandes preceptores de los reyes; estarán siempre bien rodeados; serán guerreros, financistas, políticos; serán ellos mismos sus propios ministros.

Ésa es, en pocas palabras, la gran falta del gobierno. Veamos ahora las quejas de la nación.

Son ellas numerosas, sin duda. Y sin embargo, por increíble que parezca, no son los impuestos, ni las penas arbitrarias, ni todos los demás abusos de la autoridad; no son las exacciones de los intendentes, ni la ruinosa lentitud de la justicia, lo que más ha irritado a la nación. El prejuicio de la nobleza ha sido lo que ha provocado sus manifestaciones de odio más intenso: lo cual prueba patentemente que son los burgueses, los hombres de letras, los financistas, y en una palabra todos los que se sienten celosos de la nobleza, quienes han levantado contra ella al bajo pueblo en las ciudades y a los labriegos en el campo. "Es una cosa terrible la *alcurnia*", decía Pascal; "da a un niño recién nacido una consideración que no obtendrían cincuenta años de trabajos y de virtudes." Es cosa notable, en efecto, que la patria convenga en decir a un niño que tiene títulos: "Tu serás un día prelado, mariscal de Francia o embajador, a tu elección", y que no tenga nada que decir a sus otros hijos. A los intelectuales y a los ricos la nobleza les resultaba, pues, insoportable, y a la mayoría les parecía tan insoportable que acababan por comprarla. Pero entonces empezaba para ellos un nuevo tipo de suplicio: eran ennoblecidos, personas nobles, pero no eran hidalgos, gentileshombres, pues los reyes de Francia, al vender la nobleza, no pensaron en vender también el tiempo, que siempre falta a los advenedizos. Cuando el emperador de la China hace noble a alguien, lo hace también hidalgo, porque ennoblece al padre, al abuelo, al bisabuelo, al tatarabuelo en el fondo de sus tumbas, y sólo se detiene en el grado que quiere. Ese emperador os otorga u os vende a la vez el pasado, el presente y el futuro; en cambio los reyes de nuestra Europa sólo nos venden el presente y el futuro, y son en eso menos lógicos y menos magníficos que el monarca chino. Los reyes de Francia curan a sus súbditos del villanaje un poco como los curan de las escrófulas:[41] con la salvedad de que quedarán marcas.

[41] En el día de su consagración, y en algunas otras solemnidades, según la tradición, los reyes de Francia tenían el poder de curar las llagas de los enfermos que tocaban. (N. del T.)

Se lo pregunto ahora a los distintos pueblos de Europa, y en particular a los franceses: ¿de quién es la culpa si la insensatez de la nobleza se ha hecho epidémica entre nosotros? ¿Se debe reprochar a un gentilhombre que todo el mundo le dice que es gentilhombre, que todo el mundo le tiene consideración porque lleva el apellido de su padre, que todo el mundo le grita que conserve bien sus viejos títulos y que viva sin hacer nada, que todo el mundo, en fin, lo juzga deshonrado si la pobreza lo obliga a trabajar y a hacerse útil para la sociedad? Es muy evidente que si los nobles hubiesen sido los únicos en creer en esas necedades, no habrían tardado en abandonar el juego; que si a aquellos que se decían a sí mismos nobles se les hubieran reído la primera vez en la cara no lo habrían dicho mucho tiempo. Pero los plebeyos estaban aún más afectados que ellos de esa enfermedad; la nobleza es en la mentalidad del pueblo una especie de religión, y los gentileshombres sus sacerdotes; y, entre los burgueses, hay más impíos que incrédulos. Nuestras academias, menos consecuentes que las juntas de nobles adonde nadie ingresó nunca por su inteligencia y tu talento, han querido engalanarse con gentileshombres, y han abierto las puertas al abolengo. Hasta nuestros filósofos se han pasado la vida clasificando en su cabeza las distintas genealogías de Europa y diciéndose entre sí: "Fulano vale, mengano no; este bobo y aquel pillo son personas distinguidas; zutano es de la cepa de donde nacen los obispos y los mariscales de Francia", y han propagado así un montón de expresiones proverbiales que, pasando de boca en boca, han viciado los juicios más sensatos y han formado el llamado prejuicio de la nobleza.[42]

Os lo pregunto, pues, nación francesa, ¿de quién es la culpa si ese prejuicio ha trastornado todos los espíritus? ¿No os toca a vosotros acusaros a vosotros mismos? Pero si os acusáis de ello, si os avergonzáis, ¿por qué asesináis a un hombre por la razón de ser gentilhombre? ¿Por qué quemáis sus archivos y sus castillos? Tal vez queréis, tras haber expiado vuestra necedad con la vergüenza, lavar la vergüenza con sangre, y volveros atroces para hacer olvidar que habéis sido ridículos. Pero yo os predigo que

[42] La marquesa du Deffand, después de leer *El Espíritu de las Leyes*, en la época en que fue publicado ese libro, dijo a quienes le pedían su opinión que "se desprendía de la lectura de esa obra que su autor era gascón, hombre de leyes y gentilhombre". Y todo ello, efectivamente, se hace sentir muy claramente en la admirable obra *El Espíritu de las Leyes.*

sólo cometeréis crímenes inútiles;[43] no extinguiréis recuerdos. César decía a la asamblea más democrática que ha existido sobre la tierra: "Desciendo de Anco Marcio por los hombres y de Venus por las mujeres, de modo que en mi casa se encuentran la majestad de los dioses y la santidad de los reyes." Eso decía, y no por eso lo querían menos: porque los romanos eran más celosos de los empleos de la República que de las genealogías de los particulares; y sin duda, burgueses parisienses, experimentaréis algún día celos igualmente razonables, cuando veáis a vuestros hijos acceder, como los nobles, a los cargos públicos. Pero, os lo repito, siempre los nobles compartirán con vosotros la utilidad de los puestos, sin que vosotros podáis compartir con ellos la vanidad de los títulos; sin que jamás os sea posible olvidar ni lo que fueron ellos, ni lo que sois vosotros. E incluso, en vuestra constitución futura, aquellos de entre vosotros que hayan pasado por los altos cargos se convertirán también en nobles, y los que sólo accedan a ellos en último lugar serán siempre tratados de *recién llegados*. Ese mal es incurable en nuestra Europa, y hasta sería más fácil para vuestros filósofos consolaros que sanaros.

La enorme fortuna del alto clero era también, desde mucho atrás, cosa insoportable para el pueblo, y aumentaba aún más el odio y la envidia contra los nobles, que gozaban del privilegio exclusivo de las altas dignidades y las grandes prebendas. Y por eso, en la cruel situación de la economía, no se vaciló un instante, y la Iglesia fue la primera víctima.

Es la última vez que hemos hablado de las faltas del gobierno y de los motivos de queja de la nación; no volveremos al tema. Las tareas de la Asamblea nacional y los acontecimientos que de ellas deriven van a absorber nuestra atención.

[43] En el Franco Condado, hacia fines de agosto de 1789, en el aniversario de la matanza de San Bartolomé, el pueblo había decidido asesinar a todos los nobles. Cuatro disparos de fusil habían de ser la señal de la matanza; pero el que disparaba, sorprendido antes de tirar el cuarto, confesó la conjuración, y fueron ahorcados tres burgueses y tres soldados de entre los más culpables. En otras provincias, se acudió al hierro y al fuego para forzar a los gentileshombres a renunciar a sus títulos de *marqueses* y *condes*; se les preguntaba si eran señores más grandes que el rey, que se había proclamado del estado llano. Los que quemaban los castillos afirmaban por todos lados que tenían orden de no dejar en pie más que el palacio de Versalles, cuya misma seguridad no se garantiza actualmente.

XV

O navis, referent in mare te novi
Fluctus!

(Horacio, *Odas*, I, 1)

Dejamos al rey condecorado con una escarapela patriótica, mas sin ejército, sin consejo, sin ministros, sin dinero, y expuesto a todos los manejos de un cuerpo legislativo. Los espíritus moderados pensaban que, desde aquel preciso día, la Asamblea debería haberse arrojado a los pies de un rey cuyas manos se habían desarmado, y que habría debido restituirle en homenajes aparentes lo que perdía en la realidad, a fin de obtener para él respeto, y sobre todo para contener al pueblo que podía llegar a cometer excesos si se daba demasiada cuenta de que el gobierno carecía de fuerza. Teníase la esperanza de que aquella multitud de legisladores se apresuraría a dar otra vez vigor a los vínculos del cuerpo político, desquiciado por tan grandes sacudidas, que los poderes iban a ser equilibrados por una constitución sabia, y la legislación iniciada. Esperábase por encima de todo que la Asamblea nacional se ocupase de la hacienda pública. Pero pronto veremos que nuestros diputados, engreídos por su victoria sobre la autoridad real, embriagados por el incienso que ardía en su honor en todas las provincias, apoyados en una milicia incontable y en la ciega adhesión de todas las grandes ciudades *a lo que habían hecho, a lo que hacían y a lo que harían*; pronto veremos, decía, cómo nuestros diputados se arrebataron más allá de su medida, y qué llevaron a hacer el miedo y la vanidad a *la más sabia y más augusta asamblea del universo.*

A todo esto Necker huía a través de los Países Bajos y de Alemania, llevándose consigo *la salvación de Francia.* Una carta del rey, una epístola de la Asamblea nacional y un empleado del fisco galopaban en pos de él, y lo alcanzaron del otro lado del Rin. Ante la relación de cuanto había acaecido al día siguiente de su partida, el ministro, que veía ser el pretexto de tantos males, creyó ser también el remedio, y regresó a París. Todas las camarillas se había aliado para solicitar su retorno; queríase oponer su

presencia al furor popular, como en algunos países se exponen aún hoy reliquias para detener los incendios y las inundaciones.

La gente sensata temía que el ministro no quisiera regresar antes de que la Asamblea nacional hubiese establecido una buena constitución y devuelto al rey autoridad suficiente como para garantizar la tranquilidad pública, pero Necker no quiso calcular ni sopesar nada; lanzóse nuevamente en medio de un reino anárquico que le tendía sus brazos ensangrentados, y vino a París, adonde su entrada fue una hermosa y lograda parodia de la que el rey había hecho pocos días antes. El monarca sólo había oído gritos de *¡Viva la nación!*, y el ministro sólo oyó *¡Viva el señor Necker!* El monarca había pedido *justicia* para sus súbditos, y el ministro pidió *gracia*; nada más que una *escarapela* se le había presentado al monarca, se otorgó una *estatua* de mármol al ministro.

Un ciudadano conocido (el marqués de Villette) penetró entre la muchedumbre, y atrapando la oportunidad de besar inocentemente la mano de un hombre, pegó la de Necker a su boca, llamándolo ángel tutelar de Francia.

Pero aquella entrada, que alegró a todos, no tranquilizó a nadie. Las sesenta republiquetas que, con el nombre de *distritos*, se repartían la capital, no quisieron de ningún modo confirmar las gracias concedidas por la Municipalidad ante las súplicas de Necker, y desairaron a su metrópoli, de modo que al ministro no le quedó más salida que retirarse a Versalles, en medio de las ruinas del trono, y observar desde allí las convulsiones de París y las maniobras de la Asamblea nacional.

XVI

Nec gemino bellum troianum orditur ab ovo.

(Horacio)

"Uno hace", decía el gran rey de Prusia, "el papel de bobo cuando gobierna el Estado en épocas de agitación y de infortunio." Efectivamente, el crédito del hombre más venerado puede bajar en tiempos de crisis, ya porque falta fe para los milagros, ya porque

faltan milagros para la fe. Y es lo que comprobó el ministro Necker, como veremos.

Este ministro había encontrado a la Asamblea nacional en una situación brillante, pero delicada. Todos los poderes estaban en sus manos, todas las cortes soberanas a sus pies; las felicitaciones, los estímulos y las adhesiones llegaban da todas partes. Pero la Asamblea tenía a sus puertas a esta capital que había utilizado para abatir al trono; y el poder receloso y arisco de un pueblo que apela a su fuerza antes que a sus derechos requería manos hábiles para dirigirlo. El marqués de La Fayette, comandante general de las milicias, escribía a los burgueses de París: "Ejecutar vuestros decretos, vivir y morir si es menester, para obedeceros, ésas son las únicas funciones, los únicos derechos de aquél a quien os habéis dignado nombrar vuestro comandante." Todo se doblegaba, con mayor o menor bajeza, ante aquel pueblo de reyes; y como había manifestado deseos muy democráticos, era muy de temer que arrastrasen hacia un Estado demasiado popular a una Asamblea nacional elegida para reconocer que Francia es un Estado monárquico, cuyo jefe tiene la plenitud del poder ejecutivo y gran parte del legislativo.

La Asamblea no pudo, en efecto, resistir al impulso impreso por la capital y aumentado en su propio seno por una mayoría turbulenta. Ebria de su victoria, calificando a la prudencia de debilidad y a la violencia de energía, quiso acrecentar aún más el delirante entusiasmo de las masas populares, yendo más allá de lo establecido por los derechos y costumbres más antiguas, y tomando las cosas de tan arriba que dio la impresión de asistir a la creación del mundo.

Para cumplir sin obstáculos tan glorioso destino, los Estados generales se denominaron a sí mismos, ya *los representantes de Francia*, ya *la misma Francia*, ora *la Asamblea nacional*, ora *la nación*, considerando sus mandatos de importancia decisiva o nula según la necesidad y la circunstancia. Y para empezar, en lugar de una constitución y de una legislación que Francia necesitaba tan urgentemente, anunciaron con voz altisonante que iban a redactar una *declaración de derechos del hombre.* Es decir, que antes de darnos un libro necesario, quisieron escribir un prefacio peligroso. Se vieron, en su casa de madera,[44] como en una nueva arca de

[44] Las instalaciones precarias construidas en Versalles donde sesionó la Asamblea en su primera época. (N. del T.)

Noé, y parecióles entonces que la tierra andaba por su primer ocupante, y que podían ellos repartírsela a un nuevo género humano. Declararon entonces, ante la faz del universo, que "todos los hombres nacían y permanecían libres"; que "un hombre no podía ser más que otro hombre", y otros cien descubrimientos del mismo género, que se felicitaron de ser los primeros en revelar al mundo, desdeñando muy filosóficamente a Inglaterra, que no había sabido comenzar como ellos cuando se dio una constitución en 1688.

Pero el gozo de nuestros diputados duró poco. Pronto surgió en Europa la cuestión de qué nuevo método era aquél de conducir a los pueblos con teorías y abstracciones metafísicas, de tener en nada a la práctica y la experiencia, de confundir al hombre absolutamente salvaje con el hombre social, y la independencia natural con la libertad civil. Decir que "todos los hombres nacen y permanecen libres", es en efecto decir que "nacen y permanecen desnudos". Mas los hombres nacen desnudos y viven vestidos, tal como nacen independientes y viven sometidos a leyes. Las ropas traban un poco los movimientos del cuerpo; pero lo protegen contra los accidentes exteriores; las leyes traban las pasiones, pero defienden el honor, la vida y las fortunas. Por eso, para entenderse, menester era distinguir entre la libertad y la independencia: la libertad consiste en no obedecer más que a las leyes, pero esa definición incluye la palabra *obedecer*; mientras que la independencia consiste en vivir en la selva, sin obedecer a las leyes, y sin reconocer forma alguna de freno.

Juzgóse, pues, extraño y peligroso que la Asamblea nacional hubiese redactado el código de los salvajes y recopilado máximas que propiciaban el egoísmo y todas las pasiones contrarias a la sociedad. Los negros, en las colonias, y el personal de servicio, en nuestras casas, pueden, con la *declaración de derechos* en la mano, arrojarnos de nuestras heredades. ¿Cómo pudo una asamblea de legisladores fingir que ignoraba que el derecho de naturaleza no puede existir ni un instante junto con la propiedad? Desde el día en que un hombre ha tomado posesión de un campo mediante el trabajo, ya no se ha hallado en estado de naturaleza pura; su existencia, como la de sus vecinos, ha sido industrial y dependiente. Pero la Asamblea no ha querido recordar que el cuerpo político es una entidad artificial que nada debe a la naturaleza; que los hombre nacen desiguales, y que la ley es el arte de nivelar las desigualdades naturales.

En tanto se remontaba al origén del mundo para fundar sobre

la tierra un nuevo orden de cosas, la Asamblea evitó en un comienzo, con ostentación, pronunciar el nombre de DIOS; y esa ostentación fue sumamente comentada. ¡Qué aprendices en política, e incluso en filosofía! ¿No es acaso el juez de todas las conciencias garante de todas las propiedades? Y aun si Dios no fuese más que la más bella concepción del espíritu humano, ¿al construir vuestra metafísica teníais que olvidarlo? "Un poco de filosofía", dijo el canciller Bacon, "aparta de la religión; mucha filosofía conduce nuevamente a ella." [45]

El ministro Necker, por su lado, hizo bajar el vuelo de nuestros filósofos, obligándolos a descender de la cuna del mundo a la comisión de Hacienda. Fue preciso que los sublimes arquitectos de un nuevo universo se ocupasen de las groseras necesidades de ese pedacito de tierra y agua al cual llaman Francia. Necker les propuso, pues, visto el vacío absoluto del tesoro real, votar un empréstito de treinta millones al cinco por ciento. Nuestros diputados, tras alguna resistencia, consintieron; mas, para pesar algo en aquella operación, decretaron que el empréstito sería solamente al cuatro y medio por ciento. Y allí fue donde París quitóse del todo el velo, donde los representantes de la nación mostraron su incapacidad, y donde el ministro Necker se burló de ellos justificadamente. El empréstito no tuvo éxito. El increíble patriotismo de los franceses dependió de una fracción, y el ministro Necker, que sabe también de qué dependen los milagros en finanzas, tuvo razón en hacer oír a nuestros diputados que habían juzgado de manera demasiado favorable a los capitalistas; que un mes pasado en discusiones metafísicas había enfriado a los patriotas, extinguido el

[45] Esa lógica de tantos funcionarios de la administración que tienen que cubrir un enorme déficit y lo primero que hacen es descuidar los principales rubros del ingreso público, y esa política de tantos legisladores que, antes de imponer a un gran pueblo la atadura de las leyes, dejan voluntariamente de lado la religión, y se privan así de la cadena eterna que une indisolublemente la tierra con el cielo, merecían ciertamente la indignación de las gentes de buena fe. Hay que creer que la Asamblea nacional ha sido debidamente advertida, puesto que acaba de agregar al preámbulo de su *declaración*: EN PRESENCIA Y BAJO LOS AUSPICIOS DEL SER SUPREMO.

Esa insurrección contra todos los principios se ha afianzado hasta tal punto en París, que un predicador renombrado ha predicado públicamente una religión filosófica y nacional al pueblo humilde, y nos ha enseñado que eran "aristócratas quienes habían crucificado a Jesucristo". Es evidente que un sacerdote como éste adopta naturalmente el fanatismo del siglo en que viva, y que en tiempos de la Liga habría corrido cuchillo en mano por las calles de París. [Alusión al asesinato de Enrique III de Francia por el dominico Jacques Clément, en 1589. (T.)]

crédito, y hecho perder la ocasión. Por último no les ocultó que la Asamblea nacional estaba expuesta a errar cada vez que se distanciara de él.

XVII

Cuncti se scire fatentur
Quid fortuna ferat populi, sed dicere mussant.

(*Eneida*, XI)

La severa lección que Necker les dio fue seguida por el proyecto de un nuevo empréstito de 88 millones; y, para seducir mejor al público, no solamente el nuevo empréstito era al cinco por ciento, sino que además se dio a los capitalistas la opción de invertir mitad en papel y mitad en metálico. Esta disposición, tan ventajosa para los prestamistas y tan onerosa para el tesoro real, sólo tuvo un éxito mediocre. Necker, al no estar en condiciones de dar una prenda a sus empréstitos, debió renunciar a tal recurso. Siempre será abandonado por los capitalistas de París, por los capitalistas extranjeros y por toda Francia, que teme dar armas a la Asamblea nacional proporcionándole todo el dinero que necesita. Quien sólo garantiza sus empréstitos con la *lealtad francesa*, debe recurrir únicamente a patriotas ajenos a todo cálculo. Y ése es el camino elegido por Necker. Irritado por las estériles discusiones de nuestros diputados, confundido por la caída de sus empréstitos, apremiado además por todo el peso de las circunstancias, acaba de presentar su ultimátum a la Asamblea nacional. Es un largo discurso en el cual el ministro deplora el desastroso estado en que las precipitaciones y las demoras de la Asamblea nacional han hundido a Francia: *precipitaciones del entusiasmo y del miedo*, cuando la cosa era atacar a la autoridad real y aniquilar al gobierno en todo terreno; *lentas y largas deliberaciones*, cuando lo que había que hacer era restablecer el orden rápidamente y poner diques por todos lados al torrente que se había hecho desbordar.

Para remediar males tan grandes y acuciantes, el ministro Necker anuncia: 1º reformas y economías severas en la casa del rey, de la reina y de los príncipes, en todos los departamentos, en

los sueldos, en las pensiones, etc.; 2º propone un nuevo modo de extender el impuesto a todas las tierras, puesto que ya no las hay privilegiadas; 3º una contribución voluntaria de la cuarta parte de los ingresos; 4º una invitación a llevar las vajillas de oro y plata y las joyas a la Casa de la Moneda; 5º procedimientos para transformar la Caja de Descuento en Banco Nacional, a fin de tener papel moneda; 6º un método para apropiarse los diezmos, que habían sido abolidos, y obsequiados sin pensar a los propietarios, quienes no esperaban aquel regalo.

Como se ve, nuestro ministro de Hacienda combina los métodos de Silhouette, pidiéndonos nuestra vajilla, y los de Law, ofreciéndonos papel moneda. Invita a los particulares ricos a llevar su vajilla, y a las mujeres de burgueses y campesinos sus cruces y sus anillos, a las casas de moneda, que se han convertido en *cepos de limosnas para los pobres* acreedores del Estado. Sus Majestades han dado el ejemplo enviando su vajilla. La misma Asamblea nacional se ha convertido en un gran *montepío*, donde algunas mujeres de París ya han entregado en depósito sus alhajas. Semejante recurso indica lo extremado de la penuria y mata el crédito, que es la única *limosna* que debiera hacerse a un gran Estado. La pobreza pide dádivas, y la opulencia quiere tan sólo préstamos; mas se presta mucho y se regala poco,[46] a no ser, por supuesto, que un súbito entusiasmo arrebate a las provincias, y que cada cual se arruine para salvar a los acreedores del Estado. No son posibles los cálculos con una nación ardiente y generosa, y los milagros ya no serían tales si no echasen por tierra todos los razonamientos. Y aquí debemos lamentar lo infortunado de nuestra época que no ha permitido a Necker desplegar los grandes talentos que ha recibido del Cielo para salvación de la república. Obligado a lanzar un empréstito tras otro y a aumentar así el déficit, hoy no puede ya estabilizar el tesoro público, que se tambalea entre sus manos, sino acudiendo a impuestos voluntarios y caridades patrióticas. "Su conducta", dícese, "es natural"; lo admito, pero ¿por qué se había prometido que sería *sobrenatural*? Los fanáticos de este ministro, a quien no pueden desconocerse grandes cualidades, dañarían si fuera posible su reputación, haciéndola degenerar en superstición.

[46] Un pobre os pide dinero por compasión hacia él, un ladrón os lo pide por compasión hacia vosotros mismos, y mezclando ambas formas, los gobiernos, ora mendigos, ora ladrones, apodéranse siempre del dinero de los pueblos.

El plan de Necker ha sido remitido a la comisión de Hacienda elegida dentro de la Asamblea nacional. Mientras aguarda el informe de dicha comisión, la Asamblea ha decretado que todas las tierras del reino estarían sujetas a una repartición igual del impuesto, proporcionalmente a su producción. Se decretó al mismo tiempo que, para lo que resta del año 1789, el pueblo sería aliviado de todo lo que las tierras hasta ahora privilegiadas habrán de pagar en adelante. Tendremos, pues, el impuesto territorial, propuesto primeramente por el señor de Calonne y luego por el señor arzobispo de Sens. Grande es el griterío contra algunos ministros, y a la postre se repta sobre sus huellas y se vive de las migajas de su mesa.

Pero como el impuesto territorial, aun siendo justo en lo que respecta a los propietarios, no pesará sobre los capitalistas, los banqueros, y en una palabra sobre todos aquellos que tienen su fortuna en su cartera, será menester establecer algún tributo que grave todas las fortunas ocultas: de otra manera, quienes poseen casi todo el metálico del reino seguirían siendo privilegiados. Si se adopta ese tributo, será otra idea más de Calonne que se concretará.

En cuanto a las otras proposiciones de Necker, adviértese cuánto interés han despertado. El ministro querría transformar la Caja de Descuentos en un Banco Nacional; pero es evidente que si la nación se hace cargo de todos los billetes de esa Caja, que circulan o que no circulan ya actualmente en Europa, el peso puede superar sus fuerzas. La corte, dice Necker, debe mucho a esa Caja, pero mucho más aún debe la Caja al público; y como no paga sobre simple presentación, puede decirse que se encuentra en estado de quiebra habitual, como lo está todo aquel que consigue un fallo de prórroga.[47] Además, ese artículo, de ser decretado, implica la creación de un papel moneda, y tal recurso acarrea *quiebras nacionales*. "Esas quiebras nacionales", decía Newton, "son a las quiebras de los reyes lo que éstas a las quiebras de los particula-

[47] Hace varios meses un desconocido se presentó en la Caja de Descuentos con una carta del ministro Necker que solicitaba 200.000 libras. Inmediatamente la suma pedida fue entregada a aquel hombre, y sólo al día siguiente se descubrió que la carta del ministro era falsificada. Se discutió mucho sobre esa aventura, y se olvidó la única reflexión que cuadraba: que la Caja de Descuentos estaba a órdenes del ministro de Hacienda, y entregaba dinero ante su sola firma. Los billetes de la Caja de Descuentos, por otro lado, son sólo documentos fiduciarios, ya que se puede rechazarlos.

res." Y aquel hombre ilustre murió convencido de que Inglaterra, con su papel moneda, acabaría en una de esas grandes catástrofes. Es indudable que un pueblo que se abandona sin discreción a la facilidad de tomarse prestado a sí mismo y de pagarse en papel moneda tiene que terminar como el Midas de la fábula: las realidades desaparecen bajo las manos que crean más y más signos. Es ésta una proporción eterna: el oro y el papel moneda son los dos signos de las riquezas; pero uno responde a una convención universal, el otro a una convención local y limitada. La escasez de los metales y las labores que cuesta su explotación dan a la tierra tiempo de producir cosechas, y los productos pueden alcanzar o seguir de cerca a los signos que los representan. El oro, limitado en su cantidad, es ilimitado en sus efectos, y el papel, ilimitado en su cantidad, es por el contrario sumamente circunscripto en sus efectos. Un pueblo que se ve forzado a echar mano de tal recurso no debe perder de vista estos principios fundamentales.[48]

Por último, la contribución del cuarto de los ingresos pagada por una sola vez es el artículo que más embarazoso le ha parecido a la Asamblea nacional. Pues ¿cómo proponer esa enorme imposición a un pueblo al cual sólo se le habla desde hace tiempo de su libertad y de su soberanía, y que, lejos de estar preparado para nuevos impuestos, confía más bien en la reducción de los existentes? La Asamblea se encontró así en la más cruel de las alternativas: preciso era, o precipitarse junto con los acreedores del rey en el abismo de la bancarrota, o añadir otra cabeza más a la hidra de los impuestos. Necker era en esto tan apremiante como las circunstancias, tan inflexible como la necesidad; el ministro hacía a la Asamblea nacional responsable de cuanto sucediese si continuaba demorándose.

La Asamblea, a pesar del informe de su comisión, como no

[48] Numerosas causas pueden retrasar a cada instante la quiebra de una nación que ha emitido demasiado papel moneda, pero nada puede impedirla. Inglaterra, por ejemplo, ha acrecentado tan extraordinariamente su comercio en ambos mundos que ha podido dar cada vez nuevas prendas a sus acreedores, ya con productos en especie, ya con el metálico que obtiene por sus productos. La posteridad podrá apenar creer que un pequeño pueblo haya gozado de tan grande prosperidad. Antes de la insurrección de los americanos podía compararse esa potencia a un inmenso triángulo con la base en las dos Indias y la punta en la desembocadura del Támesis.

[Sobre el tema del papel moneda, véase también la 3ª serie, VI, donde Rivarol discute los famosos "asignados". (T.)]

conocía bien la situación de la Hacienda pública, y era incapaz de discutir el proyecto de Necker, de cerciorarse de sus resultados, o de reemplazarlo por nada mejor, y comprendía por otra parte que los acreedores del Estado no iban a arrojarse, cual nuevos Curcios, en el abismo del déficit para cubrirlo, la Asamblea, decía, tomó bruscamente una decisión en asunto de tan alta importancia. Ella, que había pasado más de una sesión con una fórmula de juramento, deliberando si se pondría *la patria antes que el rey* o *el rey antes que la patria*, y que había disputado días enteros, cuando la Declaración de derechos del hombre, para saber si se diría que los hombres "nacen", o "viven", o "son", o "permanecen" libres, esa Asamblea, entonces, declaró que no tenía nada mejor que proponer y por eso adoptaba palabra por palabra, y en un acto de confianza, el plan de Necker, con la esperanza de que cuanto hiciera un ministro que gozaba de tan grande popularidad no podía ser sino agradable para la nación, y que, si el proyecto no daba buenos resultados, los diputados serían al menos absueltos por su misma confianza.

XVIII

Res dura et regni novitas me talia cogunt Moliri.

(Virgilio)

Así se expresó la Asamblea nacional acerca de la situación de la Hacienda pública y de los medios de restablecerla; así fue como, so pretexto de las circunstancias, la principal causa de los Estados generales fuè tratada como si hubiese sido simplemente accesoria. La constitución no precederá al reordenamiento económico: el país ha sido gravado, y no ha sido constituido.

Para explicar este hecho, debe observarse que los exaltados, los demagogos que dominan a la Asamblea y la conducen tan violentamente a sus fines, han tenido el mejor de los éxitos en lo que toca a licenciar las tropas, a sublevar a París, a armar a burgueses y campesinos, a aplastar la autoridad real, a destruir los derechos y las rentas del príncipe y de los particulares; pero cuando se trató de restaurar la Hacienda, de proteger las fortunas y de

presentar un buen plan al rey y a la nación, no pudieron salir del paso sino con una evasiva. El ministro Necker no se dejó por cierto engañar; comprendió que querían hacerlo responsable de los resultados del proyecto que presentaba. "Ya que se lo adopta ciegamente, preciso es", manifestó, "que se me deje la decisión sobre el modo de ejecutarlo." Y entonces el ministro, desempeñando por sí solo el papel de la Asamblea entera, redactó el decreto de su plan. Pero la Asamblea, que se considera relevada de la más espinosa de sus funciones, no por eso se verá descargada de su responsabilidad por sus electores, a pesar de las verbosas proclamas que les envía para excusar su conducta. Pues si el ministro de Hacienda no salva al Estado, Necker tendrá siempre el derecho de reprochárselo a aquellos que han debilitado excesivamente la autoridad real. No basta amontonar decreto sobre decreto y multiplicar reglamentos y leyes, hay que tener los medios para hacerlos ejecutar: sólo burla merecerá una academia de legisladores que, antes de simplificar los engranajes y balancear los contrapesos de una máquina que se les entrega para reparar, empiezan por romperle el resorte.

El orden de los temas, antes que el de los tiempos, nos ha traído hasta esta última operación del ministro Necker. Señalemos de paso que éste, que no pudo ser destituido hace tres meses sin causar o acelerar una revolución, tendría no poca dificultad, si se marchara hoy, en hacer que advirtiésemos su huida. Menester sería que el *Journal de Paris* nos avisara. Pocos casos hay de tanto clamor seguido por tanto silencio, y de semejante oscuridad después de tanto fulgor. Sus amigos han creído sacarlo por un momento de las sombras que lo cubren haciéndolo presidente de distrito, y tan triste remedio no ha hecho más que probar lo agudo del mal. Las reputaciones populares son sin duda intermitentes: quien sólo vive gracias al pueblo a menudo ha de sufrir la muerte del olvido, más insoportable que cualquier ultraje y más amarga que perder la vida. Pero la desastrosa situación de Necker y de su gloria es la obra maestra de la Asamblea nacional, que utilizó al principio la consideración y la popularidad de que gozaba el ministro como una palanca para derribar todos los obstáculos, y lo abandona luego a sí mismo cuando el peligro ha pasado. La desgracia de Necker ha sido confiar demasiado en su propia influencia y en el reconocimiento de una institución colegiada: el ministro creyó que dirigiría fácilmente un poder que él había

creado,[49] o que éste no emplearía toda la fuerza que le había dado. Es como lo que pretenden ciertos heterodoxos, que Dios se arrepintió de haber creado al hombre, por no haber previsto que su creatura sería arrastrada por todas las pasiones con que la había dotado. Si el ministro Necker se ha engañado, lo ha hecho como el mismo Dios, y su error tiene algo de noble.

Ahora, para no omitir nada, debemos remontarnos a la época en que la Asamblea nacional, confusa de las lecciones que había recibido y del tiempo que había perdido preparando un surtido de derechos del hombre salvaje y derechos del hombre social, se volcó con ímpetu a la constitución que de ella aguardaba una monarquía que, lejos de iniciarse, lleva ya catorce siglos, y en la cual nadie hallará, dígase lo que se dijere, a un solo hombre en estado de naturaleza pura.

La comisión elegida dentro de la Asamblea para trabajar sobre la constitución ofreció el resultado de sus reflexiones. Mounier, uno de los mejores hombres de la comisión, leyó dicho resultado y demostró en primer lugar que nuestro gobierno, aunque esencialmente monárquico, no había tenido nunca una forma bien determinada desde tiempos de San Luis, y sobre todo a partir de Felipe *el Hermoso*, porque todos los poderes estaban continuamente confundidos. La autoridad regia, que no basta por sí sola para formar una buena constitución, nunca ha podido contentar a los franceses, incluso bajo nuestros mejores príncipes, en la medida en que chocaba a cada momento con las pretensiones de los cuerpos colegiados y con multitud de privilegios, y en que se extraviaba continuamente por incapacidad y malicia de los ministros. Bien se podía en Francia hablar al rey de los intereses del pueblo, mas a los ministros sólo podía hablárseles de los intereses del rey, y los cuerpos privilegiados no se preocupaban jamás ni de los intereses del príncipe ni de los del pueblo.

Forzoso es, cuando se lee la historia, reconocer que nuestros reyes, con el objeto de acrecentar su poderío, se pasaban la vida invadiendo los privilegios de la nobleza y del clero: de modo que el pueblo y la Asamblea nacional, al aplastar en la revolución actual al clero, a la nobleza y a la magistratura, no han hecho más que rematar la obra de los reyes.

No menos cierto es que, apremiados por necesidades que re-

[49] Necker fue tratado por la Asamblea nacional de modo muy parecido a como lo había sido el ministro Calonne por la de los notables.

surgían sin cesar, los monarcas franceses enajenaban su poder por dinero cada vez que se les presentaba la ocasión (es lo que se ha denominado la venalidad de los cargos): de modo que, mezclando continuamente usurpaciones y enajenaciones, hallábanse alternativamente, o en una injusticia actual o en una impotecia habitual. Pero cuando se sentían demasiado trabados por los privilegios anejos a los cargos que habían vendido, creaban un delegado (*commissaire*) que ejercía las funciones del cargo y dejaba al titular únicamente los honores: otra fuente de injusticias. De ahí proviene que se haya considerado siempre a la administración francesa como de fisonomía doble, si es lícito decir así: por un lado el propietario del cargo, por el otro el delegado del rey, situación que ocasionaba conflictos interminables y al mismo tiempo abusos de autoridad en la capital y en las provincias.

La consecuencia de esta situación era que nadie estaba en su lugar. El rey ejercía todos los días el poder judicial debido a sempiternas apelaciones o a comisiones especiales. Los parlamentos usurpaban el poder legislativo, con sus *sanciones* y sus *vetos*, conocidos con el nombre de *registro*. En unión con la nobleza y con el clero, se oponían a cada paso al poder ejecutivo. Si los reyes hubiesen prevalecido sobre la magistratura, la nobleza y el clero, la lucha se habría entablado cuerpo a cuerpo entre el príncipe y los súbditos, y todo habría acabado, o en una constitución, o en el despotismo más absoluto. Es la situación en que nos encontramos. De modo que las resistencias de los cuerpos privilegiados impedían o un gran mal o un gran bien, y precisamente en esa acción del monarca y en esa reacción de los cuerpos privilegiados consistía desde hacía ochocientos años el gobierno francés.

Digo desde hace ochocientos años, porque antes de San Luis y de Felipe Augusto, el régimen feudal, aunque sumamente odioso, era una verdadera constitución, una constitución firme y vigorosa, sobre la cual no había nada que discutir. El mal, el bien, los privilegios, las prerrogativas, los derechos y las servidumbres, todo estaba reglamentado: los pueblos eran rebaños, los nobles pastores; el rey, dueño de un rebaño particular llamado *Dominio*, era sólo el jefe de los demás pastores, *primus inter pares*, de donde nos viene la dignidad y título de *pares*: pues en Francia, como en los Campos Elíseos, se halla uno en medio de las sombras de las que fueron otrora realidades.

Entonces eran los nobles verdaderos aristócratas;[50] la nación entera les servía de pedestal; y ése fue el origen de aquella raza de hombres colosales y opresores que hacía tan pequeños a los reyes y tan pobres a los pueblos. Había más grandeza por un lado, más rebajamiento por el otro; más esplendor sobre las cabezas de unos pocos, una oscuridad más pareja sobre todos los demás; más felicidad en bloque, y menos hombres felices. Pero, como el bien y el mal están siempre mezclados, aquél fue también el origen de esos caballeros franceses, tan altivos, tan brillantes y tan generosos, cuya raza se ha extinguido hasta el punto de que su historia es ya nuestra mitología.

Cuando los señores, arruinados por el lujo o por las guerras de ultramar, vendieron sus prerrogativas, ya a las ciudades, ya a los príncipes, desapareció toda constitución. Los reyes sublevaron a los pueblos y les dieron ayuda contra los nobles, hasta que los nobles mismos, corrompidos o intimidados por los reyes, se entendieron con éstos contra los pueblos.

Si los reyes no se hubiesen a su vez arruinado, nada habría podido resistirles; pero el desorden de sus finanzas los ha obligado, como a los antiguos nobles, a llegar a un arreglo con el pueblo; ha sido preciso dar una constitución a los franceses, y podría suceder que Luis XVI fuese el último señor soberano de su antiguo y noble linaje.

XIX

Diruit, aedificat, mutatque quadrata rotundis.
(Horacio)

En la situación en que se encontraba Francia desde la revelación del déficit, un príncipe rodeado de ministros capaces habría ele-

[50] ¿No es irrisorio llamar *aristócratas* a pobres gentileshombres que ponen a sus hijos en la Escuela Militar o en Saint-Cyr, que se pasan la vida mendigando subsidios en todas las antesalas de París y de Versalles, y que pueden morir en la cárcel por una deuda de cien escudos? ¿Qué han de decir los magistrados de Berna y los nobles venecianos cuando se enteran de que la ignorancia de los parisienses ha convertido los títulos de su gobierno en una injuria y un delito digno de la horca?

gido sin demora el camino más seguro y más honorable: habría hecho economías, reformas y podas tan severas que pronto habría logrado su independencia, y en lugar de mendigar nuevos impuestos para sostener viejos abusos, habría sido dueño de dictar a sus pueblos una constitución que les hubiese dado a ellos felicidad y a él gloria.[51] Pero seguramente un rey de Francia, incluso con buenos ministros, no era suficientemente poderoso como para efectuar una sola de las grandes reformas que presenciamos hoy. Ante la menor supresión, los cuerpos privilegiados y los cortesanos solicitaban la reunión de los Estados generales: fue entonces necesario concedérsela. El pueblo ha aprovechado la confluencia de los odios y la colisión de los intereses.

La nobleza francesa estaba dividida. La de la corte y de París, aborrecible desde mucho atrás por la especulación con el dinero y el monopolio de los favores reales, fue primero abandonada por la nobleza de provincia, y a poco, abandonándose a sí misma, no ha atinado sino a huir y salvar su oro.[52] La mayor parte de sus diputados han hecho trizas con una complacencia estúpida su antigua jerarquía en la Asamblea nacional, para ser los personajes del momento. El comportamiento del clero no ha sido menos culpable, y los parlamentos, que habían abierto las puertas de Roma a los galos, han aguardado la muerte en sus sillas curules. Y así

[51] Las palabras gobernarán siempre a los hombres. Que un rey licencie a mil oficiales de su ejército y suprima otros tantos cargos en las cortes, y esa operación puede ser tan cruel como para costarles la vida a numerosos individuos, pero será aplaudida en el *Palais-Royal,* y por ende entre el pueblo. Que ese mismo rey, para no oprimir a las provincias, les disminuya un cuartillo, no digo a los pobres rentistas, sino a los ricos capitalistas de París, y se lo culpará de bancarrota, y su autoridad y su misma vida correrán peligro. El resultado ha sido que *nada de bancarrota* ha decidido el destino de Francia. Si la Asamblea, de acuerdo con la calle Vivienne, no hubiese hecho de esa frase un fetiche tan temible, habría salvado al Estado decretando que *el rey efectuara reformas en todo terreno, sin exceptuar el interés de la deuda pública.* Pero para no hacer quiebra, se desarticuló a la monarquía en grado tal que esa bancarrota, tan terrible cuando nos quedaban aún medios de evitarla, se ha transformado en el menor de nuestros males desde que tantas destrucciones la han vuelto inevitable. Digo que es inevitable, no por las deudas que había, sino por los ingresos que ya no hay. Acaso ha sido preciso que el trono fuese destruido para ser inocente y absuelto de todo ese pasado, pero también es preciso que sepamos quién es el responsable.

[52] ¿Dónde están los tiempos en que "todo estaba perdido, menos el honor"? [Alusión a la famosa frase de Francisco I tras su derrota en Pavía (T.)]

al afortunado estado llano, aprovechando el envilecimiento de aquéllos y el silencio de éstos, ha vencido primero a aquellos contra quienes se lo dirigía, y luego a aquellos que lo instigaban. Los nobles, cuya única culpa a ojos del pueblo era tener privilegios, pronto fueron culpables de ser nobles. Herederos de los antiguos conquistadores del reino y poseedores de las más extensas propiedades, no han sabido ni imponerse ni aliarse para la defensa común, mientras que en el estado llano todo era fuerza y armonía. Los burgueses se mostraron dadivosos, y el pueblo humilde valiente: de manera que en esta gran revolución, los vencedores, aun en su atrocidad, han merecido sus triunfos, y los vencidos su infortunio. Si la Asamblea hubiese querido, o mejor dicho, si hubiese podido, la revolución sólo habría destruido prejuicios y privilegios; pero las pasiones, que son los oradores de las grandes asambleas, no han permitido a la razón hacer oír su voz. Ha sido preciso hacer alharaca en lugar de hacer el bien, seducir a París antes que salvar al Estado, y armar a las provincias mientras se aguardaba una solución para la economía.

Todo habría evolucionado mucho más favorablemente si las cuestiones hubiesen sido debatidas y maduradas en las comisiones: los oradores y emisarios del *Palais-Royal* no habrían brillado, el bajo pueblo que rodeaba a la Asamblea no habría influido en sus decretos; pero era precisamente esta influencia lo que se quería afianzar. Y así el templo de la legislación se cambió en huero teatro para montones de declamadores, en violenta arena donde la audacia y la violencia triunfaron sobre la debilidad y la timidez. Allí una chusma ora idólatra, ora furibunda, agrega sus amenazas o sus aplausos a las retumbantes voces de sus tribunos, que mugen las leyes y quieren improvisar la constitución. Los primeros apóstoles de la libertad, como Mounier, Bergasse, Malouet, *quorum melior sententia mentis*, en una palabra, todos los promotores de los Estados generales, a quienes se estimaba tan enérgicos el año pasado, y que eran entonces los únicos hombres valientes del reino, no han tardado en ser acusados de debilidad y cobardía por aquellos mismos que poco ha temblaban bajo la férula de los ministros. Los satélites del despotismo real, siempre listos para servir al más fuerte, se han transformado bruscamente en satélites del despotismo popular. ¿Son acaso los más violentos demagogos de la Asamblea quienes primero levantaron su voz en favor del pueblo, ellos que se arrastraban en Versalles o se escondían en París cuando la voz de

Mounier tronaba por la libertad pública en todas las ciudades del Delfinado? [53]

El trabajo de la comisión encargada de la constitución fue, pues, considerado excesivamente débil por la Asamblea; instituía tan sólo el equilibrio de los poderes, el restablecimiento de la autoridad real, la libertad y la tranquilidad públicas; en una palabra, ofrecía únicamente una constitución, y querían una revolución; podía poner punto final a todo, y querían reinar más. Y por eso fue rechazado de entrada, antes que discutido: sea porque la camarilla que dominaba a la Asamblea haya prevalecido, sea porque el pueblo haya intimidado los espíritus, sea porque un cuerpo legislativo que ya ha hecho una gran revolución es tal vez demasiado violento como para hacer una constitución, y que manos habituadas a destruir y a dar muerte no pueden edificar y dar vida.

Pero antes de exponer lo realizado por la Asamblea nacional, detengámonos un instante en lo que se entiende por constitución. Ha de entenderse por *constitución* la combinación de los tres poderes: *legislativo, ejecutivo* y *judicial.* La constitución es buena cuando los tres poderes se combinan entre sí para prosperidad del pueblo y gloria del gobierno; la constitución es defectuosa cuando los poderes o se confunden o se concentran en las mismas manos, para desgracia de los súbditos o envilecimiento del príncipe y de los magistrados.

Toda nación que no es salvaje es un cuerpo político y artificial. Su constitución le da el ser, sus leyes el movimiento.

En el cuerpo humano, la combinación de los órganos es lo que forma la constitución:[54] la cabeza dicta leyes, y los otros miembros las ejecutan. La cabeza, que representa a los poderes legislavo y judicial, debe ser reposada y lenta en sus decretos, y los brazos, que representan al poder ejecutivo, han de tener presteza y

[53] El autor de la *Histoire secrète de Berlin* era entonces muy difícil de encontrar: hoy no hay manera de evitarlo. El pueblo bajo habría entonces aplaudido su suplicio: hoy aplaude su declamación. Solamente las épocas han cambiado, el pueblo y los héroes son los mismos.

[Rivarol se refiere al conde de Mirabeau, a quien no pierde ocasión de censurar y ridiculizar. La obra mencionada, publicada en 1785, contenía correspondencia mantenida por Mirabeau desde Prusia con el abate de Périgord, luego obispo de Autun y miembro de los Estados generales, más conocido por su apellido de Talleyrand. (T.)]

[54] Tácito utiliza frecuentemente comparaciones tomadas del cuerpo humano en apoyo de su política, y un político italiano (Cavriana) afirma que "si se aplicasen los aforismos de Hipócrates al gobierno civil, se vería que son una segura guía de viaje para la conducción de la vida humana".

fuerza. Mas pronto veremos que la Asamblea nacional no ha dejado actuar más que a la cabeza y ha paralizado el brazo del cuerpo político.[55]

[55] Montesquieu, quien fue el primero que estableció la distinción de los tres poderes, demostró que existían en cada una de las formas de gobierno, trátese de democracia o monarquía, de despotismo o aristocracia, tal como los colores primarios existen y se pueden descubrir en cada rayo de sol. Tal es la idea fundamental de este gran hombre. Pero no ha dicho con entera claridad, al tratar las diferentes formas de gobierno, que la democracia pura, igual que el despotismo absoluto, no existían ni podían existir sobre la tierra; que eran dos entes de razón, dos concepciones de nuestra mente, dos paradigmas a los cuales se referían todos los gobiernos de este mundo, puesto que en los hechos no hay Estado en que todo el pueblo a la vez gobierne siempre por sí mismo sin tener representantes, y que no hay imperio alguno en este planeta donde la voluntad de uno solo lo decida todo sin obstáculos. De lo cual se sigue que, si todos los gobiernos posibles oscilan entre la democracia pura y el despotismo absoluto, como entre dos extremos a los cuales se aproximan en mayor o menor grado, no hay ni habrá jamás en este mundo sino aristocracias, es decir, gobiernos mixtos.

Se ha dado en sentido propio ese nombre al gobierno de los Estados en que un Senado inamovible gobierna todo sin consultar nunca al pueblo. Es el caso de Venecia, llamada también *república*; es la aristocracia pura, en el sentido de que los tres poderes están en manos de los nobles, y el pueblo no puede llegar a noble ni entrar en el Senado.

El Estado en que la voluntad de uno solo es generalmente ley y decide vida y muerte de los súbditos se llama *Estado despótico*. Un ejemplo lo da el imperio turco. Pero no es verdad que el sultán sea dueño absoluto: su poder encuentra a cada paso límites, y está obligado a respetarlos. Su imperio se encuentra entonces entre la aristocracia y el despotismo, pero tiende hacia éste.

El Estado en que la voluntad de uno solo es a veces absoluta, pero hay cuerpos colegislativos que comparten a cada momento el ejercicio del poder, se denomina *monarquía*. Esta especie de gobierno oscila entre el despotismo y la aristocracia, pero tiende hacia ésta.

Por último, el Estado en el cual el pueblo elige a sus magistrados para un período y se reúne a menudo para ejercer la soberanía es una democracia, y se denomina *república*. Fueron tales Atenas y Roma, y es tal América septentrional. Ese Estado oscila entre la aristocracia y la democracia, y se inclina hacia ésta.

J. J. Rousseau dice que en este tipo de Estado el pueblo es libre únicamente en el momento en que nombra a sus magistrados y representantes, pero que deja de serlo en cuanto los ha nombrado. Eso no es verdad: ese pueblo no está siempre en ejercicio de soberanía, pero siempre es libre, sea que se dé a sí mismo leyes, sea que las ejecute.

Así pues, Montesquieu, al definir al Estado despótico y al Estado democrático, ha procedido como los geómetras cuando hablan de un punto sin extensión y de una línea sin espesor. La democracia pura y el despotismo absoluto son dos colores primarios cuyas tonalidades dominan en mayor o menor medida en cada uno de los tipos de gobierno.

XX

Divites implevit malis.
et esurientes dimisit inanes.

(Cant., *Luc.*, I)[56]

¿Quién hubiera pensado que los franceses, que alaban y envidian al gobierno inglés desde que lo han conocido, perderían la primera oportunidad de conseguirlo que se les presentaría? Y sin embargo es lo que ocurre en nuestros días, y ante nuestros ojos, y según nuestra propia confesión: porque es imposible disimularlo, hemos fallado con la constitución, y hemos disuelto la monarquía. A decir verdad, aún se reconocen tres poderes en Francia: París, la Asamblea nacional y las municipalidades de las ciudades. Pero ¿dónde está el rey?, ¿dónde los tribunales? Y si las asambleas provinciales no detienen a la gran Asamblea, si los distritos de París no contienen al Ayuntamiento, ¿adónde iremos a parar?

La vanidad de la mayor parte de los diputados es la causa de tan gran desgracia. Esa pasión de almas pequeñas es lo que ha secado en su germen los frutos de la revolución actual. Pues ¿qué es lo que pedíamos? Estar tan bien como los ingleses; pero nuestros diputados quisieron que estuviésemos mejor. En lugar de aprovechar la experiencia realizada con Inglaterra, han querido hacer una con nosotros. Han arriesgado la monarquía. Vanamente la prudencia les aconsejaba *imitar*; la vanidad les ordenó *crear*, y ellos no vacilaron.

Para tomar las cosas más al principio, debe decirse que al comienzo, tras la unificación de los tres estamentos, dos facciones dividieron a la Asamblea nacional. La menos numerosa y mejor integrada votaba, según sus instrucciones, por una constitución fa-

[56] Cita intencionalmente alterada de un versículo del *Magnificat: Esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes* (*Luc.*, I, 53): "A los hambrientos los colmó de bienes, y a los ricos los despidió sin nada." (La versión de Rivarol dice: "A los *ricos* los colmó de *males,* y a los *hambrientos* los despidió sin nada", lo cual se refiere evidentemente a la obra de los revolucionarios en la Asamblea nacional). (N. del T.)

vorable por igual a la autoridad real y a la libertad pública; la más numerosa, la más bulliciosa, y también la que prevaleció, tomando en nada a sus instrucciones y al rey, quería que el pueblo lo fuese *todo*, o mejor dicho, esa facción quería serlo *todo* para el pueblo y todo por el pueblo. Se la llamaba habitualmente *la facción del Palais-Royal*, no porque incluía a algunos miembros que, sin que lo supiesen los demás, trabajaban exclusivamente por los intereses de la casa de Orleans, sino porque era instigada y manejada por los capitalistas cuya sede se hallaba en el *Palais-Royal*. El mismo nombre cubría dos intereses bien distintos.

Se preguntará tal vez cómo las provincias no se han indignado del desprecio de los diputados por sus instrucciones, así como de todos los golpes contra la autoridad real, e incluso contra la propiedad y la seguridad pública. Es que, como los diputados inundaron las provincias de informes falsos sobre pretendidas conspiraciones contra su vida o su libertad, las provincias han creído no poder dar nunca suficientes muestras de agradecimiento y de confianza a sus diputados y a la capital por haber sido los primeros en resistir y haber opuesto la rebelión a la autoridad. Es más: ese entusiasmo, ese enajenamiento de las provincias por la Asamblea nacional y por París deben durar todavía, puesto que la desastrosa situación del reino y del rey no ha podido en ningún momento abrirles los ojos.

Solamente el 6 de julio se hizo moción de ocuparse de la constitución. Pero antes aún de que la nobleza y el clero se hubiesen, por decir así, sumergido y fundido dentro del estado llano, la Asamblea había decretado "que abolía todos los impuestos existentes por ilegales según el derecho y según la forma, etc.; pero que provisionalmente, para no alterar el orden del reino, se continuaría pagándolos, etc.". Casi todos los decretos de la Asamblea nacional han seguido el mismo modelo, es decir que en el primer miembro del decreto la Asamblea *ordena la abolición*, y en el segundo *mantiene* provisionalmente. Pero el pueblo no ha entendido bien, no ha ejecutado sino la primera parte del decreto, y ha desdeñado la otra. He ahí la clave de todos los desórdenes que nos aquejan.

Los escritores del estado llano, y en general todos los filósofos, extremaron y forzaron las consecuencias del principio que afirma que *la soberanía reside en el pueblo*, y se hizo entonces inevitable que la revolución, escrita en los libros, fuese llevada a escena y representada en la capital y en provincias. Pues ¿se podía detener

a una Asamblea que ejercía la soberanía del pueblo y que había conquistado al ejército? ¿No era al mismo tiempo un verdadero placer para diputados que en su mayor parte se habían pasado la vida saludando al magistrado que representaba al noble del lugar en sus aldeas, o haciendo la corte al intendente de sus respectivas provincias, no era, repito, un suave placer para ellos pisotear a uno de los primeros tronos del mundo? ¿Podían abogados resistir al gusto de humillar a las cortes supremas? Quienes nada poseían, ¿no se sentirían encantados de distribuir los tesoros de la Iglesia a los vampiros del Estado?

Nunca se insistirá demasiado sobre todo el mal que puede hacer un buen principio cuando de él se abusa.

La soberanía reside en el pueblo, pero de manera implícita, es decir, bajo la condición de que el pueblo nunca la ejercerá sino para designar a sus representantes, y, si se trata de una monarquía, de que el rey será siempre el primer magistrado. De modo análogo, aunque sea en definitiva cierto que todo proviene de la tierra, no por eso es menos necesario someterla mediante el laboreo y el cultivo, como se somete a un pueblo mediante la autoridad y las leyes. La soberanía está en el pueblo como un fruto en nuestras campiñas, de manera abstracta. Es menester que el fruto pase por el árbol que lo produce, y que la autoridad pública pase por el cetro que la ejerce. Además, sólo en una ciudad muy pequeña un pueblo podría gobernar siempre por sí mismo; e incluso sería preciso que oradores turbulentos y tribunos exaltados vinieran a arrancarlo cada día de sus talleres para hacerlo reinar en las plazas públicas: sería necesario, pues, que se lo apasionase para mantener continuamente su interés. Ahora bien, en cuanto el *soberano* se apasiona, no hace más que cometer injusticias, violencias y crímenes.[57]

Este principio de la soberanía del pueblo, no obstante, había exaltado hasta tal punto todos los espíritus, que la Asamblea, en lugar de seguir prudentemente el proyecto de la comisión de constitución y de levantar un edificio duradero y armonioso, se entregó enteramente al flujo y reflujo de las mociones, y a la vehemencia de sus oradores, que amontonaron a porfía decreto sobre decreto, ruina sobre ruina, para contentar al pueblo que pululaba en las

[57] Por lo general, el pueblo es un soberano que sólo pide comer, y su majestad está tranquilo cuando digiere. Quienes le quitan el pan y quienes le ofrecen el cetro son culpables por igual, y no forman sino una sola y misma ralea. Me remito a los señores de la comisión investigadora.

tribunas de la sala, se mostraba amenazante en el *Palais-Royal*, y bullía en las provincias.

Si en lugar de excitar al pueblo, se hubiera intentado calmarlo, se le habría dicho que una nación no tiene derecho alguno que sea contrario a su felicidad; que un niño que se lastima ejerce su fuerza y no sus derechos: porque todo pueblo es niño y todo gobierno es padre. Pero el plan de la Asamblea era otro. Del principio de la soberanía del pueblo derivaba necesariamente el dogma de la igualdad absoluta entre los hombres, y ese dogma de la igualdad de las personas conduciría no menos necesariamente a la repartición igualitaria de las tierras. Es bastante evidente ya que la Asamblea nacional ha adoptado, para salir adelante, uno de los grandes recursos del Evangelio: predicar el odio a los ricos, tratarlos a todos de *malos ricos*. De allí a la repartición de bienes hay sólo un paso. Es un último recurso que los filósofos no pueden ver en el oscuro porvenir sin un horror secreto. Pero ya se habrían resuelto a ello si la prolongada debilidad del poder ejecutivo no les hubiera dado tiempo de titubear en su marcha, y, antes de decidirse por ese abominable medio, de probar todos los demás. Puede ser también que la condescendencia del príncipe haya impedido a la Asamblea desplegar toda su energía y hacer explosión: el cuerpo que golpea, al no hallar punto de apoyo en el que cede, causa menos destrozos; y el gobierno, retrocediendo sin cesar, ha ofrecido la resistencia de los *cuerpos blandos*. Por suerte, además, ese arbitrio de armar al pobre contra el rico es tan absurdo como execrable. Hay seguramente quince o dieciséis millones de hombres que nada tienen en Francia más que sus brazos, y cuatro o cinco millones que tienen todas las propiedades. Pero el menester y la necesidad han tendido más vínculos entre el pobre y el rico de los que puede romper la filosofía. La necesidad es la que hace comprender a la muchedumbre de pobres que no pueden existir sin la pequeña cantidad de ricos; es esa providente necesidad la que prohíbe a la hiedra ahogar, con sus mil brazos, al roble que la sostiene y evita que se arrastre por el suelo. Sí, la necesidad es más compasiva que la filosofía: porque es la naturaleza la autora de la necesidad, y somos nosotros los autores de nuestra filosofía.

Al rico cuadra el mucho gastar,
Al pobre cuadra el mucho acumular;
Y el trabajo, que paga la pereza,
Se abre de a poco camino a la riqueza.

Tales relaciones son de todos los tiempos. De la desigualdad de las condiciones nacen las luces y las sombras que componen el cuadro de la vida. Los innovadores esperan en vano destruir esa armonía. La *igualdad absoluta* entre los hombres es el *misterio* de los filósofos. La Iglesia al menos edificaba sin descanso; pero las máximas actuales no tienden más que a destruir. Han arruinado ya a los ricos sin enriquecer a los pobres; y en lugar de la igualdad de bienes, no tenemos hasta ahora más que la igualdad de miserias y de males.

Carta sobre la captura del señor abate Maury, en Péronne [58]

Péronne, 28 de julio de 1789

Tras habernos, señora, arrancado a los encantadores espectáculos que París os ofrece cada día, tanto en la Plaza de Grève como en el *Palais-Royal*, nos pusimos a viajar, munidos de los pasaportes de los señores electores de la ciudad, y atravesamos en este momento la Picardía. Un gran acontecimiento llena toda la provincia: la captura del señor abate Maury. Los picardos son buenos, pero también minuciosos, y, para llegar antes a la perfección, siguen en todo el modelo de los parisienses. Tienen asambleas, escarapelas, armas y buenas intenciones; juegan, como en París, una partida en que cada movimiento es *jaque al rey;* han incendiado las aduanas, arrojado a los funcionarios al río, interceptado los dineros públicos, liberado a los delincuentes, encarcelado a los magistrados, y todo eso les parece nada si no ponen pronto la mano en el arzobispo de Cambrai. Péronne es en cierto modo la ciudad cabecera de tantas similitudes con la capital.

Llegamos aquí hoy 28, por la mañana muy temprano. El abate Maury, que había entrado aquí disfrazado el domingo 26 y que había sido reconocido por haber preguntado por un atajo, se ha-

[58] Esta divertida "Carta" forma el último número de la primera serie, y fue también editada en folleto separado. (N. del T.)

llaba en ese momento rodeado por las milicias nacionales de Péronne, en medio de un cuerpo de guardia sobre el lado de atrás del Ayuntamiento. Preguntamos primero cómo se había efectuado aquella captura, qué clase de defensa alegaba el abate, y qué proyecto tenía a su respecto la Picardía. Mil bocas se abrieron a un tiempo, y aún estaríamos tratando de entender una palabra de todo lo que soltaban tantos y tantas peronenses, si no hubiésemos pedido *orden* e invitado a un robusto canónigo escarapelado, que estaba frente a nosotros, a hablar solo, y a hablar en francés, si ello no le molestaba. "Señores", nos lanzó éste, "el hombre a quien la *patria* ha estimado tener que detener aquí, y a quien vamos a remitir a la *nación, que se encuentra en la municipalidad de París,* ha merecido con justicia esta imposición de manos. Quiso irse al extranjero a hurtadillas, sin hábito y sin escarapela, y preguntó por un atajo, cosa que no ha parecido recta a nuestros milicianos, que nos lo trajeron. Lo reconocimos como el señor abate Maury por las señas que nos habían enviado hace algún tiempo y que resultaron verídicas. Le dijimos entonces: 'Vos sois el señor abate Maury, y os vamos a remitir al Ayuntamiento de París, siguiendo a los señores Foulon y Berthier.' A lo cual respondió el abate Maury: 'Ya que el disfraz y el miedo no han cambiado en nada el aspecto que el Cielo me ha dado, no os negaré, como haría cualquier otro en mi lugar, que soy el abate Maury. Hasta ahora confesarlo era candor, ahora es valentía. Heme aquí prisionero vuestro, y si me enviáis a París, rodeado de bayonetas patrióticas, no dudo de que la chusma me tratará poco más o menos como a los señores Foulon y Berthier; pero no tengo gran interés en engrosar el martirologio de los aristócratas, y os ruego, señores, que enviéis a mi cargo un correo ante los señores de la Asamblea nacional. Puede creerse que varios de ellos me reclamarán con energía, por miedo a que mi ejemplo abra el camino a otros; los únicos que tal vez no me reclamarán serán los de la mayoría del clero, a causa de ciertos principios que me reprochan y que en realidad me honran mucho. Esos curas no quieren admitir que, a partir del día en que hice voto de llegar a obispo,[59] todo cuanto ha entrado en mi voto como medio ha quedado no solamente justificado, sino santificado. Gente de Picardía lo comprenderá sin dificultad ninguna.

[59] De hecho, el abate Maury, creado cardenal tras su huida a Roma en 1792, regresó a Francia en tiempos de Napoleón, y aceptó de éste el arzobispado de París a pesar de no haber obtenido la aprobación del papa;

Ahora, señores, que estoy en vuestras manos, presentadme, por favor, al comandante de la milicia, al señor alcalde de la ciudad, en fin, a todas las autoridades.' Nada más justo; e inmediatamente lo hemos traído y constituido en nuestro Ayuntamiento, donde, mientras llega la contestación de la Asamblea nacional, vive en medio de nuestros señores, y se hace todo para todos."

Encantados con tantos detalles, deseábamos que el buen canónigo aumentara nuestro agradecimiento proporcionándonos la posibilidad de ver un instante al señor abate Maury, en medio de la comisión permanente de Péronne, cosa que nos concedió sin dificultad.

¡Pensad, señora, si el abate Maury habrá estado contento de vernos! Aunque aguardaba noticias satisfactorias de la Asamblea nacional, no dejaba de sentir alguna inquietud. Cuando uno tiene enemigos, por numerosos que sean y por alejados que estén, a todos se los encuentra en una guerra civil. Muy bien nos lo ha hecho ver el académico que nos ocupa. Nos presentó primero a los señores que lo rodeaban, al comandante de la milicia, al presidente de los comerciantes y a todos los electores.

El La Fayette de los picardos es un sargento retirado, rengo y tuerto, que se había ya distinguido en dos o en tres revueltas populares en las cuales perdió el ojo que le falta. Nos narró con mucha complacencia todo el trabajo que se había tomado para enrolar a ciento veinte picardos y proveerles escarapelas y fusiles. Escoltado por ellos esperaba el sargento tener el honor de conducir al señor abate Maury a la capital.

El presidente de los comerciantes de la ciudad de Péronne no pertenece a las tres academias, como el señor Bailly; pero había sido nombrado por aclamación igual que éste, y era actualmente sacristán honorario y maestro de escuela.

Preguntamos a aquellos señores y a todos los electores por qué la nación no masacraba a sus prisioneros en Péronne igual que en París, y por qué la ciudad se privaba del espectáculo de las ejecuciones, que dan en primer lugar tanto placer y en segundo lugar tanto honor a los parisienses: "porque, sin ofender a nadie", agregamos, "el señor abate Maury era digno de vuestra ira pa-

cuando el pontífice le ordenó renunciar a esa dignidad, Maury se negó, y continuó aferrándose a ella después de la caída del emperador y de haber buscado nuevamente refugio en Roma. Finalmente el papa lo convenció de renunciar al episcopado encerrándolo en el castillo de Sant'Angelo. Por lo visto, pues, Rivarol había estado acertado en su irónico retrato. (N. del T.)

triótica. ¿Para qué remitirlo a París? ¿Aguardáis vosotros, como los de Beaune, mejor oportunidad?"

—¡Señores, señores! —replicó gravemente el alcalde de la ciudad—. París tiene derecho de ejecución para todo el reino; pero nosotros nunca matamos sino a picardos, porque nosotros no somos exactamente la nación, como los parisienses. El señor abate Maury es un tránsfuga de los Estados generales. Es cosa delicada; aguardamos órdenes de la Asamblea nacional, que nos sacará del apuro. Ya tenemos demasiados problemas. Anoche mismo, por un aviso que nos enviaron de la capital, Hainaut, Flandes y toda Picardía ha tomado las armas, se tocaba a rebato en campos y ciudades; trescientos mil hombres de las patrullas burguesas han estado en pie, y todo eso para recibir a dos mil bandidos regimentados que han de diseminarse por nuestros campos y quemar nuestras cosechas.

—Bien hemos advertido, señores, un movimiento bastante intenso al atravesar vuestra provincia; mas, como no se nos había informado el motivo de vuestros temores, tomamos ese estado violento por el natural de Picardía. Patrullas burguesas, armadas con horquillas, palos guarnecidos de hierro, hoces, y uno que otro fusil, nos detenían a cada paso y nos hacían jurar que amábamos a la patria, y, por encima de todas las cosas, a la aldea por la cual pasábamos. De puesto en puesto, nos fueron dando un miliciano para acompañarnos, y el último que nos hizo tal honor se subió al asiento de nuestro coche, y tenía sus pistolas cruzadas detrás de él, de modo que apuntaban sobre nosotros.

En tal estado llegamos a Roye, donde nos preguntaron si el ministro Necker había llegado. Dijimos que llegaría pronto. "¡Y dale con 'llegará, llegará'!", exclamó uno de los más visibles de la tropa. "Estoy decidido a arrestar al primero ... que no me diga que Necker ya llegó, y a enviarlo atado de pies y manos al palacio municipal de la Nación en París."

Bien prevenidos por el incidente, no cesamos de decir, por todo el camino, que el ministro Necker había llegado, y os diremos lo mismo, señores, si lo exigís. Permitidnos tan sólo decir las cosas como son al abate Maury, y preguntaros, a propósito de la angustiosa y falsa alarma que os dieron, qué fin pueden tener quienes os asustan con rumores sin fundamento, y os hacen pasar así días y noches con las armas en la mano. ¿De dónde podrían salir esos dos mil hombres que habrían de quemar vuestras cosechas? ¿No está el rey de acuerdo con toda la nación? ¿No hacen guardia en todas partes los soldados, conjuntamente con los burgueses?

—Lo que estáis diciendo, señor, es harto sospechoso —dijo el alcalde mirándonos con mala cara—; tenéis mucha suerte de que oigamos vuestras razones. Nos agrada creer que estamos en peligro; el que nos tranquiliza es nuestro enemigo, y únicamente dando alarmas se puede tener en pie un ejército de tres millones de burgueses y de campesinos, de un extremo del reino al otro,[60] y ese ejército existe en estos momentos.

El abate Maury nos guiñó un ojo, y habíamos cambiado de conversación cuando se oyó un gran ruido en la calle: era el correo de la Asamblea nacional que llegaba en ese instante, y que venía a reivindicar, no la persona, sino la libertad del señor abate Maury, declarándolo sagrado e inviolable, cosa que mortificó a la ciudad de Péronne en grado que sería difícil expresar. Se habían puesto en gastos, se habían equipado para conducirlo a París, se sentían ufanos de dar una gran muestra de celo al Ayuntamiento, y de borrar quizá el recuerdo del suplicio de Foulon y Berthier haciendo una pequeña fogata con el abate Maury. Había que renunciar a tan dulces esperanzas y soltar la presa.

Nos miraron inclusive con muy mala cara cuando felicitamos al abate Maury por su libertad, y mucha suerte tuvimos de que no se le ocurriera al abate llamarnos sus amigos y besarnos, porque nos lapidaban. No sé si él ha caído en la cuenta de ese nuevo medio para perder a sus enemigos, pero se libró de manos de sus carceleros muy contento de salir de aquello, y a la vez muy cambiado por los tres días que allí había pasado.

No sabemos si se habrá dejado dominar por su agradecimiento hacia la Asamblea nacional, o por su resentimiento contra el bajo pueblo y contra todos los demócratas, es decir, si habrá regresado a Versalles o si habrá pasado a los Países Bajos; salió sin decirnos su secreto. Le hicieron jurar al partir que siempre amaría a Péronne. Juróla sin dificultad, muy cierto de que hallaría entre los obispos de la mayoría a algún casuista que lo desligaría de la santidad del juramento.

¿Querréis creer, señora, que el abate Maury pasaba el tiempo leyendo sus sermones y sus discursos académicos a los milicianos que lo custodiaban? Debe haber concluido que los peronenses son incorruptibles en materia de elocuencia. Nárrase que César, caído en manos de los piratas, les leía sus arengas, los trataba de bárbaros cuando no lo escuchaban, les prometía que los haría colgar si

[60] Ahí está todo el secreto de la Asamblea nacional.

regresaba alguna vez a Roma. Y lo gracioso es que cumplió su palabra. No sabemos qué ha prometido Maury-César a los corsarios de Péronne, ni qué destino les tiene reservado si llegan a imponerse los aristócratas.

Lo cierto es que su aventura le ha sido de gran utilidad a otro abate que ha llegado hace un rato a Péronne: es el señor abate Sabatier de Castres,[61] autor de un diccionario sobre *los tres siglos de la literatura francesa*, en que ha atacado a la filosofía, acusándola de haber hecho daño tanto a los gobiernos como a las religiones. La gente de Péronne nada sabe de todo ello. Pero como se estaban dedicando a recoger todos los abates tirados por ahí, seguramente habrían detenido a éste y lo habrían enviado a expiar tres siglos de literatura con veinticuatro horas de auto de fe en el Ayuntamiento, sin pedir respuesta a la Asamblea nacional, que les había sacado todas las ganas de hacer capturas. Este abate Sabatier ha sido enérgicamente denunciado en las obras de Voltaire: pero más peligroso es serlo en París. Observamos incluso que el abate Maury aparentó no conocerlo. ¿Por consideración o por enemistad? En las circunstancias actuales, probablemente por suerte para uno y para otro, ya que uno podría ser quemado por los fanáticos, y el otro por los filósofos.

¡Si Péronne supiese a qué hombres tuvo en sus manos en estos momentos, y qué riesgos ha corrido! Es como en *Dom Japhet d' Arménie:*

> Dos soles estrechados dentro de un lugaruelo
> Hacen más que excesivo al que disuelve el hielo.[62]

La fortuna, que había juntado a estos dos abates de los dos extremos de la literatura eclesiástica, felizmente los ha separado enseguida: la conjunción de estos dos astros sólo ha durado un instante, y Péronne se ha salvado.

En estos momentos salimos de ella, y pronto estaremos en Cambrai. Si alguna otra aventura viene a amenizar nuestro viaje, os la escribiremos; pero no esperéis que tengamos todos los días abates Maury para contaros. Quedo de vos, etc.

[61] El fugaz colaborador de Rivarol en este *Diario Político Nacional.* Cf. la Introducción. (N. del T.)

[62] *Deux soleils resserrés dans un petit endroit*
Rendent trop excessif le contraire du froid.

P.S. Cuidaos bien, señora, de pensar en publicar esta carta, a no ser que hayáis resuelto hacer colgar a algún honrado editor del *Palais-Royal.* Cuando no teníamos más que un señor, podía evitárselo al escribir; pero hoy en día lo único seguro es escribir contra él: porque, desde que el pueblo de París es el rey, la chusma es reina, y se puede incurrir en crimen de lesa majestad desde Porcherons hasta La Courtille, y desde La Rapée hasta la plaza de Grève. Debemos esperar, con el *Journal de Paris,* que las damas del mercado de abasto harán entender razones a los reyes y a las reinas de su barrio. ¡Ojalá puedan hacer comprender a todos esos príncipes que la clemencia es una virtud de reyes que cae de maravillas en los primeros tiempos de un reinado!

Cuando hayáis, señora, convencido a todas las potencias, me volveré a poner en camino para reunirme con vos. En balde acaba de publicar el Ayuntamiento en nombre del pueblo rey una amnistía general, no quiero confiar en el secretario de un rey que no sabe leer; jamás utilizaré un pasaporte firmado *Pitra:* ese nombre que ha llevado la muerte a tantos pobres libros no puede garantizar la vida de nadie.

Segunda serie

I[1]

Pars spoliant aras, frondem ac virgulta domosque,
[...] *Furit immissis* vulgus *habenis.*

(Virgilio, *Eneida*, V)

Comprendo bien qué es la filosofía de un particular; qué es un hombre liberado de los hábitos del pueblo, y aun de las pasiones, un filántropo, un cosmopolita, para quien todas las naciones no forman más que una sola y misma familia. Pero ¿qué es la filosofía de un pueblo? ¿Qué esa filantropía, esa libertad general del comercio, esa caridad que consiste en renunciar a todas las ventajas que no tengan los demás?[2] ¿Qué sería un pueblo sin pasiones, que abriese todos sus puertos, destruyera sus aduanas, compartiera sin descanso sus tesoros y sus tierras con todos los hombres

[1] En este primer número de la 2ª serie, el autor continúa el tercer "Resumen". (N. del T.)

[2] El sistema de pequeñas fortunas ha prevalecido, y se ha visto desaparecer, especialmente a partir del ministro Necker, esas fortunas colosales, todas de ostentación, que le resultaban tan odiosas al pueblo bajo y tan útiles al gobierno. La gran finanza francesa ha dejado lugar a la nación de capitalistas y especuladores suizos y ginebrinos: ello ha producido esa multitud de fortunas ocultas y fugitivas que no tienen la vanidad de mostrarse, que el pueblo no ve, y de las cuales el gobierno no puede sacar nada. Unas cuantas gallinas se comían antaño nuestros granos; pero por lo menos nosotros nos comíamos a las gallinas cuando habían engordado bien: hoy en día nuestros granos se los llevan y se los comen hormigas.

que se presentasen sin fortuna y sin talento? Un hombre sólo es filósofo porque no es pueblo; luego un *pueblo filósofo* no sería *pueblo,* lo cual es absurdo. La verdadera filosofía de los pueblos, es la política; y en tanto que la filosofía predica a los individuos el apartamiento, el desprecio de las riquezas y de los honores, la política les grita a las naciones que se enriquezcan a costa de sus vecinos, que cubran los mares con sus navíos, que obtengan con su industriosidad y su actividad la preferencia en todos los mercados del universo: porque dos naciones se hallan entre sí en estado de naturaleza pura, como dos salvajes que pelean por la misma presa.

Además, no hay que engañarse: el patriotismo es la hipocresía de nuestro siglo; es la ambición y la furia de dominar que se disfrazan con nombres populares. Los puestos estaban ocupados en el orden social: ha sido preciso entonces derribarlo todo para hacerse un lugar. Pues no es en absoluto el pueblo, no son los pobres, en cuyo nombre se ha hecho tanto mal, quienes han ganado con la revolución: lo estáis viendo, la miseria ha aumentado, los pobres son más numerosos,[3] y la compasión se ha extinguido; no hay ya piedad ni conmiseración en Francia. Se daba mucho cuando se creía estar obligado a miramientos; la caridad cubría a cada instante el intervalo entre los pequeños y los grandes; la vanidad y el orgullo redundaban en beneficio de la humanidad: no era una espada, sino la súplica lo que daba armas a la pobreza; y la riqueza, que ha desaparecido frente a la amenaza, no rechazaba a la miseria implorante. Actualmente ¿qué pueden dar ricos oprimidos a pobres sublevados? Han derribado las fuentes públicas so pretexto de que acaparaban las aguas, y las aguas se han perdido.

Nuestros filósofos responden que los pobres, que de ahora en más lo tomarán todo, no pedirán más nada. Mas ¿dónde hallarán los medios de tomarlo, a no ser que hagan una matanza general de todos los propietarios? Y en ese caso, extremando semejante sistema, ¿será preciso que, de generación en generación, los pobres exterminen siempre a los ricos, mientras haya diversidad en las posesiones, mientras un hombre cultive su campo mejor que otro, mientras la diligencia prevalezca sobre la pereza, hasta que finalmente la tierra, inculta y despoblada, no ofrezca ya a la mirada

[3] Existen en el mundo, y existirán siempre, pobres de profesión, *mendigos*; pero no tendrían que verse más que pobres obreros y pobres inválidos; no tendrían que existir sino talleres y hospicios.

satisfecha de la filosofía sino la vasta igualdad de los desiertos y la espantosa monotonía de las tumbas?

El genio malvado que dirige nuestro destino ha querido que, desde el primer paso que hemos dado hacia una constitución, haya existido una lucha a muerte entre el jefe y los representantes de la nación. El poder ejecutivo y el poder judicial han perecido en la refriega, y con ellos todo el vigor del poder legislativo. La asamblea de nuestros representantes y de nuestros legisladores no ha sido ya más que una tropa victoriosa, que ha aplicado por doquier el derecho de conquista, y distribuido los despojos de los vencidos a vencedores a quienes no había de contentar nunca.

Pero la constitución, que es efecto y causa a la vez del acuerdo de los tres poderes y de su combinación, no podía ser fruto de una batalla y de su aniquilación. Si la Asamblea nacional, en lugar de compartir y de atizar la loca alegría del pueblo, hubiese llorado su funesta victoria, la nación entera, conmovida por el augusto dolor de sus representantes, no habría tardado en tributar a su jefe respeto y confianza en lugar de temor y sujeción servil. El monarca, reanimado por los homenajes de su pueblo, habría sostenido a su vez con toda su potestad los decretos de la Asamblea, y veríamos ya a la santa libertad florecer a la sombra sagrada del poder monárquico. Pero, muy lejos de contenerlos, todo ha confluido para rebelar a los pueblos, y el coloso de la realeza, que debía haber sido restablecido sobre una base más firme, ha sido derribado un poco más cada día y más cubierto de ultrajes. En vano la Asamblea nacional, como los sacerdotes del antiguo Egipto, ha animado con su soplo al coloso sin vida y lo ha forzado a articular oráculos: el pueblo sabía demasiado bien que la estatua no era ya un dios, y el respeto se ha ido con el prestigio.

En el largo intervalo transcurrido entre el 17 de junio y el 4 de agosto, no se había aún decretado nada en materia constitucional salvo *la unificación de los tres estamentos en Asamblea nacional, la responsabilidad de los ministros*, y *los derechos del hombre*, expresados y contenidos en una *declaración*, como hemos dicho.

Necker ha sido el primero de los ministros que ha sido denunciado a la nación, y lo fue por el conde de Mirabeau,[4] que algún tiempo después denunció al conde de Saint-Priest.[5] Es por

[4] Por el asunto de los víveres.

[5] Por una frase muy justa que les dijo a las puesteras (*poissardes*) que venían a Versalles a pedirle al rey pan a cañonazos. No se sabe por qué

cierto honroso ser denunciado por el señor de Mirabeau, y ello puede ser incluido entre los sucesos afortunados de la vida del ministro Necker. Pero puede haber algún día diputados de fama suficientemente buena como para que su denuncia mancille o derroque a un ministro, y tal freno basta. Hacemos esta observación porque, en medio de la embriaguez primera de su victoria, la Asamblea pareció desear nombrar por sí misma a los ministros del rey, lo cual habría dado origen a una responsabilidad en sentido inverso. La Asamblea es la que en ese caso habría respondido de los ministros que ella habría designado. ¿A qué tribunal habría entonces denunciado a su propia hechura?

Ya hemos hablado de la *Declaración de derechos del hombre*. Este documento peligroso contiene derechos que los ciudadanos no podrán ejercer nunca, ni aun después de que sean plenamente ejecutados los decretos de la Asamblea. Reina en él, por otra parte, una metafísica vaga, que al pueblo le resultó ininteligible e insustancial. Fue así menester, para contentar a este amo autoritario, descender de la teoría y los principios más abstractos a las consecuencias y aplicaciones más materiales de la soberanía del pueblo y de la igualdad absoluta entre los hombres.

La noche del 4 de agosto fue cuando los demagogos de la nobleza, cansados de una larga discusión sobre los derechos del hombre y ardiendo por demostrar su celo, se levantaron todos a un tiempo y pidieron a grandes gritos los últimos suspiros del régimen feudal, mortalmente herido desde la época de Felipe *el Hermoso*. Aquellas palabras electrizaron a la Asamblea. Hízose una división de los últimos vestigios de dicho régimen en derechos personales y derechos reales, como los que quedaban aún a los propietarios de los feudos. Fueron abolidos todos los derechos personales sin indemnización, y se declaró rescatables todos los derechos reales, y dentro de esta categoría fueron abolidos, también sin indemnización, los que habían sido en otro tiempo personales y cuyos gravados se habían rescatado con dinero: lo cual reducía bruscamente a una gran cantidad de propietarios a la limosna, y anulaba el derecho adquirido por las prescripciones, derecho tan sagrado cuando no se tiene otro. Fueron abolidas también las justicias señoriales, el derecho de caza y de palomares, la venalidad de los cargos, el estipendio de los párrocos, los privilegios monetarios en materia

---

Saint-Priest dijo que no era culpable de una frase que, por su gloria, bien querríamos que hubiese sido capaz de pronunciar.

impositiva, los privilegios de provincias y ciudades. Establecióse la liberación con indemnización de todas las rentas y cánones, la admisión a todos los empleos sin consideración de los orígenes familiares; se proscribió la pluralidad de beneficios; se solicitó informes sobre el estado de las pensiones, que en lo sucesivo deberían regularse por la que se concedería al rey; aboliόse de un plumazo anatas y diezmos; decretóse, por último, que se acuñaría una medalla en memoria de tantas importantes deliberaciones efectuadas para la felicidad de Francia; que todos habían de regocijarse de tantos sacrificios hechos a la libertad francesa; que Luis XVI llevaría por ello el título de *restaurador*; que se cantaría un *Te Deum* en su capilla, *y que el rey asistiría.*

El incendio se había propagado a los espíritus de todos. Los segundones de buenas casas, que nada tienen, se sintieron encantados de inmolar a sus hermanos mayores, los demasiado afortunados, en el altar de la patria; algunos curas de campaña no saborearon con menos delectación el placer de renunciar a los beneficios de los otros. Pero lo que la posteridad creerá difícilmente, es que el mismo entusiasmo se apoderó de toda la nobleza; el celo siguió el andar del despecho; hízose sacrificio más sacrificio; y tal como es cuestión de honor para los japoneses suicidarse unos en presencia de otros, los diputados de la nobleza se golpearon a porfía a sí mismos y al mismo tiempo a sus electores. El pueblo, que asistía a aquel noble combate, acrecentaba con sus gritos el arrebato de sus nuevos aliados; y los diputados de los comunes, al ver que esa noche memorable les ofrecía solamente provecho sin honor, consolaron su amor propio admirando de qué es capaz la nobleza injertada en el estado llano. Ellos han llamado a aquella noche *la noche de los ingenuos*,[6] los nobles la llamaron *la noche de los sacrificios.*

Todo ello se cometió bajo la presidencia de un señor Le Chapelier, abogado bretón, de espíritu vulgar y carácter aventurado, quien, con motivos para lamentar su reputación anterior, necesitaba, como Francia, un nuevo orden de cosas para regenerarse. Pueden señalarse adêmás dos o tres hombres en la Asamblea nacional,

[6] *La nuit des dupes*: alusión a la llamada *journée des dupes*, es decir el día (10 de noviembre de 1630) en que el cardenal de Richelieu, a quien se creía caído en desgracia, recobró su influencia sobre Luis XIII. *Dupe* es el "pichón", el incauto o tonto a quien se engaña sin que lo sospeche para nada. (N. del T.)

protegidos por profunda oscuridad. El pueblo, inmiscuido en las sesiones, indicó con su odio y sus amenazas a quienes eran dignos de estima, y sus ruidosos aplausos han orientado el desprecio de los sabios hacia los demás. Los Pétion, Buzot, Barnave, Lameth, Menou y todos esos apellidos, otrora tan oscuros, que dejan hoy ronca a la fama, han metido ruido sin adquirir gloria; porque el ruido no elimina la oscuridad, pero la gloria es como la luz. Lo único memorable en la Asamblea es, pues, la Asamblea misma.

Hemos dicho, hace mucho, que la nobleza, cuando fue constreñida a juntarse con el estado llano, había reservado para sí una voz puramente consultiva, por respeto hacia sus mandantes; pero en esa noche, en que se traspasaban todos los límites, la santidad del juramento fue tratada igual que las propiedades, y, cosa increíble, las conciencias hicieron también sus sacrificios. Los nobles deliberaron sobre aquello que los nobles proponían; creyeron que, si no eran ya un *estamento*, iban a ser un *poder*. Pero se perdieron en el estado llano como un arroyuelo en un río inmenso; y su existencia, que era sólo una agradable quimera desde la extinción del régimen feudal, ya no será actualmente más que uno de los absurdos de nuestra moderna constitución.

II

Ploravitque suo non respondere favorem
Speratum sceleri.

(Horacio)

Menester es observar ahora que todos los artículos del 4 de agosto no fueron aprobados la misma noche, pero todos fueron propuestos, y eso bastaba para el pueblo, que en los servicios que se le prestan no tolera la prudencia y no perdona el arrepentimiento.

Indudablemente, en la lista de los renunciamientos hay algunos artículos irreprochables; pero puede decirse que el vizconde de Noailles, diputado cuya florida juventud arrastró a la madurez de los demás, habría debido limitarse a ofrecer sacrificios personales, en lugar de hacer de su virtud particular una necesidad para todos.

El punto que consternó más que cualquier otro a una parte

de la Asamblea, a los ministros, y en general a todos aquellos que no separan la razón de la probidad, fue la abolición de los diezmos. El clero resistió a ese decreto como a su destrucción misma, cuyo precursor era, efectivamente. Los curas de parroquia, que hasta ese día se habían caracterizado como el clero del estado llano, retrocedieron al borde del precipicio; mas la galería, furiosa, los empujaba a voz en cuello; el pavor los dominó, y se dispersaron en medio de la noche con todos los prelados, sin poder empero eludir al bajo pueblo de Versalles y a los agentes del *Palais-Royal*, que, ufanos todavía de todas sus victorias sobre los dos estamentos, y últimamente de la que acababan de obtener sobre la misma Asamblea obligando al señor Thouret, que no era de su agrado, a renunciar a la presidencia, parecían más irritados por un rechazo que satisfechos de tantos renunciamientos.

Los prelados y párrocos recibieron así, durante el resto de la noche y los días siguientes, avisos tan claros y palabras tan categóricas sobre el destino que les estaba reservado, que seis días más tarde viose al señor arzobispo de París adelantarse hacia el altar del patriotismo para depositar allí, en nombre de todos los integrantes del clero, la renuncia al diezmo. El virtuoso prelado fue ultrajantemente aplaudido por el pueblo que rodeaba a la Asamblea, y concluyó su discurso confiando y recomendando la existencia de la Iglesia a la nobleza y a la generosidad de aquel pueblo.

Díjose, pues, que los diezmos habían quedado abolidos en beneficio de la nación, sin perjuicio de proveer a los medios de "reemplazarlos" para subvenir al mantenimiento de los ministros del altar.

Así quedó abrogado el diezmo, tributo patriarcal, el más antiguo y el más venerable de cuantos existían entre los hombres; así se cortó el vínculo que unía las esperanzas de la tierra con las bondades del Cielo, el interés del pontífice con la prosperidad del labriego, y los cánticos y plegarias de todas las edades con las flores y los frutos de todas las estaciones.

Con semejante decreto la Asamblea nacional, convocada para restaurar las finanzas, perdía 70 millones de renta, producto de los diezmos eclesiásticos; el tesoro público quedaba encargado del mantenimiento del clero, y la clase de los ricos propietarios, en quienes no se había pensado, ganaba en parte lo que perdía la Iglesia.

Inútilmente los diputados de algunas provincias, pasada la excitación, declararon al día siguiente que la adhesión a semejantes sacrificios iba más allá de sus poderes; inútilmente el abate Sieyès,

ídolo del *Palais-Royal* y primer apóstol de la democracia, subió a la tribuna para defender las propiedades de la Iglesia; inútilmente clamó a los demagogos que "querían ser libres y no sabían ser justos": se consumió sin resultado en medio de los fuegos que él había encendido; perdió juntamente su causa y su popularidad. La gente se preguntaba cómo aquél que en sus primeras obras había destruido los fundamentos de todas las propiedades podía pretender hacer respetar las del clero. Sieyès mostraba la verdad, sólo se vio el interés; se lo puso en contradicción consigo mismo, y el pueblo, extrañado de que después de aconsejar que mataran al rebaño quisiera conservar los vellones, obligó a los letrados a reconocer que o el abate Sieyès razonaba mal en su discurso, o había razonado mal en sus libros. Y así engañó a dos partidos a la vez: al clero, que al principio no lo había considerado sino como un filósofo con hábito sacerdotal, y al *Palais-Royal*, que sólo veía a un sacerdote bajo la capa del filósofo.

El abate de Montesquiou mezcló en esta gran causa la gracia con la erudición; y el abate Maury se lanzó en ella con fuerza elocuente. Ambos prefirieron desafiar al pueblo antes que a sus conciencias. Los veremos aparecer de nuevo en el último combate del pueblo contra la Iglesia, cuando los especuladores, cada vez más furibundos, hayan encontrado un cómplice dentro del episcopado.[7]

En el decreto que se había votado acerca del diezmo se decía que la nación "lo reemplazaría": lo cual suponía que se pagaría a la Iglesia el equivalente de los diezmos. Pero, en el intervalo insumido por la redacción del decreto, se recordó que se había abolido el diezmo únicamente para poner las tierras en condiciones de estar sujetas a mayores impuestos, a fin de satisfacer a los capitalistas, y se vio que el fisco no ganaría nada con la abolición de los diezmos si se daba a las iglesias su valor en dinero.[8]

Por eso, cuando los secretarios de la Asamblea presentaron el texto del decreto redactado tal como había sido votado, se les forzó a substituir por el vago término "remuneración" la expresión precisa "reemplazo"; y como los secretarios alegaban el respeto debido al texto del decreto, se les respondió que la Asamblea legislativa de Francia no podía haber dicho una palabra por otra. Así la mala

[7] Mons. de Talleyrand-Périgord, obispo de Autun, joven innovador, que tiene más talento para la intriga que verdadero talento.

[8] El diezmo mismo no era un tributo en dinero, sino en especie: una porción de la cosecha que era entregada al clero. (N. del T.)

fe pareció menos peligrosa que un simple error, y mintieron para ser infalibles.

Podríamos hacer muchas otras observaciones sobre la indigesta masa de resoluciones de la noche del 4 de agosto; pero la abundancia de tópicos nos hace apresurar el paso. Hemos de contentarnos con decir que, a pesar de lo infiel de la redacción, el decreto sobre los diezmos no produjo nada de lo que de él se esperaba. Por una parte, el pueblo bajo interpretó que no debía ya pagar ese impuesto y se imaginó que la Asamblea lo había ofrecido a la nación como un obsequio; por el otro lado, algunas municipalidades se propusieron destinar el cuarto del mismo para sus pobres, y su ejemplo es contagioso. De manera que lo que se podrá recaudar de ahora en más de los ricos propietarios será absorbido con creces por lo estrictamente necesario para el clero y por el interés de su deuda.

Así pues, los capitalistas no ganarán nada con el escándalo de este decreto. El crédito público, que sufre con todas las convulsiones del cuerpo político, ha bajado cada vez más, y el vizconde de Noailles le ha asestado inocentemente el golpe definitivo obligando a la Asamblea a determinar el interés del empréstito en cuatro y medio por ciento. Es quizá la primera vez que la baja del interés he sido consecuencia del descrédito y de la falta de dinero. Y así fue, como vimos antes, el éxito de este empréstito.

Debemos decir también que la abolición de las justicias señoriales dejó a la campaña sin tribunales, justo en el momento en que la libertad indefinida de caza llenaba los caminos y campos de bandidos y campesinos armados.[9] La Asamblea nacional estipulaba por cierto, en cada decreto, que interinamente se pagarían los antiguos derechos; que se respetaría, interinamente, a los antiguos tribunales; pero el pueblo, que, a lo que se afirmaba, debía apaciguarse con tantos sacrificios, y por el cual respondían el conde de Castellane, el vizconde de Noailles y el duque de Aiguillon, sólo se mostró más insaciable y más feroz: en la época de los renunciamientos fue cuando se quemaron más castillos y se cometieron más asesinatos en toda la superficie del reino. La Asamblea abolía los derechos feudales, y el pueblo incendiaba todos los archivos y todos los títulos; la Asamblea borraba las distinciones

[9] La pesca fue sin duda incluida tácitamente en la resolución sobre la caza y decretada *in petto*, ya que nunca se propuso ni deliberó nada sobre el tema, y la palabra no ha sido mencionada hasta ahora.

de origen y el pueblo exterminaba a los nobles; la Asamblea decretaba contra los privilegios económicos una repartición igualitaria de los impuestos, y el pueblo no los pagó ya en absoluto. Y así el pueblo, armado con el poder ejecutivo, se lanzó en todo momento más allá de los decretos de la Asamblea; así aquél ha decidido a cada paso con hechos lo que ésta trataba de instaurar por el derecho; así la Asamblea ha acabado por parecerle tímida y despreciable, y sus oráculos no son menos denigrados que las órdenes del rey.

Adulando al pueblo, la Asamblea nacional perseguía dos fines: uno era aplastar la autoridad real, el otro preparar a la nación para que se sometiese más fácilmente a las nuevas leyes y contribuciones. Pero el pueblo sólo ha secundado el primer deseo de la Asamblea, y en todo lo demás la ha dominado tiránicamente. La Asamblea utilizó a París para derribar al trono; París la utiliza a ella para dominar a Francia. Es cosa de maravilla la atención delicada y la agilidad con que este poder legislativo se adapta al espíritu popular. La Asamblea ha sido implacable con los parlamentos, porque el pueblo los abandona; pero respeta a los distritos que la desafían, impide las asambleas provinciales cuando el pueblo las proscribe, y se estremece ante oficinas municipales que son apoyadas por el pueblo. En fin, cada vez que el populacho se alborota, la Asamblea nacional comparte o disimula sus excesos: semejante a un navío arrastrado sobre un mar proceloso, se eleva o se baja siguiendo el capricho de las olas que la impulsan. Sus decretos, excepto aquellos que no interesan al pueblo parisiense, son preparados o revisados en los distritos y en el *Palais-Royal*. En una palabra, tal es hoy día la triste dependencia y el estado de fluctuación de esta augusta Asamblea, que puede hacer reír a Europa tanto como hace gemir a Francia.

III

Apparent dirae facies inimicaque Trojae
Numina.

(*Eneida,* I)

Si el rey no hubiese tenido la desgraciada idea de reunir a los Estados generales tan cerca de la capital, y adosarlos a este enorme foco de descontentos y corrupciones de toda especie, es cosa probada que los genios malos de la Asamblea no habrían sabido dónde encender sus teas, y París no habría incendiado al reino. De una circunstancia que pareció al principio tan indiferente derivan sin embargo los infortunios y la vergüenza de los franceses: porque apenas se constituyó la Asamblea nacional en Versalles, establecióse la más estrecha alianza entre ella y París. La condición del tratado fue que la capital había de humillar al trono a los pies de la Asamblea, y que la Asamblea entregaría las provincias a la capital; un tercer poder intervino en el tratado y se encargó de la corrupción de las tropas. Pero sus plenipotenciarios tenían instrucciones tan secretas y tan divergentes de la causa común que, si la suerte hubiese favorecido al crimen, habría resultado que París y la Asamblea habrían trabajado únicamente para ese poder. Lo sacaré de la tiniebla en que se oculta cuando los acontecimientos me lo entreguen. Tiempo vendrá en que, como Ariosto, tendré también mi héroe:

Dirò d'Orleando *in un medesmo tratto*
Cosa non detta in prosa mai nè in rima;
Che per denari *venne in* favore e amato
D'huom che si vile *era stimato prima.*[10]

Mientras tanto, es conforme a la verdad decir que cuanto más concede el rey a la Asamblea, más se ve obligada la Asamblea a

[10] *Canto* I, 2 sta.
[En la transformación de *Orlando* en *Orleando*, la alusión a Felipe, duque de Orleans, es transparente. (T.)]

conceder a París. Pero el rey no es responsable de nada, ni siquiera de sus ministros, que son de la Asamblea; ni siquiera de su persona, que depende de la Asamblea.

No debo dejar de mencionar, a propósito del decreto sobre la caza, que lo ha seguido una toma de armas general en todo el reino; de lo cual ha resultado que un hombre que no podía responder de la más pequeña parte de mi fortuna, puede sin embargo disponer de mi vida o cometer desórdenes que no está en condiciones de reparar. No hay, pues, compensación. La pobreza se convierte en un medio de evadir las leyes, y los ricos tendrán su vida menos segura que los que no tienen medios para vivir. Este punto es fundamental en Iglaterra: allí un hombre no tiene derecho a portar armas sino cuando está en condiciones de responder de todas sus acciones.

El mismo defecto aparece también en el decreto que admite indistintamente a todos los súbditos a los mismos empleos. Les serán confiados depósitos sin que puedan responder de ellos, presuponiendo que, pues no tienen los tesoros de la fortuna, tendrán los dones de la naturaleza y de la educación, es decir los talentos y las virtudes. Pero ¿por qué la Asamblea nacional, al instituir la igualdad de derechos entre los hombres, no ha decretado que todos ellos tendrían parejos talentos y virtudes? Es cierto que la naturaleza resistiría mejor que la monarquía a los decretos de la Asamblea.

La naturaleza que nombramos es desigual en sus producciones, lo es asimismo en los presentes que dispensa, y a esa desigualdad la llamamos variedad. ¿Por qué no dar el mismo nombre a la distinción de rangos y a la desigualdad de condiciones sociales? Los rangos, diréis, son odiosos, y las grandes fortunas insoportables. Mas ¿está entonces la ley bajo las órdenes de la envidia, y se ha de consultar a la fealdad y a la necedad sobre el valor del genio y de la hermosura? Han querido hacer de Francia una gran lotería en que cada cual pudiese ganar sin apostar nada. Recorred la serie de decretos de la Asamblea, y creeréis oír, a excepción de la elocuencia, la voz de los Gracos y de todos aquellos tribunos que adulaban a la chusma latina, y que terminaron por destruir la república. La Asamblea nacional, al destruir la jerarquía de las condiciones, tan conforme con la naturaleza de las monarquías, piensa lograr un mejor orden de cosas: ¿pensaría también, si diese a las

notas el mismo valor y las dispusiese todas en la misma línea, que crea acordes distintos y da al mundo una nueva armonía? [11]

Mientras se redactaba la declaración de derechos del hombre y los artículos de la noche del 4 de agosto, noche nefasta, que puede ser llamada *la noche de San Bartolomé de las propiedades*, el reino era asolado por el hierro y por el fuego tanto como por la carestía. Correos que llevaban falsas órdenes del rey recorrían las campiñas y las sublevaban contra los castillos y las residencias de los grandes propietarios. En las ciudades se diseminaban rumores de conjuras, de conspiraciones, de depósitos de armas y de venida de tropas. La Asamblea recibía día tras día avisos alarmantes, y día tras día, por toda respuesta, derribaba alguna parte del antiguo edificio, y creía detener el incendio con la demolición. Al fin las quejas se hicieron tan conmovedoras y las descripciones de nuestras catástrofes tan angustiosas que la Asamblea nombró una comisión investigadora; pero esa comisión no nombró a nadie. El embajador de Inglaterra no ganó nada con denunciar la conspiración de Brest; los correos fueron arrestados en vano; un histrión fue colgado inútilmente.[12] O la comisión buscaba culpables distintos de los que encontraba, o encontró los que no buscaba, lo cierto es que, tan sorda como muda, no ha querido ni oír lo que se le decía ni informar lo que sabía.

Fueron precisos crímenes y catástrofes terribles para que la Asamblea se avergonzara de su discreción; los partidos contrapuestos de la Asamblea nacional la han conminado inútilmente a hablar, y el señor Goupil, el Calcas de la comisión, no pudo negarse a aparecer en la tribuna; pero lanzó en la Asamblea palabras tan ambiguas y sospechas tan tremendas que se echó de menos su silencio. Tras él, uno de sus colegas, el señor Glezen (es muy lamentable tener que nombrar a gente parecida) habló con más claridad y dirigió las sospechas de unos y la alarma de otros hacia el señor Malouet, ciudadano elocuente, cuya reputación se afianza día a día gracias al odio de los perversos. Todas las miradas se volvieron entonces hacia él: los malos ciudadanos estaban encantados de que se le acusara, y los buenos temblaban de que fuese culpable. Pero Malouet disipó muy pronto la alegría de aquéllos y el temor de

[11] Aquí concluye el tercer "Resumen", y comienza el cuarto. (N. del T.)

[12] Bordier, actor del Teatro de Variétés, que subvertía Ruán con el oro del *Palais-Royal*. Los documentos de su proceso no han servido de nada a la Comisión investigadora.

éstos; preguntó, con la tranquilidad de un hombre irreprochable, por la prueba de su delito; el presidente de la comisión exhibió una carta que todo hombre de bien querría haber escrito. La Asamblea, confundida, destituyó a los miembros de su tribunal de inquisición y nombró a otros. Goupil, cubierto de vergüenza, queda, con su colega, ubicado para la opinión pública entre la estupidez y la maldad: pues la pizca de reputación de que goza le da la posibilidad de optar.

Compárese ahora esa indolencia de la Asamblea nacional y la hipócrita discreción de sus inquisidores con la furibundez con que ha investigado la historia fabulosa de Vesoul, y la del conde de Esterhazy con acusaciones reiteradas de crimen de *lesa nación,* con la bárbara ignorancia de todos los principios con que se instruye hoy el proceso del príncipe de Lambesc, del barón de Besenval y del señor Augeard. Se verá, en el asunto de Vesoul, a la Asamblea aparentando creer que un consejero del parlamento de Besanzón, al partir hacia Suiza, recomendó a sus servidores que congregasen en su castillo a los campesinos de sus tierras y que volaran el castillo y todos sus ocupantes con pólvora; se verá a la Asamblea fingiendo creer que un hombre cuerdo ha podido impartir semejante orden, y, lo que es peor, presuponer que será obedecida en un momento en que los ricos no tienen otros enemigos sino sus criados; se la verá comprometer indecentemente a un rey a quien ha humillado tanto ya ante toda Europa, arrancarle órdenes que Luis XIV en toda su gloria habría temido dar, forzarlo por último a escribir a todas las potencias para pedirles la extradición del consejero de Besanzón. En el asunto del conde de Esterhazy, veréis de nuevo a la Asamblea realizar investigaciones odiosas, que sólo redundan en vergüenza de los demagogos, sorprendidos de que un amigo de la reina pueda ser inocente. Y si se lanza una mirada a los procesos sin número que se entablan contra los que han "perjudicado a la nación", ¿cuál no será la indignación al ver que una asamblea legislativa crea en su seno un tribunal de inquisición y tolera que se erija otro en París, destinados uno y otro a entablar proceso a un crimen que no pueden ni explicar ni comprobar? ¿Una asamblea legislativa podrá disculparse alguna vez de haber instituido un tribunal para delitos de un nuevo tipo, sin haberle trazado la más mínima instrucción? ¿Ignorará esa Asamblea que, en las guerras civiles y en una insurrección, el soberano está dividido? ¿Que por consiguiente los dos partidos se hallan en un verdadero estado de

guerra, y que nadie es culpable ni en uno ni en otro, o, mejor dicho, que se es culpable en uno y en otro?

Iliacos intra muros peccatur et extra.[18]

Es menester, para tener el derecho de castigar a un oficial del rey, probar, o bien que ha cometido crueldades inútiles al defender al príncipe, o bien que el príncipe ha sido declarado demente, y por ende hay derecho de acusar a quienes han ejecutado sus órdenes contra su pueblo. Pero no se puede alegar aquí ni uno ni otro caso. El rey, comprensivo como siempre, se ha unido él mismo a su pueblo; el barón de Besenval y los demás oficiales apenas se dejaron ver en París el día de la insurrección, cuando todo francés estaba indeciso sobre el nombre que llevaba en esos momentos: porque tal como en el instante de la fermentación las frutas no son ya frutas y el licor no existe aún, así en la crisis de una insurrección los súbditos no son ya súbditos, el Estado no es más Estado: todo es soldado, todo es campo de batalla. Pero, tras la reunificación, los ciudadanos aparecen nuevamente, y, lejos de que los vencedores tengan que procesar a los vencidos ante los tribunales, lo único que debe quedar por hacer a unos y a otros es lamentar los males que se han inferido mutuamente. El pueblo sigue siendo inviolable para el príncipe, como el príncipe para el pueblo, y esa inviolabilidad se extiende a todos los de uno y otro partido: tal es el derecho de gentes, tal el sentido común. Lo afirmo en alta voz, el proceso del barón de Besenval es la vergüenza de la Asamblea que lo autoriza y de los absurdos inquisidores que lo llevan a cabo.

Entre las medidas que tomó la Asamblea nacional para salir al paso de los asesinatos y los incendios, debe subrayarse el nuevo juramento que exigió a las tropas; y ese medio caracteriza las luces y las intenciones de la Asamblea. Se decretó que las tropas prestarían juramento, en manos de los oficiales municipales, *a la nación, a la ley y al rey.* Si nuestros soldados razonan, es cosa segura que nos quedamos sin ejército en Francia; y en ese caso, ¿qué importa la forma del juramento? Pero si no están en condiciones de analizar esa fórmula, preciso es que se les diga, y ellos lo perciben confusamente, que hay algo entre la nación y el rey; y como ese algo, que es la ley, es una entidad abstracta que no ha de presentarse

[13] Verso de Horacio (*Epist.*, Lib. I, II, 16) ya citado antes por Rivarol ("Se falta dentro y fuera de los muros de Troya.") (N. del T.)

nunca ante sus ojos, el resultado es que la idea otrora tan clara del juramento prestado a un rey queda oscura y sin fuerza en sus mentes. Por otra parte, después de la defección general, la nación no debe contar con el ejército más que el mismo rey. La fórmula del nuevo juramento es, pues, o inútil o defectuosa, sin contar que, en una constitución monárquica, puesto que el rey es el jefe de la nación y el órgano de las leyes, el juramento prestado a su persona lo es también a las leyes y a la nación. Mas me engaño cuando digo que esa fórmula del juramento militar es inútil: se ordena al magno propósito de rebajar la autoridad real.

Los judíos presentaron también a la Asamblea una narración patética de todos los horrores que se les infligían, en Alsacia y en otras provincias, desde los primeros decretos de la Asamblea. Solicitaban humildemente ser incluidos en la declaración de derechos. ¡Los judíos, sin los cuales nosotros no seríamos cristianos, no han de ser entonces hombres sin nosotros! ¿Qué dirá la posteridad de esa lamentable mixtura de veneración y culto por los padres, y desprecio y barbarie hacia los hijos?

IV

Si nos in sceptra reponis?

(*Eneida*, I)

El señor Bergasse, miembro de la comisión constitucional, presentó por ese mismo tiempo un magnífico trabajo sobre las leyes judiciales, y se reveló tan contrario a Target[14] y a todos los demás personajes malsanos de la Asamblea, como lo son éstos comúnmente a la razón y a la verdadera elocuencia. Un diputado cuyo nombre no hace al caso planteó entonces la importante cuestión de la *libertad de conciencia*. Aquel tema político y religioso debía poner en juego

[14] En algo hay que hacer justicia al señor Target, y es que se dio cuenta, tras uno o dos meses de elocuencia, de que estaba matando a la Asamblea, y ha guardado desde ese momento un silencio muy honorable. Pocas personas sacrifican así su retórica a la patria, y, dotadas del talento de hablar, tienen la consideración de callarse.

todas las elocuencias de la Asamblea, y era cosa esperada por todos; pero se acababa de asestar tan duro golpe a las propiedades de la Iglesia con la supresión de los diezmos, que se consideró inhumano arrebatarle la autoridad que le brinda la unidad de culto, permitiendo el ejercicio público de todas las religiones. En el punto la filosofía de la Asamblea resultó cabalmente la de un financista; recordó que antaño la Iglesia concedía los bienes espirituales a cambio de los bienes temporales, y lo recordó para imitarla y consolarla, al parecer, de la pérdida de éstos por el mantenimiento de aquéllos. Era un sarcasmo. El señor Rabaud-Saint-Étienne, diputado y filósofo protestante, peroró antes que combatió por esta magna causa: o aplazó la victoria en ella para otra época, o considera que el decreto es inevitable, según la declaración de derechos del hombre, o, finalmente, como ha mostrado, desde la inauguración de los Estados generales, pretensiones fastidiosas, ha querido acaso justificarlas con un celo prudente o expiarlas con un silencio honorable.

Los distintos decretos emanados de la Asamblea nacional desde su constitución, habían sido publicados en provincias, a veces en nombre de la Asamblea, y a veces en el del rey. Todos esos decretos, excepto aquellos por los cuales los comunes se declararon "Asamblea nacional", y declararon simultáneamente "todos los impuestos existentes ilegales", se referían exclusivamente a la tranquilidad pública, a la escasez y a la libre circulación de cereales. La Asamblea "ordenaba" la tranquilidad pública y "recomendaba" la abundancia; Su Majestad, a quien se remitían tales resoluciones, las recibía de manos del presidente y las entregaba a sus ministros, que las hacían llegar a todo el reino.

Pero, a medida que se avanzaba en la declaración de derechos del hombre y en los artículos de la constitución, cuando se vio salir a plena luz del día, en la sesión del 5 de agosto, la masa de artículos que se debían a las tinieblas de la noche, se hizo ineludible considerar los medios de hacerlos aceptar a Su Majestad, determinar la naturaleza de la sanción real y establecer así la parte que corresponde al príncipe en la creación de las leyes, es decir en la soberanía.

Lejos de pedir disculpas a mis lectores por lo árido de la discusión en que voy a internarme, les solicito por el contrario un refuerzo de atención. El interés del tema debe sostenerlos contra su austeridad. Debo resumir en pocas líneas hechos que han costado no pocas sesiones a la Asamblea, no pocas intrigas y crímenes

al *Palais-Royal*; esos hechos deben además ser juzgados según principios que han exigido volúmenes, y sobre los cuales, a pesar del *Espíritu de las Leyes* y en especial del *Contrato Social,* guardamos aún toda nuestra inocencia. Pero, con los mayores esfuerzos, dice el autor de la última obra citada, nadie es claro para quien no está atento. Pues no hay claridad para la distracción.

Partiendo del principio de que la soberanía reside en la totalidad de la nación, hay que repetirse bien las siguientes verdades.

En toda nación, tenemos el *Soberano,* el *Estado* y el *Gobierno.* El Soberano es la fuente de todos los poderes, el Gobierno es la fuerza que los ejerce, y el Estado es el súbdito. Si la nación se gobierna a sí misma, es simultáneamente el Estado y el Soberano; el Gobierno, que se llama en ese caso democracia, se oculta y desaparece como un resorte íntimo y secreto entre el Soberano y el Estado; como no es de nadie en particular, sólo es visible en los actos que realiza, y el pueblo es señor y súbdito juntamente. Así es como cada individuo se gobierna a sí mismo democráticamente; nos mandamos a nosotros mismos, y nos obedecemos. Por eso, cuanto más simple es un pueblo, más se asemeja a un solo hombre, y más apropiada le resulta la democracia. "Si existiese", dice Rousseau, "un pueblo de dioses, se conduciría democráticamente." Mas ¿dónde hallar un pueblo semejante? No hay democracia pura sobre la tierra. No se conoce pueblo alguno suficientemente sencillo en sus costumbres, o suficientemente poco numeroso, como para gobernarse constantemente a sí mismo. Adondequiera que una nación se vuelva, menester es que se confíe a alguien: y desde el instante en que un pueblo ha tomado guías o jefes, sea cual fuere el nombre que se les dé, es siempre una aristocracia. En cuanto el Gobierno se separa del Soberano y del Estado para formar un cuerpo aparte, en cuanto es visible, es aristocrático. Pero no obstante se ha convenido denominar democráticos a los Estados en que el pueblo se congrega frecuentemente para designar a sus magistrados. En un Estado así, la fuerza del Soberano está en su máximo, y la del Gobierno, por el contrario, en su mínimo.

Si hay en una nación una asamblea de magistrados y de senadores que subsiste siempre, que el pueblo no pueda cambiar a voluntad, entonces la soberanía está como alienada; el Gobierno asume sus funciones; el senado es dueño del Estado, todo el resto es súbdito. Es la aristocracia en sentido propio. En ese tipo de Estados, el Gobierno tiene fuerza media.

El gobierno monárquico es como un estrechamiento de la aristocracia. Un solo hombre cumple en él las funciones de todo un senado. Es jefe del Estado, es rey o monarca, es decir magistrado supremo, si gobierna según leyes consentidas por el deseo o el silencio de la nación; si él mismo hace las leyes, es déspota, y ese nombre le corresponde aun cuando da felicidad a su súbditos. El ser más amado es entonces el más tiránico. En tal Estado, el Gobierno está en su máximo y brilla con gran esplendor. La soberanía nacional queda completamente eclipsada. No puede, como el fuego central, manifestarse sino con explosiones. El pueblo, semejante a los gigantes de la fábula, levanta las montañas bajo las cuales se halla sepultado, y la tierra se estremece: es el principio de la insurrección.

No existe ningún despotismo puro en el mundo: todos los gobiernos son más o menos aristocráticos, como hemos dicho en otra parte. Pero pueden hallarse naciones que padecen todos los males del despotismo, sin que el príncipe goce de toda la plenitud de poderes. Un hombre no puede quererlo todo y querer siempre.

El famoso lema de los romanos, *Senatus populusque romanus*, contiene en germen todas las ideas expuestas. El pueblo es a la vez el Estado y el Soberano, y el senado es el jefe del Estado o Gobierno.[15]

Ahora que hemos establecido qué es *Soberano, Estado* y *Gobierno*, quédanos por decir por qué el Soberano y el Estado son ambos entes simples y el Gobierno es un ente compuesto.

La nación, en su calidad de Soberano, es un ente simple, porque no tiene sino una voluntad, la de mantenerse mediante buenas leyes. El Estado presenta igualmente una sola idea, es la suma de los súbditos. Pero el Gobierno, que es el efecto inmediato de la voluntad del Soberano, está compuesto de los tres poderes que se encuentran contenidos en esa voluntad: el legislativo, el ejecutivo y el judicial.

La constitución es la relación entre el Soberano y el Estado, y bien se advierte que el Gobierno es la pieza importante de esa máquina; él es el que da vida y movimiento. Lo que importa, pues, para que la constitución sea buena, es combinar bien los tres poderes; y en este punto es donde comienza la gran causa que el

[15] La llamada *plebs*, o bajo pueblo, estaba por cierto incluida en *populus*, igual que los patricios que no eran senadores; pero dábase un medio de eludir la influencia de ese populacho vil en un determinado modo de efectuar los comicios. Durante la república, sólo los tiranos hicieron la corte a la chusma.

rey ha perdido, no contra la nación, sino contra unos cuantos demagogos.

La experiencia de los siglos pasados demuestra que todas las veces que el pueblo ha ejercido por sí mismo los tres poderes, la democracia se transformó en anarquía: oradores violentos agitaban a la multitud, como vientos que levantan las olas; y el pueblo, adulado por los demagogos, tenía todos los defectos de los tiranos: abrogaba las mejores leyes, condenaba a los mejores ciudadanos, y derrochaba los dineros públicos. En Atenas, el Soberano estaba loco y el Estado sufría.

Esa experiencia de todos los siglos prueba también que, si los tres poderes están juntamente en manos de un senado o de un solo hombre, hay despotismo aristocrático y monárquico.

Fue entonces preciso, para obtener una constitución tolerable, que la soberanía se dividiera. Pero la tardía experiencia vino una vez más en ayuda de la razón y demostró que, cada vez que se instituyen sólo dos cuerpos depositarios del poder, se entabla una lucha que ha de acabar con la extinción de uno u otro y el derrumbe de la cosa pública. En Roma, cuando se expulsó a los reyes, el senado se puso en el lugar de aquéllos y gobernó despóticamente hasta que el pueblo, con sus frecuentes insurrecciones, lo obligó a reconocer la magistratura de los tribunos. A partir de ese día, la paz fue desterrada de Roma; los tribunos, al rebajar excesivamente al senado, mataron la libertad a fuerza de independencia, y condujeron violentamente al pueblo rey a la esclavitud.

Inglaterra, más sabia o más afortunada que toda la antigüedad, con excepción del gobierno de Esparta, del cual es imagen el suyo, ha encontrado la verdadera forma de constitución adecuada a un pueblo poderoso. Los poderes están allí repartidos entre los representantes del pueblo, a quienes se denomina *comunes*, el senado, llamado *cámara alta*, y el rey. Y así, como los comunes tienden continuamente hacia la democracia, la cámara alta hacia las prerrogativas de la aristocracia, y el rey hacia el despotismo, resulta un gobierno mixto, cuyas fuerzas se atemperan mutuamente, y que combina la más viva energía con la mayor solidez. La cámara de los comunes y la de los pares proponen la ley; el príncipe la aprueba o lo rechaza, y mediante ese *veto absoluto* interviene en el poder legislativo; está revestido, además, de todo el poder ejecutivo. En cuanto al poder judicial, todos saben que en Inglaterra lo juzgan a uno sus pares. Los jueces son ciudadanos a quienes se llama *jurados*, tomados de todas las clases, y capaces de responder

de todas sus acciones. A este respecto observaremos que Montesquieu, tras descubrir la distinción de los tres poderes, erró al afirmar que el poder judicial debía ser siempre confiado a cuerpos de magistratura. Se seguiría de tal principio que nunca sería uno juzgado por sus pares, que no todo ciudadano podría ser juez, y que los jueces serían un Estado dentro del Estado. Montesquieu, con todo su genio, veía por doquier los parlamentos de Francia.

Fue menester, pues, para formar una buena constitución, el concurso de tres fuerzas; el poder legislativo debió ser compartido por el pueblo, el senado y el rey, y el poder ejecutivo[16] concentrado íntegramente en manos del príncipe. No es en modo alguno el azar el que lo ha querido así; es la naturaleza de las cosas, la cual, cuando es bien conocida, se convierte en nuestra razón. Preguntar por qué fueron precisos tres elementos para hacer una constitución duradera, es preguntar por qué son necesarios siete tonos para la música, o siete colores para la luz; es preguntar por qué hacen falta tres términos para una proporción. Pues bien, no hay constitución alguna *si el Gobierno no hace las veces de media proporcional entre el Soberano y el Estado.*[17] Exceptúo la democracia pura, que, semejante a la unidad, contiene todas las perfecciones: como el Soberano, el Estado y el Gobierno no son más que uno, hay *identidad*, y entonces no hacen falta proporciones, como no hace falta la imagen cuando se tiene la realidad. Mas hemos dicho que no existe democracia pura; y si se nos objeta que podría, en todo rigor, existir en una ciudad muy pequeña, contestaremos que será

[16] En la edición de Lescure falta evidentemente *exécutive* después de *puissance*. (N. del T.)

[17] Como el Senado de Roma tenía la llamada *iniciativa* de la ley, es decir el derecho de proponerla, el pueblo, a fin de defenderse de las agresiones de aquel cuerpo legislativo, dio el veto a sus tribunos, y ese veto fue absoluto. Si los tribunos hubiesen tenido la iniciativa, el senado habría tenido el veto: porque, desde el momento en que un cuerpo del Estado dice: *Quiero*, menester es que haya otro que pueda decir: *Yo no quiero*; si no hay despotismo. Pero Roma cometió la falta de no crear una tercera fuerza entre sus tribunos y el senado, y así hubo anarquía y guerras civiles inacabables, que habrían llevado a la república a más pronto fin si la conquista del mundo no hubiese ocupado intensamente al pueblo y al senado. Por lo demás, aquel veto absoluto era una prerrogativa tan considerable que, si los tribunos hubiesen tenido el ejército, habrían sido reyes. Por eso los emperadores, aunque eran sumos pontífices y capitanes a perpetuidad, no habrían podido sostenerse contra el senado sin la potestad tribunicia. Eso es lo que los convirtió en déspotas: reunieron al lograrla todas las magistraturas, todo el gobierno, todo el Estado, en fin, en su persona. Fue en esa época, según se dice, y a causa de esa unificación de poderes, cuando la adulación empezó a hablar en plural a una sola persona y a decirle *vos*.

preciso que los ciudadanos de semejante ciudad se ocupen sin interrupción de reinar unos sobre otros, es decir de hacer cumplir las leyes y despachar los asuntos públicos; que será menester, por consiguiente, que tengan esclavos para sus asuntos privados. Sería entonces verdad, como lo sospecharon Hobbes y Rousseau, que la libertad suprema no podría existir sin la más grande esclavitud, tal como es cierto que no se ejercería la clemencia si no hubiese ofensas.

Mas volvamos a Inglaterra, modelo de los grandes Estados que se ven obligados a tener representantes y a dividir la soberanía. Después que Cromwell, que estaba animado del mismo espíritu que la Asamblea nacional, abolió la cámara de los pares, ésta se restableció por sí misma junto con la realeza. Sin ella el rey, siempre enfrentado con los comunes, habría reinado como Cromwell o sucumbido como Carlos I; no habría habido en el trono más que un fantasma o un tirano. El admirable resultado de las dos cámaras combinadas con la prerrogativa real es que la ley se hace siempre por mayoría de dos contra uno. En cambio, si hubiera sólo una cámara, como la Asamblea nacional, compuesta, digamos, de mil doscientas personas, la mayoría sería sólo una pluralidad; habría a menudo seiscientos uno contra quinientos noventa y nueve: de modo que, si se llegase a una escisión abierta, la minoría podría derrotar a la mayoría; y eso porque, en lugar de ser proporcional y verdaderamente política, la mayoría sería meramente aritmética, sería de sólo una cabeza, lo cual es absurdo.

V

> Yo los veía a los tres que se afanaban anhelantes,
> por quién devoraría aquel reinado de un instante.
>
> (Corneille, *Otón*)

Segundo efecto de la combinación de las dos cámaras con la realeza, es que el príncipe, revestido del poder ejecutivo, es también parte integrante del poder legislativo, mediante su *veto absoluto*; pues, si no tuviese dicho veto, si no fuese en modo alguno parte del poder legislativo, y por ende del *Soberano*, no sería más que

el delegado de aquella de las cámaras que hubiese prevalecido sobre la otra. Cual pesa que mano prudente lanza con discernimiento en uno u otro platillo de una balanza, el veto decide los movimientos del cuerpo político; es el arma defensiva de la realeza, y nunca puede esa arma convertirse en ofensiva. El rey, como constitucional que es, nunca se ve tentado de rechazar una ley buena para la constitución: su razón y su interés coinciden continuamente; y cuando una ley lesiona su prerrogativa, y el rey la veta, resulta siempre que ha rechazado una ley que lesionaba la constitución. Por eso es que los reyes de Inglaterra no hacen casi nunca uso de esa prerrogativa que les es esencial; ésta les sirve más bien que ellos se sirvan de ella, porque no se puede querer atacar la constitución en su persona, y una ley es siempre buena cuando es buena para el Estado. Si acaeciese, empero, que el rey *impidiera* un *bill* aprobado por las dos cámaras y necesario para la prosperidad pública, los comunes rehusarían los subsidios; la vida del cuerpo político quedaría suspendida, y el pueblo, despertado por el gran conflicto, decidiría la cuestión. Es el caso del recurso al pueblo, arbitrio igualmente temible para ambos partidos. He de decir por último que, como el rey de Inglaterra tiene la plenitud del poder ejecutivo, sus ministros son responsables de todos los actos de autoridad, en tanto que el rey mismo permanece inviolable, porque es, por su *veto absoluto*, parte del Soberano: pues si no tuviese más que un *veto suspensivo*, sería absurdo que fuera inviolable y sagrado, ya que no sería sino un mero delegado del Soberano, que está siempre íntegramente en el cuerpo legislativo. De todo lo dicho se sigue que el rey de Inglaterra es un verdadero monarca.

En último análisis, no hay más poder en un Estado que el poder legislativo; los otros dos son sólo actos de aquél, oficios, magistraturas; porque ¿de qué serviría hacer leyes, si no fuesen ejecutadas, si no se juzgase según ellas? Aquel poder debe, pues, necesariamente ser dividido por demasiado temible, porque implica todos los tipos de poder. Además, cuando está dividido, su marcha es más lenta y más mesurada. El poder ejecutivo no puede, por el contrario, carecer de presteza: menester es, entonces, que resida en una sola mano. En cuanto a los llamados poder judicial, jurisprudencia y judicatura, esas tres ideas han sido mejor precisadas en Inglaterra que en cualquier otra parte del mundo.

Tales son los principios y las bases según los cuales vamos a examinar los procederes de la Asamblea nacional en la más importante de sus épocas; y veremos que a veces de acuerdo con esos

principios y a veces contra ellos ha guiado la Asamblea la fortuna pública.

Las órdenes del jefe, dice Rousseau, pueden pasar por voluntades generales en tanto el Soberano (la nación) no se les opone. Entonces el silencio universal constituye el consentimiento del pueblo. Así, a partir del texto del escritor que mejor ha expresado, junto con los ingleses, que la soberanía está en el pueblo, es indudable que tras un silencio de varios reinados, Luis XVI ejercía legítimamente la soberanía de la nación sobre la nación, y que nunca realizó un acto más grande, diré incluso un acto más valeroso, que al convocar una asamblea popular.

Si la nación francesa, al salir de la prolongada tutela de los reyes y congregarse obedeciendo a la voz de su jefe, hubiese dicho a sus comisionados: "Id, exterminad a la monarquía, y construidnos una democracia", habría sucedido, o que el príncipe habría sido abandonado por todos, cosa que habría finiquitado la cuestión desde el comienzo, o que habría tenido un partido y un ejército; y entonces habría habido división en la soberanía, y guerra civil; el problema político habría sido decidido por la fuerza.

Pero la nación dijo a sus diputados: "Id, entendeos con este príncipe, y hacednos una constitución y buenas leyes." Era dejar al rey una gran parte en la creación de las leyes, era significar claramente que se quería una monarquía. No había equívoco sobre ello. Esta frase imperativa y simple: *No haréis nada sin el concurso y la sanción del rey*, nos llevaba directamente a la constitución inglesa. Mas si una multitud de causas primeras había hecho necesario algún tipo de revolución, causas segundas no menos imperiosas decidieron que fuese resueltamente democrática; y ha llegado el tiempo, me parece, de hablar más fuerte de los verdaderos y secretos motores de la actual revolución; de precisar las sospechas; de dar fundamento a las conjeturas y desenmascarar a la hipocresía. Preciso es dejar un momento el escenario y descender bajo el teatro, donde se ocultan los mecanismos que dan movimiento a tantos actores diferentes.

Los hechos y la reflexión me señalan cuatro: el partido del ministro Necker, el de la casa de Orleans, el de los capitalistas, y el del estado llano, que se ha considerado la nación.

Mientras los esfuerzos de los tres primeros partidos parecieron dirigidos contra el rey, la nobleza y el clero, el cuarto los ha secundado a maravilla, tanto en París como en provincias y en la Asamblea nacional; pero en cuanto dejaron traslucir algún propó-

sito particular, la multitud los abandonó bruscamente. Todo debió seguir al torrente que nada podía encauzar. La misma facción democrática se vio arrastrada más allá de su propia medida por ese mismo pueblo que, al comienzo instrumento de ambición y de venganza, lo fue pronto de opresión y de ruina; del cual al comienzo cada cual se sirvió, y que pronto se sirvió de todos; que, por último, si al principio recibió algunos impulsos, fue sólo para dictar enseguida leyes. Esbocemos rápidamente los distintos actores que acabo de nombrar.

El ministro Necker, de quien debo hablar en primer lugar, ¿tendrá acaso el engorro de esos problemas que se discuten siempre y no se resuelven nunca? Si tomamos las cosas de un poco lejos, vemos que, desde el momento en que este ilustre extranjero se sintió tranquilo sobre su fortuna personal, se inquietó mucho de la fortuna pública, y no pudo ya dormir hasta no cerciorarse por sí mismo de la situación de nuestros negocios. Intrigas ocultas y necesidades patentes lo llevaron al ministerio de Hacienda.

Ginebra, su patria, es una ciudad a la cual se podría denominar, como a Lima, *la ciudad de plata.* Posee inmensa cantidad de ella, porque al haber invertido en un principio sus fondos en Francia, no ha cesado desde entonces de acumular los intereses de su capital. Deslumbrado por la enorme importancia que ese metal da a su pequeña república,[18] Necker no concibió otra prosperidad para un Estado. Quiso entonces atraer todo el oro de las provincias y del extranjero a la capital, y todo el de la capital al tesoro real, olvidando la agricultura y el comercio para *trabajar solamente en finanzas*; y efectivamente, durante su primer ministerio, el dinero faltó en todas partes, excepto en el tesoro real.[19]

Pero este ministro, que era aún más necesario que agradable, fue obligado a retirarse. Durante su alejamiento fue cuando sus sucesores, con más ingenio y menos crédito que él, acabaron de probar a qué punto era destructivo su sistema. Siguieron éstos a Necker paso a paso; y, de empréstito en empréstito, condujeron a Francia al borde de los Estados generales.

[18] Ginebra no se incorporó a la Confederación suiza hasta 1815 (Congreso de Viena). (N. del T.)

[19] Ginebra sólo está unida a Francia por hilos de plata; pero el gobierno y la capital están unidos con el reino por vínculos de carne y sangre. El territorio de Ginebra no es más que una angosta cinta alrededor de sus murallas, y Francia es un gran Estado agrícola. Si en su vasto territorio no hubiese habido hasta ahora más que labriegos, y si comerciantes se estableciesen

Mientras estuvo en desgracia, Necker, que veía cómo se hacía cada día más indispensable, no gastó por cierto melindres en eludir el culto que sus amigos le tributaban religiosamente en París y en Versalles; no ocultó de ningún modo el pesar que sentía por haber perdido su puesto; volcó, por el contrario, en cada uno de sus escritos todo el hastío de su descanso y todo el peso de su retiro. Mas, aleccionado por su primera estadía en Versalles, concibió el proyecto, si alguna vez volvía al ministerio, de ligar la fortuna pública a su persona, a fin de no depender ya de las debilidades o los caprichos de la corte. No sabría decir, y probablemente Necker nunca lo ha sabido bien él mismo, a qué título habría reunido los sufragios de la nación. Pero se publicó, en el momento en que el ministro fue nombrado nuevamente, un folleto de un cierto señor Bouys, que puede aclarar nuestras incertidumbres sobre esa extraordinaria dificultad.

En esa obra se exponían con franqueza, por un lado, la extrema debilidad del gobierno, las depresiones del rey, la irreverencia del pueblo; por el otro, el peligro de una novedad como los Estados generales, en razón del prolongado descontento, las esperanzas exageradas y la inexperiencia de la nación; por último se hablaba extensamente de la inaudita popularidad de que gozaba el ministro Necker, de sus conocidas virtudes, de su crédito en Europa, y se solicitaba abiertamente para él el *protectorado*. El libro, distribuido profusamente por los amigos de Necker, y sostenido

---

en él por primera vez, no dudo de que, a pesar de las facilidades que estos recién llegados aportarían para la venta y transporte de la producción, los labriegos, acostumbrados a vender y transportar por sí mismos, pronto se quejarían, a causa del alto precio que el comercio daría al dinero. ¿Qué diría entonces el labrador, si en medio de esos mercaderes de productos, surgiesen además mercaderes de dinero? Entonces el hombre de la tierra, a quien el comerciante solamente habría apartado en un grado del signo de la riqueza, se vería alejado en más de diez por el hombre del dinero, que se convertiría así en la plaga del comercio y de la agricultura simultáneamente.

El apoyo que el gobierno concede a los súbditos debe estar siempre en proporción inversa a la movilidad de sus riquezas. Así, aquél a quien se debe favorecer en grado máximo es al labrador, verdadero hijo de la tierra, cuyas riquezas son inmóviles como ella, y que, para producir, necesita el espacio, el tiempo y todos los elementos de la naturaleza. Después de él viene el comerciante, cuyas riquezas son un poco más móviles, pero que no obstante no puede prescindir del tiempo, de los caminos, de los ríos y de los mares. Pongo en el último rango al hombre de dinero, quien, cual un mago, puede de un solo plumazo transportar su fortuna al otro extremo del mundo, y como nunca maneja sino signos, es ajeno por igual a la naturaleza y a la sociedad. El gobierno no debe nada a semejante hombre. Este axioma es fundamental, y siempre se puede juzgar a un ministro según él.

por otros escritos,[20] pareció tan fanático al pueblo, que pedía Estados generales, como a la corte, que no los temía. Pero lo que pareció locura en ese momento, con tanta desgracia se ha convertido finalmente en cosa razonable.

Efectivamente, supóngase por un momento que Necker, al volver al ministerio, hubiese hecho olvidar al pueblo hasta el deseo de reunir los Estados generales; supongamos que la nación y el príncipe se hubiesen lanzado una y otro en sus brazos: entonces, si es cierto, como no es posible dudarlo, que el ministro habría llevado a cabo fácilmente lo que intenta hoy con tantos esfuerzos y tan escaso resultado, quiero decir un establecimiento bancario y empréstitos; si es cierto además que la constitución comprada con tantos infortunios, no es adecuada para Francia; entonces, digo, quedará demostrado que la corte, más aún que la nación, habría ganado con el protectorado de Necker. Suave y moderado en sus métodos; convencido de que un rey de Francia es señor absoluto, adorado por el pueblo; feliz de pasarse la vida en el laberinto de la banca y las finanzas, habría sido lo que los griegos llamaban un *tirano desarmado*.[21] Júzguese cómo ha de haber obrado la Asamblea nacional para que se aprecie semejante hipótesis y se eche de menos parecida situación.[22]

Sea como fuere, Necker, que renunció a la esperanza de eludir los Estados generales, no pensó desde ese momento sino en encauzarlos y dirigirlos; y si puso aún trabas y demoras a la convocatoria, fue para dejar al pueblo el tiempo de perder las ganas de acudir a tal recurso y de abandonarle completamente el timón del Estado.

Con la clave que acabo de dar, se explica por qué Necker, concediendo doble voto al estado llano, contradijo el parecer de los notables que él mismo había congregado. Era preciso conquistar al grueso de la nación.

Por qué, al mismo tiempo, se inclinó hacia la deliberación por estamento: no había que desperdiciar la influencia de una minoría[23] del clero y de una minoría de la nobleza, que había frecuentado

[20] Especialmente de Cérutti.

[21] Denominábase así a la mayoría de los demagogos que conducían al pueblo de Atenas.

[22] El pueblo decía entonces: "¡Ah, si tuviéramos al ministro Necker, todo andaría bien!" Tenemos al ministro Necker, y más aún, una Asamblea nacional, y todo anda mal.

[23] La edición de las *Obras completas* y la de Lescure traen aquí *minorité*: tal vez sea errata por *majorité*. (N. del T.)

intencionalmente. Por otra parte, Necker confiaba en el agradecimiento del estado llano, y estaba lejos de prever que ese estamento le tenía guardada una Asamblea nacional. De donde las entrevistas secretas con Target y otros diputados por el estilo; de donde también el alejamiento del señor Coster, primer funcionario de finanzas, a quien se prefirió hombres más dóciles.

Por qué, a fin de no dar demasiada independencia a la corte, olvidó lanzar empréstitos cuando aún no era responsable [ante la Asamblea] ni había caído en descrédito.

Por qué, en el discurso inaugural a los Estados generales, hizo la ostentación de decirles, para suscitar su agradecimiento: "Si yo hubiese querido, el rey no os habría reunido."

Por qué, a fin de disminuir la importancia que se atribuían a sí mismos, se refirió al déficit como a una leve dificultad. Como se sabe, ese discurso fue su pérdida en París, e hizo falta después una estruendosa caída en desgracia para volver a darle el favor popular.

Puede explicarse de ese modo todo su comportamiento en lo que atañe a la escasez de alimentos, unas veces artificial, otras real, que azotó a Francia, cuando las baterías apuntadas contra el arzobispo de Sens comenzaron a disparar sobre su sucesor.

Así se explica también por qué Necker, al dejar al rey, en el mes de julio, pudo predecir a su hija una guerra civil en menos de veinticuatro horas con tanta certeza.

Pero en todos estos sucesos y en todas estas circunstancias, vése en todo momento a un hombre burlado por un montón de demagogos que no habían venido a elevar a un ministro, sino a derrocar una monarquía. Su crédito, que dio la impresión de cobrar súbitamente nuevo vigor cuando su regreso y su triunfo en París, menguó prestamente por obra de los distritos, y se desvaneció bruscamente entre el estruendo de la Asamblea nacional. De ahí que el hastío, la irritación y el abatimiento hayan apuntado en sus discursos y en sus acciones. Su último esfuerzo se ha ejercido sucesivamente *a favor* y *en contra* de la sanción real, cuando, al no querer o no poder ya ser el primer ministro del último rey de Europa, quiso ser al menos el instrumento necesario de la primera nación del mundo, *bajo los auspicios de la más augusta asamblea del universo*; y he de demostrar muy pronto cuál fue el fruto de tal política.

VI

Ut plerumque fit, major pars meliorem vicit.

(Tito Livio)

También el partido de la casa de Orleans se manifestó sólo en ese tiempo, y para ese momento guardo su historia, a fin de no separar ese descubrimiento de la increíble sorpresa en que sumió a la desatenta multitud de diputados, capitalistas y pueblo parisiense.

Estas dos últimas facciones (me refiero a los capitalistas y al pueblo, cuyos intereses, por lo demás tan opuestos, se han mezclado tan a menudo) combinaron sobre todo sus esfuerzos en esa coyuntura.

Los capitalistas, por quienes empezó la revolución, no eran tan difíciles en asuntos de constitución, y habrían dado su apoyo a todo, con tal de que les pagasen. Imploraban muy sencillamente *la garantía de la nación por los méritos del señor Necker,* sin más palabrerío. Querían que Necker reinara para pagarles; que se intentara una revolución para pagarles; que todo fuera echado por tierra, con tal de que les pagasen. No concebían que la Asamblea nacional fuese algo distinto de una comisión de Hacienda. Se daban cuenta claramente de que, en la situación actual, Francia no era libre de pagarles; y en ese sentido querían ellos que fuese libre. Comprendían también que habría lucha a muerte entre París y el resto del reino; pero se arriesgaban a ello.[24] Ayudaron así al pueblo y a la Asamblea nacional a apoderarse de todo, con la condición de que todo sería guardado para ellos. Y en efecto, la Asamblea se ha comportado con las provincias como una verdadera asamblea de acreedores.[25]

[24] Treinta años ha, J. J. Rousseau escribía al Inspector general Silhouette: "Como no podíais salvar al Estado sino a expensas de la capital que lo llevó a la perdición, habéis desafiado el clamor de los logreros."

[25] El señor marqués de Montesquiou, como había administrado durante largo tiempo las caballerizas de *Monsieur* [i.e., del conde de Provenza, mayor de los hermanos del rey, más tarde Luis XVIII], se creyó en condiciones de dirigir la comisión de Hacienda y confeccionó un plan. Pero su trabajo, el del señor Dupont y algunos otros diputados, el del ministro Necker,

Una vez que los demagogos de la Asamblea y los filósofos del *Palais-Royal* se entendieron con los capitalistas, se garantizaron recíprocamente la deuda y la revolución. El marqués de La Fayette prometió ser un héroe; el señor Bailly prometió ser un sabio; el abate Sieyès [26] dijo que sería un Licurgo o un Platón, a gusto de la Asamblea; el señor Chasseboeuf mencionó a Eróstrato; [27] los Barnave, Pétion, Buzot y Target comprometieron sus pulmones; los Bussi de Lameth, Guépard de Toulongeon y Bureau de Puzy dijeron que ellos

---

y hasta los planes de la banca, son casi ilusorios, debido a que no se apoyan sobre más base que la totalidad de los antiguos impuestos, que ya no existen, los bienes de la Iglesia, cuya administración no sería tan fácil como lo ha sido su usurpación, y por último el *cuarto patriótico*. Pero desde que los arrendatarios ya no pagan y se han abolido tantos derechos y rentas, ¿qué se entiende por ese cuarto? ¿Es el cuarto de lo que tengo, o el cuarto de lo que tenía? Porque son cosas muy distintas. Puede anticiparse que el producto conjunto del cuarto patriótico y de los bienes del clero no equivaldrá a los ingresos que se han perdido y que se pierden cada día: subsistirá siempre, pues, el sempiterno déficit. Apelo al pequeño número, es decir, a todos los bienintencionados. En el momento en que estoy haciendo estas reflexiones, en todo París y principalmente en el *Palais-Royal*, emisarios furibundos y bandidos arrebatan a los hombres sus hebillas y a las mujeres sus pendientes. Jóvenes monjes, cansados del yugo, ofrecen a la Asamblea nacional el oro que recubre los santos, los dones, las ofrendas y todas las prendas de la piedad de los feligreses, fatigados de ser sus guardianes. El ministro Necker pide a las mujeres el sacrificio de sus joyas; los ojos del pueblo espían la platería de todas esas casas y las señalan a las Casas de Moneda; cada cual se inmola; se despoja al cielo y a la tierra; se roba por temor de no pagar; y si un ejército de bárbaros hubiese saqueado a Francia, no estaría tal vez tan devastada. Solamente la Asamblea nacional, siempre augusta y siempre inalterable, cobra heroicamente sus treinta mil libras por día, en medio de tantas miserias: *impavidam feriunt ruinae*. Lo deplorable es que tantos infortunios, atentados y sacrificios se pierden; los escudos patrióticos y sacrílegos que se acuñan cada día van a sepultarse inmediatamente en las arcas de los ricos capitalistas: porque cuanto más ricos son, más les debe el Estado. Y así, para no crear una banda de descontentos, se creará un pueblo de miserables. El temor de un paso en falso conduce a un precipicio: porque no se evitará por cierto la deshonra con la ruina. Una moratoria en el pago de las rentas cuantiosas, una economía severa y el mantenimiento de los antiguos impuestos eran la única tabla de salvación en el naufragio.

[26] Se ha comparado también al abate Sieyès con el abate de Saint-Pierre, porque ambos han supuesto que los hombres se guían por sus luces antes que por sus pasiones. Pero el abate de Saint-Pierre lo creía de buena fe. La elevada opinión que tenía de los conocimientos humanos, dice J. J. Rousseau, le había hecho adoptar ese falso principio de la *razón perfeccionada*, fundamento de todas las instituciones que proponía, y fuente de todos sus sofismas políticos. Las luces de la filosofía sirven sólo para ilustrarnos mejor sobre nuestros infortunios.

[27] En cuanto se fijó fecha para los Estados generales, el conde de Volney y algunos otros diputados menos conocidos salieron de París y se desparramaron por las provincias, a fin de erigir por doquier hogueras a la patria. Anjou humea aún por el patriotismo del señor Chasseboeuf de Volney.

harían número; no faltaban tartufos; el *Palais-Royal* prometió algunos maleantes, y de todos los ángulos se depositó confianza en el conde de Mirabeau.

Hay que cuidarse de comparar esta revolución con ninguna otra revolución de la historia antigua o moderna. En un gran reino, donde el nacimiento, el honor, las dignidades, el talento, interponían tantas diferencias entre los hombres, donde todo tenía su rango, donde la población, la distancia y la variedad de las provincias no permiten más gobierno que la monarquía, se ha producido no obstante una revolución enteramente popular, como se habría producido en una pequeña ciudad donde hubiesen muerto a los magistrados. La mayoría de la Asamblea nacional era *pueblo;* los príncipes y los grandes que tenían pretensiones, no han podido hacerse oír sino convirtiéndose en *pueblo.* Las palabras *patria, ciudadano* y *libertad* han resonado desde los Alpes hasta los Pirineos, y desde el Mediterráneo hasta las orillas del Océano: ¡como si, por tener un país, se tuviese una patria! ¡Como si, por ser burgués, se fuera ciudadano! ¡Como si, para ser libre, bastase ser bárbaro!

Esta revolución ha sacado a luz una muchedumbre de genios malos y de pretendidos filósofos, que han creído marchar a la libertad porque huían de las leyes, y odiar la servidumbre porque ésta no los sacaba de la miseria. ¡Cuántos esbirros de la policía se vieron sorprendidos por pedidos de que trabajaran en pro de la libertad! ¡Cuántos hombres de letras [28] han sido más generosos de lo que querían! Su fortuna se basaba en los abusos del antiguo régimen, y no han conseguido más libertad que la de morir de hambre. Unos, otrora a los pies de los grandes, se humillaban por sistema, porque no podían prescindir de los desdenes de la opulencia: su ambición garantizaba su fidelidad. Otros, que tomaban la envidia por altivez, odiaban a los ricos sin amar la cosa pública; o mejor dicho, amaban tanto la fortuna que no podían soportar a quienes la poseían. Unos y otros pasaron la primera parte de su vida declamando o reptando; pasarán lo que les resta siendo insolentes o facciosos; nunca serán ciudadanos.

Pero los capitalistas y los demagogos los han utilizado con habilidad; y por lo demás, no han rechazado a nadie. El mercado y los clubes, la academia y la policía, las mujerzuelas y los filósofos,

[28] Literalmente: *beaux esprits,* es decir "hombres cultos", y en particular "que se dedican profesionalmente a las letras": a menudo se toma en sentido peyorativo ("pedantes"). (N. del T.)

los folletos y los puñales, los que discutían sobre el veto, los que lo consideraban la palabra fundamental del despotismo, los que lo tomaban por un impuesto, la hez de París, en fin, es decir la hez del mundo, todo ha entrado en el ejército democrático.[29]

Hemos dicho que el populacho parisiense, al cual llaman *la nación,* instigado por los enemigos del rey, trabajó al principio sólo en provecho de éstos: la prueba está en que tomó la Bastilla, de la cual no tenía nada que temer, y olvidó Bicêtre, que ese populacho no puede eludir;[30] en que puso en fuga o asesinó a quienes lo alimentaban y enriquecían; en que dispersó las provisiones de harina que de por doquier se acumulaban para él; en que, llevado por su embriaguez demencial, se situó siempre por propia voluntad entre el hambre y la revuelta. Lo hemos visto un día seguir las impulsiones del partido de Orleans, sin saberlo; apoyar a continuación los pareceres de la Asamblea nacional; burlarse poco después de uno y otra, y mostrarse tan pronto idólatra como hastiado del ministro Necker, para quien nunca fue sino objeto de desprecio y de temor. Con su grosero instinto, sirvió para destruir a la realeza, según los deseos de la Asamblea; pero ha salvado hasta ahora a la persona del rey, y ha desbaratado así los planes del partido de Orleans, como pronto veremos. Ha aterrorizado a los nobles y al clero, para ganar el dinero que le prodigaban dos partidos diferentes; pero ha derribado las barreras y se ha negado a pagar los impuestos, burlándose de los decretos de la Asamblea nacional, de las lamentaciones del ministro Necker y del clamor de los capitalistas. De forma tal que, favorable y temible por igual para las distintas facciones, este populacho parisiense ha acabado por dar a luz lo que no había concebido, quiero decir *una anarquía democrática,* cuyo provecho será todo para él, y cuyos honores y cuyos peligros serán todos para la Asamblea nacional. ¡Sí, todos los peligros y todas las catástrofes serán para vosotros, Asamblea nacional,

[29] Hubo una especie de demente de quien se sacó gran provecho. Se le hizo escribir un grueso libro, sumamente ensalzado, sobre la necesidad de transformar el reino en república. "Es preciso", dice en su libro, "que tengamos una asamblea legislativa anual, *anual,* ANUAL." En el *Palais-Royal* llaman a ese *crescendo* tipográfico "progresión de ideas".

Véase el libro titulado: *Simplicidad de la idea de una constitución y de algunas otras vinculadas con ella.*

Tradújose también en esas circunstancias las obras de Milton a favor del regicidio.

[30] En la localidad mencionada, cercana a París, existe un antiguo asilo de ancianos y alienados. (N. del T.)

por no haber sabido que no se funda una democracia en un vasto imperio, y sobre todo que no se deja subsistir una capital en una democracia! Y así sólo habréis abolido a la realeza dentro del gobierno para volver a encontrarla en una gran ciudad; no tendréis más al rey de los franceses, pero tendréis a la reina de las ciudades.

Hacia fines de agosto, cuando todas las camarillas estuvieron listas, comenzóse por plantear la cuestión de qué era la sanción real, y con esa sola pregunta, se enturbió lo que era sumamente claro. Encontróse en la plabra *sanción* la aceptación, la promulgación, la publicación, y dos tipos de veto, uno *suspensivo* y el otro *absoluto*. Por cierto que la nación no había imaginado ninguna de esas sutilezas. Al decir a sus diputados: *No haréis nada sin el concurso del rey*, había reconocido a éste como parte integrante del soberano, es decir, del poder legislativo. La constitución y las leyes no podían prescindir, entonces, del consentimiento real.

La Asamblea nacional se libró de esa primera dificultad declarando que sus mandatos no podían tener peso alguno en la cuestión; que por otra parte ellos no especificaban si el impedimento real sería absoluto o ilimitado, o si sería solamente suspensivo. Los moderados decían que tendrían que abochornarse por la nación, si Francia no sacaba de su asamblea legislativa sino una constitución tan imperfecta como la de Inglaterra, y trabajaban de buena fe para evitarnos semejante vergüenza y desgracia.

VII

Forsitan et Priami fuerint quae fata requiras.

(*Eneida*, II)

Pero los jefes de partido, que veían que felizmente la mayoría de la Asamblea no entendía el estado de la cuestión, temieron las luces que podían brotar de una larga deliberación; temieron, sobre todo, el trabajo de la comisión de constitución: pues esta comisión solicitó categóricamente dos cámaras y el *veto absoluto* para el rey. Ante aquellas palabras, se oyó un solo clamor. Una de esas cámaras, se decía, será la aristocracia, y el *veto absoluto* será el despotismo. Los hábiles tuvieron entonces la idea de sacar partido lo antes

posible de aquella furia y de aquella ignorancia, añadiéndoles una pizca de terror. El *Palais-Royal* era un tumulto; los correos iban y venían sin parar entre París y Versalles; las mociones se sucedían con una rapidez prodigiosa; la vehemencia y la excitación habían llegado a su punto culminante; todo se estremecía ante el solo nombre de *veto real*; en una palabra, con ese término se metió tanto temor al pueblo que se convirtió en algo terrorífico. Un demócrata se levantó, y sable en mano, escribió a la Asamblea para prevenirle que quince mil hombres se disponían a partir para "iluminar los castillos" de los diputados que sostenían el *veto absoluto*, y que un segundo ejército iría a Versalles para apoderarse del rey y de la familia real.

La Asamblea, espantada ante tanto celo, tembló con todos sus miembros, excepto sin embargo los que estaban en el secreto, y era un corto número. El marqués de La Fayette, intimado como responsable de la tranquilidad pública, y habiendo considerado que el momento de raptar al rey no había llegado, opuso tropas y cañones al patriotismo del *Palais-Royal*, y el buen demócrata Saint-Huruge, culpable de haber propuesto lo que después se ejecutó, fue metido en la cárcel.[31] Pero se rehusaron a hacer ulteriores pesquisas, y el señor Mounier, que proponía asignar quinientas mil libras para quien denunciase a los autores de una conspiración contra la persona del rey y la libertad de la Asamblea, no fue escuchado por nadie.

La emoción se había apoderado de las provincias, tanto más cuanto que no sabían muy bien de qué se trataba el asunto. La patria del señor Le Chapelier sobresalió; el pueblo humilde de Rennes propuso, por si acaso, un ejército en auxilio del *veto suspensivo*: pues allí es donde para la mayoría estaba la constitución; otros la veían en los impuestos; el partido de Orleans la buscaba en la anarquía, Necker en el *veto absoluto*, pero secretamente. Así es como un francés ve la estrella polar en Alemania, un alemán la ve en Suecia, y un sueco en Laponia.

En medio de los furores democráticos, de las disensiones, de los pánicos y corrupciones de todo tipo; con malas intenciones, malas acciones y malas arengas; en una palabra, con todos los elementos de una revolución, ya se creerá que la Asamblea nacional

[31] Si el señor marqués de La Fayette quisiese oponer su conocido carácter a lo que aquí afirmo, probaría tal vez que no tenía plan. Pero se le juzga según sus principios, que no son cosa segura.

no podía sino salirse con la suya, y sin embargo no insistiré nunca demasiado en la habilidad de su comportamiento en momento tan crítico.

Decretó primero la Asamblea que Francia era un Estado monárquico; que la persona del rey era inviolable, y la corona hereditaria de varón en varón, por orden de primogenitura, con exclusión de las mujeres, sin decidir sobre las abdicaciones; pero inmediatamente decretó que la Asamblea era permanente (sin dar explicaciones sobre tal permanencia), que estaría compuesta de una cámara solamente, y que el poder legislativo íntegro residía en esa cámara. De modo que declaraba que Francia era una *monarquía*, pero debía entenderse una *democracia*.[32] Por ende, toda discusión ulterior sobre la naturaleza del veto se hacía superflua; y es lo que los señores Mounier, Bergasse y Lally-Tollendal, miembros de la comisión de constitución, entendieron tan bien que presentaron su renuncia. Los otros miembros de la comisión, el abate Sieyès, el obispo de Autun, Le Chapelier y Clermont-Tonnerre, quienes parecían compartir el desprecio que se había hecho a su plan, se vieron obligados a presentar también su renuncia, por pudor al menos. Pero como no podían sentirse simultáneamente humillados y satisfechos de la decisión de la Asamblea, ingresaron sin abochornarse en la nueva comisión que se formó.

El conde de Mirabeau no tuvo temor alguno de manifestarse por el veto *ilimitado*, ¡tan seguro estaba de que poco importarían sus esfuerzos! Pero no quería encontrarse demasiado en contradicción consigo mismo; recordaba haber escrito veinte veces que se podía prescindir de la sanción real, y quería conciliar sus escritos y sus amigos. Era una orquesta de hipócritas.

Mientras tanto Necker, que no quería ser ministro de un rey sin corona, favorecía bajo cuerda a la gran cantidad de personas honradas, menos perspicaces que bien intencionadas, que luchaban aún en pro del *veto absoluto*. Decían todos ellos que un rey a quien se otorga un mero *veto suspensivo* no es ya rey: a lo más es capitán general, un personaje de título y pensión. ¡Qué irrisorio, en efecto, conceder al jefe del Estado un derecho de *impedir* que *no impedirá*! El pueblo atisbará continuamente el momento en que el

[32] Así es como se ha comentado a menudo a sí misma la Asamblea nacional, y es lo que algunos denominarán quizá contradicciones. Parecidamente comentaron los teatinos sus estatutos: dice allí que "se vestirán de blanco", y ellos pusieron al lado: "es decir, de negro". El comentario ha prevalecido sobre el texto sin contradicción.

príncipe tendrá que obedecer; ya con eso lo tendréis rebajado en la opinión. La Asamblea obligará al rey a registrar sus decretos, con mucha más facilidad de la que tenía el rey para obligar a los parlamentos a registrar sus edictos. Y entonces, para evitar una afrenta inevitable, el príncipe que disponga únicamente de un *veto suspensivo* obedecerá siempre a la primera conminación, y no se le habrá concedido más que una prerrogativa ilusoria. De lo cual se sigue que si esa precaución de un *veto suspensivo*, durante una o varias legislaturas, parecía necesaria para el nuevo orden de cosas, también aquí se habría fallado en el objetivo propuesto.

Así razonaban las buenas intenciones carentes de principios. Pero los demagogos, pertrechados con su lógica y su ironía, les respondían: "No sabéis lo que pedís; la soberanía reside íntegramente en la Asamblea legislativa y en las municipalidades, que serán los instrumentos de la Asamblea, y por lo tanto engañaríamos al rey y al pueblo juntamente si, tras decretar la unidad de cámara legislativa, acordásemos al príncipe un *veto absoluto e ilimitado*, puesto que en ese caso le daríamos intervención en la soberanía, de la cual está excluido —y así defraudaríamos al pueblo—, y empezaríamos con cada legislatura una guerra civil, en la cual el pueblo se pondría siempre de parte de la Asamblea— y así defraudaríamos al rey. En efecto, si se dividiese la soberanía entre el príncipe y la Asamblea, ¿dónde encontrar un cuerpo que se interpusiera en caso de veto? Se produciría siempre un recurso al pueblo, es decir una insurrección. Nos diréis acaso que constituimos una monarquía sin monarca, o una democracia cargada con un fantasma de rey, y lo concedemos. Pero no se puede llegar de entrada a la perfección. Ha sido menester ceder un poco a la costumbre, a la debilidad y a los viejos prejuicios. Las palabras espantan más que las cosas; *Francia república* habría provocado tal vez la sublevación de las provincias; por otra parte, habría sido preciso expulsar o exterminar a la familia real. Mas el tiempo hace que todo madure: en cambio la democracia, bajo el nombre y las apariencias de la monarquía, será el sentido secreto de la constitución, la recompensa de nuestras luces, y el feliz vínculo entre todos los partidos y todos los intereses."

El ministro Necker, al ver que había sido engañado por los demagogos y que era forzoso el aniquilamiento de la monarquía, intentó intervenir por lo menos en este último acto. Como no pudo conseguir para el rey el *veto absoluto*, concibió el proyecto de arrancarle al mismo rey la solicitud de un *veto suspensivo*, y se

sirvió de los ánimos caldeados y de las amenazas del *Palais-Royal* para intimidar al consejo. Contagió su prudencia y más aún, su espanto a tantos diputados que habría podido, llegado el caso, obtener una mayoría en la Asamblea nacional. Por último, para influir de manera más incontrovertible en esta decisión, envió su informe, que se pronunciaba plenamente a favor del *veto suspensivo*, obstinándose en ofrecer aquel presente a la Asamblea y a la nación, como quien no quiere morir sin haber sido en Francia ministro republicano o nacional.

El señor Mounier, presidente de la Asamblea, hizo gala de una destreza y de una astucia que raramente tienen necesidad de utilizar las personas decentes. Seguro de que el informe enviado por Necker era favorable al *veto suspensivo*, fingió temer que le fuese contrario; y como no es probable que un ministro intente rebajar a su señor, Mounier utilizó muy hábilmente la verosimilitud contra la verdad, y a todos los partidos contra el deseo de Necker. Se decidió, pues, que, favorable o no a la prerrogativa real, la carta ministerial no sería abierta; y al señor Mounier debe el ministro Necker, o la suerte de no haberse manchado con la culpable decisión de la Asamblea, o la desgracia de no significar nada en la moderna constitución.

Tal fue el último ensayo político de este ministro con la Asamblea nacional. Si se presentó en ella una que otra vez desde entonces, ha sido para obtener decretos a favor de sus empréstitos y de un pequeño banco injertado sobre la Caja de Descuentos. Hemos hablado del tema. Estrechado entre las necesidades del Estado que renacen continuamente, y las ciegas y malignas intenciones de los demagogos, el ministro nunca ha podido hablar más que de dinero en sus apariciones ante la Asamblea nacional, y nunca se ha atrevido a pedirlo en cantidad suficiente: de modo que ha tenido siempre la desdicha de no estar a la altura requerida dentro de un sistema que es inferior a lo requerido.

Al reunir de una sola mirada los diferentes rasgos del señor Necker, no puede uno dejar de lamentar que este ministro haya conocido tan escasamente sus fuerzas, y que las haya usado tan mal. ¡Qué momento, en efecto, el de su regreso a Francia, no digo ya para él únicamente, sino para la monarquía! No soy de aquellos que piensan que al volver a hacerse cargo del ministerio habría podido eludir los Estados generales; pero creo firmemente que a su vuelta del exilio habría podido imponerse a la Asamblea nacional, que no podía prescindir de él para dominar al reino; que la habría

obligado a seguir las instrucciones de sus electores, y que en caso de resistencia la habría denunciado con buen éxito a la nación. Todo eso podía lograrlo Necker, y era gloria no pequeña. Hoy el rey le sería deudor de un trono, Francia de una constitución, los capitalistas de una sólida garantía, y la misma Asamblea nacional de acciones de gracias por haberla salvado de la prevaricación. Mas ocupado en demasía con su proyecto, en lugar de restaurar la autoridad real, plúgose en triunfar sobre ella haciendo su entrada en París, acompañado de su esposa y de su hija: debilidad que sólo a ellas se les ha perdonado. Se le reprochará siempre haber utilizado tan mal el pretexto que le brindaba la detención del barón de Bezenval, cuya libertad solicitó humildemente a una Municipalidad, reconociendo así, como un hombre del pueblo, a una potencia subalterna nacida ayer, y olvidando, como ministro del rey, la antigua majestad de sus señores, en cuyo nombre tal vez sólo él en todo el reino podía aún hablar con nobleza y energía. El incensario de los pueblos le hizo creer que podía ignorar o envilecer el cetro de los reyes. Vióssele dirigir idéntico discurso al Ayuntamiento de París y a la Asamblea nacional, y confundir así dos poderes tan distintos en un solo y mismo homenaje. Pero la afrenta que recibió de los distritos, en medio de su triunfo, le hizo comprender con amargura que lo único que había conseguido con aquella equivocada actitud era acrecentar la influencia de la Asamblea nacional sobre el pueblo, la estúpida admiración de las provincias por París, y la irreverencia universal hacia el trono, a cuyo pie queda él mismo atado sin fuerza y sin brillo. Sólo una conspiración contra su persona, divulgada con arte, puede ya devolverle lo que ha perdido, suscitando nuevamente en su beneficio la alarma y la afección del pueblo. Pero ese medio, del cual se han hecho dueños los demagogos, está un poco gastado y acabará por quedar completamente desacreditado.[33]

A todo esto, el día mismo en que el ministro Necker enviaba su informe a la Asamblea nacional, el marqués de La Fayette escribía al presidente de la Asamblea que no se hacía responsable de la sangre que estaba por correr: todos los ministros, más impresionados por los males presentes, que se podían evitar, que por los futuros, que son inevitables, habían coincidido en idénticos temores.

33 El conde Luis de Narbona, al conocer la situación a que se ha visto reducido Necker, partió a toda velocidad de Besanzón para venir a aplicarle sus cartas de ciudadanía envueltas en hojas de roble. Habrá que ver qué efecto tendrá ese remedio cívico.

Así pues, por el clamor uánime del *Palais-Royal*, de los distritos, de los demagogos e incluso de los ministros, se decidió que todo el poder legislativo, es decir la soberanía, pertenecía a la Asamblea nacional, y que por ende el rey sólo podía oponer a los actos del soberano un rechazo suspensivo, y se decretó que su rechazo dejaría de surtir efecto con la segunda de las legislaturas que sucediesen a la que hubiera propuesto la ley rechazada. Acordóse no obstante que el rey podía invitar a la Asamblea a tomar en consideración un tema, pero se le prohibió toda proposición de ley. En una palabra, el rey de Francia fue puesto fuera de la constitución francesa; y si se dice aún que su consentimiento es *necesario*, debe entenderse que es *forzoso*.

El conde de Mirabeau, que seguía fingiendo alegar en pro de la prerrogativa real, quiso que se otorgase al rey el poder ejecutivo *supremo*; hízose sobre esa base un decreto que combina en una sola palabra una irrisión y una necedad. El poder de ejecutar las voluntades de otro es siempre supremo; es la supremacía de un mayordomo; todo servidor tiene el poder ejecutivo supremo alrededor de su señor: Luis XVI no es, entonces, más que el gran servidor [34] de la Asamblea nacional. El título de rey se le ha conservado como una antigua condecoración de que la cortesía moderna nunca ha privado a los reyes destronados.

Así fue abolida o suspendida, el viernes 11 de septiembre de 1789, la monarquía francesa, fundada el año 420 de la era cristiana, tras catorce siglos de variada fortuna; al principio aristocracia real y militar, luego monarquía más o menos absoluta, y ahora democracia blasonada con una corona.

[34] *Grand officier*: es decir que el aún titulado "rey" queda respecto de la Asamblea en una situación comparable a la que tenían otrora respecto de su persona sus auxiliares (que originariamente estaban encargados de un servicio doméstico en palacio a la vez que de un puesto público): el canciller, el gran chambelán, el condestable, los mariscales, etc., todos ellos llamados *grands officiers de la couronne.* (N. del T.)

VIII

Nimium vobis Romana propago
Visa potens, Superi, propria haec si dona fuissent.

(*Eneida*, VI)

Sería, en efecto, el colmo de la hipocresía o de la ignorancia llamar todavía a Francia una *monarquía*. Sería engañar a Luis XVI, quien, por haber firmado algunos decretos, puede creerse parte y garante de una constitución de la cual está totalmente excluido; sería engañar a la nación, que se imagina que sus representantes han seguido o interpretado perfectamente sus mandatos, que el gobierno es aún monárquico, y que el consentimiento del sucesor de Luis XV es necesario para los actos de la Asamblea nacional, en tanto es cosa cierta que la corona no es ya más que una sombra vana, y que las firmas de Luis XVI son tan inútiles como viciadas de nulidad, como lo demostraré pronto.

Debo decir también, y el descendiente de nuestros antiguos reyes no podría repetírselo demasiado, que su persona no es de ahora en adelante inviolable más que por el tercer decreto de la Asamblea nacional, y no por su naturaleza, como hasta el presente. Ese carácter sacro no es ya la prerrogativa y la esencia del trono: es una gracia y un don de la Asamblea; y eso es lo que el conde de Mirabeau dio a entender muy claramente cuando solicitó el horrible premiso de denunciar a la persona más sagrada del Estado después de la del rey.[35]

Lo declaro pues ante la faz de Europa, la Asamblea nacional ha matado a la realeza en la persona de Luis XVI, y no veo más soberano en Francia que dicha Asamblea, y reverencio con ella a la Municipalidad, a los distritos y al *Palais-Royal*. Esos son mis legisladores y mis reyes; pueden ellos contarme en el número de sus súbditos; y ¡desgraciado, en una revolución, aquel que no puede erigir cadalsos y no erige altares!

Para no dejar más excusa que refugio a las víctimas de la revolución, la Asamblea nacional termina de envolver el Estado en sus vastas redes, con su doble trabajo sobre la organización de las asambleas futuras y de las municipalidades. El representante del

[35] Es decir, a la reina. (N. del T.)

cantón más pequeño, una vez diputado, no dependerá ya de sus electores; será para ellos extraño y sagrado, como representante de Francia entera; les será igualmente inviolable e irrevocable, como integrante del soberano. Semejante democracia será una de las aristocracias más violentas que hayan existido jamás. Es verdad que las sesiones o legislaturas están limitadas a dos años; pero la Asamblea será perpetua: las comisiones son amovibles, y los poderes inmutables. De modo tal que nuestros enviados, libremente elegidos, gobernarán inevitablemente como soberanos sucesivos, y ya que hay que decirlo, como déspotas: porque siempre que hay concentración de poderes hay despotismo. Y tal es, según los decretos de la Asamblea nacional, la constitución francesa: "No hay en Francia autoridad alguna superior a la ley" (art. 1º); y "esa autoridad reside en la Asamblea nacional" (art. 8). ¿Queda en esto algún equívoco, o algún recurso para la realeza?

Tras haber reconocido tan abiertamente y sin rodeos la supremacía de la Asamblea nacional, permítaseme decir que, si ésta faltó al comienzo a la fidelidad debida a sus mandatos, aboliendo de hecho el gobierno monárquico, no peca menos actualmente contra la política cuando, pro forma, deja subsistir vestigios de dicho gobierno dentro de una verdadera democracia. Cuando se ha hecho inútil al rey, ¿por qué no declararlo tal? ¿Por qué dejar a la nación gravada con el mantenimiento de una corte, y por qué tender la trampa de la realeza a cinco o seis millones de buenos franceses, que se sentirán siempre tentados de tratar a Luis XVI como a un rey, y se harán sin saberlo reos de lesa majestad nacional?

Es seguro que ante los ojos de Europa y de la posteridad, la Asamblea se disculparía más fácilmente de la usurpación de la soberanía que del uso que le ha dado al constituir a Francia. Tendría al menos la excusa de César, si se le reprochase su injusticia: *non violandum jus, nisi regnandi gratia*: no se debe violar la justicia sino por una corona. Pero ¿la Asamblea podrá excusar su mala fe o su ignorancia, cuando se le objete que va contra la naturaleza de las cosas, contra todo principio y contra el ejemplo de todos los tiempos que una gran monarquía se transforme en república? "Cuanto menos las voluntades particulares", dice Rousseau, "se vinculan con la voluntad general (es decir, las costumbres con las leyes), más debe aumentar la fuerza represiva." Luego el gobierno, para ser bueno, ha de ser relativamente más fuerte a medida que el pueblo es más numeroso. Pero cuanto más magistrados hay, más débil es el gobierno. Y por eso Maquiavelo, Montesquieu y los

escritores legisladores han observado que las repúblicas, al crecer, caían necesariamente en la aristocracia, y de ésta en la monarquía, porque está en la naturaleza de los gobiernos el concentrarse a medida que los Estados se acrecientan y se corrompen. De donde se sigue que Francia no ha podido relajarse bruscamente en todo el espacio que va de la monarquía absoluta a la democracia, y pasar así de un extremo al otro, sin rodar hacia la anarquía por ese movimiento ciego y retrógrado. Y es la razón de que todo esté paralizado, todo quebrantado, todo suspendido en Francia: el ejército, los tribunales, el comercio, las colonias, las artes, los oficios, los deberes, y hasta las esperanzas y los deseos más caros. El amor calla, la naturaleza está sobrecogida; nadie sabe adónde poner a sus hijos, nadie se casa si no es temblando, en este desdichado país. ¡Cómo todo habría tomado nuevo aspecto, por el contrario, cómo habría rejuvenecido Francia, si la Asamblea hubiese arreglado las cosas de acuerdo a su naturaleza eterna, si hubiese reducido el despotismo ministerial a la verdadera y franca monarquía, en lugar de retroceder voluntariamente del despotismo de uno solo al de todos!

He ahí lo que todas las personas de buena voluntad os gritan por mi boca, diputados de Francia; y sus voces harán palidecer a aquéllos de vosotros que han conocido esos principios, y enrojecer a quienes los han ignorado. Hay, no lo dudéis, jueces temibles para vosotros, que saben que en todo suceso el buen éxito es sólo un engaño, y que os censurarán aún más por haber fallado con la constitución de lo que vosotros os aplaudís por haber humillado al trono. Y puede ser también, dado que la perversidad humana ha querido que una estupidez fuese más deshonrosa que una violencia o que una injusticia, puede ser que reconozcáis antes vuestra perfidia que vuestra ignorancia; mas os lo predigo: sea que hayáis ignorado, sea que hayáis despreciado las leyes de una buena constitución, no gozaréis mucho tiempo de vuestra faena. Los cuerpos sólo descansan en su centro de gravedad; Francia, que habéis soliviantado, pero que no habéis establecido sobre su verdadera base, va a agitarse en las convulsiones de la anarquía y a caer por último en el gobierno monárquico, o a desmembrarse en su caída y constituirse en provincias federativas como Suiza. No podéis evitar una de esas dos revoluciones. ¿De qué sirve disimular? La Francia que vosotros habéis moldeado no verá la tercera de vuestras legislaturas: es preciso que se convierta en una verdadera monarquía como Inglaterra, a no ser que todo acabe nuevamente en el despo-

tismo real; y a vosotros os lo deberemos. Sí, os deberemos el despotismo de uno solo, Asamblea nacional, puesto que lo habéis querido, y se lo preferirá a vuestro despotismo. ¡Que el rey tenga un ejército o que el ejército tenga un rey, y Francia expiará vuestros errores y vuestros crímenes! [36] Tal es, en efecto, vuestro verdadero crimen, Asamblea nacional: el de haber calumniado a la revolución haciéndole dar frutos envenenados. La habéis calumniado tan bien, a esta revolución, que será maldecida por todos los siglos, y que preferiremos el reposo de una verdadera servidumbre a los movimientos dolorosos de una falsa libertad.[37]

Ha de subsistir el interrogante de por qué la mayoría de la Asamblea, que no participaba en el secreto de los enemigos del rey, se opuso sin embargo junto con ellos a la creación de una segunda cámara, actitud que acarreó el rechazo del *veto absoluto*, y debemos esa explicación a nuestros lectores.

Aunque los nobles que nos quedan no sean cuando más sino la sombra de sus antepasados, y los reyes los hayan debilitado tanto por los colegas que les han dado como por los privilegios que les han quitado, contra ellos no obstante es contra quienes fue dirigido en primer lugar el odio del pueblo bajo, cuando la inauguración de los Estados generales. No se hablaba de otra cosa más que de su aristocracia, y se hablaba de ello llama y acero en mano. La Asamblea nacional, que atizaba aquella efervescencia, no fue ya dueña de extinguirla cuando el momento de la constitución llegó, cuando fue menester apartar las pasiones y reunir las ideas, cuando, en fin, hubiese sido tan necesario que Francia, dispuesta a formarse como cuerpo político, no se privase de ninguno de sus miembros. Fingióse creer, y el gran número lo creyó efectivamente, que era imposible formar la segunda cámara si no era con nobles. ¿Y con qué cara presentar un senado de nobles a un pueblo a quien tanto se había azuzado contra ellos, y a quien se había hecho creer que *aristócrata* y *gentilhombre* eran sinónimos? Pero la Asamblea se engañaba a sí misma, y la punición de haber extraviado una vez al pueblo fue no poder hacerlo volver nunca más.

[36] Así, con diez años de anticipación, Rivarol previó el golpe de Estado del 18 de Brumario y el encumbramiento de Napoleón. (N. del T.)

[37] En última instancia, todos los filósofos, Aristóteles, Hobbes, Rousseau, y todos aquellos que han hablado con mayor razón y entusiasmo de la libertad han terminado por pensar que la monarquía se adaptaba perfectamente a los grandes imperios, y no lo han ocultado: dejamos que el lector reflexione sobre el punto. Esos filósofos han hablado de la libertad como de una amante, y de la autoridad como de una mujer legítima.

Los nobles son monedas de mayor o menor antigüedad que el tiempo ha convertido en medallas; son inevitables en la monarquía, pero no son necesarios para fundar un senado. Se puede introducir la aristocracia en una buena constitución sin recurrir a los nobles de antaño. Un senado de campesinos muy bien sería una asamblea de aristócratas; cierto que pronto se convertirían en patricios y nobles. La aristocracia arroja por naturaleza gran brillo sobre cada uno de sus integrantes; pero cuando al formar un senado se rechaza a los nobles, se priva uno de instrumentos ya abrillantados por el tiempo: tiénense nobles nuevos, y por consiguiente un senado menos venerable.

América septentrional, que no tenía, como los antiguos reinos de Europa, un rey y una nobleza para elementos de su constitución, se ha dado no obstante los simulacros correspondientes en su presidente y en su senado. Aquella tierra, nueva aún, no ha podido suplir los efectos del tiempo sino con suposiciones: finge que su presidente es rey, y que su senado es noble; pero como la nobleza es un recuerdo, el deseo de los pueblos, y aun la gloria de las letras, no han podido conferírsela, por ejemplo, a Washington o a Franklin; todo lo que pueden obtener de su reputación, como Cicerón y tantos otros claros varones, es principiar una raza. De ellos se descenderá, mas ellos no descienden sino de sus obras. He visto el tiempo en que nuestros demagogos sabían muy bien en qué consiste la esencia de la nobleza. "Despreciamos", decían, "al duque de Bouteville, pero no podemos despreciar su nombre." Ahí tenéis, en una palabra, lo que es la nobleza: es un nombre grabado por la mano del tiempo en la memoria de los hombres; y eso es lo que América no ha podido dar. Sus elementos eran todos de la misma naturaleza, eran homogéneos en política: no ha podido ennoblecer a ciertas familias declarándolas senatoriales, y dejar a las demás en la oscuridad plebeya. Entonces hizo electivo a su senado: de donde resulta que su gobierno, que se llama congreso, no es en definitiva más que una sola y misma cámara dividida en dos secciones o reparticiones. También el presidente, tomado del pueblo, sólo ha podido ser electivo. Por consiguiente, la aristocracia y la realeza no son, en Filadelfia, sino apariencias, ficciones, con que el legislador ha tratado de robustecer al gobierno; pero la democracia predomina en tal grado que no hay pequeño cantón que no se separe a voluntad del interés general e incluso del Estado. América septentrional no puede, pues, servir de modelo a Francia, que debe conservarse como un bloque si no quiere bajar del rango que ocupa en

Europa. Ese orgullo nacional y político, innato en todos los franceses y fundado sobre el honor de pertenecer a un gran imperio, es lo que me sirve como una palanca para derribar el edificio de la Asamblea legislativa: porque si cada pequeño cantón de Francia se separase de la causa y de la masa comunes para gobernarse según su voluntad, ya no encontraría más absurdo en la constitución que el fantasma real y el mantenimiento de una corte.[38]

IX

Quo res cumque cadunt, unum et commune periclum

(*Eneida*)

Era entonces preciso, para asentar por siempre la constitución francesa sobre sus verdaderos fundamentos, conservar la monarquía, instituir los comunes, y crear la aristocracia en un senado esencialmente inamovible, es decir hereditario y poco numeroso.[39] De esas

[38] No ha existido nunca sobre la tierra una gran república que no se haya transformado enseguida en monarquía. Evitar las usurpaciones de los generales del ejército que regresan en triunfo, y la tiranía del gobierno militar, ha sido el motivo que impulsó a los grandes pueblos a dar voluntariamente a su constitución el peso de la diadema. Si Mario, Sila o César, al volver de sus conquistas, hubiesen encontrado en Roma un rey hereditario, no habrían podido hacerse coronar por sus soldados. La democracia, en un Estado como Francia, enclavado entre naciones rivales y guerreras, y obligado a representar sin interrupción en el gran teatro de Europa, es por ende un absurdo. Pero, dicen los demagogos, ésa es justamente la razón de que hayamos dejado al rey; y yo les contesto que han dejado demasiado o demasiado poco.

[39] Nuestros demagogos dicen siempre que es absurdo y odioso que un hombre nazca *magistrado*; pero, sin considerar que así excluyen el rey hereditario que han admitido, les pregunto a mi vez si un hombre nace *padre de familia.* Nace niño, y la naturaleza lo llama a la paternidad, como la sociedad a la magistratura o a la propiedad de una gran fortuna. El tiempo lo hace apto para engendrar hijos y leyes. El absurdo sería real si el hijo de un par tuviese una banca en el parlamento antes de la mayoría de edad, que es el permiso de ser hombre dado por la naturaleza. La brillante y verdadera prerrogativa de un aristócrata consiste en tener en persona, igual que el monarca, un asiento en el santuario de las leyes, mientras que el pueblo sólo asiste a través de diputados; y ello ha de ser así en un gran imperio, donde es obligado combinar los tres gobiernos. El pueblo está tan próximo a la soberanía por la fuerza y el número, que puede y debe ser apartado de

tres fuerzas, cada una de las cuales es despótica por naturaleza, habría resultado un gobierno sin despotismo, pero tan enérgico y tan pleno que Francia habría ascendido rápidamente al nivel de grandeza a que su naturaleza la llama, como un árbol cuya savia no es ya desviada llena en breve tiempo la tierra con sus raíces y el cielo con su follaje.[40]

Nada debía entonces detener a la Asamblea nacional en la creación de las dos cámaras. Si los señores conde de Clermont-Tonnerre, y duques de Mortemart y de La Rochefoucauld se han hecho pueblo, ¿por qué los señores Pétion, Populus y Regnault no habrían sido senadores? Pero también, al formar un senado, ¿cómo rehusar la preferencia a esa minoría de la nobleza que se había mostrado tan popular? Era por otra parte tan natural que los primeros senadores franceses fueran nobles, habría parecido tan ridículo que no lo fueran, que esa consideración detuvo a muchos miembros de la Asamblea nacional; de manera que puede decirse que los nobles de la mi-

---

ella por la representación sin debilitarse en exceso. Los pares, alejados de la soberanía por su escaso número, se acercan a ella por sus prerrogativas, y sobre todo por el derecho de presencia en la Asamblea legislativa, sin hacerse por ello demasiado temibles. Por último, el rey, reducido a su sola persona, quedaría totalmente fuera de la soberanía sin el *veto absoluto.*

Mas puede hacerse al gobierno de Inglaterra un reproche fundado a propósito del privilegio que tiene el monarca de crear tantos pares como quiera. Habría sido necesario limitar el número de miembros de la cámara alta con una ley constitucional, ya que los de la cámara baja son limitados según el número de ciudades y burgos que gozan del derecho de elegir representantes al parlamento. Si su interés no se opusiera, el rey podría aumentar tanto el número de pares que trasladaría la democracia a la cámara alta y la aristocracia a la cámara baja: lo cual subvertiría el Estado, puesto que, una vez más, la democracia es el gobierno de varios, la aristocracia de algunos, y la monarquía de uno solo.

He de añadir, pues es imposible despegarse de esta interesante discusión, que en Inglaterra los vestigios de la feudalidad se hacen sentir en la forma de las diputaciones, ya que hay ciudades importantes que tienen pocos enviados, otras que no tienen ninguno, y pequeños burgos que tienen varios. Ello deriva de los antiguos privilegios de las localidades. El tiempo y el comercio han operado grandes cambios en las ciudades, sin innovar nada en las prerrogativas. Francia, llamada a una nueva constitución, evitará ese inconveniente.

[40] Toda fuerza es en la naturaleza despótica, como toda voluntad en el hombre. Una sola gramínea poblaría la tierra en poco tiempo, un solo arenque, a fuerza de multiplicarse, llenaría los mares, si las demás plantas y los demás peces los dejaran hacer. Pero como cada planta y cada animal tiende también con la misma energía a ocupar toda la tierra, sucede que esas distintas fuerzas igualmente despóticas se reprimen mutuamente; se efectúa entre ellas una compensación cuyas leyes ignoramos, pero de la cual resulta que, sin destruirse nunca, retienen a cada especie en sus propios límites.

noría han sido dos veces bien culpables: en primer lugar para con el rey, a quien le han sido tan funestos; a continuación respecto de la nación, a la cual amaban con todo su odio hacia el rey, y a la cual con tanto amor han privado de una buena y verdadera constitución al impedir la división del poder legislativo. Por lo demás, no deja de ser necesario reconocer que la mayor parte no entendía los términos de la cuestión, y sólo eso puede garantizar su inocencia. Se ha visto a algnos que afirmaban ingenuamente: "No nos gusta el gobierno de Inglaterra", como si hubiesen dicho: "No nos gusta la geometría." Y el marqués de La Fayette estaba tan convencido de que una segunda cámara era inútil en la constitución, y de que la Asamblea nacional servía ya de ejemplo a Europa, que decía a un inglés que regresaba a Londres: "Adiós, señor: no encontraréis ya cámara alta a vuestra llegada." Frase notable y que fue llevada a Londres, donde mucho divirtió a la gravedad británica.

Tales son las razones y los hombres que han regulado nuestro destino: a ellos les debemos esta constitución que somete el campo a la aristocracia de las ciudades, las ciudades a las municipalidades, las municipalidades y las ciudades a la Asamblea nacional, y que no le deja al rey más que la inscripción en las monedas. Se habla ahora de arrebatarle sus tierras. Será seguramente la última acción de la Asamblea contra el rey. Al respecto observaremos que nunca sus tierras pertenecieron más al rey que desde que él a su vez tiene tan poca vinculación con el Estado; pero se pretende sin duda que el príncipe dependa tanto más de nosotros cuanto menos dependemos nosotros de él. *Ne quid inausum intentatumve fuisset.*

No puedo dejar esta importante cuestión sin contestar la pregunta natural que nos hacen continuamente los extranjeros. "Comprendemos", dicen éstos, "que París, excitada, soliviantada, inflamada por los partidos que bullían en su interior, haya repentinamente trabado con la Asamblea nacional una estrecha y rápida vinculación de prevaricaciones, crímenes y extravagancias de todo tipo. Pero ¿cómo pudieron las provincias recibir, devolver y dar alternativamente esas impresiones llenas de furia? ¿Cómo no se sublevaron contra la infidelidad de sus representantes, al ver que el rey quedaba excluido de la constitución?"

Hay que reconocer, en primer lugar, que la impolítica concentración de tropas alrededor de la Asamblea nacional hizo cambiar súbitamente la naturaleza de las cosas. El rey no fue ya un padre de familia rodeado por sus hijos, sino un amo receloso circundado de esbirros; París, objeto de sempiterna desconfianza y centro de

todas las corrupciones, atrajo súbitamente todos los anhelos y todas las esperanzas; la Asamblea nacional, por último, fue el navío del Estado, y se lo vio en peligro: de suerte que, a pesar de las órdenes precisas que había recibido al zarpar hacia su destino, al haberse producido el caso de naufragio, que no se había previsto, se dejó a la nave tomar puerto donde quiso. Correos innumerables, despachados por los facciosos, robustecieron aquel sentimiento universal con el terror que sembraron en provincias. Los curas de parroquia hablaban del tema con boca ávida, y lo consagraban en todos los púlpitos.[41] El destierro inoportuno del ministro Necker añadió el llanto a la ira, y su regreso impuesto por el pueblo lo ensoberbeció sin tranquilizarlo. El rey perdía cada día una nueva batalla contra la Asamblea nacional, y sus ministros se engañaban y lo engañaban en todo. Una mano poco conocida, pero fiel,[42] le presentó inútilmente el cuadro del presente y del porvenir. Se le había disimulado por demasiado tiempo al príncipe que, desde el día en que el monarca consulta a los súbditos, la soberanía queda como suspendida. Se había producido un interregno, sin que Su Majestad lo advirtiese. El silencio calculado del ministro Necker fue tanto más pérfido porque tranquilizó la conciencia de las provincias, cuyo verdadero director era, más aún que de las Finanzas. Ese silencio sobre los manejos de la Asamblea tenía un doble sentido: pareció de desaprobación en la corte, y de aprobación en París y en provincia. En una palabra, el silencio de Necker era como su discurso en la inauguración de los Estados generales. En ese discurso, que dejó descontentos a todos los partidos porque había sido redactado con la intención de contentarlos a todos, en ese discurso, digo, los ojos duchos descubrieron los pliegues, nudos y repliegues de la política de este ministro, que inauguró los Estados generales como Jano inauguraba el año romano, con una cabeza de dos rostros.

No obstante, a pesar de las trampas de Necker, de la impericia

[41] He olvidado decir, cuando recapitulaba los medios de que disponía Necker, que el clero, que se había decidido por fin a mejorar la situación de los curas de parroquia con porción congrua, elevando sus emolumentos a 1.200 libras, encargó al abate de Montesquiou, su emisario, que hablase con el ministro Necker del asunto: pues la operación no podía hacerse sin el concurso del ministro de Hacienda, a causa de los compromisos que el clero había asumido por el rey. Pero era precisamente lo que Necker no quería: se habría privado de una multitud de instrumentos muy eficientes si hubiese permitido que se diera satisfacción a los párrocos antes de la apertura de los Estados generales.

[42] Se trata del autor mismo. [Esta memoria de 1789 no se conserva. (T.)]

de los ministros y de la fiebre de los parisienses, si la Asamblea nacional, al deliberar sobre la sanción real hubiese dicho: "¿Entrará el rey en la constitución o no? ¿Francia será una monarquía o un Estado democrático?", no dudo de que las provincias se habrían decidido abiertamente por la afirmativa, y habrían forzado la constitución monárquica en las manos de la Asamblea nacional. Pero los demagogos, que habían planteado la cuestión en una forma insidiosa, la envolvieron en términos técnicos e hicieron dar un paso en falso tanto a la ignorancia como a la buena fe de todos los franceses. Pocos hay que no crean a Luis XVI rey de Francia con su *veto suspensivo*; mas nuestro deber es advertirles que no tienen ya rey ; y lo hemos dicho con suficiente claridad y con suficiente energía como para que la necedad y la mala fe se queden para siempre sin excusas.

Hay que observar por último, para terminar esta larga e importante discusión, que si es verdad que hubo muchas adhesiones de parte de las provincias a los decretos de la Asamblea, las protestas contra esos mismos decretos no han faltado tampoco. Pero la Asamblea ha empleado tanta prudencia y aun bondad en disimular éstas como ostentación y gusto en proclamar aquéllas.

Yo escribía estas cosas mientras todas estas cosas sucedían: mas soy la voz que clama en el desierto. El pueblo, deslumbrado, se cree ilustrado; atroz y furioso, se cree libre, y no es en definitiva más que un esclavo en rebeldía.[43] Las personas mejor intencionadas hace rato que no entienden una palabra de nuestra situación: las camarillas han entrecruzado hasta tal punto los intereses y oscurecido

[43] La palabra *libertad* será siempre un enigma mientras se vea en ella algo distinto de la obra de las leyes y el fruto de la constitución, mientras se la confunda con la independencia natural. Carecemos de una buena definición de la libertad. Para llegar a entenderse, habría que preguntarse en primer lugar cuáles son los elementos de la libertad. Me parece que el hombre que sale del estado natural para llegar al estado social pierde su independencia para adquirir mayor seguridad; la libertad es por tanto el efecto de *un contrato entre la independencia y la seguridad*. El hombre deja a sus compañeros del bosque que no lo molestan, pero que pueden devorarlo, para venir al encuentro de una sociedad que no lo devorará, pero que debe molestarlo. Estipula sus intereses lo mejor que puede, y, cuando entra en una buena constitución, cede el mínimo de independencia y obtiene el máximo de seguridad posible. Es una nave que toma un seguro al alejarse de la orilla, y que, para tener garantía del total, disminuye voluntariamente sus ganancias. Con esta definición de la libertad se explican todos los fenómenos que nos presenta la historia antigua y moderna. En Roma y Atenas, por ejemplo, la independencia predominaba sobre la seguridad; en una monarquía, como Inglaterra, la seguridad predomina sobre la independencia, etcétera.

todos los hechos; la Asamblea nacional ha desmentido tan cabalmente sus instrucciones con sus principios, y sus principios con sus acciones; las cabezas de todos están tan repletas de comisiones y de distritos, de departamentos y municipalidades, de crímenes y conjuraciones, que en este caos espantoso apenas se distingue el clamor del infortunio, cubierto siempre por el de *constitución* y *libertad*: palabras de mentira y de confusión, que arrojan por doquier el error y el terror y ahuyentan la esperanza y la luz.

Es menester, no obstante, que saque aún a luz nuevos crímenes: debo hablar del nacimiento, los progresos y la explosión de la facción de Orleans, para concluir el cuadro de las causas de la revolución y acercarme por fin, no sin horror, a la noche del 6 de octubre, esa noche que no ha podido cubrir nuestros atentados con su sombra, y que corresponde en la historia a la de San Bartolomé. ¡Era pues tu destino, Francia, abochornarte dos veces ante la faz del universo, primero por el crimen del rey contra su pueblo, y después por el atentado del pueblo contra su rey! Perdónesenos si en la narración de tantas conjuraciones y atrocidades se nos pasa por alto algún hecho. Tal es la desgracia del historiador en las conspiraciones: el menor de los cómplices sabe siempre más que él y puede acusarlo de ignorancia; y no dudo efectivamente de que el conde de Mirabeau mirará esta lista estremecedora de crímenes con el desprecio de un sabio hacia una nomenclatura insuficiente. Mas ¡qué riqueza espantosa la que considerará a estos anales pobres en fechorías y atentados! [44]

[44] El cuarto "Resumen" se retoma en el Nº XI. (N. del T.)

X

Mensaje a los señores Imparciales o Amigos de la Paz, reunidos en casa del señor duque de La Rochefoucauld[45]

Secretosque pios, his dantem jura neminem

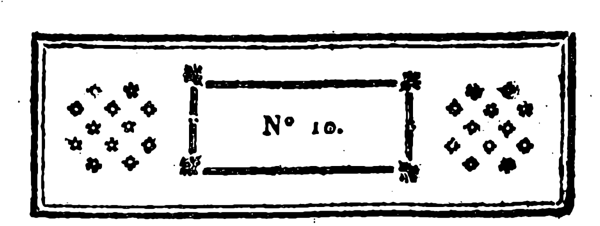
A partir del día en que fue decretado por la Asamblea nacional que la mayoría de sus miembros daría leyes a Francia,[46] toda asociación de diputados formada fuera de su seno no ha podido ser más que una conjuración. Así pues, señores, alegad cuanto gustéis que vuestras intenciones son puras, que vuestras ideas son grandes y luminosas, y que la república en peligro os necesita: pues sois miembros de la Asamblea nacional, reunidos lejos de ella para deliberar sobre la cosa pública, es asunto cierto que no sois más que hijos conjurados, y que sólo podéis ser funestos para vuestra metrópoli, o bien contrariando sus designios con una rebelión abierta, o bien secundándolos con una colaboración[47] pérfida, que atraerá a vosotros las miradas, el apoyo y los aplausos populares, de que la Asamblea no puede, so pena de muerte, prescindir ni siquiera por un día. Os coligáis, según decís, por el bien público; mas ¿es lícito comenzar por ser culpables, para transformarse luego en benefactores? Eso es convertir el bien que se haga en ilegítimo. He ahí, señores, lo que se llama principios.

Al parecer, tras esta exposición, un ciudadano riguroso no puede sino romper con vosotros. Pero como de seis meses a esta

[45] Traducimos este número directamente de fotocopias de la edición de 1790 que nos fueron enviadas por el servicio fotográfico de la *Bibliothèque Nationale* de París. Fue omitido por Lescure en su edición, probablemente porque Malassis lo había atribuido al abate Sabatier, erróneamente, según Le Breton, quien subraya que "las ideas y el estilo son de Rivarol" (*Rivarol*, p. 363). (N. del T.)

[46] La mitad *más uno* de los miembros presentes en cada sesión constituye la mayoría; de modo tal que doscientas o trescientas personas deciden siempre el destino de veinticuatro millones de hombres.

[47] *Succursion*. Más arriba, *république* debe tomarse en sentido genérico ("cosa pública"): formalmente, aún subsistía la monarquía. (N. del T.)



JOURNAL

POLITIQUE-NATIONAL,

Publié d'abord par M. l'Abbé SABATIER, *& maintenant par M.* SALOMON, *à* CAMBRAI.

SECOND ABONNEMENT.

ADRESSE

A MM. les Impartiaux ou les Amis de la Paix; réunis chez M. le Duc de la Rochefoucauld.

Secretos-que pios, his dantem jura Catonem.

DU jour où il fut décrété par l'Assemblée Nationale, que la majorité de ses Membres donneraît

K

Comienzo del Mensaje a los señores Imparciales o Amigos de la Paz (Diario Político Nacional, 2ª *serie, X; ejemplar perteneciente a la* Bibliothèque Nationale *de París*)

parte toda aglomeración más o menos densa, todo club más o menos numeroso me parecen poderes legítimos, me dirijo a vosotros con una sumisión y un respeto que aumentarán cada día, en proporción directa a vuestro número.

Acabo de leer con admiración muy circunspecta el anuncio de *La felicidad pública*, que habéis lanzado con tanta magnificencia en todos los periódicos de la capital, o sea de la nación; y he visto, no sin dolor, que cual amigos poco generosos de la felicidad pública pedíais a vuestros abonados ideas como precio de su suscripción. No conozco contribución más onerosa; y no creo que nadie se sienta tentado de llamarla a ésa *patriótica.* Vengo a vosotros, no obstante, con el óbolo de la viuda, y os ruego decirme, señores:

¿Por qué (en vuestro artículo primero) declaráis de entrada que sois fieles a vuestros deberes? Acabo de declararos por mi parte que os reunís contra toda especie de deber. Hablad de vuestros *principios,* y no de vuestros *deberes,* para ser veraces; hay una gran diferencia. Siempre temo, señores, que os tomen por hipócritas.

¿Por qué, decidme, habláis únicamente (en el mismo artículo) de los "intereses del pueblo" y de sus derechos? ¿Acaso el pueblo sólo tiene derechos, y ni un solo deber? Eso es fechar vuestro anuncio en París, y en el momento en que el populacho está armado. El tiempo y el lugar influyen demasiado en vuestra empresa.

¿Por qué (art. 3) parecéis admitir que la constitución puede ser "defectuosa"? ¿Y por qué agregáis que sin embargo hay que "mantenerla"? Vuestra conciencia os grita que se precisan dos cámaras y un rey para tener un buen gobierno: ¿por qué dais la impresión de dudarlo? Si la Asamblea nacional hubiese decretado que un triángulo puede existir sin tener tres lados, ¿diríais: "Probemos"? ¿No son las propiedades políticas eternas como las propiedades geométricas? Y, de admitir un poco menos de rigor en una demostración política, ¿aprobáis, en todo caso, que la Asamblea nacional haya jugado el reino a cara o cruz, y que haya efectuado un ensayo con veinticuatro millones de hombres, *sicut in anima vili*? ¿No habría podido aprovechar la experiencia de Inglaterra, que ha combinado tan logradamente las tres especies de gobierno? De suponer que Francia no hubiera tenido aún barcos, y que quisiera darse una marina, ¿os parecería conveniente

que evitase inspirarse en el modelo de Inglaterra, y que afrontara el océano con navíos de estructura temeraria?

¿Por qué (art. 4) aparentáis creer que "se puede devolver al rey el ejercicio de un poder necesario"? ¿Por qué añadís que el deseo solemne de la nación y los principios monárquicos son reconocidos y consagrados por la constitución? Son demasiadas ficciones a la vez. ¿Podéis responder a los números 4, 5, 6, 7, 8 de este diario, donde se demuestra rigurosamente que el rey queda *excluido de la constitución*, y que Francia no es ya una monarquía? Todos vuestros colegas, y el marqués de Montesquieu, entre otros, ¿no dicen todos los días en la Asamblea nacional: "Señores, al rey sólo le queda ejecutar vuestras órdenes"? Atan al rey a la máquina política; mas no lo han hecho entrar en ella. ¿Queréis acaso que los reyes de Francia sean en la constitución, como en [la abadía de] Saint-Denis, *muertos coronados*?

¿Por qué (art. 5) concluís, de que no hay ya distinción entre los *estamentos*, que no habrá ya *rangos* en la sociedad? ¿No es ello inducir a los burgueses en error, y añadir el orgullo a su viejo odio hacia los grandes apellidos? ¿Ganará algo el pueblo con esa doctrina? Yo pienso, por mi parte, que un zapatero creerá siempre hallarse más lejos de un ennoblecido que éste de un verdadadero gentilhombre: y será otra idea falsa más en el comercio de la vida.

¿Por qué (art. 6) pretendéis separar al "hombre" del "ciudadano", al hablar de sus derechos? ¿No sabéis que sólo se tienen derechos dentro de la sociedad? ¿Y que en la sociedad nunca se es ni un solo momento el hombre de la naturaleza? Lo sabéis: esa naturaleza sólo da necesidades y órganos; la ley es la que impone deberes y da derechos; así pues, en la selva sólo tiene uno necesidades; y sólo en la sociedad vuelve a hallar sus derechos. Son ésas ideas claras y precisas; ¿por qué las confundís? Habéis oído decir que la *Declaración de derechos del hombre* era un peligroso agregado a la constitución francesa: ¿por qué tropezáis con esa dificultad?

¿Por qué (art. 7), al presentir que las innovaciones serán necesarias en la constitución actual, os arrogáis el derecho de hacerlas vosotros mismos? ¿Dónde están vuestros títulos ante la nación?

¿Cómo (art. 10) podéis creer que os será posible ser moderadores del ataque contra los bienes del clero, o detener su venta en tal o cual suma?

¿Qué pretendéis hacer (art. 12) a favor de los magistrados

despojados de sus cargos? ¿Dónde están vuestros recursos para indemnizarlos?

¿Por qué (art. 13) dejáis incertidumbres sobre el importante asunto de la libertad de prensa, cuando tenéis ante los ojos las leyes de Inglaterra? Dejáis la puerta abierta a la vez al libertinaje y a la tiranía.

¿Por qué (según vuestro artículo 14) toleráis que el abogado Target proponga distribuir a los soldados ejemplares de la constitución, para que cada uno de ellos pueda examinar y juzgar si las órdenes del rey estarán de acuerdo con ella, o no? ¿Por qué dejáis decir a vuestro alumno Barnave que los Guardias nacionales serán para la constitución, y las tropas regulares para el reino? ¿Por qué le permitís decir que es superfluo pronunciar el nombre del rey en el juramento militar?

Por fin (en vuestro artículo 15 y último), ¿cómo presumís de lograr el pronto despacho de los asuntos, acelerar la terminación de las tareas de la Asamblea nacional, conservar la unión entre todas las partes del reino, etc.? ¡Sois, pues, muy temibles, si sois tan poderosos, tanto por vuestra preponderancia sobre la Asamblea nacional, como por vuestras maniobras en el reino!

Sea como fuere, he aquí lo que dirijo a VUESTROS ALTOS PODERES:

Estaremos todos a vuestros pies; Francia abrumada volverá hacia vosotros sus ojos abatidos, os tenderá sus manos suplicantes, y os llamará sus salvadores y sus dioses, si convenís en las siguientes verdades:

"Todo hombre que habla del estado de naturaleza en una sociedad es un necio o un hipócrita.

"Todo hombre que dice que la revolución actual, al abolir la distinción de estamentos en Francia, establece en ella una verdadera igualdad de rangos, de nacimiento y de condiciones sociales, es también un necio o un hipócrita.

"Los hipócritas de la Asamblea han engañado, pues, a los simples y los tontos de este mundo, al tomar el estado de naturaleza y la igualdad primitiva como base de su edificio.

"Han arruinado, pues, la revolución.

"Porque nosotros queríamos una verdadera monarquía, con influencia de la nación, y ellos nos han dado una democracia, con el simulacro de un rey.

"Habría sido más sincero instaurar únicamente la democracia con su verdadero nombre: entonces las provincias, al no ser

ya engañadas por el nombre *monarquía*, se habrían gobernado cada una a su guisa, o se habrían sometido nuevamente al rey.

"Como franceses, queremos, pues, una monarquía, y no una democracia; como filósofos, una u otra. Sin componendas.

"El rey está al mismo tiempo excluido de la constitución y encerrado en la capital; de manera tal que el cuerpo político es como el hombre de la máscara de hierro, que tenía la cabeza más estrechamente aprisionada aún que el resto de su persona.

"El rey sólo tiene un puesto en una buena constitución; fuera de él, ya no forma parte de ésta. Es la piedra que remata la pirámide: para ella sólo existe la cúspide.

"Quienes hablan de otro modo son malhechores en política; no han emancipado ni liberado a la nación: la han licenciado.[48]

"Hay sólo dos partidos en Francia: el que vosotros habéis formado y que quiere la anarquía popular, maliciosa o inocentemente.

"El otro partido quiere la constitución monárquica. No conozco ningún partido que defienda el antiguo despotismo.

"El Estado tenía *necesidad* y no *derecho* de apoderarse de los bienes de la Iglesia y de los otros estamentos.

"A pesar de tantas usurpaciones, la bancarrota, que se podía evitar antes de los Estados generales; es actualmente inevitable; y es engañar a Francia y a Europa entera el disimularlo. Actualmente las provincias están bien vengadas de París gracias a los billetes de la Caja de Descuento de que París se halla infestada, y ellas exentas. Es el único agradecimiento que le deben a la Asamblea nacional. Pero si la Asamblea nacional ordena, como se le solicita, que dichos billetes sean aceptados por las Cajas de las provincias, a partir de ese instante los billetes harán desaparecer el metálico del resto del reino, tal como lo han hecho desaparecer de París; tendremos un papel moneda desvalorizado de antemano, y la bancarrota quedará declarada.

"La Asamblea nacional ha pecado contra todas las nociones de lo justo y lo injusto, convirtiéndose en fiscal de cada ciudadano que se le antoja enviar al tribunal del Petit Châtelet, que tiembla ante ella.

"Peca igualmente contra la justicia y la clemencia al establecer el crimen de lesa nación, en medio de la crisis de una revo-

[48] El señor Cérutti, profesor de liceo, uno de los escritores del partido, da siempre la impresión de *pedir asueto* cuando habla de libertad.

lución. Es armar al pueblo contra todos los antiguos servidores del rey.

"Sin jurados, no hay libertad ni justicia en una constitución; y la Asamblea nacional, al dejar que subsista el ejército de procuradores y otros oficiales menores de justicia, nos hace perder el fruto de todas las reformas.

"Éste es el carácter y el juicio de los actos de la Asamblea nacional: *Cuanto ha hecho de bueno, lo ha hecho de acuerdo con las instrucciones de sus mandantes* (cahiers); *cuanto ha hecho de malo, lo ha hecho contra sus instrucciones.*

"Aunque la Asamblea nacional, a fin de no rendir cuentas a nadie de su conducta, haya matado a sus mandantes, al destruir las bailías, no por eso tiene cada francés menos derecho a tomársela con todo diputado con quien se tope."

Tales son las proposiciones, las observaciones, los principios y las verdades que todos los hombres de bien os ofrecen por mi boca; con la certeza de que, si vosotros no las convertís en normas de conducta, las convertirán un día contra vosotros en capítulos de acusación. El abate Raynal acaba de enviaros su testamento político, en el cual os recomienda el trono. Pero como no dice una palabra de la constitución, es evidente que quiere sentar al rey sobre una nube, y que lo considerará bien sentado allí, siempre que la nube sea brillante de colores y luz. Pues no os reprocha haber apoyado mal el trono, sino no haberlo decorado suficientemente. No son derechos y prerrogativas lo que reclama para la realeza, sino "una guardia", "honores", y un poco de "fasto".

Ved cómo quedáis en paz a poco costo con el historiador de las dos Indias. Pero nosotros no seremos tan fáciles de contentar. El abate Raynal, que se pasó la vida escribiendo contra los reyes y os escribe hoy para inspiraros compasión de ellos, se parece mucho a Carlos V, que hacía rezar oraciones públicas, en España, por la libertad del papa a quien retenía prisionero en Roma; o más bien el abate Raynal se parece a sí mismo, ya que se ha hecho tan famoso escribiendo contra la esclavitud de los negros como se hizo rico traficando con su libertad.

Al señor duque de La Rochefoucauld, en cuya casa os reunís, dirijo, señores, mis últimas palabras; a este duque patriota, sobre cuya cabeza el señor Turgot había puesto tantos principios.

Recordad, señor duque, que vuestro guía y modelo, ese mismo Turgot cuyas intenciones corregían tantas veces sus ideas, decía a Luis XVI: "Vuestra Majestad puede considerarse un legislador

absoluto, y confiar en su buena nación." ¡Ved qué giro tomaba este hombre de bien, para llegar a una constitución! Y al hablar al rey de las administraciones provinciales decía: "No es natural que tales hombres (los que sólo poseen unas cuantas pérticas de tierra) tengan *voto* igual que el propietario de cincuenta mil libras de renta [...] Consideraría, pues, que el hombre que no tiene en bienes raíces lo suficiente para asegurar el sustento de su familia no es un propietario, *jefe de familia* [...] Llamaré ciudadano a un *poseedor exento* (*franc-tenancier*): aquél a quien los romanos denominaban *pater familias.* Eso supone como mínimo seiscientas libras de renta neta, o sea el valor de alrededor de treinta sextarios de trigo [...] Propondré, pues, a Vuestra Majestad otorgar un voto de ciudadano únicamene a cada porción de seiscientas libras [...]" (pp. 27-29).

Si despreciáis la época en que Turgot escribía, no podéis, sin embargo, señor duque, negar cierta atención a las palabras de este virtuoso filántropo, y al sentimiento meditado que las dictó. Si vuestros secretarios (Condorcet, Dupont y sus pares) os lo aconsejasen, si quisieran separar vuestra gloria de la de Turgot, resistid a esa trampa de su ingratitud: no imitéis jamás a hombres que sólo han visto en el prudente Turgot un distribuidor de favores y pensiones, y que, por unas cuantas ganancias obscuras, quieren haceros cometer faltas fulgurantes. Temed que se diga que habéis cambiado igual que ellos; que vuestros principios eran hipótesis; vuestra virtud, un recurso; vuestra amistad, una táctica; que no se diga, en fin, que efectuáis bajo vuestro techo, no una reunión de patriotas, sino una concentración de la demagogia.

SALOMÓN

XI

Advertencia

Algunos de nuestros lectores, jefes de municipalidades, diputados o suplentes del estado llano, se han quejado del estilo de los "Resúmenes". Afirman que esa manera de escribir "hacer pensar demasiado", y que "no hay ningún periódico en que tengan menos consideración hacia ellos". Para complacerlos, pues, el señor Salomón, nuestro editor, les ha brindado el *Mensaje a los Imparciales*, insertado en el número 10. No habrá quejas, supongo, sobre la altanería de esa prosa, ni sobre la aristocracia del estilo. Dicho *Mensaje* se dirige a la clase más respetada, como a la más respetable, sin acepción de personas, y confiamos en el agradecimiento de aquéllos de entre nuestros lectores a quienes la prosa de los "Resúmenes" ha traído problemas. Mas les advertimos que rara vez sacrificaremos nuestra modalidad y que les daremos muy poquito de ese estilo fácil que tanto les agrada: no nos hemos retirado al campo para andar incómodos. Por lo demás, si siempre bajáramos para evitarles el trabajo de subir, nos apartaríamos de la buena compañía que nos sigue desde hace tiempo y que es de trato más accesible de lo que se cree, ya que no exige que se separe la consideración que se le debe, de la que se debe a la lengua, al buen gusto, al tono adecuado y a la majestad de la historia.

No significa lo dicho, empero, que en el *Mensaje a los Imparciales* se haya llevado la condescendencia hasta la incorrección o la vulgaridad del estilo; sólo han sido proscriptas las formas elegantes, a fin de amoldarse al espíritu de una nación que renuncia a todas las apariencias de lujo en beneficio de los capitalistas, y que se sentirá sin duda muy satisfecha de que se establezcan leyes suntuarias también para la prosa. Pero hay que decir también que la franqueza y la pureza de principios que reinan en grado sumo en el *Mensaje a los Imparciales* disculpan su desnudez ante los ojos más delicados, y si el mal estilo de todos los diarios de París ha hecho entrar tantas falsas ideas en el pueblo, ¿por qué la bondad de los principios no excusaría un estilo sin ornato ante las personas distinguidas?

• • •

[*Continuación del cuarto "Resumen"*]

Hic vir, hic est, tibi quem promitti saepius audis.
(*Eneida*, VI)

Fue hacia mediados del mes de septiembre, cuando se estatuyó la herencia del trono "por orden de primogenitura, entre los varones, con exclusión de las mujeres", fue, digo, hacia mediados del mes de septiembre cuando la camarilla de Orleans se sacó bruscamente la máscara patriótica y se mostró en su verdadera forma en medio de la Asamblea nacional: pues el orden de primogenitura apenas había sido pronunciado cuando un cierto señor Rewbell se levantó para observar que ese decreto "llamaba al trono a la rama española, en perjuicio de la casa de Orleans".[49] Lo siguieron el señor Bouche, el conde de Mirabeau, algunos gentileshombres de la minoría, y por último el marqués de Sillery, capitán de los guardias del duque de Orleans y confidente de sus placeres, quien, encontrándose "por casualidad", como él mismo dice, con el tratado de Utrecht en el bolsillo, se puso a leer en alta voz el artículo de renuncia de la rama española, y depositó el tratado sobre el escritorio del presidente.

Entonces se abrieron los ojos de todos; las diferentes facciones se contemplaron con sorpresa teñida de vergüenza: veían por quién habían sido secundados y para quién habían trabajado. El público, que compartió enseguida la afrenta de aquel descubrimiento, recordó despechado cómo había sido, en el curso de toda su vida, aquel príncipe que no tenía más de seis meses de patriotismo.[50] Vino a la memoria el desprecio que siempre había manifestado hacia la opinión pública, sentimiento que es el punto final de la corrupción cuando no es la cúspide de la filosofía, cuando, sobre todo, no es

[49] En efecto, los Borbones de España, representados en aquel entonces por Carlos IV, descendían en línea recta de Luis XIV, en tanto que la Casa de Orleans, cuyo jefe era Luis Felipe José, más tarde llamado Felipe *Igualdad*, procedía de Felipe, hijo de Luis XIII y Ana de Austria, y hermano menor de Luis XIV. (N. del T.)

[50] Desde comienzos de 1788, el duque de Orleans pareció querer aproximarse al pueblo, al cual no le había ahorrado hasta entonces ni desprecio ni odio; hizo anunciar distribuciones de pan a sus puertas y llenó los periódicos de su beneficencia. El invierno agregó su rigor a las manifestaciones del príncipe y les dio relieve.

acompañado por el desprecio a las riquezas. Menos se le perdonó el despreciar la opinión pública por lo bien que se había conciliado sus favores cuando había resultado necesario para su ambición. Había al mismo tiempo bochorno por no haberse escandalizado lo bastante de las limosnas que el príncipe repartía a los pobres cuando se aproximaba el tiempo de convocatoria de los Estados generales. Cuando un malvado hace el bien, puédese estimar por semejante esfuerzo todo el mal que prepara. Las instrucciones para sus bailías, redactadas por el abate Sieyès y afectadas de democracia, volvían igualmente a la memoria. Resurgían las quejas sobre la ilegal elección de la nobleza de París, elección adicta al señor duque de Orleans, y que sólo ha arrojado dentro de la Asamblea miembros iletrados u oradores furiosos.[51] Fue un síntoma sumamente inquietante de todo cuanto iba a suceder la despreocupación de todo París ante los vicios manifiestos de aquella elección; pero tanta era ya la excitación de los capitalistas, que soportaron gozosamente el desprecio de sus poderes y de todas las reglas para llegar más rápidamente a la revolución.

Quienes han juzgado con mayor cordura el espíritu que reinaba en aquellos momentos en la cámara de los comunes, son unánimes en afirmar que la mayoría tenía las mejores disposiciones; que sólo aspiraba a la reforma de los abusos, al mantenimiento de la autoridad regia, y, para decirlo todo, a una verdadera constitución. El abate Sieyès no había inventado aún su república; el conde de Mirabeau era aún causa de bochorno. Mas la agregación de los párrocos y los cuarenta y siete gentileshombres fue una verdadera irrupción, que perturbó todas las ideas, y las desvió de su curso con un movimiento violento e irregular. El momento en que el duque de Orleans entró en la sala de los comunes, seguido por los cuarenta y siete gentileshombres, es inolvidable. Sábese que, para darse un semblante más tranquilo y más digno de su empresa, entró en la sala protegido con peto, pero el miedo se desliza bajo las corazas más fuertes, y va a apoderarse del corazón dispuesto. Dicho príncipe se sintió mal cuando salía de la cámara de la nobleza para pasar al estado llano; y la ciega diligencia de algunos cortesanos, que le descubrieron el pecho, traicionó el secreto de aquel desvanecimiento.

[51] El conde de Lauraguais empleó vanamente su tiempo, su lógica y su probidad en combatir esa elección; era cosa hecha. Por otro lado, creíase ver una lista de baile al leer la de tantos jóvenes diputados y sus suplentes.

Cuando el rey, más convencido que sus ministros de las traiciones y del poderío de sus enemigos, escribió a la mayoría de los nobles, para agradecerles su celo, e instarlos a reunirse con los facciosos, el conde de Artois les escribió igualmente que apresuraran la reunificación, a fin de salvar la existencia del rey; y cuando Su Majestad fue con sus hermanos a reconocer a los Estados generales como *Asamblea nacional*, y a anunciar el alejamiento de las tropas, así como el llamamiento para el regreso de Necker, sucedió que un diputado del estado llano, por nombre Blanc, se hallaba en agonía. Alguien informó al moribundo que el rey y sus hermanos habían salido sanos y salvos de la Asamblea nacional; ante aquellas palabras lanzó un gran grito y expiró, pronunciando el nombre del conde de Artois. ¿Era ira o satisfacción? Su pronta muerte sumió esta cuestión en una duda eterna. He ahí lo que cada cual evocaba en esas circunstancias. Un oficial de artillería,[52] muy conocido, robustecía también las sospechas contra el duque de Orleans, por sus vinculaciones con él. Si no se osaba reprochar a Necker las frecuentes visitas del príncipe, no se dejaba por ello de recordar que ambos habían sido coronados en efigie, en el *Palais-Royal*, el 12 de julio; y que sus bustos habían sido llevados por las calles, en medio de las aclamaciones del pueblo y de los capitalistas: se les veía todavía sobre el mismo pedestal y bajo el mismo laurel.[53] Todo ello explicaba por qué la corte no enfrentaba un fracaso o una noticia deprimente sin que el *Palais-Royal* pusiese inmediatamente alumbrado de fiesta; y por qué la marquesa de Sillery hacía bailar a la princesa de Orleans con los niños del pueblo en el circo del *Palais-Royal*. Osábase ya sospechar del príncipe en relación con los levantamientos periódicos del populacho y con las hambrunas que renacían sin cesar, cosas sin él inexplicables, así como los disturbios de todas las ciudades en donde se hallaban oficiales al servicio de su persona y de su casa. Su huida a Inglaterra ha confirmado pos-

[52] El señor de La Clos, autor de una novela intitulada *Les Liaisons Dangereuses*, obra muy moral en el fondo, ya que pinta muy bien el vicio y la corrupción de las costumbres, pero que se le reprochó como un crimen a causa de la singular reputación de que gozaba su autor. Si Molière hubiese tenido mala conducta, le habrían reprochado el *Tartufo*. Por lo demás, la novela mencionada está escrita en estilo agradable, pero sin imaginación ni brillo.

[53] Nos parece difícil que el ministro Necker pueda lavarse nunca de semejante reproche. El pueblo gritaba mientras paseaba su busto y el del duque de Orleans: "¡Viva Luis XVII y el señor Necker!"; pero éste no hizo ninguna denuncia contra ese delito en los periódicos. Su silencio hizo que lo compartiese.

teriormente esos rumores y verificado tales conjeturas. Se descubrió que los derechos que su ambición había abolido en varias ciudades de sus dominios, su resentimiento y su avaricia los habían restablecido muy pronto; que los actos de beneficencia y de humanidad, proclamados ostentosamente en todos los diarios, eran falsos o exagerados, o en su duración o en su importancia. Preguntóse por último qué podía ganar un príncipe de sangre real con una revolución puramente democrática, cuyos frutos habían de ser tan amargos para su casa. Habría sido preciso suponer en este príncipe un corazón de héroe que arde de amor por el pueblo, y de sabio desprendido de las grandezas y los bienes de este mundo: eran demasiadas suposiciones y dificultades juntamente; pero todo se aclaraba atribuyéndole, en lugar del heroísmo de un patriota, la ambición de un descontento que quiere hacer redundar una revolución en provecho propio y recoger para sí solo los restos de una monarquía. Tal idea no sobrepasaba las concepciones del pueblo bajo. Parecía lo más simple que el primer príncipe de la sangre, con inmensas rentas, se hubiese considerado como el suplente natural de los herederos del trono; que hubiese pensado no solamente en sacar provecho de las faltas del rey, los furores del pueblo y todas las facciones de la Asamblea nacional, sino también en dirigir unos y otras, a fin de ascender merced al esfuerzo de tantas causas enemigas, como una nave sube sobre las olas que rugen y se rompen bajo ella; pero como en las conjuras suele tener más importancia el espíritu y el carácter de un jefe que su oro, parecería asombroso que personas inteligentes se hubiesen vinculado con el príncipe y puesto a su servicio. Por eso, cuántas veces, más inquietos por él que por la revolución, se los ha visto estremecerse e indignarse contra sí mismos por haber hecho descansar sus proyectos, su honor y su vida en semejante cabeza. Sus perplejidades subsistieron mientras le quedó al rey poder suficiente como para que el duque de Orleans se sintiera tentado de ir a arrojarse a sus pies. Este príncipe, siempre dispuesto a rescatar su vida a fuerza de víctimas, ha sido constantemente, pues, más temible para su facción que el rey mismo.

Tales fueron, en la corte, en la Asamblea nacional, y aun en el pueblo, las impresiones, las rápidas consecuencias y las derivaciones del descubrimiento de la conspiración del duque de Orleans. Pero cualquiera fuese la desgracia en que el príncipe hubiera caído repentinamente, le restaban aún tantos medios, su oro circulaba tan

abundantemente en París,[54] y la debilidad del gobierno era tan visible, que sus partidarios dentro de la Asamblea nacional no se desconcertaron. La cuestión de los derechos y las renuncias de la rama española fue seguida durante cuatro días con un furor indecible; nunca, en el congreso de Utrecht, los enemigos de Luis XIV pusieron más barreras entre las coronas de Francia y de España; nunca los celos de Inglaterra y del emperador se expresaron como la facción de Orleans. Las sesiones fueron tan largas y tan tempestuosas que era bien claro, por una parte, que la Asamblea nacional resistía de buena fe, y que, por la otra, la facción de Orleans se sentía más trabada por El Escorial que por Versalles. Todas las facciones se mostraron al desnudo: una iba contra el rey y las otras contra la realeza; era, en una palabra, una lucha entre *regicidas y regnicidas*. Estas últimas prevalecieron: se desconfió más de Felipe de Orleans que de Luis XVI, y se rechazó un crimen inútil. El populacho parisiense ha juzgado más tarde igual que la Asamblea nacional: ha derribado el trono, pero ha salvado a la persona del rey.[55] Acaso no es inútil observar que en medio de las alabanzas con que se intentaba subrayar el *patriotismo* del duque de Orleans, así como sus demás *virtudes*, y todas las obligaciones que habían contraído para con él la Asamblea y la revolución, un diputado hizo notar con qué delicadeza el príncipe se ausentaba de la Asamblea desde que se trataban en ella sus intereses: a lo cual otro diputado rogó con mucha gracia a la Asamblea que observase que el rey de España tenía la misma delicadeza.

Efectivamente, al no haberse pronunciado la Asamblea entre la casa de Orleans y la rama española, y haber por el contrario decidido sobre la herencia del trono sin prejuzgar nada sobre el efecto de las renuncias, no le quedó al duque de Orleans más recurso que

[54] Algunos pretenden que ese oro era de los ingleses, y que el duque de Orleans ha especulado con la revolución. Hay que aguardar, para decidir el asunto, que el señor Pitt haya dado explicaciones sobre los 24 millones de gastos secretos que ha mencionado en la cámara baja. Por otra parte, nosotros ayudamos con nuestro oro y con nuestra sangre a la insurrección americana.

[55] Estas líneas de Rivarol fueron publicadas en enero de 1790; tres años más tarde, el 21 de enero de 1793, Luis XVI moría en la guillotina; su pariente el duque de Orleans había votado a favor de su condenación en la Convención nacional. Pero el mismo *Philippe Egalité* perecería a su vez en el cadalso poco después. Véase *infra*, el *Retrato del duque de Orleans*. (N. del T.)

provocar una tormenta popular suficientemente violenta como para hundir a la familia real, y si era menester, a la misma Asamblea nacional.

XII

Carta apologética [56]

SEÑORES:

El duque de Aiguillon acaba de sufrir un tipo de acusación sumamente atroz: hete aquí que este legislador se ve obligado a escribir y protestar que no se ha vestido nunca de puestera (*poissarde*), y que de ningún modo se mezcló con las damas de la nación, cuando éstas vinieron a Versalles, en la noche del 6 de octubre, para llevarse a la familia real. Es una aventura que no le aconteció ni a Licurgo, ni a Solón, ni a Moisés, ni que yo sepa a uno solo de los legisladores antiguos y modernos, sagrados y profanos.

Digo que semejante acusación es atroz, porque el duque de Aiguillon no puede probar en ningún momento que nunca se disfrazó de mujer, sea cual fuere el diario que utilice para ello, y aunque se trate de las actas de la Asamblea nacional; el error es casi invencible. En efecto, se lo pregunto a París entero, ¿hay alguien que pudiera reconocer al duque de Aiguillon, una vez que se hubiera vestido de puestera? Es entonces abusar de todos los atractivos de este duque, de su cara, de su silueta, de su tez y de sus modales, entablarle tal proceso: puesto que es evidente que cuanto más un hombre con el aspecto del duque de Aiguillon se vería ayudado por su apariencia en carnaval, más sería desfavorecido en justicia. No todo el mundo tiene la suerte del conde de Mirabeau, quien, en momentos en que se lo colgaba en efigie por el delito de seducción, pretendía

[56] Sobre el duque de Aiguillon puede verse el párrafo respectivo del *Pequeño diccionario de los grandes hombres de la Revolución*. La supuesta presencia de este personaje disfrazado entre las *poissardes* que invadieron el palacio de Versalles en la noche del 5 al 6 de octubre de 1789 fue men-

que su justificación estaba entre las manos del verdugo: la efigie era efectivamente muy parecida. Si, por ejemplo, el conde de Mirabeau se vistiese de mujer, *los hombres se esconderían, la tierra se entreabriría, el sol retrocedería, la luna se eclipsaría, las mujeres encintas abortarían.*[57] Ahora bien, se ve fácilmente que tras signos tan clamorosos el conde de Mirabeau no estaría tentado de escribir que nunca se vistió de mujer, ya que su disfrazarse constituiría una de las grandes épocas de la naturaleza, como el diluvio o el fin del mundo. Pero el duque de Aiguillon tiene un aspecto como para inspirar más celos que amor a la más lozana, la más robusta y la más redondita de todas las damas del mercado de abasto. Hasta puede decirse que, si se vistiese de mujer, no estaría para nada disfrazado, estaría ajustado: de modo que para ojos que lo viesen por primera vez, el duque de Aiguillon sólo parecería disfrazado vestido *de hombre.* Incluso tenemos que habernos acostumbrado mucho a verlo así, y la costumbre tiene que embotar a la larga el gusto, para que no sintamos algún pesar por esta equivocación de la naturaleza. Supóngase por un momento que el duque de Aiguillon hubiese llevado, como Aquiles, ropas de mujer desde su juventud, no veo en qué tiempo se habría podido hacerle abandonar el disfraz y juzgado conveniente darle ropa de hombre. Se habría temido siempre el escándalo y la confusión de las pruebas. Probablemente, este nuevo *conculix* se hallaría aún, *en falda corta y blanca blusa,* tan en apuros para probar que es un hombre como lo está hoy para demostrar que no era una mujer en la noche del 6 de octubre.

Digo pues, y lo repito, que esa acusación es cruel, porque el duque de Aiguillon se ve obligado a escribir sin pruebas contra probabilidades admirables, y a protestar por su honor contra su figura.

Voy más lejos: como la expedición de la noche del 6 de octubre tenía como objeto principal a la reina, el duque de Aiguillon, que no es novato en el mundo, habrá podido creer que la hora en que se proponían sorprender a la princesa en su dormitorio no permitía presentarse con ropa de hombre. Así las circunstancias habrían entonces hecho necesario el disfraz, y lo justificarían aún hoy si el duque lo necesitara. Me remito a ciertos diputados que

---

cionada después muchas veces, pero al parecer la anécdota había sido imaginada por Rivarol como una de sus tantas burlas, a menudo punzantes, a los defensores de la causa revolucionaria. (N. del T.)

[57] Según S. *Lucas,* XXI, 25.

no se separan de él y que saben su secreto. En cualquier caso es muy duro para él tener que rechazar el mérito de su decencia y de su delicadeza.

Para terminar, si fuese verdad que el duque de Aiguillon se vistió en algunas ocasiones de mujer, fue sin duda porque, al tener que hacerse una reputación opuesta a la de su padre, menester se hizo substituir el respeto filial por todas las virtudes de un patriota y convertirse en *el amor del pueblo.* Y en una nación frívola y galante, el mismo Catón habría suavizado sus rasgos y ablandado sus costumbres para salvar a la patria. El duque de Aiguillon puede haber probado entonces el prestigio de las faldas y del abanico para agradar a los franceses, como la señorita de Eon probó el uniforme y el mosquete para servirles. Arriesgo esta última razón junto con las precedentes, sin estar muy convencido: el señor duque elegirá.

Quedo de vos, etc.

* * *

[*Continuación del cuarto "Resumen"*]

Nos numerus sumus.
(Horacio)

Antes de internarme en los horrores del 6 de octubre, le debo una mirada a esa porción de la Asamblea nacional que no pertenece a ningún partido, que no ha tomado parte en ningún secreto, que no tiene, en una palabra, ni vicio ni virtud. Al parecer, diputados a quienes no se puede elogiar ni reprobar deben necesariamente, o desafiar a la censura, o reclamar la indulgencia. Pero he de impedir que presenten algún día la excusa de su nulidad al tribunal de la historia. Les diré que han hecho número con los malvados; que son culpables de todo el mal que no han impedido; que son responsables de todas las trampas que les ha tendido la perfidia y de todos los traspiés de sus conciencias, porque con toda su buena fe, dos pasiones los han dirigido constantemente en su accionar, los han decidido en sus medidas, y les han dictado sus mociones: una es el *miedo,* y la otra la *vanidad.*

El terror profundo que les inspiró la concentración de las tropas y el avance de la artillería fue el motivo que los lanzó en brazos de los parisienses, quienes compartían por cierto su espanto, y que les hizo ratificar la insurrección. Por la misma causa aplaudieron la defección de las tropas regulares, y dieron armas a los campesinos de un extremo a otro del reino. Fue el miedo, sentimiento habitual del conde de Mirabeau, el que, al comunicarse a la mayoría de los miembros, los llevó a declararse inviolables, cuando su vanidad quería que se declarasen infalibles. A causa de ese terror, del cual nunca pudo curarse bien la Asamblea, día tras día, culpables instrumentos del crimen, no han cesado de arrancar a la corona alguna nueva prerrogativa, y han terminado por reducirla completamente a la nada, dejándole un mero *veto suspensivo*, cuyo uso le arrebataron incluso a poco andar.

Fue la vanidad lo que les hizo primeramente desdeñar el nombre de *estado llano*, dejar a continuación el de *comunes*, y rechazar por último el título de *Estados generales*, para adoptar el de *Asamblea nacional*; ése fue el motivo de que se negaran a rendir al rey ciertos honores que eran meramente protocolares, y de que hayan recibido con una bondad desdeñosa los humildes homenajes de las cortes supremas; ése fue el motivo de que la mayoría de sus miembros hayan propuesto poner el tesoro real en poder de la Asamblea, someter el ejército a sus convocatorias y los ministros a su elección; mientras que otros querían que la Asamblea se concediese a sí misma la condecoración de una medalla, lo cual llevaba a nada menos que a fundar un patriciado eterno y una aristocracia burguesa en el seno mismo de una Asamblea que abolía todas las prerrogativas y exterminaba todas las distinciones. Adular esa vanidad notoria fue lo que movió a un cuerpo militar a proponerles una guardia de honor; por vanidad han querido dar una declaración de derechos del hombre antes de la constitución; por vanidad, en fin, toda esta Asamblea, olvidando la marcha lenta y mesurada de los cuerpos legislativos, se precipitó en su carrera, y en la noche del 4 de agosto, cortó ramas y raíces a un árbol que había que podar prudentemente; halagada sin duda por el pueril y tonto orgullo de asombrar al mundo, de destruirlo todo y reconstruirlo todo al mismo tiempo, y de no dejar tarea alguna a la posteridad. Efectivamente, vióse el momento en que la Asamblea nacional, henchida con los vapores de su gloria, y abarcando con sus vastas concepciones Europa, África y América, creyóse a punto

de dar a luz todas las constituciones y todas las libertades de la tierra.

El miedo y la vanidad, son, pues, los dos pivotes sobre los cuales giran todas las acciones de los integrantes más puros de la Asamblea nacional. El interés vil sólo ha hablado y se ha hecho oír una sola vez;[58] es ese vil interés, por ejemplo, el que ha sublevado a París; porque el *patriotismo*, el pretexto eterno de los parisienses, no ha sido motivo sino para algunos burgueses que no entendían la situación. Sesenta mil capitalistas y el hervidero de especuladores la decidieron, al consagrarse al servicio de la Asamblea nacional, a partir del día en que ésta puso las deudas del gobierno "bajo la salvaguardia del honor y la lealtad francesa": porque no era en modo alguno una constitución lo que los capitalistas esperaban de los Estados generales; era una garantía. La obra maestra de su política fue comunicar su entusiasmo a las provincias, las cuales no obstante sólo podían pretender una gloria onerosa, pagar las deudas del gobierno.[59] París no debe entonces pronunciar jamás la palabra *patriotismo*; a las provincias, que se inmolan gratuitamente por ella, corresponde reclamar ese hermoso título. París es demasiado interesada, y hartas pruebas dio de ello cuando se consideraba el empréstito de treinta millones. Bástele entonces con haber persuadido al Estado de que la Patria residía en el *Palais-Royal* y la Nación en la Municipalidad.

No pretendemos prejuzgar aquí nada, ni insinuar nada, en lo

[58] Como se recuerda, la prerrogativa que la Asamblea defendió con más ahínco, era la de estar rodeada de pueblo durante sus sesiones; pero cuando hubo que considerar la determinación de los emolumentos de los diputados, su discreción y modestia los llevó a retirarse a sus treinta comisiones, donde resolvieron y decretaron secretamente que se les pagaría a razón de 18 libras *por jornada*, y, desde que están en París, a razón de 24 libras, a contar del día de su llegada hasta el de su partida; han estipulado 5 libras por banca para gastos de viaje, y con el mismo decreto autorizaron al ministro Necker a pagar seis meses a cada diputado. Sólo este artículo, sin otros gastos accesorios, asciende a varios millones: lo que parecerá de alguna importancia en un momento en que el patriotismo no ha sido capaz de suscribir enteramente un empréstito propuesto por Necker y garantizado por la nación. Téngase en cuenta que es cosa prácticamente cierta que los diputados de 1614 donaron sus sueldos a la nación.

[59] Los señores Laborde-Méréville, Boscary y Dufrenoi, el notario, merecen que se los saque por un momento de su caja fuerte, a causa de la enorme influencia que han ejercido sobre los capitalistas, y por consiguiente sobre la revolución: especialmente el nombrado señor Dufrenoi, quien se hizo dueño bajo la administración del ministro Calonne, mediante la *operación de los boletines*, de una fortuna escandalosa, y, lo que es peor, de una buena reputación.

que hace a la bancarrota. Sabemos que un rey no tiene el derecho de declarar insolvente a una nación que quiere y puede pagar. Por otra parte no conviene al interés de un rey declararse en quiebra cuando su pueblo quiere evitarle esa desgracia. Ahora bien, es cosa cierta que la nación quiere pagar; lo único que queda por saber es si puede: porque, si no puede, no será necesario que el rey declare bancarrota, ésta se producirá por sí misma, y nadie tendrá nada que decir.

XIII

Falsus honor juvat, et mendax infamia terret.
(Horacio)

En cuanto al ejército, que era ayer el ejército del rey y que hoy no es el ejército de nadie, hay que tener mucha mala fe para decir v aparentar creer que quienes son soldados no han violado su juramento sino después de haber reflexionado profundamente sobre el estado de la cuestión, después de haber entendido cabalmente que el *soberano* está en el pueblo, y no en la persona del rey, y que era tiempo de dar a la monarquía formas plenamente democráticas. Digamos la verdad: los soldados, que eran monárquicos, se han hecho republicanos por la misma razón que los soldados romanos, de republicanos que eran, se hacían monárquicos; unos se volvieron contra el rey, como los otros se volvían contra el senado, pero siempre en nombre de la patria, pretexto eterno de todas las rebeliones. La novedad, el placer de participar en una revolución y de vengarse de sus jefes, los repartos de dinero, el amor al pillaje, y cierto atractivo indefinido que va de par con la insubordinación y con todo cambio del Estado, tales son las causas de la defección del ejército y de todos los ejércitos.

Los íntegros de la Asamblea nacional pretenden disculpar al soldado francés diciendo que "era ciudadano antes de ser soldado"; pero no hay nada que no se justifique con tal sofisma. Es conducirse en el estado actual con los principios de un estado anterior. Una mujer infiel no tiene más que decir a su marido: "Yo era *soltera antes de ser esposa*"; o: "Yo era *mía antes de ser vuestra*".

Ese mismo soldado a quien disculpáis y de quien hacéis un soldado razonador sólo tiene que apoderarse hoy de vuestro bien; y alegaréis en vano que los ciudadanos deben respetar mutuamente sus propiedades, os contestará que era hombre antes de ser ciudadano, como vosotros le dijisteis que era ciudadano antes de ser soldado; os responderá que la tierra pertenece a todos los hombres, y que él quiere tener su parte. ¿Qué le diréis a ese sofista armado con vuestra *declaración de derechos* y con un fusil? Tomará vuestro bien como *hombre de la naturaleza,* le sacará provecho como *ciudadano* y lo defenderá como *soldado.* Del mismo modo las tropas de Augusto gozaban de los bienes arrebatados a los habitantes de Cremona y de Mantua; del mismo modo, bajo los sucesores de los Césares, las milicias dispusieron de todo el Imperio. Para volver a ver esos tiempos felices, no se precisaría más que un perverso con habilidad; y no es culpa de la Asamblea nacional si tantos malos ciudadanos carecen de jefe. Felizmente el más ardiente enemigo del rey no ha sido el más bravo de los hombres.[60]

En este momento, los neutrales de la Asamblea nacional se verían en grandes apuros si se los conminase a decidirse por las tropas infieles o por los regimientos que han sido fieles a su juramento: porque, si los soldados infieles han sido elogiados, adulados y proclamados "buenos ciudadanos", ¿qué diréis de los otros? ¿Los llamaréis "traidores a la patria"? Entonces los pocos granaderos de la guardia que no han querido abandonar a la persona del rey merecerán un castigo: porque no podéis recompensar al mismo tiempo a los que se han ido y a los que se han quedado; a menos que digáis que los soldados y los oficiales que permanecieron fieles no eran tan buenos metafísicos como los que abandonaron al rey, y a sus propias banderas.

Se pondría igualmente en apuros a los imparciales de la Asamblea nacional si se les preguntase por qué han tratado de "malvados" y de "hombres perversos" a los Estados generales del *Palais-Royal.* "Es", dirían seguramente, "porque los Estados del *Palais-Royal* intimaban órdenes y dirigían amenazas a los representantes de la nación." ¡Pero cómo! Cuando soliviantan París, cuando corrompen al ejército y echan por tierra la autoridad real, los declaráis "bravos y leales"; sus enviados son recibidos con aclamaciones en vuestro seno, y tratáis con ellos como de potencia a potencia; ¡y cuando os amenazan, ya no son más que "hombres perversos".

[60] Alusión al duque de Orleans (N. del T.)

y armáis contra ellos al Ayuntamiento, a riesgo de provocar una carnicería general! Os inflamáis únicamente cuando la cosa es con vosotros; y cuando os exponen las dificultades de las provincias, cuando os anuncian que hay ciudadanos que van a ser destrozados ante vuestros ojos en las calles de Versalles; cuando se os implora contra las bandas armadas, os contentáis con responder: "la Asamblea nacional ve con emoción", o "no ha lugar una deliberación", o "remitís al poder ejecutivo": lo cual es el colmo de la irrisión con el estado a que lo habéis reducido.[61] Confesad entonces, vosotros, los más sabios de nuestros diputados, que el rey no se permitió nunca escribiros como os escribió el *Palais-Royal*, y que vosotros habéis tratado a ese mismo *Palais-Royal* como el rey no lo trató jamás. Confesad que, si el monarca se mostró demasiado débil, vosotros os habéis hecho demasiado fuertes; confesad que, por miedo de que Francia fuese excesivamente monárquica, la habéis hecho totalmente democrática, y que no habéis tenido en ningún momento la idea de una buena constitución; porque el príncipe concentraba demasiados poderes, vosotros se los habéis arrebatado todos; porque en lugar de la diadema no habéis dejado más que una simple escarapela; porque el rey de Francia no es ya más que un gran pensionario, que un estatúder,[62] que un actuario de vuestras altas potencias, pues, con toda vuestra buena fe, no habéis entendido dejarle más poder *ejecutivo* que el de *ejecutar* vuestras voluntades.[63] Si Francia se hubiese congregado por sí misma, habría puesto al rey a su cabeza; y vosotros, simples representantes, lo

[61] Las frases citadas sirven de fórmula a la Asamblea. Hace algún tiempo el pueblo de Versalles arrancó de manos del verdugo a un *parricida* que iba a sufrir la muerte que bien había merecido; y ese mismo pueblo colgó y mató a golpes, en el mismo momento y en el lugar, a una mujer que estaba allí para ver la ejecución. Al parecer ese pueblo no quería una víctima presentada por las manos del verdugo y mancillada con el mayor de los crímenes; se diría que deseaba una víctima inocente: ejerció su nuevo poder salvando al crimen, y su furia acostumbrada inmolando a la inocencia. La Asamblea nacional expresó que *se sentía conmovida.* El *Journal de Paris,* redactado por un cierto señor Garat, añadió que el pueblo es siempre bueno y justo cuando está ilustrado. La verdad es que el pueblo es, como ese periódico, siempre sin justicia y sin luces.

[62] *Grand pensionnaire,* como *stathouder,* era el título del primer magistrado de los Países Bajos en la época republicana. (N. del T.)

[63] Los ignorantes gustan de estas divisiones sencillas y breves: el rey es el *poder ejecutivo*: la Asamblea nacional, el *poder legislativo,* y todo está dicho, todo les parece explicado con esa distinción. No ven que un rey que no tiene sino el poder ejecutivo no es rey, es sólo un servidor, y que un cuerpo legislativo como la Asamblea nacional tiene realmente todos los poderes en sus manos. Nunca se repetirá excesivamente esta verdad.

habéis puesto a vuestros pies, lo habéis llamado "soberano provisorio", "delegado del azar"; habéis afirmado que ese delegado tenía que "vivir con poco"; lo habéis ultrajado y humillado... Pero ¿por qué no abolir de un solo golpe el nombre mismo de la realeza, y declarar a Francia república, o incluso anarquía popular? Habría habido más franqueza y más altura en vuestra faena. Cuando uno se burla de sus mandatos, debe burlarse hasta el fin. Es preferible sin duda abolir hasta los vestigios de la realeza antes que envilecerla; y si Luis XVI parece ajeno a lo que hacéis, la nación entera no podrá un día mostrarse indiferente: pues no podéis ser culpables contra la monarquía sin serlo contra la nación; y, si el rey estuviese en connivencia con vosotros, sería culpable con vosotros. La nación no puede querer un jefe sin diadema, o una diadema sin brillo: ello la haría enrojecer ante la faz de Europa. El cuerpo político para nada precisa un poder ejecutivo reducido a retroceder continuamente ante un cuerpo legislativo, y un príncipe cubierto de afrentas no puede sino envilecer a su pueblo. ¿No recordáis ya que otrora, cuando se hablaba de un rey verdaderamente rey, se mencionaba al rey de Francia, y cuando se hablaba de un pueblo que amaba a su rey, se mencionaba a los franceses? [64] Habéis destruido juntamente ese poder y ese amor que os podía ser tan útil para la gloria del trono y la felicidad del pueblo. Y sin embargo Inglaterra os ofrecía un gran ejemplo en la manera en que ha tratado a sus reyes. Les ha dado en prerrogativas y en signos de respeto lo que les quitaba en poder, los ha reconocido como parte integrante del poder legislativo, les ha dejado la plenitud del poder ejecutivo. Sus reyes siguen teniendo libertad para hacer el bien e impedir el mal; por último, quiso que se les sirviese de rodillas. Pero vosotros habéis despreciado a Inglaterra, la habéis tildado de esclava y de bárbara; habéis afirmado que no entendía nada de constituciones, que estaba aún marcada con los estigmas del feudalismo, y que, muy lejos de daros ejemplos, más bien le correspondía a ella tomarlos de vosotros.

Enviados solamente a reformar, no habéis pensado más que en derribar; vuestra comisión de abastecimiento no ha proporcionado un solo pan, vuestra comisión investigadora no ha hallado un solo hecho. Como a niños, os ha parecido más lindo destruir que edificar, y en esa demolición universal del antiguo edificio, no

[64] Tal es la diferencia entre el antiguo régimen y el nuevo: el rey no era rey, no es más rey; estaba exagerado, está aniquilado.

habéis sabido conservar los materiales, porque el pueblo os los arrebataba y los hacía pedazos a medida que los ibais retirando del conjunto. Hoy día ya no podríais volver a juntarlos si no es a mano armada; y si en medio de la desesperación a que os habrán empujado tantos pasos en falso, tomárais finalmente esa resolución, encontraréis buena respuesta; encontraréis un pueblo que ha gustado la anarquía y la cesación de impuestos; encontraréis por doquier las barreras derribadas, los derechos abolidos, las rentas secadas en su fuente y las provincias abastecidas por el contrabando; veréis los tribunales mudos o desiertos, los deudores furiosos o armados, los acreedores desarmados o temblorosos; veréis todo eso, y no veréis sino vuestra obra.

Eso es lo que dirigiría a la parte menos culpable de la Asamblea nacional, a los diputados débiles o tibios que no han realizado esfuerzo alguno contra los perversos, que no han apelado nunca a la posteridad. Mis palabras les parecerán sin duda demasiado amargas, mas que se congratulen, dentro de su desgracia, de que es posible exagerar sus faltas, pues voy a ocuparme ahora de hombres que desafían el poder de la palabra por la fuerza de sus crímenes. ¡Ah, si el Cielo hubiese querido que junto a los grandes criminales se elevase siempre un gran escritor, ciertamente no desafiaríais los castigos de la historia, Sieyès, Barnave, Target, La Clos, Sillery, Mirabeau, y todos vosotros, consejeros, directores y satélites de un príncipe culpable! Como vuestros predecesores, como Narciso y Tigelino, temblaríais bajo la vara de un Tácito, y los pueblos, consolados, no verían ya en vosotros objeciones contra la Providencia.

XIV [65]

Sine nomine corpus.
(*Eneida,* II)
Monstrum horrendum, informe, ingens, cui lumen ademptum.
(*Eneida,* III)

Si, al considerar la sanción real, hemos admitido dos especies de veto, uno absoluto y el otro suspensivo, fue más bien en considera-

[65] Aquí comienza el quinto "Resumen". (N. del T.)

ción a la historia, la cual, al narrar los errores, se ve frecuentemente obligada a adoptar su lenguaje, que a la razón, la cual no admite ni ese tipo de miramientos ni esa fidelidad pérfida.

Menester es entonces apresurarse a decir que, en el cuerpo político, no puede existir un *veto suspensivo*; esta expresión, que no puede reprochársele a ningún gobierno antiguo ni moderno, no presenta idea alguna, y no es en nuestro caso más que un embuste del poder legislativo, y, si hay que decirlo, una ironía constitucional. En efecto, si las voluntades en el hombre sólo se hacen respetables por su energía y su duración, y si se designa con el nombre despreciable de *veleidades* y de *caprichos* las voluntades débiles y pasajeras, ¿qué nombre habrá que dar al veto suspensivo? En política, como en mecánica, cuanto no es potencia es sólo traba. Por eso el abate Sieyès no quería ese monstruo impotente en la constitución actual. "No hay que instalar", decía, "el regulador fuera de la máquina"; y puesto que el rey está efectivamente afuera, ¿qué esperanza se nos podía dejar de verlo actuar en ella? El rey no es en absoluto actor, sino sólo primer testigo, en la constitución. El veto mismo es el regulador de la máquina; un rey sin veto no es ya regulador, y un veto que no es absoluto no es nada. Admitir un veto suspensivo en una constitución, es introducir en una máquina una pesa que no pesará y un regulador que no regulará.[66] El título de rey que se le ha dejado a Luis XVI no significa nada para un hombre que piensa.

Pero los franceses son todavía tan novatos, están tan próximos a su vieja infancia, que toman la aguja del reloj por su regulador. La aguja es el indicador y no el regulador del tiempo, y el rey es exterior a la constitución, como la aguja al reloj. En efecto, mientras la Asamblea nacional tiene mil maneras de manifestar sus actos y sus decretos al Estado, el rey, del cual se sirve, no es sino uno de sus medios, y es el menos constitucional. Un simple heraldo habría sido suficiente para promulgar los actos de la Asamblea so-

[66] La fuente de todos los errores, en política, se halla en la comparación que hacen siempre nuestros legisladores entre el gobierno y una *balanza*, y en el uso del término *equilibrio* para expresar el movimiento político. Nada se parece menos a una balanza que la máquina del gobierno; nada se parece menos a un equilibrio que la marcha de los cuerpos políticos. Esa comparación es lo que engaña continuamente a la razón. El error consiste en una analogía gramatical que ha producido una falsa sinonimia. Se dice en política que los poderes se balancean, pero eso no quiere decir que sean iguales; se dice en medicina que los humores están en equilibrio, pero eso no significa que estén en reposo.

berana; y entonces el gobierno, con una forma puramente democrática y una forma aristocrática, no ofrecería más equívocos y no llevaría en sí los gérmenes de la guerra civil. Sólo falta entonces, en el escrito del abate Sieyès *Sobre la cuestión del veto real,* afirmar netamente que no hacía falta un rey, pues por otra parte articuló con fuerza que el rey no podía tener ningún tipo de veto. Mas, carente de valor o de lógica, el abate le dejó a la constitución un rey inútil, en el momento en que la Asamblea le dejaba al rey una prerrogativa inútil.[67]

Eso es lo que no entendieron los ministros de Su Majestad, pues, aproximadamente en la época en que la facción de Orleans perdía su causa contra la rama española, los demagogos de la Asamblea habían querido que se presentaran las resoluciones del 4 de agosto a la sanción real, y el ministerio recomendó al rey escribir a la Asamblea nacional una carta llena de observaciones sobre esas resoluciones, a fin de probar el *veto suspensivo.*

A decir verdad, el rey reconocía con esa carta todos los principios consagrados en las resoluciones del 4 de agosto. Aprobaba el

[67] Oigo hablar en ocasiones de la lógica y de la metafísica del abate Sieyès, y lo he oído a él mismo hablar de ellas y reconocerlas con bastante frecuencia. Para saber si el abate Sieyès no se ha equivocado en sus cuentas, no tenemos más que meditar su *Dire sur la sanction royale*; allí es donde muestra su valer en materia de razonamiento y de política. Se ve eminentemente en esa obra que el abate Sieyès nunca tuvo en su alma sino dos sentimientos, que le sirven a veces de principios y a veces de conclusiones: uno es la *igualdad absoluta de los hombres en sociedad,* y el otro la *pura democracia en política.* La rigidez con que reduce todo a esos dos principios fue tomada por una gran lógica, y su obstinación por un gran poder de razonamiento. Su aspereza, su figura de puritano y la barbarie de su estilo han acabado con su prestigio. Se ha respondido que así es como debía estar hecho un reformador, que de ese modo debía razonar y expresarse; pero sépase que el conde de Mirabeau, castigo del buen gusto y de la razón, es sin embargo, como decía Boileau, un *sol* al lado del abate Sieyès. Tomemos al azar la siguiente frase de su *Dire sur la sanction royale* (pág. 39):

Il est vrai que ceux qui cherchent dans le veto *autre chose que l'intérêt public, autre chose que ses* avantages; *ceux qui, au lieu de consulter les vrais* besoins d'un établissement *dans sa nature même, cherchent toujours hors de leur sujet des* copies à imiter, *ne voudront pas reconnaître dans le* veto naturel *que j'indique celui qu'ils ont dans leurs* vues. ("Es verdad que quienes buscan en el veto algo distinto del interés público, algo distinto de sus *ventajas*; quienes, en lugar de consultar las verdaderas *necesidades de una institución* en su naturaleza misma, buscan siempre fuera de su tema *copias para imitar,* no querrán reconocer en el veto *natural* que indico el que ellos tienen en su mente.")

El hombre que así se expresa peca no sólo contra el idioma francés, sino también contra la metafísica de las lenguas, y sería bárbaro en todo tiempo y en todo lugar.

rescate de los derechos señoriales; la supresión de los palomares, del derecho de caza, de la venalidad de los puestos, del pie de altar de los párrocos, de los privilegios pecuniarios y de los privilegios de las provincias; la admisión de todos los súbditos a todos los empleos y la necesidad de poner trabas a la acumulación de prebendas. El rey se limitaba a aducir que los tributos personales que no degradaban la humanidad no podían ser abolidos sin indemnización. Prometía aprobar la supresión de las justicias señoriales cuando conociese la prudencia de las medidas adoptadas para sustituirlas. Daba testimonio de cuánto deseaba que la abolición de los diezmos pudiese ser reemplazada por una imposición en beneficio del Estado y de los pobres, pues dicha abolición sólo era una liberalidad para con los grandes propietarios. Por último, el rey prometía negociar ante la corte de Roma para lograr la supresión de las anatas. Terminaba con una observación sobre la necesidad de mantener una comunicación franca y abierta con la Asamblea, declarando que "modificaría sus opiniones, y hasta renunciaría a ellas sin dificultad, si las observaciones de la Asamblea nacional lo instaran a ello, ya que nunca se apartaría sino a su pesar de la manera de ver y de pensar de ésta".

Esas observaciones eran muy juiciosas; pero eran aún más inútiles: estaban llenas de bondad; pero en los reyes, la bondad no cuadra sino con el poder, y ya no le es dado a Luis XVI el ser bueno. La Asamblea nacional, que no tiene inconveniente en engañar al pueblo sobre la situación del rey, mas no quiere que los ministros se engañen al respecto, se indignó contra las observaciones de Su Majestad. La Asamblea sostuvo enfáticamente que en su calidad de cuerpo constituyente y soberano, sólo debía esperar del poder ejecutivo la perfecta obediencia que todo funcionario debe al soberano. Poco faltó, incluso, para que esas observaciones fuesen tratadas de felonía. Una Asamblea que defiende con tanto celo la felicidad de los pueblos ¿podía admitir que un simple delegado, como Luis XVI, quisiese compartir con ella sus afectuosas inquietudes?

Fue decidido que el rey no podía intervenir, ni siquiera mediante amonestaciones, en la obra de la constitución. Era, como se dice, cosa de *tomarla o dejarla*; los artículos del 4 de agosto, ninguno de los cuales era constitucional, fueron vedados y declarados sagrados para el rey. Lo único que se prometió fue conceder una ojeada a sus reflexiones cuando se llegase a las leyes de detalle. El presidente de la Asamblea recibió el encargo de ir a ver a Su

Majestad para rogarle que hiciese promulgar inmediatamente las resoluciones del 4 de agosto, y Su Majestad obedeció.

El ministerio actual, tan enemigo de los intereses del príncipe como el ministerio anterior lo era de los intereses del pueblo, renunció a una hipocresía ya inútil, y convino con su silencio en la nulidad absoluta de un *veto suspensivo*. Ese veto, prerrogativa, escudo del trono, se transformó así, en ocho días y ante los ojos de toda Europa, en un simple derecho de proclamar los decretos de la Asamblea. A partir de ese momento, los ministros han dejado de exponer la sabiduría del príncipe a las iras de la Asamblea y al desprecio del pueblo. El ex monarca recibe las órdenes de la Asamblea nacional y las hace publicar en el reino, sin demora, sin observaciones, y tal vez incluso sin conocerlas. ¿Cómo, después de tales hechos, los franceses siguen fingiendo creer que su rey no ha sido reducido a nada en la constitución actual? El menor de sus súbditos, que puede elegir o ser elegido, proponer o rechazar leyes, ¿no está unido más íntimamente que él al Estado, y no ejerce en éste una influencia mucho mayor?

Algunas personas no acaban de sentirse asombradas de que el rey, al recibir la orden de obedecer a las resoluciones del mes de agosto, y al ver el octavo y el undécimo artículos de la constitución, no se haya presentado en plena asamblea y no haya dicho: "Señores, no quiero de ningún modo reinar a ese precio; ahí tenéis mi corona: atrevéos a apoderaros de ella y a nombrarme un sucesor." Es seguro que la magnanimidad, que siempre confunde a la insolencia, habría alterado el plan de la Asamblea. Pero los ministros habrían respondido sin duda de Luis XVI. Un embajador griego decía a un rey de Tracia: "¿Cómo podéis reinar sobre hombres tan inconstantes y feroces?" —*Reino,* respondió aquel príncipe, *porque mi corona está más unida a mi cabeza que mi cabeza a mi cuerpo.*

Así estaba la situación hacia fines de septiembre, cuando el rey, sin prerrogativa, sin defensa y sin voluntad, dejaba a todos los partidos sin pretexto, sin obstáculo y hasta sin recursos; cuando los demócratas, embriagados con el vaho de su gloria, se prometían una constitución *libre de todo gobierno*, y efectivamente ya no había más que gozar de las obras de la Asamblea. Del seno de esa falsa paz y de las tinieblas de la noche surgió la conjuración del 5 al 6 de octubre. La facción de Orleans, derrotada en la Asamblea, se había replegado a París; a su voz, el mercado adormecido se despertó, los distritos excitados se pusieron en marcha, y unas po-

cas horas bastaron para sacar del barro de la capital un ejército de puesteras, de patriotas y de asesinos, que marcharon a Versalles, para gran asombro de la Asamblea nacional, que no creía haber dejado algo para destruir, y se preguntaba cómo las apariencias que le quedaban a Luis XVI podían constituir aún un motivo de triunfo, y por qué se tomaban las armas contra una sombra.

XV

Non ego perfidum
Dixi sacramentum.
(Horacio, *Odas*, II, 17)

Hemos dicho que la facción de Orleans, que no esperaba ya nada de la Asamblea nacional, se había vuelto a lanzar sobre París. Sus emisarios, esparcidos por doquier, incitaban a una sublevación, una sedición, o al menos a un tumulto, un movimiento cualquiera entre el pueblo: pues esta facción perecía en el reposo, y el acuerdo entre el rey y la Asamblea iba a hacerla expirar muy pronto; mas ante el menor movimiento la corte podía asustarse y temer el secuestro del rey, hacer venir refuerzos o ir a buscarlos, cometer, en una palabra, alguna falta útil para la casa de Orleans. Una hambruna arreglada en París fue el medio que utilizó la facción, y una comida dada en Versalles fue el pretexto.

Mucho se ha hablado de las escaseces de París en el curso de 1789; la verdad es que bajo el reinado de Luis XVI, es decir hasta la muerte del último presidente de los comerciantes,[68] París ha sido abundantemente abastecida; hasta podría reprocharse al gobierno anterior sus predilecciones y sus profusiones por la capital, que siempre comió el pan más barato que las provincias, y siempre a costa del tesoro real. Los clamores de los parisienses nunca fueron despreciados. El gobierno sólo se mostraba duro contra la miseria de las zonas rurales: pues las bocas más hambrientas no son las más

[68] El *prévôt des marchands,* es decir, preboste, prepósito o presidente de los comerciantes de París, encabezaba la administración municipal en el antiguo régimen. (N. del T.)

temibles. En fin, desde que París, metamorfoseada en república, se ha gobernado a sí misma, no hay injusticia alguna, no hay violencia alguna, y puedo decir injusticias y violencias afortunadas, que el patriotismo de sus funcionarios no haya probado para abastecer a la ciudad.

En esos momentos, la emigración de aquellos que el populacho llama *aristócratas* había sido tan considerable que el consumo de París cayó de golpe a mil cien o mil doscientas bolsas por día. Por eso se demostró y se reconoció más tarde que el mercado de abasto había estado continuamente abarrotado de harina. Tal abundancia podía resultar fatal para la casa de Orleans; pero el oro, que generalmente hace aparecer el trigo, sirvió para hacerlo desaparecer. Aunque el abastecimiento de París no sobrepasaba unas mil doscientas bolsas, los panaderos se hicieron distribuir mil ochocientas y hasta dos mil quinientas por día.[69] Con ese excedente, sus casas no dejaban de ser asediadas de la mañana a la noche por el bajo pueblo, que hacía oír clamores de hambre. Simultáneamente no era raro encontrar gente de pueblo que se había hecho repentinamente ociosa, y decía: "¿Qué necesidad tenemos de trabajar? Nuestro padre de Orleans nos alimenta." Así el oro de este príncipe producía a voluntad suya dos fenómenos muy distintos, la escasez y la abundancia; y ese doble medio no era nada comparado con las violencias ejecutadas en el mercado por unos cuantos furibundos que sajaban las bolsas y dispersaban la harina por las calles. Por último, como si esas maniobras fuesen aún demasiado lentas, se acusó al trigo de un defecto que no tenía: se hizo correr el rumor de que era de mala calidad, como para castigarlo por su abundancia, que contrariaba los proyectos de la camarilla y superaba siempre los derroches del pueblo. Ese rumor, al difundirse, dio lugar a una irrupción en el mercado contra dos mil bolsas que fueron arrojadas al Sena. Testigos irreprochables probaron esa harina y han afirmado que era de la mejor calidad.

Tanta era en ese entonces la abundancia, que el pan se daba públicamente, en el barrio de Saint-Antoine,[70] a diez céntimos e incluso a cinco céntimos la libra. El Ayuntamiento fue avisado, y se enteró junto con ello de que se repartía dinero en ese mismo barrio y en el de Saint-Marcel; era el 4 de octubre. La municipalidad se

[69] Véanse los registros del mercado del sábado 3 de octubre.

[70] Este barrio, originariamente extramuros (*faubourg*), al este de la Bastilla, era habitado por artesanos y gente humilde. (N. del T.)

reunió tumultuosamente, y tras deliberar hasta las cuatro de la mañana, decretó que un refuerzo de quinientos hombres custodiaría ese día el Ayuntamiento; pero a las siete de la mañana, no había aún veinte hombres en el edificio cuando las puesteras forzaron la entrada y lo saquearon; y mientras tanto los guardias nacionales, dispersos por las calles, se paseaban tranquilamente con panes bajo el brazo, y miraban negligentemente a la turba que se apiñaba ante las puertas de las panaderías.

XVI

Vestigia retro
Observata sequor per noctem, et lumine lustro;
Horror ubique animos, simul ipsa silentia terrent.
(Virgilio)

Ése fue el medio utilizado por la facción de Orleans, y veamos cuál fue el pretexto. Avisos cada vez más alarmantes llegaron de París, y se confirmó el rumor de que los ex Guardias Franceses, unidos con la milicia parisiense, querían a toda costa marchar a Versalles y convertirse de nuevo en la guardia del rey: pues las aclamaciones y las profusiones de los parisienses, el nuevo uniforme y las medallas con que los habían condecorado, no eran en realidad más que señales patentes de su rebelión; ellos lo intuían confusamente, y les parecía que sólo el rey podía absolverlos ante los ojos de todos confiándoles de nuevo su sacra persona.[71]

El conde de Estaing era por entonces comandante de la milicia nacional de Versalles. Este general, famoso por sus derrotas en la corte tanto como por sus victorias contra Inglaterra, contrastaba, aunque se hubiese lanzado en las nuevas opiniones, por su adhesión

[71] Se les había permitido vender sus muebles y bagajes, que eran los muebles y bagajes del rey. Cada Guardia Francés recibió alrededor de 400 libras por su parte del botín; y eso, junto con las magnificencias de los burgueses y del Ayuntamiento, dio a aquellos desdichados la posibilidad de hundirse en el más terrible y largo desenfreno. Continuamente embriagados, continuamente seguidos por mujeres de la calle, continuamente en coche o en las tabernas, su embriaguez sólo acabó de desvanecerse cuando lo hizo su dinero, y se aprovechó ese momento para inspirarles el propósito de obtener la guardia del rey.

a la persona del rey, con la ingratitud de los Noailles; y como la seguridad del príncipe, e inclusive la de la Asamblea nacional, que él garantizaba, podían darle gran influencia, no carecía tal vez de razón lo que se decía, que el marqués de La Fayette estaba secretamente celoso de él. Sólo le faltaba, en efecto, al comandante de las milicias parisienses tener al rey y a la Asamblea nacional bajo su custodia, para ser una de las cabezas principales de la anarquía, y el conde de Estaing era peligroso compañero de gloria. Ello explica muy bien por qué el marqués de La Fayette, tras haber detenido eficazmente la primera irrupción que el *Palais-Royal* intentó sobre Versalles,[72] nada pudo hacer contra la segunda, e incluso se dejó arrastrar en ella, con todas las fuerzas de la capital, en pos de trescientas o cuatrocientas puesteras y de unos cuantos asesinos, a quienes cincuenta hombres podían detener en Sèvres.[73]

En cualquier caso, como las amenazas de París no podían ser tomadas a la ligera, el conde de Estaing se puso de acuerdo con los ministros, que juzgaron indispensable traer hacia Versalles un regimiento de infantería para seguridad del rey. Pero previamente se consultó a la municipalidad, la cual a su vez consultó a la comisión de la guardia burguesa. Fue esta comisión, pues, la que solicitó un refuerzo de tropas regulares, y la municipalidad consintió en la entrada de un regimiento que había de prestar juramento y estar a las órdenes del comandante de la milicia burguesa. Un rey no podía estar más en regla con sus súbditos, cualquiera fuese su situación y cualquiera fuese la desconfianza de éstos. El regimiento de Flandes arribó y la noticia arrojó verdadera consternación sobre los demagogos de la Asamblea, como si, con mil hombres, el rey fuera a hacerse totalmente independiente, o aun a atentar contra la libertad de los demás. Por otra parte, el coronel de aquel regimiento era uno de los miembros de la Asamblea, y reducía al silencio todas las sospechas tanto más cuanto que, si algún partido podía reclamarlo, era el dominante. No se dejó de decir en la Asamblea que "el poder ejecutivo no podía aumentar la fuerza armada en tal lugar o en tal momento, a pesar de toda la urgencia de las coyunturas, sin informar de ello al poder legislativo", y tenían razón, si el rey no es más que *ejecutor*.

72 Emplazando dos cañones en Sèvres y arrestando a Saint-Huruge en medio del café de Foy.

73 Versalles, a 23 km al S.O. de París, era residencia del rey y su corte desde Luis XIV. Sèvres se halla sobre el camino que une dicha localidad con la capital. (N. del T.)

Mas la llegada de aquellos mil hombres fue, especialmente para los parisienses, tema inagotable de conversaciones y de inquietudes. Era vergonzoso, decíase, que Versalles hubiese abierto sus puertas a *soldados extranjeros.* En fin, de lo único que se hablaba era de aquel aumento de las fuerzas del rey; y el marqués de La Fayette, a la cabeza de veinte mil hombres armados, y dueño de una ciudad que puede armar ciento cincuenta mil, parecía compartir los temores. De allí que apenas había el regimiento de Flandes prestado juramento y comenzado el servicio conjunto con la milicia burguesa de Versalles, cuando se resolvió atraerlo mediante todos los recursos corruptores que habían seducido ya al ejército. París envió un enjambre de mujeres livianas, y desconocidos sembraron oro a manos llenas. Pronto los soldados, vacilantes, se quitaron la escarapela blanca para enarbolar la de color, señal infalible de insubordinación actual y de defección próxima: pues el soldado no puede servir a dos señores, prestar dos juramentos, llevar dos colores. A este respecto observaremos que una de las principales faltas que los ministros de la insurrección han sugerido al rey, es la orden general impartida a todas las tropas de llevar la escarapela parisiense. El ejemplo del príncipe bastaba, y habría dejado su libre arbitrio a los soldados razonadores y a los que estaban aún plenos del antiguo espíritu francés; en cambio una orden precisa animó la perfidia de aquéllos y desanimó la fidelidad de éstos.

Los guardias de corps, informados de los peligros del rey y obligados a pasar días y noches a caballo, siempre preparados para todo acontecimiento, bien habrían querido contar con el apoyo del regimiento de Flandes; y para dar a dichas tropas, e incluso a la milicia burguesa, mayor apego a la persona del rey, ofrecieron a los oficiales de ambos cuerpos la famosa comida del 1º de octubre, que sirvió de pretexto a los últimos esfuerzos de la facción de Orleans.

Dicha comida, ofrecida por los guardias de corps a los oficiales del regimiento de Flandes y a los de la milicia burguesa de Versalles, fue servido en la sala de espectáculos del palacio. Los convivas sumaban doscientos cuarenta, y los palcos se hallaban ocupados por una muchedumbre de espectadores. Hacia el final de la comida el rey, la reina y S.A. el delfín aparecieron en la sala, y se brindó por ellos con aclamaciones de amor y alegría;[74] es lo que

[74] Lo que más contribuía, dice el señor Mounier, a inspirar a los guardias de corps el que diesen al rey nuevas pruebas de su celo, era el re-

fue llamado, cuatro o cinco días más tarde, "imprecaciones contra la Asamblea nacional". No es verdad que el delfín haya pasado por los brazos de todos los comensales, como se imprimió en París; su oficial de servicio personal no se separó de él. La familia real se había retirado; se abrieron las puertas de la sala a los granaderos y a los soldados de ambos cuerpos; se les dio de beber; todos gritaron: *¡Viva el rey!*; se tocó el aria de *Richard*,[75] que era, es verdad, demasiado análoga a las circunstancias. Los granaderos representaron un asedio en la sala, escalando el anfiteatro, y de allí todos, soldados y oficiales, fueron a bailar una ronda bajo las ventanas del rey. Un granadero suizo trepó incluso al balcón y llegó a la habitación del príncipe, que le tendió la mano. Pero es falso que la reina se haya desprendido del cuello una cruz de oro para dársela a ese granadero, como lo imprimieron los que ladran en París.[76] Al caer la tarde, aparecieron en la sala del ojo de buey escarapelas blancas; todo el mundo quiso tener una, y las damas presentes dieron las cintas que llevaban en la cabeza. Los guardias de corps llevaban sus escarapelas de uniforme; no pudieron, pues, pisotear la escarapela nacional que no adoptaron antes del 6 de octubre.[77] Es verdad que sólo se los acusó de ese "crimen nacional" cuatro días después: París no había tenido aún el tiempo de pensar en ello. Se ha observado igualmente que la misma Asamblea nacional sólo había empezado a hablar de aquella comida el 3 de octubre. Los guardias de corps, lejos de ultrajar a nadie, tomaron, por el contrario, cuando terminaba la comida, una resolución muy respetable: la de alimentar a los pobres de Versalles el resto de la semana. ¿Qué verosimilitud tiene, en efecto, que doscientos cuarenta gentileshombres se hayan entregado a excesos pueriles contra una escarapela en pre-

---

proche que le hacían algunas personas de haber aprovechado las circunstancias para solicitar al rey cambios en su disciplina; pero no se puede, sin injusticia, acusar a los guardias de corps de haber echado de menos el antiguo despotismo ministerial. Lamentablemente, ellos esperaban, como nosotros, que una Asamblea nacional haría algo por la felicidad de Francia; y si aprovecharon la impulsión general impartida a todas las ramas de la administración para pedir también algunos cambios en su régimen, no podría censurárselos en demasía por ello, ya que una de las cosas que más chocaban en Versalles era el rigor del servicio de los guardias de corps, lo módico de sus remuneraciones y el despotismo de sus jefes.

[75] Se refiere al drama lírico *Richard Coeur-de-Lion*, con texto de Sedaine y música de Grétry, estrenado en 1784. (N. del T.)

[76] La reina sólo lleva pendiente del cuello el retrato de sus hijos.

[77] El blanco era el símbolo de la realeza; la escarapela nacional era la tricolor, en la cual se combinaba aquel color con el rojo y el azul, emblema de la ciudad de París. (N. del T.)

sencia de tres mil espectadores? Mas la acusación ha sido suficientemente desmentida por todo el mundo; y si nos hemos detenido en ello, es a causa de las consecuencias terribles de que fue origen. En cuanto al proyecto de apoderarse del rey para llevarlo a Metz, del cual se acusa también a los guardias de corps, es una idea que los parisienses tuvieron solamente el 12 de octubre, cuando reflexionando sobre todos los crímenes de sus expediciones contra su rey, comprendieron que el pretendido desprecio por la escarapela nacional no bastaba para justificarlos, y que había que dar un motivo mucho más fuerte para la matanza de los guardias y el cautiverio de Luis XVI.

Tal fue esa comida tan funesta para el rey y para sus guardias. Aquella alegría, aquellos cantos, fueron como los últimos destellos del carácter de los franceses, que no ha vuelto a aparecer desde entonces. Fueron ese día lo que habían sido siempre, galantes con las damas y entusiastas por su prícipe: ¿hay en ello motivo para ser masacrado? [78]

Hemos hecho entender suficientemente en el curso de este relato el cariz que se dio pronto a aquella comida en París y en la Asamblea nacional. Pero no deja de ser necesario observar que sólo cuatro días después del festín militar se habló del asunto en la Asamblea. Estaban ocupados, en aquel momento, en los medios para forzar al rey a aceptar lisa y llanamente los artículos de la constitución ya decretados y toda la declaración de derechos del hombre, que Su Majestad aún no había firmado. El señor Mounier, presidente de la Asamblea, obtuvo una audiencia del rey el 2 de octubre y le presentó los artículos. Su Majestad, que no había olvidado seguramente la suerte que habían corrido sus observaciones sobre las resoluciones del 4 de agosto, respondió que pronto haría conocer sus intenciones a la Asamblea; y sin embargo no las dio a conocer sino tres días después, o bien porque los ministros que dirigían al príncipe, al ver que iba a firmar su propia exclusión de la soberanía, engañaban a la Asamblea y querían poner al rey

[78] El señor Mounier y algunas personas de bien han pretendido que la comida era una imprudencia en la coyuntura en que se hallaba el rey; pero, sin tener en cuenta que los guardias de corps siguien la usanza de ofrecer una comida a los regimientos que arriban a los lugares donde se encuentran ellos, y que era una cortesía de que no podían dispensarse con los oficiales de la guardia burguesa, que los habían invitado la víspera a la bendición de sus banderas, digo que, en esas circunstancias, los oficiales y los domésticos del rey no podían realizar una acción inocente. Los espiaban, y había quienes necesitaban que hiciesen, no digo algo malo, sino alguna cosa.

fuera de su alcance refugiándose con él en una ciudad fiel; o bien porque engañaban al mismo rey induciéndolo a una demora o incluso a una negativa de aceptación pura y simple que podía costarle la vida.

Durante esos tres días la facción de Orleans sembraba, con montones de oro, la escasez en medio de la abundancia, y preparaba una insurrección en los barrios periféricos, en el mercado de abasto y en los distritos. La noticia de la comida de los guardias de corps vino a dar un objetivo a aquellos movimientos intestinos. "¡Qué orgía indecente!", exclamaban. "¡La escarapela nacional pisoteada! ¡La Asamblea maldecida y amenazada! Vayamos a castigar tantas blasfemias; venguemos a la nación y arrebatémosle el rey a los enemigos de la patria." Aquellas murmuraciones y aquellos gritos, sin embargo, sólo habrían engendrado otros gritos y otras murmuraciones, si la facción de Orleans no hubiese recolectado doscientas o trescientas puesteras (*poissardes*) y algunos mozos de cuerda del mercados vestidos como ellas, y entremezclados con una especie de salvajes con largas barbas, gorros puntiagudos, picas, palos guarnecidos de hierro y otras armas insólitas; hombres extraños a quienes se veía por primera vez en París, y que aparecieron y desaparecieron con esta última tormenta.[79]

[79] Se designa siempre con el nombre de *poissardes* a las mujeres que fueron de París a Versalles. Es una desgracia para las que expenden pescado (*poisson*) y frutas en las calles y en el mercado de abasto; la verdad quiere que se diga que, lejos de mezclarse con las falsas puesteras que vinieron para reclutarlas y conducirlas a Versalles, éstas pidieron ayuda al cuerpo de guardia de la plaza de Saint-Eustache para rechazarlas; y en cuanto el rey fue llevado a las Tullerías, fueron en diputación el 7 de octubre por la mañana, y presentaron una petición al rey y a la reina para solicitar justicia de la horrible calumnia que las hacía cómplices de la violencia ejercida el día anterior contra Sus Majestades.

Creyóse reconocer, entre las mujerzuelas que condujeron a los bandidos (*brigands*), a los hombres vestidos de mujer y a los guardias nacionales a Versalles; creyóse reconocer, decía, a cuanto el fango de los barrios de Saint-Antoine y Saint-Marcel, cuanto los tugurios y las cloacas de la calle Saint-Honoré pueden vomitar de más vil, de más oscuro y de más canallesco. La Asamblea nacional las ha llamado en todo momento *ciudadanas*, y el conde de Mirabeau les ha testimoniado en todo tiempo la más profunda veneración.

[La palabra *poissarde* designaba en general a cualquier puestera de las *Halles*, y significaba por extensión "mujer de bajo pueblo, de lenguaje grosero" (lo que nosotros llamaríamos una "verdulera"). El sentido de "pescadera" es secundario (por atracción de *poisson*). (T.)]

XVII

Caeduntur vigiles, portisque patentibus omnes
Accipiunt socios, atque agmina conscia jungunt.
(*Eneida*, II)

El tropel de asesinos, hombres, mujeres y salvajes, se apoderó el 5 de octubre, a las siete de la mañana, del Ayuntamiento, y lo saqueó. El ruido del asalto alborotó al pueblo; oleadas de obreros llegaron de los barrios periféricos; se tocó generala; los distritos proveyeron algunos batallones; la plaza de Grève fue ocupada en breve tiempo, y se retomó el Ayuntamiento, pero sin hacer mal alguno a los asaltantes, sin desalojarlos; por el contrario, los vencedores se mezclaban con los vencidos, y de hora en hora la plaza de Grève se llenaba de guardias nacionales que caían de todos los distritos, de todos los barrios y de todas las calles. Cerca del mediodía apareció el comandante en persona. El pueblo le gritó, con voz de fiera, que tenían que ir a Versalles a buscar al rey y a la familia real; y como el comandante vacilaba, lo amenazaron con el fatal farol.[80] Pálido, extraviado, sin energía y sin propósito bien determinado, flotaba sobre su caballo en medio de aquella multitud inmensa que tomaba su irresolución por un rechazo y lo apremiaba de todas partes. El marqués de La Fayette estaba sin duda de acuerdo en que el rey fuese conducido a París, mas temía una expedición emprendida por tantas bestias furiosas. Expiaba la debilidad que tuvo al no exponerse a la muerte, desde el principio, para salvar la vida de Foulon y Berthier: pues, o habría sucumbido heroicamente, o habría encadenado para siempre la ferocidad del pueblo. Mas, por haber sido blando, reveló el secreto de su debilidad, y el pueblo no ha cesado desde entonces de abusar de ella. Por fin, alrededor de las dos, la guardia nacional dominó completamente la plaza de Grève; hubo en ese momento casi dieciocho mil hombres armados. El marqués de La Fayette subió al Ayuntamiento, y pidió una orden de la comuna "para ir a Versalles" con toda

[80] Es decir, con colgarlo. (N. del T.)

la milicia nacional. Seguramente otro en su lugar habría hecho deliberar a la municipalidad sobre el modo de dispersar al pueblo: cosa fácil, ya que su ejército era dueño de la plaza de Grève; y si ese ejército no hubiese obedecido, ¿no era una buena ocasión para renunciar al mando de una milicia indisciplinada? Pero, por debilidad o por ambición, La Fayette solicitó la orden para Versalles. Veinte miembros, en lugar de trescientos, componían en ese momento la municipalidad de París: ellos dieron al marqués de La Fayette la siguiente resolución: "Visto u oído la voluntad del pueblo, se ordena al comandante general trasladarse a Versalles." Provisto de la cédula de aquellos veinte burgueses, partió, a eso de las cuatro, a la cabeza de dieciocho o veinte mil hombres, y marchó contra su rey.

Hacía ya cinco o seis horas que las puesteras y los asaltantes (*brigands*), expulsados del Ayuntamiento, habían tomado el camino de Versalles, reclutando a los obreros y sobre todo a las mujeres que encontraban en el camino, sin distinción de edad ni de rango. Cuando bordeaban el Sena y la terraza de las Tullerías, las puesteras se toparon con un guardia a caballo y le gritaron: "Vas a Versalles; dile a la reina que pronto llegaremos allá para cortarle el cuello." Algunas personas que de lo alto de la terraza oyeron aquella frase, se esfumaron espantadas; cada cual cerraba sus puertas; las calles se vaciaban ante el torrente que se engrosaba en su camino con todo lo que se presentaba, y que se precipitó sobre Versalles alrededor de las tres y media.

A esa hora, el rey, que ya por la mañana había dado su respuesta sobre los artículos de la constitución y sobre la declaración de derechos del hombre, cazaba tranquilamente en Meudon; y mientras tanto el marqués de La Fayette se ponía en marcha con su ejército patriótico para apoderarse de él; las puesteras y los asesinos se hallaban ya ante las verjas de su palacio; la Asamblea nacional le buscaba faltas y le preparaba afrentas; París aguardaba el desenlace con la curiosidad bárbara que es su sentimiento habitual.

Tal era la situación de este desdichado príncipe: en el mismo día, y a la misma hora, el ejército patriótico la tomaba con su libertad, las puesteras y los asaltantes con su mujer, y la Asamblea nacional con su corona.

La sesión de la Asamblea nacional duraba aún: había comenzado por la mañana con la lectura de la respuesta del rey. El príncipe accedía a todos los artículos constjtucionales que le habían

presentado, pero con la condición de que "el poder ejecutivo tuviese en sus manos efecto pleno y cabal". Era como si hubiese dicho: "Con la condición de ser el perfecto y único servidor de la Asamblea nacional." Uno no sabe qué es más digno de admiración, si los ministros que dictaron esa respuesta al rey o la Asamblea que quedó descontenta de ella.[81] Hubo vivas quejas de que el rey parecía poner cláusulas y restricciones a su obediencia; se observó que declaraba "acceder", no "aceptar". Unos querían que se obligara al monarca a venir a la Asamblea a jurar la observación de los artículos; otros, más lógicos, sostenían que la Asamblea no necesitaba al monarca para constituir a Francia. Por último, uno de los más facciosos, un tal Pétion, habló por primera vez de la harto famosa comida de los guardias de corps. Denunció amenazas, ultrajes, gritos sediciosos, blasfemias, imprecaciones vomitadas en aquel festín contra "los augustos funcionarios de la nación, y la escarapela nacional pisoteada".

Un diputado, de molesta probidad, intimó al señor Pétion a poner su denuncia por escrito; entonces el conde de Mirabeau se puso de pie y dijo: "Que se declare sólo al rey inviolable, y yo también he de denunciar", palabras que consternaron a la mayor parte de la Asamblea. El conde de Mirabeau, que intuía el aproximarse del ejército parisiense, sólo quería que lo incitaran; la galería era numerosa y violenta; y si la reina hubiese sido denunciada, los asaltantes, al llegar y encontrar a la princesa acusada por un miembro de la Asamblea legislativa, habrían creído legítimo el asesinato que hasta ese momento sólo era a sueldo. Por suerte el señor Mounier, que presidía la Asamblea, contestó que no toleraría que se interrumpiese el orden del día, ni que se permitiese cosa alguna ajena a la respuesta del rey: prudente medida que, por esa mañana al menos, redujo al conde de Mirabeau a la sola intención del crimen.

Mientras tanto algunos diputados advirtieron al señor Mounier que un ejército de veinte a treinta mil hombres llegaba de París. La novedad se difundió rápidamente entre la Asamblea, y se decidió que el presidente se trasladaría al palacio real con una delegación, para obtener de Su Majestad una aceptación pura y simple de los diecinueve artículos de la constitución. Eran las tres y me-

[81] La respuesta del rey fue entusiastamente aplaudida a la primera lectura; pero los demagogos y los facciosos pronto llevaron nuevamente la Asamblea a otros sentimientos.

dia, y se iba a levantar la sesión, cuando llegó el tropel de bandidos y puesteras.

El rey, que había sido avisado, abandonó bruscamente la cacería y vino a Versalles, adonde precedió por un cuarto de hora la llegada de los asesinos. El príncipe de Luxemburgo, capitán de los guardias de corps, preguntó a Su Majestad si tenía algunas órdenes que dar. El rey contestó riendo: "¡Cómo! ¡Por unas mujeres! ¡Estáis bromeando!" A todo esto la falange de puesteras, bandoleros [82] y obreros apareció de golpe en la avenida de París; arrastraban consigo cinco piezas de cañón. No hubo entonces más remedio que hacer avanzar rápidamente a algunos dragones para salir al encuentro de aquella banda y detenerla en la avenida, cosa que trataron de lograr los oficiales; mas los soldados los dejaron pasar.

Después de superar ese leve obstáculo, las puesteras se presentaron en la Asamblea nacional y quisieron forzar las guardias. Se resolvió, por mayoría de votos, permitirles la entrada en la sala, y entró una gran cantidad que se ubicó en las bancas, mezclándose desordenadamente con los diputados. Llevaban al frente a dos hombres: uno de ellos tomó la palabra y dijo "que habían venido a Versalles para tener pan y dinero, y al mismo tiempo para hacer castigar a los guardias de corps que habían insultado a la escarapela patriótica; que, como buenos patriotas, habían arrancado todas las escarapelas negras y blancas que se habían presentado a su vista en París y en el camino". Y simultáneamente aquel hombre sacó una del bolsillo, diciendo que quería tener el gusto de romperla en presencia de la Asamblea, cosa que hizo. Su compañero agregó: "Por cierto que obligaremos a todo el mundo a ponerse la escarapela patriótica." Como esas expresiones provocasen algunos murmullos, añadió: "¡Cómo! ¿No somos todos hermanos?" El presidente le contestó prudentemente que "la Asamblea no podía negar esa fraternidad; pero que murmuraba porque había hablado de forzar a alguien a adoptar la escarapela patriótica". En esto me parece que aquel bandolero, con su instinto grosero y feroz, razonaba con más lógica que el señor Mounier, presidente de la Asamblea: si el rey en persona había sido obligado a enarbolar la escarapela patriótica, y la soberanía activa había sido reconocida en el pueblo por la Asamblea nacional, es cierto que no hay nadie a quien dicho pueblo no pueda y deba obligar a llevar esa escarapela. En ese punto la Asamblea nacional advertía, por el estado de inanidad en que

[82] *Brigands*: en el sentido de "saqueadores", o más en general, de "agitadores armados". (N. del T.)

se hallaba en presencia de unas cuantas puesteras, en qué medida había sido a la vez imprudente y malintencionada cuando había excitado al populacho y consagrado sus rebeliones. ¿Hacia dónde podía, en ese momento, volver los ojos para pedir asistencia en medio de la disolución de todas las fuerzas públicas? ¿Debía invocar la autoridad real, que era a su vez, por entonces, objeto de compasión?

El diálogo del bandolero y el presidente de la Asamblea fue interrumpido por los gritos de las puesteras, que, irguiéndose sobre las bancas, pidieron todas a una pan para ellas y para París. El presidente respondió que "la Asamblea no concebía que después de tantos decretos hubiera tan poco grano; que iban a dar otros más, y que las *ciudadanas* sólo tenían que irse en paz". La respuesta no las satisfizo; y ciertamente el presidente les habría dado otra si hubiese sabido que París no había carecido en ningún momento de harina, y que las puesteras habían llegado a Versalles seguidas por varios carros repletos de pan, de carnes y de aguardiente. Las puesteras dijeron, pues, al presidente: "Eso no basta", pero sin dar más explicaciones; y poco después, mezclándose en las deliberaciones de los honorables miembros, gritaban a uno: "Pero habla, diputado", y a otro: "Cállate, diputado." El cañón que rugía en la avenida apoyaba sus apóstrofes, y todos palidecían ante ellas, salvo únicamente el conde de Mirabeau, que les preguntó con qué derecho venían a imponer leyes a la Asamblea nacional. Y ¡cosa asombrosa! Aquellas puesteras, tan terribles para quienes temblaban ante ellas, sonreían a quien las reñía de ese modo. Tal es, y tal ha sido siempre en esta revolución, la profunda sabiduría del conde de Mirabeau: no hay partido alguno en que no haya tenido contactos y que no haya contado con su apoyo. Lo hemos visto hablar a favor del *veto absoluto*, en un momento en que esa sola palabra conducía a la muerte, y el *Palais-Royal* no tenía por eso menos certeza sobre sus disposiciones interiores; ahora lo vemos afrontar impunemente a las puesteras, que no pueden mirarlo sin reírse; dentro de poco lo veremos buscando camorra, a propósito y ante testigos, al duque de Orleans. Así, traficando continuamente con su persona, concluyendo y rompiendo sus tratos todos los días, con la universalidad de sus intrigas y el entretejimiento de sus perfidias, ha confundido tan cabalmente su fama que la multitud de nuestros escritores no sabe ya a qué partido debe quedarle en definitiva la vergonzosa propiedad del nombre de Mirabeau.

XVIII

Apparent stantes Cyclopes *lumine torvo*
Brontesque, Steropesque, et nudus membra Pyracmon;
Foemineoque harpyjae *vultu faedaque ventris*
Proluvies, uncaeque manus, et pallida semper
Ora fame.
(*Eneida*)

La Asamblea nacional se encontraba entonces en una situación vergonzosa y difícil: percibía que la mayoría de sus miembros estaba en el secreto del ejército que iba a llegar; se había oído decir a algunos: "Hay que ir a París, únicamente allí haremos algo." Se veía a otros que hablaban susurrando con las puesteras y les sugerían mociones. Puede afirmarse que también Inglaterra tenía sus diputados en la Asamblea; son los que no han tolerado nunca que se hablase del terrible estado a que nos ha reducido el tratado de comercio con esa nación, y que han hecho que se rechazase el decreto a favor de las telas nacionales.[83] Por último, era cosa segura que alrededor de trescientos parisienses armados se habían deslizado en Versalles desde el día anterior, y que a medida que las bandas llegaban, los burgueses les gritaban desde las ventanas: "Sed bienvenidos, señores, os aguardábamos." Diremos en otra parte la causa de ese delirio de los habitantes de Versalles.

Cuantas más dificultades ofrecía una situación semejante, mayor valor y grandeza debía desplegar la Asamblea nacional. Mas sólo supo temblar, y su cobardía tuvo todos los efectos de la perfidia. Confirmó su decreto sobre los diecinueve artículos de la constitución, y resolvió que su presidente, seguido por una delegación, iría inmediatamente a ver al rey, para intimarlo a aceptar sin demo-

[83] Véanse los vergonzosos elogios que ha hecho siempre el señor Dupont de nuestro tratado de comercio con Inglaterra. La decadencia de nuestras manufacturas, mil quinientos barcos menos solamente en el puerto de Burdeos, Lyon sin ocupación, etc., son otros tantos desmentidos que ha recibido, pero que no han corregido su obstinación. Ha sido preciso que los mismos ingleses se burlasen de su ignorancia. Léase la obra de Arthur Young. Toda Europa sabe que el señor Pitt propuso imperiosamente al débil Vergennes o la guerra o este tratado de comercio.

ra los diecinueve artículos; y para añadir el absurdo al orgullo, quiso que la delegación exigiera a Su Majestad una abundancia súbita para la ciudad de París: como si el rey, firmando que no era más rey y reconociendo forzadamente que todos los hombres son libres, pudiese conjurar la tempestad que tronaba sobre su cabeza y abastecer a París. No era la constitución lo que estaba en cuestión en ese momento, y la Asamblea nacional sabía demasiado bien que, con el pretexto del pan, la capital no quería otra cosa sino la presencia del rey.

Se asombra uno de que el señor Mounier haya aceptado semejante delegación; y ese rechazo falta en efecto en la gloria del diputado de Grenoble. Debía haber propuesto a la Asamblea el dilema siguiente: "O el ejército viene con vuestro consentimiento contra el rey, o viene contra vosotros y contra el rey; y en una y otra suposición, debo permanecer aquí o presentar mi renuncia."

Pero el presidente creyó su deber ir, o mejor dicho, fue sin creer nada, y más cercano a la acción que al pensamiento, como sucede siempre en las grandes conmociones. Las puesteras, al verlo salir con la delegación, lo rodearon enseguida declarando que querían acompañarlo a la residencia del rey. Mucho trabajo le costó lograr, a fuerza de ruegos, que no entrasen en lo del rey más que en número de seis; la muchedumbre no dejó por eso de correr tras él para formar su comitiva. Escuchemos al mismo Mounier cuando describe el espectáculo que se ofreció a sus ojos al salir de la sala:

"Íbamos a pie, en el barro, con una fuerte lluvia. Una multitud considerable de habitantes de Versalles bordeaba de ambos lados la avenida que conduce al palacio. Las mujeres de París formaban varias aglomeraciones entremezcladas con cierta cantidad de hombres, cubiertos de harapos en su mayoría, de mirada feroz, actitud amenazadora, y que daban unos alaridos espantosos. Estaban armados con unos cuantos fusiles, viejas picas, hachas, palos guarnecidos de hierro, o de largas varas que tenían en el extremo hojas de espada u hojas de cuchillo. Pequeños destacamentos de guardias de corps andaban en patrulla y pasaban a todo galope a través de los gritos y los abucheos."

Para entender bien este cuadro, debe saberse que las puesteras y los bandidos no habían podido entrar todos en la sala de la Asamblea: el grueso se había formado en columna y había marchado directamente al palacio. Mas una línea de guardias de corps, formada en batalla ante la primera verja, y un cuerpo de guardias suizos, formado también en la Plaza de Armas, los habían detenido.

La orden era oponerse solamente a su paso, pero no tirar en ningún momento. El populacho de Versalles, que conocía la orden, se unió a los asaltantes, a los obreros de los barrios de Saint-Antoine y Saint-Marcel, y a toda la chusma que llegaba continuamente de París, y se apretó cada vez más en las avenidas del palacio. Los guardias de corps se veían abrumados de invectivas y amenazas, pero aún no se disparaba contra ellos. Sólo se ocupaban en defender sus puestos y disolver las masas demasiado grandes de malhechores que se formaban cada tanto y que podían forzar la entrada del palacio. La milicia de Versalles sólo era hasta ese momento espectadora, y ocupaba distintos puestos, especialmente por el lado de los cuarteles de los ex Guardias Franceses.

"Avanzamos", continúa el señor Mounier, "y enseguida una partida de hombres armados con picas, hachas y palos se nos acerca para escoltar a la delegación. La extraña y numerosa comitiva que venía en pos de los diputados es tomada por un grupo de revoltosos, los guardias de corps corren a través de ellos, nos dispersamos en medio del barro; y bien se adivina qué ataque de ira han debido experimentar nuestros compañeros, que pensaban que con nosotros tenían más derechos a presentarse y a aproximarse al rey y a la reina. Nos reagrupamos, y avanzamos así hacia el palacio. Encontramos, formados en la plaza, a los guardias de corps, el destacamento de dragones, el regimiento de Flandes, los guardias suizos, los inválidos y la milicia burguesa de Versalles. Somos reconocidos y recibidos con honor. Atravesamos las líneas; costó mucho trabajo impedir a la turba que nos seguía introducirse con nosotros. En lugar de seis mujeres a quienes había yo prometido la entrada al palacio, hubo que admitir a doce."

Eran las cinco y media, y el día oscuro y lluvioso se disponía a dejar paso a la noche más espantosa, cuando el presidente de la Asamblea nacional, escoltado por quince diputados y doce puesteras, entró donde el rey, y le pintó la pretendida miseria de la capital con una sensibilidad que se debía haber reservado para el desdichado príncipe cuyo inútil auxilio se invocaba tan cruelmente. El rey, que era efectivamente lo único digno de lástima en aquel momento, respondió de un modo como para emocionar a las mismas puesteras. El presidente le solicitó una hora antes de que concluyera ese mismo día, para una conversación importante. Era la aceptación lisa y llana de la constitución y de la declaración de los derechos del hombre que el presidente quería a toda costa arrancarle a Su Majestad. Éste le fijó hora a las nue-

ve, y pasó a su despacho para deliberar con sus ministros sobre la elección de errores y desgracias. El señor Mounier aguardó obstinadamente hasta la diez, y recibió por fin de mano del rey esa aceptación lisa y llana. Sólo podemos gemir por la situación de Luis XVI, por los miserables consejos que le dieron y por su docilidad en seguirlos. ¡Cuántos reyes han expuesto su vida a peligros ciertos por correr a honores de que no estaban muy seguros, y a cuántas afrentas inevitables Luis XVI ofrecía su cabeza, sin estar por eso más cierto de salvarla! Pero ¡qué pérfida y cobarde conducta la de una asamblea legislativa que aprovecha la llegada de un montón de bandoleros y el avance de un ejército para forzar a un príncipe abandonado por todos a firmar con su propia mano la aniquilación de su corona, en el momento mismo en que otros van a reclamarle la vida! Y el señor Mounier, ¿cómo podrá disculparse jamás de su extraña perseverancia en solicitar esa firma, desde las cinco y media hasta las diez? Alegará tal vez la esperanza que abrigaba de que la aceptación pura y simple del rey calmase todo. Pero ahí está justamente su falta; y es casi imposible absolver a un hombre que ha tenido una idea tan falsa, y que la ha tenido tanto tiempo. ¡Cómo! ¡La adhesión del rey a un artículo constitucional sobre el cual tan pocos franceses tienen aún ideas claras habría podido disipar súbitamente el ejército, las bandas armadas, las puesteras, las malas intenciones de los diputados y las maquinaciones de los conspiradores! ¿Qué espejismo le hizo concebir al señor Mounier esa esperanza insensata? Por otra parte, muy pronto le abrieron los ojos: pues apenas entró en la sala, triunfante y anunciando la aceptación lisa y llana del rey, el populacho le gritó de todas partes: "¿Eso es entonces muy ventajoso, y hará que tengamos pan?" Se vio obligado a decir que no: y este hombre de bien se quedó con el pesar de haber servido, contra la voz de su conciencia, a los furores de la demagogia con la extinción de la realeza, sin haber podido eliminar los de la facción de Orleans; y a todo esto había consumido, lejos de su puesto de presidente, cinco horas preciosas, abandonado la Asamblea nacional a las puesteras y a Mirabeau y sus pares, y perdido la oportunidad de oponerse, como jefe de la Asamblea, a los crímenes y desgracias que tuvieron por teatro a la Plaza de Armas durante su fatal ausencia. Pues, o el presidente habría obligado a la Asamblea a declarar a los bandoleros y a los obreros armados enemigos de la patria, si se obstinaban en querer forzar y violar la morada del príncipe, o habría puesto por fin a la Asamblea en la necesidad

de sacarse la máscara ella misma con un rechazo, y de reconocerse cómplice de los amotinados. Sólo era menester para eso tener valor, y esa presencia de espíritu siempre tan ausente en las grandes ocasiones.

Mas he de decir lo que acaeció en la sala de la Asamblea, en las avenidas y en los patios del palacio, mientras el señor Mounier hacía tiempo en la antecámara del rey, y hasta la llegada del ejército patriótico bajo los estandartes del marqués de La Fayette.

Las puesteras que habían seguido al señor Mounier a la presencia del rey regresaron enseguida con buenas palabras; pero sus numerosas compañeras, que las aguardaban, las recibieron pésimamente, las amenazaron con colgarlas de un farol, con la acusación de que se habían dejado convencer, y las forzaron a subir nuevamente al palacio para obtener que el rey firmase su promesa. Regresan efectivamente, y son introducidas. El conde de Saint-Priest ,ministro de París, les habla, calma y consuela a aquellas *respetables ciudadanas*, les explica con pormenores todas las preocupaciones que el rey había tenido por el abastecimiento de París: pues el rey y los ministros seguían engañados por las hambres artificiales de la capital. Por último, Saint-Priest terminó entregándoles una esquela firmada por la mano de Su Majestad, y apta para calmar a la *augusta* banda. En esa ocasión fue cuando se esparció el rumor de que el ministro había dicho a las puesteras: "Otrora teníais sólo un rey y no carecíais de pan; hoy que tenéis mil doscientos reyes, a ellos tenéis que pedírselo." Como era el día de la debilidad, de la cobardía, de las necedades y de las perfidias, esa frase justa y valiente constituía una gran disonancia. Por eso el conde de Mirabeau se apresuró a tomar nota de ella y a convertirla, dos días después, en motivo de denuncia contra el ministro, persuadido de que éste se avendría al peligro de sostener su dicho antes que a la vergüenza de negarlo. Saint-Priest confundió la malicia del conde de Mirabeau y negó la frase. Se vio claramente entonces que el conde de Mirabeau deja de tener ventaja en cuanto se combate con sus armas. Un ministro firme se habría perdido.

Sería difícil pintar lo que ocurrió en la Asamblea Nacional desde la salida del presidente hasta su regreso. La sala se llenaba sucesivamente de hombres y de mujeres que llegaban de París; los diputados estaban como perdidos entre aquella multitud inmensa. A través de mil voces confusas, se distinguían apenas los gritos de los que pedían la supresión de los guardias de corps, el alejamiento del regimiento de Flandes y la destrucción de los parlamentos. La

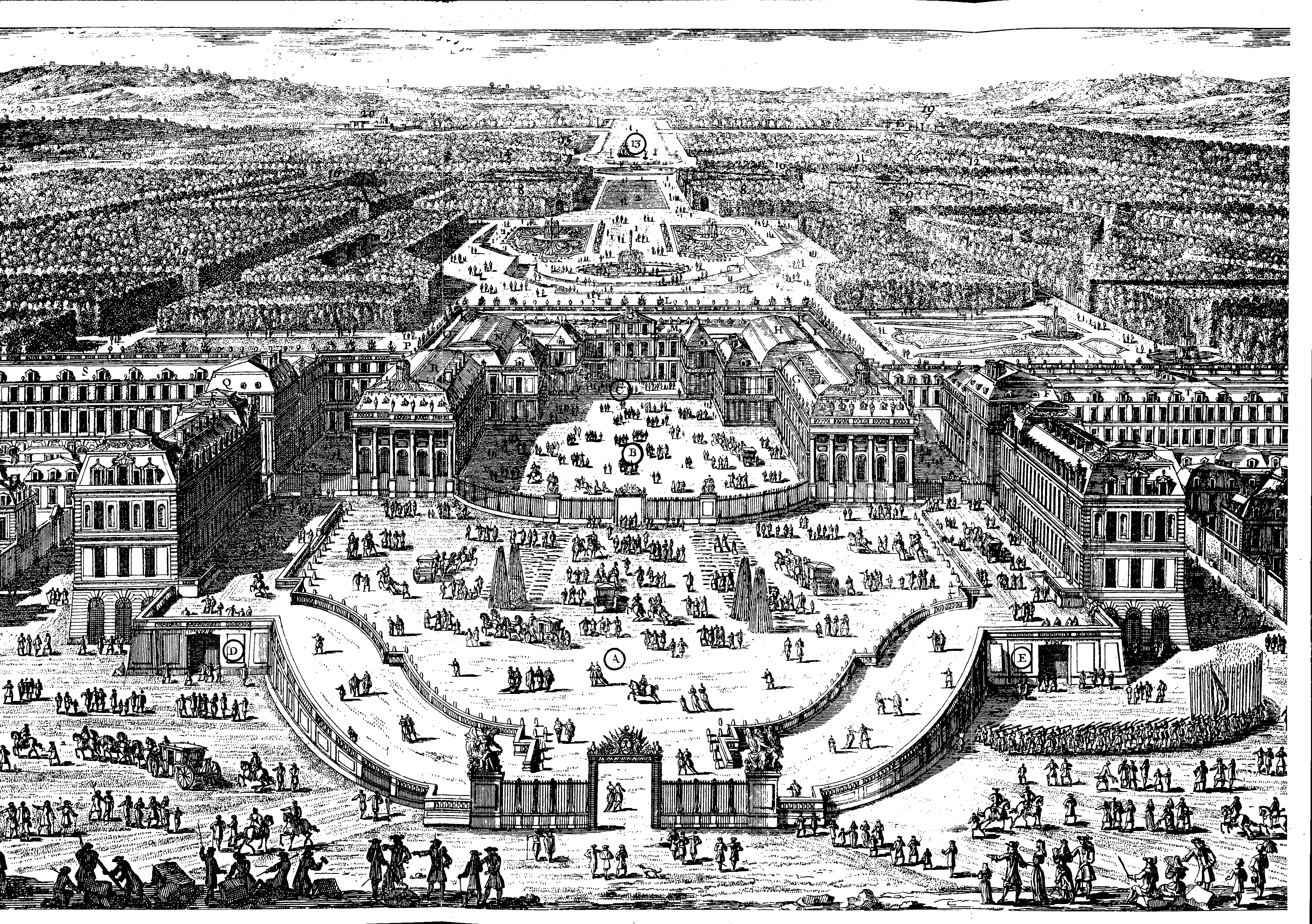
Asamblea decretó algo sobre cereales; pero se le impuso silencio y se pidió una gran rebaja en el precio del pan, de la carne y de las velas.

El lector se imagina seguramente que los representantes se sentían humillados o indignados del papel que representaban en medio de aquella vil chusma; podrá creerse que los augustos legisladores se lamentaban por el estado en que se encontraba el rey: pues se oían ya las descargas de fusil y no podía dudarse de que se destrozaba a los guardias de corps; pero no hubo nada de eso. Todos los diputados cuyos rostros podían distinguirse mostraban una alegría digna de nota; se mezclaban encantados con las puesteras y les dictaban frases. El coronel del regimiento de Flandes, el marqués de Lusignan, quien el día de la famosa comida estaba de uniforme, se hallaba en traje de gala el día del combate, y no salió de la sala: su regimiento se rehusaba en esos momentos a rechazar a la turba y a defender al rey. Llamó especialmente la atención el comportamiento del conde de Mirabeau: confiado en el regimiento de Flandes, en los dragones, en la milicia de Versalles y en el ejército que era aguardado de un momento a otro, este diputado se atrevió a salir del recinto y mostrarse en la avenida de París. Llevaba además del traje negro y la larga cabellera, indumentaria del estado llano, un gran sable desnudo bajo el brazo. Vióselo con semejante atavío insinuarse poco a poco en la avenida, dirigirse contando sus pasos hacia la Plaza de Armas, y, más ayudado por su aspecto que por su sable, dejar espantados a los primeros amotinados que lo observaron. Ignórase hasta dónde habría llevado su avance este honorable miembro de la Asamblea si no hubiese tomado la actitud pasmada de los bandidos por una actitud de resistencia o amenaza. La desgracia del conde de Mirabeau ha sido siempre compartir en demasía el espanto que causa, y perder así todas sus ventajas. Volvió, pues, a entrar precipitadamente en la sala; mas un momento más tarde, la reflexión prevaleció sobre el instinto, y salió de nuevo para ver, como él mismo dice, "en qué andaba el navío de la cosa pública". Pero el ruido de los primeros disparos de fusil le hizo renunciar a la empresa, y este buen patriota entró de nuevo en la sala para no volver a salir. Pertenece al pequeño número que no *desertó* en ningún momento en aquella noche fatal, y debemos decirlo.

Se veía también a los emisarios y correos del duque de Orleans, que iban de la Plaza de Armas a la Asamblea, y de la Asamblea hacia París. El príncipe los enviaba desde Passy, donde

EL PALACIO DE VERSALLES:
en los tiempos de esplendor de la monarquía

El grabado que reproducimos, de mediados del reinado de Luis XIV, muestra claramente, en una perspectiva aérea central, el plan de conjunto de Versalles, dispuesto simétricamente a lo largo de un gran eje longitudinal de casi 4 kilómetros. El acceso al palacio se efectúa por una avenida central y dos diagonales, la **Avenida de París** y las de Sceaux y Saint-Cloud, respectivamente, que desembocan en la vasta **Plaza de Armas**, visible acá sólo parcialmente en primer plano, antes de la verja exterior. Atravesada ésta, que custodiaban a un lado el cuerpo de la **Guardia Francesa** (indicado con la letra D en el grabado) y al otro el de los **Suizos** (E), se entraba en el antepatio (**avant-cour**) (A), al cual seguían, tras la segunda verja, el gran **Patio de Honor** (B) y por último el **Patio de Mármol** (C), adonde daban los **aposentos del rey y de la reina.** En las alas del palacio se alojaban los demás miembros de la familia real, así como las oficinas de las secretarías de Estado; los cortesanos y funcionarios de la administración residían en la pequeña ciudad que había crecido en las inmediaciones. En el centro de la fachada que da al parque, Hardouin-Mansart construyó la suntuosa Galería de los Espejos; el eje de la composición pasa por ella y se prolonga en los magníficos jardines a la francesa diseñados por Le Nôtre, hasta perderse a lo lejos en los reflejos del gran canal (13). Transversalmente, el **château** se extiende más de 500 metros, en un interminable ritmo horizontal de ventanales y columnas que expresa con fuerza el poder y la majestad de la monarquía absoluta.


13
C
B
D
A
E

sólo autómatas cuyo valor debe ser encadenado, o cuyas cabezas han de ser condenadas a una muerte oscura y segura! La posteridad juzgará con ello de qué hombres estaba rodeado el rey. Esa prohibición es la mayor falta de Luis XVI, si entre tantas desgracias se puede tomar nota de las faltas: pues ese consejo no era solamente inhumano, era más todavía impolítico. Sólo había que hablar: aquellos seiscientos guardias de corps habrían conducido a los asaltantes dándoles de plano con sus sables hasta París, sin necesidad de recurrir a los Suizos o al regimiento de Flandes, y a pesar de la milicia de Versalles.[85] Pero en toda la revolución, y especialmente durante ese día, un consejo valeroso no vino a la mente de nadie; temían que si se defendían se irritase la milicia de Versalles: siempre temores. Si uno de los ministros proponía temblando alguna cobardía, otro lo escuchaba estremeciéndose, un tercero se la sugería al rey balbuceando. El proyecto más vigoroso de los que fueron considerados, fue la huida. Mas el rey no quiso huir. Se propuso hacer partir al menos a la reina y a S.A. el delfín; inclusive hicieron aproximarse unos coches; pero los burgueses de Versalles cortaron las riendas de los caballos, rompieron las ruedas, y se pusieron a gritar que el rey quería huir a Metz.[86] Toda retirada fue a partir de ese momento imposible; e incluso si ese medio hubiera sido factible, el valor de la reina lo habría hecho inútil. Declaró ella con voz fuerte que no abandonaría jamás al rey y que moriría con él. Algunas personas informadas aseveran que, si la reina hubiera partido, no habría escapado de ningún modo a los asesinos con que todas las calles que conducían al palacio estaban suficientemente guarnecidas.

Hemos dicho que, a eso de las siete, el rey, al oír los disparos y no poder dudar de lo que estaban sufriendo sus guardias, les había mandado ordenar que se retirasen; vimos cómo se los había maltratado en su retirada, sin que se defendieran en ningún momento. A las ocho y media, el rey, al enterarse con certeza de que veinte mil parisienses armados estaban en camino e iban a preci-

[85] Esta revolución tan celebrada, y de la cual están tan ufanos los parisienses, quinientos o seiscientos mosqueteros, apostados en el *Palais-Royal*, la habrían impedido. Por lo demás, todos, bien y mal intencionados, previeron todo lo que se le podría un día exigir a un rey que dejaba suprimir la casa real.

[86] Es el origen de todas las fábulas y de todas las pretendidas conspiraciones con que se ha metido tanta bulla, a propósito del rapto del rey. Es ésa la base de todas las acciones judiciales por el delito de lesa nación.

pitarse sobre Versalles, pidió de nuevo a sus guardias de corps. Una parte solamente recibió la orden; y fue a apostarse en formación de combate en el patio real. Los demás, que fueron avisados más tarde, se dirigieron allí en pequeños grupos; hacían fuego contra ellos en todas las calles; y doquier se presentaban, eran perseguidos como animales feroces. Hubo algunos muertos y un número mayor de heridos en esa oportunidad. Apenas se habían formado ante la verja del patio real cuando el rey, siempre irresoluto y siempre desafortunado en sus resoluciones, les mandó decir que se replegaran hacia la terraza de la Orangerie. De modo que, esa vez, el palacio que habían venido a defender los defendió a ellos separándolos de los asaltantes de París y de los burgueses de Versalles. Poco después, Su Majestad los envió a Rambouillet, bajo el mando del duque de Guiche, a fin de sustraerlos a la furia de la milicia parisiense, que llegaba para asesinarlos. Sólo quedó en el palacio la guardia de servicio; y ésta es la que. al día siguiente, fue en parte destrozada y en parte arrastrada a París, como hemos de ver.

Cerca de las diez, un edecán del marqués de La Fayette vino a anunciar su próxima llegada a la cabeza del ejército nacional de París. La agitación de los ministros se acrecentó. Sabían que el marqués de La Fayette había partido por orden del populacho y para hacer todo lo que quisiese el populacho. La corte estaba lejos de compartir la radiante confianza de un general que marcha con la intención de hacer todo lo que le ordene su ejército. No sabían a qué decidirse; el estupor presidía las deliberaciones, y el miedo aconsejaba al miedo. Tras tantos cálculos errados y tantos pasos atrás, tras tantas amnistías, o mejor dicho, tantos estímulos brindados a los rebeldes de todo tipo; tras el abandono de su prerrogativa y el sacrificio de sus gustos y de sus placeres, el rey debía finalmente temblar por la vida de cuantos le eran caros, y sólo tenía su terror para oponer al peligro.

Como es sabido, en medio de todas sus magnificencias, Luis XIV había dejado un puente de madera en Sèvres, a fin, según se dice, de que en los momentos de crisis, esa comunicación entre la morada de los reyes y una capital peligrosa pudiera ser cortada en un abrir y cerrar de ojos. Pero inútilmente chocaba ese puente desde hacía un siglo la vista y la imaginación de los franceses y de los extranjeros que venían a admirar los bronces y los mármoles de Versalles; se olvidó, cuando llegó el momento, o incluso tal vez se temió utilizar una precaución impuesta por el temor al lujo y al despotismo: pues uno de los rasgos distintivos del miedo es el de-

la señora de Sillery compartía en aquel momento su solicitud y sus alarmas. Los correos le traían minuto a minuto las novedades de palacio; y he aquí efectivamente lo que en él sucedía.

XIX

Ilion vertit in pulverem
Cum populo et duce fraudulento [...]
Omne sacrum rapiente dextra.
(Horacio)

Los guardias de corps, los suizos y el regimiento de Flandes, como lo hemos dicho, bordeaban la parte superior de la Plaza de Armas; detenían los avances y soportaban las bravatas de las puesteras, de los mozos de cuerda vestidos de mujer, y de la multitud de obreros parisienses que se apretujaban todavía contra la verja del primer patio. Los bandidos, armados con picas y tocados con gorros puntiagudos, permanecían detrás como cuerpo de reserva; estaban destinados a una expedición interior y no debían prodigarse en la Plaza de Armas.

Muy pronto se advirtió el entendimiento que reinaba entre la milicia burguesa de Versalles y los amotinados, así como las escasas esperanzas que se podían depositar en el regimiento de Flandes. Era alrededor de las seis cuando un miliciano de París, que había venido con las puesteras, se arrojó sobre la línea de los guardias de corps a fin de penetrar en el primer patio. Para no destrozarlo, se le dejó atravesar las filas hasta la verja; pero el marqués de Savonnières, oficial de los guardias de corps, al ver que el miliciano intentaba apuñalar, a través de la verja, al centinela suizo que se negaba a abrirle, lanzó su caballo sobre él con el propósito de apartarlo. Inmediatamente un soldado de la guardia nacional de Versalles hizo fuego contra el marqués y le rompió el brazo. Aquello dio la señal de la matanza. El oficial de los guardias de corps fue a caer en medio de su escuadrón que, fiel a las órdenes del rey, no pensó en ninguna venganza y se mantuvo en formación. Una descarga de fusilería considerable fue el premio de aquella moderación; algunos guardias de corps y muchos de sus caballos

fueron gravemente heridos, y las puesteras y bandidos dieron aullidos de alegría. Advirtióse al mismo tiempo que la milicia de Versalles, no muy contenta de aquella primera acción, apuntaba contra los guardias de corps el cañón que se encuentra ante los cuarteles de los ex Guardias Franceses. El rey, informado de lo sucedido a los desdichados guardias, les hace ordenar que se retiren a su alojamiento, en la creencia de que su retirada calmaría al pueblo. Pronto se forman en columna y dejan la Plaza de Armas; mas la milicia de Versalles carga de nuevo sobre ellos y dispara contra la extremidad de la columna; varios guardias de corps resultan heridos, y algunos pelotones de la milicia los persiguen hasta sus caballerizas, siempre disparando. Los tiros partían de todas las calles, y las balas silbaban de todas partes. Los guardias de corps, algunos de los cuales murieron de sus heridas, se retiran en buen orden y sin ejercer en ningún momento represalias. Eran aproximadamente las siete.

En este punto se presentan dos reflexiones. Aunque la guardia nacional o milicia burguesa[84] de Versalles haya hecho figurar en más de un periódico que los guardias de corps habían sido los primeros en disparar, esa mentira no pudo imponerse ni un momento. Demasiados testigos habían visto lo contrario; y por otra parte se recuerda que al día siguiente de la acción no había burgués en Versalles que no se jactara de haber "matado su guardia de corps". Si, algunos días después, la tardía reflexión vino a abrirles los ojos, no sobre la barbarie, sino sobre la falsa política que los ha convertido en instrumentos y víctimas de los parisienses; si vieron por fin con qué estupidez ellos mismos habían entregado al rey y perdido, quizás para siempre, el provechoso honor de su presencia, no era una razón como para que se les permitiese calumniar a quienes acababan de asesinar. Ha quedado, pues, como incontestable que la milicia nacional de Versalles fue la primera en disparar contra los guardias de corps, o, mejor dicho, que fue la única que disparó du-

[84] Antiguamente la palabra *garde* (guardia) era femenina, que se hablara de la guardia entera o de un solo guardia. Actualmente es masculina cuando se habla de individuos, y femenina cuando se habla de la tropa. Así pues, debe decirse: "La *guardia nacional* (*nationale*) de París se compone de tantos *guardias nacionales* (*nationaux*)." Si se dice aún "los *Guardias francesas* (*françaises*)", y "un *guardiamarina* (*garde-marine*)", se debe a que esas expresiones datan del tiempo en que la palabra *garde* era femenina; de lo cual resulta hoy una continua mezcla de géneros: pues se dice: "Los *guardias francesas* están sublevados (*révoltés*)", y no *sublevadas* (*révoltées*); "los *guardiamarinas* han sido suprimidos (*supprimés*)", y no *suprimidas* (*supprimées*).

rante el anochecer del 5 de octubre: pocas verdades hay en la historia tan bien comprobadas. Y cómo concebir que una ciudad fundada, ampliada, mantenida, enriquecida por nuestros reyes, habitada por ochenta mil personas a sueldo cuya existencia depende enteramente de la estada del príncipe; ¿cómo, digo, se puede concebir que Versalles haya expulsado al rey a tiros de fusil y haya servido a costa propia a los furores interesados de la capital? No se acudirá, creo, al patriotismo: dicha palabra no pertenece por cierto al repertorio de Versalles; esta ciudad sabe que todo es ganancia para ella en las profusiones del gobierno; es el nido del águila, en donde abundan los despojos de los campos. Por otra parte, su arrepentimiento por la pérdida del rey es demasiado sincero, y el patriotismo no siente pesar por sus sacrificios, de suponerse realmente que el traslado del rey a París haya sido un acto de patriotismo. Veamos entonces cómo se puede explicar la enloquecida y bárbara conducta de Versalles. Fue sólo un error y un falso cálculo del interés. El espanto de la bancarrota había dejado helados a todos. Se daba como cosa cierta, entre los numerosos criados de Versalles, que el rey era un ser gastado, una palabra anticuada, un signo sin valor; que ya no quedaba sino la nación, es decir una novedad, en condiciones de rejuvenecer al Estado, pagar la deuda y salvar a Versalles. Ese rumor se había impuesto y se había robustecido con la idea de que, sin París, la Asamblea nacional nada podía hacer. Era entonces preciso agradar a la capital. El rey estaba mal aconsejado; era entonces preciso, por su bien particular y por el bien general, exterminar su corte, darle una guardia parisiense y abandonarle exclusivamente a los impulsos de la Asamblea nacional. Pero Versalles entendía tan sólo que París debía proporcionar una guardia al rey, y no que debía llevárselo para siempre. Ésa es la solución del problema que plantea por una parte el inhumano comportamiento, y por la otra el arrepentimiento de los burgueses de Versalles; arrepentimiento al cual la partida de la Asamblea ha dado posteriormente tanta energía, y que aumenta aún todos los días, en el abandono y la miseria en que los ha hundido su locura.

La orden tantas veces repetida a los guardias de corps de no disparar contra los ciudadanos, y de dejarse asesinar sin resistencia, es el objeto de nuestra segunda reflexión. ¡Cómo! ¡Puesteras y bandidos extraídos de la hez de París son ciudadanos a quienes se debe tratar con miramientos, súbditos que merecen todo el afecto del rey a quien vienen a asesinar, y seiscientos militares llenos de honor, y dispuestos a derramar toda su sangre por ese mismo rey, son

sólo autómatas cuyo valor debe ser encadenado, o cuyas cabezas han de ser condenadas a una muerte oscura y segura! La posteridad juzgará con ello de qué hombres estaba rodeado el rey. Esa prohibición es la mayor falta de Luis XVI, si entre tantas desgracias se puede tomar nota de las faltas: pues ese consejo no era solamente inhumano, era más todavía impolítico. Sólo había que hablar: aquellos seiscientos guardias de corps habrían conducido a los asaltantes dándoles de plano con sus sables hasta París, sin necesidad de recurrir a los Suizos o al regimiento de Flandes, y a pesar de la milicia de Versalles.[85] Pero en toda la revolución, y especialmente durante ese día, un consejo valeroso no vino a la mente de nadie; temían que si se defendían se irritase la milicia de Versalles: siempre temores. Si uno de los ministros proponía temblando alguna cobardía, otro lo escuchaba estremeciéndose, un tercero se la sugería al rey balbuceando. El proyecto más vigoroso de los que fueron considerados, fue la huida. Mas el rey no quiso huir. Se propuso hacer partir al menos a la reina y a S.A. el delfín; inclusive hicieron aproximarse unos coches; pero los burgueses de Versalles cortaron las riendas de los caballos, rompieron las ruedas, y se pusieron a gritar que el rey quería huir a Metz.[86] Toda retirada fue a partir de ese momento imposible; e incluso si ese medio hubiera sido factible, el valor de la reina lo habría hecho inútil. Declaró ella con voz fuerte que no abandonaría jamás al rey y que moriría con él. Algunas personas informadas aseveran que, si la reina hubiera partido, no habría escapado de ningún modo a los asesinos con que todas las calles que conducían al palacio estaban suficientemente guarnecidas.

Hemos dicho que, a eso de las siete, el rey, al oír los disparos y no poder dudar de lo que estaban sufriendo sus guardias, les había mandado ordenar que se retirasen; vimos cómo se los había maltratado en su retirada, sin que se defendieran en ningún momento. A las ocho y media, el rey, al enterarse con certeza de que veinte mil parisienses armados estaban en camino e iban a preci-

[85] Esta revolución tan celebrada, y de la cual están tan ufanos los parisienses, quinientos o seiscientos mosqueteros, apostados en el *Palais-Royal*, la habrían impedido. Por lo demás, todos, bien y mal intencionados, previeron todo lo que se le podría un día exigir a un rey que dejaba suprimir la casa real.

[86] Es el origen de todas las fábulas y de todas las pretendidas conspiraciones con que se ha metido tanta bulla, a propósito del rapto del rey. Es ésa la base de todas las acciones judiciales por el delito de lesa nación.

pitarse sobre Versalles, pidió de nuevo a sus guardias de corps. Una parte solamente recibió la orden; y fue a apostarse en formación de combate en el patio real. Los demás, que fueron avisados más tarde, se dirigieron allí en pequeños grupos; hacían fuego contra ellos en todas las calles; y doquier se presentaban, eran perseguidos como animales feroces. Hubo algunos muertos y un número mayor de heridos en esa oportunidad. Apenas se habían formado ante la verja del patio real cuando el rey, siempre irresoluto y siempre desafortunado en sus resoluciones, les mandó decir que se replegaran hacia la terraza de la Orangerie. De modo que, esa vez, el palacio que habían venido a defender los defendió a ellos separándolos de los asaltantes de París y de los burgueses de Versalles. Poco después, Su Majestad los envió a Rambouillet, bajo el mando del duque de Guiche, a fin de sustraerlos a la furia de la milicia parisiense, que llegaba para asesinarlos. Sólo quedó en el palacio la guardia de servicio; y ésta es la que. al día siguiente, fue en parte destrozada y en parte arrastrada a París, como hemos de ver.

Cerca de las diez, un edecán del marqués de La Fayette vino a anunciar su próxima llegada a la cabeza del ejército nacional de París. La agitación de los ministros se acrecentó. Sabían que el marqués de La Fayette había partido por orden del populacho y para hacer todo lo que quisiese el populacho. La corte estaba lejos de compartir la radiante confianza de un general que marcha con la intención de hacer todo lo que le ordene su ejército. No sabían a qué decidirse; el estupor presidía las deliberaciones, y el miedo aconsejaba al miedo. Tras tantos cálculos errados y tantos pasos atrás, tras tantas amnistías, o mejor dicho, tantos estímulos brindados a los rebeldes de todo tipo; tras el abandono de su prerrogativa y el sacrificio de sus gustos y de sus placeres, el rey debía finalmente temblar por la vida de cuantos le eran caros, y sólo tenía su terror para oponer al peligro.

Como es sabido, en medio de todas sus magnificencias, Luis XIV había dejado un puente de madera en Sèvres, a fin, según se dice, de que en los momentos de crisis, esa comunicación entre la morada de los reyes y una capital peligrosa pudiera ser cortada en un abrir y cerrar de ojos. Pero inútilmente chocaba ese puente desde hacía un siglo la vista y la imaginación de los franceses y de los extranjeros que venían a admirar los bronces y los mármoles de Versalles; se olvidó, cuando llegó el momento, o incluso tal vez se temió utilizar una precaución impuesta por el temor al lujo y al despotismo: pues uno de los rasgos distintivos del miedo es el de-

oponerse a sus propias disposiciones. El puente de madera, sobre el cual pasaron los facinerosos nacionales de toda raza, de toda forma y de todo sexo, no fue cortado en momento alguno. Hago esta observación minuciosa sólo para probar hasta dónde había llegado en aquel momento en Versalles la defección de todas las ideas, grandes y pequeñas.[87] ¡Que vengan a decirnos después de esto que las cortes son nidos de disimulo, de cálculo y de maquiavelismo! La corte de Francia ha ostentado en nuestros días una profundidad de inepcia, de imprevisión y de nulidad tanto más digna de nota cuanto que sólo hombres menos que mediocres han figurado en la revolución. No temo por cierto decirlo, en esta revolución tan celebrada, príncipe real, militar, diputado, filósofo, pueblo, todo ha sido de mala calidad, hasta los asesinos. Tal es la diferencia entre la corrupción y la barbarie: una es más fecunda en vicios, y la otra en crímenes. La corrupción debilita hasta tal punto a los hombres que a menudo se ve reducida a utilizar la barbarie para ejecutar sus planes. El marqués de La Fayette y todos los héroes parisienses han servido al pueblo mucho menos de lo que se han librado de él. Los diputados más insignes, como Le Chapelier, Mirabeau y sus congéneres, habían ingresado a los Estados generales sumamente debilitados por el desprecio público, y debían temer que el rey se honrase castigándolos. Los filósofos del *Palais-Royal* eran en verdad malhechores; pero los asesinos a sueldo resultaron razonadores que *distinguieron* entre la reina y el rey.[88] El duque de Orleans, por último, se juzgó a sí mismo indigno de todos los crímenes que pagaba, y al huir, renunció al premio a causa de los gastos, y tiró "abajo la conjuración", según su propia expresión. Veremos no obstante que sólo desertó en el momento en que era

[87] Podría alegarse que la planicie de Grenelle lleva a Sèvres independientemente del puente de madera; pero, sin tener en cuenta que es preferible, en los peligros, tener que defender un solo camino, nuestra observación se dirige expresamente a aquellos que no tienen ninguna duda sobre la razón suficiente que mantenía un puente de madera en Sèvres, y éstos son la mayoría.

[88] En una taberna de Sèvres, cuatro asesinos vestidos de mujer se habían detenido a beber, el día de la expedición, y uno de ellos decía a los demás: "A fe mía, no puedo decidirme a matarlo a ÉL, eso no es justo; pero lo que es por ELLA, con gusto." Su vecino le contestó: "¡Sálvese quien pueda! Habrá que ver cuando estemos allí." El hombre que oyó estas palabras las repitió inútilmente por París. La comisión investigadora no ha tenido en cuenta esos pequeños detalles, pero se ha ocupado de las grandes fechorías de los criminales de lesa nación.

menester que la Asamblea nacional y París optasen entre Luis XVI y él. Cedía ante los hechos, y un error de la avaricia lo consolaba de los traspiés de la ambición.

XX

Tempus erat quo prima quies mortalibus aegris
Incipit.
(*Eneida*, II)

El rey, que se había quedado sin una sola espada para oponer al ejército del marqués de La Fayette, quiso por lo menos cubrirse con la inviolabilidad de los representantes de la nación, y mandó decir al presidente cuánto deseaba verlo en palacio con el mayor número de diputados que pudiese traer. El señor Mounier había vuelto poco antes a la sala, como dijimos, con la constitución y la declaración de derechos firmadas de puño y letra de Su Majestad, y hemos visto cómo lo habían recibido. La sala, repleta a esa hora de puesteras, de changadores, de cargadores del mercado y de algunos diputados, presentaba, como dice el conde de Mirabeau, un "majestuoso conjunto"; pero no había ya Asamblea. El presidente mandó rogar a los oficiales municipales de Versalles que convocasen de nuevo a tambor batiente y de calle en calle a los representantes de la nación. Mientras iban llegando unos tras otros, el populacho que se había asentado en la sala se quejó de no haber comido nada en todo el día. El señor Mounier no sabía cómo dar de comer, sin pan o sin milagro, a aquella multitud hambrienta, en medio de una noche ya muy avanzada; ignoraba que el duque de Orleans era para los amotinados una verdadera providencia: vinos, carnes y licores entraron súbitamente por todas las puertas de la sala; y los diputados de la nación asistieron al banquete del pueblo rey.

Se les avisó finalmente de la llegada del marqués de La Fayette entre las once y las doce de la noche. El señor Mounier solicitó a un diputado que le saliera al encuentro, a fin de darle a conocer la aceptación lisa y llana del rey, y de informar de ello al ejército. Este honrado presidente ofrecía la aceptación a todo el que se presentaba y aguardaba siempre el mejor resultado de ella. ¿Podía ignorar que el ejército venía sólo a *vengarse* de los

guardias de corps, y a rogar al rey, *a tiros de fusil,* que tuviese a bien abandonar su persona en poder de los parisienses? La aceptación de algunos artículos de la constitución no interesaba ni a los soldados ni a los bandidos: unos atacaban la vida, y los otros la libertad del rey, pero seguían creyéndolo rey; no se daban cuenta entonces de que la Asamblea nacional les entregaba tan sólo un fantasma; aun hoy no le retendrían en París, si concibiesen con claridad que la realeza ha muerto en él. Para ojos vulgares, el rey sigue siendo rey. El eclipse político sobrevenido a la corona no es visible desde los puestos más bajos de la sociedad. Habría sido menester que Luis XVI cambiase de título para que les pareciese que había cambiado de naturaleza. Si la Asamblea nacional hubiese declarado francamente que Luis XVI ya no se llamaría más que *estatúder,* nunca se habría podido convencer al pueblo de que viniese a apoderarse de él. Que este príncipe tenga mañana dinero, y tendrá un ejército, y con ese dinero y ese ejército, la omnipotencia; será *rey* en razón de que no ha dejado de ser *el rey,* y el pueblo no se dará cuenta tampoco de ese otro cambio. Los nombres lo hacen todo en este mundo, y los nobles y los sacerdotes se han visto perdidos a partir del momento en que el populacho ha podido retener la palabra *aristócrata* y aplicársela. La verdadera revolución se realizó, y reside íntegramente, en la prerrogativa del monarca; pero para el pueblo consiste únicamente en la ruina del clero, en el incendio de los castillos, y en los insultos impunes a todos los ricos. Pues ¿qué es la democracia para la hez de una nación, sino comer sin trabajar y no pagar más impuestos? Que la Asamblea nacional intente mañana restablecer el orden, hacer respetar las leyes, castigar a los bandidos, exigir impuestos proporcionados a las necesidades, y la lapidarán. Su profunda sabiduría lo intuye bien, y su elevada prudencia no se expone a ello.

El marqués de La Fayette, que conocía las estúpidas y malas intenciones de su ejército, no omitió, al llegar a las barreras de Versalles, el hacerle prestar juramento. ¿Qué juramento? De respetar la Asamblea nacional y la ley, cosa que no estaba en cuestión, y de obedecer al rey, a quien venían a arrancar de sus lares ensangrentados. Es digno de compasión un general que se sitúa voluntariamente entre la estupidez y la perfidia, y que no puede ganar en indulgencia sin perder en estimación. En efecto, si el marqués de La Fayette no tuviera el derecho de recurrir a su naturaleza y de reclamar indulgencia, le preguntaríamos por qué no hizo jurar a su ejército que expulsarían a los bandidos y puesteras, y limpia-

rían de esa horrible chusma la morada de los reyes y la sede de la Asamblea nacional. Pero, para no ocuparnos más de un general que no es más responsable de sus ideas que de sus soldados, preguntemos a la misma Asamblea nacional cómo no se halló en su seno un sólo espíritu bueno, un solo hombre honrado, un Ateio, en una palabra, que fuese capaz de salir de la Asamblea, adelantarse en la avenida, y maldecir a La Fayette y al ejército en nombre de la patria. Sí, había que declarar enemigo de la patria a un general que marchaba contra el rey y la Asamblea nacional, o declararse su cómplice con el silencio; y éste es el partido que tomó la Asamblea.

El marqués de La Fayette hizo detener a su milicia a la altura de la sala de la Asamblea nacional, y se presentó en ella solo. Dijo enseguida al presidente "que debían tranquilizarse; que ver a su ejército no tenía que inquietar a nadie; que éste había jurado no hacer y no tolerar ninguna violencia". El presidente le preguntó qué venía entonces a hacer aquel ejército. El general contestó que "no lo sabía; pero que había que calmar el descontento del pueblo rogando al rey que hiciese alejarse al regimiento de Flandes, y que dijese algunas palabras a favor de la escarapela patriótica".

Al terminar aquel extraño diálogo, el marqués se reunió nuevamente con su ejército, lo apostó en la Plaza de Armas, a la entrada de las avenidas, en las calles, en una palabra, en todos los sitios en que quiso aquél ubicarse, y subió a las habitaciones del rey, a quien dijo al entrar: "Majestad, he preferido venir a vuestros pies con veinte mil hombres armados, antes que perecer en la plaza de Grève." Agregó que "por lo demás, París estaba bastante tranquila". Tras aquella arenga, que hace tan increíbles las de Tucídides y Jenofonte, el marqués de La Fayette mantuvo con el rey una entrevista secreta y bastante larga, en la cual dio al príncipe tantos motivos de seguridad que cuando el presidente de la Asamblea nacional se presentó con una comitiva de diputados, el rey le dijo: "Había deseado estar rodeado por los representantes de la nación en las circunstancias en que me encuentro, y os había mandado decir que quería recibir ante vosotros al marqués de La Fayette, a fin de aprovechar vuestros consejos; pero ha llegado antes que vosotros, y no tengo ya nada que deciros, sino que no he tenido la intención de partir, y que no me alejaré nunca de la Asamblea nacional." Estas últimas palabras significaban, o que el rey había efectivamente deliberado sobre su partida, o que sabía que el pueblo de Versalles le imputaba el deseo de hacerlo. Pero el ascendiente del general sobre el monarca fue tan grande que Su Majestad, antes

tan presuroso por consultar a la Asamblea nacional, y tal vez incluso por alejarse de Versalles, no pensó más en ello después de la entrevista, y descansó de todo sobre un general que no estaba seguro de nada.

El presidente y los diputados regresaron a medianoche a la sala, y prosiguieron su sesión en medio del populacho que los rodeaba. Como en realidad no hacían más que aguardar los acontecimientos, entablaron, para ganar tiempo, una discusión sobre las leyes penales. El pueblo los interrumpía a cada instante, y les gritaba: "¡Pan, pan! ¡Basta de largos discursos!" Mas el pan no faltaba: pues en el momento en que el ejército apareció, fue recibido con gritos de alegría por los bandidos y por la milicia de Versalles; se unió enseguida con los dragones y con aquel regimiento de Flandes motivo de tantas alarmas y pretexto de la invasión. Como aquella terrible noche era fría y lluviosa, las tropas aliadas se refugiaron en las tabernas, en las caballerizas, en los cafés, bajo las puertas y en los patios de las casas. Inmensas provisiones de carne y pan les fueron distribuidas: les fueron prodigados los licores más violentos. El marqués de La Fayette, testigo de aquella abundancia y de aquella alegría, muy lejos de temer sus consecuencias y progresos, las consideró como un óptimo augurio. Se apresuró a apostar algunos centinelas y a guarnecer algunos puestos con sus guardias nacionales parisienses. Satisfecho con tantas precauciones, subió a ver al rey y le contagió su seguridad. Garantizó las intenciones de su milicia y el buen orden para el resto de la noche. Sus palabras adormecieron todos los temores. El rey, persuadido, se fue a acostar. Era cerca de las dos. El marqués de La Fayette, al salir de las habitaciones regias, dijo a la gran cantidad de gente que se hallaba en la sala del ojo de buey: "Le he hecho hacer algunos sacrificios a fin de salvarlo." Se refirió al mismo tiempo a las precauciones que había tomado, y se expresó con tanta tranquilidad y beatitud que logró infundir también a cuantos le escuchaban el deseo de irse a acostar. Aquellos triunfos trajeron otros. El marqués de La Fayette concibió la idea de hacer acostar a toda la Asamblea nacional: vuela hacia allá al punto. Era, como entonces se dijo, "el general Morfeo". Llega, habla con el presidente de la Asamblea, le expone con candor sus motivos de seguridad, y le inspira las más intensas ganas de irse a dormir. El presidente estaba en sesión desde hacía dieciocho horas, y su extrema lasitud le hacía más irresistibles los consejos del general. "Si tenéis algunos temores", le dijo no obstante el señor Mounier, "hablad, yo retendré a los dipu-

tados hasta la mañana." El marqués de La Fayette respondió "que estaba tan seguro de las pacíficas disposiciones de su ejército, y que descontaba con tanta confianza la tranquilidad pública para esa noche, que él mismo se iba a acostar". El presidente, instado por el peso de la palabra y del ejemplo, levantó la sesión y se retiró a su casa. Sólo quedaron los señores Barnave, Mirabeau, Pétion y algunos otros demagogos afanosos, que no quisieron abandonar a la multitud de que rebosaban la sala y todas sus dependencias. Únicamente ellos resistieron a los calmantes del marqués de La Fayette, y se negaron, cual nuevos Ulises, a dormirse al borde de un escollo. Velaron toda la noche sobre *la nave de la cosa pública*; pero, como no impidieron en nada los crímenes de la mañana, y por el contrario los vieron y por así decir los consagraron con su mirada, la historia debe acusar su presencia más aún de lo que acusa la ausencia de los demás.

Al entrar a su casa, el señor Mounier se enteró de que una veintena de facinerosos había venido a pedir su cabeza y había prometido volver. Ya se sabe que había sido señalado al pueblo como *aristócrata*, por haber sostenido el *veto real* y la necesidad de una segunda Cámara legislativa. A pesar de aquel nuevo motivo de alarma, el señor Mounier confiesa, en la *exposición de su conducta*, que durmió profundamente hasta pleno día, confiado en la palabra del marqués de La Fayette, que había ido también a tirarse en la cama, tras haber hecho dormir a las víctimas en medio de los verdugos. Si este general se hubiese puesto de acuerdo con los amotinados, ¿podría haber hecho algo mejor? A tal punto es verdad que, en los puestos importantes, la falta de ánimo tiene todos los efectos de la perversidad del corazón.[89]

En medio de tantas perfidias de toda especie, en aquel teatro en que el miedo y la cobardía conducían a la debilidad a su perdición, se halló no obstante un gran carácter, y una mujer, la reina, es quien dio prueba de él. Ella se destacó por su continente noble y firme, entre tantos hombres trastornados y consternados, y por una presencia de ánimo extraordinaria, cuando todo era puro extravío y vértigo a su alrededor. Se la vio, durante esa noche del 5 de octubre, recibir a una cantidad considerable de gente en su gran gabinete, hablar con fuerza y dignidad a cuantos se le aproximaban, y a contagiar su seguridad a quienes no podían ocultarle

[89] Fernando, gran duque de Toscana, decía que prefería un ministro corrompido, pero firme, antes que un ministro íntegro, pero débil.

su alarma. "Ya sé", decía ella, "que vienen de París a pedir mi cabeza; pero yo he aprendido de mi madre a no temer la muerte, y la aguardaré con firmeza." Un oficial de los guardias de corps hablaba con mucha amargura y escasa mesura de aquel nuevo atentado de los facciosos y de todo lo que estaba ocurriendo en Versalles, y la reina cambió el tema de la conversación, pero sin afectación. Un momento después, se inclinó hacia un diputado de la nobleza de Borgoña y le dijo a media voz: "He desviado la conversación porque he advertido a un ayuda de cámara del señor duque de Orleans; no sé cómo se ha introducido aquí." Pronto veremos a la princesa, cuando los peligros lo exijan, haciendo gala de la magnanimidad de su madre; y si, con el mismo valor, no tuvo iguales éxitos, débese a que María Teresa se enfrentaba con la nobleza de Hungría, y la reina de Francia hablaba tan sólo a la burguesía de París.

Desde las tres de la mañana hasta las cinco y media, nada se advierte, y todo parece sepultado en el tranquilo horror de la noche. Era sin embargo un espectáculo bien digno de observación esa profunda seguridad de la familia real, que dormía sin defensa en medio de una horda de asesinos reforzados por veinte mil soldados; ¡y ello sobre la palabra de un general que confiesa él mismo que no ha conducido o seguido a su ejército más que por miedo a que lo colgasen en la plaza de Grève! Fue la primera vez quizá que tanto miedo inspiró tanta confianza.

Hubo no obstante aquella noche algunas personas que no compartieron esa seguridad y a quienes un espíritu de previsión les impidió dormir. Una especialmente, acuciada por una secreta inquietud, salió de su casa y subió al palacio. Este testigo, digno de fe, vio que los puestos se hallaban ocupados por los ex Guardias Franceses y por la milicia de Versalles, pero que no había centinelas especiales. Sólo encontró, cerca del Patio de Mármol, a un jorobadito a caballo, que afirmó haber sido apostado allí por el marqués de La Fayette, y que, a propósito de los temores que le manifestaba nuestro testigo respecto de los asaltantes, agregó que él respondía de todo; que los de las picas y los gorros puntiagudos lo conocían bien. "Pero", insistió el testigo, "puesto que vuestro general se ha ido a acostar y el palacio está indefenso, ¿cómo harían si hubiese necesidad de la guardia nacional?" El jorobado contestó: "No puede haber peligro antes de la mañana." Aquella frase era pavorosa, pero ¿a quién transmitírsela? El testigo recorrió la Plaza de Armas y la avenida de París hasta la entrada de la Asamblea na-

cional. Fue viendo cada tanto grandes fogatas encendidas, y alrededor de las fogatas a grupos de bandidos y de puesteras que comían y bebían. La sala de la Asamblea se hallaba repleta de hombres y mujeres. Unos cuantos diputados se afanaban entre la muchedumbre. La milicia parisiense estaba dispersa por todos los barrios de la ciudad; las caballerizas, las tabernas, los cafés estaban de bote en bote. Tal fue la situación de Versalles desde las tres de la mañana hasta el nacimiento del día.

XXI

Quid moror? Irrumpunt thalamo, comes additur una
Hortator scelerum Aurelides.

(*Eneida*, VI)

Cerca de las seis, los distintos grupos de bandidos, de puesteras y de obreros se reunieron, y tras algunos movimientos, su masa se dirigió rápidamente hacia la residencia de los guardias de corps, gritando: "¡Matad a los guardias de corps! ¡Sin cuartel!" El edificio fue forzado en un instante. Los guardias, que eran un corto número, trataron de escaparse: los persiguieron por todas partes con un encarnizamiento indecible; algunos fueron muertos; otros horriblemente maltratados huyeron hacia palacio, donde cayeron en manos de la milicia de Versalles y de la de París; quince fueron aprehendidos y conducidos hacia la verja, adonde se les retuvo hasta que se pensara qué clase de suplicio se les infligiría. Casi al mismo tiempo llegó el grueso de los asaltantes, hombres y mujeres, que habían ya saqueado y devastado la residencia de los guardias; se lanzaron dentro de todos los patios del palacio, en presencia de la milicia de París y sin que los centinelas apostados por el marqués de La Fayette opusiesen la menor resistencia; penetraron enseguida, unos por la gran escalera y otros por el lado de la capilla, en el interior de las salas, y forzaron la de los Cien Suizos; pero previamente asesinaron a dos guardias de corps que estaban de centinelas, uno cerca de la verja y otro bajo la bóveda. Sus cuerpos aún palpitantes fueron arrastrados bajo las ventanas del rey, adonde una especie de monstruo, armado con un hacha, y que llevaba larga barba y un gorro de una altura extraordinaria, les cortó la cabeza.

Esas mismas dos cabezas, enarboladas primero en Versalles, son las que fueron llevadas sobre picas delante de la carroza del rey, y paseadas el mismo día y el siguiente por las calles de París.

Los asesinos, pues, tras haber penetrado en la sala de los Cien Suizos y matado a un tercer guardia de corps en lo alto de la escalera de mármol, piden a voz en cuello la cabeza de la reina; las horribles amenazas y los alaridos de aquellas bestias feroces resonaban en todo el palacio; los guardias de corps forman una especie de barricada en su sala y se repliegan hacia la sala del Ojo de buey; pero su endeble barricada es pronto forzada, y los persiguen de sala en sala. El guardia que estaba de centinela en la puerta de la reina [90] se defiende heroicamente, y antes de sucumbir, da la alarma con sus gritos y con golpes redoblados en la puerta del departamento. La reina, despertada por sus damas, salta de la cama y huye por un angosto y largo balcón que bordea las ventanas de las habitaciones interiores: llega a una puertita que da a la sala del Ojo de buey; y después de aguardar durante cinco minutos que abran aquella puerta, se refugia en la habitación del rey. Apenas había salido de sus habitaciones, cuando una banda de asesinos, dos de ellos vestidos de mujer, entra y penetra hasta su cama cuyas cortinas levantan con sus picas. Furiosos por no encontrarla, se lanzan de nuevo a la galería para forzar la sala del Ojo de buey, y seguramente habrían puesto de luto a Francia si no se hubiesen topado con los granaderos de los ex Guardias Franceses que llenaban ya aquella antecámara, defendían los aposentos del rey, y enarbolaban el estandarte de los guardias de corps, a fin de sustraerlos al furor de los verdugos, ya haciéndolos prisioneros, ya dejándolos pasar a la habitación de Luis XIV [91] y a la cámara del consejo, adonde aquellos infortunados estaban dispuestos a defender la existencia del rey hasta la última gota de su sangre. Por fin, aquellos granaderos, tras haber librado a los guardias de corps, rechazan poco a poco a la encarnizada muchedumbre de bandidos y asesinos, los obligan a bajar a los patios, y se apoderan de todos los puestos, a fin de garantizar el palacio contra una nueva invasión. Mas debo

[90] Es el caballero de Miomandre Sainte-Marie: recibió varias heridas de pica y de sable en el cuerpo y en la cabeza; le hicieron una trepanación, y no murió de sus heridas. Uno de sus camaradas, llamado Du Repaire, vino en su ayuda y para defender al mismo tiempo la puerta de la reina. Fue herido tan cruelmente como él.

[91] Esa habitación donde dormía Luis XIV precede los aposentos interiores del rey.

explicar la causa de ese feliz acontecimiento, que, al salvar a la familia real, evitó un baldón eterno al nombre francés, derribó el edificio de la conspiración, e hizo perder a los facciosos todo el fruto de sus crímenes.

El marqués de La Fayette, arrancado de su cama al primer rumor de lo que estaba ocurriendo, se había lanzado bruscamente sobre un caballo, y había galopado hasta el palacio. Desesperado por su sueño, por su credulidad, por sus promesas y por todas las idioteces que constituían su vida desde hacía veinticuatro horas, se presenta con aire apasionado a los granaderos de los ex Guardias Franceses, incorporados a la milicia parisiense, les expone la peligrosa situación del rey y se ofrece a sí mismo como víctima. Los granaderos, emocionados, vuelan al palacio siguiendo las huellas sangrientas del pueblo, y liberan a los guardias de corps, como hemos visto, mas siempre respetando a los bandidos y a los asesinos. Casi en el mismo momento, el marqués de La Fayette distingue a los quince guardias sobre cuyo suplicio deliberaba el populacho: corre hacia ellos, arenga al pueblo y gana algo de tiempo. Pasaba una segunda agrupación de granaderos: "Granaderos", les gritó, "¿acaso toleraréis que personas de bien sean tan cobardemente asesinadas? Los pongo bajo vuestra salvaguardia. Juradme, palabra de granaderos, que no toleraréis que los asesinen." Los granaderos lo juran, y ponen a los guardias de corps en medio de ellos. Pero, más lejos, la chusma, expulsada del palacio, furiosa y maravillosamente secundada por la milicia de Versalles, había detenido a algunos otros guardias y se disponía a asesinarlos. El deseo de dar más relieve a su ejecución exterminándolos bajo las ventanas del rey fue lo que los salvó. Un oficial de la milicia nacional de París arrancó a ocho de entre las manos de aquel tropel de frenéticos. Entre los restantes se hallaban algunos cabos coronados de canas: "Nuestra vida está en vuestas manos", decían; "podéis matarnos, pero sólo la acortaréis unos instantes, y no moriremos deshonrados." Aquella breve arenga produjo una especie de revolución en los espíritus. Un oficial de la guardia nacional, conmovido por el noble discurso y el aspecto venerable de aquellos militares, se arroja a los brazos del más anciano y exclama: "No mataremos a buenas personas como vosotros." Su ejemplo es seguido por algunos oficiales de la milicia parisiense. En el mismo instante, el rey, enterado de que sus guardias eran asesinados tan miserablemente, abre personalmente sus ventanas, se presenta en su balcón, y pide gracia para ellos al pueblo. Los guardias de corps re-

fugiados junto a su persona, con la intención de salvar a sus camaradas, arrojan de lo alto del balcón sus bandoleras a ese mismo pueblo, deponen las armas y gritan: *¡Viva la nación!* El gesto del rey y la acción de sus guardias halagan y ablandan el orgullo de aquellos tigres: gritos insistentes de *¡Viva el rey!* parten de todos los patios y de toda la extensión de la Plaza de Armas. En un momento las víctimas a quienes se iba a masacrar son festejadas, abrazadas y llevadas alborotadamente bajo las ventanas del rey: los que se encontraban junto a Su Majestad son invitados a bajar; bajan efectivamente y comparten con sus compañeros las caricias estrepitosas y los tiernos furores de aquel populacho cuyo bárbaro triunfo y crueles regocijos hemos de describir pronto. Mas veamos antes qué sucedía en la habitación del rey.

Apenas se había refugiado allí la reina cuando el conde de Provenza, hermano del rey,[92] su esposa y la princesa Élisabeth vinienieron a buscar asilo en el mismo lugar; un momento después llegaron los ministros y muchos de los diputados de la nobleza, todos en el mayor desorden. Se oían las voces de los asaltantes mezcladas con el entrechocarse de las armas, y el ruido aumentaba cada vez más. A poco los ex granaderos de las Guardias Francesas ocuparon la sala del Ojo de buey, para impedir la entrada en la misma a los asesinos; pero aquello apenas tranquilizó a nadie. ¿Qué fe se podía prestar a soldados infieles y corrompidos? Una hermosa acción asombra más que tranquiliza cuando la intención es sospechosa. Por eso no había más que llanto y confusión alrededor de la reina y el rey. Las damas de la reina gritaban y sollozaban; el canciller se desesperaba; los ministros La Luzerne y Montmorin se veían tales como eran, sin valor y sin ideas; el rey parecía abatido; pero la reina, con una firmeza noble y conmovedora, consolaba y animaba a todos. En un rincón del gabinete del rey estaba el ministro Necker, sumido en la más profunda consternación, y de todas las figuras del cuadro es la que más debe impresionar. "¿Era ése acaso vuestro puesto, gran hombre, ministro irreprochable, ángel tutelar de Francia? Salid, ídolo del pueblo: mostraos a

[92] Dicho príncipe conservó aquella mañana la mayor sangre fría, y dio buenos consejos que por cierto no fueron seguidos. Como se sabe, MONSIEUR ha pasado toda su juventud instruyéndose y cultivando su espíritu, y siempre huyó de todos los vanos y bulliciosos placeres a que los jóvenes príncipes se entregan con harta facilidad. En lo que se refiere a la gestión que el príncipe efectuó en el Ayuntamiento, y que le ha sido echada en cara, sabemos positivamente que fue menester que el rey se la ordenara con fuerza, y que obedeció sólo para impedir nuevos disturbios y evitar más desgracias a la familia real.

esos rebeldes, a esos bandidos, a esos monstruos; exponed ante ellos esa cabeza que ellos mismos han cargado con tantas coronas; probad con ellos el poder de vuestra popularidad y el prestigio de vuestra reputación: al rey y al Estado de nada le sirven vuestras lágrimas." Nunca, en efecto, hallará Necker disculpa para su comportamiento de aquel día. Si se hubiera presentado, no se sabe hasta qué punto habría influido en la multitud, pero al menos no se diría hoy que el ministro Necker sólo se muestra para recibir estatuas y coronas.

El pueblo, aunque había perdonado a los guardias de corps, no perdía por cierto de vista el principal objetivo de su acometida, y pedía a grandes gritos que el rey viniese a establecer su residencia en París; el marqués de La Fayette remitía aviso tras aviso. El rey, importunado, instado, apremiado por todas partes, se rindió finalmente, y dio su palabra de que partiría a mediodía. La promesa voló presto de boca en boca, y las aclamaciones del pueblo, los disparos de cañón y el fuego graneado de la mosquetería fueron la respuesta. Su Majestad apareció personalmente en el balcón para confirmar su palabra.

Ante esa segunda presentación, la alegría de los parisienses olvidó todo límite y se manifestó de las maneras más innobles. Se apoderaron de los guardias de corps a quienes se acababa de conceder la vida; les arrancaron sus uniformes y les hicieron revestirse con el de la guardia nacional. Fueron reservados como rehenes, como prisioneros, como ornato del triunfo de los vencedores. Las dos milicias de la capital y de Versalles no cesaron, durante varias horas, de darse mutuas pruebas de la felicidad más insultante para con el rey y la familia real. La especie de monstruo con gorro en punta y larga barba cuyo retrato ya hemos dado se paseaba ostentosamente por la plaza, enseñando su cara y sus brazos cubiertos con la sangre de los guardias de corps, y quejándose de que lo hubiesen hecho venir a Versalles para cortar solamente dos cabezas. Pero nada igualó el delirio inhumano de las puesteras: tres de ellas se sentaron sobre el cadáver de un guardia de corps, cuyo caballo se comieron, descuartizado y aderezado por sus compañeras; los parisienses bailaban alrededor de aquel extraño festín. Ante sus transportes, sus movimientos, sus gritos inarticulados y bárbaros, Luis XVI, que los veía desde su ventana, podía creerse el rey de los caníbales y de todos los antropófagos del Nuevo Mundo. Poco después, el pueblo y las milicias, para aumentar su exaltación con una nueva victoria, pidieron ver a la reina. Ésta, que

hasta entonces sólo había vivido para las gacetas o la crónica, y que ahora vive para la historia, apareció en el balcón con S. A el delfín y la princesa real a su lado. Veinte mil voces le gritaron: "¡Fuera los niños!" La reina los envió de nuevo adentro y se mostró sola. Entonces su aire de grandeza en aquella humillación y esa prueba de valor en una obediencia tan peligrosa se impusieron, a fuerza de sorpresa, sobre la barbarie del pueblo: fue universalmente aplaudida. Su genio enderezó bruscamente el instinto de la multitud extraviada; y si fueron necesarios a sus enemigos crímenes, conjuraciones y largas prácticas para hacerla asesinar, ella sólo tuvo necesidad de un momento para hacerse admirar. Así mató la reina a la opinión pública exponiendo su vida, en tanto el rey sólo conservaba la suya a expensas de su trono y de su libertad.

La austeridad de estos anales no permite que disimulemos lo que había armado a la opinión pública contra la reina: París espera de nosotros que instruyamos su odio, y las provincias su incertidumbre. Sé que no se teme ser demasiado severo para con los príncipes, que sólo alabarlos es vergonzoso, y que los embustes de la sátira son casi honorables para un historiador; pero se ha hablado tan mal de la reina que nos sería posible aprovechar la lasitud general para hablar bien de ella, si semejante artificio no fuese indigno de la historia.

Preciso es reconocer, en primer lugar, que el afecto exclusivo del rey por la reina ha excitado contra ella un odio que los pueblos suelen reservar para las queridas. Como se sabe, es de buen tono, en Francia, que las reinas sean consoladas de las infidelidades de sus esposos por la malevolencia pública contra las favoritas. Joven y sin experiencia, la reina no vio en ningún momento el peligro de sus atractivos; ella reinó sobre el rey como una amante, y lo hizo sentir demasiado al pueblo. De allí esos rumores sobre prodigalidades y dones excesivos a su familia, considerados como la causa de la deuda nacional: rumores tan absurdos, cuando se piensa en el origen y la enormidad de esa deuda; mas, si el odio no se atreve a imaginar ciertas calumnias, las pide prestadas y las devuelve a la estupidez.[93]

[93] La deuda, que aún no se ha llegado a determinar bien, era de cuatro mil millones en 1776, según el abate Baudeau. Que expliquen semejante deuda con las prodigalidades, no digo de la reina de Francia, sino de todas las reinas de Europa. En 1776, sólo hacía dos años que la reina había subido al trono.

El debilitamiento de la etiqueta constituye otra fuente de objeciones contra la reina. Con ello, dícese, ha disminuido la consideración y el respeto de los pueblos. Es cierto que la princesa, siempre más fiel a su sexo que a su rango, se ha entregado en exceso a los encantos de la vida privada. Los reyes son actores condenados a no salir del teatro. No debe una reina, que ha de vivir y morir sobre un trono de verdad, querer gustar ese imperio ficticio y pasajero que la gracia y la belleza dan a las mujeres del común, y que las convierte en reinas de un instante.

Se reprocha también a la reina su gusto por las telas inglesas, tan funesto para nuestras manufacturas, y ese reproche no es por cierto injusto. Cuando el Cielo concede a una nación industriosa y galante una reina que tiene el encanto de las formas y de la belleza, tal presente se convierte en riqueza nacional. Francia se mostró celosa de la reina, y la reina no fue suficientemente sensible a ello.[94]

Dícese por último, a modo de conclusión, que "la conducta de la reina ha sido tan fatal para el rey como la del rey para la monarquía". Sin combatir una frase que complace tanto a la pereza de la mente como a la malignidad del corazón, diremos que no existe ningún francés que no debiera desear para el rey el carácter de la reina, y para la Asamblea nacional las buenas intenciones del rey. En una palabra, el comportamiento de la reina, desde que ella se ve abandonada a sí misma, obliga a la historia a traspasar sus faltas a la cuenta de aquéllos a quienes ella llamaba sus *amigos*.

XXII

Haec finis Priami fatorum, hic exitùs.
(*Eneida,* II)

Mientras tanto los facciosos, desesperados por haber fallado el golpe, y los demagogos, extasiados de la última victoria del pueblo, se movían activamente en la Plaza de Armas. Hacían circular listas de proscripción por las manos del pueblo, y los más honrados inte-

[94] ¿Cómo los parisienses, que se irritan contra el gusto de la reina por las mercaderías inglesas, soportan impasibles que la Asamblea nacional no haya querido prestar aún oídos a las reclamaciones de todo nuestro comercio contra el tratado con Inglaterra?

grantes de la Asamblea nacional no eran por cierto olvidados en ellas. Se asegura que el duque de Orleans apareció en el salón de Hércules en lo más intenso del tumulto, quiero decir entre las seis y las siete de la mañana; pero si es verdad que haya venido, su aparición fue breve.[95] Intuyó sin duda que había que aprovechar el crimen, y no encargarse de él. Lo cierto es que este príncipe, a fin de estar enterado momento a momento del estado de la acometida, no abandonó durante la noche el camino principal que lleva de Passy a Versalles. No creo que el marqués de La Fayette lo hubiese persuadido de ir a dormir, y sin embargo el señor duque de Orleans es de todos los hombres el menos apropiado para las fatigas y las angustias de una conjuración: me remito a todos los que lo conocen. Epicúreo, despreciador de la opinión, más acostumbrado a los cálculos siempre seguros de la avaricia que a los proyectos vagos de la ambición, pocos días han pasado desde la revolución, en que este príncipe no haya echado de menos sus placeres y su oro.

Se preguntará tal vez qué plan tenía su facción, y es difícil decirlo con un poco de precisión. No hay duda de que los bandidos y las puesteras tenían el proyecto de asesinar a la reina; pero ¿había, entre tantos asesinos, una mano sobornada para matar al rey? Ése es el problema. ¿Podría decirse, en efecto, qué habría ocurrido si los asaltantes hubiesen perseguido y alcanzado a la reina en brazos del rey? Y si la familia real hubiese sido masacrada, ¿habría sido posible detener al duque de Orleans, secundado por una facción poderosa en París y en la Asamblea nacional? Este príncipe se habría visto incluso llevado más allá de sus esperanzas: pues no se habría vacilado en declarar a S. A. el conde de Artois y a los demás príncipes fugitivos, enemigos del Estado. Al parecer la facción de Orleans no tuvo un plan bien determinado; quiso aprovechar la *crecida* de los pueblos y la *bajante* del trono, y dar algún objetivo a tanta agitación. El partido de Orleans, según la expresión oriental de un poeta hebreo, *sembró vientos y cosechó tempestades.*

Ya a las ocho de la mañana, y antes de dar su palabra de seguir a los rebeldes a París, el rey había atestiguado a algunos diputados de la nobleza cuánto deseaba que todos los miembros

[95] La comisión investigadora se ha ocupado demasiado de borrar todos los vestigios de esta conspiración como para que pueda llegarse alguna vez a una claridad perfecta sobre ciertos detalles.

de la Asamblea nacional viniesen ante él para asistirlo con sus consejos en la crisis terrible en que se encontraba. Dichos diputados fueron a avisar o más bien a despertar al presidente, que dormía aún, y en el camino rogaron a algunos diputados a quienes encontraron que se dirigiesen al palacio. Entraron inclusive en la sala, en donde, al hallar un número bastante grande de diputados, que comprendía tanto a aquellos que no habían abandonado el lugar en toda la noche como a aquellos que habían venido por la mañana, notificaron el deseo del rey en nombre del presidente. El conde de Mirabeau respondió que "el presidente no podía hacerlos ir a la residencia del rey sin deliberar". Las galerías, llenas de la chusma más vil, se unieron a él y declararon que no había que salir de la sala.

A eso de las diez llegó el presidente y dio parte de las intenciones del rey. El conde de Mirabeau se puso de pie y dijo que "era contrario a la dignidad de la Asamblea ir a lo de Su Majestad; que no se podía deliberar en los palacios de los reyes; que las deliberaciones resultarían sospechosas, y que era suficiente enviar una delegación de treinta y seis miembros". Hay mucho de hipocresía y de necedad en esa respuesta. No era en nada contrario a la dignidad de la Asamblea trasladarse a la morada del jefe de la nación; y por otra parte, ¡la dignidad era lo importante en esos momentos! El rey iba a ser raptado, llevado por la fuerza a París y quizás asesinado; pedía ayuda y consejo, ¡y fingían temer la influencia de su autoridad si deliberaban con él, cuando él mismo no estaba seguro de su vida! Por lo demás, el rey, al implorar la asistencia de la Asamblea, le ofrecía una oportunidad de probar que no era cómplice de los amotinados; y algunos de sus miembros, menos hábiles que malintencionados, le hacían perder con una negativa esa única oportunidad. El señor Mounier protestó inútilmente contra la negativa; alegó en vano que era un deber sagrado acudir a la voz del monarca cuando éste se hallaba en peligro. y que la Asamblea nacional se preparaba una vergüenza y un pesar eternos. Le contestaron únicamente estableciendo la lista de los treinta y seis diputados que debían hacer para el rey las veces de toda la Asamblea.

Entonces fue cuando se enteraron de que Su Majestad, reducido al último extremo, se había comprometido a seguir a los bandidos y a los héroes parisienses. Sin analizar a qué tremendas circunstancias obedecía esa resolución del rey, el mismo Mirabeau, que había opinado que no necesitaba más de treinta y seis diputa-

dos en el peligro, propuso darle cien para testigos de su cautiverio; y como se había negado a la primera delegación que podía tener algún riesgo al socorrer al rey, se ofreció para la segunda, que sólo había de envilecer a Su Majestad engrosando el cortejo de sus vencedores. Pidió al mismo tiempo que se dirigiese un comunicado a las provincias para informarles que "el navío de la cosa pública iba a lanzarse con más rapidez que nunca".[96] El rey se puso en camino sólo a la una de la tarde. Todo estaba listo desde hacía rato para la marcha triunfal que lo tenía como tema, y ya el pueblo murmuraba con fuerza por la tardanza que se hacía sufrir a aquella ejecución.

Viose desfilar en primer lugar al grueso de las tropas parisienses: cada soldado llevaba un pan en la punta de su bayoneta. A continuación aparecieron las puesteras, ebrias de furia, de alegría y de vino, llevando ramas de árbol adornadas con cintas, sentadas a horcajadas sobre los cañones, montadas en los caballos y tocadas con los sombreros de los guardias de corps; algunas llevaban coraza delante y detrás, otras iban armadas con sables y fusiles. La multitud de bandidos y de obreros parisienses las circundaba, y de en medio de aquel tropel dos hombres con sus brazos desnudos y ensangrentados alzaban en el extremo de sus largas picas las cabezas de los dos guardias de corps. Los carros de trigo y de harina sacados de Versalles, y recubiertos de follaje y ramos verdes, for-

[96] "Ya sé", me decía un día el conde de Mirabeau, "que vos y todos los profesionales no tenéis una gran opinión de mi estilo; pero tened la seguridad de que estoy a medias con vos en burlarme de los que me admiran. Sólo utilizo mi reputación y la tontería de mis lectores para mi fortuna." Citamos esta frase para la minoría que, cuando lee al señor de Mirabeau, se asombra de que sea *famoso*, y para aquéllos que, al pensar en su celebridad, se sorprenden de que escriba tan mal. Pues hay gente cuyo gusto vacila ante todas las grandes reputaciones, y a quienes el testamento de Cartouche les parecería bien escrito. Que esa clase de lectores sepa que sería aún más fácil considerar al conde de Mirabeau persona de bien que buen escritor. La grande y única ventaja del conde de Mirabeau ha sido siempre la de escribir sobre temas de circunstancia, sobre acontecimientos recientes, sobre asuntos aún candentes por el interés público. Su estilo era muerto y corrupto, pero su tema estaba lleno de vida, y eso es lo que lo ha sostenido. Cuando quiso llevar ese mismo estilo a materias muertas, se estableció un perfecto acuerdo entre tema y estilo, y el resultado cayó de manos del escritor en el olvido: testigo su gruesa *Historia del rey de Prusia*. Los tiempos modernos no ofrecían sin embargo asunto más grande que la vida de Federico II; pero el héroe no pudo resistir a los mortales pinceles del diputado de Provenza, siempre elocuente para los parisienses, con la condición de que hable siempre en la Bolsa o en la Asamblea nacional, en el momento y para el momento.

[Cartouche fue un famoso jefe de ladrones, ejecutado en 1721. (T.)]

maban un convoy seguido por los granaderos que se habían apoderado de los guardias de corps cuya vida había rescatado el rey. Estos cautivos, conducidos de a uno, iban desarmados, con la cabeza descubierta y a pie. Los dragones, los soldados de Flandes y los cien suizos estaban presentes; precedían, rodeaban y seguían la carroza del rey. El príncipe se veía en ella junto con toda la familia real y la institutriz de los niños, puede imaginarse fácilmente en qué estado, aunque la reina, por miedo de que se mostrasen a la capital con menos decencia que dolor, había recomendado a las princesas y a todo su séquito reparar el desaliño de la mañana. Sería difícil describir el confuso y lento desarrollo de aquella marcha, que duró desde la una y media hasta las siete. Empezó con una descarga general de toda la mosquetería de la guardia de Versalles y de las milicias parisienses. Deteníanse de trecho en trecho para efectuar nuevas salvas; y entonces las puesteras bajaban de sus cañones y de sus caballos, para hacer rondas en torno de las cabezas de los dos degollados y ante la carroza del rey; vomitaban aclamaciones, besaban a los soldados y vociferaban canciones cuyo estribillo era: "Aquí están el panadero, la panadera y el panaderito." El horror de un día oscuro, frío y lluvioso; aquella infame milicia chapoteando en el barro; aquellas arpías, aquellos monstruos con rostro humano y aquellas dos cabezas llevadas por los aires; en medio de sus guardias cautivos, un monarca arrastrado lentamente con toda su familia: todo aquello formaba un espectáculo tan atroz, una mezcla tan lamentable de vergüenza y de dolor, que quienes fueron de él testigos no han podido aún serenar su imaginación; y de allí provienen tantos relatos distintos y mutilados de aquella noche y aquella jornada que preparaban aún más remordimiento para Francia que detalles para la historia.[97]

He ahí cómo el rey de Francia fue arrancado de la morada de sus padres por los asesinos de sus servidores, y entregado por un ejército rebelde al Ayuntamiento de su capital. ¿Se hubiese creído, cuando el infortunado monarca pasó delante de la sala de la Asamblea nacional, que le restaba aún un espectáculo que pudiese aumentar sus amarguras y el horror de la situación? Allí

[97] Los testigos de los hechos narrados son innumerables; hemos oído a muchos, y citaremos, entre otros, al señor de La Motte, ex guardia de corps, que acudió de París a Versalles antes que el ejército, no rehuyó ningún peligro, y, tras haberse arriesgado por la buena causa, está aún dispuesto a testimoniar a favor del rey.

estaba Mirabeau, abusando de su rostro,[98] y apoyado en la horda de diputados que habían de unirse a la tropa victoriosa. Más allá, sobre la carretera de Passy, se hallaba el duque de Orleans, contemplando con aire agitado la llegada del rey, y reservándose como postrer ultraje.

Sus Majestades y la familia real entraron en París a eso de las siete de la tarde, y fueron inmediatamente conducidos al Ayuntamiento, a través de las oleadas y los gritos de un populacho en delirio, que aguardaba su presa desde hacía varias horas, a pesar del frío y de la lluvia. Las calles tenían alumbrado, pero era para iluminar el triunfo de la ciudad.

El rey soportó dos veces la elocuencia del señor Bailly. Cuando este orador transmitió a los asistentes la respuesta de Su Majestad, olvidó algunas palabras, que la reina, siempre dueña de sí misma, le recordó con donaire, y que el académico utilizó para hacer un cumplido a los espectadores. Tantos horrores y atrocidades acabaron, pues, con una banalidad académica. Sus Majestades fueron a alojarse a las Tullerías; el conde de Provenza y su esposa, al Palacio de Luxemburgo.[99] El resto de la noche fue consagrado a las alegrías parisienses, al espectáculo de las dos cabezas paseadas por las calles, en una palabra, a los excesos de la corrupción secundada por la barbarie.

Al día siguiente, y en los subsiguientes, la comuna de París se puso a buscarles faltas a los vencidos, a fin de cubrir los atentados de los vencedores; y para hacer creer una cosa por otra a las provincias, a los extranjeros y a la posteridad, se hizo correr que los guardias del rey habían sido los primeros en disparar contra las milicias, y que Su Majestad había tenido el proyecto de huir a Metz. Esa acusación ha hundido en los calabozos de la capital a montones de personas. Ya hemos mencionado ese tribunal de inquisición

[98] Nueva alusión a la fealdad del tribuno revolucionario, a quien Rivarol no le perdona verdaderamente nada. (N. del T.)

[99] El palacio de las Tullerías (*Tuileries*), adyacente al del Louvre, comenzado a edificar en el siglo XVI por orden de Catalina de Médicis, sirvió a partir de 1789 de residencia a los reyes, así como al gobierno revolucionario y a los dos emperadores, Napoleón I y Napoleón III; tras ser derrocado este último, los insurrectos de la Comuna incendiaron el palacio (1871); sus ruinas fueron demolidas en 1884, y actualmente no subsisten más que los magníficos jardines, flanqueados por el Sena y la plaza de la Concordia.

El palacio del Luxemburgo, en el *quartier latin*, fue levantado por la viuda de Enrique IV, María de Médicis, en 1615-1620, y quedó dentro del patrimonio de la familia real hasta la Revolución; después tuvo diversos destinos, y hoy es sede del Senado francés. (N. del T.)

civil intitulado *comisión investigadora*. Se ha excitado igualmente a la hidra de los diarios y dado alas a la calumnia. El conde de Mirabeau, una de las cabezas de la hidra, ha escrito, en su *Courrier de Provence*, que "ese día los guardias de corps habían mostrado *despecho y cólera*; que habían querido *escaparse*, y se habían abandonado a *arrebatos* que los habían hecho *masacrar*; que la milicia pariense fue pura e irreprochable". Añade que "no concibe por qué hubo tan poco desorden y actos de crueldad en esta expedición", y termina diciendo que "el pueblo de París tiene siempre buen corazón".

Si estos anales franquean los tiempos de barbarie que nos amenazan, si pueden algún día sobrenadar de la multitud renacida sin cesar de mentiras periódicas que pululan en Francia, y que son una de las plagas de la revolución, los lectores, estremecidos por el abandono universal en que se halló Luis XVI, se dirán sin duda: "¿Son éstos los franceses que tantas veces han prodigado su vida por sus reyes, que los rodeaban de tan cerca en lo más acerbo del combate, y que consideraban su sangre suficientemente pagada con una mirada de sus príncipes?"

Es ése, efectivamente, uno de los rasgos más penosos de la revolución. Ésta ha sacado a luz bruscamente lo que se sospechaba desde hacía tiempo, que ese honor que Montesquieu quiso poner como principio de las monarquías no era ya en Francia más que una vieja tradición. Una nueva opinión se había arraigado, incluso en Versalles, que el debilitamiento de la realeza abriría nuevos caminos a la fortuna, y que el oro saldría de los adoquines de las calles si el trono era abatido. Otrora, el honor, el fanatismo y la adhesión a un partido decidían una revolución; pero, en nuestros días, no ha habido más que avaricia y cálculo. El culto por el príncipe estaba casi extinguido, de modo que eran necesarios prodigios para reanimarlo; y Luis XVI no los ha intentado. El ídolo, arrancado de sus altares, ya no es hoy más que una estatua sin pedestal. Sus sacerdotes y sus servidores han sido dispersados o corrompidos; jamás ha habido caso parecido de defección y de semejante abandono, si no en el tiempo de las antiguas excomuniones; mas Luis XVI está efectivamente excomulgado: pues la filosofía tiene también sus bulas, y el *Palais-Royal* es su Vaticano.

XXIII

Respuesta al mensaje enviado por la Asamblea nacional a los franceses[100]

Hoc equidem occasum Trojae tristesque ruinas
Solabar, fatis contraria fata rependens.
(*Eneida*, I)

Señores:

Apremiados por el peso de vuestras promesas, espantados ante el cuadro de la miseria pública, circundados de ruinas, y, ya que es preciso decirlo, humillados por el desprecio de los hombres prudentes,[101] habéis recurrido a un *Mensaje a los franceses,* como a un último medio, y habéis redactado laboriosamente ese escrito, menos para responder a objeciones insalvables, que para mantener un día más la venda ante los ojos de la nación. Dicho Mensaje, en efecto, no es más que una sarta de sofismas retóricos, de interrogaciones, exclamaciones y lamentaciones en estilo ampuloso

[100] Se trata del Mensaje del 11 de febrero de 1790. Este número 23 debe datar, según Le Breton, de fines de abril de ese año. Al igual que el número siguiente, no fue publicado por Lescure; para la presente edición utilizamos fotocopias del texto original que nos fueron enviadas por la *Bibliothèque Nationale* de París, donde el volumen correspondiente lleva la signatura *Res. 8º - Lc 2 168.* (N. del T.)

[101] La Asamblea nacional, indignada por el desprecio de toda Europa, y especialmente del Parlamento de Inglaterra, ha recibido con júbilo y mandado imprimir en sus anales y en todos los periódicos, las cartas de felicitación que ha recibido de dos entusiastas (el doctor Price y lord Stanhope), que tienen instalado en Londres un *negocio de venta de revoluciones* de todas clases y precios, y hacen envíos a toda la tierra. Así pues, todo pueblo que esté cansado de su gobierno puede dirigirse a ellos.

[Alusión a la *Revolution Society,* fundada por protestantes disidentes, es decir opuestos a la Iglesia Anglicana, en honor de la Revolución de 1688 (que destronó a Jacobo II), y presidida en aquel entonces por Charles Stanhope, tercer conde de ese nombre; el doctor Richard Price era un ministro protestante "no conformista". Sobre esta asociación, y su correspondencia con la Asamblea nacional francesa, escribió Edmund Burke la larga carta luego publicada con el título de *Reflections on the Revolution in France.* (Cf. la traducción castellana de J. Irazusta, Buenos Aires, Dictio, 1980.) (N. del T.)]

y pobre. "¿Qué mal hemos hecho? ¿Qué bien hemos dejado de hacer? ¡Oh, franceses! ¡Ah, franceses! La Nación, la Ley el Rey ... son obra nuestra; son obra vuestra. ¡Amigos, Ciudadanos, qué dicha, qué libertad!" Ésos son gritos de maestros de esgrima, que anuncian meras fintas: así se bate el charlatanismo contra la razón que lo ultima; en una palabra, es alargar la caída sólo para hundirse con mayor desgracia.

Otros, no pocos, han atacado vuestras *intenciones*; en cuanto a mí, que, no he visto más que ignorancia y vanidad en vuestras obras y vuestros procederes, me limitaré a examinar vuestras *acciones*: veré el mal y no la perversidad, el error y no el crimen; y si bien hago a menudo sonrojarse a vuestro rostro de la obra de vuestras manos, os defenderé al menos contra aquellos que quieren poner conciencia en los azares e infortunios de vuestra conducta; y tal vez a fuerza de poneros en descubierto obtenga para vosotros la compasión de todos en lugar de esa abominación universal de que os veis rodeados.

Habéis hecho algo bueno, o mejor dicho, habéis hecho bien en derribar una casa incómoda e irregular, puesto que habíais sido convocados para derribarla. Vuestro comportamiento sería intachable, si no nos hubieseis aplastado bajo sus ruinas, si no hubierais construido para reemplazarla un edificio monstruoso y amenazante, que nadie se atreve a ocupar. El bien que habéis hecho era inevitable: por eso nuestra ingratitud es forzosa; pero podíais evitar grandes males: por eso nuestras quejas son muy legítimas.

Digo que no podíais evitar el bien que habéis hecho, ya que era una consecuencia necesaria de la perturbación general del antiguo régimen. Los abusos cayeron por sí solos, porque no tenían ya base de sustentación; el mal cesó, porque no podía durar: no hay en ello gloria alguna para vosotros. Luis XVI, tras los penosos tanteos de la inexperiencia, después de probar a cuarenta ministros en quince años, pidió un respiro a su pueblo. El puesto más alto del Estado, el de ministro de Hacienda, se había hecho imposible de mantener; desde hacía tiempo sólo se vivía en él con juegos de ingenio y astucia; el más sensato era allí el más confuso: por último, se llegó al extremo de buscar, no un hombre hábil, sino un hombre virtuoso, lo cual señala en Francia el colmo de la angustia. Pero algunas virtudes no bastaban; eran menester milagros, y vosotros y el ministro Necker habéis cedido a la vanidad de prometerlos.

Si vuestra Asamblea hubiese tenido alguna especie de genio, habría dicho, al reunirse, a la nación y al rey: "Ésa es la deuda y

éstos los recursos: me convocáis demasiado tarde; la bancarrota ha tenido lugar hace rato, y lo único que yo puedo daros es una constitución." Así dejabais para el gobierno anterior la carga y el bochorno de esa bancarrota, y avanzabais, con paso ágil y seguro, hacia la constitución; en cambio ahora vuestras promesas, vuestras declamaciones, vuestra constitución y vosotros, todo se hundirá en el abismo en que va a precipitarse el erario público. Esta catástrofe es tan terrible, y al mismo tiempo tan segura, que el rey, tan abandonado, despojado, y ultrajado como está, ha de considerarse afortunado de ser absuelto de ella en las condiciones más duras, y de escapar, a fuerza de desgracias, a las maldiciones eternas de su capital.

Para percibir bien esta verdad, que *la bancarrota ha tenido lugar hace rato*, sólo es preciso recordar que Francia ha ido siempre en ascenso hasta aproximadamente 1754, y siempre en descenso desde ese momento desastroso. Ella había suministrado sus telas, sus joyas, sus artesanías de toda clase y sus modas a Europa, tributaria de su gusto; y su comercio se había extendido tanto como su industria. Pero luego que perdió la India y el Canadá, Inglaterra predominó sobre ella en todos los mercados;[102] Holanda, Flandes, Alemania y los países del extremo septentrional pensaron en independizarse de Francia, creando en sus propios territorios manufacturas, y le hicieron una guerra industrial mil veces más cruel que la de la Cuádruple Alianza contra Luis XIV. A partir de esa época, pues, hemos recorrido con bastante rapidez todas las etapas de la declinación; pero nos precipitamos verdaderamente, y nuestra decadencia es tremenda, desde el tratado de comercio con Inglaterra:[103] nuestras manufacturas han desaparecido, nuestros talleres y nuestros puertos están desiertos. La pérdida de nuestras colonias (inevitablemente decretada por la Asamblea nacional, como he de probarlo) va a hacer de nosotros objeto de compasión, incluso para nuestros enemigos.

Cuando una nación ha sido poderosa y rica, jamás logra con-

[102] A partir de esa guerra, tan afortunada para ellos, han desplegado los ingleses un lujo que no se les había visto antes. En aquella época, no había en su país más que las grandes Casas donde pudieran encontrarse muebles de calidad y lo que suele llamarse las comodidades de la vida; y además era preciso traerlas de Francia. Actualmente se encuentran los refinamientos del lujo entre los granjeros, y una holgura y limpieza notables en casa de los más humildes campesinos de Inglaterra.

[103] Del 26 de septiembre de 1786 (denominado tratado Eden). (N. del T.)

vencerse de que ya no lo es; y si finalmente cobra conciencia de ello, quienes la gobiernan continúan ocultándoselo a sí mismos. Lejos de aligerar la nave a medida que las aguas descendían a su alrededor, el gobierno la cargaba cada vez más; nuestras fuerzas disminuían, y aumentaban el peso sobre nuestras espaldas. La invalidez más absoluta fue el resultado final de la avidez del fisco y la paciencia del pueblo. En varias provincias se había dejado de pagar el impuesto a los bienes raíces,[104] y se había dejado de exigirlo. Mientras las exacciones de los recaudadores son sólo inhumanas pasan por razonables y buenas; pero en cuanto se hacen inútiles, parecen insensatas, y se renuncia a ellas. El gobierno, que ya no podía crear impuestos, se dedicó a crear empréstitos, y se cargó a sí mismo tanto como había cargado a la nación; los empréstitos se hicieron finalmente tan absurdos como los impuestos.

En ese momento, señores, fue cuando vosotros llegasteis, y con vuestras primeras palabras, antes de conocer nuestros recursos y nuestras miserias, declarasteis "infame" a la bancarrota, convencidos sin duda de que ya no se atrevería a dejarse ver después de semejante decreto. Ignorando las vueltas del laberinto en que os internabais, tomasteis el hilo de manos de Dupont, Thouret y sus congéneres, porque sin duda no sabíais que el señor Dupont, ese viejo promotor de la economía, ese confidente de todas las novedades fiscales, ese hombre, en suma, tan necesario para tantos ministros inútiles, os aguardaba con telas urdidas desde hacía tiempo; y vosotros, representantes de una nación licenciada, vosotros, legisladores y soberanos por un día, vosotros quedasteis atrapados en ellas igual que los ministros, que los intendentes, que los secuaces del antiguo despotismo. Así el señor Dupont ha reptado de despacho en despacho sólo para elevarse a una Asamblea nacional, y vosotros, junto con él, no vivís más que de las migajas caídas de la mesa de los reyes.[105] Vosotros no sabíais tampoco que el se-

[104] El *troisième vingtième*, restablecido en 1782. El impuesto de la vigésima parte de la renta sobre las propiedades inmuebles había sido establecido para toda la nación por primera vez en 1749, bajo Luis XV. (N. del T.)

[105] El señor Dupont ha pasado sucesivamente, como un portafolios, de ministro a ministro, y ha sido el instrumento incondicional de varios inspectores generales de Finanzas. Se decía discípulo de Turgot, y era sólo un sectario entre los economistas. Su reputación daba tan poco lugar al equívoco antes de la reunión de los Estados generales, que en Nemours, donde se había presentado como candidato, quisieron arrojarlo por la ventana; pero él se aferró a un hombre gordo que se hallaba junto a él, gritando: "El señor me servirá de colchón", frase que hizo reír a la Asamblea. El vizconde de

ñor Thouret había sido el gran apóstol del Consejo pleno, y que habría hartado al arzobispo de Sens a fuerza de hablarle de él, si se pudiera hartar a un autor de su obra.[106]

Diréis sin duda que, en los comienzos de un reinado, soberanos como vosotros son muy dignos de compasión; que una extrema ignorancia se parece a la inocencia, y que habéis sido engañados. Diréis también que, a pesar de toda su evidencia, si la bancarrota hubiese sido declarada en vuestros primeros decretos, los parisien-

---

Noailles aprovechó aquella jocundidad para interceder por el señor Dupont, y se hizo entrar por la puerta en los Estados generales a quien sólo debía salir de Nemours por la ventana. El señor Dupont es un trabajador asiduo, pero se encapricha con ideas falsas; además ha hecho que el dinero le sea tan necesario, que tal necesidad arrastra muchas otras: forma parte, en suma, de los diputados que explotan los Estados generales, y que ocupan el filón.

La presente nota estaba redactada desde hace un tiempo; se la publica en el momento en que el abate Maury desenmascara completamente al señor Dupont, lo amenaza en plena Asamblea nacional con dar a la imprenta 80 informes que prueban su bajeza, su vil adhesión a los ministros y su sórdida avaricia. El señor Dupont dice que es violar su secreto el imprimir esos informes; que el abate Maury cometerá algo "horrible", etc. Roederer, el conde de Mirabeau y todos los periodistas de la Democracia repiten que "violar los secretos del señor Dupont es horrible". Nos parece que el señor Dupont, que ha sido el inspirador, el instrumento, el vampiro de todos nuestros inspectores generales de Finanzas, sólo pudo existir merced a los secretos criminales entre los amos y el criado, y que el abate Maury sería culpable ante el público, y se haría cómplice del señor Dupont, si no hiciera imprimir esos informes, donde palpita el antiguo sistema fiscal y todo el genio de un hombre que ha dirigido hasta el presente a la Asamblea nacional en los asuntos de administración y de hacienda. Ved, en efecto, en qué manos está nuestro destino. Ahora acaban además de nombrarlo delegado para la venta de las propiedades de la Iglesia y de la Corona, por pedido del duque de La Rochefoucauld, el duque patriota, uno de los miembros honorarios de la Asamblea nacional y de la Academia de Ciencias, que desde hace treinta años toma prestadas ideas al señor Dupont y al marqués de Condorcet: lo cual ha hundido a los tres en el espantoso déficit que ya se sabe. Obsérvese que los diputados y periodistas que tildan de "horrible" el valiente propósito del abate Maury, instigan a todos los lacayos y a todos los secretarios de París a traicionar a sus amos, a robar sus papeles, y a denunciarlos a la Comisión investigadora.

[106] El señor Thouret ha hecho y rehecho el proyecto del Consejo pleno; yo he visto sus ejercitaciones en distintos estilos en lo del Arzobispo de Sens. El señor Thouret es uno de los hombres peligrosos de la Asamblea nacional, porque sus errores son coherentes y forman sistemas. Su trabajo sobre el orden judicial y su Alta Corte Nacional son de un verdadero enemigo de la libertad. Es cierto que pone nombres ingleses a sus novedades: pero es lo que siempre se ha hecho en Francia, donde no es raro ver a personas que han comido "*roast beef* de cordero".

[El "Consejo pleno" (*Cour plénière*) fue un proyecto de Loménie de Brienne, el mentado arzobispo de Sens, ministro de Luis XVI, que debió ser abandonado ante la gran oposición que suscitó: fue entonces cuando se convocó a los Estados generales para 1789. (N. del T.)]

ses os habrían expulsado, y tal vez exterminado. Pero de vosotros dependía escoger otra residencia; y el rey os la propuso. Al aceptar la cercanía de París, habéis hecho a esa capital juez y parte en los Estados generales. Si la hubieseis abandonado de entrada, las provincias os habrían defendido contra ella, y, si hubiera sido preciso, contra los intentos del ministerio. En todo caso, era preferible ser disueltos en vuestros días de inocencia, y quedar como mártires de una gran verdad, que resultar, tras un año de errores y fracasos, envueltos en la catástrofe universal.[107]

Pero hay que decirlo por vosotros, señores, y evitaros el pudor de hacerlo: vosotros compartíais por entonces la excitación y el deslumbramiento de los capitalistas. Al llegar vosotros, la razón pública se componía de las ideas siguientes:

Se decía que apenas fueran inaugurados los Estados generales, los ingleses y los holandeses abandonarían sus tristes países, y vendrían en tropel a vivir en Francia; que la Cámara alta, tan funesta para la libertad de los ingleses, y la ley de navegación, tan fatal para su comercio, iban a desaparecer;[108] que Europa entera iba a adoptar nuestra hermosa constitución; que si se precisaban milagros, éstos estaban ya preparados; que sólo había que forzar al rey a cooperar, y que se lo enviaría a París a *hacer el milagro*. Se decía, sobre todo, que al inaugurarse los Estados generales el oro saldría de sus escondidos refugios; que lo habría en exceso en Francia; que de lo único que había que preocuparse era de hallar suficientes hoteles para los extranjeros, y suficientes cajas para nuestros caudales.

Todos estos delirios se ubicaron naturalmente en vuestra mente; y aquellos de entre vosotros que no podían dejarse engañar por ellos, se cuidaron bien de abriros los ojos. El ministro Necker hizo el velo aún más espeso con su primer discurso. Habló del déficit con un desdén que os encantó y os consoló del que os señalaba a vosotros mismos; no os ocultó que con rapé y algunos otros secretos de parecida envergadura, curaría las llagas del Estado. Necker daba por sentados, a decir verdad, el mantenimiento riguroso de los antiguos impuestos, la dictadura absoluta del fisco,

[107] Obsérvese que las expresiones *catástrofe universal, tesoro público*, etc., significan siempre el tesoro de los capitalistas, la catástrofe de los capitalistas. Adoptamos el lenguaje de París, que ve todo el Estado en sus calles, y que aceptaría con gusto que se tomara su montón de papeles por el tesoro público.

[108] Véase la carta del señor Dupont a la Sociedad de fomento de Londres.

reformas inmensas, y un tiempo infinito: y aun todo eso no habría sido más que un paliativo, a menos que hubiera roto el tratado de comercio con Inglaterra. El gran hombre no vio que vuestra imprevisión se burlaría de sus proyectos, y vuestro instinto, de su genio. Vosotros habíais venido por vosotros y no por él, y él no lo advirtió en absoluto; lo abandonasteis entonces, mas él os abandona a su vez: ya no os oculta el abismo; os lo muestra, y se va.[109]

[109] Si Necker no hubiera regresado, por última vez, ¡qué papel desempeñaría en este momento! ¿Quién se atrevería a dudar de que él habría salvado a Francia? Me quedé demasiado asombrado de su retorno como para estarlo ahora de su arrepentimiento y de su partida. Pero ¿qué fue, entonces, lo que lo sedujo? El mensaje del rey sólo podía espantar; el funcionario que le enviaron no es, según se dice, "un gran sobornador". Hemos de creer, entonces, que el señor Necker se ilusionó con salvar el crédito público y al rey mediante el solo beneficio de su presencia. Algunos pretenden también que sólo volvió para poner a salvo su fortuna comprometida en las operaciones con el trigo.

Sea lo que fuere, Necker no tiene que temer en absoluto los reproches de la Asamblea nacional. El abate Maury acaba de abrumarlo con dilemas inútiles; el discurso de dicho diputado sería razonable si se hubiese dejado a Necker como dueño absoluto de la Hacienda pública, cosa que no ha sucedido. La Asamblea nacional lo ha contrariado en todo. ¿Podía él trabajar en un edificio que demolían ante sus ojos? Propuso un banco, fue rechazado; empréstitos, no los quisieron; nuevas formas de impuestos, no lo escucharon; quiso constituir un Consejo de Hacienda, integrado incluso con miembros de la Asamblea nacional, pero estos hombres tan emprendedores presintieron la trampa y rechazaron el fardo; propone por último su partida, y ese recurso, que antes sumió a Francia en la perturbación, es tan nulo hoy, que el señor Necker parte efectivamente y parte sin que se lo note, tal como lo habíamos predicho en noviembre pasado. Vimos el tiempo en que este ministro habría atraído todo el dinero de Europa a Francia: la balanza comercial daba, a pesar de nuestras pérdidas, 20 millones a nuestro favor; el entusiasmo había conquistado a la misma Inglaterra... Hoy Necker sale de las ruinas de Cartago para dirigirse a un retiro apacible: ojalá pueda olvidar, para su reposo, que ha entregado el poder a nuestros Silas.

XXIV

Continuación de la Respuesta a la Asamblea nacional

Sería para morir de risa
Si no nos muriésemos de hambre.
(Racine, *Epigramas*)

Los capitalistas, que os dieron París, han merecido particularmente su infortunio. No vieron que tenían que robustecer a su deudor, y no debilitarlo; el rey nunca podía ser demasiado poderoso para pagarles. Destruyeron el antiguo poder al cual estaba ligada su fortuna, para elevar a una nueva autoridad que no les debía nada, que no estaba obligada hacia ellos por gratitud alguna, y que sólo podía, en definitiva, declarárseles en bancarrota. Por último pusieron en juego a las provincias, y la capital perdió la partida. París, que ha trastornado el reino, no lo hará cambiar de actitud. La capital vive de limosnas, desde hace seis meses, y su alcalde no os lo ha ocultado. Pero aguarda, para creer en su situación, que los cuatro heraldos de armas, montados en sus hacaneas, y con la trompeta en los labios, le anuncien la bancarrota. Los parisienses quieren a toda costa esa ceremonia. La mayoría de vuestros diputados tienen el mismo candor. El señor Roederer acaba de deciros que el peor de nuestros males era la falta de circulación. Es una broma cruel para gente que no tiene con qué hacer circular. Es decirle a un hombre que muere de hambre, que perece por falta de masticación. Ésa es, en efecto, la única verdad indiscutible: que no hay un solo escudo en París, y que el dinero fluye y desaparece todos los días de las provincias; y éste es el momento que el señor de Lameth ha elegido para asegurar, en medio de vosotros, que "no hay ninguna nación cuyas finanzas estén tan florecientes". Diréis quizá que el señor de Lameth es sólo un niño que balbucea en la cuna de la libertad. Entonces es preciso que respondáis por él, o que respondáis de él: que le enseñéis a hablar, o que lo instéis a callarse. Pero vosotros merecéis tales afirmaciones, puesto que no os asombráis de ellas. El señor Robespierre aprovecha vuestro estado, para agregar que "se puede repararlo todo, fortificando la espe-

ranza con el patriotismo, y el patriotismo con la esperanza". El marqués de Montesquiou mezcla sus cálculos con tanta elocuencia, y propone lanzar cuatrocientos millones de papel moneda "en el afectuoso comercio de París con las provincias, a fin de reconocer la amable condescendencia de los titulares de empréstitos, que tanto han contribuido a los logros de la Asamblea nacional".[110] Entonces el señor Péthion de Villeneuve, olvidando las tristes aventuras de los dos últimos empréstitos, se pone de pie y exclama: "Librémonos de esta Caja de Descuentos, y ensayemos el crédito nacional." Pero el señor Bailly entra en la Asamblea, y dice: "Señores, el crédito nacional ha muerto, reemplacémoslo por el crédito municipal." A continuación el señor obispo de Autun[111] se refiere a nuestra situación, con la dignidad de un cura párroco, y maldice a la bancarrota, en nombre de un Dios filosófico. Un sacerdote de Calvino (el señor Rabaud), al ver llover de todas partes las bendiciones sobre la nación, y la bancarrota bien maldecida, atrapa la oportunidad de ganarle a un pontífice de la Iglesia Romana; sube a la tribuna, y exorciza a la bancarrota: "Señores", exclama, "estáis en gran peligro; mas para vosotros, ¿qué es un peligro más? Sosegaos; la bancarrota es imposible; ¿qué digo? Señores, es ocho veces imposible." E inmediatamente empieza a contar y repite, ocho veces seguidas: "La bancarrota es imposible." La Asamblea, en coro, responde: "La bancarrota es imposible." Pero el demonio de la bancarrota resiste, a despecho de Calvino y de la Asamblea y de las *ocho veces*, y se considera mal exorcizado. Entonces el señor Target, que tras comenzar por ser ridículo terminó por ser presidente, se levanta y dice: "¿Cómo, señores? ¿No sabéis que la bancarrota sólo cederá ante la constitución? ¿Que sólo nos falta, para ser ricos y felices, concluir ésta, y que sólo nos faltan para concluirla, los puntos siguientes:

"1º La organización del poder judicial.

[110] Un papel moneda producirá en las provincias el mismo efecto que los billetes de la Caja han producido en París: va a hacer desaparecer hasta el último escudo. En tiempos de Law, esta invención del papel moneda produjo un movimiento increíble, y transformó todas las fortunas; pero el movimiento fue meramente interno; el dinero sólo salió de una mano para ir a la otra; los mismos extranjeros se arruinaron con ello, al compartir nuestra locura; en cambio, en la coyuntura en que nos hallamos, el movimiento se efectuará de adentro hacia afuera; Francia debe demasiado a los extranjeros; nuestros escudos servirán para pagarles y el papel será lo único que nos quedará.

[111] Sabido es que desempeñaba ese cargo eclesiástico Talleyrand, quien luego abandonó los hábitos y llegó a ministro del Directorio, el Consulado, el Imperio... y la Restauración. (N. del T.)

"2º La constitución del ministerio eclesiástico, y el reemplazo de los diezmos.

"3º La organización del ejército y los guardias nacionales.

"4º La hacienda pública.

"5º El acabamiento de la declaración de derechos del hombre.

"6º Por último, las leyes constitucionales de los poderes supremos?"

Es decir que *todo* queda por hacer, y que no obstante eso no es *nada*, según el señor Target. Obsérvese, a propósito de los *dos poderes supremos*, reconocidos por Target en su sexto punto, que la ignorancia de la Asamblea sobre la naturaleza de los poderes sigue siendo invencible. Por otra parte, un hombre que considera que el *todo* es *nada*, bien puede concebir *dos poderes supremos, en la unidad de una Constitución.*

Tantas mociones sin motivo, tantas preguntas sin respuesta y tantas afirmaciones sin sentido; tantas voces que truenan sin relámpagos y tantas saetas sin blanco, que llueven de todas partes y forman sobre la Asamblea nacional una suerte de tormenta de absurdos; todo eso, digo, no es más que el resumen de una sola de vuestras sesiones. Y ¿qué sería la cosa si describiera a la Asamblea dividiéndose en varios grupos, para producir una batalla de ciegos que golpean todos a la razón; los *Negros,* por un lado, los *Furibundos,* por el otro; Mirabeau, más negro y más furibundo que todos ellos, saltando en medio de la sala, "con toda su armadura", y vomitando sus espumarajos y su alma sobre la Asamblea que se queda espantada; la galería, embriagada por las emanaciones que suben hasta ella, y del seno de esa nube repugnante, lanzando anatemas, a tontas y a locas, sobre tantos rostros que sólo enrojecen de ira? [112]

¿Qué diríais, señores, si nos hubiese quedado un cuadro semejante del Senado romano? ¿No resultaría menoscabada la majestad

[112] Desde hace rato la Asamblea se halla dividida en dos bandos, los *Negros* y los *Furibundos.* Los *Negros* son la minoría del clero, más de la mitad de la nobleza, y en general los más moderados del estado llano. Los *Furibundos* son la flor y nata de los demócratas, en los tres estamentos. Constituyen la mayoría de la Asamblea, y son sus tiranos. Celebran todas las noches sesiones secretas y llegan trayendo mociones y decretos. La galería está siempre a su favor. Puede afirmarse de los *Negros* que sus intenciones son casi siempre buenas, incluso cuando están equivocados; y de los *Furibundos,* que aun cuando tienen razón, sus designios son siempre malos.

N. B. La expresión "toda su armadura" es del propio Mirabeau, quien dijo un día en la Asamblea, a manera de amenaza: "Si yo bajara con toda mi armadura. . ."

del Imperio? Pero tal vez esperáis que tantas verdades sin verosimilitud no tengan crédito alguno ante la posteridad, y que vuestra historia sea tomada meramente por vuestra sátira. Y yo, por mi parte, os digo que si mis esbozos, hoy demasiado débiles, parecen un día demasiado fuertes, no pocos otros testimonios, y testimonios bien duraderos, sobrevivirán a vuestras furias pasadas, y atestiguarán junto conmigo: la bancarrota y sus tremendas secuelas, la caída del comercio, el hambre macilenta, la miseria, los clamores y el llanto en el interior, el descrédito y la vergüenza en el exterior: he ahí mis testigos: atreveos a desmentirlos.

¿Qué es lo que no hacemos? ¿Qué es lo que no hemos hecho, decís, para evitar esta funesta bancarrota? Somos más infortunados que culpables. Apenas habíamos emprendido el camino, cuando nos encontramos entre los acreedores del Estado y sus contribuyentes; entre los capitalistas y el pueblo; y, para decirlo todo, entre París y las provincias. Era preciso conciliar intereses tan opuestos, y avanzar entre dos escollos.

Ésa es, efectivamente, señores, la clave de las contradicciones, los absurdos y los fracasos de vuestra conducta. Colocados entre la capital y el resto del pueblo, habéis dicho a los capitalistas: "No temáis nada; la bancarrota es infame, y por consiguiente imposible. La deuda pública se halla bajo la salvaguardia del honor francés: se os pagará, aunque tengamos que abrumar al pueblo con impuestos." Habéis dicho al pueblo: "Vosotros sois TODO; vosotros sois rey, y todo os pertenece: sois libres, y no se os puede exigir nada; viva la libertad, mueran los impuestos." La escena era doble: prometiendo a cada uno *por separado* cosas tan contradictorias, habéis aficionado al pueblo y a los capitalistas al mismo nombre: *la constitución*; unos y otros elevaron el mismo grito: *la constitución*; y ese acuerdo universal, que duró tanto como el equívoco, vosotros lo aprovechasteis para triunfar sobre el trono. Pero el momento de las explicaciones llegó: los capitalistas dijeron: "Nosotros queríamos la constitución, pero la que hace pagar"; y el pueblo: "Nosotros queríamos la constitución, pero la que exime de los impuestos." La situación era crítica, y os zafasteis de ella con una estratagema pérfida y pueril. "Abolimos", habéis dicho, "el diezmo, la gabela, los impuestos indirectos, el tributo debido a la corona por la adquisición de feudos, las costas judiciales, el centésimo, los derechos de sucesión, el marco de oro, anticipos, sellado, pergamino, sello, registro, prorrateo, etc.", y el pueblo se estremeció de júbilo ante esa nomenclatura patriótica. Pero los capitalistas temblaron, y os dijeron,

con voz doliente: "Pero ¿con qué nos pagaréis entonces?" "Hay que entenderse", contestasteis vosotros: "suprimir, significa establecer: Abolimos el diezmo en manos del clero, pero lo restablecemos en las vuestras; en cuanto a las gabelas, lo único que eliminamos es el término, que es bárbaro. Serenaos, y dejadnos hacer. Ordenamos un reemplazo de cuarenta millones: la constitución tendrá su diccionario, y el tesoro real lo que necesita." [113]

Ah, sin representar esta farsa política, tan poco digna de una Asamblea nacional, sin hacer tan indecorosas piruetas entre los acreedores y los sostenedores del Estado, ¿por qué no habréis hablado francamente a los malhadados capitalistas? ¿Por qué no les habréis dicho la terrible verdad? Agachando la cabeza bajo un flagelo inevitable, del cual no erais al principio responsables, habrían recibido como beneficios todo cuanto hubierais salvado del naufragio, y en cualquier caso, sus maldiciones no habrían recaído sobre vosotros. Pero vuestra Asamblea no podía prescindir de ellos para la revolución: ellos os la garantizaron, y vosotros les garantizasteis la deuda. Mirad ahora a cuántas mentiras e injusticias debisteis decidiros, a través de cuántas vueltas y rodeos habéis llegado al término fatal en que nos hallamos. Después de prometer el diezmo al pueblo, se lo habéis dado a los capitalistas. Los impuestos indirectos y gabelas, suprimidos ficticiamente, reaparecen en las contribuciones de prorrateo.[114] Habéis declarado la gratuidad de la justicia, y ello significa que ya no le producirá nada al rey; pero no por eso dejará de costarle dieciocho millones al pueblo; sin contar el interés de

[113] El pueblo comprará la sal más barata, pero pagará un nuevo impuesto. Lo mismo ocurre en todos los demás casos. El señor Démeunier, uno de los integrantes del *Almanaque de los Grandes Hombres*, y uno de los grandes hombres de la Asamblea nacional, ha aseverado, con ese tono insulso que se toma por el acento de la verdad, que los habitantes de Île-de-France, en los alrededores de París, beneficiaban ya de una reducción de once vigésimos por libra; pero recibió al día siguiente una desmentida.

[La *gabelle* (del italiano *gabella* y en último término del mismo vocablo árabe que el castellano *alcabala*) era en particular el impuesto indirecto aplicado a la sal. Los demás impuestos enumerados más arriba, muchos de origen medieval, eran propios en su mayoría del antiguo régimen, y no resulta sencillo dar un equivalente directo en nuestra lengua. Señalamos por último que hemos traducido "vigésimo" el término *sou* (antiguamente *sol*): era, en efecto, la veinteava parte de la libra "tornesa"; cada *sou* valía a su vez doce *deniers* (era, pues, el mismo sistema que regía hasta hace poco en Gran Bretaña: una libra esterlina valía veinte chelines y cada chelín, doce peniques). Hoy se sigue denominando *sou* a la vigésima parte del franco, es decir, a la moneda de cinco céntimos. (T.)]

[114] Literalmente: *au marc la livre*; tal como hoy se dice aún: *au marc le franc*. (N. del T.)

setecientos u ochocientos millones de cargos de magistratura que suprimís. Vosotros habéis advertido todo esto, y los capitalistas lo advirtieron aún mejor que vosotros. Ellos vieron, en particular, que el pueblo se detendría siempre en la primera parte de vuestro decreto que declara "abolido", y jamás en la segunda parte que "reemplaza". Entonces votasteis el *cuarto patriótico*; y, para no espantar al pueblo, decretasteis que dicho tributo sería "voluntario"; pero a fin de no exasperar a los capitalistas, acabáis de declarar que será "forzoso". Por último, como todos esos medios eran insuficientes o ilusorios, os habéis arrojado sobre los bienes del clero y habéis *expropiado* a la Iglesia. No analizaré si teníais derecho a hacerlo; os era preciso, y os dejo la excusa de la necesidad, esa gran protectora de todos los crímenes. Pero el fuerte oprime al débil sólo para salvarse a sí mismo; y vosotros, al despojar a la Iglesia y a sus ministros, devoraréis a la madre y a los hijos, y no por eso dejaréis de sentir hambre. Los cuatrocientos millones que pretendéis sacar de la venta de los bienes de la corona y del clero, apenas bastarán para el mantenimiento de los ministros del altar, para las expensas del culto, el interés de la deuda eclesiástica y la alimentación de los pobres.[115] Por otra parte, es más fácil tomar que vender: pensad que si hubiese compradores habría dinero, y no tendríais necesidad de poner la Iglesia en subasta. Pero, ya que disponéis de sus propiedades, contestadnos: ¿Venderéis éstas hasta tener los cuatrocientos millones? En tal caso, corréis el riesgo de vender la Iglesia entera; y como no ignoráis que no os pueden pagar con metálico, creáis un papel moneda. Nunca hubo, hay que decirlo, papel moneda mejor respaldado; tiene por apoyo cuatrocientos millones, o, si se quiere, la totalidad de los bienes del clero; nunca hubo, sin embargo, papel moneda más desacreditado de antemano. La indigente Municipalidad de París pretende sacaros de este trance, uniendo sus aprietos a los vuestros; y como hay hipocresía de ambos lados, puede decirse, en rigor, que obráis de buena fe entre vosotros. Las Municipalidades comprarán fingidamente los bienes de la Iglesia, y los venderán realmente; retendrán para sí un cuarto del producto de la venta, con el fin de gratificar de ciudad en ciudad, según el señor Bailly, al buen pueblo que ha realizado la Revolu-

[115] El excelente discurso del obispo de Nancy, en el cual lo dicho queda rigurosamente demostrado, ha permanecido sin respuesta, pero no sin resultado, puesto que ha dejado a la Asamblea sin disculpas.

ción...[116] Estoy cansado de relatar esta retahíla de fantasías y de absurdos; siéntese trastabillar a la razón, cuando se demora uno sobre largas insensateces. Es patente que vuestras tentativas y vuestros paliativos sólo buscan ganar tiempo. "Lleguemos", decís, "hasta enero de 1791; proporcionemos un punto de apoyo a las imaginaciones, y estamos salvados." [117]. ¡He ahí, en efecto, buenos apoyos para imaginaciones enfermas que vosotros queréis engañar hasta la muerte! ¿No acabáis de decretar en este momento la disolución de la Compañía de Indias, y de paralizar cuarenta millones que dicha Compañía tenía aún en circulación? Ya lo he dicho: Inglaterra y Holanda tienen sus diputados entre vosotros. Tenían también correos a vuestra puerta; esos correos partieron, inmediatamente des-

[116] Sin considerar que es ridículo separar el crédito municipal del crédito nacional, y afirmar que las Municipalidades podrán hacer lo que no ha podido la Nación; sin considerar que Bailly va a poner las semillas de la más tremenda especulación en beneficio de las ciudades, con esas compras ficticias, pregunto cómo los billetes de la Caja de Descuentos, que tenían dos garantías hipotecarias, no pudieron sostenerse; y cómo los asignados, que sólo tendrán una, lograrán crédito. ¿Acaso la confianza del pueblo aumenta a medida que las garantías disminuyen? Es patente que esto no es más que una artimaña de los administradores de la Caja de Descuentos; han querido sacudirse un peso demasiado gravoso para sus hombros, y han aprovechado la codicia de la Municipalidad parisiense, y los aprietos de la Asamblea nacional; están más que contentos de librarse de su pésima situación, cualquiera sea el precio de ello. Mas si la excelente ubicación de ciertas iglesias y de algunos establecimientos religiosos dentro de París ha atraído los ojos de los capitalistas, y los ha instigado a prometer fondos al alcalde Bailly, no sucederá lo mismo en otras municipalidades del reino. A esto agregaré que la esperanza de los capitalistas es irracional; porque sería preciso, para que su cálculo valiera, que la manía de construir volviera a despertar con más fuerza que antes; y París, por el contrario, está más despoblada cada día; vagabundos y pobres reemplazan a los consumidores importantes, las casas no son ya una buena propiedad en París. Resulta de todo ello que tendremos un papel más en el comercio; y dicho papel valdrá menos que los billetes de la Caja; y será forzoso, en tanto que se podía rechazar el otro.

Se llenaría un volumen con todas las razones y objeciones insuperables alegadas contra los asignados. Bastará decir que los diputados del comercio han notificado a la Asamblea que no habría confianza en esos papeles. Pero la Asamblea nacional ya no puede más que elegir entre males. La venta de los bienes del clero, que, según el decreto, sólo debía hacerse bajo la vigilancia de las provincias, se efectuará arbitrariamente por funcionarios municipales que cambiarán cada dos años. Los asignados circularán en el comercio a medida que se vendan las propiedades que les sirven de hipoteca; de modo tal que cuanto más lograsen vender las municipalidades de los bienes de la Iglesia más se convertirían los asignados en moneda falsa, si no se los retirase. ¿Y cómo retirarlos?

[Sobre los asignados, ver también 3ª serie, VI. (T.)]

[117] Esta *honesta* frase es del marqués de Montesquiou, otrora idólatra, hoy iconoclasta del ministro Necker. El abate de Montesquiou es la única buena cualidad conocida del marqués de Montesquiou.

pués de vuestro decreto, para difundir en sus países el regocijo y el bochorno de vuestras obras. De todos vuestros trabajos, lo único que los extranjeros silbaron fue la Declaración de derechos del hombre, porque en metafísica no hay política; en todo lo demás, os han aplaudido pérfidamente. La destrucción de la Compañía de Indias era en tal situación la única cosa nefasta que faltaba por hacer, y vosotros no la descuidasteis. ¿Qué más haría un gabinete formado por los ministros más ineptos y más perversos del antiguo régimen? ¡Claro que ellos no se habrían atrevido a desviar así las fuentes del numerario, y a destruir uno tras otro los soportes de la monarquía! Para eso es preciso ser *libre* como lo sois vosotros.

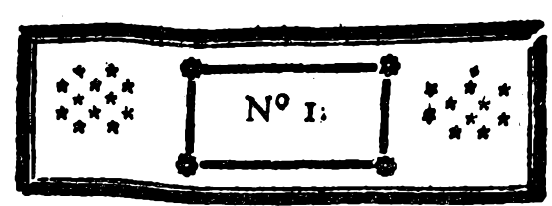
He ahí, en resumen y sin hablar de las colonias,[118], lo que tenía que decir para fundar el primer reproche que os he enrostrado, el de haber ignorado o disimulado la bancarrota, al llegar a Versalles. Pero no vayáis a calumniarme, no digáis que yo aconsejo la bancarrota: yo no os digo que hagáis bancarrota, os digo que ya está hecha. El médico no aconseja la enfermedad; la conoce y la diag-

[118] Las colonias están perdidas para su metrópoli, cuando tienen libertad para comprar y vender dondequiera que les plazca. Para gozar de tal libertad, América septentrional ha sostenido la guerra con Inglaterra, que era su madre patria. Nuestras islas acaban de conseguir, mediante un decreto, lo que ha costado tanto oro y sangre a los americanos. Acaso no se dirá que, por no arruinar a Nantes o Burdeos, los colonos continuarán comprando caro en Francia, y vendiéndole barato. Un Estado nunca es generoso. Por lo demás, cualquiera hubiera sido la actitud de la Asamblea, las colonias estaban perdidas para nosotros. Si se hubiera respetado la Declaración de derechos, y decretado la libertad, las colonias estaban perdidas a causa de los negros; con el decreto actual, están perdidas por los blancos. Es algo realmente digno de risa los suspiros, las arengas y las lágrimas de Dupont, Condorcet, Brissot, y tantos otros pobres diablos, en esta magna querella. Se han enternecido prodigiosamente por los africanos; pero, en el fondo, todos estos amigos de los negros son sólo enemigos de los blancos. Querían hacer impresión en Francia, antes que bien en el Senegal; querían que nuestros diputados se comportaran como representantes de la Guinea; y se habrían salido con la suya, si la Asamblea nacional no hubiera tenido miedo de las milicias de Nantes y de Burdeos, que la obligaron a contravenir a la Declaración de derechos del hombre, y a no reconocer su imagen en el rostro de un negro. Sin examinar si los negros no son menos desdichados en América que en África, me parece que es más que asombroso que hombres hechos de nieve y de barro, geómetras que nunca han amado nada, como los señores Dupont y Condorcet, quieran persuadirnos de que han calculado las lágrimas de los negros y que la situación de éstos les impide dormir. ¿Acaso en política se debe hablar de *sensibilidad*? Si se llevara el principio de compasión humana hasta donde puede llegar, sería preciso no comer nada de lo que tiene vida, dejar los caballos en libertad, y, como los brahmanes, barrer los caminos antes de pasar, por temor a aplastar algún insecto. Guardemos nuestras lágrimas para nosotros.

nostica. Si vosotros hubierais conocido y diagnosticado la nuestra no habríais mantenido hasta ahora a todos los acreedores entre el temor y la esperanza, y las provincias no realizarían ruinosos esfuerzos por sostener a París. Vosotros habéis roto todos los vínculos que unían a los franceses con el Estado. Francia ha quedado fragmentada en cuarenta mil republiquetas, que reconocen aún vuestra aristocracia: permitidles al menos que aprovechen la disolución general; permitidles que se arranquen de esta capital que fue demasiado tiempo su vampiro.

Lo repito, no os aconsejo la bancarrota, ni siquiera os acuso de ella; pero os acuso de no habérnosla revelado y sobre todo de haberla agravado... ¿Por qué nos negáis vuestro balance? ¿Por qué nos ocultáis el precipicio? Los países se hacen insolventes igual que los particulares. El metálico de un Estado, por considerable que se lo suponga, es siempre limitado, y se puede determinar su cantidad. Cuando un gobierno ha gastado varias veces el valor de dicho numerario, sucede una de dos cosas, o el Estado se rehace de sus pérdidas mediante el comercio, o quiebra. Inglaterra ha optado por la primera posibilidad, y nos ha dejado la otra.[119] París lo perderá con ella todo, y las provincias ganarán todo lo que pagarían inútilmente para impedir esa desgracia inevitable. La necesidad es más sabia que nuestra pretendida sensibilidad humana. La Patria, dice Bacon, es una madre que devora a algunos de sus hijos para salvar a los demás.

[119] En la época del tratado de comercio, Inglaterra concedió un crédito inmenso a todos nuestros comerciantes, y nos proveyó casi quinientos millones en productos terminados, muy segura de que haría caer a nuestras fábricas en una inactividad forzosa, y de que nos arruinaría, aun en el caso de que no le pagáramos sus mercaderías.



JOURNAL POLITIQUE-NATIONAL,

Publié par M. Salomon, à Cambrai.

TROISIÈME ABONNEMENT.

Suite de la Réponse à l'Adresse.

.... Je crois voir des jettons
Donnés, reçus, vendus, troqués par des fripons.

VOLTAIRE.

C'EST un très grand malheur, dites-vous, c'est même un crime que d'avouer & de publier que la Banqueroute est possible : car, si tout le monde s'accordait & conspirait à dire qu'elle est impossible, elle le serait en-effet.

A

Primera página de la tercera serie del Diario Político Nacional (*París,* Bibliothèque Nationale, Réserve, 8º, Lc^2 170)

I

Me parece ver guitones
dados, recibidos, vendidos, trocados por
[bribones.

(Voltaire)

[*Continuación de la Respuesta a la Asamblea nacional*]

"Es una enorme desgracia", decís, "es incluso un crimen confesar y publicar que la bancarrota es posible: pues si todo el mundo se pusiera de acuerdo y se conjurase para decir que es imposible lo sería efectivamente."

Convengo con vosotros, señores, en que es así como se realiza cada año, en Nápoles, el milagro de San Jenaro. Un pueblo entero exclama "¡Milagro!", y el milagro se produce, por lo menos en la catedral; pero para el resto de Europa, lo único prodigioso es la estupidez napolitana.

He aquí, señores, los prodigios que se esperan de vosotros, puesto que tenéis el don de hacer milagros:

—El mantenimiento y la recaudación de los impuestos que son mal pagados, y cuyo monto no cobrado alcanza a casi cuarenta millones en el presente año;

—el reemplazo del diezmo y la gabela, cuya supresión causa un hueco de cien millones;

—los fondos necesarios para pagar los intereses correspondientes a ochocientos millones, de cargos que suprimís.

Cuando hayáis hecho el prodigio de reparar y cubrir tantas pérdidas, se podrá pensar en el gran milagro, quiero decir en colmar el sempiterno déficit; pero para hacerlo, será preciso romper previamente el tratado de comercio; en una palabra, habrá que declarar la guerra a Inglaterra; pues no hay ninguna nación que pueda resistir mucho tiempo la tremenda baja que el cambio experimenta en Francia desde hace aproximadamente un año.[1]

Mas ¿de qué sirve chocar con su destino? Los cuatrocientos millones de asignados en que confiáis serán para vosotros funestos, si caen en descrédito, e inútiles, si la especulación les da alguna vigencia. Pues, de suponer su aceptación (la cual no debería ser problema, ya que ofrecéis una garantía hipotecaria tan considerable), de suponer, digo, la aceptación de este papel moneda, ya os dais cuenta de que va a ser absorbido en primer lugar por vuestras deudas con la Caja de Descuentos, y por una muchedumbre de otras necesidades igualmente imperiosas. Entonces será preciso crear más, y no dudo, en efecto, de que pronto pondréis cuatrocientos o quinientos millones más en circulación. Vuestra comisión de Hacienda no os ha ocultado que no podíais salir de la crisis actual por menos de mil millones, o incluso de mil quinientos; mas yo puedo predeciros que en cuanto multipliquéis los asignados más allá de los cuatrocientos millones, seréis abandonados por todos los

[1] Hacia fines del ministerio de Calonne, los Notables descubrieron súbitamente un déficit de 146 millones entre ingresos y gastos. Pronto el arzobispo de Sens, único ministro que haya efectuado una *rendición de cuentas* sin réplcas, pronto, repito, el arzobispo de Sens demostró que dicho déficit ascendía a 161 millones.

No analizamos en absoluto cuál es la causa de ese asombroso déficit; pero decimos que es evidente que ya en ese momento la bancarrota estaba consumada, porque era imposible cubrir el déficit con nuevos impuestos.

No hablamos tampoco de las fortunas que ha costado suplir con empréstitos ruinosos impuestos imposibles; pero decimos que nunca fue la ceguera de los ministros tan espesa, tan funesta como la de la Asamblea nacional. La comisión de Hacienda de ésta ha pedido siempre ideas, planes, proyectos y portentos al ministro Necker. El mayor de los portentos es sin duda la obstinación con que la Asamblea nacional se ha rehusado a ver que la destrucción de nuestro comercio nos privaba de entrada de todas las ventajas que éste nos había otorgado; y en suma, que desde el mes de julio, momento de la Revolución, el cambio con Inglaterra ha caído un 9 %, y después hasta 16 %, siempre acompañando los progresos de la autoridad, las hazañas y los triunfos de la Asamblea nacional. Obsérvese que tal baja, de la cual no hay precedente alguno, habría sido de corta duración, si el dinero transportado a Inglaterra no estuviese destinado a pagar nuestras deudas, o a seguir a nuestros emigrantes. En efecto, con el metálico francés que tiene en su poder, Inglaterra sería nuestra deudora, de no ser por las dos razones que aduzco, y el cambio nos favorecería.

capitalistas; no habrá más que un clamor en la Bolsa: *que creáis moneda falsa.* Pues es seguro que, a cambio de los cuatrocientos millones que acabáis de fabricar, los especuladores de París esperan firmemente que les permitáis disponer de todos los bienes del clero, en combinación con la municipalidad de esa ciudad; ya han hecho incluso una oferta que absorbe todos los asignados que queden, una vez deducidos los que hay que entregar con prioridad a la Caja de Descuentos. Vedlos, pues, convertidos en dueños de esta magna operación, que, so pretexto de salvar a los acreedores del Estado, no producirá más resultado que sostener la especulación, y alimentar por algún tiempo a la insaciable París.[2] Los ignorantes llamarán a tal movimiento *circulación,* cuando sólo será *un juego de embaucados que buscan embaucar a otros.* A eso, en efecto, se reducen los magnos proyectos de la municipalidad de París, y sus íntimas e inefables comunicaciones con la Asamblea; tal es en toda su desnudez esta confabulación patriótica, esta conjura cívica que ha de hacer aparecer el metálico, revivir la confianza, resucitar el comercio, y cimentar la felicidad pública.

Es muy patente, señores, que, si gozarais de algún crédito, vuestros asignados valdrían más que el dinero mismo, puesto que los dotáis de un interés de 3 %. Pero cuando existe confianza, un papel moneda no necesita ese aliciente para lograr que se lo prefiera al metálico: nada prueba mejor, pues, vuestra desconfianza y la del público, que ese interés fijado para un papel moneda. Y ésa es sin duda la razón por la cual vuestro sutil Thouret decía graciosamente que "aunque era muy claro que los asignados valdrían más que la moneda metálica, él se conformaría con ésta, para no privar a la Patria de las ventajas de los asignados".

Nada digo de los quince años otorgados a las municipalidades para pagar los bienes de que van a apoderarse de entrada, de los gastos de venta y de administración, de la desvalorización en que van a caer las tierras debido a la cantidad de ellas que ponéis en

2 Tolérese me la expresión: "París es una mantenida", que quiere vivir y brillar a costa de sus amantes. Esta ciudad ha abandonado al rey, que ya nada podía hacer por ella, y se ha vuelto hacia las provincias. La Asamblea nacional no pide nada mejor que entregárselas, y según parece las provincias consideran un gran honor agotarse por su capital. El papel que la Asamblea nacional hace desempeñar a esta ciudad es uno de los grandes vicios de la Revolución. Si tal desorden se prolonga, París reinará por sí misma, en tanto que el resto del reino sólo tendrá representantes. Los periodistas que comparan a cada instante nuestro París con la antigua Roma, *dicen tontamente una gran verdad.*

venta, y de la depreciación que debe necesariamente hacerles sufrir la supresión de los derechos de uso y honoríficos. Tampoco examino si se encontrarán muchas personas con audacia suficiente como para adquirir los bienes del clero, y si no es por el contrario muy probable que los señores funcionarios municipales seguirán siendo por mucho tiempo los administradores de dichas propiedades.[3] No me ocupo de tantas dificultades y objeciones; el pueblo está convencido de que todos sus males van a acabarse (o sea los impuestos) si la Iglesia es despojada. Las imaginaciones de todos se deleitan únicamente con los bienes de la Iglesia; los especuladores de París ya no sueñan más que con abadías, campanarios, cálices y patenas; devoran de antemano la heredad de los pobres, y se instalan en la *viña del Señor*. Vosotros mismos seríais arrastrados, si os opusierais al torrente, y seríais víctimas, si no fuerais verdugos. El sacrificio del clero es inevitable, lo sé; el pueblo irritado sólo deja con vida a los sacerdotes con la condición de que vosotros no les dejaréis de qué vivir. Pero ése es vuestro crimen, puesto que es vuestra obra; habéis irritado demasiadas pasiones y fomentado demasiados odios como para no ser arrastrados más allá de todo límite; y allí estáis, inevitablemente culpables contra la política y la humanidad.

Pecáis contra la política, uno de cuyos principios más importantes es el de favorecer al deudor, en razón de que todas las leyes están a favor de los acreedores; pero con vuestros actos sacrificáis todo por estos últimos, y llegáis hasta inmolarles hombres. Sois, pues, tan bárbaros como impolíticos, al entregar la Iglesia en manos de los capitalistas. Y yo os pregunto, ¿por qué tanta humanidad para con unos, y tanta inhumanidad para con otros? ¿No son también los sacerdotes hijos, y, ya que hay que decirlo, acreedores del Estado? ¿No han invertido sus esperanzas, sus vigilias, sus estudios, su vida entera en la fe pública, en la religión del Estado?[4] ¿Acaso sólo el dinero es sagrado? ¿Ignoráis vosotros que la mayoría de los sacerdotes habían cedido su patrimonio a sus familias; que sostenían a parientes pobres, en cargos públicos y en el ejército; que las casas

[3] Casi todas las municipalidades del reino están endeudadas, y se siguen endeudando todos los días: el interés de las cantidades que deben, o que van a tomar en préstamo, combinado con los gastos de administración, absorberá gran parte del producido de las tierras que se les confían.

[4] Rivarol parece no olvidar que había comenzado estudios eclesiásticos; sin duda conocía de cerca a varios sacerdotes, y un tío suyo era párroco de Villeneuve-lès-Avignon. (N. del T.)

religiosas eran las nodrizas del campo? ¿Ignoráis también que la mayoría de los capitalistas no le han prestado nada al Estado; que compraron a vil precio los valores de otros, y que se enriquecieron traficando continuamente con el pavor que causaba el descrédito del tesoro real? ¿Aparentaréis creer que especuladores, puestos en el lugar de sacerdotes, acudirán en ayuda de los infortunados? ¡Hombres de todas las clases, vosotros sabéis si un especulador es humano! En suma, señores, ¿qué le quedará al clero? Sus deudas, y vuestra palabra. Pero ¿cómo os atrevéis a dar palabra en la situación en que os encontráis? ¿Habréis despojado los altares, para pagar el servicio de los altares? Pues siempre necesitáis despojos. Fácil es prever que la nación rechazará el yugo de los impuestos que le preparáis, que los sacerdotes, a sueldo, no tendrán más garantía contra la miseria que vuestra *palabra legisladora.* No solamente no vivirán ya para ayudar a los pobres, sino que de ahora en adelante sólo vivirán para ser una carga para sus familias, y la nación, durante demasiado tiempo escandalizada de la fortuna del clero, lo estará a partir de ahora de su miseria: la compasión dolorosa sucederá al tormento de la envidia. *Aut doluit miserans inopem, aut invidit habenti.* ¿Por qué no asesinarlos, entonces, como os ha dicho el abate Sieyès?

No es, señores, que yo intente disculpar al clero de antes, de su inmensa fortuna; pero había un punto medio que no habéis acertado deliberadamente,[5] y añadís la ironía a la crueldad, al decir al pueblo que "de ahora en más la Iglesia va a avanzar sin trabas hacia la perfección evangélica"; que "los sacerdotes, ocupados de asuntos espirituales, no tendrán ya la distracción de los bienes temporales", etcétera. No intentéis, señores, amenizar vuestros actos de barbarie. Bien sabéis que la abolición del diezmo ha asestado un verdadero golpe a la religión, al romper el nudo que ataba al pastor a su rebaño, y que los sacerdotes, asalariados por vosotros, ya no serán, en ciudades y campos, más que *funcionarios encargados de los altares.* Los párrocos, cuya culpable animosidad ha secundado tan adecuadamente vuestros proyectos, lo han comprendido bien; no quie-

[5] Era preciso en primer lugar aceptar los cuatrocientos millones ofrecidos por el clero, y fundar a continuación una Caja de amortización en la cual habrían ido cayendo sucesivamente los beneficios vacantes por deceso. Esa extinción gradual de los beneficios, conforme con las leyes de la naturaleza y los derechos de la humanidad, os habría atraído una confianza y un crédito de los cuales estáis hoy muy lejos. Os creéis justos, y lo único que tenéis de la justicia es su venda.

ren vuestra palabra; necesitan tierras, para fundar su confianza en vosotros. Los priores de quienes dependían eran a veces escandalosos, pero siempre confiables; y vuestro genio y vuestras virtudes son garantías que hacen temblar a todo el mundo.

Sabéis también que la expropiación del clero privará a la religión de esa pompa y ornamentaciones que son perceptibles por los sentidos del pueblo y subyugan la imaginación. ¿Quién mantendrá esas iglesias, esas catedrales, monumentos, establecimientos de toda especie, tan propicios para la piedad como para la humanidad? La fe los había erigido, y a medida que la fe escaseaba, el dinero sostenía su obra. Pero si el dinero puede suplir la fe, ¿qué puede suplir el dinero? No habéis querido expresar vuestra opinión sobre el papel que ha de tener la religión en el Estado que constituís; la habéis incluso abandonado a las ironías respetuosas del barón de Menou, quien trató de exponer, en un larguísimo discurso, que "el Cristianismo era un objeto demasiado sagrado como para que la profana Asamblea se atreviera a tocarlo". Pero como no habéis sido ni religiosos, ni políticos, ni verdaderos filósofos, sufriréis los inconvenientes de todos los sistemas .

No os agrada tampoco que se os hable del tratado de comercio con Inglaterra: pero no es cerrar una herida, el cerrar los ojos ante ella. Las condiciones de dicho tratado (uno de los más onerosos que haya existido nunca) [6] parecieron tan ventajosas a los ingleses, que se avergonzaron de ellas; y las personas más ilustradas de esa isla previeron ya entonces que Francia, agotada demasiado pronto, lo rompería a la brevedad. El señor Burke, en un discurso que la enumeración de vuestras faltas ha hecho célebre, insinúa hábilmente que dicho tratado les ha producido a los ingleses cuanto podía producir; que es tiempo de romperlo, no sea que los comerciantes de Inglaterra, demasiado engolosinados con sus ganancias exorbitantes, y sin desconfiar lo suficiente de nuestra miseria, nos concedan otro crédito más, en el cual finalmente quedarían burlados.[7] El contra-

[6] El tratado citado prohibe *recíprocamente* la exportación de la seda cruda y de la elaborada; pero los ingleses no tienen seda, y nosotros tenemos mucha. Todos los demás artículos, aunque en forma menos patente, nos son igualmente desventajosos. Los vinos habrían debido, a mi ver, resarcirnos: pero según demuestran los registros de aduana, desde que está en vigenca el tratado no ha pasado a Inglaterra ni un solo barril adicional de vinos franceses. Lo mismo sucede con los vinagres, etc., etc.

[7] Si la guerra estalla efectivamente entre Francia e Inglaterra, sucederá, o que Francia renunciará al Pacto de familia, o que se solidarizará con los intereses de España; y en este caso tendremos guerra. Ambas suposiciones son

bando nos era sumamente favorable, y siempre lo será para los pueblos favorecidos por la naturaleza. Pero los ingleses tienen el arte de volver a la misma naturaleza en contra nuestra. El espíritu de la nación inglesa la lleva a hacer de sus tratados comercio, y el nuestro a transformar el comercio en tratado. Lo que al principio engañó, fue que ciertos comerciantes franceses hicieron fortuna revendiéndonos los productos ingleses; pero deberíais saber, señores, que un tratado de comercio puede ser tal, que muchos particulares se enriquezcan con él, hasta la completa ruina del Estado.

Noticias públicas

El apellidado Parisot, burgués parisiense, quien se intitula edecán del marqués de La Fayette, se ha presentado en distintas municipalidades, en las de Compiègne, Ham, Noyon, Saint-Quentin, etc. Iba provisto de cartas con destinatario libre y sello móvil firmadas *Bailly, Duport, Manuel,* etc. Dichas cartas le autorizan a proponer a las diversas municipalidades en que se presente una coalición *íntima* con la de París. Está encargado a la vez de recibir las sumisiones, escritas o verbales, que le presenten. El comandante de las milicias nacionales de Saint-Quentin lo hizo expulsar de esa ciudad. El tiempo nos dirá tal vez cuál es el plan del señor Bailly y de su municipalidad.

Las Asambleas primarias se constituyen por doquier, y en ellas se aniquila a curas y nobles. No detallaremos todas esas ejecuciones;

favorables por igual a los ingleses. Puede incluso creerse que Gran Bretaña confía en la guerra, y la desea. Pronto llegará el momento de efectuar elecciones para un nuevo parlamento. El rey, las personas de bien, y todos los partidarios de la constitución temen las maniobras de la Asamblea nacional, que tiene emisarios en Londres, enemigos secretos de todos los poderes, que inspiran el gusto por la licencia y la anarquía a todos los populachos de Europa. Pero como desde el momento en que se declara la guerra Inglaterra queda bajo la ley marcial, y el rey ejerce poderes muy amplios, es cosa segura que el ministerio público podrá oponerse entonces eficazmente a toda insurrección, y remitirnos de vuelta a nuestros emisarios legisladores y pestíferos. Debe reconocerse sin embargo que la Asamblea nacional prestaría, sin querer, un gran servicio a Francia, si pudiese inocular su *Declaración de derechos* a Inglaterra. *Di, talia Grajis instaurate!*

[El *Pacto de familia,* que ligaba a las distintas ramas de los Borbones reinantes en varios Estados de Europa, había sido firmado por primera vez en 1733, y renovado en 1743 y 1761. Su ruptura se produjo efectivamente pocos meses después de escritas estas páginas del *Diario Político Nacional,* el 26 de agosto de 1790. (T.)]

nos contentaremos con informar de ellas a nuestros lectores, para reparar en la medida de lo posible el silencio pérfido de los gaceteros.

Lo mismo puede decirse de la toma de Marsella a las tropas del rey, por los Bandidos nacionales.[8] El comportamiento de los soldados que se han aliado con dichos Bandidos demuestra palmariamente que Francia no tiene ni rey ni ejército. No hablaremos de la furia volcada sobre el comandante de esa ciudad. Fue tratado como los señores Foulon y Berthier.

II

> Es vuestro libertador, él cubrirá de oro las carreteras [...] Abandonad vuestros sueños y creed por el contrario que las deudas se multiplicarán y que no tendremos ni un centavo.
>
> (Luciano, *Filopatris*)

[*Continuación de la Respuesta a la Asamblea nacional*]

Vuestra Asamblea, señores, habría sido, pues, puramente legislativa, si vosotros lo hubieseis querido, si hubierais sabido abandonar a los capitalistas a su fe en el ministro Necker, y a éste a su propia confianza.

A pesar de tantos temores y objeciones, cuatro cosas nos tranquilizan, ¿diréis? 1º, El nuevo comportamiento del nombrado Necker, quien, lejos de asustarnos cotidianamente, o de abandonarnos para siempre, acaba de hacer en medio de nosotros la aparición más afortunada y consoladora; 2º, el buen éxito preparado de nuestros cuatrocientos millones en asignados; 3º, las felicitaciones y adhesiones que recibimos de todas partes; y 4º, el carácter y la conducta del rey. Veamos en detalle estos fundamentos de vuestra

[8] La toma de Marsella tuvo lugar en mayo de 1790; la referencia permite fechar aproximadamente este número del *Diario*. (N. del T.)

tranquilidad, y prendas de la felicidad pública: pues debo, o tranquilizarme con vosotros, o haceros compartir mis temores.

Reconozco en primer lugar que el señor Necker no volverá a marcharse: nos había dicho no obstante que se iría; y lo que yo había tomado por una amenaza, no ha resultado más que una promesa, puesto que falta a ella. Lo reconozco, pues, junto con vosotros, señores: este inconcebible ministro empieza a escapar a toda definición; no sólo ya no se lo alaba, sino que ya no se lo acusa: perece en medio del silencio universal, y sus amigos y sus enemigos lo han abandonado a tal punto a su propio genio, que renuncia a la gloria de una huida tardía, para venir a cubrirse en medio de vosotros del desprecio de vuestra protección. Tales son los prodigios del miedo. Es éste, en efecto, el que va a decidir todas las actitudes de Necker, su estilo, su elocuencia, sus cálculos y sus virtudes; el miedo obrará con él tal como lo han hecho hasta ahora el interés y la vanidad. Necker, como dice el populacho de París, "es un astro que le tiene miedo al farol".[9] Pero en definitiva, ¿qué ha venido a deciros? Ha venido, señores, a felicitaros por los asignados, y a aseguraros que todo prosperaría, si el pueblo consintiera en pagar todos los impuestos que fueran necesarios. Es decir, que ha venido a anunciaros que todo iría bien, con tal de que todo saliera bien. ¿No es así como el ilustre Target os decía, hace tres meses, que todo estaba hecho, con tal de que todo se hiciera? [10] Porque me parece que esa fórmula les es familiar a todos vuestros aduladores. Es su discurso, Necker os ha dado a entender que los ingresos superaban ya los gastos, y ha concluido su magnífico prospecto de la fortuna pública, rogándoos que hicierais que la Caja de Descuentos le prestase veinte millones. Si el señor Necker no ha querido burlarse de vosotros, ¿qué decir de un hombre a quien el miedo envilece hasta ese punto? Si ha querido bromear, ¿qué hacer con un ministro tan bromista? [11] Sea como fuere, me remito a vuestra comisión de Hacienda. El señor Freteau, hombre que ha mostrado tan a menudo, en medio de vosotros, los escrúpulos de una antigua virtud, en el seno de tantas novedades; el señor Freteau os ha dicho, inmediatamente después de salir Necker, que no entendía nada de tantas esperanzas e ilusiones: que la verdad lo obligaba a declararos que los ingresos del tesoro real, en lugar de

[9] Es decir, que tiene miedo a ser colgado por la turba. (N. del T.)
[10] Cf. la 2ª serie, XXIV. (N. del T.)
[11] Es la frase de Catón: *Habemus jocosum consulem.*

treinta o treinta y seis millones por mes, habían sido solamente de nueve millones; y os ha suplicado que no permitáis que se os vuelva a proponer prestar dinero a Necker. Más desdichadamente la lisonja había producido su efecto, y ya habíais concedido los veinte millones. Ved, pues, señores, el tesoro real reducido a la cuarta parte de sus ingresos ordinarios, por la dificultad que hay en sacarle dinero al pueblo. No volváis a alegar, entonces, las arengas y la nueva actitud del señor Necker. Si el ministro hubiese conservado su influencia, sería tan temible para vosotros, como es de inútil desde que la ha perdido. Pasemos ahora a los asignados.

No hablaré nuevamente de la manera en que habéis tratado a la Iglesia: la justicia pedía que lo que había sido convenido en nombre de la sociedad fuera impuesto por igual a toda la sociedad; y vosotros habéis empujado de tal modo la carga sobre los sacerdotes, que han quedado aplastados por ella. Habéis tenido razón en su contra del mismo modo que Felipe *el Hermoso* contra los templarios. Es cierto que el tiempo había acabado por hacer insoportable el espectáculo de esa fortuna enorme y sagrada, que no era la fortuna pública, y de esa familia eterna, en la cual los hijos nacían sin padres, y los padres vivían sin hijos. Es cierto también que una nación tiene derecho de vida y muerte sobre todas las asociaciones formadas en su seno; pero no es menos verdadero que una nación no tiene ese derecho contra un solo individuo. El Estado puede matar a una orden, pero no puede matar a un hombre. Ahora bien, es más que probable que hayáis condenado a cien mil sacerdotes a morir de hambre, y que pronto sólo tendrán para vivir lo que ellos distribuían al pueblo, quiero decir *el pan de la palabra*, de esa palabra que vosotros les habéis dado. En efecto, si sólo podéis garantizar vuestros compromisos con los capitalistas mediante los bienes de la Iglesia, ¿con qué garantizaréis entonces el mantenimiento del clero, cuando sus propiedades ya no existan? ¿Tantos infortunados tendrán más confianza en vuestra palabra que en sus propios bienes, cuando los acreedores del rey han tenido más confianza en esos bienes que en vuestra palabra? Pensad, señores, que esos sacerdotes, condenados a las injurias y a la pobreza, tuvieron en otro tiempo la veneración y las riquezas, y sacaron del pueblo el mismo provecho que sacáis vosotros actualmente; pues el fanatismo es a la religión como la licencia a la libertad: y es hoy la licencia la que los despoja, tal como era otrora el fanatismo el que los había enriquecido. "El pueblo", dice Montaigne, "es un animal enteramente ensillado y aparejado, que cada cual monta

cuando es su turno." [12] Esos cambios por los cuales tanto se honra a la filosofía, y que llaman *revoluciones*, no son propiamente más que manifestaciones de fatiga del espíritu humano que, cansado de una postura, toma otra. Nuestra revolución, de la cual la filosofía quiere sacar provecho y gloria al mismo tiempo,[13] no tiene más causa que la falta de dinero. Esa falta de dinero es lo que llevó a su perdición, primero a la nobleza, después al rey, hoy al clero, y lo que pronto os perderá también a vosotros. Pues si no hubiera faltado el dinero, ¿habría pensado el rey en congregaros a su alrededor, y habríais pensado vosotros a vuestra vez en despojar al clero? Allí estáis ahora, señores, con el peso de la deuda pública sobre la cabeza, y los bienes de la Iglesia entre las manos. Los especuladores, abrumados por vuestras demoras y por su ruinosa inacción, han decidido imprimir a vuestros cuatrocientos millones de asignados un movimiento favorable a sus propios intereses: cosa que no será difícil, puesto que la Caja de Descuento absorbe por sí sola la mitad. Observaré de paso que esa misma Caja de Descuento a la cual habíais renunciado con tanta pompa, ha venido

[12] El verso de Persio: *Dicite, Pontifices, in sacro quid facit aurum,* era tan verdadero hace mil años como hoy; pero hace menos de dos siglos, una Asamblea nacional habría sido exterminada si hubiese tocado los bienes del clero; y Luis XIV, en sus momentos de mayor esplendor, no habría intentado semejante empresa. En todo es preciso saber tomarse su tiempo. El mal no está, pues, en haber incorporado las propiedades de la Iglesia al Estado, sino en haber reducido a tantos franceses a la limosna. Pues en la situación actual, los miembros del clero secular (*les abbés*) no eran ya sacerdotes, u hombres de misa y breviario; eran nuestros hermanos y nuestros hijos; eran ciudadanos a quienes sus familias, el gobierno y la sociedad habían dicho: "Cursad algunos estudios y haced algunos sacrificios; adoptad una vestimenta particular; ataos a la Iglesia, y os jugáis la posibilidad de una propiedad inmueble, que poseeréis en forma vitalicia, a título de beneficio." Es tan injusto, pues, despojar a un clérigo de su beneficio, como lo sería no pagar a quienes ganan en la lotería, so pretexto de que ese dinero pertenece al pueblo. Los eclesiásticos apostaban realmente a la lotería, cuando tomaban los hábitos, y perdían su libertad; y si en la Lotería Real de Francia los beneficios son objeto seguro y sagrado, a partir de no recuerdo qué resolución del Consejo, ¿cómo podían ser los premios eclesiásticos arrebatados a sus poseedores? ¡La fe pública vale, pues, menos que una resolución del Consejo! En todo respecto, los beneficios eclesiásticos eran como los antiguos beneficios militares, propiedades otorgadas a ciertos particulares y con ciertas condiciones. Los militares, que tenían hijos, les legaron dichos beneficios, y esa usurpación se impuso. Si los eclesiásticos hubieran tenido hijos, habríamos tenido una tribu de Leví y familias realmente sagradas, que jamás se habría atrevido nadie a despojar. Los descendientes de San Remigio serían como los de Narbonne y Périgord, usurpadores afortunados y tranquilos.

[13] Analizaré más abajo el mal que las ideas filosóficas han hecho a la constitución actual.

no obstante dos veces a auxiliaros después de dicha renuncia, y no ha de ser la última vez que le pediréis gracia. Porque no solamente tendrá el honor de prestaros dinero, sino que no temerá entrar en competencia con vosotros, y lanzar sus billetes a la circulación en concurrencia con vuestros asignados. Y ¡cosa extraña!, ni las personas sensatas, ni el tesoro público, ni vosotros mismos, nadie, en suma, vacilará entre esas dos especies de valores, aunque los asignados producen interés, y los billetes de la Caja no. Lo que lo demuestra, es que el ministro Necker os ha advertido ya claramente que tengáis cuidado con que vuestros asignados no os vuelvan de todas partes a través de las Cajas Públicas; pues tratarán, dice, de devolvéroslos con tanto afán como vosotros ponéis en esparcirlos, y no recibiréis ni un centavo en metálico. Ahí tenéis, pues, a vuestros asignados depreciados de antemano, y ¿por quién? Por el mismo ministro de Hacienda, que toma un préstamo de veinte millones de la Caja de Descuento; y que recibirá con una mano los billetes de dicha Caja, y rechazará vuestros asignados con la otra. He de decir igualmente, señores, que cuando hablé de la escasez de metálico, no la creía tan aguda como es en verdad. Uno de los comisionados que habéis designado para supervisar las operaciones de la Caja de Descuento [14] acaba de deciros que, a partir del momento en que habéis decretado que a dicha Caja se le reembolsaría únicamente con asignados, se había visto obligada a buscar metálico en Holanda y España, con un interés del 15 y el 16 %. ¿Cómo, tras noticia tan catastrófica, simuláis creer y publicáis que "les basta a los franceses conocer sus necesidades, para hallar súbitamente los recursos"? ¡Vosotros que acabáis de acuñar una cantidad tan considerable de moneda nueva; que usufructuáis las ofrendas patrióticas; que habéis pedido y obtenido la cuarta parte de las rentas del reino; vosotros, en fin, que estáis cargados con los despojos del clero! ¿Fue nunca poder alguno más afortunado en sus empresas, y no obstante más desacreditado que vosotros en finanzas? Parece que vuestro destino es derribar bien y construir mal. Pero para no oponeros siempre conjeturas y argumentos, he aquí un hecho reciente, más que capaz de haceros temblar en cuanto al efecto de vuestros asignados. Rusia, que debía solamente seis millones de rublos en 1786, creó como vosotros, una especie de banco donde se emitían asignados con garantía inmobiliaria. En tres años, la deuda pública subió a treinta millones de rublos, y

[14] El barón de Allarde.

el metálico desapareció a tal punto en Rusia, que el general Potemkin no logró, para empezar la campaña, más que cinco millones, en lugar de los veinte que pedía. Lo mismo sucedió hace veinte años en Escocia. Es entonces verdad que todo papel, e incluso los asignados con garantía real, no produce más efecto que la desaparición del numerario. Convengo con vosotros en que todas las ciudades se han apresurado a repartirse entre sí los bienes del clero, y a encargarse de su administración mientras se concreta su venta. Pero ¿qué efecto producirá esta connivencia entre vosotros y todas las municipalidades del reino? Que los señores funcionarios municipales, con hermosas mitras y báculos, se hallarán exactamente en el lugar de los obispos y los sacerdotes. Percibirán el producido de los beneficios, que no serán ya entre sus manos más que bienes en administración; los gastos absorberán la mayor parte de las rentas; y las ventas, que las autoridades municipales no tendrán interés en promover, se efectuarán con lentitud y desconfianza. En una palabra, no tendréis ni un centavo; pero tendréis funcionarios municipales muy sentados en el regazo de la Iglesia, y situados entre sacerdotes que viven de limosna, y capitalistas que viven desesperados. Y ése es el espectáculo que os hace extasiaros de júbilo en el seno de vuestras Asambleas, y que os atrae las aclamaciones de los imbéciles.[15] A esto debo agregar que esas municipalidades, que ponéis por todos lados en el lugar del clero,

[15] No sé qué parisiense acaba de escribir que no había que asombrarse "de que la nación estuviese en París, puesto que había cuatro en el Colegio Mazarino"; es así poco más o menos como razonan todos los periodistas. Se congratulan, lloran y zapatean de alegría, al pensar que los bienes de la Iglesia no tienen precio, y que llegarán tal vez a veinte mil millones. Calculan cuánto costó, por ejemplo, la abadía de Saint-Denis para construirse y reconstruirse desde hace mil años, y ponen en la cuenta cien millones; su tesoro, en particular, les parece inagotable; llegan por último hasta proponer que de ahora en adelante se entierre a nuestros reyes en Clamart y que sus momias sean puestas en venta. No sé si los aficionados se interesarán mucho por esas momias, ahora que la Revolución ha destruido el prestigio que iba con la antigüedad de las dinastías.

[En la iglesia de Saint-Denis, a unos seis kilómetros al norte de París, fueron sepultados desde el siglo VII todos los reyes de Francia, salvo contadas excepciones. Los mausoleos regios, en muchos casos notables obras de arte, fueron de hecho profanados durante el Terror (agosto de 1793), unos tres años después de que Rivarol escribiera esta página. La Convención nacional, por iniciativa de Barrère, hizo abrir los sepulcros y arrojar los cuerpos a fosas comunes. Los monumentos más valiosos lograron salvarse merced a la intervención del arquitecto Alexandre Lenoir, quien los trasladó a un museo creado por él en la capital. La Restauración los restituyó a la basílica, donde se encuentran aún hoy; la mayoría de ellos permanecen vacíos. (T.)]

se hallan todas en penurias que las hacen sumamente sospechosas. Con *razón* las habéis eximido de las cauciones que habíais tenido *razón* en exigir al comienzo: pues no solamente las mayores ciudades del reino no se hallan en condiciones de caucionar los bienes que se les confían, sino que ni siquiera pueden hacer frente a sus propias deudas, ni lanzar empréstitos con aceptación; por eso las habéis autorizado a crearse impuestos para sus necesidades particulares. Lyon debe 40 millones; Orleans, muy endeudada, no ha podido reunir cien mil escudos, y se ha visto obligada a violar un depósito; lo mismo sucede por doquier; y sin embargo esta manía de administrar los bienes de la Iglesia está en su punto máximo, y sólo se oye por doquier la expresión graciosamente humilde de las *sumisiones* que efectúan las ciudades, y hasta los villorrios más pequeños,[16] por valor de varios millones en tierras eclesiásticas.[17] Esos términos equívocos de *cesión, promesa* y *sumisión* aplicados a las relaciones entre la Asamblea nacional y las municipalidades, producirán algún día singulares errores de cálculo. He de decir con todo que los *astutos* de entre vosotros no han colaborado con estos procedimientos inconcebibles: el señor Dupont ha llegado a humillaros hablándoos de la honestidad del abate Terray comparada con la vuestra, en una circunstancia en que también era preciso dar nuevas prendas a los acreedores del Estado. Todos los demás se callaron, y dejaron hablar a los *inocentes*, como el duque de La Rochefoucauld, Charles de Lameth, el duque de Aiguillon, los señores Biauzat y Bailly. ¿No habría resultado más claro y más breve seguir el consejo inspirado al obispo de Autun, que era entregar el conjunto de las propiedades de la Iglesia a la totalidad de los acreedores? Pero las municipalidades se presentaron para gozar de los beneficios, mientras se efectúa una venta larga y difícil; y vosotros las aceptáis, para encontrar apoyo en los verdaderos depositarios del poder público. Habréis fallado, pues, en la principal operación financiera, a causa de la constitución; y falláis con la constitución, a causa de las finanzas.

[16] Laon paga apenas veinte mil libras de impuestos, y se *somete* a tomar ocho millones en propiedades. ¡Qué humildad!

[17] *Soumission* significa a la vez "sumisión", y "oferta en una licitación". (N. del T.)

III

> SATURNO. Yo quería vivir a mis anchas, y beber hasta saciarme néctar y ambrosía, sin tener que estar siempre lloviendo, soplando, tronando y granizando.
>
> (Luciano, *Saturnales*)

[*Continuación de la Respuesta a la Asamblea nacional*]

Los aplausos de las municipalidades del reino y de los cafés de París constituyen el tercer motivo de vuestra confianza: en esos testimonios bulliciosos y en esas felicitaciones mendigadas por todas parte, os reconocéis como grandes legisladores, y no tenéis dudas sobre vuestros triunfos. He aquí algunas observaciones que podrán moderar vuestra alegría, y mezclar un poco de sombra entre los rayos de vuestra gloria.

En primer lugar, no tiene nada de asombroso que las municipalidades os congratulen y os agradezcan; les habéis confiado grandes poderes y grandes bienes: y si consiguieran algún día hacerse obedecer por el pueblo, y obtener de éste todo el dinero que necesitéis, es verdad que les deberíais, por un tiempo, el mantenimiento de vuestra mala constitución. Mas su existencia está tan ligada a la vuestra que no podéis, de buena fe, llamar como testigos a aquellos a quienes llamáis en vuestra ayuda: es como si os tomarais por testigos unos a otros dentro de vuestra asamblea. Admitid, señores, que los funcionarios municipales que os escriben representan muy mal a la nación; casi todos ellos son meros embrollones, elegidos por una plebe enloquecida. Pero así es vuestro método, señores; llamáis *la nación* a esa turba de bandidos que devasta los campos, y a cuatrocientos mil o quinientos mil pequeños ambiciosos que soliviantan las ciudades, y para quienes no eran demasiados todos los azotes del antiguo régimen; consideráis como nada a la multitud de propietarios y de verdaderos ciudadanos que se lamentan en el seno de sus familias; o mejor dicho, tomáis en cuenta las retribuciones de éstos igual que los aplausos de los otros; queréis el dinero de las propietarios y las aclamaciones de

los que no tienen techo: a ello añadís las felicitaciones de los burgueses, *amantes celosos de la nobleza*,[18] y las de nuestros filósofos y todos esos sabihondos, enemigos inveterados de la Iglesia, cuyos despojos ofrecían tan a menudo al antiguo despotismo, con la condición de que éste abandonara en sus manos la religión. Observad, señores, que ese antiguo despotismo gozaba exactamente igual que vosotros de las aclamaciones de las ciudades y las campiñas, de la obsequiosidad y los servilismos de los hombres de letras. ¿Había algún ministro (porque no hablo de los príncipes y del rey), había algún simple intendente que pudiera atravesar obscuramente las provincias? ¿Oleadas de pueblo, y gritos de alegría no disfrazaban el odio público, tal como ocultan hoy el desprecio de los sabios? ¿Se hallaba el menor de los cortesanos a salvo de las dedicatorias de nuestros escritores? ¿Y había la filosofía librado a la corte de los cumplidos de nuestros académicos? Reconoced, señores, que nada es más equívoco que esas aclamaciones de París, y que ese incienso que humea hoy en vuestro honor en las provincias: no os dejéis aturdir ni embriagar. y ponedle a los clamores y al humo su verdadero precio. Sabéis que todo organismo o todo individuo que concentra todos los poderes reúne también todos los homenajes, y que el pueblo tiene sus aduladores igual que los tiranos.[19] Dos causas, hasta ahora de acuerdo, han producido vuestros triunfos; la envidia de unos y la miseria de otros; porque ésta es la *revolución de los pobres y de los envidiosos*: los pobres, irritados contra los ricos, y los burgueses contra los nobles, aliaron sus furias; pero el momento del divorcio se acerca; el día de los grandes sacrificios no está lejos. *Ibi se via findit in ambas*. Unos y otros querrán la libertad tal como la entienden, cada cual a su manera. Mientras tanto, se unen con vosotros por las cosas que odiáis juntos. Pues bien, nada tiene tanta apariencia de unión como los odios comunes. *Communibus odiis compositi.* Pero en cuanto les hagáis sentir el peso de los impuestos, advertiréis una resistencia proporcional a

[18] Se verá más abajo, en el artículo "Contrarrevolución", qué se debe pensar de la nobleza de Francia, por oposición a la de Inglaterra, y qué efecto tendrá nuestra constitución en el denominado *abolengo*.

[19] La Asamblea nacional, con todo, no se fía demasiado de ese pueblo que la adora. Acaba de declararse, como el Parlamento Largo en tiempos de Carlos I, indisoluble, excepto por un acto de su propia voluntad; y al mismo tiempo ha prohibido a las Asambleas primarias y electorales de todo el reino ocuparse de constitución o legislación, y sobre todo designar sucesores a nuestros legisladores actuales. La Asamblea ha despojado a la nación de su soberanía con tanta facilidad como había despojado al rey, a la nobleza y a la Iglesia. Explicaré las razones de ello más abajo.

las fuerzas que les da la democracia.[20] ¿Qué digo? Ya la experimentáis, esa *resistencia;* y sólo aguardáis que se complete la organización de vuestros distritos y vuestros departamentos, para utilizar vuestras milicias nacionales en someter al pueblo.[21] De ese modo os ponéis en el lugar de lo que, en el antiguo despotismo, llamaban *parte cobradora.* ¿Y qué les importa entonces a los campesinos en nombre de quién se los haga pagar, ellos para quienes

[20] ¿Dónde estaría la Asamblea nacional, si todos los franceses imitasen su patriotismo y su generosidad? En todas las oportunidades en que algunas personas conmovidas por la miseria del pueblo propusieron a los miembros de la Asamblea el sacrificio de una reducida parte de sus honorarios, de uno solo de sus jornales, no hubo más que murmullos en la sala, y se pasó a otro tema. De la misma manera, la Asamblea, los días 6 y 7 de octubre, pasó al *orden del día,* en cuanto se le mencionó el desorden de la noche. [Se refiere a los desórdenes ocurridos en Versalles de que trató abundantemente en la segunda serie, XVII y sig. (T.)]

[21] Lo que afirmo acá no es una mera conjetura. Desde hace mucho casi todas las municipalidades del reino, y en especial las de la campaña, son simples instrumentos en manos del pueblo. En todas partes se amenaza a los alcaldes con colgarlos; y acabo de ver en Saint-Quentin a la Guardia nacional armada contra el pueblo, y a poco desarmada y derrotada en toda la línea por dicho pueblo. La Asamblea nacional requirió al poder ejecutivo que hiciera marchar a uno de nuestros regimientos alemanes contra esa ciudad. Ved, pues, el principio de Maquiavelo y del ministro Necker aplicado por la Asamblea. Por lo demás, no podría citarse en todo el reino una sola municipalidad en condiciones de hacerse obedecer por el pueblo; ellas obedecerán siempre, como en Marsella y Valence, los impulsos de la chusma vil de la cual son obra despreciable. Sucederá, pues, que las milicias nacionales federadas con las tropas de línea se negarán a marchar contra el pueblo, si siguen proclamándose del estado llano, y si conservan los principios que engendraron la insurrección. Pero si marchan contra el pueblo, ¿qué es de la Revolución, y que le quedará a ese estado llano, al cual tanto se le dijo que lo era "todo"? Su nueva insurrección será tachada de "rebelión"; sus proezas serán "asesinatos"; la destrucción del Picadero donde se ejercita la Asamblea [el *Manège* real de las Tullerías, utilizado como sala de sesiones a partir de fines de 1789. (T.)] será calificada en forma muy distinta que la toma de la Bastilla; y la lengua francesa cambiará por segunda vez de diccionario. Todos saben que el conde de Mirabeau ha pretendido justificar la insurrección de la municipalidad de Marsella contra los decretos de la Asamblea recordando la insurrección de París contra el gobierno anterior. Dio a su sofisma la forma de un dilema, y afirmó que, si Marsella era culpable, París no podría ser inocente. Se seguiría de tal dilema que siempre puede uno rebelarse, ora contra sus tiranos, ora contra sus libertadores. Eso es verdadero cuando los libertadores se han convertido en tiranos; pero no es, sin duda, lo que quiso decir el conde de Mirabeau: le ha sucedido, entonces, que ha enunciado una estupidez palmaria; y la Asamblea está tan poco segura de los principios que ha asentado, que esa absurda desvergüenza no indignó más que al sentido común, vale decir a nadie. Ahí veis cómo las malas intenciones y el mal juicio se dan la mano para inculpar a todos, para absolver a todos, para confudirlo todo, etc., etc. *Sed evadit persona, manet res.*

la Revolución, en último análisis, significa "Basta de impuestos"? Pero dejaré para más tarde esta demotración, cuando al terminar la presente respuesta, hable de la constitución que al principio esbozasteis, y que desde entonces no dejáis de retocar, y oponga sin cesar la práctica a la teoría, y los hechos a los decretos. Paso al carácter y al comportamiento del rey: cuarta fuente de consuelo, de ánimo y de felicidad para vosotros.

Ya que estamos en confesiones, reconoced, señores, que si Luis XVI hubiese tenido alguno de los vicios del despotismo, o por lo menos alguno de los defectos de nuestra humanidad, aunque sólo hubiese sido la impaciencia, estabais perdidos. Pero Luis XVI se mostró perfecto; y hay que admitir, señores, que teníais, sin saberlo, derecho a dar por sentada tal perfección. Acordaos del día en que hallasteis vuestra sala rodeada de tropas y clausurada hasta la sesión real. No es dudoso que si los ministros, justificando su fama, y mereciendo vuestro odio, y hasta vuestras calumnias, hubieran hecho arrestar a cuatro o cinco de vuestros colegas (me refiero a aquellos que el pueblo les habría indicado), no es dudoso, señores, que Luis XVI habría gozado, por el momento, de la plenitud del despotismo. No analizo en este punto si el rey habría sido con ello más afortunado, y si sus ministros no habrían cometido faltas aún más graves que vosotros: pero es seguro que sus faltas serían hoy menos importantes y menos irreparables que las vuestras. Lo que es importante decir, es que entonces temblabais; y que si el rey no hubiese cometido el error de convocar tropas, para demostrarnos bien que ya no le seguían, jamás habríais podido imaginaros que un rey pudiera estar tan abandonado, y habríais temido en él un poder que ya no tenía. Pero Luis XVI mandó aproximarse soldados adrede, sin duda, para dar prueba ante vosotros de su debilidad y de la rebelión del ejército: pues la experiencia estaba hecha esde el día en que el mariscal De Vaux escribió, desde el fondo del Delfinado, que las tropas no obedecerían; y en ese entonces descubrió también el arzobispo de Sens una coalición de cincuenta coroneles totalmente dispuestos a resistirse a las órdenes del ministerio. El rey se quedó de golpe sin el poder del oro ni los efectos del plomo: *et simul argenti pondus plumbique potestas.*[22] Debo deciros además que el carácter de Luis XVI era bien conocido desde la época de Maurepas. Al su-

[22] Verso de Lucrecio.

bir al trono había reducido la realeza a su expresión más simple, que es la caza, y en última instancia sólo quería conservar autoridad sobre las liebres. Y eso es lo que indujo en error a los ministros y a vosotros: a los ministros que, si conocían bien al rey y se jactaban de dirigirlo en todo, no vieron que un príncipe moldeado según sus caprichos no podría resistir a las voluntades de un cuerpo legislativo; y a vosotros, señores, porque, muy lejos de conocerle, creisteis no poder tomar demasiadas precauciones contra él; llevasteis incluso la desconfianza hasta la crueldad; lo denigrasteis en todas las provincias con vuestras comunicaciones; lo cubrieron de ultrajes ante vuestros ojos; lo arrastraron por París; y sabéis cómo se hablaba de él entre vosotros.[23] En suma, os pareció que no podíais en primer lugar humillar demasiado al hombre, para estar más seguros del príncipe: y cuando llegasteis a la constitución, creísteis no poder exterminar suficientemente al príncipe, de tanto que temíais al hombre; y así os engañasteis por igual: porque Luis XVI tiene un carácter tal que, en su persona, el hombre siempre debía aseguraros acerca del príncipe; y bien lo advertisteis posteriormente, cuando lo visteis firmar todos vuestos decretos con tanta resignación y longanimidad; cuando hizo escribir a la nobleza que se sacrificara para salvarle la vida,[24] cuando convino con vosotros en que ya no era rey; cuando, con sus proclamas, os ayudó a someter a los franceses a vuestra omnipotencia; cuando el populacho parisiense fue a arrancarlo de su palacio ensangrentado y de vuestras propias manos; cuando declaró que había seguido libremente a sus asesinos; cuando fue a jurar entre vosotros que sostendría vuestra constitución redactada y por redactar, conviniera o no a su vasto reino. Entonces, como las ranas de la fábula, conocisteis la buena índole de vuestro rey; lo visteis tomar partido junto a vosotros, y espontáneamente, contra esa nobleza que acababa de inmolarse por él; os fue claramente demostrado que Luis XVI había sido creado y traído al mundo de intento

[23] El abate Sieyès decía por entonces que el rey no tenía en una buena constitución más parte que la "fuerza individual": pensaba sin duda en la fuerza de los puños o de los hombros; y en eso el abate Sieyès jugaba con mala suerte, y su metafísica se equivocaba con el físico del rey: pues Luis XVI es por su complexión uno de los hombres más fuertes del reino. El barón de Menou, quien, como dicen, "cree ser Bruto, porque es un bruto", no perdía una sola ocasión de insultar a la reina; Mirabeau ponía en la empresa todas sus fuerzas, y el duque de Liancourt hablaba de darle al reino un lugarteniente general [para suplir al rey (T.)].

[24] Carta del conde de Artois.

para vuestra Revolución; no dudasteis ya de que quería vivir a sus anchas, como el Saturno de Luciano, que estaba cansado de reinar y de crear la lluvia y el buen tiempo; y comprendisteis por fin que no era contra él, sino contra el pueblo, que había que tomar precauciones y armarse de decretos.

Examinaré más abajo hasta qué punto tal descubrimiento os hizo apartaros de vuestros principios, y cuánto os habéis ocupado, desde entonces, de hacerle perder al pueblo la idea de soberanía que al principio le habíais inculcado tanto; cosa que, para decirlo de paso, ha producido una verdadera contrarrevolución. Porque habéis comprendido bien que era inútil escapar al despotismo de uno solo, para convertirse en juguete de un populacho enloquecido y furioso; y la democracia os atemorizó.[25]

Advertencia

Tras dos meses de retraso, vuelvo a tomar la pluma; pero no explico al público los motivos de mi silencio. El tono y la libertad de este número y de los siguientes destruirán suficientemente el único reproche a que podría ser sensible.

Después de la respuesta a la Asamblea nacional, reanudaré los "Resúmenes", y continuaré la historia de la Revolución.

En cuanto a los suscriptores que se quejan de los atrasos, el señor Turpin está siempre dispuesto a devolverles el monto de sus suscripciones.[26]

[25] Algunos buenos demócratas, que habían tomado los primeros decretos literalmente, no advirtieron el cambio de estilo que tenía lugar en la Asamblea nacional, y fueron víctimas del mismo. Uno de ellos, llamado Baboeuf, buen picardo, por haber sostenido que los franceses, al ser libres, podían sembrar mociones en las calles y tabaco en los campos, fue secuestrado, con nocturnidad y de su cama, por una cuadrilla armada, con el secreto y la violencia que empleaban en otro tiempo Sartine, Le Noir y sus congéneres; y lo arrastraron desde Roye hasta París, donde quedó encarcelado en virtud de una orden del tribunal en lo contencioso impositivo, combinado con la comisión investigadora. Parecidos casos de *libertad* se hacen frecuentes, y como la Asamblea nacional se ocupa con mucha mayor eficacia en llenar las prisiones del Châtelet, que el antiguo gobierno cuando se dedicaba a abastecer de inquilinos la Bastilla (pues el antiguo gobierno lo descuidaba todo) debemos esperar tener una historia del Châtelet mucho más interesante que la de la Bastilla.

[26] Como hemos dicho en la Introducción, la tercera serie quedó de hecho interrumpida tras el número 8, a pesar de las intenciones del autor. El señor

IV

Contaminatis fulget honoribus,
Et sumit aut ponit secures
Arbitrio popularis aura.

(Horacio, *Odas*, III, 2)

[*Continuación de la Respuesta a la Asamblea nacional*]

Os pareció, pues, señores, que vuestras Saturnales duraban demasiado; temisteis que la causa de vuestros triunfos se convirtiera pronto en la de vuestros reveses, al ver que el populacho que os había ayudado a derribar el antiguo edificio, no querría ponerse a vuestro servicio para edificar el nuevo, ya que se negaría a pagar. Pensasteis primero en quitarle las ganas de amotinarse con una ley marcial, y luego en alejarlo de las legislaturas con la contribución de un marco de plata. De forma tal que el pueblo no supo ya en qué signo reconocer la soberanía con que lo habíais ilusionado, y la igualdad que le habíais prometido. Pues la ley marcial transformaba en rebeldes a los libertadores del Estado, y volvía, para ellos, imposibles y criminales los medios que os habían hecho a vosotros mismos invencibles y sagrados. Con la contribución del marco de plata, los hombres de pueblo eran relegados a la categoría de súbditos, en tanto que la Declaración de derechos del hombre los había convertido en otros tantos soberanos; ello daba repentinamente un aspecto y un carácter de falsedad a vuestra constitución, puesto que declarabais a los mismos hombres *iguales* por sus derechos y *desiguales* por la fortuna. Por último, la institución de jurados, sin los cuales no hay libertad posible, fue sacrificada en beneficio de los procuradores y juristas, que tanto os habían ayudado hasta entonces, y que podían aún tranquilizar o sublevar a un pueblo acostumbrado a su autoridad. Permitisteis al mismo tiempo

Turpin, *Négociant,* con domicilio en la *rue des Fossés-Montmartre,* 25, en París, era el encargado de las suscripciones, que costaban doce libras por tres meses. (N. del T.)

que el conde de Mirabeau (el hombre más versátil de la Asamblea, por ser el más venal) os propusiera la supresión de los distritos de París, y ese baluarte de la democracia fue abolido por uno de vuestros decretos.[27] Por último, no solamente otorgasteis poderes ilimitados a las municipalidades, sometiendo a sus órdenes las milicias y las tropas, sino que quisisteis que el rey, aniquilado en vuestra constitución, os sirviera aún con el espejismo de su nombre en todas las provincias. En efecto, en nombre del rey han sido asesinados los nobles, ultimados los sacerdotes, y asoladas las tierras.[28] En el campo, todo se ejecuta aún en nombre de ese rey desaparecido; pues queréis que esté y que no esté; y ésa es la clave de tantos abusos y absurdos; y es la razón por la cual, para que se pudiese volver a hallar en el gobierno a ese rey que no está en la constitución, habéis considerado últimamente, con gran escándalo del sentido común, si Luis XVI tenía o no el derecho de declarar la guerra y hacer la paz. Por cierto que nunca una cuestión había estado más claramente resuelta que ésa. Si el ejercicio de la soberanía se halla íntegramente en vuestras manos, y el rey se veía reducido a la sola función de firmar y promulgar vuestras órdenes, ¿cómo podía ponerse en cuestión a quién pertenecía el más alto derecho de la soberanía, el de la guerra y la paz? No obstante dicha cuestión, debatida con estrépito, alborotó a la plebe de París, y dividió a vuestra Asamblea. Los especuladores, asustados por las actitudes de Inglaterra y España, no querían la guerra, que podía arruinarlos, y el pueblo temía con razón que tal prerrogativa resucitara el despotismo; era menester engañar a uno y otro bando. Habían sido convencidos los oradores más vocingleros, y todos los que asedian la tribuna; éstos se unieron al sector que siempre votó por el mantenimiento de la realeza, y la mayoría quedó hecha rápidamente. Mirabeau propuso el decreto convenido,

[27] Esa supresión no habría podido efectuarse pacíficamente si el abate Maury no hubiese predicho, en plena Asamblea, que los distritos no obedecerían: pero los energúmenos que dirigían los principales distritos de París se sometieron y se inmolaron sin resistencia, intencionalmente, para desmentir a un supuesto aristócrata. Así la estupidez es siempre embaucada por el despecho.

[28] En más de una provincia, los campesinos, fatigados de ejecuciones y asesinatos, decían: "¿Cuándo considerará el rey que es suficiente?"

La Asamblea nacional es verdaderamente *el Viejo de la Montaña.* Sus emisarios y sus partidarios incendian, saquean y asesinan patrióticamente, de un confín a otro de Europa. Es también un francés el que acaba de asesinar al primer ministro de España.

decreto que daba al rey de Francia lo que en el rey de Inglaterra es resultado del *veto absoluto*, y de la constitución; decreto que hace a Luis XVI dueño de las relaciones exteriores del Estado; que le da embajadores y un ministerio; por el cual puede enfrentarnos con la nación que quiera; decreto, en una palabra, que termina de hacer de nuestra constitución un verdadero monstruo político. El señor Chapelier dio la impresión de enmendarlo, el señor Barnave aparentó atacarlo, y el decreto fue aprobado por unanimidad. Mas lo que es muy digno de la atención y la sorpresa de las mentes reflexivas, es que Mirabeau consintió ese día en pasar por traidor a la nación, y que Barnave, al salir de la Asamblea, informó al populacho que el rey había perdido su causa: de suerte que se empezó a gritar por un lado: "¡Gran traición de Mirabeau!", y por el otro: "¡Gloria de Barnave, y triunfo del pueblo!" Los periodistas que piensan en las calles y escriben sobre los guardacantones, repitieron y multiplicaron esos gritos, cuando en realidad el buen pueblo había perdido su proceso contra el buen rey.[29]

Es así, señores, como habéis engañado al populacho, y atenuado la democracia tanto como pudisteis; pero al mismo tiempo que tomáis tantas medidas contra ella, os parece bien que vuestros furibundos [30] le sigan haciendo sacrificios, a fin de entretener las iras y las alegrías de París. Los bandidos detenidos por los gendarmes son puestos en libertad por vuestras órdenes. Se agradece a los regimientos que se limitan a despedir a sus oficiales sin exterminarlos, y se calumnia a los oficiales asesinados, para no tener que castigar a los regimientos. Esta última empresa está tan por encima de vuestras fuerzas, que no hay afrenta que no disimuléis, antes que intentarla. [31] En cuanto al marco de plata, es muy cierto que lo

[29] Arrojaré más luz sobre este suceso en los "Resúmenes".

[30] Los señores Malo y Vignerot (ex conde de Lameth y ex duque de Aiguillon, respectivamente), tras fingir creer que unos campesinos habían quemado sus castillos, decían: "Sólo tememos una cosa, que ese buen pueblo se haya quemado los dedos, al incendiar nuestras propiedades." El duque de Aiguillon ha dicho más de una vez: "Si algún francés quisiese asesinarme, no sé si me defendería; tanto temo trabar la libertad de un ciudadano."

[31] Hemos dicho antes que no había ya ejército en Francia; pero el mal es más que negativo: cincuenta o sesenta mil soldados en estado de rebelión habitual, son un verdadero semillero de bandidos, siempre listos para desparramarse por todo el reino. La coalición o federación imaginada por los parisienses, a fin de atraer algo de dinero a su ciudad, federación de las tropas de línea con las milicias nacionales, aumentará considerablemente la

habéis decretado únicamente para evitar el reproche de habernos dado como legisladores mendigos y lacayos. Pero el fermento de la democracia, que agría la masa de vuestros decretos, desde que habéis declarado a todos los hombres iguales y libres, se hizo sentir muy pronto; y a partir de ese momento no habéis cesado de atentar contra esta ley fundamental; habéis llegado incluso a debilitarla a tal punto, se ha hecho finalmente tan ilusoria, que en nuestros campos, los simples peones han expulsado de las *Asambleas primarias*, no sólo a los párrocos y a los nobles, sino también a los labriegos ricos, tildándolos de "aristócratas redomados". Tal situación os conviene perfectamente, desde que tantos soberanos son vuestros súbditos, y tantos legisladores deben tan sólo ejecutar vuestras leyes. Pero a menos que declaréis una guerra abierta a las propiedades, a menos que promulguéis vosotros mismos la *ley agraria*, no estaréis por mucho tiempo de acuerdo con vuestros secuaces. El torrente cuyos diques habéis roto no entrará nunca en el cauce tortuoso que le preparáis.

Finalmente, señores, la abolición de los títulos de *duque, príncipe, conde* o *marqués*,[32] es el último sacrificio que le habéis hecho al estado llano. Tal extinción era *real*, desde la orgía nocturna y patriótica del 4 de agosto; habéis querido que fuera *nominal*: el enemigo estaba derribado, habéis querido mutilar su cadáver. Tras la anulación de los privilegios y de los títulos territoriales, las ornamentaciones nominales que no se apoyaban en nada habrían caído por sí solas. ¿Qué habéis entonces quitado a los gentileshombres, y qué le habéis dado al pueblo humilde? *Verba et voces, praetereaque nihil.* Hacéis obsequios a la vanidad, cuando habría que dar ayuda a la miseria. Los burgueses tendrán algunos momentos de disfrute; serán con ello más groseros, y los campesinos más feroces. Priváis a las propiedades de la débil y postrer defensa que les quedaba; pues el poder de ciertas palabras era aún un freno. Ya se esparce en el campo el rumor de que el rey de ahora en adelante no se llamará más que *Monsieur Louis Capet* (señor Luis Capeto). Los vínculos, las relaciones, las atenciones desaparecen; la irreverencia ha llegado al colmo; hay quienes alardean de desposeer a aquellos que vosotros desbautizáis; la *ley agraria* ya ha

corrupción de aquéllas y la insolencia de éstas, consumando la subversión de todos los ánimos. Nuestros soldados serán burgueses, nuestros burgueses héroes, y Francia del primero que la ocupe.

32 Decretada el 19 de junio de 1790. (N. del T.).

sido incluso publicada en algunos cantones. Pero en esto habéis perjudicado doblemente vuestro interés: en primer lugar, porque habéis golpeado menos al abolengo, que es por naturaleza indestructible, que a los propietarios; y además, porque la pérdida de la fiscalización impuesta a los títulos de nobleza hace recaer sobre el pueblo una carga de siete u ocho millones.[33] Se dice que os estáis arrepintiendo de ello; se dice que tembláis pensando que las municipalidades os pueden devolver sus poderes: pues perciben agudamente el peligro de la responsabilidad, y la nulidad de la fuerza pública. ¿Qué salida buscaréis entonces...?

No proseguiré con el paralelo entre vuestros decretos anteriores y los recientes. Dejo esa teoría vaga y flotante que intenta contener al rey mediante el pueblo y al pueblo mediante el rey; vuelvo al monarca, a ese buen rey que llamáis *ciudadano*, y que no es de la *ciudad*; a quien dais el derecho o los medios de traer la guerra a Francia, y a quien prohibís sancionar ordenanzas para la Marina; ese rey que es a la vez inútil y forzoso en vuestra constitución. No examino por cierto si ese rey que habéis moldeado y que se hace querer a ultranza, es hoy desdichado con el espectáculo de su nulidad; pues no supongo que haya estado jamás en el secreto de su anterior existencia.[34] Ignoro si el juramento que le habéis

[33] La única injusticia cometida contra los nobles con que se ha beneficiado el tesoro público ha sido la de pedirles el cuarto patriótico de sus ingresos, en el mismo momento en que se reducía mucho sus fortunas con la supresión de una gran cantidad de derechos. Los nobles se habían condenado al mismo tiempo a pagar igual que el pueblo. Fue decidido que ello serviría para aliviar los impuestos de los plebeyos, pero para fin de año solamente: de modo que el pueblo humilde no ganará con ello en forma sensible.

[34] La primera carta del rey, en cuanto subió al trono, fue para un mozo de palacio, a quien recomendó sus herramientas de cerrajería; su primera obra fue una ordenanza bastante larga sobre los conejos, íntegramente de su real puño y letra.

El ministro Turgot, además del trabajo del Consejo y del Gabinete, escribía regularmente al rey, y lo sermoneaba. Terminó incluso por decir al joven monarca que, si no se cuidaba, su reinado sería más funesto para la monarquía que el de Carlos VI. El rey se quejó de ello al viejo Maurepas, quien se rio y pretendió que el rey considerara que la frase era graciosa.

Un secretario privado de Luis XVI, llamado Septchênes, traducía la obra de Gibbon sobre el Imperio romano; llegado a cierta página, en la cual el autor inglés observa que las diferentes dinastías de nuestros reyes han concluido siempre con príncipes incapaces, y afirma categóricamente que la presente está amenazada por el mismo fin, el secretario no se atrevió a traducir aquella reflexión. El rey, que entiende un poco de inglés, advirtió la laguna, y tradujo personalmente la página, riéndose mucho de la circunspección del secretario y de la predicción del inglés, como si ésta no le concerniera.

arrancado le costó lo que debe costar un perjurio, puesto que en su consagración había prestado un juramento totalmente opuesto. O por disimulación, o por insensibilidad, es seguro que el monarca no os molesta en absoluto; es una efigie esculpida en el extremo del timón que tenéis en vuestras manos. Y ahí tenéis por qué, señores, es absurdo que contéis con él o que esperéis apoyar vuestras violencias sobre su debilidad. El rey habría podido serviros, si hubiese podido resistiros. Hay que compadecerle, cuando se lo ve recomendando a los franceses una escarapela tricolor, él, que no debería hacer más que escribirles: "Os engañan; yo no soy nada; no os matéis en mi nombre." Pero acaso en vez de compadecerlo hay que felicitarlo: tal vez es feliz de no ser ya nada, de no ser ya responsable de nada, de ser el gran pensionado de la nación, y de disfrutar a sus anchas de los treinta millones que le habéis asignado, no para firmar vuestros despachos, o despachar vuestros decretos (pues sería demasiado caro), sino para ponerlo en condiciones de corromperos.[35] Quizá piensa ser el único que ha ganado con la constitución, y compadece en secreto a todos aquellos que lo compadecen. En ese caso, señores, el monarca parecería estar de acuerdo con vosotros sólo porque estaría de acuerdo consigo mismo.[36]

[35] Los diputados en venta serán y son ya víctimas de las virtudes domésticas del rey, en particular de su economía. El príncipe no daría un centavo de la prerrogativa de que carece. Ha avanzado hacia los veinticinco millones de su presupuesto particular, a través de las afrentas y los ultrajes, con toda la derechura del instinto; y si la miseria pública no falsea sus cálculos privados, si le pagan puntualmente, Luis XVI se creerá el más feliz de los monarcas; será el canónigo de los reyes.

[36] Se dice que el rey, que ha firmado con indiferencia la destrucción de los bienes de los nobles, y con placer la ruina del clero; que ha sancionado sin vacilaciones su propia exclusión de la soberanía, etc., etc., manifestó alguna pena al firmar el decreto que suprime los títulos de duque, marqués, príncipe, barón, etc. Eso me recuerda al infortunado emperador de que habla Montaigne, que había visto con ojos enjutos su capital abrasada, a su mujer y su hija violadas, a su hijo asesinado, y que se puso a llorar cuando vio pasar a su criado entre los cautivos que hacían desfilar en su presencia.

Cuando he dicho que el rey había firmado con placer la aniquilación del clero, que había instado él mismo a la nobleza a fusionarse con el estado llano, y sancionado con indiferencia la extinción del régimen feudal, no pretendí que eso se le echara en cara como un delito. Pues de suponerse que este monarca tuviera gusto por el despotismo, o idea de lo que es, debería alegrarse de todas esas destrucciones que abrirían un ancho camino al poder absoluto. En efecto, la Asamblea nacional, al aplastar todos los cuerpos intermedios y todos los privilegios, no ha hecho más que consumar en Francia la obra de los reyes. En cuanto el Estado pueda dar un ejército al príncipe, ese ejército le dará el Estado. Que se confíe cuanto se quiera en la índole

Debo, señores, para terminar esta respuesta a vuestro Mensaje, lanzar una nueva ojeada a la constitución, al destinó actual y futuro de la nobleza en Francia, y al señor Necker, en sus estrechas e íntimas relaciones con la bancarrota.

V

Io non posso far bene a la mia città;
ma io posso bene pronosticargli il male.
(Maquiavelo, *Discorsi sopra Tito Livio*)

Continuación [y fin] de la Respuesta al Mensaje de la Asamblea nacional

Es triste, sin duda, tener siempre razón, no predecir más que desgracias, no hablar más que al charlatanismo, o no interrogar más que a la perfidia; en una palabra, estar continuamente dialogando con la insensatez y el crimen. Yo iba a concluir aquí, señores, el cuadro de vuestros errores y de nuestros infortunios, y a oponer realidades desastrosas a esperanzas falaces; pero desde vuestro *Mensaje a los franceses*, todo ha cambiado a tal punto en vosotros y fuera de vosotros, en las opiniones particulares que os descarrían, y en la opinión pública que os condena; marcháis con pasos tan grandes hacia la catástrofe más segura y bochornosa, que si os siguiera contestando por más tiempo, no hablaría ya a los mismos hombres, muy pronto ya no tronaría más que contra ruinas, y mi voz se perdería en el estrépito de vuestra caída.

---

apacible de Luis XVI; la naturaleza de las cosas será más fuerte que la naturaleza del rey, y si no es éste, será su sucesor. Eso es lo que podría decirse si Luis XVI tuviera un plan; pero aun tomando al monarca tal cual es, sigue siendo verdad que no se le puede reprochar el haber abandonado a gente que lo servía por interés, y que captó con tanta exactitud el momento en que era conveniente alejarse del príncipe. Se verá en el próximo Resumen el comportamiento del duque de Ayen y del príncipe de Poix, durante el día cinco de octubre y la noche siguiente: y eran éstos, no obstante, amigos, favoritos, íntimos compañeros de mesa, de caza, de juegos, de viajes: *pernoctantes, peregrinantes, rusticantes.*

La precisión de los "Resúmenes" y el sereno desdén de la historia son más apropiados que los movimientos apasionados de una respuesta para los acontecimientos que me presentáis. Desde el 6 de octubre, vuestra fecundidad, más temible y más mortífera que la rapidez del tiempo, amontona decretos y siembra desdichas en la desconsolada Francia. He de apretar los hechos, y ordenar los períodos, a partir del día en que el marqués de La Fayette, a la cabeza de veinte mil bandidos, arrastró a su rey a París, so pretexto de que la soberanía de la nación residía enteramente en aquella chusma armada, hasta el día en que dicho general apuntó cañones en París contra ese mismo pueblo que sólo pedía la dimisión de los ministros; es decir, que después de haber descrito la revolución efectuada al principio contra la realeza en pro de la democracia, pintaré la contrarrevolución que se realiza contra la democracia, a favor de la Asamblea; contrarrevolución a la cual el general Bouillé acaba de dar la brillantez que el mariscal de Broglie habría dado al trono, si hubiese tratado a París como se acaba de tratar a Nancy.[37] Par-

[37] El pueblo de París, con su grosero instinto, no se confundió aquí ni un instante; pidió la cabeza de Bouillé y de La Fayette, tal como pedía en otro tiempo la del mariscal de Broglie o la del príncipe de Lambesc, y por la misma razón. Fácil es probar que antes de la Revolución, el rey, como jefe y representante de la nación francesa, tenía derecho a hacer que el mariscal de Broglie entrara en París, ni más ni menos que como la Asamblea ha hecho entrar al marqués de Bouillé en Nancy; y no dudo de que efectuada la expedición, el mariscal de Broglie habría gritado a los parisienses: "Salid a las ventanas; ¿de qué tenéis miedo? Somos vuestros hermanos, y sólo venimos en contra de los rebeldes." Efectivamente, la analogía es exacta; la municipalidad, la guardia nacional, la guarnición, en suma, la soberanía entera de Nancy no querían que el marqués de Bouillé entrara en la ciudad; y le enviaron una delegación tras otra para impedírselo. Pero este general, instrumento del despotismo de la Asamblea, forzó y tomó la ciudad, armando a la guardia nacional de Toul y a la de Metz, las cuales no tenían sin embargo más derecho contra la guardia nacional de Nancy que, por ejemplo, Inglaterra contra España. El regimiento de Châteauvieux (menciono al que mostró más valor) iba realmente "en el sentido de la Revolución", y Bouillé, con su pequeño ejército, en el sentido de la contrarrevolución. El citado general merece ser observado de cerca, con todas las garantías que de él da el judío Emery. Cuando un hombre ha tenido, durante dos meses, razones para no prestar un juramento, y acaba por prestarlo, se puede concluir que la ambición ha determinado su mente y su corazón. Es evidente que el marqués de Bouillé ha concebido la esperanza de convertirse en el hombre de confianza de la mayoría que domina en la Asamblea, y que prevalece sobre los verdaderos demócratas. Se gloría en secreto de ser contrario a las insurrecciones interiores y a los ataques del exterior; y el brillo de ese papel lo sedujo. Ha prestado juramento a perjuros, y será fiel a pérfidos. Lo que lo prueba, es la presteza con que se apresuró a ejecutar el decreto de la Asamblea contra Nancy, antes de que llegaran los comisionados que habrían podido

tiré, pues, del día en que, al ver al rey secuestrado por vuestros soldados, seguisteis a vuestro cautivo a París, declarándoos, como la desgracia, inseparables de su persona. Hablaré del duque de Orleans, de su huida, de su pretendida misión en Inglaterra, de su regreso, y de los nuevos esfuerzos de su partido, el cual, desde el fondo del abismo en que ha caído, se agita bajo el peso del desprecio público, y vomita aún incendios. Diré cómo, cansados de las extravagancias de los verdaderos demócratas, irritados de la indiferencia del rey, y abrumados de deudas, la mayoría de vuestros miembros pensaron en formar una mayoría que, alternativamente pagada por los ministros, o apoyada por el pueblo, fue a la vez favorable y temible para la corte; lo cual produjo la escisión del club de los jacobinos, e hizo surgir el club del 89: se hizo como en Venecia, en 1100, *un serrar di maggior consiglio.* Mostraré cómo, a partir de esa división y esa venalidad de la Asamblea, el club de los jacobinos, con su sistema democrático, pareció de golpe extravagante, aunque no había cambiado, y el club del 89 pasó por prudente, cuando era sólo vil y pérfido; de manera tal que, desde

---

modificar el decreto y hacer abortar la expedición. Por lo demás, es verdaderamente cómico el entusiasmo que produjo en todos nuestros urbícolas (*citadins*) la noticia de esta batalla en que sus hermanos de armas de Toul y de Metz no retrocedieron. Les ha hecho sentir un profundo respeto por sí mismos. "Vaya", decían los parisienses, "¡qué valientes hemos sido en Nancy! ¡Qué bravos fuimos ese día!" Y como la liebre de La Fontaine, agregaban: "¿De dónde nos viene tanto valor? ¿También nosotros infundimos miedo? ¡Que vengan ahora a burlarse de los guardias nacionales! ¡Salid, navarros, moros y castellanos!"

No puedo evitar el hacer una observación más: que si la Asamblea nacional, que ha usurpado todos los poderes del antiguo despotismo, hubiera tenido tanta facilidad como el rey para despojarse de ellos, y si hubiese tenido por la Revolución tanto amor como el que ha mostrado Luis XVI, habría salido del Picadero [que le servía de sala de sesiones (T.)] el día en que el pueblo llenaba las Tullerías, y se habría entregado voluntariamente a ese pueblo, imitando el ejemplo del rey, y habría condenado a los generales La Fayette y Bouillé, que estarían hoy, o ejecutados como los señores Foulon y Berthier, o errantes y proscriptos como el mariscal de Broglie y el príncipe de Lambesc. Con la diferencia de que éstos nunca dijeron, como ese pobre de La Fayette, que "la insurrección es el más santo de los deberes", para reprimir a continuación "el más santo de los deberes" a cañonazos. Eso es lo que habría hecho la Asamblea, si hubiese tenido las virtudes de Luis XVI. Pero segura hoy acerca del rey y de la guardia nacional, en tanto que, al producirse la Revolución, el rey sólo estaba seguro de la perversa disposición de los diputados y de la defección de las tropas, la Asamblea, decía, se ha mostrado más celosa de su poder que todos los reyes del mundo; y reina hasta que el papel moneda produzca una tercera contrarrevolución. Veremos entonces qué ejército se reclutará a favor de esa contrarrevolución, y quién será *el general de la bancarrota.*

esa época, nuestro destino oscila entre dementes y bribones: *Creber utraque manu pulsat versatque decreta.* Recorreré esta larga galería de acontecimientos y de decretos, que siguieron el día en que el club del 89 vendió al rey algunas prerrogativas que a éste no le interesaban, hasta el momento en que, por el mero rumor del paso de unos cuantos austríacos, este rey tan mal asociado a la constitución fue bruscamente depuesto, sus ministros amenazados con el *farol,* el ministerio de Relaciones Exteriores allanado, todos los secretos diplomáticos violados, y cinco o seis Mirabeau nombrados para comunicarse directamente con todas las potencias de Europa; cosa que no tiene precedente alguno, y que muestra hasta qué punto vuestra constitución es falsa, puesto que no ha podido resistir a un simple rumor. ¿Qué sucederá entonces con un verdadero sacudimiento? Eso muestra también que sólo sois los amos con el beneplácito de la capital: pues París reina por sí misma, y entra en insurrección casi todos los días, mientras que el resto de la nación sólo reina por representantes. Sabréis que, desde la creación de esa Comisión diplomática, los diferentes gabinetes de Europa tienen por vos y por vuestro fiel Montmorin un desprecio cuyos efectos pronto habréis de sentir.[38] Sus despachos secretos circulan alrededor de Francia, y no entran ya en ella: el silencio y la nube que las cubren, ocultan la tormenta que ruge sobre el endeble edificio de vuestra constitución. Tal vez se habría sostenido unos momentos, esa monstruosa constitución, si hubierais logrado que todos los pueblos de Europa se sublevaran contra sus príncipes: pero los pueblos, más impresionados por los males que nos causáis, que por los bienes que les prometéis, exterminan en todas partes a vuestros emisarios y apóstoles. Francia no ha podido hundirse como un precipicio en el centro de Europa, sin arrastrar en pos de sí las tierras que la rodean y que se apoyaban sobre ella. Podéis gritar cuanto queráis que "todos los hombres son hermanos"; que "renunciáis a las conquistas"; y que "los días de concordia y amor han llegado por fin": todos esos enternecimientos filosóficos son lastimosos; y seréis tratados como el Sosias de la comedia, que "no golpeaba a nadie, por miedo a que lo golpearan". E incluso si fuera posible que os protegiera la peste de la democracia, y que los extranjeros no se atrevieran nunca a intervenir en vuestros asuntos, ¿pensáis que no le habéis

[38] Yo he visto al conde de Montmorin a los pies del señor de Lamoignon, del arzobispo de Sens, y del ministro Necker. Hoy es el ujier diplomático de la Asamblea.

creado demasiados enemigos domésticos a vuestra constitución? Sí, sin duda, habéis arrojado demasiadas serpientes en la cuna de Hércules. Os creéis temibles, porque habéis uncido un populacho iracundo a vuestro carro; pero hay que estar ebrio, como el primer vencedor de la India, para hacerse tirar por tigres.[39] El mismo rey, ese rey de quien estáis tan seguros, es enemigo de vuestra constitución, por la razón de que es ajeno a ella; y os he de decir cuántos golpes os ha asestado, aun cediendo siempre ante vosotros. Por último, el clero, que habéis olvidado de hacer asesinar, la nobleza, que no ha perdido sus armas, y los parlamentos, que son más constitucionales de lo que pensáis, cuando no hay constitución, pueden suscitar un millón de brazos contra vuestra obra. Y esos príncipes fugitivos, a quienes rendís, contra vuestra voluntad, el homenaje de un miedo sincero; esos príncipes, que no deben regresar a Francia si no es *con honor*, ¿percibís lo que puede costaros el honor de su regreso?[40]

[39] Alusión a la narración mitológica de Baco. (N. del T.)

[40] Se ha publicado no sé qué mal manifiesto bajo el nombre del príncipe de Condé. "Habría que preguntarle", dice el conde de Mirabeau, "en nombre de la Asamblea y del rey, si ha escrito ese manifiesto. Si *el señor Borbón, llamado Condé,* no contesta, será como si reconociera que el manifiesto es suyo; lo declararemos enemigo de la patria, y confiscaremos sus bienes; si lo desautoriza, ¿no será muy placentero para él regresar a su país mediante una simple negación?" Se ve con esto que el conde de Mirabeau quiso, o bien obsequiar los bienes del príncipe de Condé a la nación, o bien que este príncipe le estuviera agradecido por facilitarle *tan noblemente* su retorno a Francia. Mirabeau creyó haber hecho la moción más acertada, es decir, la más pérfida, al proponer ese dilema incómodo para el príncipe, y que sólo incomodó a la Asamblea. Se pasó al orden del día; a tal punto el temor de ofender personalmente al príncipe prevaleció en cada diputado sobre el espíritu general que anima a la Asamblea. Obsérvese que el conde de Mirabeau decía a los amigos del príncipe de Condé: "Parezco hablar contra él, y le presto un insigne servicio: sólo hay que dejarme hacer." El conde de Mirabeau no ha logrado su propósito ni con el príncipe de Condé, ni con el príncipe de Conti. Al príncipe de Condé nada le importan los ofrecimientos de un truhán, ni el palabrerío de la Asamblea; y el príncipe de Conti es demasiado humilde como para aspirar a la protección del conde de Mirabeau, o para creerse digno de ocupar un momento a la Asamblea. Desde el fondo de los Países Bajos, donde hacía la corte a los patriotas aun en vida del emperador [José II, contra quien se había sublevado Bélgica, y que murió en febrero de 1790. (T.)], ha negociado su regreso a París con una habilidad poco común, dirigiéndose, para ello, no a los poderes del siglo, sino a los amotinaditos de los distritos, y haciéndose todo para todos. Logró que lo llamaran de vuelta: recibió, en el club de los *Cordeliers*, el abrazo de Camille [Desmoulins], de Danton y sus congéneres, y ha recibido de las puesteras del mercado, a cambio de dos mil francos, la absolución de su fuga, y una patente de larga vida, de la cual disfruta gloriosamente en L'Isle-Adam.

Sea lo que fuere de los embrollos (*trigauderies*) de Mirabeau, de las cortesías del príncipe de Conti y de las fatuidades de la Asamblea, no deja

Vuestra comisión investigadora descubre todos los días alguna conspiración contra vuestras obras; y nos habláis sin descanso de contrarrevolución, como si echáramos de menos las órdenes de prisión reales (*lettres de cachet*), los intendentes y la Bastilla. Debo deciros que no echamos de menos casi nada de lo que habéis destruido; pero que gemimos ante todo lo que habéis creado. Vuestro último decreto contra la nobleza [41] es una quiebra declarada contra todos los que habían comprado privilegios; pero los apellidos que pueden prescindir de títulos quedarán como al salir de un crisol, más puros y brillantes.

No olvidaré por cierto la partida de Necker,[42] de ese astro que ha sufrido tan largo eclipse antes de abandonar el horizonte. Quizá necesitábamos su gloria para desaficionarnos a los triunfos; y quizás él también necesitaba esta afrenta para desaficionarlo a su gloria. Este ministro ha tenido el destino de todos los que edifican fundándose en el apoyo popular; y será juzgado como esos reyes en cuyos tiempos sucedieron grandes acontecimientos, pero que sólo hicieron cosas pequeñas. Su caída es el gran signo precursor de la vuestra. Os dejo entre la falta total de numerario y la aniquilación de todos los poderes en una constitución sin fuerza; os dejo, repito, entre la bancarrota y la rebelión. Emitid papel moneda;[43] congratu-

---

de ser verdad que un millón de franceses, tal vez, han fundado todas sus esperanzas en los príncipes; ¡tan natural es, cuando uno es abandonado o traicionado por los que se quedan, encomendarse a los que se van! Pienso, pues, que si es ridículo e impertinente interrogar al príncipe de Condé sobre un mezquino manifiesto, es razonable y justo que dicho príncipe, conmovido por la confianza de tantos desdichados, les escriba finalmente: "No contéis ya conmigo." Apelo a su gran corazón: este príncipe se ha llevado consigo allende los Alpes un nombre temible para los perversos, un nombre del cual ha de rendir cuentas a los verdaderos franceses. Su silencio puede ser funesto para el valor y la impaciencia de las numerosas víctimas de la Revolución, que se imaginan que el príncipe no cesa de decirse y repetirse este verso de Acomat:

¿Qué hacían mientras tanto nuestros valientes jenízaros?

y más abajo:

¿Crees tú que mi pasada gloria
aún nutre su valor, y vive en su memoria?
¿Crees que aún gustosos me vendrían a seguir,
y que reconocerían la voz de su visir?

[Citas de Racine, *Bajazet*, I, 1. (T.)]

[41] La abolición de los títulos, del 19 de junio de 1790. (N. del T.)

[42] Tuvo lugar el 4 de septiembre de 1790. (N. del T.)

[43] El conde de Mirabeau, corsario de varios pabellones, tras haber escrito toda su vida contra el papel moneda, al dictado de Panchaud, acaba de ser empleado con Clavière a favor de los asignados. Trataré de esta importante cuestión en el número siguiente.

laos; aspirad vuestro propio incienso; y continuad denominándoos *la más augusta Asamblea del universo*; pues así es vuestra cancillería; y si advertís la fatiga general de los hombres de pro, uníos a los débiles, y haced milagros. Hemos visto últimamente a vuestros pies a los pobres de la capital dotados repentinamente del don de lenguas, y transformarse en armenios, persas, chinos, indios, para traernos los tributos del universo: era una Pentecostés filosófica.[44] Este prodigio fue seguido por otro: unos mudos vinieron a deciros que ciertos sordos habían oído hablar de vuestra gloria, y ciegos de nacimiento fueron de ello testigos. Tales son las adhesiones de que debéis rodearos. Ésos son los hombres que siempre quedarán impresionados con vuestra elocuencia y vuestras luces.

VI

Sobre los asignados

Ya que he roto el silencio y reanudado la presente obra, mis lectores tienen derecho a exigir que hable de los asignados: pues esta cuestión, que agita en este momento todas las mentes,[45] interesa a todas las fortunas. Seré breve; en primer lugar, porque quienes han hablado antes que yo han sido extensos; y además, porque sólo quiero captar, en cada objeto, el punto que irradia, o, para expresarme como los pintores, el *punto visual* de la cuestión.

Si el oro no fuera tan difícil de encontrar, no sería el signo universal de la riqueza: de donde hay que deducir que ese metal no es el signo de las riquezas sino porque es al mismo tiempo signo del trabajo y el tiempo. Ahora bien, un papel moneda, que no ha

[44] Uno de esos mendigos iluminados salió al paso del señor de Biancourt a las puertas de la Asamblea, confundiéndolo con el señor de Liancourt, y le dijo: —Señor, pasé por vuestra casa. —Pero yo no os conozco, amigo mío. —Cómo, señor, soy yo, ya sabéis. —No, mi amigo. —Soy yo; el que hice de caldeo, y venía a buscar mis doce francos.

[Tras esta nota, el original indica: *Fin de la Respuesta.* (T.)]

[45] Los famosos *assignats*, creados por la Asamblea nacional el 14 de diciembre de 1789, y tantas veces criticados por Rivarol, habían sido transformados de cédulas hipotecarias en papel moneda el 27 de agosto de 1790. (N. del T.)

costado trabajo ni tiempo, nunca llegaría a ser el signo de la riqueza, si no se le diera un respaldo hipotecario. Pero incluso en ese caso, su curso debe ser libre: pues no podéis forzarme a aceptar vuestro billete, o vuestra promesa, sea cual fuere la garantía que le deis. Vuestro papel moneda, en efecto, no es más que una promesa, y si desconfío de ella, es porque es sólo la promesa de un Estado particular; en cambio confío en el oro, porque es la promesa del género humano. En una palabra, vuestro papel es un *signo de penuria*, y no de *riqueza*: me pide confianza y tiempo, en tanto que el oro me da una y otra cosa.

Si un Estado, por ejemplo, que tuviese mucho oro, emitiera papel únicamente para facilitar el traslado y los pagos, es indudable que dicho papel, que podría ser canjeado por oro en todo momento, gozaría de gran confianza; de donde se sigue esta verdad, que un papel es tanto mejor cuanto es menos necesario: a partir del momento en que se hace indispensable, merece nuestra desconfianza. Es preciso entonces que un papel moneda sea solamente *cómodo*; y para ello es preciso siempre que haya una cantidad de oro igual o superior a la suya. Y aun en esta hipótesis, el papel produce un efecto funesto; envilece los signos de la riqueza, y hace subir el precio de los productos: lo cual, a poco andar, vuelve el papel moneda *indispensable*, es decir sospechoso; y vuelve a dar al oro un precio tal, que se entabla pronto un combate en el cual el papel persigue siempre al oro, que siempre se oculta.

Establecidos estos fundamentos, es cierto, pues, que en las suposiciones más favorables, el papel moneda es un recurso desastroso.

La Asamblea nacional, que carecía de metálico, y tenía que saldar por más de cinco mil millones, de los cuales más de dos mil millones son exigibles, habría emitido papel moneda sin garantía, o mejor dicho, se habría declarado repentinamente en quiebra, si no hubiese robado los bienes del clero. Mediante ese robo inmenso, dicha corporación se puso en condiciones de proporcionar una garantía hipotecaria a su deuda exigible.

Supongamos que fuera posible hacer, con las propiedades eclesiásticas, cupones iguales a los distintos títulos de la deuda, y que fueran dados en especie a los acreedores; es evidente que el Estado quedaría libre de aproximadamente dos mil millones: quedarían entonces los demás acreedores, más toda la Iglesia, a quienes habría que pagar intereses en efectivo, o declararse en quiebra. Pero como no se puede cortar la Iglesia en porciones iguales a los créditos exigibles, la Asamblea nacional *deliberó* efectuar una emisión de

2.200.000.000 en *asignados*, sin interés, y de curso forzoso; de manera tal que todos los franceses serán tratados como los acreedores del Estado, es decir, constreñidos a recibir ese papel moneda, comprar con él cuanto necesiten, y canjearlo en última instancia por propiedades de la Iglesia. Dichos asignados, al *volver* a manos de la Asamblea, serán incinerados a medida que se efectúe la venta. Se *deliberó* al mismo tiempo si no sería mejor pagar esa parte de la deuda pública con 2.200.000.000 de *recibos de finanzas* que producirían intereses. Tal especie de papel sólo serviría a los acreedores del Estado para la compra de los bienes eclesiásticos, de modo que el resto de la nación no intervendría para nada en la operación.

Tal es el estado de la cuestión. Bien se advierte que, en una y otra hipótesis, la mayor parte de los acreedores y todos los eclesiásticos quedarán a cargo del Estado, con la esperanza bastante bien fundada de que se toparán con una declaración de bancarrota. Mas digamos en pocas palabras el efecto que producirán uno y otro plan, tanto en la fortuna pública como en las fortunas privadas: pues la Asamblea va a decidirse pronto por los recibos de finanzas, o por los asignados.

Los recibos de finanzas son un recurso más justo, pero más estrecho y limitado en sus efectos que los asignados; de ahí que la Asamblea nacional se incline visiblemente hacia la emisión de estos últimos; y sobre este objeto de predilección ha consultado a todas las Cámaras de comercio. Los recibos de finanzas, que producirían interés, serían lisa y llanamente órdenes de pago contra los bienes eclesiásticos, y dichos papeles, ora se especulara con ellos en plaza, ora se los hiciera cumplir su cometido inmediatamente, producirían sencillamente el traslado de los bienes eclesiásticos de manos de los antiguos poseedores a las de los nuevos: pero bien se comprende que semejante recurso dejaría a la mayoría de los acreedores sin cobertura, a toda la Iglesia pidiendo limosna, y a la Asamblea nacional enfrentada con la hidra de la bancarrota. El efecto de ese papel sería demasiado claro y demasiado rápido.

En cambio, dos mil millones de papel moneda, en asignados divididos en valores desde doscientos francos hasta un luis, o incluso medio luis,[46] lanzados en todos los canales de la circulación, y ramificándose hasta el infinito, presentan un laberinto inmenso, un opor-

[46] Un luis (*louis*), moneda de oro con la efigie del rey, valía al principio (reinado de Luis XIII) diez libras (o sea diez francos), más tarde veinticuatro. (N. del T.)

tuno embrollo en el cual la opinión pública, todas las fortunas, los deudores, los acreedores, los especuladores y sus víctimas, en suma, Francia toda, se extraviarán a gusto; y mientras esta madeja se teje y se desteje, la Asamblea nacional, protegida por la niebla que habrá formado sobre nuestras cabezas, tendrá tiempo de consumar sus operaciones en el cuerpo del Estado, y de abandonar a su enfermo, agonizante y desfigurado, en manos de una nueva legislatura.

Veamos, en efecto, lo que resultará de la emisión de una cantidad de papel moneda igual o superior al metálico que existe en el reino. En primer lugar, todas las mercancías duplicarán su precio; y el mismo dinero, transformado en mercadería, se ocultará y se hará carísimo; las tierras participarán muy pronto en esa alza de precios; de modo que un hombre a quien el Estado debe, por ejemplo, veinte mil francos, al recibir sus veinte mil libras en asignados, y utilizarlas para comprar trigo, sólo obtendrá de este producto, no obstante, lo que podría adquirir hoy por diez mil francos; y un terreno que no le habría costado más de cincuenta mil francos, en moneda metálica, le costará cien mil en asignados: o sea que la Asamblea nacional, o las municipalidades que la representan en esta trapacería (*escobarderie*), no se proponen nada menos que hacer perder el cincuenta por ciento a quienes compren las propiedades eclesiásticas. Pues la Asamblea, que quedará en posesión de las tierras de la Iglesia, tras haber lanzado los asignados, no puede más que ganar con el alza general de todos los bienes;[47] ése es su objetivo fundamental. Saldará dos mil millones de deuda con dos mil millones en asignados; y retirará de circulación esos dos mil millones en asignados con mil millones en bienes raíces.

He aquí otros males aún: un comerciante a quien se le deban cien mil francos en moneda metálica de hoy, al recibir esa suma en asignados, sólo podrá obtener con esos asignados cincuenta mil francos en plata, a pesar de todos los decretos de la Asamblea que ordenan la paridad entre ese papel y el oro; pues la naturaleza de las cosas no reconoce el despotismo de estos señores. Ahí tenéis a ese comerciante arruinado, ya canjee su papel por plata, ya por tierras. Pero, se dirá, si con cien francos de papel, sólo obtiene en mercaderías la cantidad que compraría hoy por cincuenta libras,

[47] El texto original dice: *ne peut profiter de la hausse générale de tous les biens.* Hay errata evidente, pues el sentido exige: *ne peut* que *profiter,* etc. Lo que Rivarol describe, sin utilizar el término (que fue tomado del inglés mucho después, en nuestro siglo) es ni más ni menos que la *inflación,* provocada por el exceso de circulante en relación con los bienes. (N. del T.)

¿qué le importa, si vende esa cantidad menor al doble del precio? Eso valdría si Francia, aislada en medio de los mares, sólo negociara consigo misma; y si esos dos mil millones de papel hubiesen de quedar siempre en circulación. Pero como nuestros comerciantes deben traer continuamente materias del extranjero, y saldar cuentas con ese destino, no hay más remedio que hallar metálico, al precio que sea, para pagar las deudas, y comprar lo necesario. En fin, puesto que la Asamblea nacional ha de retirar los asignados tras la venta de las propiedades eclesiásticas, llegará un momento en que, al faltar totalmente los signos, y estar aún las mercancías sumamente caras, las fortunas resultarán bruscamente reducidas a la mitad, a menos que cada cual se reduzca a no comer más que la mitad de su refección, a vestirse mucho menos y a trabajar mucho más. Cuando cayó el Sistema,[48] los billetes, en lugar de ser retirados de la circulación, fueron devaluados: lo cual creó tantos desdichados cuantos poseedores había de dicha moneda. El efecto de esa medida fue más desastroso, en definitiva, de lo que será el del retiro de los asignados; pero fue idéntico en cuanto a la suba del precio de los productos y a la falta súbita de los signos.[49] Veamos en pocas palabras cuál será la funesta equivocación de los franceses en esta magna operación. Quienes después de entregar

[48] El *Système* por antonomasia era el régimen financiero inventado por el banquero Law durante la Regencia (1716-1720), que culminó en un estrepitoso fracaso. (N. del T.)

[49] Los partidarios de los asignados hablan con aires de triunfo de la sólida y hermosa garantía hipotecaria provista a este papel moneda con la cesión de todos los bienes de la Iglesia. ¿Ignoran acaso que los billetes de Law tenían por garantía el producido de las cinco *grosses-fermes*, y otras rentas considerables? Los asignados, en Escocia y en Rusia, ¿no se respaldaban en tierras? Si el regente hubiera sido fiel a sus promesas, los ingresos del Estado habrían sido empeñados como prenda para los portadores de billetes: pero aquel príncipe prefirió declarárseles a éstos en quiebra, y el Estado se salvó. La Asamblea nacional preferirá pagar a los portadores de asignados; y la Iglesia estará perdida. Así, el Estado habrá puesto a cien mil sacerdotes en el lugar de cien mil acreedores: será preciso pagarles a aquéllos tal como habría pagado a éstos. La Iglesia costará 166 millones: y sus rentas no alcanzan a esa cantidad, desde que se abolieron los diezmos y los derechos feudales; sin contar el interés de su deuda, que es de ocho millones. He tenido entonces razón al decir que la Asamblea nacional había olvidado de asesinar a los sacerdotes.

[Las *grosses fermes* o *fermes générales*, que Law obtuvo como respaldo de sus billetes en 1719, eran en el Antiguo Régimen un sistema de percepción de los impuestos indirectos, en virtud del cual financistas privados (los *fermiers généraux*) entregaban por adelantado a la corona una suma global que cubría determinado impuesto, y recaudaban luego éste quedándose con la diferencia entre aquella suma y las cantidades efectivamente cobradas. (T.)]

doscientos mil francos en asignados, por un bien que sólo costaría cien mil libras [en metálico], se consuelen con la esperanza de vender sus mercancías al doble, se verán obligados a disminuir sus pretensiones, cuando la desaparición del papel deje en circulación únicamente las monedas de plata: pues en vista de su escasa cantidad y de su alto precio, será inevitable que todo se acomode poco más o menos al nivel de éstas; y el pueblo humilde, en el momento en que desaparezca el papel moneda, al encontrarse privado de esa abundancia de signos, se verá ciertamente forzado a consumir menos y trabajar más, hasta que se restablezca un equilibrio entre el dinero y los bienes. Ese contragolpe es lo que se llama una bancarrota parcial.

Todos estos inconvenientes han sido percibidos por las Cámaras de comercio de las principales ciudades del reino. Todas, sin excepción, han protestado contra la emisión de los asignados, y de todo papel moneda de curso forzoso. La Asamblea nacional, que tiene todos los vicios de los tiranos, y que no puede estar sin las lisonjas serviles y las mentiras de sus aduladores, ha hecho que un club de demócratas, creado en Burdeos, le escribiera un mensaje a favor de los asignados, en nombre de la Cámara de comercio de esa ciudad; pero la farsa no tuvo suerte: los diputados del comercio de Burdeos hablaron, y la verdad salió a luz.

El conde de Mirabeau es quien habló a favor de los asignados, cosa que habría podido depreciarlos aún más que todos los reclamos y protestas del comercio.[50]

Post scriptum

Entre todos los discursos pronunciados sobre la cuestión del papel moneda, hay que destacar especialmente el del señor Anson, ex adorador del ministro Necker, y uno de los pobres miembros de la comisión de Hacienda. Habló a favor de los asignados, dividi-

[50] El conde de Mirabeau, que hasta ahora se había ganado la vida escribiendo contra toda emisión de papel moneda, acaba de escribir, por la misma razón, a favor de la emisión de asignados. Este diputado tuvo la habilidad de convencer a los diferentes bandos que valía la pena comprarlo; lo ha logrado; y eso es cuanto quería obtener de los Estados generales. Un especulador decía de él muy seriamente: "Es el hombre más neto de la Asamblea: dice 'Quiero tanto', y no hay regateo. Me gusta tratar con él." Las prostitutas, en Venecia, también ponen su precio en la puerta.

dos en valores grandes y pequeños, y de curso forzoso. He aquí cómo se expresa este legislador financista: "En primer lugar, este papel no será frágil; por otra parte, señores, impedirá que los franceses acumulen su dinero. Se apretujarán para conseguirlo, no lo dudéis; lo único que temo es que nuestros asignados deprecien en exceso el oro y la plata; y pienso que no deberíamos proscribir demasiado esos metales. Por lo demás, ¡no escuchemos ni a esos banqueros que sólo hablan de dinero, ni a las municipalidades que sólo ven su pequeño bien, ni a los departamentos que sólo se ocupan de las provincias, ni a los industriales que sólo piensan en sus industrias, etc., etc.! En suma, señores, si queda un día una cantidad de ese papel moneda sin uso, después de la venta de los bienes eclesiásticos, guardo una salida que ofreceré en cualquier caso para dichos papeles." Y como tras estas palabras, el orador se dio vuelta de golpe en la tribuna, la Asamblea casi ve la salida a que se refería el señor Anson; lo cual hizo pensar en cierto capítulo de Rabelais.

No creo que en la sátira menipea, o en *Hudibras*, se pueda encontrar mejor especie de elocuencia. Los *galeotes* comprendieron bien su mérito: cubrieron con su ruidosa armonía los últimos sones del honrado orador.

En la misma sesión, un imbécil, llamado *Regnaud*, de Saint-Jean d'Angely (y digo que este señor Regnaud es un imbécil para que no me acusen de hablar en epigramas), este señor Regnaud, digo, al ver que se pedía el orden del día, se puso de pie sacudiendo su melena y mordiéndose los labios: "Señores", dijo, "pienso que la cuestión es importante; pienso que del modo como se la decida depende el destino del país; pienso que la madurez trae la sabiduría; pienso que lo que llega lentamente ha sido madurado por la reflexión." (¡Cuántos pensamientos en un instante!) "Por lo demás, señores, no inculpo a nadie; el tiempo traerá la verdad y la opinión pública, que viene de todos los rincones del reino, e incluso de los más remotos. Además, señores, la Asamblea observará que prolongando la cuestión más allá del lunes próximo, podríamos toparnos con el viernes." Lo usual es para el señor Regnaud ponerse siempre a la cola de una moción, y dar vuelta la frase del preopinante; de modo que si alguien dice que "hay que rogar al rey", el señor Regnaud de Saint-Jean d'Angely se levanta y dice que "piensa que al rey debe rogársele". En fin, este imbécil es de los que afirmaban sonoramente que quien no creía en el

ministro Necker no podía ser un hombre de bien. Hoy quisiera yo que el señor Regnaud me explicara cómo hace para ser un hombre de bien.

VII[51]

Stat casus renovare omnes, omnemque reverti
Per Trojam.

(Virgilio, *Eneida,* II)

Cuando narré los infortunios de la familia real, los crímenes de París y de Versalles, las perfidias de la Asamblea, los movimientos y el letargo del general La Fayette, durante los días 5 y 6 de octubre y la noche intermedia, olvidé más de lo debido el comportamiento de los amigos del rey. El tremendo cuadro de la nefasta noche del cinco no ha abandonado sin duda la memoria de mis lectores. Vemos aún el palacio invadido por bandidos, y la Asamblea que sólo se ocupaba de deliberar sobre la manera de arrancarle al monarca la extinción de sus prerrogativas; vemos al ejército de París que se aproxima para apoyar a los asesinos, o para disputarles a Luis XVI, si aún vivía, y a los desdichados guardias de corps encadenados en la Plaza de Armas por las órdenes del más desdichado de los reyes. Mas debo añadir algunos trazos a esas funestas imágenes. Verdades que el tiempo ha sacado a luz me obligan a retomar los hechos desde una fecha anterior. Los jefes de los guardias de corps estarían demasiado satisfechos con la obscuridad en que los dejé: debo perturbar su silencio y su indigna alegría, suscitando contra ellos tanto horror como he obtenido de compasión para sus víctimas.

[51] Aquí comienza el sexto "Resumen", que quedó inconcluso al interrumpirse la publicación del *Diario Político Nacional.* En forma truncada y con alteraciones importantes —en especial en los pasajes que contenían críticas a Luis XVI— fue publicado por el hermano de Rivarol en la edición de 1797; de allí tomó M. de Lescure el "Apéndice" que incluyó en las *Oeuvres choisies* de 1880, t. II, pp. 355-365, donde asevera que esas páginas son auténticas, pero no las identifica correctamente, como parte de la 3ª serie del *Diario.* (Cf. la observación al respecto de Le Breton, *Rivarol,* p. 362.)

Nuestra traducción sigue el texto original de 1790, como para todos los demás números de esta 3ª serie. (N. del T.)

Hacia fines de septiembre, se hablaba ya en todo París de la necesidad de ir a Versalles para apoderarse del rey y de toda la familia real; y ya el tres de octubre, la famosa comida de los guardias de corps [52] servía de pretexto a los malintencionados y de consigna de unión para las diversas camarillas. Fue también a fines de septiembre cuando se puso en discusión en palacio si se retendría en Versalles el "cuarto de abril",[53] que, con los cuartos de julio y de octubre, habría formado un cuerpo de novecientos hombres alrededor del rey. Pero a pesar de las amenazas de París, a pesar de las inquietudes que inspiraba el regimiento de Flandes, y de todo el horror de las circunstancias, el duque de Ayen logró que se diese licencia al cuarto de abril; y como si hubiese temido que Su Majestad estuviera aún demasiado bien custodiado, hizo agregar, para su compañía, que quienes tuviesen algo que hacer podían ausentarse por ocho días. Finalmente, al anochecer del 5 de octubre, en momentos en que la milicia burguesa de Versalles comenzaba a disparar contra los guardias de corps, el duque de Ayen se negó de entrada a dar órdenes, so pretexto de que el conde de Luxemburgo, que estaba de servicio, se hallaba mejor, y desapareció luego *por exceso de sensibilidad.*

Tal ha sido la conducta del duque de Ayen: sólo diré unas palabras sobre su persona. Los filósofos economistas y todos los clubes filantrópicos habían depositado esperanzas en él; pero les prestó tan mal servicio con su forma de elocuencia en la Asamblea provincial de la Alta Guyena, fue luego tan bruscamente rechazado en las elecciones para los Estados generales, que comprendió que sólo debía poner al servicio de la filosofía y de la Revolución su silencio o su ausencia. El duque de Ayen es uno de esos hombres de quienes se huye en tiempos de calma, y que huyen en tiempos de tormenta.

Durante esa misma noche del cinco de octubre, algunas personas descubrieron al príncipe de Poix, extrañamente ataviado con una vieja librea con los colores de sus domésticos, y protegido por un gran sombrero echado sobre la frente. Iba, en aquella humilde indumentaria, deslizándose a lo largo de los muros de la avenida, y averiguando de los asaltantes y los milicianos el estado de las cosas y de la Revolución.

[52] Cf. más arriba, 2ª serie, XVI. (N. del T.)

[53] Un cuarto (*quartier*) está compuesto por la cuarta parte de los guardias de corps, tomada de las cuatro compañías. Son alrededor de 300 hombres que sirven durante tres meses.

Se preguntará tal vez por qué el príncipe de Poix, ya que no se hallaba junto a su señor, o a la cabeza de su compañía, no se había refugiado en la Asamblea nacional, siguiendo el ejemplo del coronel de Flandes. Contesto que, en semejante momento de crisis, este *diputado - capitán de guardias* no supo en qué puesto presentarse, ni a qué traje encomendarse; prefirió, sin duda, la avenida y la librea, como opciones intermedias y moderadas que podían sustraerlo por igual a la gloria y a la vergüenza. En efecto, por poco que un oficial se esconda en un día de combate, la gloria no sabe ya dónde encontrarlo; y es así como el príncipe de Poix dio cumplimiento a la mitad al menos de sus designios. Si se quiere saber cómo es este cortesano cargado con los favores del rey y las cintas de la vanidad, confesaré que es más fácil condecorarlo que describirlo: tiene todas las apariencias de su padre, excepto la de gran señor; todas sus supersticiones, excepto su piedad; todas sus asiduidades en torno del soberano, excepto su fidelidad.

Por lo demás, el duque de Ayen y el príncipe de Poix tenían tantos vínculos de sangre y de sistema con el príncipe de Beauveau, a quien se llamaba ya *Padre de la patria*; con el ministro Necker, promotor del estado llano; y, aun sin saberlo, con la camarilla de Orleans, que era imposible que no favoreciesen a la revolución. Puede ser también que estos dos cortesanos, hábiles desertores del palacio de Versalles, no hayan seguido, al alejarse del trono, más que el instinto siempre seguro de esos animales que presagian la caída de las casas que abandonan.

El vizconde de Agoult, asistente del jefe de Estado Mayor, niño de catecismo del príncipe de Beauveau, se consideró uno de los vasos sagrados del patriotismo, huyó también del profano Versalles, y vino a ocultar su juventud en París. El señor de Pontécoulant, hijo del ex comandante, fatigado de un disfraz que había durado demasiado, revistió las ropas de su lacayo, ayudado por las cuales obtuvo, dos días después, el uniforme de la guardia parisiense. Todos los demás oficiales se fueron a dormir,[54] a excepción del duque de Guiche y de algunos bravos, a quienes ni el civismo de nuestros filósofos, ni las adormideras del marqués de La Fayette, ni la mala fortuna del rey, pudieron hacer entrar en razón.

El azar lo ha decidido todo en una revolución en que las per-

[54] Esta afirmación demasiado general fue corregida por el autor en una "Advertencia" publicada a la cabeza del número siguiente; véase más abajo, VIII. (N. del T.)

sonas de bien han carecido de plan, y los malvados de energía, y así la familia real ha sobrevivido a la monarquía, y Luis XVI ha capitulado, por su firma, con la Asamblea nacional, mediante 25 millones por año y el goce de algunas bellas tierras de la corona, cuya renta puede elevarse a cinco o seis millones. El tiempo trajo más tarde otras coyunturas. La Asamblea se dividió, y su mayoría dató de un nuevo estilo. Casi todos los adoradores de Necker apostasiaron aun antes de que su ídolo fuera derribado. Entonces, algunos demócratas se volvieron repentinamente hacia el rey; y se distinguieron entre ellos el duque de Ayen y el príncipe de Poix. Este último ya se ha lanzado incluso de la sala de los Diputados al parque de Versalles, cuya caza se jacta de conservar, con la esperanza de que el rey, al encontrarlo algún día en medio de las perdices y las liebres, no podrá negar su gracia a la poderosa mediación de éstas.[55] ¿Qué esperanza pueden depositar en el rey quienes han derramado su sangre por él, y están dispuestos a volver a derramarla, cuando ingratos y pérfidos, cuando los enemigos del rey no desesperan de hacer que éste vuelva a gustar de sus servicios?[56] No dudo, en efecto, de que el rey, una vez liberado de las cadenas de la Asamblea, y restituido a su pueblo, volverá a entregarse a la mayor parte de sus ex domésticos: ya porque la costumbre predomine en él sobre el resentimiento, ya porque el soberano intente, con tal indulgencia, acusar de excesiva severidad a quienes, al inculpar a los servidores, no han perdonado por cierto

[55] Lo que acaba de ocurrir en Versalles perturba un poco la táctica del príncipe de Poix. Dos mil cazadores (no asaltantes, como se ha afirmado, sino *ciudadanos*) han penetrado en el parque con los decretos de la Asamblea en sus manos, y lo han destruido todo; han amenazado incluso el pequeño parque, las estatuas y el palacio. El rey acaba de renunciar a su montería, y de poner en venta sus equipos; la Asamblea nacional se ha alarmado un poco de ello, y su alarma está más justificada de lo que se piensa. Un rey que renuncia por fin a la caza, después de perder en ella su juventud y su trono, puede inspirar cierta inquietud a aquellos que pensaban dejarlo donde lo habían hallado. Pero si esta resolución del rey ha afligido a sus enemigos, ha alegrado a sus verdaderos servidores: nos ha causado, en nuestro caso, el mismo placer que sintió Racine cuando Luis XIV, advertido por unos versos de *Britannicus,* dejó de bailar en público.

[56] Esta condescendencia, esta indiferencia de Luis XVI son tan conocidas, que cinco libreros al borde de la quiebra, tras haber vendido miles de libelos contra el partido del rey y contra la reina, no han temido ir a implorar la ayuda del monarca; y no ha sido en vano. El rey les otorgó una garantía de 1.200.000 libras, y ordenó darles 120.000 libras al contado. Estos miserables, según se dice, han obsequiado una parte de dicha suma al conde de Mirabeau, que les había dado el acertado consejo de dirigirse al rey, apostando que serían oídos.

al amo. Sea como fuere, sé a ciencia cierta que la mayoría de los guardias de corps pedirá un día otros jefes a Su Majestad, y que finalmente la fidelidad se negará a obedecer a la perfidia. *Si qua fata aspera rumpat.*

No me extenderé más sobre los infortunios domésticos del rey; el informe del Châtelet, que está por publicarse, levantará muchos velos, y nos mostrará con mayor claridad los hilos de esta horrible trama. Retomo los Anales.[57]

[57] Obsérvese que el Châtelet sólo se atreve a hablar del atentado del día seis por la mañana. Como es preciso respetar al *Pueblo-Rey,* y él era el que actuaba el día cinco por la noche, todas las atrocidades cometidas entonces son sólo actos de soberanía superiores a las leyes. Así pues, el Châtelet sólo investiga a propósito de los asaltantes que penetraron en la sala del Ojo de buey y en los aposentos de la reina, con la intención palmaria de asesinar a Sus Majestades. Pero no se atreve a hablar del crimen de la víspera: es todo lo que se ha podido sacar de estos malos tiempos. Los periodistas demócratas se indignan y soliviantan al pueblo contra el Châtelet, porque, según ellos, "no se debe separar la acción del día seis por la mañana de la del cinco por la noche; es la misma causa, el mismo pueblo, el mismo derecho, el mismo hecho." Tienen razón, si se les concede: 1º, que quince o veinte mil asaltantes parisienses son toda la nación francesa, y 2º, que un rey atacado por quienquiera que sea no tiene derecho a defenderse como se defendería un simple particular. Mas se puede contestar a estos periodistas que se exaltan a favor de esa horda de asesinos, como si formaran parte de ella, que si el tribunal del Châtelet distingue entre los asaltantes de la mañana y los de la víspera, no es por lógica, sino por impotencia. No harían tal distinción, si pudieran ahorcar a quince mil facinerosos. ¡Qué desgracia que no se haya encontrado en torno al rey un solo hombre en condiciones de defenderlo sin consultarlo, en esa noche del cinco al seis de octubre! No se precisaban más que unos cuantos suizos, los seiscientos guardias de corps, y dos cañones cargados de metralla y emplazados en el acceso de la avenida de París. El ejército que venía, en una noche tan obscura, sin orden, sin precauciones, y como un verdadero rebaño, habría sido fulminado, destrozado, dispersado en un abrir y cerrar de ojos. La Asamblea nacional, el rey, y toda Francia se habrían visto obligados a elogiar, a dar gracias, a felicitar a un hombre tal, y hasta París, abochornado o consternado, habría renegado de los asaltantes salidos de su seno. El marqués de Bouillé acaba de ser laureado por una acción menos afortunada y cuya gloria no es tan indiscutible. Solamente aquellos que no reflexionan nunca han podido escandalizarse de que le hayamos disputado algo a la acción de Bouillé, mezclando algunas ideas con sus laureles.

He aquí un hecho que debería sin duda ser denunciado al Châtelet, y que puede arrojar algo de luz sobre la siniestra conjuración del 5 y 6 de octubre. Los guardias de corps han tenido siempre un armero a sueldo, que se aloja en su residencia. Todos los domingos, estos señores, al salir de guardia, envían sus armas a dicho artesano, quien las examina, las repara, y tiene la obligación de devolverlas cargadas a cada guardia. La pólvora y el plomo se le pagan a ese hombre. El 6 por la noche, algunos guardias de corps, al llegar a Rambouillet, quisieron descargar sus fusiles; advirtieron algunos que habían vertido plomo fundido en los cañones, otros que

[Suelto]

El sumario del Châtelet acaba de ser publicado. Encontramos en él muchos crímenes y pocos criminales: en vano se busca allí todo lo que se sabe del duque de Orleans y de su compañía. Hace aproximadamente cinco meses se constituyó un triunvirato con el señor Talon, procurador civil, el general La Fayette, y el alcalde Bailly. El primero precisaba 200.000 libras, el segundo, 300.000; v el tercero (era el Lépido del grupo) sólo pedía que lo mantuvieran.[58] Este pequeño triunvirato nos ha costado muchas luces; pero le ha valido al rey el decreto de la Asamblea que le da el derecho de hacer la guerra y la paz. A dicha coalición se le debe el Club del 89; y es también el tiempo en que el conde de Mirabeau, soñando que iba a ser ministro, le habló como un Mahoma en pequeño a La Fayette, fue burlado como un zote por el señor Necker, y terminó por ser despedido como un lacayo, con una gratificación de diez mil escudos. He de dar pormenores precisos y curiosos de ese período de la Revolución en que el duque de Aiguillon y La Borde-Méréville les arrojaron dos o tres millones a sus fieles. En

---

los habían rellenado con cartón machacado sin más pólvora que el detonador; otros, por último, al examinar los cartuchos que les habían repartido, tanto para los fusiles como para las pistolas, vieron claramente que se había intentado inutilizárselos: todas las balas de los cartuchos eran de calibre demasiado grande, y no habrían podido entrar en los cañones de las armas. De tal modo los asesinos no corrían ningún peligro, aun cuando no se hubiera podido sacarle al rey la orden que impidió que los guardias de corps tiraran contra ellos. Si el nombrado armero fuera interrogado debidamente, proporcionaría la clave de la infame maniobra. Mas tal proceso no va "en el sentido de la Revolución": el rey es, entre todos los franceses, el único que no puede esperar justicia. El conde de Mirabeau, que es acusado por los testigos, pretende que se intenta hacer, en su persona, el proceso de la Revolución. Se ha publicado no sé que mal folleto en su contra. "Eso no es", ha dicho, "lo que yo llamo un libelo, sino que a la requisitoria del fiscal de la corona en el Châtelet le doy esa calificación." En efecto, Mirabeau no le teme a quien afirma que es carne de horca, sino a quien prueba que debe serlo.

[58] El señor Talon tenía que pagar inmediatamente 200.000 libras por su cargo. Las recibió y se las guardó, porque presentó su renuncia, tras haber prestado el servicio que le exigían. El marqués de La Fayette debía 300.000 libras a los banqueros Cottin y Jeauge. Se había endeudado por haber cometido la estupidez de servir a la Revolución a costa propia, y haber rechazado con ostentación las 100.000 libras que la ciudad le ofrecía.

todo se verá que el proceso del Châtelet ha sido un mero espantajo de que se ha servido La Fayette para contener a gentes como Lameth, Barnave, Aiguillon, Mirabeau, y todo el bando de Orleans. Se les ha sacrificado, pues, muchas pruebas y testimonios; pero volverán a ser halladas algún día, cuando el tiempo de la venganza haya llegado. He de agregar que la especie de monstruo a quien apodan *Cortacabezas* no ha dejado de mostrarse por París, durante la instrucción del proceso. Afirmaba públicamente que "no corría ningún riesgo mientras el conde de Mirabeau estuviera en la Asamblea". En fin, un punto digno de nota, es el regocijo cruel de la señora Necker, de su hija, y de la mariscala de Beauveau, quienes se paseaban riendo a carcajadas por la galería de Versalles, en momentos en que los bandidos de París y de Versalles disparaban sus armas contra los guardias de corps.

Este informe del Châtelet sólo producirá el doble escándalo del crimen y de su impunidad. Mirabeau ha tenido entonces razón en decir, en plena Asamblea nacional, que huirían antes los testigos que los acusados.

Pero a pesar de todas las prevaricaciones, demostraré pronto, con el sumario de esta investigación, lo que he afirmado en el curso de la presente obra sobre el señor duque de Orleans y sus *hermanos de armas*. Mostraré tan bien todo lo que allí figura, que se verá claramente todo lo que falta.

VIII

Advertencia

Es disecar a hombres vivos escribir una historia tan reciente. El número anterior acaba de arrancarles reclamos a unos y gritos de dolor a otros. Mas un escritor que avanza rodeado de testimonios y de pruebas, y que en su marcha no perdona ni siquiera a los reyes, a pesar de las desdichas de éstos, ¿ha de detenerse ante la voz de aquellos a quienes la verdad les duele?

No obstante debemos reconocer que habíamos recibido informa-

ciones muy inexactas sobre el señor vizconde de Agoult. Sabemos hoy con certeza que estaba a caballo junto al marqués de Savonnières; que fue tras él para auxiliarlo; que permaneció luego a la cabeza de los guardias del rey, hasta el momento en que recibieron la orden de retirarse; que tras la retirada se quedó en las habitaciones del rey hasta las tres de la mañana; que pasó la noche entera de pie, él, el cuarto, en el salón del conde de Tessé, donde la noticia de las matanzas le llegó sólo cuando el palacio ya era auxiliado por la Guardia nacional de París; que si no se presentó luego en los aposentos regios, fue porque dos personajes encargados en aquel momento de calmar los ánimos lo retuvieron, advirtiéndole que ello podría reavivar la furia del pueblo, al cual se lo indicaba expresamente, junto con el señor duque de Guiche, como una de las víctimas buscadas; por último, que sólo partió para Saint-Germain después del anuncio de la partida del rey hacia París, adonde se dirigió al día siguiente, y fue a pedir órdenes al capitán de guardias.

Comprobar verdades y destruir calumnias son deber y gozo de un historiador. Cree uno prestar mejor servicio a la posteridad buscando muchos testimonios, y muy a menudo sólo logra consultar a la malevolencia y el odio. Callo los nombres de quienes me llevaron a error, en virtud del mismo principio que me hace repararlo. No quiero prestarme ni a la malicia de los calumniadores, ni a la venganza de los calumniados.

Otros dos oficiales de los guardias de corps nos han escrito también que, incluso si hubieran ido a acostarse, no habría ningún reproche que hacerles, a estar a la orden que habían recibido; pero que no por eso dejaron de exponer su vida, al día siguiente, para defender la del rey, y que siguieron a Sus Majestades a París. Así pues, en lugar de "todos los demás oficiales se fueron a dormir" (VII, p. 302), debe leerse "algunos otros oficiales", etc., etc. Bien se ve que no tenemos razón alguna para multiplicar las faltas y buscar culpables.

En cuanto a la señora mariscala de Beauveau, véase la frase más destacada de su protesta contra mis afirmaciones: "La señora de Beauveau, cuya edad y carácter no propenderían mucho, en ninguna circunstancia, a tales estallidos de alegría, sólo debía reprimir, en la referida, las manifestaciones externas de una profunda aflicción y de una viva inquietud." La señora mariscala agrega que "en ese momento, la señora Necker y su hija, ligadas con ella

por la estima y la amistad, lo estaban también por la misma represión de sus sentimientos dolorosos", etc.

¿Cómo la señora mariscala de Beauveau, quien, aun como buena demócrata que es, siempre ha tenido *la aristocracia de la inteligencia*: cómo, pregunto, la señora de Beauveau ha podido sufrir los efectos de la Revolución, hasta el punto de escribir una frase tan extraña? Testigos fidedignos, entre los cuales hay incluso amigos de la señora mariscala, concuerdan en que la señora Necker, su señora hija, y la señora de Beauveau formaban un grupo en una de las salas de Versalles, en el momento en que los guardias de corps eran víctimas de la matanza; y en que de dicho grupo salían largas carcajadas. ¿Qué responde a esto la señora mariscala? Dice ella ingenuamente que "su edad no le habría permitido reír a carcajadas"; que cuanto había podido hacer entonces era "reprimir todas las manifestaciones externas de aflicción y de inquietud". Con seguridad que no hay mejor manera de reprimir y ocultar su dolor, que alegrarse: la risa es, efectivamente, una excelente máscara para la tristeza. La señora mariscala nos mueve aquí, pues, una disputa sin razón: pues suponiendo que las carcajadas hayan provenido únicamente de la señora de Staël, a quien su edad no se las prohíbe por cierto; suponiendo también que la señora mariscala haya logrado "reprimir su dolor" muy bien, es posible que haya parecido sonreír; y quedará como cierto que, de tres mujeres que conversan entre sí, la más joven habrá mostrado una ruidosa alegría, y las dos de más edad una alegría moderada, o al menos un rostro calmo, en el cual no se habrá podido rastrear la menor huella de inquietud. Tal es, sin duda, el espectáculo que se ofrecía a los asistentes. Y cuando se piensa que esas tres damas son las protectoras de la Revolución, no es asombroso que los testigos, sorprendidos por las carcajadas de una de ellas, no hayan distinguido bien en el rostro de las otras dos el matiz que separa un dolor hábilmente disimulado de una satisfacción que era meramente aparente y que fue quizá demasiado bien imitada.[59]

[59] Esta última frase, obra maestra de ironía, es típicamente rivaroliana. (N. del T.)

Continuación del Resumen

Ad regem redeo.
(Horacio, *Sátiras*)

En el momento en que Luis XVI dejaba, tal vez para siempre, la morada de los reyes, la Asamblea nacional se declaraba inseparable de su persona: la Asamblea consagraba al desdichado príncipe la adhesión de un carcelero a su cautivo. Pues bajo tales apariencias disimulaba la Asamblea los tremendos acontecimientos del 6 de octubre, en un mensaje a sus electores: "Este día", afirmaba, "es un día de triunfo, y el monarca es nuestra conquista." Los bandidos resultaban así un ejército victorioso a órdenes de la Asamblea, la cual a su vez era el senado más augusto, que ponía nuevamente a un príncipe extraviado bajo el yugo del afecto nacional, y lo uncía al carro de la felicidad pública.

Esta ficción de un vencedor que se digna aún mentir, los gritos de un populacho ebrio de sus triunfos, y las coronas que preparaban para nuestros legisladores, no pudieron tranquilizar a los señores Mounier, Lally, Villequier, y a una gran cantidad de otros diputados, que presentaron sus renuncias, y pidieron pasaportes, a fin de sustraerse por igual a los lauros de la capital y a los puñales de las provincias. La Asamblea se asustó de aquella deserción, y decretó que en adelante sólo se concederían pasaportes para asuntos urgentes.[60] Decretó al mismo tiempo que se trasladaría a París el

[60] Yo no soy de aquellos que han censurado a los desertores: éstos han tenido razón dos veces en huir; ¡y pluguiera a Dios que todo el sector llamado "la minoría" hubiese seguido su ejemplo! La mayoría, abandonada a sí misma, gobernada únicamente por los violentos impulsos de sus jefes y de sus galerías, habría resuelto hace rato el triste problema de nuestra situación actual; no tendríamos nuestra falsa constitución; ya se habría intentado el reparto de tierras; el rey, obligado a huir, no habría podido elegir su destino; no habría buscado una posición soportable entre la vergüenza y el peligro; no habría detenido los últimos desarrollos de la democracia: ésta habría desplegado toda su furia; y Francia pronto se habría constituido en una gran monarquía, o parcelado en una muchedumbre de repubIiquetas. Si la minoría hubiese huido, se habría visto, pues, con claridad, que los demagogos habían expulsado a los moderados; aquéllos habrían sido expulsados a su vez, o habrían reinado a su manera. En cambio, la perpetua oposición de esa minoría ha servido de freno a los frenéticos, y ha dado un vago aspecto de justicia a todos los actos de su despotismo. Las provincias dicen que cada decreto ha sido discutido por defensores y adversarios. Es increíble, entonces,

15 de octubre, muy segura de hallar un trono allí donde el rey no había hallado más que una cárcel.

Este decreto provocó una alegría universal, salvo en Versalles, cuya municipalidad, bañada en lágrimas, vino a postrarse a los pies de la Asamblea, y le manifestó su vivo pesar por la partida del rey. Fueles respondido a aquellos miserables como a víctimas indóciles y necesarias, que en mala hora abrían los ojos a su ruina particular, cuando sólo había que ver la prosperidad general y la gloria de haber contribuido a ella. Se retiraron los de Versalles con el dolor de haber expulsado al rey y la vergüenza de haberse arrepentido de ello.

Luis XVI quizo también mezclar un poco de vergüenza con sus desgracias. Escribió a la Asamblea nacional para comunicarle su

---

hasta qué punto una minoría da fuerza a una mayoría; es increíble cuántos errores le evita. Sin tener en cuenta que los primeros hombres de la minoría, los señores Cazalès, Malouet, el abate Maury, etc., han perorado en todo momento de un modo que prueba incontestablemente que no entendían lo que significa una constitución conveniente para Francia, y que no veían qué lugar tiene Luis XVI en la que nos acaban de dar. "Cuidado", dicen a cada paso, "atentáis contra el rey" (¡como si el rey existiese todavía en la persona de Luis XVI!); "estáis invadiendo", dicen igualmente, "las atribuciones del poder ejecutivo"; y se ve claramente que entienden por "poder ejecutivo" el despotismo. Y la demagogia de la Asamblea nacional no se engaña en esto, ella que ha concentrado todos los poderes. Esto es como si en otro tiempo se hubiese dicho al Consejo de Estado: "Cuidado, señores, estáis invadiendo los derechos de los intendentes." Pues bien, ¿es Luis XVI algo distinto de un comisionado de la Asamblea? Lo repito, pues: los primeros hombres de la minoría han hecho mucho mal. Pero, se alegará, a menudo tienen elocuencia y capacidad oratoria, y siempre intenciones laudables. Lo admito de buen grado; pero ¿qué representa el talento que se extravía, o que tropieza a cada paso? ¿Se le ocurre a alguien considerar hermosas las piernas de un cojo?

En mi opinión, el hombre de la Asamblea que va más directamente a su objetivo, es el señor Charles Lameth: éste quiere lisa y llanamente que el pueblo sea déspota en todo asunto y terreno; que ejerza todos los poderes, en todo lugar y tiempo, e incluso contra los diputados, quienes en definitiva no son más que los usurpadores de la soberanía activa de aquél. Así pues, cada vez que el pueblo se entrega a actos de violencia, y que llega la noticia de unas cuantas ejecuciones, el señor Charles se pone de pie y dice: "Señores, son asuntos policiales, en que el pueblo siempre gana." ¿No se afirmaba lo mismo de las antiguas órdenes de prisión reales (*lettres de cachet*)? También eran asuntos policiales, en que el rey siempre ganaba. Con esta salvedad, que el pueblo es un tirano que no teme ser destronado; y que, en su furia, no desdeña a nadie: cuelga al panadero François, igual que quema al mariscal de Castries. El pueblo es, pues, el más temible de los déspotas. A él es no obstante a quien el señor Charles prefiere; a cada cual sus gustos. El señor Lameth no se anda con vueltas, como Chapelier, Mirabeau y sus congéneres; es francamente demócrata; lo cual, al dispensarlo de toda hipocresía, y hasta de toda teoría, le proporciona una permanente tranquilidad de espíritu y contento de corazón.

llegada a la buena ciudad de París, la estadía que tenía la intención de efectuar en ella a partir de ese momento, y la alegría que experimentaba por el decreto de su mutua inseparabilidad. En una palabra, Su Majestad dio a entender tan claramente que había seguido libremente a sus asesinos a París, lo aseguró tanto a la Asamblea, que se podría decir que el monarca, a fuerza de felicitaciones, amenguaba el triunfo y la felicidad de sus vencedores.[61]

La Asamblea quiso a su vez presentarle algún testimonio de su gratitud: dio inicio a una magna discusión sobre los títulos y calidades con que debía distinguírsele a partir de entonces. Aunque hubiese quedado fuera del trono y de la constitución, se resolvió que continuaría titulándose *rey*. Planteóse luego la cuestión de si se llamaría todavía *rey de Francia y de Navarra*. Tras largos debates, se decidió que no llevaría más el título de Navarra, a pesar de las legítimas pretensiones de nuestros reyes a la Navarra española. Dichas pretensiones (¿quién iba a pensarlo?) cedieron ante las de la mayoría de los diputados. Cada uno de ellos quería que Su Majestad se honrara con el nombre de la ciudad o localidad de la cual era el afortunado representante. El conde de Mirabeau pedía incondicionalmente que Luis XVI fuera *rey de Marsella*; el señor Regnaud, de Saint-Jean d'Angely, quería titularlo *rey de Saint-Jean d'Angely*. Fue preciso entonces sacrificar a Navarra, para apaciguar los celos de todas esas potencias; el amor propio transigió, y se decretó que Luis XVI no sería ya llamado *rey de Navarra*. Sólo quedó entonces por decidir si se llamaría *rey de Francia* o *rey de*

[61] Esta carta no era ni del arzobispo de Burdeos, ni del señor Necker, como se ha afirmado; era del rey en persona. Hablaremos más abajo del sistema que este príncipe ha seguido hasta el presente, y que continúa con perseverancia; mas digamos una palabra de los nuevos ministros que acaba de nombrarse, y que son en todo elección suya.

Hay que reconocer ante todo que el arzobispo de Burdeos, Saint-Priest, y Necker, formaban un gabinete ministerial demasiado imponente para los demagogos. El rey percibió que la estatua era demasiado pequeña para el pedestal; los ha destituido, y son los últimos de los romanos. Aquellos que ha nombrado en su reemplazo están perfectamente de acuerdo con su situación: pues no era cuestión de elevar a los hombres, sino de rebajar los puestos. ¿Querrá creerse, a pesar de ello, que el rey ha ido a buscarlos en el *Almanaque de los Grandes Hombres*? Es que un rey destronado recluta donde puede. El señor Pastoret, uno de los nuevos ministros, me recuerda siempre, a causa de las circunstancias que lo llevaron y del apellido con diminutivo que lleva, este logrado verso de Voltaire:

El Imperio de los romanos termina con Augústulo.

[La dimisión del gabinete de Saint-Priest tuvo lugar el 21 de noviembre de 1790. (T.)]

los franceses: a eso redujeron la cuestión, que no era tal, pues bien se advierte que entre ambos títulos la diferencia es nula. ¿Qué sería, en efecto, un rey de Francia que no fuera rey de los franceses, o un rey de los franceses que no fuese rey de Francia? Pero precisamente sobre esa nonada, sobre esa distinción pueril, quiso la Asamblea ejercitar su metafísica. La razón más evidente de tal discusión, y la que sin embargo no se osaba confesar, era que, como las prerrogativas de Luis XVI habían experimentado tan rudo cambio, era inevitable que su título sufriese también alguna metamorfosis. La Asamblea nacional tiene, por excelencia, el genio de la innovación. Mirabeau y sus pares agotaron así, a propósito de este problema, todos los recursos del mal gusto robustecido por la mala fe; y después de numerosas sesiones y numerosos debates, se decretó por último que Luis XVI, regenerado por un bautismo de sangre, confinado en el palacio de las Tullerías, como un sultán en el viejo serrallo, sin amigos, sin súbditos, sin vindicta, en medio de sus asesinos, llevaría el título de *rey de los franceses.* Europa indignada lo llamó *rey de los bárbaros.*

Por más de ocho días, Sus Majestades quedaron *expuestos* en las ventanas del palacio de las Tullerías, para satisfacer la ávida y tumultuosa curiosidad de una turba en delirio, que los llamaba una y otra vez sin descanso, a fin de acostumbrarse al milagro de su *presencia real* dentro de los muros de la capital. La Asamblea gastó esos ocho días en el examen de algunas mociones sobre el procedimiento penal, y abolió todos los lugares privilegiados. Uno de sus miembros, deslumbrado por los triunfos de sus afortunados colegas, les propuso concederse a sí mismos la condecoración de una medalla, y el proyecto tentó fuertemente su vanidad. Pero el espíritu de ostracismo [62] y de democracia prevaleció, y rechazaron todo signo de distinción.

También por entonces decretó la Asamblea la libertad de todos los detenidos en virtud de simples órdenes reales (*lettres de cachet*), sin considerar que esa especie de cautivos había sido alcanzada por los golpes del despotismo sólo por una gracia especial y abusiva de la omnipotencia regia, y que ni uno solo de ellos, tal vez, merecía salir de la cárcel sino para ir al patíbulo. Porque desde hacía mucho el gobierno anterior, salvo en asuntos impositivos, pe-

[62] Así reza el original francés (*ostracisme*); por el sentido, se esperaría más bien *austérité.* (N. del T.)

caba únicamente de indulgencia: no era ya la clemencia, sino la justicia, lo ultrajado por las *lettres de cachet.*

Entre tanto, una moción, importante por sus consecuencias y sus efectos sobre la Revolución, atrajo la atención pública: un diputado propuso declarar que "los bienes del clero pertenecían a la nación". La Asamblea y las galerías aplaudieron con furor, el *Palais-Royal* se alborotó; y sin duda esos primeros movimientos habrían conducido al clero a una más rápida extinción, si un acontecimiento inesperado no hubiese disminuido el ímpetu o desviado el curso del torrente de la opinión. Una carta del ministro Montmorin anunció repentinamente a la Asamblea que el rey había encargado al duque de Orleans una misión en Inglaterra, y que este príncipe, listo para partir, aguardaba únicamente un pasaporte de los representantes de la nación.

Un rey cautivo y despojado de toda influencia ponía en fuga al jefe de una facción temible, a un príncipe rico y amo del populacho, al hombre, en una palabra, que acababa de disputarle la corona y la vida. Este misterio me obliga a retomar los acontecimientos desde un poco antes, y me hará llegar en mejor posición a la investigación del tribunal del Châtelet. Para hacerme luz, voy a desenredar, pues, los hilos de esa intrincada urdimbre de crímenes incoados y de errores consumados que caracteriza a la conspiración de Felipe de Orleans.

Artículos y sueltos publicados en los
Hechos de los Apóstoles
(1789 - 1790)



Título original del periódico: ACTES DES APÔTRES

En octubre de 1789, algunos meses después de haber comenzado la publicación del *Diario Político Nacional* con el abate Sabatier, Rivarol participó con otros monárquicos en la fundación de un nuevo periódico, llamado *Hechos de los Apóstoles* (*Actes des Apôtres*); éste había de durar —con marcadas irregularidades en su frecuencia durante el último año— hasta 1792, y publicaría un total de 311 números agrupados en 11 tomos y 6 suplementos. Rivarol fue colaborador habitual, junto con Peltier, el vizconde de Mirabeau (hermano menor del orador revolucionario), y el caballero de Champcenetz; muchos otros nobles se asociaban según la ocasión a ese pequeño grupo permanente, entre ellos el hermano de nuestro autor, Claude-François, y su primo el conde de Barruel-Beauvert.

La mayoría de los artículos aparecía sin firma, y no resulta fácil establecer con certeza cuáles se deben a la pluma de Rivarol. En no pocas oportunidades, ideas por él expuestas oralmente pueden haber sido desarrolladas por otros redactores, en prosa o en verso; según Le Breton, ésa fue su forma principal de colaboración. Este crítico, en su muy documentado estudio,[1] propuso una lista de artículos que estimaba provenir directamente de Rivarol, por los temas, por el estilo, o porque el texto figura igualmente en el *Diario Político Nacional.* Los autores posteriores que se han ocupado del asunto lo siguen sin mayores innovaciones.

El tono de los *Hechos de los Apóstoles* difiere sensiblemente del que caracteriza al *Diario Político Nacional.* La ironía, que en este último apunta de tanto en tanto, para sazonar crónicas y discusiones donde predomina la gravedad reflexiva y la moderación en el juicio de los hombres, se desborda en cada página de los *Hechos*. Allí los proclamados héroes de la Revolución son puestos en solfa, acribillados de sarcasmos con una impertinencia y un donaire que, así

[1] Ver su *Rivarol,* pp. 364-365; también pp. 190-219.

como provocaba la sonrisa o la carcajada en las filas cada vez más debilitadas de los defensores de la corona, exacerbaba también la irritación de los jacobinos contra aquellos aristócratas zumbones. En sus numerosos periódicos polémicos, los revolucionarios sólo sabían responder a la sátira ingeniosa con la injuria soez, o con la denuncia homicida ante el populacho armado. Y por cierto que aquéllos de los "apóstoles" que no alcanzaron a emigrar —como lo hicieron Peltier y el mismo Rivarol— perecieron en manos de la turba o en el cadalso.

El periódico monárquico fue decayendo con el continuo retroceso de la causa que propugnaba. Las amenazas de sus enemigos daban paso a recursos más expeditivos: el 21 de mayo de 1790 la plebe saquea el negocio del editor y librero Gattey, donde se imprimían los *Hechos,* y quema los números allí almacenados. El grupo de redactores se va disgregando; Rivarol parece haber dejado de colaborar, al menos directamente, a fines de ese año, al mismo tiempo que cesaba de aparecer el *Diario Político Nacional.* Otras publicaciones realistas, como la *Chronique Scandaleuse,* continuarán, exagerándolo, el aspecto menos plausible de los *Hechos,* el chismorreo sistemático llevado hasta el mal gusto. Estamos lejos de la sátira elegante y sutil de Rivarol. A quien le resulte chocante que éste se haya divertido en alguna ocasión a costa de adversarios que eran tal vez dignos de mayor respeto, recordémosle, con Le Breton, que mucho más a menudo hizo blanco de sus pullas a los tartufos del patriotismo, a los envidiosos que hablan de fraternidad, a los patanes que querrían matar la elegancia, a los pedantes que desearían suprimir el talento, a los adefesios que pretenden matar la belleza. Y que son, todos ellos, —cabe añadir— el nervio de más de una revolución.

Para nuestra traducción nos hemos servido de los textos reproducidos en *Rivarol,* París, Mercure de France (Colección *Les plus belles pages*), 5ª edición, 1923, pp. 187-199; algunos de esos pasajes figuran igualmente en la obra de Le Breton. Han sido tomados de los números 1, 5, 7, 94 y 163 de los *Hechos de los Apóstoles,* publicados en 1789-1790.

G. P.

[*Extractos del primer número*]

Al esparcirse el rumor de que el señor Barentin, ex canciller (*garde des sceaux*), estaba escondido en el convento de las Anunciadas, disfrazado de novicia, el señor caballero de Lameth, miembro de la Comisión investigadora de la Asamblea nacional, se trasladó a lo de las Anunciadas, acompañado por 150 hombres de la guardia nacional parisiense. El destacamento ocupó todas las salidas; se hizo una inspección minuciosa del convento, en el cual el señor Barentin no fue hallado por cierto.

Sería imposible exagerar el elogio de las disposiciones adoptadas por el caballero de Lameth en esta expedición: todas las precauciones habían sido tomadas para asegurar su buen éxito; la inspección del convento se efectuó con la decencia que el lugar exigía, y el caballero de Lameth se retiró en orden sin haber perdido ni un solo hombre.

Hombres conocidos en Francia como *los burlones* han intentado cubrir de ridículo el procedimiento realizado por el señor de Lameth. Creemos prestar un servicio importante a la patria, denunciándole la ironía como una aristocracia, y de la especie más peligrosa, ya que se puede definir a la ironía como la aristocracia del ingenio.[1]

Todos los buenos ciudadanos han visto en la conducta del caballero de Lameth la de un patriota sin tacha, lleno de celo, que vela sin descanso por el bien de la cosa pública. Tal conducta ha sido mantenida desde el comienzo de la Asamblea. Los señores de Lameth,[2] vástagos de una familia aristocrática, colmada de favores por la corte y de mercedes por la reina, no han cesado de mostrarse los más ardientes defensores de la democracia, es decir, de la única forma de gobierno que puede convenir a un gran Estado. Los señores de Lameth han sacrificado la gratitud privada al interés público, y afirmamos, sin temor de ser contradichos por los amigos de nuestra

[1] Esta definición se lee también en el *Diario Político Nacional,* 3ª serie, VIII. (N. del T.)

[2] El protagonista de la osada expedición aquí narrada es Charles de Lameth; sobre su hermano Alexandre, véase el *Pequeño Diccionario de los Grandes Hombres de la Revolución* (letra A); hubo un tercer Lameth, Théodore. Todos ellos acabaron por emigrar, y no regresaron a Francia hasta la época napoleónica. (N. del T.)

libertad, que la no-gratitud,[8] que es casi siempre el defecto de las almas viles, es la virtud del caballero de Lameth.

Conocemos sólo un hombre en la Asamblea que tenga tantos derechos como los señores de Lameth a la estima y el respeto de la nación, y aun cuando nuestra franqueza nos hiciese odiosos a todos aquellos a quienes se llama incorrectamente gente honesta, cedemos al sentimiento que nos acucia, rindiendo público homenaje a las virtudes y los talentos del señor conde de Mirabeau.

No hemos podido ver sin indignarnos al autor de un libelo atroz negarle al conde de Mirabeau hasta los talentos de escritor. Para destruir un aserto tan injusto, pondremos al anónimo en contradicción consigo mismo. No le discute al conde de Mirabeau *el proyecto de ley marcial,* y querría hacernos creer que el *manifiesto a los comitentes* es del señor de Roverai. Reconoceremos, con la franqueza que profesamos, que se encuentran algunas incorrecciones de estilo en el proyecto de ley marcial del conde de Mirabeau, pero también es cosa admitida en literatura llamar a tales incorrecciones las singularidades del genio. Puesto que hay cosas geniales en el manifiesto a los comitentes, e incorrecciones en el proyecto de ley marcial, se deduce evidentemente que uno y otro son del conde de Mirabeau. Todos los buenos ciudadanos compartirán nuestra opinión sobre las obras de este gran hombre, como todos los buenos lógicos la compartirán sobre sus virtudes. La que lo distingue tal vez de todos los hombres de talento que brillan en la Asamblea es su modestia; es el cuidado con que aparta de la vista del público acciones heroicas. Debemos hacerlo gozar de toda su gloria, y publicar, a pesar de su oposición, lo que él quiere que se ignore.

Este viernes 30 de octubre, el señor conde de Mirabeau, al salir de la Asamblea, tuvo una discusión bastante áspera con el señor Cocherel, diputado de Santo Domingo, a propósito de la impaciencia y el malhumor que una parte de la Asamblea había manifestado durante las exposiciones de algunos honorables miembros. Tras haber intercambiado algunos sarcasmos bastante duros con su adversario, el feroz americano, entregándose a la impetuosidad de su temperamento, se irritó hasta la amenaza, y propuso a su ilustre cofrade ir afuera. Varios prelados, entre otros el señor obispo de Châlons-sur-Marne, suplicaban al conde de Mirabeau que no saliese. "Vamos, señores", exclamó el señor Cocherel, "ahorraos tantos cuidados y trabajo, os garantizo que no tiene la intención de salir".

[8] *Non-gratitude* (en lugar de *ingratitude*). (N. del T.)

¿Podrá creerse que hemos hallado muchas personas de mundo que han osado tildar de cobardía la moderación y la prudencia del conde de Mirabeau? Su conducta nos parece por el contrario sumamente prudente y muy metódica; se explica por sí misma. El conde de Mirabeau ha juzgado muy acertadamente que un combate entre dos diputados sólo causaría escándalo y se haría interminable, ya que dos personas sagradas e inviolables son necesariamente invulnerables. Ése es el único motivo que ha encadenado su valentía.[4] No han de dudar quienes han estado como nosotros en condiciones de ver a este excelente ciudadano paseándose el lunes 5 de octubre por la Plaza de Armas de Versalles, con su sable desenvainado bajo el brazo, mostrando el porte que caracteriza al coraje de verdad, y que le valió este adulador elogio de parte del comandante del regimiento de Flandes: "Nos hacéis revivir a Carlos XII."

Esta lacónica frase en boca de un bravo y veterano oficial no es de ningún modo lenguaje adulatorio; es expresión pura de la verdad y del sentimiento de admiración que inspiran las accioncitas del conde de Mirabeau, e incluso su inacción...

[*Suelto sobre Robespierre*][5]

Los aristócratas han repetido con una alegría indecente que, el jueves 19 de noviembre, el señor de Robespierre, en el ardor de la discusión sobre la gestión de la oficina provincial de Cambrésis, había dicho que esa oficina era un cuerpo *aristocrásico* dirigido exclusivamente por el espíritu *aristocrásico*, y que había que apresurarse a destruirlo; la palabra *aristocrásico* hizo sonreír a los oyentes: sin embargo, la erudición, el gusto y los talentos del señor de Robespierre, que lo han llevado a la tribuna nacional, son conocidos por toda Francia. Si el despotismo de un dómine de colegio no tolera un solecismo a un pobre becario, la libertad de la Asamblea debe

[4] Alusión irónica, en un artículo que es un verdadero tejido de ironías mordientes, a la "inviolabilidad" de los miembros de la Asamblea nacional, proclamada pomposamente por ellos mismos, y a la cobardía de Mirabeau, que Rivarol le echa en cara abiertamente en otros pasajes. (N. del T.)

[5] Suelto publicado en el Nº 5.

sufrir en ocasiones una expresión que se aparta tan poco de la pureza de lenguaje. El señor de Robespierre es citado en toda la provincia de Artois como un autor *clásico*. Se le han escapado incluso algunas obras puramente recreativas que todas las personas de gusto han recogido, y creemos dar placer a nuestros lectores haciéndoles conocer un madrigal del señor Robespierre, que ha hecho consumirse de envidia en su vejez al señor de Voltaire:

Créeme, joven y hermosa Ofelia,
A pesar de lo que diga el mundo, y de en el espejo verlo,
Contenta de ser hermosa y de no saberlo,
Sigue guardando tu modestia.
Sobre el poder de tus encantos
Permanece siempre alarmada,
Nunca serás mejor amada,
Que cuando temas no serlo tanto.[6]

El señor de Robespierre no se limita a la literatura ligera; dirige el diario titulado *La Unión o el Diario de la Libertad*: esa hoja fue redactada primero en francés y en inglés; mas como el prodigioso caudal de ventas que los primeros números tuvieron en Inglaterra asustó a los periodistas ingleses, le rogaron al señor de Robespierre aceptase diez mil libras esterlinas por hacer su diario exclusivamente francés. Invitamos a nuestros lectores a leer atentamente la sesión del sábado 21 por la noche; el pasaje sigue en todo la manera de Tácito, y cuando uno lo relaciona con el madrigal que acabamos de dar a conocer a nuestros lectores, recuerda involuntariamente que el autor del *Espíritu de las Leyes* compuso también *El Templo de Gnido*. Los escritores que saben aliar la fuerza con la gracia, la imaginación con la filosofía, la profundidad de las ideas con la elegancia del estilo, semejantes escritores, decíamos,

[6] El original francés dice:

Crois-moi, jeune et belle Ophélie,
Quoi qu'en dise le monde, et malgré ton miroir,
Contente d'être belle et de n'en rien savoir,
Garde toujours ta modestie.
Sur le pouvoir de tes appas
Demeure toujours alarmée
Tu n'en seras que mieux aimée,
Si tu crains de ne l'être pas.

Esperamos no haber traicionado en nuestra traducción aproximativa la calidad poética de tales versos. (N. del T.)

son harto escasos. Hemos estado tentados por un momento de comparar al señor de Robespierre con Montesquieu; mas recordamos que la aristocracia de este último interponía una oscura nube entre los rayos de su gloria. El señor de Robespierre aúna a sus demás talentos un conocimiento profundo de la geografía; no le es menos familiar la física experimental; su reputación política en Artois empezó con un estudio fulminante sobre los pararrayos... Si el conde de Mirabeau es la antorcha de Provenza, el señor de Robespierre es la candela de Arras.

*Respuesta del señor Robespierre al señor ***, que le había hecho una observación sobre la palabra* aristocrásico, *que Robespierre utiliza familiarmente en la Asamblea nacional*[7]

29 de noviembre de 1789.

Os debo, señor, una respuesta por la honorable mención que de mí hacéis; mas os ruego observar que no os debo más que una respuesta, Otro creería deberos algunas buenas chanzas; yo me atengo a lo estrictamente necesario, y no llevaré la cortesía hasta el ingenio. En la espantosa situación en que nos hallamos no voy a hacer despliegues de lujo. La Asamblea nacional ha instituido dos cosas tan favorables una como otra a nuestra regeneración, la *economía* y la *libertad*. Mas por desgracia nunca se han entendido bien ambos términos; se ha creído neciamente que la *economía* se refería a las finanzas, y la *libertad* a las personas; pero no es así. La Asamblea nacional, que cuesta 30.000 libras por día a Francia, y que ha encarcelado ya u obligado a huir a más de cien mil franceses, visiblemente no ha entendido decretar sino la *economía* de inteligencia, y la *libertad* del lenguaje.

En efecto, la Academia francesa, fundada por Richelieu, pa-

[7] Esta supuesta contestación de Robespierre apareció en el Nº 7. (N. del T.)

trono de los aristócratas, había instituido en Francia la más insoportable de las aristocracias, la de la inteligencia y la elocuencia. Se dice en los estatutos de esta metrópoli de las letras, que en Francia una sociedad de 40 hombres debía tener el privilegio exclusivo de la lengua castiza. Era la época en que otra academia, compuesta también de 40 hombres, tenía por su parte el privilegio exclusivo de todas las rentas del Estado. Ese doble monopolio de los recaudadores de impuestos (*fermiers généraux*) de la lengua francesa, y de los académicos de la recaudación, no impedía que se deslizaran muchos "conejos" [8] de contrabando en París, y muchos solecismos y barbarismos en la Academia: pero lo hacían con no escasa dificultad, y el despotismo trababa en un grado increíble la libertad de los animales, tan bien garantizada actualmente por la Declaración de derechos del hombre. Otrora un conejo sólo podía ser muerto en algunos lugares privilegiados, ahora tiene por lo menos la libertad de ser muerto en cualquier parte. Los solecismos y los barbarismos, proscriptos [9] antaño por los solitarios de Port-Royal, casi no se atrevían ya a dejarse ver. Aguardaban pacientemente la Revolución; y cuando llegó el momento, todos nuestros académicos les abrieron las puertas, y emanciparon por medio de ellos a la lengua francesa, esclava en otro tiempo de Racine y de Boileau. Los filósofos del *Palais-Royal* han sido los primeros en escribir con esa viril y noble libertad que pisotea las reglas, los modelos, y demás signos de servidumbre. Rulhières, Cérutti, y el resto de los numerosos escritores enriquecidos por los aristócratas, han atrapado la oportunidad para convertir el vicio de la ingratitud en una virtud patriótica, y romper dos yugos a un tiempo, librándonos del conocimiento de los principios, y de los principios del reconocimiento.

El señor Suard, el hombre de su tiempo que mejor ha hecho lo que hay que hacer, ha pasado de la *policía* a la *libertad*; y no ha encontrado gran diferencia. Toda la Revolución, según él, se reduce a lo siguiente: "Antes se podía pensar sin hablar, y ahora se puede hablar sin pensar": es lo que el cíclope Artaud, que ve siempre las cosas con buen ojo, llama una verdadera ecuación.[10] Deduzco de todo lo dicho, señor, que los mozos que cargan sobre sí la Asamblea nacional, como Mirabeau, el abate Sieyès, Villeneuve-de-Péthion,

[8] *Lapin* (conejo) se llamaba antiguamente al viajero o al paquete que el cochero no había declarado ante las barreras aduaneras internas. (N. del T.)

[9] El texto que utilizamos trae *prescrits,* lo cual es errata evidente por: *proscrits.* (N. del T.)

[10] El mencionado señor Artaud es tuerto.

Chapelier, Glezen, *et divisi toto orbe britanni*, sin contarme a mí, tienen el derecho de desdeñar las reglas de la lengua, y de responder *libremente* a todos los esclavos que clamaban que no se puede vivir sin gobierno, ni escribir sin estilo y sin ideas.

No hablo de las faltas que me reprocháis en geografía, en física y en poesía: demasiado he maldecido en mi juventud el yugo de la ciencia, como para no escribir y hablar hoy como un hombre absolutamente independiente.

ROBESPIERRE
Ex rex et ex lex [11]

Explicación de una charada

El público ha visto en nuestro capítulo 83 con qué confianza sometimos a la sagacidad de la comisión nacional investigadora la charada que nos habían enviado;[12] impaciente de conocer su objeto, ya nos acusa sin duda de negligencia. El relato que vamos a hacer será nuestra justificación. Suplicamos a todos los buenos ciudadanos escucharlo amablemente, y no sacar contra nosotros las consecuencias de *los buenos principios de nuestros buenos amigos* Chapelier y Menou, que censuran a las personas antes de oírlas.

Cuando presentamos al señor presidente de la comisión nuestra producción enigmática, se hallaba absorbida por su elocuente infor-

[11] Rivarol escribe siempre *Roberspierre*, lo cual era por lo demás común en la época. Las palabras latinas que siguen significan algo así como "sin rey ni ley". Esta fingida réplica de Robespierre fue escrita por el mismo autor que el artículo del Nº 5. Que dicho autor sea Rivarol lo sugiere el estilo y las ideas; cf. A. Le Breton, *Rivarol*, p. 364, quien observa que esta misma "Respuesta" se lee también en una reimpresión de 1790 del *Journal Politique National* conservada en el Museo Carnavalet de París, en el Nº 20 de la primera serie. (N. del T.)

[12] *Mon premier en blason figurait noblement;*
Mon second au moulin sert avec modestie;
Et mon tout, des pervers redouté justement,
Dévoile les complots de l'aristocratie.

("Mi primera parte figuraba en blasón nobiliario; / mi segunda en el molino sirve modestamente; / y mi todo, justamente temido por los perversos, / desbarata las conjuras de la aristocracia.") (N. del T.)

me sobre las cartas aristocráticas del obispo de Blois, y se desvivía hasta lo increíble por adaptar su estilo al físico de la más grande y más augusta asamblea del universo. Mas dignóse asegurarnos con esa afabilidad, esas maneras suaves y acogedoras que lo caracterizan, que en cuanto el Châtelet [13] hubiese sido encargado de hacer ahorcar al obispo de Blois, su proveedor de papel, su imprentero, sus correspondientes, sus lectores, etc., etc., etc., dicha comisión se ocuparía de nuestro asunto.

La promesa ha sido puntualmente cumplida. Ya el viernes 16 de abril, se nos avisó que nos presentásemos ante la comisión. La sesión se abría en aquel momento, y al ver a aquellos ilustres amigos de la libertad, por quienes ha sido sustituido tan útilmente el régimen inquisitorial de la antigua policía, experimentamos esa dulce y tierna emoción que algunos aristócratas no pueden aún evitar cuando ven al poder ejecutivo [14] y a su mujer cenando, o paseando a su hijito.

El señor presidente anunció el orden del día y nuestra gran obra fue depositada sobre su escritorio. Ante la sola mención del título, el señor Goupil de Prefeln, varón consumado en el conocimiento de la antigüedad, se embarcó en una disertación tan erudita como curiosa sobre el origen de las charadas. Su rápida elocuencia, recorriendo los monumentos de la historia, demostró que la charada había nacido en Persia, en la misma época en que los griegos inventaban el juego de la oca. Al respecto, el orador deploró patéticamente la mala suerte de este juego, que, nacido en el seno de la libertad, pero practicado desde hace tiempo "por los ex príncipes y grandes señores", se había convertido así en uno de los "instrumentos del despotismo". Se refirió a un plan de regeneración que, restituyéndolo a su destino primitivo, lo haría verdaderamente nacional, y sumamente útil para los destacamentos de guardias nacionales en las largas noches de invierno.

Aguardábamos el desarrollo de esta concepción patriótica, cuando un honorable diputado observó que el orador se apartaba visiblemente de la cuestión, y pidió que se le llamase nuevamente a la misma. Vanamente el señor Goupil pretendió que, cuando tenía

[13] El *Grand Châtelet* era una fortaleza situada en la orilla derecha del Sena, frente a la *Conciergerie*, donde tenían su sede los tribunales en lo criminal de la ciudad de París. El edificio fue demolido en 1802. (N. del T.)

[14] Alusión satírica al nuevo título del rey. (N. del T.)

la palabra, nadie debía "hacerle el honor de interrumpirlo",[15] el señor presidente decidió en su contra, y nuestra charada fue leída. A la primera ojeada, algunos, para simplificar el trabajo, querían dividirse en secciones; otros solicitaban que se nombrase una comisión que presentase un informe a la brevedad; mas se respondió a los primeros que era notorio que "las secciones o grupos negaban el espíritu público". Se observó a los segundos que la elección de los miembros de la comisión tomaría un tiempo precioso, que era preferible utilizar en profundizar la cuestión.

Se entabló entonces el debate; mas las dificultades surgían a cada paso. Se atisbaba por cierto que la comisión, o alguno de sus miembros, podían ser el objeto que el autor del cuarteto había querido celebrar. También se percibía claramente que no todos los nombres que se probaban se presentaban con igual ventaja. *Boutteville-Dumetz* era largo e insignificante; *Joubert*, demasiado corto, no casaba con nada; *Salicetti* no era francés; *Kervelegan* medía más de dos pies; *Alguier* sonaba demasiado duro; *Glezen* no significaba nada. Mas cómo atreverse a decidir la exclusión de esos nombres célebres. *El mismo Paris, escogido como jurado en esta gran cuestión de hecho*, no habría sabido a quién adjudicar la manzana, y cada miembro se sentía dividido entre su perspicacia que eliminaba a los rivales, y su modestia que le prohibía replegarse sobre sí mismo.

Ya se solicitaba el aplazamiento por tiempo indeterminado, ya todas las miradas se dirigían al presidente para invitarlo a que tomara esa decisión, cuando advirtióse que un amable rubor coloreaba su rostro. Aquel fenómeno asombroso iluminó a la asamblea, releyóse la charada, y ya al primer verso, "es un palo",[16] dijo uno, "es un asno", gritó otro, "es nuestro presidente", exclamaron todos los miembros al unísono; y en el acto, el señor *Palasne de Champeaux* o *de Champeaux Palasne*, fue proclamado héroe de la fiesta. Confundido con tanto honor, recordando todos sus éxitos de la semana, el gran hombre derramó lágrimas, y nos manifestó con una mirada llena de delicadeza que nos transmitía una parte de su triunfo.

Salimos ebrios de gozo y colmados de honores para volcarnos sobre la capital, y, utilizando el lenguaje de nuestro amigo Dubois

[15] Expresión favorita del señor Rabaud de Saint-Étienne en su presidencia.

[16] *Pal*, término de heráldica. (N. del T.)

de Crancé, aseguramos que, esa misma noche, todo París y sus *alrabales*[17] sabían la explicación del enigma.

Así concluyó ese día memorable, en que las virtudes coronadas por los talentos reflejaron sobre éstos una parte del resplandor que de ellos habían recibido, y en que, según la predicción de nuestro estimado general Lameth, "los humildes fueron ensalzados para desesperación y humillación de los soberbios".[18]

Nuevos Diálogos de los muertos imitados de Luciano[19]

Conversación de los señores Rulhières y Suard, ambos miembros de la Academia francesa y oficiales de la ex policía de París.

SUARD. — ¿Me buscabais?
RULHIÈRES. — No... ¿y vos?
S. — Yo no os buscaba tampoco; mas no me disgusta encontraros.
R. — No sé, pero me parece que nos rehuíamos desde hace algún tiempo.
S. — Lo reconozco, desde la revolución uno evita a la gente; nadie está ya en casa. Es más, para ser franco, si no fueseis vos no me detendría.
R. — Y sin embargo tendríamos mucho que decirnos; la revolución nos deja tiempo libre, en cambio bajo la antigua policía, se actuaba más de lo que se hablaba: y por otra parte no hay nada que decirse cuando se tiene el mismo confidente.
S. — Es cierto que antes, la policía, vinculándonos a ambos con ella, nos dispensaba de vincularnos mutuamente; pero ahora podemos decirnos unas palabras de amistad.
R. — Sí, pero esa amistad nos cuesta caro a ambos. ¿Cuánto perdéis vos con el nuevo régimen?
S. — Yo recibía unas cuarenta mil libras de las *generosidades*, o, si queréis, de las *inmoralidades*[20] del gobierno anterior. ¿Y vos?

[17] *Abanlieue* (en lugar de *banlieue*). (N. del T.)

[18] Esta "Explicación", que apareció en el Nº 94, fue atribuida categóricamente a Rivarol por Le Breton. (N. del T.)

[19] Publicados en el Nº 163. (N. del T.)

[20] Juego de palabras entre *bienfaits* y *forfaits*. (N. del T.)

R. — Yo nunca conseguí sacar más de diez o doce mil francos de las estupideces del ministerio.

S. — A fe mía, yo pierdo todo. Pero también, ¿quién se esperaba semejante desquicio? ¡Con una policía tan bien organizada, con tantos censores, exentos, inspectores, y oficiales de toda clase! ¡Qué orden! ¡Qué sistema! ¿De qué se quejaban? Pero el caso es que todo se ha venido abajo, y no tengo más nada.

R. — ¿Pero vos sois de la Academia, según creo?

S. — Y vos también, pero ya no pagan; vois sabéis que las fichas de presencia eran buen papel, uno encontraba dinero encima, y el primer orfebre del barrio podía ser banquero de la Academia... Todo se me escapa al mismo tiempo: ¡mi mujer no es ya una ninfa! ¡El ministro Necker no es más un dios!

R. — Yo tuve la astucia de enemistarme con el barón[21] antes de que él se enemistara a su vez con la fortuna, y ello no fue considerado por mucho tiempo una ingratitud; mas vos, estimado amigo, vos habéis sido arrancado en carne viva de vuestros amigos: primero de Lenoir, y luego de Necker.

S. — Después de eso, que nos hablen de prudencia, de mesura, de conducta... Yo habría podido abandonar a Lenoir a la revolución: ¡pero el ministro Necker! Es inconcebible; no me atrevo casi a levantar la vista.

R. — No obstante hay que levantarla, y ver de darse vuelta.

S. — Confesad que es muy duro, y reconoced que Chamfort y Cérutti han visto la revolución mejor que nosotros.

R. — No soy de vuestra opinión. Ellos no andan mejor que nosotros: están con los que demuelen y ven caer a Necker y la pequeña fortuna que tenían ante ellos: eso es lo que ganan; todos nuestros hombres de ingenio están en lo mismo. Hay tres que fueron puestos a la puerta de un diario.[22] Antes, muchos artículos en el *Mercure* podían llevar a un pobre hombre a la Academia; ahora, es preciso ser de la Academia para escribir un artículo en el *Mercure*: es una imagen bastante fiel de la revolución.

S. — Me parece que los hombres de letras no habríamos debido favorecer nunca a esta revolución. Los grandes y los ministros eran

[21] De Breteuil.

[22] Este diario se llama actualmente: *Mercure de France*, de los señores Marmontel, La Harpe y Champfort (los tres de la Academia Francesa). Es democrático en la parte literaria y aristocrático en la parte política. Es como el murciélago de la fábula: "Viva el rey, viva la Liga."

nuestra caza, y hemos cometido la estupidez de abrir nuestros cotos al populacho.

R. — ¿Quién habría creído que una revolución filosófica arruinaría a los filósofos?

S. — Algunas veces la mina hace saltar a los minadores.

R. — Cuántas verdades, colega.

S. — Un hombre arruinado dice muchas: la fortuna cuesta sólo mentiras.

R. — Bien querría hacer de nuevo la mía a ese precio, aunque hubiese que alabar la inteligencia del señor Créqui, y pregonar en todo momento la virtud de la señora Matignon.

S. — Por lo que a mí toca, nunca he alabado a nadie, ni siquiera a Lenoir.

R. — Vos erais como los mudos del serrallo, pero vuestro servicio no dejaba por ello de ser un terrible servicio.

S. — Nada de epigramas entre nosotros. Nos conocemos: vos estabais en el ministerio de París; yo, en la policía. Como los empleados de Correos, uno en el central, y el otro en la sucursal.

R. — Con vuestra comparación poco adelantamos: esta conversación no lleva a ninguna parte. ¿Tenéis vos un plan, proyectos?

S. — ¿A qué adherirse? Cuando no hay ni árboles, ni murallas, las enredaderas ya no trepan.

R. — ¿Y esa comisión investigadora?

S. — Eso podría haber llegado a algo; pero se han puesto a hacer el mal gratis.

R. — ¡Qué gentuza! ¿Y ese Bailly, y ese La Fayette, los habéis tanteado?

S. — Vi primero al señor Bailly: incluso le había trazado un plan: pero el buen hombre no entiende nada de nada. ¿Podéis creer que pareció sorprendido de que yo no fuera edecán del marqués de La Fayette, como tantos otros de nuestros cofrades? [23] Quise hablar de lo que él era, y de lo que podía ser: me dijo ingenuamente que le preguntaría a su mujer... Deplorable... Además, toda la terminología del nuevo diccionario: el *pueblo rey*, el *poder ejecutivo*, el *legislativo*, las *secciones*, la *comuna*... Salí corriendo. Es un caso perdido.

R. — ¿Y La Fayette?

[23] Los edecanes del general La Fayette son excelentes espías de policía; todos saben el trabajo que hizo el tal Julien en el caso del señor de Bonne-Savardin.

S. — El chico de los Dumas, que era edecán del mariscal de Broglie la víspera de la revolución, y que al día siguiente revistió el uniforme de los servidores de La Fayette, me ha dado repugnancia de la casa del general. Es uno de esos pequeños intrigantes, que no son ni maestros, ni escolares, y que consternan a la gente de bien.

R. — Bueno, yo por mi parte iré a lo de La Fayette, y veremos.

S. — Os entero ante todo de que cada vez que asistí a su arreglo, lo encontré leyendo la vida de Sila. Ved si eso os puede servir.

R. — Mucho. Le propondré escribir la historia secreta de la revolución basándome en sus memorias, en el mismo género de la que hice de Catalina, y si tiene algo que reprocharse, le haré poner el dedo en el artículo en que los Orlow hacen asesinar al zar; entendéis lo que eso quiere decir.

S. — Tened cuidado: si empleáis ingenio, dejará de entenderos. Nosotros nos arruinamos por sutileza, y al salir de una entrevista, acabamos por ser ininteligibles para el resto del mundo.

R. — Pero si lee Sila, ese interés...

S. — ¿Y si es el de su criado?

R. — Bueno, me vincularé con el criado.

S. — No os engañéis: la revolución no ha dejado en pie ni uno solo de nuestros principios; no conozco ningún recurso eficaz en este momento; pero vos sois prudente; ved al afortunado Sila.

R. — Y vos, ¿qué vais a hacer?

S. — Amigo mío, cuando uno es de la policía, puede ser de la Academia; pero cuando ya no es más que de la Academia... ¡Ay!

R. — ¡Ay!

PETIT DICTIONNAIRE

DES

GRANDS HOMMES

DE LA RÉVOLUTION.

Par un Citoyen actif, ci-devant *rien*.

Tous les hommes sont bons.
SEDAINE, *Déserteur.*
ou abbé SIEYES, *Droits de l'Homme.*



AU PALAIS-ROYAL:

DE L'IMPRIMERIE NATIONALE.

1790.

Portada del Pequeño Diccionario, *edición en 12º (ejemplar perteneciente a don Julio Irazusta)*

Pequeño diccionario de los grandes hombres de la Revolución

(1790)



Título original: PETIT DICTIONNAIRE DES GRANDS HOMMES DE LA RÉVOLUTION

Introducción

Cuando, a comienzos de 1788, apareció el *Petit Almanach de nos Grands Hommes*, algún distraído pudo tomarlo a primera vista por uno más de los innumerables *Almanaques*, *Repertorios* y otras antologías tan de moda en aquellas postrimerías del Antiguo Régimen, en que muchos que por haber rozado las letras se creían destinados a la inmortalidad, anhelaban obtenerla mediante su presencia en tales recopilaciones. Mas la perennidad que el elegante volumen pretendía asegurar a quienes habían merecido el honor de ser en él incluidos, era la perennidad del ridículo. El anónimo autor dedicaba a cada uno de los nuevos amigos de las Musas apenas una o dos frases irónicamente laudatorias, acompañadas a veces de alguna cita adecuadamente escogida de sus obras: el resultado era —y es aún hoy— tan regocijante, que los así sacados de la penumbra a una nada envidiable celebridad concibieron seguramente sentimientos poco amables respecto del señor conde de Rivarol. Pronto se había identificado, en efecto, al responsable de aquel exterminio de malas hierbas literarias, por el desenfado, el gracejo, y —fuerza era verlo aunque no se quisiera confesarlo— el buen gusto y el sagaz juicio de su prosa: no eran otras las cualidades con que deslumbraba su conversación en los salones más renombrados del momento.

Los enemigos así creados buscaron toda clase de venganzas. Apareció más de un comentario mordaz contra el malicioso recopilador, y algunos de los ofendidos, cuando los vuelcos políticos de aquellos revolucionados tiempos los transformaron repentinamente "de enemigos de la lengua en defensores de la Nación", pensaron al parecer en punición más efectiva; pues Rivarol diría más tarde que, al emigrar en 1792, había "escapado a ciertos jacobinos de su *Almanaque de los Grandes Hombres*". Y agregaba, no sin verosimilitud: "Si la revolución se hubiese producido en tiempos de Luis XIV, Cotin habría hecho guillotinar a Boileau, y a Pradon no se le habría escapado Racine."

Mas no era, por cierto, la crítica literaria lo único que le había atraído las iras de los revolucionarios. Al transformarse los Estados generales de 1789 en "Asamblea nacional", y asomar la corriente antimonárquica que debía arrastrarlo todo tres o cuatro años después, Rivarol se pronunció neta y elocuentemente a favor del trono, y se vio envuelto así, a su pesar, en el torbellino político. Sus artículos del *Diario Político Nacional* se mantenían en el terreno de la discusión elevada, jurídica y filosófica, que estimaba el más apropiado para combatir los sofismas de la Asamblea. Las colaboraciones en los *Hechos de los Apóstoles* eran de tono decididamente más ligero: hemos visto algunas muestras. Y en 1790, probablemente a fines de agosto o principios de septiembre, aparece este *Petit Dictionnaire des Grands Hommes de la Révolution*, que ya desde el título recuerda el *Pequeño Almanaque* de dos años atrás, citado por lo demás como modelo por el mismo autor en el prefacio.

La obra es atribuida en la portada a un *Citoyen actif, ci-devant rien*: es decir, a un integrante de la categoría de ciudadanos con plenos derechos políticos, el cual, en lugar del título que tantos "anteriormente" nobles indicaban a continuación de su nueva designación democrática, pone "nada". El anonimato así buscado poseía, a no dudarlo, cierto valor de protección, aunque no era imposible penetrarlo. Pero hay que tener presente, por otro lado, que Rivarol muy rara vez firmó sus obras, cualesquiera fuesen el asunto tratado y las circunstancias externas en que se publicaban. Para él, su estilo era marca suficiente de propiedad: nadie dirá que erraba.

El *Pequeño Diccionario* no desmiente en sus páginas el paralelo con el *Pequeño Almanaque* que insinúa el título: hallamos el mismo espíritu epigramático, el mismo descabezamiento de mediocres, necios e infatuados —aunque ahora en terreno mucho más peligroso—, la misma agudeza que juega a cada paso donosamente con las ambigüedades del lenguaje. Hemos intentado traducir con la mayor fidelidad y claridad, pero preciso es reconocer que si el estilo de Rivarol nunca es fácil, en este género se hace a menudo espinoso: quiera el lector disculpar las imperfecciones de nuestra versión.

Las numerosas alusiones a situaciones y figuras bien conocidas por sus coetáneos, pero brumosas para nosotros, aumentan los obstáculos. No hemos creído oportuno, sin embargo, recargar un texto que el autor quiso ágil, rápido, con interminables notas explicativas, puesto que no es nuestro propósito rehacer una historia

de la Revolución Francesa que ya ha sido escrita muchas veces, y la erudición superflua a propósito de personajes secundarios es más fastidiosa que útil para el lector. Lo esencial ante una obra de esta índole —arma de batalla de una aristocracia intelectual enfrentada con la ley del número y la masa— es tratar de captar, más allá de la anécdota, el valor permanente de observaciones que retratan en breves palabras vengadoras la incompetencia, la estupidez, la ambición grosera y la mala fe política con rasgos que son de todos los tiempos. Sin excluir, por cierto, el interés de ciertas malignas acotaciones sobre varones famosos que no suelen hallarse en los libros de uso corriente: ver por ejemplo las noticias sobre Bailly, Camille Desmoulins, Condorcet, Danton, Guillotin, Laclos, La Fayette, Marat, Mirabeau, el duque de Orleans, Robespierre, Sieyès, etc. Tengamos presente, para no ser injustos con el impertinente autor, que el tono burlesco de sus comentarios puede hoy parecernos a veces desplazado, porque conocemos el final lastimoso y terrible de muchos de sus biografiados; pero lo que iba a acabar en tragedia era apenas mascarada en 1790.

El *Pequeño Diccionario* tuvo, según Malassis,[1] dos ediciones, hechas ambas en París el mismo año: la primera en 8º, de XVI-72 pp., y la segunda en 12º, de XXIV-119 pp. Un diminuto y frágil volumen de esta última, que lleva como pie de imprenta: *Au Palais-Royal, de l'Imprimerie Nationale, 1790*, hemos tenido entre manos para efectuar nuestra traducción, gracias a la gentileza de su propietario, don Julio Irazusta. Del texto de dichas ediciones originales —que entendemos es idéntico en ambas— se ha hecho una reproducción parcial (36 nombres sobre 135) en la ya citada antología del Mercure de France, colección *Les plus belles pages*, titulada *Rivarol* (pp. 201-218 en la edición de 1923). Respetamos en nuestra traducción el orden alfabético del original, a veces algo irregular; modernizamos la ortografía de los nombres propios.

G. P.

[1] Cf. *Ecrits et Pamphlets de Rivarol*, París, 1877, p. 140.

Todos los hombres son buenos.

(Sedaine, *El Desertor*,
o abate Sieyès, *Declaración de derechos del hombre*)

Epístola dedicatoria a Su Excelencia la señora baronesa de Staël, Embajadora de Suecia ante la Nación [1]

Señora:

Publicar el diccionario de los grandes hombres del momento, es ofreceros la lista de vuestros adoradores; por eso, aun cuando a primera vista pudiese asustaros, no he hesitado ni un instante en homenajearos con él. Toda Francia sabe que os debe sus mejores defensores, y que cuando parecían suspirar a vuestros pies, en realidad no podían arder sino por la patria. ¡Ah! Seguramente, señora, poseíais demasiadas cualidades como para que un mortal osara amaros por vos misma; habría tenido que decidirse entre vuestra inteligencia y vuestros encantos; que pasar continuamente de vuestras obras a vuestros ojos, de vuestros ojos a vuestras obras; y el peso de tantos prodigios estaba por encima de las fuerzas humanas. Todos los buenos franceses se han visto, pues, obligados a no desear en vos más que el bien público, y a sacrificarse por él en vuestros brazos. Estaba escrito, señora, que todos, incluso vuestros enamorados, serían libres en Francia; y vos habéis secundado en forma inmejorable ese gran destino; vos habéis puesto a prueba su patriotismo con vuestros discursos; vos lo habéis robustecido con vuestros favores: en una palabra, vos habéis formado hombres por encima de todos los acontecimientos. ¡Qué bello es, señora, apagar así el amor prodigándose a sí mismo, y hacer del goce un freno temible en lugar de una vil recompensa! Ciencia semejante estaba sin duda reservada para la hija del más grande ministro del año pasado, para la hija del más profundo genio del año pasado; para una hija, en

[1] La hija del ministro Necker, al casarse con el barón de Staël-Holstein, se había convertido en "embajadora de Suecia". Ya en septiembre de 1790 se hace referencia al *Pequeño Diccionario* como a un *modèle de persiflage et d'impertinence*: y a la verdad el fingido homenaje con que se abre hace desde el comienzo honor a tal dictamen. (N. del T.)

una palabra, que puede ser considerada el único resto de la gloria de su padre. Mas me interrumpo, señora; a fuerza de alabaros, podría olvidar, no sólo quién sois, sino lo que os debo; y no tendría consuelo si, al recibir mi homenaje, os equivocarais sobre su intención. Lo abrevio, pues, por miedo de restarle fuerza, y concluyo, señora, añadiendo al respeto invencible y universal que inspiráis, el de

vuestro muy humilde y muy confuso
admirador,
EL AUTOR del *Pequeño Diccionario*

Prefacio

Mientras somos libres, me vienen deseos de hacer el censo de los grandes hombres de cada especie que, de una apacible monarquía, han hecho una república tan brillante. Igualmente hábiles, no son todos igualmente célebres; y es tal vez el único homenaje digno de ellos, reunir sus nombres y fusionar su gloria. ¡La posteridad es tan ingrata! ¡Disfruta tranquilamente de lo que se ha hecho por ella, y se avergüenza no pocas veces de sus bienhechores! Hay que obligarla por eso al agradecimiento, presentándole el cuadro de nuestros ilustres patriotas, y trazándole su carácter y sus hazañas. Voy a intentarlo con toda la paciencia que el trabajo exige; y si, por casualidad, nuestros nietos resultasen un día el pueblo más feliz de la tierra, sabrán al menos con quién tomársela.

Lo verdaderamente admirable de nuestra gloriosa regeneración, es que todas las clases de hombres han contribuido a ella por igual. El par de Francia sin crédito se unió al zapatero sin clientela, para salvar a la patria en peligro; el guerrero descontento dio tranquilidad al tímido mirón, poniéndose bajo sus órdenes; y el escritor sin suerte, de consuno con el escritor para analfabetos (*l'écrivain public*) cantó nuestras victorias; sin duda a esta afortunada amalgama debemos nuestra increíble libertad. Gracias a un acuerdo perfecto entre el desecho de la corte y el desecho de la fortuna, hemos conseguido esta miseria general que es el testimonio único de nuestra igualdad. ¡Qué cosa más injusta, en efecto, que aquella desigual distribución de los bienes, que forzaba al pobre a trabajar para el rico, lo cual daba al dinero una circulación mal entendida, y a la tierra una fertilidad peligrosa! Gracias al Cielo, todo ha sido restablecido en el estado salvaje en que vivían los primeros hombres; el partido más fuerte resultó naturalmente el más justo, y como todo el mundo se puso a gobernar, los gritos de los descontentos fueron sofocados. Personas malintencionadas han osado reprochar a la nación la sangre que vertió al apoderarse de la autoridad; creyeron que la débil voz de la sensibilidad humana podía interrumpir empresa tan fundamental: ¡cómo se han equivocado, los

pérfidos! La flor de los franceses, los bravos parisienses, se han consustanciado con una crueldad verdaderamente cívica; como no querían ya jefes, no han deseado más que víctimas, y han asesinado ignominiosamente a los indignos súbditos que obedecían a su señor.

¡Cuánto no debemos igualmente a los generosos Guardias Franceses, que tan bien han mantenido su reputación! Para plegarse al pueblo irritado, ni siquiera esperaron que se los hiciese marchar contra él, y en el ardor por abandonar sus banderas, adivinaron la tiranía. ¡Qué espectáculo admirable para el ejército francés, el ver a cuatro mil guerreros, defensores natos de la majestad del trono, abjurando tan vil oficio, dando la señal de noble deserción, y prefiriendo las limosnas del populacho a la soldada de un gran rey! Parece como si la fama hubiese conferido una gloria especial a estos ilustres fugitivos. Lo que otrora era vergüenza para ellos, los inmortaliza hoy; y si bien la guerra calma su valentía, la anarquía los convierte en héroes. Efectivamente, ¡cuántas magníficas acciones los han distinguido últimamente! Desde el bravo granadero que disparó contra su oficial, hasta aquel que llevó al marqués de Launay a la plaza de Grève, todos han hecho gala de la misma especie de valor. Ante ellos se desplomaron los muros de la Bastilla; fueron los primeros en darse cuenta de que no estaba defendida en absoluto, y la conquistaron con esa altiva confianza que no sabe de obstáculos; por eso sus nombres no serán los menores ornamentos de mi pequeño diccionario, y si, por consideración hacia el lector, me vi obligado a hacer una selección entre tantos conquistadores, aquellos que no nombraré no me deberán menos agradecimiento, y su conciencia los consolará sin dificultad de este olvido.

Pero en el partido popular de la Asamblea nacional es donde obtuve mis personajes más brillantes; los duchos legisladores que la integran se encontraron todos en posición adecuada para secundar la revolución. Los injustos desfavores de la corte dieron a unos la energía de la venganza; la ruina infausta de su fortuna dio a otros el genio de la especulación; y como su posición dirigía en todo momento sus opiniones, han permanecido hasta el día de hoy invariables en sus principios. Al querer reformar a Francia, comprendieron la necesidad de desbarajustar el Estado. El pueblo se hallaba aún retenido por unos cuantos prejuicios monárquicos y por un ciego amor a su rey. Estos grandes autores políticos le abrieron los ojos; ellos le hicieron descubrir al tirano en su señor; ellos le

probaron que los nobles no eran más que usurpadores hereditarios, puesto que osaban usufructuar las posesiones de sus padres; ellos dejaron a su merced los bienes de los sacerdotes, para quitarles aun los frenos espirituales de la religión; con sus sublimes decretos, por último, han despojado al débil y estimulado al fuerte.

En este augusto areópago es donde hemos visto también brotar genios que, sin la Asamblea, serían todavía fastidioso desecho de la sociedad. ¡Cuántos milagros, verdaderamente, obra el patriotismo! Los espíritus más pesados de la literatura resultaron pronto los más profundos de la Asamblea; los más ilustres ignorantes de la juventud francesa no parecieron ni confusos ni fuera de lugar en la tribuna parisiense: en una palabra, los enemigos de la lengua se han convertido repentinamente en los defensores de la nación. No se presta atención suficiente, en el mundo, a estas súbitas metamorfosis. Se imaginan hoy que un hombre es un tonto, porque carece de elegancia, habla mal de cualquier tema, sus mismas ideas lo confunden, y la razón se aniquila en su boca. La experiencia destruye todos los días ese horrendo prejuicio. Si ese mismo hombre está marcado realmente con el sello de la mediocridad, logra al menos una especie de fama; como desarma a la envidia, se le aprecia sin pesadumbre; les abandona el arte de agradar a los hombres cultivados, y el amor de la gloria al hombre de talento, y se convierte en lo que se denomina un hombre de mérito; he ahí lo que caracteriza a todos los grandes hombres de la revolución. Que me citen, en efecto, un solo escritor, un filósofo, incluso un académico que se haya distinguido en estos últimos tiempos de agitación y de prosperidad. El señor Bailly es el único gran hombre que hayan dado las ciencias a Francia alborotada; por otro lado, debe su encumbramiento sólo a la sublime simplicidad de su carácter. Sólo se admira en él lo que no había sido jamás admirado, y sus obras serán independientes de su inmortalidad. Son, pues, los más sencillos mortales quienes dan hoy lustre al nombre francés; su mediocridad hace resaltar más aún el brillo de sus acciones, y sólo en oposición consigo mismos pueden admirar a la posteridad. Debemos entonces pintar a estos altivos republicanos con la franqueza que merecen; debemos impedir que su modestia esquive la celebridad, y debemos incluso salvarles el honor de retornar a su primitiva oscuridad.

No me he ocultado a mí mismo que tenía un modelo inimitable en el *Almanaque de los Grandes Hombres de 1788*. El autor de este registro inmortal ha diversificado con tanta abundancia sus

encomios, que no me ha dejado formas nuevas para incensar a mis personajes; pero la importancia de mi tema hará quizás olvidar la superioridad de su talento. Él sólo ha exhumado un millar de buenos escritos; yo resucito un millar de grandes acciones, y a igualdad de oscuridad, el héroe ha de prevalecer sobre el escritor. Voy a entrar en mi asunto, pues, sin asustarme de la rivalidad, y si la revolución se extiende también al buen gusto, tendré mucha probabilidad de salir victorioso.

Tenía al principio el proyecto de asignar las ganancias de la presente obra a todos los tullidos del patriotismo, pero reflexioné que toda su gloria provenía de su miseria, por lo cual ayudarles sería rebajarlos, y pronto me avergoncé de mi sentimiento humanitario. Una idea más acertada se me presentó. Los defectos del cuerpo reclaman únicamente nuestros cuidados; pero los de la mente exigen toda nuestra compasión. Mil pobres pensadores, por ejemplo periodistas, moralistas, escritores políticos, arriesgan cada día su existencia, al exponer sus producciones. ¡Pobres insensatos! Sacan su subsistencia de nuestros problemas, y todavía se equivocan. Nadie los compra, y el trabajo sólo consigue exacerbar su hambre. Será acaso tan noble como provechoso ponerlos a cubierto de las miserias de la literatura, y adquirir su inacción mediante algunas ofrendas pecuniarias. A ellos destino, pues, lo que produzca este diccionario; desde el mismo instante en que sea puesto en venta, que vengan con confianza a recibir el precio de su silencio; mas que se comprometan a no romperlo más: pues, a la primera recaída, se los abandonaría a sus talentos. Se pagará cincuenta francos por mes, el descanso de un periodista; cien francos el de los pergeñadores de libelos; y cuando el producto de la obra se haya agotado, se propondrá a la nación una colecta, para proseguir con operación tan saludable.

A

AIGUILLON (*duque de*), uno de los más extraordinarios campeones de la libertad francesa. Le ha bastado tomar el nombre de su padre, para hacer olvidar sus talentos y sus crímenes. Su educación comenzó apenas cuando la inauguración de los Estados generales; pero después de seis semanas, ya repetía sus mociones, con todo el encanto de la adolescencia: hasta fue preciso sofocar su inteligencia en cierne para hacer de él un gran hombre. Le prepararon principios a su alcance, y se distinguió como cualquiera. No tardó en convertirse en el terror de la familia real, y en la admiración del barrio de Saint-Antoine, cuando la crisis de la revolución; sus viajes de París a Versalles fueron una sucesión ininterrumpida de grandes acciones; pero se asevera que las coronó todas en la jornada del 6 de octubre. Allí fue, según dicen, donde disfrazó su audacia, y se mostró intrépido bajo el humilde atavío de una vendedora de arenques; se afirma que luchó largo rato a la cabeza de su nuevo sexo, y que realizó prodigios de valor al pie del trono abandonado. Tantas hazañas, sin duda, no debían permanecer desconocidas; y añaden que una carcajada hizo que lo reconocieran en medio de la matanza. Mas si se traicionó, no fue sino para ser inmortal.

ALEXANDRE DE LAMETH, ingeniero[2] republicano, que, como había concebido, ya en su niñez, el proyecto de inmolar la corte a su manera de pensar, ha estudiado la tiranía en los favores que de ella obtuvo, les ha sacado provecho en todo momento para percibir mejor sus abusos, y se ha puesto por encima de la ingratitud con su elocuencia. Pocas personas saben hacer redundar así sus vicios en beneficio de sus talentos. No se sabe siquiera hasta dónde podía haber llevado la ciencia el joven Alexandre, si la gloria de

[2] Así en el original (*ingénieur*); parece errata por "ingenioso" (*ingénieux*). (N. del T.)

su hermano Charles no hubiese oscurecido la suya al poco tiempo. A todo esto se ignora por qué uno se halla tan excesivamente por encima del otro, y se espera que la justa posteridad los confundirá a ambos.

Antraigues (*conde de*), semiciudadano, que primero consagró a la patria su elocuencia, pero, en medio de su arrebato, se dejó detener por su conciencia. A partir de ese momento, ha perdido todo su brillo; sus viajes casi le habían dado fama. Se había expatriado largo tiempo, antes de que se le conociera; pero había logrado finalmente una reputación geográfica. Se le llegó a calificar de hombre de genio, en una o dos asociaciones de París; declamaba implacablemente contra los déspotas de África y Asia, y todas las mujeres admiraban su valentía. ¿Por qué una miserable indulgencia para con la monarquía francesa ha tenido que interrumpir brutalmente su gloria? ¡Ay! Hoy en día ya no truena más que contra las municipalidades, y ya no deja aturdido a nadie.

Arné, actualmente valeroso ciudadano y anteriormente soldado de la guardia. Fue decisivo en la toma de la Bastilla, al poner las manos en la pechera del gobernador. Sin este acto de arrojo, la fortaleza se habría defendido largo rato sola. ¡Cuánto valor ahorrado con un solo gesto...!

Artaud, fondista patriota y reportero. ¡Cuántas conspiraciones saludables se han urdido en su fonda! ¡Cuántas noticias como para indigestarse se han propagado en su mesa! Su patriotismo no exige más paga que los gastos del festín y los de su alojamiento. A semejante precio módico, el primero que pase puede ir a gobernar el Estado en lo del pobre Artaud; hasta se ausenta cuando se desea una comida un poco refinada, y los felices comensales le dan su dinero para gastos.

Aumont (*Jacques*), mariscal de campo de los ejércitos del rey, al servicio de los parisienses. Este prudente oficial ha demostrado que el azar lo es todo en la carrera militar. Para nada le habría servido asistir a nuestras últimas campañas, y acaso jamás se habría hecho célebre sin las patrullas del *Palais-Royal*. La primera vez

que se presentó allí a la cabeza de sus nuevas tropas, ejecutó una marcha tan original, que todos los fabricantes de mociones fueron presa de espanto y le abandonaron el campo de batalla. En menos de quince días, atravesó todos los guardias nacionales, y apenas lo emplearon en las divisiones, llegó a mandar una. Le han confiado en varias oportunidades la persona del rey, y nunca, en esas ocasiones, el tímido monarca ha sentido la tentación de escapar.

B

Bailly, honrado académico, que sólo ha necesitado borrar sus talentos para llegar a la mayor fortuna. El populacho se basó en su apariencia y en sus discursos, y le prodiga todas las coronas; lo han contrapuesto en todas las formas a la aristocracia; se han servido de él para humillar a la nobleza y al clero, haciendo que fuese el primero en presidir a los tres estamentos. Lo han utilizado para quitarle a la ambición el deseo de tener la más pequeña autoridad, constituyéndolo alcalde de París; por último, se han utilizado sus arengas para coronar las derrotas del rey de Francia. Jamás un mortal, en tan poco tiempo, ha recorrido una carrera tan ilustre, y si no hubiera sido por sus títulos académicos, sin duda habría llegado al poder más encumbrado. Cuando se trata de dislocar una monarquía, siempre se siente un poco de desconfianza hasta del sabio más endeblucho, porque las ciencias recuerdan continuamente los verdaderos principios, y ninguno de éstos hace falta en una gran república.

Barnave, joven célebre por su sanguinaria elocuencia. Su tranquilidad, en medio de todas las atrocidades inseparables de una revolución, hizo ruborizarse al sentimiento humanitario que iba a estropearlo todo, y ha familiarizado a la Asamblea nacional con la sangre de sus enemigos. Son precisos caracteres semejantes en tiempos de revuelta, para que un pueblo amable y bondadoso asuma de golpe la ferocidad conveniente, y no se espante él mismo de su libertad. El nombre de Barnave será inmortal, como la sed del pueblo por la sangre, y si algún día los franceses se corrompen tanto como para volver a ser humanitarios y fieles, el mero recuerdo de Barnave les devolverá su antigua barbarie.

BARRÈRE DE VIEUZAC, uno de los periodistas [3] de la Asamblea nacional. También es quizás uno de nuestros más grandes oradores; mas como reserva todo su talento y todas sus luces para el *Point du Jour,* es considerado sólo uno de los más medianos, y quienes lo leen lo aprecian casi tanto como quienes no lo oyen.

BEAUCOEUR, mejor conocido con el nombre de *Cortacabezas* de la revolución. Él es quien consumó los que casi toda Francia ha osado llamar crímenes de París. De no ser por él, andaríamos todavía por el proceso de los pérfidos servidores del rey, y miles de buenos franceses habrían acaso muerto de sed pidiendo su sangre.

BEAUHARNAIS, uno de los más ilustres bailarines de la antigua monarquía, y que no habría dado nunca un mal paso, sin su primera actuación en los Estados generales. La majestad del recinto lo asustó, y a partir de ese instante no ha hecho más que tropezar. ¡Qué vergüenza para la nobleza francesa!

BEAUMARCHAIS. Este gran genio reconoce él mismo que casi no ha contribuido a la revolución sino con su ópera *Tarrare.* Así pues, preciso es creer lo que dice, y poner a pesar nuestro límites a nuestra admiración. Se podría, con todo, elogiarlo aún, porque hoy ya no se habla de él, ni siquiera en su distrito. Él permite a todos los jóvenes escritores del *Palais-Royal* apoderarse, en sus periódicos, de su estilo y de sus ideas; y este virtuoso ciudadano llega hasta alegrarse todos los días de ser alivianado de su gloria en provecho de aquéllos.

BEAUMETZ, diputado de la nobleza de Artois, por el pueblo de París. Nadie le ha hecho mejor que él los honores a su provincia en la Asamblea nacional. ¡Ha sacrificado inclusive la justicia de su terruño, y es magistrado! ¿No es el súmmum del desinterés?

BLIN, médico y diputado de Nantes. Su patriotismo ha deslumbrado a tal punto a su coterráneos, que han preferido ser sus electo-

[3] Rivarol pone intencionalmente *journalier* (jornalero) en lugar de *journaliste* (periodista). (N. del T.)

res más bien que sus pacientes. Pero por desgracia el joven Blin, al declamar en la tribuna, nunca pudo olvidar que era médico, y su elocuencia ha curado de la libertad a mucha gente. ¡Tan verdadero es que las artes más nobles son las más funestas, cuando se reúnen en un mismo cerebro!

BIRON (*duque de*), hombre tibio, mas que posee en grado sumo esa falsedad del ánimo que hace las veces de genio en una anarquía, y que deja recursos en todos los bandos. Este hombre hábil supo arreglárselas a la vez con el *Palais-Royal*, con la corte y con la Asamblea nacional, y aguardó, para sacarse la máscara, la huida del duque de Orleans, y el sometimiento del rey. Se obstinan en no ver ni nobleza ni valor en semejante conducta; pero ¿no es preciso renunciar a todo eso, cuando uno quiere en Francia transformarse en republicano, y se debe aún hablar de honor, cuando no se habla ya de monarquía?

BORDIER. La aristocracia, en su caída, no pudo inmolar más que esta víctima a su odio por el pueblo. Pero la horrible camarilla que hizo castigar como bandido a este honrado ciudadano sufre actualmente tal impotencia, que se ve en toda Francia a una multitud de republicanos que abrazan atrevidamente la profesión de Bordier, y vengan cada día su muerte en los caminos reales.

BOUCHE, uno de los más fervientes pregoneros de la revolución. Deja discutir a todos los oradores de la asamblea, y con dos o tres palabras nacionales que ladra con entusiasmo, produce tanto efecto como ellos. ¿Cuánta gloria podía haber ganado, si no hubiera resultado codiputado del gran conde de Mirabeau? Mas si sus talentos resultan eclipsados, sus virtudes tienen más suerte; y al lado de su ilustre colega, parece siempre un caballero.

BOUCHER D'ARGIS, uno de los más valerosos abogados de la Guardia nacional. Cada uno de sus alegatos le ha valido un grado en ese tremendo cuerpo, y la Nación no pudo imponerle silencio sino haciéndolo comandante de batallón: mas si actualmente calla, no por eso es menos temible. Él es quien, recientemente, con su ejército, defendió el Châtelet contra el pueblo; y si su celo lo arrastró hasta

proteger la inocencia del barón de Bezenval, pronto reparó la falta dejando que colgasen a Favras.[4]

Brevet de Beaujour. Al *Almanach des grands hommes* debe la Asamblea nacional este orador. De no ser por esa honesta obra, el señor Brevet habría tal vez escapado al aprecio de la provincia de Anjou, y no la representaría hoy con tanta dignidad. A fuerza de tronar en la tribuna, se pescó el puesto de secretario, y lo desempeña con toda la modestia apropiada. Se ha levantado contra él la sospecha de que no llegó a tan grande honor sino simulando mediocridad; pero nunca hubo sospecha más injusta, ni fingimiento más inútil. El señor Brevet ha llegado naturalmente a todo, y sólo necesitó hacerse conocer para desarmar a la envidia.

Brissot de Warville. Este gran hombre ha pasado por todos los grados de la revolución, por la amistad del conde de Mirabeau, por el desprecio público, por la presidencia de un distrito, y ha llegado por fin a la dirección de la comisión investigadora de la municipalidad de París. Ha sabido hacerla tan terrible como la de la Asamblea nacional, con sus descubrimientos ingeniosos, y sus denuncias imprevistas. Mantiene continuamente en París esa activa inquietud que es la salvación de la nación; y cuando el pueblo tiene necesidad de alguna venganza para vivir, al señor Brissot de Warville es a quien se dirige.

Broglie (*príncipe de*), aprendiz de ciudadano que, en quince días de patriotismo, ha hecho a su padre indigno de él, y se ha apartado para siempre de su gloria. El vencedor de Berghem ha resultado anulado por la fama de su virtuoso hijo, y le ha prohibido incluso presentarse ante él para no sucumbir al bochorno del paralelo.

Brousse des Faucherets. Este gran genio ha tenido que sostener al mismo tiempo dos glorias, la gloria dramática, y la gloria mu-

[4] Tomás de Mahy, marqués de Favras, fue ejecutado en 1790 en la plaza de Grève, acusado de conspirar para facilitar la evasión de la familia real. (N. del T.)

nicipal, y ha salido muy bien del paso, pues ha sacrificado la primera. Comprendió que sería más útil para su país, siguiendo al señor Bailly, que siguiendo a Molière; y dejó que lo hicieran teniente de alcalde. Pocos mortales son capaces de semejante abnegación; pocos escritores sacrifican su pluma con tanta resignación; por eso el señor Brousse se le ha hecho a la Nación más caro que nunca.

BUREAU DE PUZI, inmortal por mil razones, mas en especial por su presidencia. El rey lo escogió para ir a depositar las ruinas del trono a los pies de los representantes de sus súbditos, y la dignidad del señor Bureau de Puzi ha hecho la humillación más completa. Entre sus manos juró el poder ejecutivo que no ejecutaría más nada, que sería fiel a sus sucesores, y que enseñaría a su hijo a no ser más rey que él. Aquel famoso día enriqueció tanto a la nación, que el señor Bailly ordenó inmediatamente festejos e iluminaciones, lo cual echó por tierra todo lo que se decía en Europa sobre nuestra miseria. Después de ese gran acontecimiento se festeja menos, pero es porque en Francia el pueblo termina por desconfiar de todo, incluso de su libertad.

C

CAMILLE DESMOULINS, el escritor predilecto de la nación parisiense. Cada orador tiene su campo de batalla y su auditorio. Unos se apoderan de la tribuna, otros del púlpito, otros del sillón académico; en la calle es donde el señor Desmoulins se ha establecido con su elocuencia, y tiene a todos los transeúntes como admiradores. Con tres palabras científicas, *nación, farol,*[5] y *aristócrata,* supo ponerse al alcance del honrado mozo de carnicero, de la modesta puestera, y de todos esos nuevos lectores que ha dado a luz la revolución. Son menester plumas como la suya para conducir al pueblo y acostumbrarlo a tener ideas. Voltaire y Rousseau, con sus sublimes escritos, sólo han ilustrado y suavizado a los hombres. Jamás habrían sido capaces de asquearlos del yugo monárquico. Jamás, para civilizarlos,

[5] La *lanterne* era en la época sinónimo de "ejecución" (por ahorcamiento); algo así como actualmente el "paredón". (N. del T.)

les habrían revelado sus fuerzas, y jamás su estilo tan alabado se habría atrevido a ensangrentar a Francia. Eso es justamente lo que han sabido hacer nuestros escritores públicos.[6] Sin sus arengas periódicas los franceses todavía serían tranquilamente esclavos. Aun hoy, se calmarían, y se cansarían de vivir sólo de víctimas. Pero por suerte el señor Desmoulins sostiene la energía de los franceses con sus publicaciones; tiene, por decir así, su venganza en vilo, y no aparece uno de sus números sin que haya en alguna parte sangre derramada.

—

CAMUS, terror de los ministros caídos en desgracia, y de los favoritos expatriados. Denuncia, denuncia, y al no perdonar a nadie, persuade siempre a alguien. En una anarquía, la verdad es más peligrosa que útil; la cosa es encender los ánimos, irritar a los pobres contra los propietarios, y ése es el gran arte del señor Camus. Sacó tan buen partido del *Libro rojo*, que el pueblo creyó ver en él la verdadera causa del déficit, y suspira aún por algunas cabezas de pensionados. El señor Camus fue interrumpido en una ocasión en sus denuncias, para ser nombrado presidente de la Asamblea, pero pronto se arrepintieron de haberlo desplazado, y lo remitieron de vuelta a la tribuna, en donde denuncia tres veces por semana.

CARRA, pregonero (*aboyeur*) patriota, y que con su periódico, va haciendo sonar la libertad en todos los oídos que encuentra. Es quien por la tosquedad del estilo se ha acercado más a Camille Desmoulins; éste le ha ganado solamente por algunas injurias, y al día siguiente de un asesinato, el número de Carra es tan alegre como el suyo.

CASTELANNE, franco y leal gentilhombre, que ha confiado a la nación la mala situación de sus negocios, y llegó a un arreglo con ella para mejorarlos. Él le suministró sus luces, y ella le dio sus poderes; ella destruyó para él; él cosechó por ella. Con esta formidable alianza, Francia conservó un gran hombre, y este gran hombre conservó el pan.

[6] *Écrivain public* puede tomarse en el sentido de *publiciste*, es decir, "autor que se ocupa de temas políticos", o también "periodista"; pero el significado corriente es "persona que escribe cartas y documentos por encargo (para quienes no saben escribir)" ("memorialista" en español). La intención de Rivarol es fácil de adivinar. (N. del T.)

CHABOT, joven héroe que ha inmolado a la patria su nombre, su rango, su fortuna, e incluso su gloria, si es que la había antes de la guardia nacional. Si toda la nobleza hubiese imitado el gran ejemplo, los militares franceses estaban perdidos sin remedio, y la aristocracia quedaba sin recursos. No tendríamos que temer más que a algunos ejércitos extranjeros; por otra parte nuestra situación nos tranquilizaría. En efecto, ¿existe actualmente alguna potencia que, contemplando bien Francia, pueda sentirse tentada de conquistarla?

CÉRUTTI, ex jesuita, y uno de los mejores defensores del ministro Necker. Lo sostuvo constantemente mientras reinó, y aunque hoy su pluma lo abandone, no le es menos útil. El señor Cérutti se había encargado igualmente de la causa del pueblo; pero le hacía justicia tan lentamente, que el pueblo se hastió de su abogado, y creyó comprenderlo bastante bien exterminando a las partes contrarias. Nada indiferente, pues, sale de la mano de un gran escritor, ya que el mismo hastío tiene tan hermosas consecuencias.

CHAMPFORT, el mejor patriota de la Academia francesa. Personas inexorables en materia de probidad lo han acusado de haber abandonado a la tiranía, después de haber vivido de sus infames limosnas; pero el honesto Champfort ha contestado a la calumnia con argumentos sin réplica. En primer lugar objetó que sólo debía a la corte su existencia; a continuación demostró que nunca se vendió sino al soberano, que hoy la nación es soberana, que por consiguiente debe venderse a la nación. Ha obedecido, pues, sin remordimiento, a todos los cálculos de su patriotismo. Ha insultado las ruinas de un trono que jamás verá resurgir; ha deleitado al pueblo con la pobreza de sus declamaciones, y para adaptarse mejor a la igualdad universal, ha escrito sencillamente en el *Mercure*. Tal flexibilidad de los hombres de letras, que hace que sus talentos se amolden así a todos los sucesos, es una gran suerte para una república. ¡Que el cielo nos preserve eternamente de esos pérfidos escritores que cuidan su gloria, y que piensan con su alma; que se atreven a proclamar los principios que saben defender, y a quienes la imagen de la posteridad hace incorruptibles!

CHARLES DE LAMETH, el más temible revolucionario de Francia. Semejante a aquellos republicanos de la antigua Roma, defiende a la patria por igual en los combates y en la tribuna; fuerza. el mismo día, un convento[7] y un decreto, y se lo encuentra en todas partes donde no hay ya monarquía. Su amistad por el rey le costó al principio algunas lágrimas. Se habían hecho tantos favores uno al otro, que no era de esperar que se les viera desunirse. Mas el amor por el país ha venido a romper sus vínculos mutuos. Charles ha olvidado a Louis, para luchar mejor contra la realeza; ha condenado a su gran corazón al silencio, y en ningún momento el más débil recuerdo ha venido a interrumpir sus hazañas.

CHÉNIER,[8] verdadero poeta de revolución. Ha aprovechado, con insuperable acierto, el trastocamiento de las ideas, y ha dado su *Charles IX*. Se requería una platea colmada de héroes del barrio de Saint-Antoine para que esta obra fuese admirada como merece, y ese nuevo público es el que la ha laureado. Racine, Corneille y Voltaire, en parecidas circunstancias, habrían compuesto a lo sumo alguna obra maestra de estilo, que sólo hubiera irradiado sensibilidad humana. El señor Chénier ha captado mucho mejor los gustos de la hora; ha escrito un drama nacional; ha puesto en escena un cardenal fanático y un rey atroz; ha utilizado adrede la jerga más bárbara, para animar al pueblo contra la tiranía, y la armonía del toque a rebato le ha bastado para encantar a su auditorio. Sacudiendo así las reglas despóticas del teatro, dejó bien lejos a todos esos pretendidos grandes hombres, y se sigue alejando de ellos todos los días con nuevos dramas.

CHOLAT, propietario de un despacho de vino, que salió un momento de su negocio para tomar la Bastilla. Tras haber triunfado sobre las piedras enormes, que eran las únicas que defendían la plaza, regresó modestamente a su comercio, y halló su recompensa en que su taberna se puso de moda.

[7] Véase *Hechos de los Apóstoles*, Nº 1. (N. del T.)

[8] Se refiere a Marie-Joseph Chénier, revolucionario como su hermano mayor André (aunque más afortunado que éste, que murió en la guillotina), y autor de la letra del famoso *Chant du départ*, canción patriótica francesa. (N. del T.)

CICÉ, arzobispo de Burdeos. Este ilustre prelado ha sido puesto junto al rey, para que cuide los intereses de la Asamblea nacional, y se ha mostrado digno de tan noble tarea. No permitió que lo nombrasen canciller (*garde des sceaux*) sino para degradar mejor y extinguir para siempre ese cargo supremo de la monarquía. Con tales medios, y con semejantes hombres, es como se puede acabar con un gran reino, y sumirlo de nuevo en aquel sublime caos en que vivían nuestros primeros padres.

CLAVIÈRE, teniente y secretario del gran Mirabeau. Ha seguido a este héroe por doquier adonde la patria lo ha tenido a su servicio. Ha perorado bajo sus órdenes en las guerras de Córcega, ha combatido bajo sus órdenes en el *Courrier de Provence,* y aún hoy sigue escribiendo todo lo que su amo no quiere decir. En el gobierno anterior, lo consideraban el más chato de los subalternos; actualmente no es más despreciable que un diputado; en cualquier caso, hay una diferencia.

CLERMONT-TONNERRE, gran orador, pero un poco indeciso. Suele inspirarlo el patriotismo, pero a veces también lo hace la conciencia, y se ha notado que esta última no le favorece tanto. Se muestra sublime cuando defiende los derechos del pueblo; no es el mismo cuando defiende los del rey. Tales altibajos en el talento, ¿no prueban acaso hasta qué punto es un republicano nato? Inútilmente su alma y su corazón le hablan sin cesar en pro de su príncipe y bienhechor; su genio viene a salvarlo de todas las debilidades de la gratitud, y el honor público es lo único que escucha.

CONDORCET, filósofo que se ha dedicado en todo tiempo a la intriga, para bien de la filosofía; tras haber introducido su nombre en todas las academias de Francia, la desdicha ha querido que se le escapara la Asamblea nacional; pero ha dado tantas vueltas a su talento, que eso no le ha hecho perder nada de su celebridad. Se hizo amigo de los negros, presidió el club del 89, le presentó su mujer al general La Fayette; en una palabra, hizo tantos sacrificios, que obtuvo la confianza del augusto senado, y lo han empleado en las grandes intrigas internacionales. Ha perdido, es verdad, su puesto

de inspector de monedas, pero van a crear para él a la brevedad el de defensor de asignados.[9]

COURTOMER, uno de los mejores generales que estén en la calle en París. Más de un buen francés le ha reprochado el haber servido en otro tiempo con las tropas del rey de Francia, y el rebajarse aún hoy hasta llevar puesta la cruz de San Luis; pero él ha demostrado que no servía para nada antes de la revolución; que la cruz se la dieron por equivocación, y que sus primeras armas las hizo en el barrio de Saint-Antoine. Entonces lo han estimado en su justo valor; se ha convertido en el amor del pueblo, y ni un solo militar se atreve a dirigirle la palabra.

CROIX (*de*), uno de los mudos de la Asamblea Nacional; mas la nación confía en él. Está consagrado a la buena causa, se levanta por la buena causa, se queda sentado por la buena causa, golpea con los pies por la buena causa, e incluso sólo calla por una buena causa.

CUSTINE. Hasta el momento se lo estima neutral en la Asamblea, pero tiene su corazón demasiado bien ubicado, como para no convertirse pronto en uno de los mejores patriotas del ala izquierda; y su pasión por una simple mujer pública hace nacer ya óptimas esperanzas.

D

DANTON. Ha presidido el distrito de los *Cordeliers* con tanto valor, que lo envolvió con su inmortalidad. Respetó las intenciones del pueblo aún en medio de sus arrebatos de furia, y salvó a su barrio de la tiranía de la ley marcial. ¡Con cuánto ardor defendió al intrépido Marat, ese digno amigo de la Nación, a quien quisieron separarlo de ella! Si no hubiera sido por el distrito de los *Cordeliers*, y sobre todo por su presidente, el gran escritor se habría visto obligado a expatriarse. Servicios semejantes, en la situación en que nos encon-

[9] El apócrifo cargo de *souteneur des assignats* (es decir, de la moneda papel creada por la Asamblea) le permite a Rivarol jugar con el doble sentido del primer término, que significaba "sostenedor, defensor", pero también "proxeneta". (N. del T.)

tramos, son más importantes que una victoria, o la toma de una ciudad; su recuerdo permanecerá mientras luchemos por la libertad, y Francia será desdichada largo tiempo, antes de que el señor Danton sea olvidado.

DEMEUNIER, uno de esos hombres cuyo genio fue decidido por la revolución; bajo el reinado del despotismo, traducía modestamente gacetas, y no preveía entonces que un día tendría ideas, que hablaría corrientemente en una gran asamblea, y que se convertiría en objeto de común admiración. Hasta se han visto obligados a nombrarlo de vez en cuando presidente, para apagar el fuego continuo de su talento; tantos milagros sólo podían lograrse con una insurrección general; mas ¿qué país no paga un poco cara la posesión de un gran hombre?

DINOCHEAU. Este sabio diputado acepta callarse en el augusto senado que nos gobierna, pero carga el *Courrier de Madon* con todos sus despachos patrióticos. No hay buen francés que no reciba alguno cada mañana, y que, al leerlo, no siga aún incólume en sus principios; semejantes lectores ¿no son invencibles?

DIONIS DU SÉJOUR, uno de los ilustres magistrados que han entregado su toga a la patria. No ha hecho su pequeño sacrificio con tanto calor como sus colegas, pero quien es generoso fríamente lo es doblemente, y si bien el señor Dionis habla poco, se adivina fácilmente todo lo que piensa.

DUBOIS, soldado raso en la Guardia Francesa, pero desertor inmortal. Es uno de los sesenta mil vencedores de la Bastilla, y a él es a quien pasearon en el *Palais-Royal* sobre un carro triunfal, y revestido con todos los ornamentos del despotismo. Rindiendo honores tales a una muchedumbre de guerreros, se consiguió destruir la infame subordinación, tan contraria a los derechos del hombre, y que sólo puede llevar a una nación a la victoria.

DUBOIS DE CRANCÉ, el más pacífico legislador de todos los tiempos. Demostró en la Asamblea nacional que, como los soldados son meros bandoleros en tiempos de paz, siempre era posible prescindir de

ellos mientras no hubiera guerra. Tan profundo razonamiento provocó algunas murmuraciones en el ejército francés, pero la impresión en contra de éste no fue por ello menos fuerte, y todavía no ha escapado a la proscripción del señor Dubois. Semejante odio por todo cuanto habla de guerra ¡qué admirable y patriótico es!; y sin embargo para el señor Dubois es natural. Él mismo estuvo bajo bandera en su juventud, sin poder resolverse a ser militar, y percibió muy pronto todos los peligros de dicha profesión. Hoy fulmina contra ella y contra el tiránico honor que la sostiene, y hace temblar de indignación a todos los parisienses que se le parecen.

Dupont. Este gran administrador es tan devoto de Francia que la ha gobernado en todas las épocas, ocultamente desde las oficinas del ministro Turgot, modestamente desde las antecámaras del ministro Calonne, y hoy gloriosamente desde la tribuna nacional. Escasos genios saben prestarse así a todas las formas de gobierno, para ser útiles a su país sin interrupción. El señor Dupont ha sido forzosamente tratado de intrigante y de ambicioso. pero tuvo a su favor a los miembros más ilustres de la Asamblea; éstos hicieron presente sus buenas intenciones, sobre todo su ancianidad, y sus enemigos se calmaron.

Duport, hábil magistrado, que sólo había ingresado en el parlamento de París para entregarlo, atado de pies y manos, a la nación. Se ha transformado consiguientemente en uno de sus más caros defensores, y por mucho tiempo fue tan estimado como el conde de Mirabeau. Mas lo infortunado de todas estas grandes victorias, es que el patriotismo triunfa siempre a costa del talento. El gran hombre que advierte que la gente ha optado decididamente por admirarlo, se ahorra habitualmente el merecer que lo hagan, y sigue siendo mediocre sin empacho alguno. Eso precisamente es lo que acaeció al señor Duport. Apoyó su gloria en su gran carácter, pero a fuerza de hallarle virtudes, lo han olvidado por completo.

E

Ely, uno de los primeros héroes parisienses que ha aparecido en Francia, desde la creación de la monarquía. Su heroísmo fue descubierto en el asalto a la Bastilla; allí subió, seguido por la brillante

juventud del arrabal, y buscaron largo rato combatientes antes de apoderarse de la ciudadela. El valeroso Ely fue uno de los vencedores del débil Launay, lo llevó personalmente a la plaza de Grève, y peleó largo rato el honor de asestarle el golpe definitivo.

EMMERY. Este célebre abogado debe tener más mérito de los necesarios para presidir la Asamblea nacional, ya que ésta ha resistido dos veces la tentación de elevarlo a tales alturas; pero el señor Emmery se muestra cotidianamente indigno de semejante rigor por la humildad de sus opiniones, y tal vez nada le sea más fácil que superarlo; pues para un gran hablador, es un verdadero suplicio presidir a oradores, encargarse de ponerlos de acuerdo, en lugar de complacerse en confundirlos. escuchar todo, no interrumpir nada, y entregarse pacientemente al aburrimiento, con tantos medios de venganza en la cabeza.

F

FABRE D'EGLANTINE. Este ciudadano le ha sacado todo el provecho posible al puesto de vicepresidente del distrito de los *Cordeliers*; mas ¡qué no habría merecido ante la patria, si le hubiese sacrificado sus obras teatrales! Su talento para la comedia se destacaba demasiado como para no debilitar su patriotismo, y debía contener momentáneamente los impulsos de su genio, a riesgo de dejarlo escapar algún día.

FAUCHET (*abate*). Es imposible reunir más títulos patrióticos que el abate Fauchet. Es al mismo tiempo representante de la comuna parisiense, predicador revolucionario, y voluntario del ejército nacional. Ha sabido estar a la altura de tantos cargos, y se ha ilustrado en todo. Dijo desde el púlpito que "los aristócratas habían ejecutado a Jsucristo", y los aristócratas no han podido negarlo. Ya que no podía salvar decentemente al señor Foulon en este mundo, lo salvó sutilmente en el otro, deslizándole la absolución por entre las espadas de los verdugos. Ha dicho igualmente en el *Journal de Paris* que "ya no había más bromistas de mal gusto salvo entre los aristócratas". Por un instante pensóse que él era aristócrata, pero no por eso se dejó de percibir tan grande verdad.

FAYDEL, mejor conocido con el nombre de *el Observador*. Corre, fisgonea, descubre en nombre de la nación, e inscribe en su libreta todo lo que puede irritar a un pueblo libre. De vez en cuando aventura sus reflexiones, pero éstas no detienen a nadie, y su adhesión no ha impedido ninguna sublevación.

FRÉTEAU. Este ilustre magistrado, antigua víctima del despotismo, fue, para felicidad nuestra, sustraído durante largo tiempo a la sociedad; pues en parte a su venganza debe Francia su libertad. El virtuoso Fréteau no descargó nunca contra la tiranía esos rayos de elocuencia que le advierten el peligro que corre. Adoptó un tono suave, religioso, que se habría tomado por hipocresía en cualquier otra situación, y estimuló al pueblo más que todos los honrados oradores de la Asamblea. Lo ha secundado a maravilla una figura pálida y exangüe, que excluye toda idea de ambición, e impulsa a representar la virtud. Es preciso todo eso para convertirse de golpe en el amor de una nación suspicaz; con todo, el señor Fréteau está siempre alerta, y, en medio de sus inmensas ocupaciones, no descuida ni un instante sus intereses.

G

GARAT el menor, otro cronista[10] de la Asamblea, pero él es más hábil que todos los demás: él disfraza la verdad peligrosa, inciensa a la fuerza triunfante, atenúa el espanto de una catástrofe; se le puede considerar, en una palabra, el optimista de la revolución. A cuántos ciudadanos alarmados ha tranquilizado, asegurando en su periódico que "con dos o tres ideas, se rechazaría a todos los enemigos de Francia". Hay además en su estilo esa confusión que se requiere para cantar a una insurrección, y el *Journal de Paris* será siempre para el pueblo la mejor historia de la época. Creyeron algunos sumir en el ridículo esta publicación haciendo una lista de sus nuevos suscriptores, y diciendo que "había recuperado en entradas de servicio lo que había perdido en puertas principales". Pero le han hecho, sin querer, el elogio más honroso. Creyeron humillar al escritor, y sólo lograron ensalzar al patriota.

[10] *Journalier*. V. la nota sobre Barrère de Vieuzac. (N. del T.)

Garran de Coulon, uno de los mejores delatores del barón de Bezenval, y de los fieles servidores del rey. Si lo hubiesen escuchado, en vez de perder el tiempo juzgando a las víctimas señaladas por el pueblo, la justicia habría resuelto de una vez por todas entregárselas.

Gautier de Biauzat, el más famoso auvernés de la Asamblea nacional. Su grotesco lenguaje da inmejorable relieve a su patriotismo, y el francés que habla forma con la Francia que defiende un contraste de lo más ameno.

Gérard, grosero labrador, pero uno de los mejores garantes del patriotismo de Bretaña. A decir verdad, no ha abierto la boca ni una sola vez, pero la sublime sencillez de su vestimenta ha bastado para admirar a París y a Versalles, y ha parecido inútil pedir a un campesino disquisiciones sobre la abolición de los derechos señoriales.

Gerle (*Dom*), venerable cartujo, que ha venido expresamente de Périgueux a la Asamblea nacional, para hacer felices a todos los cartujos actuales y futuros; ha considerado su libertad con la nación; los ha desembarazado de todas las austeridades monacales, y ha obsequiado a Francia un millón de brazos de primera calidad, listos para devastarla de nuevo a la primera vislumbre de despotismo.

Gorsas. Se encargó durante largo tiempo de los despachos del correo de París y de Versalles; pero desde los hechos del 6 de octubre, su talento no pasa las barreras de la capital. Allí resulta, inclusive, más brillante que útil; pues al tener en sus manos a su rey y a sus diputados, la valentía de los parisienses no necesita ya inquietud para estar siempre despierta.

Goupil de Préfeln, magistrado tan anciano como respetable. Tras haber hecho un poco de todo durante su vida, no ha querido morir sin mostrarse republicano, y ha defendido los derechos de cada ciudadano francés como un hombre que tiene poco tiempo que perder. Los empleó profusamente en la tribuna parisiense, y, acaso alardeando de sobrevivirle, la Asamblea lo ha admirado siempre pacientemente. No se sabe muy bien en qué decretos ha influido

más la elocuencia del señor Goupil, pero como pocos hay que hayan eludido su análisis patriótico, la nación prefiere correr el riesgo de agradecerle en exceso antes que detallar todo lo que le debe; y, de una vez para siempre, le expresa su reconocimiento por todo cuanto se hace.

GOUTTES (*abate*). Forma parte de la minoría de venerables curas que ha abandonado al clero en sus justas desgracias. Se pronunció a favor de la venta de los bienes cuyo disfrute no tenía que reprocharse, y no tuvo que echar nada de menos en la casa parroquial de Béziers. Su desinterés le mereció la presidencia de la Asamblea, en un momento de interregno, y esa quincena de gloria azoró más que encandiló al virtuoso pastor.

GOUVION, jefe de Estado mayor general de toda milicia en París. Treinta años perdidos al servicio del rey no han podido arrebatarle ese segundo puesto del ejército cívico. Quiso rehusar los quince mil francos de sueldo que corresponden al mismo, pero reflexionó que eso sería hacer que la nación sintiese su miseria, y lo aceptó todo por delicadeza.

GOUY D'ARCY, joven infatigable y que ha acabado por hacer hablar de sí en la forma más elogiosa. Después de ensayar inútilmente varias bailías para llegar a los Estados generales, hizo como si viniera de Santo Domingo, y lo reconocieron diputado del otro mundo. Logró que los negros abrazaran el patriotismo de París, y pronto se le confundió con los defensores de la patria. Han querido volverlo despreciable y ponerlo en ridículo, pero él sólo tuvo que hablar y presentarse para hacer inútil todo eso.

GRÉGOIRE, otro cura sacrificador. Su plan para la supresión de todas las expensas del culto supremo era tan sublime como evangélico. No pedía a cada parroquia de Francia más que seiscientos francos por año por la existencia de Dios. Él personalmente se jactaba de mantener muy prolijamente un altar, por un franco por día, de celebrar allí dos o tres misas por semana, y hasta de predicar y exhortar al pueblo en las grandes ocasiones. Una religión a tan bajo precio tenía indudablemente que seducir a toda la

república, pero los enemigos de este buen párroco han hecho naufragar todos sus proyectos de reforma; incluso lo han obligado hasta ahora a recibir sus dieciocho francos por día [11] y, como verdadero Grégoire, se lamenta de ello sin descanso en la taberna.

GROUVELLE, uno de esos sirvientes literarios que saben abandonar los pies de los grandes, cuando las grandezas de éstos se esfuman. Ha superado inclusive en este terreno a todos sus honestos colegas. No solamente abandonó al príncipe de Condé que lo había sostenido, sino que escribió contra Montesquieu. que había alimentado su espíritu. Semejante imparcialidad le ha hecho gran honor y le ha suplido conocimientos y talentos ante sus lectores.

GUILLOTIN, médico patriota, que pensó que su arte podía llegar a ser útil a la humanidad. Vio la lanceta en escala mayor, la dirigió hacia todos los males que acarrea la justicia, e inventó su máquina inmortal. Lo acusaron al principio de confundir un poco a los criminales con sus enfermos, y de ser tan tajante en el hospital como en la plaza de Grève; pero no tardaron en perdonarle distracciones inseparables del genio, y se laureó la guillotina. Se aguarda un buen crimen de lesa nación para probarla, y por esa gran ejecución, el doctor Guillotin ha prometido renunciar a la medicina.[12]

H

HULLIN, ilustre lavandero que ha conducido a los Guardias franceses por las sendas de la Bastilla y de la gloria, y que seguramente habría luchado junto a ellos en caso de resistencia. Descargó también algunos golpes sobre el marqués de Launay, y en un día de insurrección no hace falta más para ser inmortal.

[11] La dieta que los diputados de la Asamblea se habían votado. (N. del T.)

[12] No olvidar que estas líneas zumbonas fueron escritas en 1790, mucho antes de que la utilización al por mayor de la nueva "máquina", sus golpes "monótonos, continuos y sordos" dejaran al mundo entero "helado de horror". (Cf. más abajo las páginas finales de la *Recapitulación*, sobre el Terror.) (N. del T.)

HUMBERT, niño de doce años, que tomó la Bastilla igualito que una persona mayor. Apuntó su pequeño fusil contra la enorme ciudadela, y rompió un vidrio del gobierno; eso parece nada, pero pequeñas acciones como ésa son las que decidieron la victoria, y Humbertito, ese día, valía tanto como cualquier otro.

J

JACQUES, intrépido changador del mercado de Abasto, y uno de los mejor intencionados de los que volaron [13] el 5 de octubre a Versalles. Allí mató con su hacha a uno de aquellos pérfidos rebeldes que defendían a su rey, e incitó a la matanza hasta a los niños, con su ferocidad republicana. Ha desaparecido, después de aquel día memorable; y la gloria y el Châtelet [14] le preparan en vano su recompensa.

JESSÉ, enviado de Beziers a París, para confundir a la aristocracia. Este monstruo de mil cabezas primero lo hizo temblar; mas su pavor pronto redundó en beneficio de la Nación. Se alarmó tan extremadamente de ella, que ya no vio, ni oyó ni pensó más que aristocracia; inoculó a todo el Languedoc su miedo patriótico, con su famosa carta a sus electores, y sólo manteniéndolos siempre en su propia desconfianza los resolvió a algunas matanzas necesarias.

JULIEN, inmortal espía del gran teniente de policía, La Fayette. ¡Con cuánta inteligencia descubrió y atrapó de nuevo al señor de Bonne-Savardin, que se fugaba de Francia, para regresar y conquistarla con dos o tres amigos suyos! Una captura como ésa le habría merecido una condecoración, cuando el señor de Sartine; pero hoy día, los actos heroicos son tan comunes, que han agotado las recompensas.

[13] Sin duda el autor juega con el doble sentido de *voler* ("volar", y "robar"). (N. del T.)

[14] O sea, la justicia penal. (N. del T.)

L

La Blache, demócrata tan leal, y cuyas buenas intenciones son tan bien conocidas, que no le ha sido preciso ni actuar, ni hablar, para hacerse amigo de todos los buenos franceses. Es uno de los más honrados mudos de la Asamblea nacional; y sus enemigos, si puede haberlos, nunca tendrán para echarle en cara más que su presencia.

La Borde Méréville, joven millonario, interesante a más no poder; ha hablado por el bien del pueblo como por el suyo propio, y ha conservado su fortuna a favor de su buena voluntad. Los caudales de su padre han parecido honradamente ganados, ya que no era gentilhombre, y los bandidos respetaron sus posesiones. El joven La Borde tuvo la habilidad de no ostentar a la vez todas sus ventajas, y ha disimulado completamente su elocuencia. Todo el mundo le ha agradecido tan generoso miramiento, y su silencio aumenta día tras día la confianza de sus admiradores.

Laclos, el confidente, el consejero, el amigo, tal vez, del duque de Orleans. Él desenreda todos sus sentimientos, engendra todos sus proyectos, disipa todos sus temores; en una palabra, él es quien lo convirtió un instante en ídolo y esperanza del pueblo. ¡A qué grado de gloria habría elevado a este gran príncipe, si hubiese podido vencer su extremada timidez, y si hubiera podido persuadirlo sin asustarlo! Pero se aprende a representar todas las grandes cualidades, salvo el valor, y el infortunado Laclos no pudo dar ni siquiera el suyo a su alumno. Queda así inútilmente ligado a su fortuna, y sólo responde a la Nación de sus limosnas.

Lacoste. Este joven gran hombre tiene el candor de la ambición pintado en su rostro. Confiesa ingenuamente su pasión por la democracia, y él mismo comprende que se debe abusar un poco de ella para dejarle desempeñar un papel; puede con gran facilidad llegar a lo que sea, protegido con semejante candor, y sabe demasiado bien hacer que lo escuchen como para que alguna vez se desconfíe de él.

LA FAYETTE. El destino de este héroe era inmortalizarse por doquier, sin servir a su rey. América y la municipalidad le bastaron para desplegar su talento, y su gloria aún no le ha costado nada a los enemigos de Francia; nombrado general de la mejor milicia burguesa de Europa, pronto fue digno de tal puesto; pronto captó su idea inspiradora, que es obedecer a la muchedumbre, ordenarle todo lo que ella desea, y no reprocharle su furia sino cuando se ha saciado. Tan grande habilidad ha acarreado tal vez una pocas atrocidades; mas la revolución, esa gran palabra, lo disculpa todo, lo embellece todo, y no permite el menor suspiro a la humanidad.

LALLY-TOLLENDAL, débil ciudadano que ha abandonado la causa del pueblo, so pretexto de que lo engañaban a propósito de sus derechos, y de que haciéndolo libre sólo lo hacían bárbaro. Tan minúscula razón lo indignó contra la Asamblea nacional, y ha abandonado a Francia a quienes le hacían ruborizarse de gobernarla. Era casi imposible estimarlo sin despreciar a todos nuestros grandes oradores, y se ha preferido considerarlo injusto.

LANJUINAIS, patriota, abogado y bretón; tres títulos para hablar mucho, y hasta para hacer que lo escuchen. El señor Lanjuinais nunca tuvo esos arranques de elocuencia que emocionan al auditorio, pero ha tenido a menudo esos arrebatos de ira que lo divierten; incluso habría llevado en alguna ocasión su ardor hasta la injuria, si se hubiera podido discernir lo que pensaba a través de lo que decía; pero la oscuridad suaviza las palabras más amargas, y se puede hacer oír cualquier cosa con su ayuda.

LA MANDINIÈRE, uno de los más fuertes vencedores de la Bastilla. Penetró en el reducto de la fortaleza con no más de diez mil jóvenes, y cuatro inválidos pretendieron vanamente detener su ímpetu. Tras algunas horas de lucha, los vigorosos sexagenarios fueron derrotados: y sólo dos fueron colgados, de acuerdo con las leyes de la insurrección. Se ha querido tildar de ridículo y atroz aquel famoso asedio; pero las dificultades de los sitiadores disculpan su ferocidad: y cuando no encuentra defensa, uno ataca como puede.

La Rochefoucauld (*duque de*), ex economista, que no podía defender la monarquía sin vulnerar sus principios. No ha brillado demasiado en el partido republicano; pero ha preferido la mediocridad a la incoherencia, y esa estimación de lo que vale le hizo gran honor.

La Poule. Pocos grandes hombres han ascendido con tanta naturalidad como el señor La Poule; de simple jugador de pelota[15] llegó a la dignidad de diputado de Besanzón, y eso sin intrigas, sin protección, sin talento siquiera, hay que decirlo. ¿A qué debe entonces su elevación? Sólo a su bajeza. El pueblo secunda gozosamente todos los caprichos de la suerte, y cree coronarse a sí mismo al coronar al último de los hombres. El señor La Poule no se dejó deslumbrar nunca por el brillo de su poder; hasta ha conservado en la tribuna la antigua sencillez de su lenguaje, y en una ocasión le contestó a uno de sus adversarios que "tomaba mal su ventaja (*bisque*)".

Latouche, el único canciller que la nación ha conservado en sus reformas. Ha creído ésta que el duque de Orleans, su protector, no tenía suficiente consideración personal de su parte, y le ha dejado unas cuantas representaciones sin importancia. El fiel Latouche ha permanecido así al servicio de su generoso príncipe; y mientras éste andaba errante por los suburbios de Londres, Latouche mendigaba para él en París un tercer acceso de insurrección.

Le Chapellier, genio ardiente que fue el primero en sonar la alarma en toda Bretaña, y que transformó a sus hoscos habitantes en buenos parisienses. Él mismo, después de una vida tempestuosa, se convirtió de golpe en bravo plebeyo, en senador íntegro, y ha obrado prodigios: castigó al parlamento de Rennes, estableció los emolumentos del rey; en una palabra, desafió a todos los poderosos como si aún tuviesen autoridad. Sólo podía descansar de tantos triunfos en el sillón de presidente, y con eso también remató su

[15] *Garçon de paume*: interpretamos "jugador (profesional) de *paume*", es decir de un deporte practicado con pelota y raqueta, parecido al tennis actual; al mismo pertenece el término *bisque* en la acepción usada más abajo. (N. del T.)

fama. Se ha dado a esta dignidad tanto esplendor, que sacia la ambición de quien la obtiene, le quita deseos de volver a la lid tras haber vencido, y el favorecido no abre más la boca por miedo a estropear su gloria. El señor Le Chapellier no cedió del todo a tan justas inquietudes, pero ya no se abandona al pleno fuego de su elocuencia, no se adhiere al uso de la palabra con la misma constancia, y eso es mucho decir.

LE COUTEULX DU MOLEY, honrado financista, que se metió en la guardia nacional para defender mejor su fortuna y la de sus padres. No por eso ha descuidado los intereses del pueblo, y muchas veces se llevó a los soldados que querían oponerse a las diversiones de la nación. Tanta prudencia ha hecho que lo nombren ya jefe de batallón, y a la primera ocasión peligrosa, con seguridad no se quedará ahí.

LE FRANC DE POMPIGNAN, arzobispo de Vienne. Este venerable prelado, después de sobrevivir a todas las ironías de Voltaire, tuvo la ocurrencia, en el ocaso de su vida, de convertirse en objeto de adoración, y se tomó ampliamente su tiempo. Calculó que podía ganar algo dejándose despojar, y abandonó su arzobispado; retuvo sus palabras, mostró sus canas, y el buen pueblo lo adoró; de sacrificio en sacrificio, llegó a la lista de beneficios; y en definitiva, todas esas virtudes no le costaron nada. ¡Qué ejemplo conmovedor para esa multitud de sacerdotes que no ha sabido disfrazarse!

LIANCOURT (*duque de*), gran autor político que estaba ligado con la corte por sus puestos, y con la nación por sus principios, y que supo concordarlo todo y conservarlo todo. Se ha dejado apiadar por el rey, se ha dejado insultar por el pueblo, y ha conquistado los corazones de todos. Un éxito tan universal es sumamente raro, y exige un hombre de una mediocridad insuperable. Es preciso que su ambición no pueda ser contrariada por ningún talento, y que deje incluso a sus rivales el placer de no estimarlo. Así el modesto duque de Liancourt lo ha logrado todo; aspira tranquilamente a todos las formas de gloria, sin que a nadie se le ocurra siquiera preguntar por qué se piensa en él.

LUYNES (*duque de*), patriota inconmovible. Se instaló en el partido popular; indicó que se hallaba muy bien allí, y no se le preguntó más nada. Sólo cuidaron de ponerle al lado a dos changadores de la Asamblea[16] que lo levantan y lo vuelven a sentar cuando hay que opinar por la patria.

LUSIGNAN, intrépido diputado de París, y prudente coronel del regimiento de Flandes. Dio a sus soldados, el 6 de octubre, el ejemplo de una tranquilidad increíble. Si aquéllos se hubiesen unido a los demasiado fieles guardias de corps, nuestro culpable rey estaría aún en Versalles, rodeado por sus servidores, tan libre como sus súbditos, y tan dichoso como sus asesinos. Que la república corone, pues, al prudente Lusignan, aunque no le haya de dar nunca el mando de un cuerpo de tropa.

M

MANUEL, uno más de los genios anunciados por el *Almanaque de los Grandes Hombres*; paso a paso la fama literaria lo llevó a la jefatura de la comisión de policía de la municipalidad. Escribe menos, es cierto, desde que ocupa ese alto cargo; pero, por poco que uno reflexione, se consolará muy pronto. En efecto, el señor Manuel era muy temible cuando ilustraba a los hombres; ya no es el mismo cuando los juzga.

MARAT, el amigo íntimo del pueblo,[17] que velaba tan ardientemente por sus intereses, que provocó los celos de la guardia nacional. Un pequeño destacamento de cinco mil hombres fue enviado a apoderarse de él, y de sus prensas patrióticas. La nación de su distrito lo defendió largo rato; mas como las otras cincuenta y nueve naciones lo abandonaron, este gran ciudadano se vio obligado a huir disfrazado de desertor. y a errar por toda Francia, que él había instruído durante seis semanas.

[16] *Deux forts de l'assemblée*: construcción intencionadamente paralela con *forts de la Halle* ("mozos de cuerda"). (N. del T.)

[17] Alusión al título del periódico de Marat (*L'Ami du peuple*). (N. del T.)

MARTEL, alias el orador del pueblo. Él es quien mantiene sin descanso todos sus peligros, y quien le impide adormecerse sobre los restos de su amor por Luis XVI. Sin él, acaso el pueblo adoraría aún a una reina tan bienhechora como valerosa, y le restituiría por idolatría lo que le ha quitado por venganza. El elocuente Martel lo salva cada día de todas esas trampas de la grandeza; llama a la magnánima princesa "arpía, furia, monstruo vomitado por la boca de Alecto", y Francia está salvada.

MATTHIEU DE MONTMORENCY, el talento más joven de la Asamblea nacional. Todavía balbucea su patriotismo; pero ya lo hace entender, y la república ve en él todo cuanto quiere ver. Preciso era que un Montmorency resultara popular, para que la revolución alcanzara su plenitud, y sólo un niño podía dar ese gran ejemplo. El pequeño Matthieu se consagró, pues, a la estima del día. y combatió a la aristocracia bajo la férula del abate Sieyès; este gran legislador se pescó incluso por ese motivo el glorioso apodo de *fesse-mathieu*; y esa sola palabra confudirá discípulo y maestro a ojos de la posteridad.[18]

MENOU (*barón de*), una de las fuertes columnas de la Asamblea nacional. Su estampa anuncia al mismo tiempo toda la prudencia del intelecto y todo el fuego del patriotismo. Antes de decidirse a hablar, tuvo la atención de crearse una gran fama de honestidad, y lo escucharon. El partido republicano, al cual echaban en cara almas de fango y hombres perdidos. ha querido oponer el barón de Menou a la calumnia, y esa sola intención le hace grande honor. Era prácticamente imposible hacerlo célebre, sin hacerlo presidente, y se atuvieron a tal medio. Llenó él justamente tan gran sillón; no abusó en modo alguno de su cargo, manifestando en él talento, o temperando el de los demás. Ha dejado que se dijera todo, que se alborotara todo, que se destruyera todo, y ha conseguido que se eche de menos su reinado.

MERCIER. Este gran genio ha tomado tan bien la revolución, que en honor suyo reanudó su *Tableau de Paris*, y compuso un cuadro

[18] *Fesse-mathieu* significa "usurero, tacaño"; pero tomada literalmente, y según la etimología, la expresión quiere decir: "(el que) azota (a) Mateo": de ahí el juego de palabras. (N. del T.)

de circunstancias, bajo el título de *Annales Patriotiques*. Canta allí periódicamente cuanto de notable hace la nación; y cuando ésta se permite alguna diversión un tanto atroz, prefiere respetar su fuerza antes que probar sus remordimientos.

Mirabeau (*conde de*). Este gran hombre comprendió muy pronto que la menor virtud podía detenerlo en el camino de la gloria, y hasta el día de hoy, no se ha permitido ninguna. No ha visto en el honor y la probidad más que dos tiranos que podían poner trabas a su genio, y se ha hecho sordo a sus voces; ha renunciado a toda forma de valentía para no hacer su destino demasiado incierto; por último, ha aprovechado su falta de alma para formarse principios a prueba de remordimientos. Miles de franceses se han entregado por la patria; él se ha vendido por la patria; y es cosa mucho más segura: el genio es tan inconstante en su andar, que una gran república sólo puede confiar en él pagándole muy caro. Además, cuando lo que está en juego es la libertad, no se debe economizar nada; y la fidelidad del conde de Mirabeau prueba la magnificencia del partido que defiende. Sólo habló en alguna ocasión a favor de la autoridad real para probar que su jerigonza habría encontrado empleo en cualquier parte, y que su elocuencia ganaba ciento por ciento cuando la dirigía contra su conciencia. La nación le ha permitido, pues, el placer de luchar alguna vez contra ella, y la mísera situación del rey le dio tranquilidad en todo momento;[19] no por eso el conde de Mirabeau deja de ser considerado uno de los mejores artífices de la revolución, y no se ha cometido ningún gran crimen que no se le haya ocurrido a él antes que a cualquiera.

Mitouflet, el más grande de los presidentes que ha producido en toda su historia el distrito de Saint-Roch. Él es quien libró una guerra tan letrada contra el club de la *rue Royale*; él es quien enseñó al pueblo que doscientos ciudadanos. jugando a las damas y al ajedrez, conspiraban contra la libertad, y que esos dos juegos emblemáticos eran la escuela de la aristocracia: llegó incluso a descubrir que el marqués de Favras había almozado dos veces en

[19] De hecho, casi simultáneamente con la publicación del *Pequeño Diccionario* de Rivarol (agosto/septiembre de 1790), Mirabeau había vendido sus servicios secretamente a la Corte, y el mismo Luis XVI dice en alguna carta que le pagó considerables sumas de dinero. En cualquier caso, la pronta muerte del famoso orador (abril de 1791) dejó truncos sus proyectos. Mirabeau es, con La Fayette, blanco predilecto de las censuras y pullas de Rivarol. (N. del T.)

dicha casa infernal, e inmediatamente ésta fue destruida. Los integrantes del horrendo aquelarre fueron vencidos y dispersados por veinte mil transeúntes apoyados por la guardia nacional y el barrio de Saint-Antoine; y el proceso del señor Mitouflet, convertido en ornamento de todas las esquinas, perpetuará para siempre el recuerdo de esta gran victoria.

MONTESQUIOU, ciudadano fácil, que se presta gustoso a todo tipo de gobierno, y que, en medio de los desórdenes de un gran país, halla siempre un poderoso a quien adular y una fortuna que prometerse. Pierde cien mil escudos en una noche, y al día siguiente trata de tomarse el desquite, presentando un plan financiero en la Asamblea nacional. Semejante comportamiento sería despreciable y tal vez peligroso en una monarquía; pero uno se amolda a todo en una república; y para que la libertad no tenga límites, preciso es que todos los vicios puedan ejercerse.

MOREAU DE SAINT-MÉRI. Este hombre asombroso partió expresamente del edificio de la Municipalidad, para llegar de la Martinica a la Asamblea nacional, y para acusar en ella al barón de Bezenval que estaba a punto de ser absuelto; desplegó contra él el encarnizamiento más popular, le hizo cargo de crímenes ignotos hasta el presente, y habría logrado, ciertamente, hacerlo inmolar, si la sangre de Favras no hubiese saciado por un instante la sed de la nación.

MOREL, uno de los ilustres denunciantes del marqués de Favras, merced a una constancia superior a la humanidad; se entregó durante un año al espionaje, a la hipocresía, y a todo cuanto la traición tiene de más infame, para salvar a Francia de una matanza universal que iban a ejecutar dos o tres personas. Se tuvo fe sin dificultad en un hombre que sacrificaba por su país cuanto le restaba de integridad, y se recompensó noblemente una perfidia tan patriótica. Para ser consecuente, había que inmolar al marqués de Favras, y ante la falta de pruebas, se encargó el asunto a la furia popular.

MORETON, patriota tanto más ardiente por haber estado siempre animado por una venganza ciega. El despotismo lo había expulsado de la corte; a partir de ese momento, el rey le pareció indigno de reinar; el despotismo le había arrebatado un regimiento que él comandaba sable en mano; y se metió en la guardia nacional para corromper a los soldados a quienes ya no podía maltratar. Por último, como no podía ya mostrarse en ninguna parte, se hizo representante de la comuna. Tanta actividad contra su príncipe debía redundar en beneficio de la libertad, y el generoso Moreton se mostró casi tan digno de ella como los señores Morel y Turcati. Denunció al señor Lambesc como asesino; se esfuerza cada día en hacer que lo cuelgen o lo decapiten, e iría a buscarlo personalmente para dar ese gran escarmiento. si no estuviera más seguro de romperse él el cuello que de hacerle cortar el suyo a Lambesc.[29]

N

NARBONNE (*conde Louis de*). Este ex cortesano, que había tenido la ocurrencia de ser ciudadano, y quería distinguirse a cualquier precio, no se desanimó en absoluto al encontrar en París todos los puestos ocupados, y se hizo patriota de provincia; se deshizo primero de algunas gracias de la corte de otrora junto a la hija del gran Necker, y partió bien corregido hacia el Franco Condado; armado con un certificado del obispo de Autun, pronto llegó a ser allí comandante de todas las guardias nacionales. Allí se destaca día tras día con nuevas virtudes. Ejercita a sus tropas con sus arengas, las enardece con su prudencia; y si aquella provincia se vuelve un pequeño reino, como cabe esperar, lo peor que le puede pasar al conde de Narbonne, es gobernarla.

NECKER. Este ex gran hombre es patentemente el padre de la revolución, mas hoy día la considera bastarda, y pretende no reconocerla: ¿qué, decid, ha podido perturbar así su gran carácter? ¿Será esta costumbre de hacer matanzas, que la nación se ha tomado últimamente? ¿Será la degradación del ministerio? ¿Será, en fin, porque se ha optado por prescindir de él, incluso para hacer el

[29] Se refiere al príncipe de ese título y duque de Elbeuf, más tarde emigrado a Austria y activo contrarrevolucionario. (N. del T.)

mal? Es imposible que, por todas esas insignificancias, quiera perder el amor de los parisienses, el pueblo más grande del departamento; es mucho más natural creer que su modestia ha disminuido su patriotismo, y que sólo ha ostentado un resto de adhesión al rey para eludir todo el peso de su gloria. Una intención tan humilde, y que está tan de acuerdo con su personalidad, no debe, pues, cambiar en nada su fama; y si los aristócratas quieren aún dedicarle su odio, los verdaderos demagogos no deben de ningún modo dispensarlo de recibir su estima.

NICOLAS, segundo cortacabezas de la revolución. y apodado *grand-barbe*, en vista de la majestad de su aspecto. Es el principal héroe de los hechos del 6 de octubre. Secundó entonces tan bien a sus hermanos de armas, Mirabeau y el duque de Orleans, que los hizo temblar de sus proyectos, y se detuvieron en medio de la victoria. Nicolas se mostraba algo resentido con ellos desde ese momento, pero el Châtelet supo volver a unir a los tres antiguos amigos, y hoy están ciertos de vivir y de morir juntos.

NOAILLES (*vizconde de*). Se puede considerar a este héroe como la miniatura del gran La Fayette. Con tan poca ambición y tanta lealtad como éste, se ha destacado en las pequeñas cosas, mientras que su modelo se perdía en las grandes. La nobleza y los militares se veían deshonrados en los hechos; él se complació en deshonrarlos en la forma; de padres aristocráticos, hizo honor a las mil maravillas a las pensiones que le pasaban; por último, cansado de hacer de cabo en el cuartel, y de mandar a fuerza de golpes, renunció a su oficio y se puso a predicar la indisciplina. Un montón de mala gente ha criticado e incluso despreciado tal conducta; pero el intrépido Noailles se consoló de ello entre los brazos de los parisienses, sus compañeros de gloria, y la cosa no le costó, como a todos los grandes hombres del día, más que renunciar a sus antiguos amigos.

NOEL (*abate*), uno de los más recomendables de los periodistas (*journaliers*) de la revolución; sólo dio un salto de la universidad a la *Chronique de Paris*, y reparó treinta años de obscuridad. Se moría de hambre, con discursos en los labios; se enriquece, con

insultos en las manos. ¡Qué noble fuente de abundancia nos ha provisto la libertad de prensa! Lo único que ésta ha arruinado es el talento y el buen gusto, es decir, a unos pocos individuos que hacían ruborizarse a un millón de pobres escritores. La igualdad de inteligencia es, pues, una de las mayores realizaciones de la Asamblea nacional, y el decreto que la instituye es el que ella misma ha obedecido más puntualmente: ya no se ve en su seno a pensador ni orador alguno que se destaque insolentemente; ningún ingenio sobresale; ningún hombre elocuente hace avergonzarse a su vecino. ¡Qué ejemplo conmovedor para todas las naciones ilustradas!

O

Orleans (*duque de*), el príncipe más prudente que haya aparecido alguna vez en medio de una insurrección. Supo conquistar a un pobre pueblo con su beneficencia imprevista, con su aire de despreocupación; y el pueblo se encargó, sin saberlo, de su ambición y de su valor. Felipe de Orleans se dejó ensalzar, adorar, hasta apreciar, sin inquietarse de semejante ceguera; y se habría dejado coronar, si el trono no se hubiese convertido en el puesto más peligroso de la monarquía. Por prudencia, pues, se transformó repentinamente en el último de los ciudadanos. El marqués de La Fayette lo envió en calidad de tal a Inglaterra, para tranquilizar a Francia y acostumbrar a los parisienses a su ausencia; y el príncipe se mostró digno de misión tan honrosa: durante seis meses se dejó despreciar constantemente por toda Europa; siempre puso su gloria y su salvación en el olvido de la nación francesa. Su esperanza no quedó frustrada. Regresó tranquilamente a París para la augusta fiesta del 14 de julio. Apenas si el barrio de Saint-Antoine, el mercado de abasto, y el *Palais-Royal* recordaron su figura y sus buenas acciones, y el duque se vio obligado a hacerse insultar, para hacerse reconocer.

Ormesson (*d'*), feliz patriota, que sólo necesitó callarse para hacer fortuna. La nación no recordó nunca que había sido ministro del despotismo; lo nombró jefe de división de la guardia nacional, y su poca memoria le resultó provechosa. El ex inspector general ha custodiado al rey como si nunca se hubiera acercado a él, y

obligado a hacer olvidar la mitad de su vida, ha tenido la suerte de olvidarla él también.

P

PÉRIGORD, obispo de Autun,[21] el más hábil tal vez de los hombres que haya tenido la patria para su defensa. Sus ideas sobre Hacienda y administración no son de gran alcance, pero nadie ha calculado nunca mejor que él las circunstancias, los deberes y las virtudes. Decidido muy pronto a sacrificar al clero en aras de la nación, comprendió que era más seguro traicionarlo que atacarlo, y se hizo obispo. El rey lo ayudó un poco en tal operación; pero como Périgord despreciaba el beneficio, debía olvidar al benefactor. En una palabra, este ilustre prelado ha demostrado, con Lameth, Noailles y sus congéneres, que en una revolución, la ingratitud es la que suministra los hombres más importantes, la que tiene a los pequeños en vilo, y sirve de valor a los ambiciosos.

PÉTHION DE VILLENEUVE, abogado de Chartres que, a falta de clientes, se vino a alegar en pro de los parisienses en la Asamblea nacional. No es exactamente elocuencia lo que en ella ha manifestado, sino una especie de turbulencia que la sustituye y que bien vale lo que aquélla; su discusión es tan aturulladora, que en el alegato acerca del derecho de hacer la paz y la guerra, lo enfrentaron con el terrible Mirabeau. Ambos oradores volcaron en él tanto ardor e imparcialidad a la vez, que se cruzaron un torrente de injurias. Esa franqueza republicana los cubrió de gloria, y confundió a vencedor y vencido.

PEUCHET, una de las cabezas más potentes de la Municipalidad. Ascendió de cargo en cargo, como un simple particular; fue elector, representante de la comuna, y bajo sus órdenes ejerce hoy el pueblo la policía de París. Ha promulgado recientemente una ordenanza que prohibe expresamente el robo, el asesinato, el homicidio incluso, y todos esos inconvenientes que acarrea la libertad.

[21] Más conocido, por su actuación posterior, como Talleyrand. (N. del T.)

POIX (*príncipe de*), cortesano filósofo, que se ha puesto por encima de todas las revoluciones adulando siempre al poder gobernante. Así, hoy le hace la corte a la nación, y al humillarse ante ella da testimonio de todas sus victorias. Los Noailles serán siempre sumamente útiles en un gran país; serán siempre el barómetro más seguro de la autoridad, y siguiendo su suerte, uno se arriesgará a veces a envilecerse, pero nunca a extraviarse.[22]

POPULUS, diputado famoso por sus amores con la señorita Théroigne de Méricourt, la más grande ciudadana del *Palais-Royal.* Su hábil querida lo contiene en la alcoba y sólo lo hace entrar en calor en la Asamblea. Sentada en la primera fila de la tribuna pública, vigila con ardor la elocuencia de su amante; con una mirada, da ánimo a su inteligencia; con un suspiro, le anuncia la victoria: en una palabra, lo ata para hacerle cantar la libertad. Es evidente, pues, que el señor Populus le debe la palabra y su fama a la señorita Théroigne, y que Francia le debe un gran hombre más al amor.

PRASLIN (*duque de*), señor ilustre por su patriotismo, y especialmente por la mala reputación que tenía antes de la revolución. Según se dice, asesinó en otro tiempo a su amante, y estafó a uno de sus amigos: hoy reencuentra todo eso, y se lo aprecia por la misma razón por la cual se lo despreciaba antaño. Semejantes trastocamientos en los principios son harto naturales. Cuando una gran nación llega a destronar el honor y la religión, forzoso es que los crímenes de una monarquía se transformen en las virtudes de una república.

PRUDHOMME, el compilador más erudito de la literatura popular. Bajo el título modesto de *Révolutions de Paris* traza un cuadro

[22] De la antigua familia noble de los Noailles, varios miembros actuaron en la época de la revolución, no todos en forma tan oportunista como los que critica Rivarol. El aquí recordado, Felipe, príncipe de Poix y duque de Mouchy, fue comandante de la guardia nacional de Versalles, pero más tarde emigró. El vizconde de Noailles (ver *s.v.*) era su hermano menor. Su padre, también duque de Mouchy y mariscal de Francia, murió en la guillotina durante el Terror (1794). (N. del T.)

inmenso y sin interrupciones de todos los crímenes que pueden cometerse y de todos los asesinatos que se cometen. Señala y proscribe siempre algunas cabezas culpables, y sostiene al pueblo en su justa venganza. Para que un sencillo diario surta efecto tan magno, preciso es que su estilo siga a la intención, y haga las delicias del lector más bárbaro. En eso está el gran arte del señor Prudhomme; sabe tal vez que horroriza al hombre distinguido, pero el asesino lo lee tranquilamente, y él no pide más.

Q

Quatremerre, célebre informante de la conspiración de Favras. Arrojó gran luz sobre el asunto, confesándole ingenuamente que "el pueblo pedía una víctima". Aquella frase, a la vez terrible y candorosa, terminó todo el procedimiento; testimonió el poder del pueblo, y honró el suplicio de la inocencia.

Quillard, otrora simple lustrabotas, pero hoy tan ilustre como quienquiera. Ciudadano alguno ha merecido más de la patria. Ha estado presente en todas las matanzas de la libertad; colgó a un inválido, cuando la toma de la Bastilla; arrastró por las calles el cadáver de Foulon; y al regresar de Versalles, el 6 de octubre, rizó, en Sèvres, la cabeza de un guardia de corps. ¿Habrá quién lo crea? Este hombre valeroso no ha solicitado ninguna recompensa, y aun en la municipalidad se le conoce apenas; ha permanecido modestamente en la escalinata del *Pont-Neuf*, y allí su patriotismo se despliega ante la vista de todos los transeúntes en este enérgico cartel: "Quillard cuelga, y va a la ciudad (*en ville*)."

R

Rabaud de Saint-Étienne. Se precisaba un protestante de su temple, para ahogar para siempre en Francia la voz de la religión. Nuestros obispos ciudadanos, nuestros dignos beneficiarios, se sentían por momentos turbados en su patriotismo por el recuerdo de sus sacrificios. El señor Rabaud, que liquidaba sólo bienes ajenos, no ha sufrido ninguna distracción, y su miseria pasada ha bastado para infundirle un celo infatigable. Los elogios de los periodistas,

la amistad del conde de Mirabeau, el sillón de presidente, nada ha podido detener su ardor republicano, y muestra aún tanto fuego como si quedase algún propietario por despojar.

REWBELL. Este respetable diputado ha hablado en nombre de Francia, como si fuese uno de sus hijos; y mitad alemán, mitad francés, ha contribuido a su salvación: no conoce nuestros usos, ni nuestras costumbres, ni nuestros recursos; mas dos o tres paseos al *Palais-Royal* lo han puesto al corriente. No pudo impedir al comienzo un primer pavor, pero los argumentos del farol pronto le parecieron irrefutables, y ya no quiso reinar sino al pie de éste; acusa, denuncia, pues, sin descanso; y si la Asamblea lo escuchara, no perdería a veces su tiempo con vanas justificaciones.

ROBERSPIERRE,[23] el gran hombre más pequeñito y más fogoso del senado francés. La fragilidad de su persona no ha hecho más que irritar su elocuencia y aumentar su gloria. Sus enemigos pueden haber dicho que sólo se encolerizaba para dar la impresión de que hablaba; no por eso su ira ha dejado de ser la delicia de la galería y el terror de los ausentes. Ya lo habrían nombrado presidente, si no hubiesen tenido miedo de volverlo demasiado temible, dándole a la vez la palabra y la campanilla en la mano; se había ya reconocido el peligro de ello durante el período en que fue presidente de los jacobinos: Roberspierre había confundido y aturullado alternativamente a los miembros del augusto club, y había abusado de su talento aún más que de su puesto. Los representantes de la nación no pudieron por eso resolverse a gobernarla bajo el ardiente Roberspierre, y ese recelo de una asamblea semejante, honraría a cualquier otro.

ROEDERER, patriota hosco y vindicativo, y cuya cara por sí sola puede hacer estremecerse a los aristócratas. Se lee en sus ojos y en su boca la muerte espantosa que les desea, y ellos lo han apodado, en su terror, *el espectro de la libertad.*

[23] Rivarol escribe así (cosa común en la época) el nombre de Robespierre. (N. del T.)

S

SAINT-FARGEAU, joven togado que suscita las más altas esperanzas. Ha pisoteado su birrete de presidente, ha renunciado al noble apellido de Saint-Fargeau; además, hizo todos esos pequeños sacrificios con la gracia y la ingenuidad de sus años. La Asamblea nacional, encantada de su buen natural, se ha divertido jugando con él al sillón y a la campanilla, y el amable niño ha salido airosísimo de la broma. Hasta las galerías habrían caído en el engaño y lo habrían tomado por un verdadero presidente, si no se le hubiese ocurrido remedar al señor Target.

SALMM (*príncipe de*). Este hábil soberano, al advertir que había más reyes en Francia que súbditos en sus estados, se instaló en París y pidió empleo al marqués de La Fayette. El general lo ocupó largo tiempo en la *rue Saint-Dominique*, y acabó por ascenderlo al rango de comandante de batallón. En calidad de tal el valeroso príncipe de Salmm, a la cabeza de tres mil hombres, efectuó la inspección del cementerio de los Inválidos. Convencido de que se urdía allí alguna nueva conspiración, y de que todo el dinero y los cañones de Francia se hallaban enterrados allí, penetró armado hasta los dientes, luchó durante cinco horas enteras sin hallar nada contrario a los intereses de la nación, y su valor contra los muertos dio la pauta de su suavidad para con los vivos.

SAINT-HURUGE, el más enorme campeón de la revolución; se ha instalado, con todo el coraje que tiene, en el centro del *Palais-Royal*, y allí, animado por las miradas de una turba incesante, insulta y desafía a los necios aristócratas que lo desconocen. Se ha constatado que, cuando este bravo varón se apartaba de la nación, era más que fácil maltratarlo, lo cual demuestra que ha sido hecho para ella y que ella es digna de él; es además sumamente útil para nuestros augustos legisladores; éstos se dignan emplearlo cuando el pueblo necesita ser alarmado, y el pavor de Saint-Huruge ha decidido siempre algún gran asesinato.

SIEYÈS (*abate*). Lo que Francia debe a este gran hombre, está por encima de sus luces, y sobre todo de sus recursos. Si sólo hubiese dado a los Estados generales el mote de *Asamblea nacional,* tal vez la inmortalidad lo habría eludido; pero Sieyès le ha tendido tantas trampas, que ella resultó cargada con toda su gloria. Descubrió que el estado llano no era el estado llano; contrapuso los derechos del hombre al déficit del tesoro, y aconsejó su ejercicio a todos los miserables; por último, decidió la revolución con sus escritos, y la demostró haciéndose leer. Se alejó en una ocasión de su popularidad al defender las propiedades del clero; mas este extraordinario genio no podía relajarse un instante sin pensar de nuevo en sí, y esa distracción le costaba demasiado caro como para arrebatarle el amor del pueblo: así pues, siguió siendo tan adorado como de costumbre. Lo eligen presidente en los casos embarazosos, y reina cuando su salud se lo permite.

SILLERY, confidente, criado y compañero de armas del prudente duque de Orleans. Todo el mundo sabe que en el combate de Ouessant, le salvó la vida con sus consejos, y tal vez le habría salvado el honor, si hubiese podido decidirse a abandonarlo un instante. Tanta devoción por un príncipe popular, ha hecho que lo nombren diputado, y la osadía de sus discursos ha hecho olvidar la debilidad de sus actos. Ha tejido intrigas contra una nobleza que le hacía ruborizarse, y contra tribunales que ya no podían hacerlo temblar, y actuó con tanta destreza, que ha sido incluido en la última estima pública, y el pueblo lo considera un hombre de honor converso.

T

TALON. Este severo magistrado ha sido nombrado lugarteniente civil al crearse el crimen de lesa nación; esperaba al principio tener sólo aristócratas para colgar; mas los hechos del 6 de octubre lo han asustado de sus deberes; vio con piedad que aquel día los más criminales eran los más patriotas; reconoció el gran principio de que en una insurrección, toda justicia debe quedar en suspenso, y presentó su renuncia; entregó, pues, al pueblo todos sus poderes, y ahora sólo manda gente al farol como diputado: habla poco en la Asamblea, y se lo tiene en gran aprecio.

TARGET. Este hábil legislador se ha expuesto constantemente a todo tipo de ridículo, a fin de gobernar con más comodidad, y de dar a sus semejantes repugnancia del poder; en efecto, a través de los abucheos de sus amigos y de sus enemigos, ha visto realizarse todos sus magnos proyectos; de no ser por él, la constitución estaría ya redactada, y quizá ya abrogada. Él es quien la retrasa continuamente trabajando en ella, y quien, con lo profuso de su estilo, la hace de antemano incomprensible. Ora predica "la paz y la concordia, acompañadas por calma y tranquilidad"; ora anuncia "la guerra, acompañada por una victoria o una derrota"; en resumen, habla tanto que no se hace nada, y la libertad sigue imperando. Los amigos de la revolución no saben lo que piden, entonces, cuando suspiran a cada momento por la constitución; no ven que sólo por ésta puede el rey rehacerse, y con él el orden, la justicia, las leyes, todos esos flagelos de los grandes Estados. En vez de bendecir al gran Target y su galimatías, lo motejan sin descanso de charlatán e ignorante. ¡Ingratos!

THOURET, abogado en revoluciones, desde la supresión de los parlamentos. Antes de hacerse cargo de la policía del Estado, había probado con algunos ministros, y como ningún hombre hay grande para sus criados, los había estudiado en los cuartos de la servidumbre; pero la desgracia de dichos ministros prontó le demostró su incapacidad, y Thouret los abandonó. A partir de entonces reina por sí mismo, sea como presidente, sea como informante; y como toda justicia ha sido suprimida, parece cierto que van a crear para él el cargo de canciller de la nación.

THURIOT DE LA ROSIÈRE, vencedor de la Bastilla; estaba ya a punto de obrar portentos de valor, cuando el gobernador se rindió, y fue asesinado con toda tranquilidad. No por ello deja de ser conocido con el nombre de Thuriot *el Valiente*, y suscita la admiración de todos los niños de su barrio.

TREILHARD, honesto abogado, mas cuyo patriotismo ha sido tan ardiente, que borró sus talentos en lugar de hacerlos resaltar. Su manera de pensar era demasiado pura como para no perder mucho al ser expresada, y nada hay en él que sus virtudes no hayan hecho parecer mediocre. Ello explica por qué no ha sido posible

escucharlo y estimarlo al mismo tiempo, y demuestra, a la vez, que su escasa inteligencia se halla en su corazón. Lo nombraron presidente una vez, para estimular su silencio; ocupó el augusto sillón con la más radiante tranquilidad, y a excepción de dormirse, no podía haber mejor manera de mostrarse digno del mismo.

TURCATI, segundo delator de Favras, que comparte la gloria de su muerte con el ilustre Morel. La posteridad sabrá algún día admirada que el pueblo francés, "siempre bueno y siempre justo" (como dice el ilustre La Fayette) obligó al Châletet a colgar a un hombre por sus proyectos, basándose en el testimonio de un reclutador.

V

VALADI, joven revolucionario, que desapareció después de los famosos hechos del 14 de julio; se había hecho expulsar adrede de los Guardias franceses, donde era oficial, con el objeto de seducirlos más fácilmente y entregar ese heroico regimiento a la nación; triunfó en su gloriosa empresa; mas puesto al tanto de todas las recompensas que le aguardaban, huyó con la timidez de un niño.

VAUVILLIERS, teniente de alcalde, y que resultó encargado de la parte más delicada de una revolución, la del abastecimiento. Una nación que destrona y que se gobierna, es muy difícil de alimentar, y el señor Vauvilliers ha salido airosísimo del compromiso; dejó que detuviesen los vehículos con provisiones; dejó que saquearan a los ricos aristócratas, y el pueblo lo ha considerado su padre nutricio. Se ha mantenido así hasta hoy en su puesto, y el prudente Bailly echa sobre él una parte de su gloria.

VILLETTE, el ciudadano más ardiente del café de Valois, y a quien el marqués de Mirabeau ha arrebatado tan injustamente el apodo de *amigo de los hombres*.[24] ¡Cuántos favores le ha prestado a la humanidad en las primeras sacudidas de nuestra regeneración!

[24] Alusión al título de una de las obras más conocidas del marqués de Mirabeau (padre del conde del mismo nombre), economista de la escuela fisiocrática: *L'Ami des hommes ou Traité sur la population* (1756). (N. del T.)

¿No es acaso él quien, con sus principios, ha contribuido más a la tolerancia de todos los cultos? ¿Y no es él quien ha enseñado a sus conciudadanos a bastarse a sí mismos y a dirigir sus fuerzas? ¡Qué pena que un genio tan penetrante no haya podido introducirse en la Asamblea nacional! Los jóvenes oradores del lado equivocado habrían aprendido bajo él a comportarse, y Villette habría erigido la constitución sobre asientos inquebrantables.

Volney, ilustre viajero, que concluyó su vuelta al mundo en Anjou, donde le dijeron que había nacido, y en la Asamblea nacional, adonde lo diputaron. Habituado a las costumbres de Egipto y de Siria, no se espantó ni un instante de los justos asesinatos del pueblo francés; no perdió su elocuencia instruyéndolo y tranquilizándolo, y cerró los ojos ante el bandolerismo necesario para derribar al despotismo. Los viajes, pues, no solamente forman la inteligencia, sino que corrigen también las debilidades del ánimo.

Cartas y escritos para el señor de La Porte (Consejos a Su Majestad Luis XVI)

(1791-1792)



Título de la edición de 1820:
CONSEILS DONNÉS À SA MAJESTÉ LOUIS XVI

Introducción

Arnaud de La Porte, antiguo Intendente General de la Marina, que desempeñaba desde 1790 el cargo de Administrador del presupuesto de la casa del rey (*Intendant de la liste civile*), informaba al soberano en una carta del 19 de abril de 1791 sobre dos visitas que le había hecho el señor de Rivarol, la primera un mes atrás, la segunda la antevíspera. En ambas, el escritor había hablado brevemente de un favor que solicitaba para su padre, y largamente de política; La Porte narra a grandes rasgos lo expuesto por su interlocutor en la última de dichas entrevistas:

"Anteanoche, el señor de Rivarol vino de nuevo a mi casa, donde se quedó más de dos horas. Sólo cuando salía me habló sobre su padre. No sería capaz de transmitir a Vuestra Majestad todo lo que me dijo. Este hombre es de una locuacidad muy poco común; las ideas en su cabeza se atropellan unas a otras. Las transmite con la misma rapidez con que se presentan; para seguirlo se precisa la atención más sostenida.

"Pero veamos las conclusiones. El Rey pierde su popularidad; hay que recuperársela, si no todo está perdido. Hay que emplear, para restituírsela, los mismos medios, las mismas personas que se la han quitado. ¿Quiénes son esas personas? Son los que dominan en las asambleas de las Secciones; como Dantón y otros de la misma especie. Para atraer a esa gente, no se requiere mucho dinero, sino ofrecerles comidas. Obsérvese, dice Rivarol, que esa gente habla mal de la Asamblea nacional; tiene una tendencia natural a criticar sus decretos. Es fácil explicarles que la audacia de la Asamblea se debe únicamente a que el rey no ha puesto obstáculo alguno a sus manejos. Hay que instigarlos a hacer pedir por el pueblo a Su Majestad que reasuma su autoridad, y eso es sencillo."

La Porte prosigue informando al rey que se mantuvo frente a las apreciaciones de Rivarol en la mayor reserva: no entraba en sus funciones aconsejar al soberano en asuntos políticos. "Sin embargo", añade, "tomé nota de su dirección." Pocos días más tarde, Rivarol le enviaba un escrito (el primer *Mémoire*) que se nos ha conservado, en el cual proponía como medios fundamentales para

salvar a la monarquía, abandonar a los llamados aristócratas a su suerte, y tratar de dominar a la Asamblea nacional a través de la captación del estado llano, y en particular del sector más bajo del pueblo, "barro con que siempre se han construido los grandes estados". Tales métodos de acción, únicos que le parecían ofrecer aún alguna posibilidad de salida de la grave situación en que se hundía cada vez más el rey, son desarrollados a lo largo de una correspondencia con La Porte que se extiende hasta fines de 1791; poseemos además un texto autógrafo fechado el 7 de junio del año siguiente, que parece continuar los escritos anteriores, aunque no hay constancia de que haya sido remitido también al dignatario real. Tres días después de redactar este último escrito, Rivarol abandonaba su patria —adonde no le sería dado regresar jamás—, según parece por instancias del mismo Luis XVI, quien había pensado que sus servicios podían ser más útiles a sus hermanos, los condes de Provenza y de Artois, ya en el destierro voluntario. Además, la vida de nuestro autor corría peligro en Francia; su intermediario ante el rey, La Porte, sería una de las primeras víctimas del Tribunal revolucionario, y moriría en la guillotina poco despuís de la partida de Rivarol, en agosto de 1792.

No deja de ser sugestivo que esta serie de cartas y memorias se inicie en abril de 1791, inmediatamente después de fallecido el conde de Mirabeau (el día 2 de dicho mes y año). Rivarol, que en su *Diario Político Nacional* no perdía ocasión de atacar al orador más influyente de la Asamblea nacional, lo acusa abiertamente de venalidad en el *Pequeño Diccionario* de 1790, y, al recordar las intervenciones de Mirabeau a favor de la autoridad regia, comenta irónico que la nación podía permitirle esa "distracción", ya que el mísero estado de las finanzas del rey la tranquilizaba sobre la fidelidad profunda del tribuno. De hecho, Mirabeau estaba ocultamente en tratos con la corte desde cierto tiempo atrás, y a cambio de considerables sumas de dinero iba entregando a Luis XVI sucesivos escritos con consejos para consolidar su posición política; en esta vinculación secreta el marqués de Bouillé y el conde de La Marck desempeñaron un papel en cierto modo análogo al de La Porte con Rivarol. Cuando Mirabeau, en la primavera de 1791, se disponía a actuar según el plan propuesto al rey, arrastrando a la Asamblea, sobrevino su enfermedad y su rápida muerte. Puede conjeturarse que este hecho imprevisto ayudó a que Rivarol, quien por otro lado era ya ampliamente conocido en palacio, tanto por su actividad literaria —su laureado trabajo sobre la universalidad

de la lengua francesa, en particular, le había valido una pensión real—, como por los vibrantes artículos del *Diario Político Nacional*, viera llegar su turno de consejero oficioso de la corona.

En estos papeles no destinados al público, Rivarol, partidario incondicional de la monarquía —ya que para él un gran estado como Francia era ingobernable con otro régimen político—, recomienda, según vimos, recursos poco convencionales para salvarla, o mejor dicho, para refundarla (... *La monarchie recommence*). Mas su sagacidad y su vivo sentido de la realidad debían indicarle que, si tal objetivo era aún asequible, difícilmente se lo lograría mientras permaneciesen en escena los mismos personajes que, por su falta de voluntad o su incapacidad para efectuar las reformas indispensables, habían llevado al Antiguo Régimen a aquella crisis trágica. Y esto incluía no sólo a los nobles, a quienes tan tajantemente aconseja sacrificar, sino al mismo rey. En frase dura, pero justa, diría Rivarol años más tarde que Luis XVI, en cuanto rey, mereció sus infortunios, porque no supo hacer su oficio, aun cuando como hombre no los había merecido, por sus virtudes. Las "necedades de la Corte", tantas veces censuradas públicamente por Rivarol, provenían en gran medida de indecisiones y errores del soberano, que no estaba en poder de éste corregir. Defectos de educación, o carencia de aptitudes naturales, eran a esa altura igualmente irremediables. De ahí las reservas con que nuestro autor comunica sus sugestiones, y las observaciones pesimistas acerca de la inutilidad de la razón en su última carta al señor de La Porte (30 de septiembre de 1791).

De la correspondencia con el administrador real no se desprende que Rivarol haya tenido la oportunidad de conversar personalmente con Luis XVI sobre los temas en ella expuestos. Ciertos periódicos revolucionarios, como la *Chronique de Paris*, afirmaban por entonces que Rivarol era recibido frecuentemente por el monarca, pero el hecho no parece seguro. Nuestro autor figura en las actas del proceso del rey únicamente al mencionarse la conversación con La Porte de que éste da cuenta en la carta que hemos citado parcialmente más arriba. No obstante, en la misma recopilación de documentos, editada por el gobierno revolucionario, en que se nos conservó dicha misiva, aparecen también, aunque sin nombre de autor ni de destinatario, la mayoría de las cartas y memorias que aquí traducimos. Véanse las *Pièces imprimées d'après le décret de la Convention nationale du 5 décembre 1792, an premier de la République, déposées à la Commission ex-*

traordinaire des Douze établie pour le dépouillement des papiers trouvés dans l'armoire de fer; troisième recueil, tomo I, París, 1793. Como señala el título, se trata de documentos hallados en la caja de hierro del rey, que fueron dados a publicidad al entablarse el juicio en su contra.

En 1820, la viuda de Rivarol editó en París todos los escritos y cartas (salvo el que damos en Apéndice), bajo el título de *Conseils donnés à S. M. Louis XVI en 1791 par l'intermédiaire de M. de la Porte, intendant de la liste civile; ouvrage inédit de M. le comte de Rivarol*. Este texto, reproducido por Malassis, *Écrits et Pamphlets de Rivarol*, pp. 51-96, es el que hemos utilizado para nuestra traducción, con ciertas correcciones de Le Breton (cf. su *Rivarol*, p. 366), de quien igualmente tomamos el escrito de 1792 (*ibid.*, pp. 226-229).

G. P.

Primer Escrito para el señor de La Porte

Remitido el 25 de abril de 1791

Aunque no tenga en mucho los consejos retroactivos, y la inteligencia que se manifiesta *cuando ya las cosas sucedieron (l'esprit d'après-coup)*, no debo sin embargo descuidar el pintar un cuadro sucinto de algunos hechos importantes que han influido en la situación del rey y de la monarquía. Dicho cuadro servirá: 1º para esclarecer lo que tengo que decir, y dará peso al plan que propongo, al probar que mis ideas se articulan desde lejos, y toman en consideración tanto las causas como los efectos de la revolución; 2º este cuadro probará que siempre han aconsejado al rey actos que eran forzosos de antemano, lo cual le ha hecho perder el momento oportuno en todos sus sacrificos. Nunca se insistirá demasiado sobre esta verdad, a fin de renunciar lo antes posible a una política tan desafortunada.

Cuando el pavor de la bancarrota hizo necesario un remedio tan violento como los Estados generales, ¿cómo no se dio cuenta enseguida el rey de que el señor Necker lo engañaba? El ministro había dicho y repetido que sólo la mano de la nación podía llenar el abismo del déficit, y apenas llegan los diputados, les habla despectivamente de dicho déficit, y pretende enjugarlo con rapé y otros ingredientes de ese orden. ¿No era evidente que el ministro engañaba o al rey o a los diputados? Yo comuniqué esta observación a S. A. el conde de Artois, quien prometió transmitírsela a Su Majestad.

El descrédito en que cayó bruscamente el señor Necker, tras su discurso inaugural, era un momento favorable; no se lo aprovechó por cierto, y sólo fue destituido dos meses después.

Es sabido en qué condiciones desventajosas fue preciso que el ministro, que no tenía plan, muriese poco a poco de inacción. Como sólo había tomado precauciones contra el rey, no pudo resistir a los ataques.

Por lo que hace a la declaración del 23 de junio, ¿no es evidente que si hubiese sido dada seis meses antes, habría hecho perder no sólo la idea, sino hasta el deseo de reunir los Estados generales?[1]

Hacia los primeros días de julio [de 1789], propuse al mariscal de Broglie y al barón de Breteuil una resolución decisiva.

[1] Cf. el *Diario Político Nacional,* 1ª serie, III. (N. del T.)

Solicité que en el momento mismo en que la Asamblea nacional disputaba al rey el ejército, Su Majestad viniera personalmente a París para disputarle la nación. Júzguese el efecto que habría producido la llegada repentina y voluntaria del rey, que éste propusiese en el Ayuntamiento los principales artículos de una buena constitución, y que diese por sí mismo una mera legítima de segundones a los sacerdotes y a los nobles, que eran entonces los afortunados primogénitos de la nación. Tal actitud, apoyada con algunos repartos de dinero, habría puesto al rey en condiciones de salir de París con una comitiva de veinte a treinta mil hombres, que habrían ido a Versalles para hacer decretar por la Asamblea todo lo que hubiera sido decidido en el Ayuntamiento por el acuerdo de la nación y del rey. El duque de Orleans, a quien hice temer esa gestión (cuando vi que se renunciaba a ella), se asustó a tal punto, que el abate Sieyès me confesó que el duque de Biron y él ya veían el momento en que el príncipe iba a arrojarse a los pies del rey.

Si en el *Champ-de-Mars*, el rey se hubiera adelantado hacia el altar, y tras haber prestado juramento,[2] hubiese dicho en alta voz: "Yo no soy rey de París, sino rey de Francia; quiero ser acompañado por los federados y visitar con ellos mis provincias", parece cierto que nada en el mundo habría contenido el entusiasmo de los federados, que nada los habría separado de la persona del rey.

Por fin, le dije al señor Delessert, al día siguiente de aquel en que se puso alumbrado de fiesta por la convalecencia del rey, que me parecía urgente que Su Majestad aprovechase esa manifestación de afecto público para sacrificarle al pueblo a todos los llamados *aristócratas*. Ese sacrificio no fue hecho oportunamente, y resulta hoy más necesario que meritorio.

Tal es el sistema que ha predominado en el consejo del rey, sistema que consiste en no abandonar una mano sino cuando el brazo está ya gangrenado. Antes de hablar del nuevo plan que debe sustituir a ése, digamos una palabra de los aristócratas, en relación con la fortuna pública y con la situación personal del rey.

Si todos los que llaman aristócratas no hubieran cometido la grave falta de querer resistir, sin medios, al torrente de la revo-

[2] De fidelidad a la constitución. Ello tuvo lugar en la llamada *Fiesta de la Federación*, en el primer aniversario de la toma de la Bastilla, 14 de julio de 1790, ante 300.000 espectadores. (N. del T.)

lución, habrían enarbolado, como el rey, la escarapela por doquier, prestado el juramento, peleado y conseguido fácilmente todos los puestos; estarían hoy a la cabeza de los departamentos y distritos; dominarían en todos los clubes, conducirían al pueblo a su antojo, etc.; mas era menester para ello concebir un plan y seguirlo; mientras que unos huyeron, otros se declararon contra la corte, y el tercio que no la ha abandonado, le ha sido más funesto que sus más ardientes enemigos. Cuando la nave se hunde, si todos se arrojan en el bote, éste se hunde igualmente; además, si el rey había optado por la mansedumbre y el consentimiento a todo, no debía permanecer con los vencidos: es reunir todas las desventajas.

Hoy, los aristócratas que se han pronunciado no sirven para nada por haberse equivocado en todo; los que se han quedado, se pasan la vida en París alrededor de tres mil tapetes verdes, y se consuelan con la pérdida de sus escudos de la de su existencia. Puestos cada día entre el sable y el rastrillo,[3] dan bailes y conciertos; y más afectados por el rigor del invierno que por el rigor de las circunstancias, su única pesadumbre es prever que no habrá hielo el próximo verano. En todo, la corrupción tiene efectos más crueles que la barbarie. Los aristócratas han sucumbido ante los demócratas, por la razón que hizo caer a los galos y a los romanos ante los fundadores de la monarquía. Regla general: toda vez que uno está mejor en su casa que en la calle, debe ser vencido por quienes están mejor en la calle que en su casa. Es el principio de las revoluciones, e incluso de las conquistas.

Plan

Hay que reconocer ante todo que quienes conducen al pueblo no lo conducen de balde. Odio a la corte, afecto por la nación, patriotismo, etc., son ésos meros temas diferentes que cubren todos el mismo interés.

He escrito en alguna parte que en la inauguración de los Estados generales, cuando el rey habló del desdichado estado de la Hacienda pública, el ministro Necker de su virtud, y las tropas se presentaron sólo para desobedecer, la Asamblea perdió, en un día, la esperanza de ser corrompida y el temor de ser reprimida.[4] Ha

[3] *Râteau*; corrección del editor Malassis; la edición de 1820 trae *rideau* ("cortina"). (N. del T.)

[4] La misma frase en el opúsculo sobre La Fayette, *infra*, p. 443. (N. del T.)

destruido muchas cosas con pesar y contra su deseo. Desde ese momento, la Asamblea dio la impresión de que hacía ejecutar todas sus voluntades al rey, pero en definitiva ella ejecutaba a su vez todas las voluntades de una poderosa camarilla que solivianta y calma al pueblo a su antojo; de manera que si el rey es forzado por la Asamblea, ésta es forzada previamente por el populacho. La Asamblea, pues, no es más libre que el rey; no es entonces la Asamblea lo que hay que trabajar, sino el pueblo; y para dominarlo, hay que empeñarse en destruir a la camarilla que crea las tormentas populares, concentra las nubes y las excita cuando le place.

Explicaré de viva voz medios complicados, pero seguros. Perder al duque de Orleans, es lo primero a que se debe apuntar. La separación de la duquesa, a la cual no he dejado de contribuir, es ya un gran paso. Ello ha debilitado el crédito del duque, y le hace más dificultoso obtener préstamos.[5]

Para desenmascarar y perder totalmente al duque de Orleans, es menester, pues, trabajar al pueblo bajo. Dominaremos a todos los pequeños y grandes burgueses, cuando hayamos dominado a la chusma. El barro, bajo Luis XVI, es el mismo que bajo el rey Dagoberto; sin contar que con ese material se han construido siempre los imperios.

Preciso es repetirse con insistencia esta gran verdad: que *la monarquía vuelve a empezar*. Es necesario por eso recurrir a los elementos, es decir sacar del estado llano el partido que de él sacaron los primeros reyes de Francia. Si todas las opciones que se han hecho hasta ahora han sido malas, es porque se dejaba intacta la raíz del mal.

Los medios que he de explicar no serán caros en extremo: con cebollas se construyeron las pirámides de Egipto.

Cuando el duque y su partido hayan sido totalmente destruidos y el pueblo esté en calma, al no estar ya asediado el trono por repetidas tormentas, recobrará mayor brillo y estabilidad. El tiempo traerá oportunidades favorables, sea que la actual legislatura se prolongue, sea que tengamos otra. Pero no debemos dejarnos sorprender por la segunda como lo hemos sido por la primera.[6]

[5] La esposa de Felipe de Orleans era Luisa de Borbón-Penthièvre, mujer de gran fortuna. (N. del T)

[6] La Asamblea nacional, también llamada *constituyente*, se disolvió el 30 de septiembre de ese año 1791, y fue reemplazada al día siguiente por la *Asamblea legislativa*. (N. del T.)

Explicaré mis ideas sobre la bancarrota, que es inevitable, y probaré que esa desgracia puede tener los efectos más favorables para la tranquilidad pública, si el gobierno está bien preparado para ella. Espero también que podamos poner al rey en condiciones de ser acusado por su pueblo de haber dejado debilitarse en exceso la autoridad; será un hermoso momento de la vida del rey, cuando Francia entera le ruegue hacer más firme el gobierno, que es turbio, difuso, y sin vigor alguno.

Mas como París utiliza a la Asamblea para dominar a Francia, París y el populacho de París es lo primero que hay que trabajar.

No me refiero al método adoptado por el conde de Montmorin.[7] El miedo sin más bastaría para aconsejar cuanto ha hecho hasta ahora en nombre del rey. Pero ¿de qué sirven las gestiones que aconseja a Su Majestad, aun cuando tengan momentáneamente buen éxito? ¿No habría sido mejor no hacerlas necesarias? Ésos son meros paliativos; se acostumbra al pueblo a tratar al rey como los hindúes tratan a sus pagodas: las golpean y luego las bañan en llanto.

El sistema del conde de Montmorin no es más que un plan a medias. ¿Qué mérito hay en obedecer al pueblo, cuando esa condescendencia es forzosa? ¿No estaría mejor inspirado impedir al pueblo que exija tanto, y no poner tan a menudo a Su Majestad en escena con él? Mucho desearía que el rey no tuviese tantas ocasiones de mostrar bondades de ese tipo, y de poner a todas las cortes de Europa en el secreto de lo que hace por el pueblo y por la Asamblea, es decir, por la camarilla de Orleans.

Por lo demás, no es culpa de los ministros si no tienen un plan. El gran trastocamiento que se ha producido ha hecho inútiles a las mejores inteligencias, y con mayor razón a las *mediocres*. Los ministros han hecho aplaudir al rey cada vez que ha ido a la Asamblea o que le ha escrito, es decir cada vez que la majestad del trono ha sido ultrajada, y siempre al día siguiente de una revuelta o de algún terrible desorden.

Explicaré en otra parte nuevas ideas.

EL CONDE DE RIVAROL

[7] Ministro de Relaciones Exteriores, que apoyó una política moderada en los asuntos internos. Asesinado en las matanzas de septiembre de 1792. (N. del T.)

Carta del señor conde de Rivarol al señor de La Porte

Remitida el 15 de agosto (?) de 1791[8]

No se precisa una gran sagacidad para descubrir las causas de la tranquilidad momentánea de París: la entrada en vigor de la ley marcial, la dispersión de los republicanos y de los facciosos, y, más que todo eso, una desconfianza extraordinaria sembrada en todos los espíritus. A partir del día en que la escisión del club de los jacobinos ha fraccionado el afecto del pueblo, dividiendo a los hasta entonces sus ídolos, los burgueses y la Guardia nacional se han encolumnado del lado de los *Feuillants* y de la mayoría de la Asamblea; el bajo pueblo y los facciosos sólo ha tenido de su parte a los jacobinos y a algunos diputados republicanos.[9]

Es difícil que esta situación se prolongue; es demasiado violenta, y el pueblo, que brinda tan fácilmente su apoyo, y casi nunca su confianza, puede ser soliviantado de un momento a otro contra el orden que se intenta establecer. Bien puede suceder que los afanes e intrigas de los facciosos no sean siempre reprimidos.

He pensado, por eso, que para mantener la paz en París, y desbaratar los planes de esos clubes facciosos que pueden alterar en un instante la paz de varios departamentos, era menester fundar un club de obreros, con las condiciones siguientes:

Es evidente que constituye un medio eficaz de dirigir hacia el orden y la constitución a esas mentes toscas; que dicho medio no es menos eficaz para poner en descubierto las intrigas y los planes de los que intentan sublevar a los obreros y agitar lo más bajo del pueblo, y que, por último, una vez que el club esté organizado, se puede utilizar su gran maquinaria para producir los efectos más importantes y tal vez los menos esperados.

[8] Según A. Le Breton (*Rivarol*, p. 366), esta carta, debido a sus claras referencias a sucesos posteriores a dicha fecha, no puede ser del *15 de mayo* como figura en las ediciones de 1820 y 1877, sino tal vez del 15 de agosto. (N. del T.)

[9] Los *Feuillants* (en castellano transformados en "Fuldenses"), así llamados por haber establecido su club en el convento de los religiosos de tal nombre (una rama reformada de los cistercienses), sobre la calle Saint-Honoré, no lejos de la sede de los jacobinos, eran moderados como La Fayette y Bailly, partidarios de una monarquía constitucional. La referencia a la ley marcial debe tener vinculación con la dispersión de los manifestantes que el 17 de julio de 1791 se reunieron en el *Champ-de-Mars* a fin de firmar una petición de destitución del rey; la Guardia nacional dio muerte a algunos (hecho por el cual durante el Terror, en 1793, Bailly fue guillotinado en el mismo lugar). (N. del T.)

Me parece urgente montar ese club; el momento de indecisión en que se halla el bajo pueblo es favorable. Una coalición entre las clases más bajas puede llegar a ser terrible. Está presente el recuerdo del 18 de abril:[10] no solamente la fuerza armada cedió ante los obreros, sino que se coligó con ellos, y el general fue obligado a renunciar.

Habría temeridad en confiar en el abatimiento de los facciosos: pueden reanimarse en un día, y, en tal supuesto, habría más temeridad todavía en confiar en la fuerza represiva dirigida contra el pueblo. El medio que propongo es más moderado, más seguro y más amplio que cualquier otro. Me remito a vuestro patriotismo y a vuestras luces.

El conde de Rivarol

[10] De 1789, en que se produjeron sangrientos disturbios en París por la carestía de la vida y los bajos salarios. (N. del T.)

Carta del señor conde de Rivarol al señor de La Porte

Maisons,[11] *2 de septiembre de 1791.*

Aquí estoy, señor, como San Rústico, en una ermita, desde donde observo hace ya algunos días los movimientos tempestuosos de nuestro navío político. En cuanto vi que la Asamblea nacional se asustaba, con justa razón, de la pendiente republicana en que los clubes ponían al Estado, y de los riesgos que corrían tanto la persona de Luis XVI como el trono, comprendí que se constituiría pronto una mayoría que se enseñorearía de la revisión de los decretos. Dicha mayoría, secundada por el silencio de la minoría, ha hecho cuanto podía, a pesar de los gritos de los jacobinos, en favor del rey. Le dictará también la manera en que debe aceptar la constitución, etc. Por eso no me ocupo de tales detalles. He meditado solamente sobre los medios que podría utilizar el rey para reconquistar la opinión y aun el afecto públicos, y no he hallado otro mejor que el discurso que sigue... Lo someto a vuestra reflexión; mas si os debo hablar en conciencia, creo que hay que ser enemigo del rey y del sentido común para no aconsejar a Luis XVI la publicación de este discurso, dentro de los cuatro o cinco días que sigan a su aceptación de la constitución. Pues no ignoráis, señor, que una parte de la nación acusa al rey de imbecilidad por haber sancionado cuanto se le presentó, y la otra lo acusa de falsedad por haber protestado. ¿De qué sirve disimularse la situación del rey ante la opinión pública? ¿De qué serviría andar con miramientos de lenguaje? Su inteligencia y su corazón son inculpados por igual. Este discurso, cuya primera parte es un impulso, y cuya segunda es una confesión razonada, puede devolverle las mentalidades más rebeldes. Una vez más, me remito a vuestro criterio. Vos veis, señor, y prevéis, que hay y que habrá una lucha a muerte entre la monarquía constitucional y los jacobinos, y esa lucha va a entablarse con más brío con la segunda legislatura. El rey no puede asestarle un golpe más doloroso que este discurso, y no debe pensar ni un minuto en querer tenerles consideraciones o atraerlos, pues son sus enemigos natos.

No os reitero aquí mis sentimientos; vos sabéis, señor, cuál es mi devoción por vos.

El conde de Rivarol

[11] Maisons-Laffitte, a pocos kilómetros al N.O. de París. (N. del T.)

Ensayo de discurso del rey a los franceses, tras la aceptación de la constitución. Este discurso es apropiado para todas las circunstancias, incluso si se supone una irrupción de los enemigos y de los emigrados

"Si yo fuera un príncipe extranjero para Francia, como el elector de Sajonia lo es para Polonia, en vano me habría ofrecido la Asamblea nacional la recopilación de sus decretos: una constitución basada en tantos escollos sólo me habría provocado temor. No habría presumido tanto de mí y de mi destino como para aceptar un imperio sin finanzas, un ejército sin disciplina y una administración violentada por los clubes; ¿qué reino resistiría en ningún caso a esas tres causas de destrucción, a esos principios de muerte?

"Mas yo estoy atado a Francia por demasiados nudos, le pertenezco por demasiados vínculos de sangre y de amor; la vista del más grave de los peligros no puede separarme de ella. ¿Olvidaré acaso ochocientos años de destinos comunes de mi familia y la nación, y a treinta reyes mis mayores, y a mi hijo, y a tantos franceses que permanecen fieles? No, sin duda; ascenderé a este navío azotado por las tempestades, a este navío cargado de tantos temores y tantas esperanzas. ¡Vamos, franceses, intentémoslo, internémonos en mares ignotos, y si hemos de perecer, perezcamos juntos!

"Este día que me une a vosotros, me ofrece también la oportunidad de confesar ante Francia, y ante Europa entera, dos errores fundamentales, que han decidido mi suerte y la del Estado. Uno ha sido llamar a la democracia en auxilio de la monarquía, y el otro sancionar ciegamente todos los decretos de la Asamblea.

"Con mi primer error, ponía en peligro al Estado, ya que si las repúblicas han perecido por un solo hombre, yo habría debido temer que la monarquía sucumbiese entre tantas manos.

"Por eso todo me hace creer que, si el amor de los franceses hacia su rey, y tal vez el genio de Francia, no hubiesen prevalecido sobre las facciones, hasta el nombre de la monarquía habría sido abolido irreversiblemente, a pesar de la naturaleza eterna de las cosas, que llama a una gran potencia a la forma monárquica.

"Con mi segundo error, quiero decir con mis sanciones concedidas a ciegas a todos los decretos, he comprometido, lo confieso, mi razón y mi carácter.

"He comprometido mi razón, puesto que he sancionado varios

decretos que lesionaban las luces de la naturaleza, y de los cuales la misma Asamblea se ha retractado ya; puesto que he sancionado, el 4 de febrero de 1790, la Constitución redactada y por redactarse, apropiada o no para este vasto reino.

"He comprometido mi carácter, puesto que he sancionado decretos que rechazaban mi mente y mi corazón, y contra los cuales debía protestar un día.

"He arriesgado así mi reputación de franqueza, el único bien que la fortuna debió dejarme. Esta doble confesión que aquí hago prueba cuánto deseo que se pueda confiar en mí; pues habría podido disculparme alegando el temor de detener, al rehusar la sanción, la marcha de la Asamblea, alegando el temor de causar divisiones intestinas en el Estado. Pero después de tantas faltas e infortunios, no me queda más que su confesión, y el arrepentimiento, para preparar el término de aquéllas y el olvido de éstos."

Carta del señor conde de Rivarol al señor de La Porte

Maisons, 10 de septiembre [*de 1791*] [12]

Aquí tenéis algunos otros vistazos del ermitaño que someto, señor, a vuestro juicio. Estamos al borde de una crisis decisiva, sea que el reino sufra un choque exterior, sea que quede abandonado a las contingencias de la administración tempestuosa que le preparan. Veréis que mi opinión es que la nave del Estado puede ser salvada mediante una maniobra hábil, y que no tiene necesidad de ser remolcada por otros navíos que sólo pueden ofrecerle puertos sospechosos o una costa enemiga.

En el año 500 y hasta el siglo VII, el viento sopló del lado de los altos pares, de los leudes o señores; desde el siglo VIII hasta el XI, dominó la Iglesia. Con posterioridad a esa época, los reyes, ayudados por el estado llano, han acabado por someter a la Iglesia y a la nobleza. En todas esas épocas, la habilidad consistió siempre en tomar nota del tiempo, y en discernir claramente el resorte secreto del Estado.

No creo que mis reflexiones sobre este importante tema os fatiguen o puedan desplaceros; vuestro celo por Su Majestad me es sabido, y no ignoráis mis sentimientos hacia vos.

EL CONDE DE RIVAROL

Observaciones relativas al discurso propuesto al rey, remitido [13] al señor de La Porte el 4 de septiembre de 1791

Si se considera al rey como piloto de una nave, es evidente que el Estado, o sea la nave, es llevado por aguas a veces dóciles y a veces insumisas, y esas aguas son el pueblo. Tal imagen, la más natural de todas, nos dice que el piloto debe salvar la nave, y no

[12] Las ediciones de 1820 y 1877 ponen como toda fecha: "Remitida el 11 de septiembre de 1791". (N. del T.)

[13] Así parece debía decir el original, en lugar del "remitidas" de las ediciones posteriores. Estas observaciones forman un solo cuerpo con la carta precedente, que es del 10 de septiembre. Pero por otro lado esta lectura supone que el discurso del rey, y la carta que lo acompaña, fueron enviados el día 4, y no el 2 de ese mes; en la edición de 1793 no tienen fecha alguna. (N. del T.)

separarse jamás de ella, cualquiera sea el precio; sus maniobras han de variar como el tiempo, y seguir todos los movimientos de las aguas, a las cuales domina en verdad, pero que a menudo pueden cubrirlo. Ahora bien, vemos en la historia que los reyes de Francia siempre han perecido o se han preservado mediante la *parte fuerte* de su tiempo. Voy a explicar mi pensamiento.

La reina Brunilda sucumbió por haber comenzado demasiado temprano la obra de Luis XI, es decir el rebajamiento de los señores. Clotario fue obligado, no sólo a abandonar a su abuela, sino a denunciarla él mismo a los señores, quienes a tal punto eran la *parte fuerte* de su tiempo, que podían destronar a los reyes, y despojar a la Iglesia impunemente.

Bajo la segunda dinastía, los obispos resultaron la *parte fuerte*: de donde, por no haber sabido coligarse con ellos, los descendientes de Carlomagno fueron por ellos depuestos. Ludovico Pío y uno de sus hijos confesaban que debían su cetro nada más que a los obispos.

Francisco I y Enrique IV decían ser los primeros gentileshombres de su reino, y tal frase, que sería la pérdida irremisible de Luis XVI, les dio óptimo resultado, porque esos reyes, envueltos en guerras desafortunadas, sólo podían reinar merced a la nobleza, que era la *parte fuerte*, y que dominaba en los ejércitos y en el resto de Europa, por aquel espíritu de caballería que ya no existe.

Luis XIII y Luis XIV, que habían concentrado todos los poderes, y daban a su pueblo la brillante y costosa distracción de las victorias y de las grandes empresas, no dejaban de dominar merced a la *parte fuerte* de su tiempo, quiero decir, merced a la nobleza y a la Iglesia reunidas.

Cuando el dinero, por último, todo lo hubo igualado, porque todo corría tras él, Luis XV vivió indolentemente de las migajas de la mesa de Luis XIV, y lo que de éstas quedaba no ha podido conducir a Luis XVI más allá de su décimoquinto año de reinado.

En ese momento, los espíritus sólo aguardaban un pretexto para alborotarse: el temor de la bancarrota lo proveyó, y forzó a convocar los Estados generales. A partir de ese momento, hubo traslado de soberanía. Cuatro facciones enemigas (caso único en la historia) se han dado la mano para hacer una revolución:

1º Los restos de los jansenistas, y todos los parlamentarios, que querían destruir la ostentación del alto clero.

2º Los protestantes, que querían destruir a Roma.

3º Los capitalistas, que querían los bienes del clero.

4º Por último, la turba de los filósofos y razonadores, que querían abolir la religión y la nobleza, y que, después de devorar a esas dos víctimas, y de alcanzar con sus golpes a la realeza, ha prevalecido en tal grado y se ha servido tan bien de las otras tres facciones, que conducirían al reino de la desintegración o a la peor de las repúblicas, si no hubiese oposición a su avance.

Eso es lo que había que ver claramente cuando la inauguración de los Estados generales, y si el rey hubiera sido aconsejado con estos hechos e ideas generales en vista, no es dudoso que Su Majestad habría renunciado al apoyo de la Iglesia y de la nobleza, para reinar a partir de entonces con la *parte fuerte*, quiero decir con los principios populares; porque es necesario, después de todo, que el reino sea regido, es decir que el rey reine; es necesario que la nave avance, cualquiera sea el viento que sople. Cuando un apoyo de la monarquía se ha podrido, preciso es que elija otro. Y los nobles y los sacerdotes nada podían hacer por la realeza, puesto que nada han podido por sí mismos. Habrían podido servir al rey si hubiesen podido perjudicarle; mas sufrían de todos los tipos de impotencia, y su sumisión a la corte, que los hacía amables, venía únicamente de tal impotencia; habrían tenido menos gentileza si hubieran tenido más poder. El rey no podía, pues, apoyarse en ellos, sin caer con ellos; todo lo que podía hacer Su Majestad por el estamento de la nobleza, era rehusarse a sancionar el decreto que abolía los títulos, y la Asamblea se lo esperaba.

Cuando dije que Su Majestad no habría debido adoptar nunca el sistema de sancionar todo ciegamente, fue porque semejante sistema suponía necesariamente que un día el rey tendría que apelar de todas sus sanciones forzadas; mas ¿a qué tribunal con poder suficiente podía Su Majestad apelar? ¿Existe alguno en Europa para un rey de Francia, cuando éste no puede confiar en el ejército? Habría sido muy prudente, entonces, que ante cada decreto susceptible de observaciones, el rey hubiese comunicado las suyas a la Asamblea nacional, y de suponerse que la Asamblea no les hubiera hecho ningún caso, tales observaciones al margen, junto a los decretos, constituirían hoy una valiosa colección, que, distribuida profusamente por el reino, habría atraído nuevamente a las personas bienintencionadas, disminuido la influencia de los clubes, preparado cambios favorables en la Constitución, y al menos habría hecho muy sencilla la protesta futura de Su Majestad. Pues, en todo terreno, un rey no debe jamás chocar con el espíritu dominante de su siglo, cuando puede reinar mediante ese espíritu

con un poco de habilidad. Y lo que domina hoy en día es el razonamiento; hasta las armas han cedido ante los razonamientos buenos o malos.

Ahora, para pasar a aplicaciones más actuales a la situación del rey, es seguro que, prácticamente olvidado el asunto de Varennes,[14] si la contrarrevolución hubiese dependido de la mayoría de la Asamblea, se habría producido; se hizo lo que se pudo. No insisto sobre las medidas adoptadas por dicha mayoría, las modificaciones que ha efectuado en la constitución, los sacrificios adicionales que ha exigido, etc.; todo ello es suficientemente conocido.

Mas digo que la posición actual de Su Majestad no sería por cierto mala, y que un poco de habilidad y de *coherencia* en los ministros llevaría con bastante rapidez al monarca a un grado considerable de autoridad, si no hubiese dos dificultades mayores que saltan a la vista de todos: 1º) los emigrados; 2º) los clubes; peligros en el exterior, peligros en el interior.

En primer lugar, los emigrados, sin darse cuenta, han dado hasta ahora un alto grado de energía a la Asamblea; los terrores que ellos inspiran son lo que congrega a todos los corazones y espíritus en torno al cuerpo legislativo. Efectivamente, si los emigrados hubiesen regresado hace seis meses, y si los franceses no tuvieran temor a ese respecto, no es dudoso que la Asamblea nacional habría sufrido grandes afrentas hace rato, y tales afrentas habrían redundado en beneficio del trono... He de observar igualmente, a propósito de los emigrados, que los príncipes resultan quizá más seducidos por las afirmaciones de esa nobleza ardiente que los rodea, y por el porte heroico y novelesco que les da su posición, que por las promesas de las potencias extranjeras. Pues ¿cómo podría el conde de Artois tener en momento alguno plena seguridad sobre las verdaderas intenciones del emperador y del rey de Prusia? Es más que probable que dichas potencias sólo les concederán a los príncipes emigrados (si es que les conceden algo), sólo les concederán, digo, una ayuda que no estará a la altura de una empresa de tanta envergadura; darán lo suficiente para atormentar a Francia, no para hacer un cambio de fondo en ella. Por otra parte, aun cuando las potencias extranjeras fuesen magníficas en sus dones, y leales en sus intenciones y en su conducta, aun cuando los príncipes franceses, tras haber derribado todo obstáculo,

[14] La detención de Luis XVI en Varennes, cuando intentaba huir al extranjero con su familia, había tenido lugar el 21 de junio de 1791. (N. del T.)

entrasen triunfantes en París, me parece que sus dificultades comenzarían al día siguiente de sus victorias: no es todo vencer, hay que reinar; y para reinar, hay que pagar. ¿Qué resultaría del rey, con esa nobleza a la cual habría que engordar de nuevo, con ese clero que solicitaría otra vez sus beneficios, con todo el déficit anterior, y casi dos mil millones en papeles de bonos, o en papeles malos, que circulan por el reino? Sería entonces preciso que el rey retuviera en sus estados una guarnición de doscientos mil alemanes. (¿Y el costo de semejante guerra?) Pero ¿podrán todas las potencias de Europa dar a Su Majestad un poder más ilimitado que aquel de que gozaba en el momento en que se reunieron los Estados generales? Y sin embargo, en aquel momento, no se sabía qué camino tomar; se estaba entre la bancarrota y los Estados generales, y se decidió finalmente este violento remedio. Parece, por lo tanto, que, de suponerse buen éxito, un gran ejército victorioso sólo habría servido para las venganzas de los nobles, de los sacerdotes y de los príncipes. (Podrán decirme que el emperador y el rey de Prusia sólo enviarían a sus soldados a Francia para extinguir esa democracia que amenaza a todos los tronos. La contestación a ese sofisma me llevaría demasiado lejos.) Nada veo en ello para Su Majestad, si no es que después de pasar dos largos años en medio de los horrores de una revolución, volvería a sumergirse en las angustias de una contrarrevolución por no se sabe cuánto tiempo, y eso, en el momento en que Su Majestad iba a disfrutar de un poco de descanso, y del espectáculo de las dificultades de una nueva legislatura, no sin alguna esperanza de aumentar su influencia sobre ella en poco tiempo, y de reconquistar a todos los espíritus bien dispuestos, ya que ni por un momento se pensará en inculpar al monarca del mal éxito de los asignados, de los obstáculos de la administración, y de la indisciplina del ejército. Ahora bien, un rey de quien en ningún momento piensa uno en quejarse, se convierte del modo más natural en centro del afecto público; como un rey que lo puede todo y responde de todo, está expuesto en todo momento a toda la maledicencia. Digo yo que si los príncipes franceses se hiciesen estas reflexiones, y si no separasen su causa de la del rey, no tardarían en regresar a Francia, de suponer que no les fuese tan difícil salirse de las manos de una nobleza inquieta y celosa como le ha sido a Su Majestad sustraerse a las que han atentado contra su libertad. Al respecto he de observar que un príncipe no es prisionero más que de aquellos cuyo rey no sabe y no quiere ser. Pues, por un lado, es verosímil

que los emigrados retendrían por la fuerza al conde de Artois, si advirtieran que dicho príncipe quiere abandonarlos, y por el otro, los parisienses más exaltados verían sin inquietud a Su Majestad viajando por Europa, si estuviesen seguros de que Luis XVI no quiere ya ser el rey de los nobles. ¡Gran lección para todos los reyes! Sólo deben tener en vista su trono y su descendencia. Todo cuanto pone en peligro a la realeza debe serles enemigo. Un rey no es ni sacerdote, ni obispo, ni gentilhombre, ni pueblo: *es rey*, y todos los medios que mantienen la forma monárquica son los suyos. Todo lo demás le es más que ajeno. Su Majestad no puede ahora gobernar el Estado sino mediante el recurso popular de un cuerpo legislativo; mas puede hacerlo con una fuerza y un acierto proporcionales a la habilidad de sus ministros.

En lo que se refiere a los clubes de jacobinos diseminados por toda la superficie del reino, y que son la segunda de las dificultades vinculadas con la situación presente del Estado y del rey, he de reconocer que es posible que influyan violentamente en la legislación próxima, y que entablen una lucha entre la realeza y su pretendido republicanismo; mas he de demostrar, en otro escrito, que es posible, para ministros con un poco de habilidad, armar al cuerpo legislativo y a los departamentos contra los clubes. La paz del reino y la tranquilidad del monarca dependen en todo sentido de esa gran medida.

Carta del señor conde de Rivarol al señor de La Porte

Martes 14 de septiembre [*de 1791*].[15]

He olvidado, señor, una idea bastante importante, y la demora que el rey impone a la sanción final de la constitución es lo que me la ha traído nuevamente a las mientes. Me parece que, según el ejemplo de la Asamblea nacional, Su Majestad puede dejar, para sí y para sus ministros, una puerta abierta a las modificaciones y a los cambios acertados y necesarios que sea menester efectuar en la constitución. Tal vez Su Majestad ha tenido ya la idea, y deseo que así sea; porque si el rey aceptase lisa y llanamente la constitución, se levantarían gritos espantosos, sospechas ultrajantes, y aun resistencias, ante el menor cambio que propusiera Su Majestad. Esto es, aproximadamente, lo que se podría insertar en el acta de aceptación:

"Nuca ha salido nada perfecto de mano de los hombres; sólo a la experiencia atañe confirmar y sancionar los esfuerzos de nuestra débil razón. Por eso la misma Asamblea nacional ha asentado con una prudente desconfianza la última piedra de su magno edificio: ha reconocido el derecho imprescriptible que tienen los franceses a corregir e incluso a cambiar la constitución; y como si hubiera temido que el gusto por la perfección quisiese introducir cambios prematuros, ha invitado a la nación a pasar una prueba de treinta años. Mas la Asamblea ha pensado a la vez que la tercera legislatura hiciese experimentar cambios a la constitución. Dichos cambios serán propuestos primero y luego ejecutados por los representantes de la nación. Este solo término me traza mi derecho y mi deber: porque también yo soy representante de la nación, y su representante perpetuo. A mí me atañe entonces velar por la constitución, y mientras me esfuerzo cuanto puedo en garantizar su avance y sus éxitos, a mí me atañe también espiar sus imperfecciones. Acepto, pues, la constitución, tal como la Asamblea nacional la ha propuesto, con el mismo espíritu de prudencia y de temor, con la firme convicción de que me corresponde, igual que a todos los representantes del pueblo francés, observar sus imperfecciones, indicar el remedio, y promover su mejoramiento, con todo el poder que me da esa misma constitución. Parece que

[15] En las ediciones de 1820 y 1877 tiene fecha del 13 de septiembre. (N. del T.)

esta idea general de la primera de mis funciones era inútil explicitarla aquí; pero señalo a la nación que si hubiese yo aceptado simplemente y sin esta reflexión, el conjunto de decretos constitucionales, no habrían faltado espíritus facciosos y malévolos que, ante la primera observación, el primer acto que me hubiese inspirado el amor del bien público, habrían dicho y repetido que yo había dado una sanción pura y simple; habrían puesto en tela de juicio mi franqueza."

Vos usaréis, señor, la idea expuesta como os plazca. Os ruego tan sólo acordaros de que Isabel, reina de Inglaterra, joven aún y prisionera de María, su cruel hermana, se libró de sus dificultades mediante el recurso que propongo aquí para Su Majestad.

Mil perdones por tanta prosa.

El conde de Rivarol

Segundo Escrito sobre el estado presente y futuro del Gobierno

Remitido al señor de La Porte, el 22 de septiembre de 1791.[16]

No hay que juzgar a la Asamblea nacional según los principios de la probidad, ni siquiera según los de la religión, sino según los principios de la política; pues: 1º si se la juzgara de acuerdo con principios que no son los suyos, nunca se entendería uno con ella, y se obraría como si nunca se debiera enfrentarla; 2º se caería en la falsa y mezquina conducta de la minoría y del ministro Necker, quien, para usar una imagen familiar, *encargado de un molino de agua, observaba de qué lado soplaba el viento.*

Mas eso no es todo: si el rey se refugiase en los principios de la minoría, Su Majestad actuaría:

1º Como un simple particular; lo cual lo alejaría siempre de su verdadera posición.

2º Actuaría como víctima de la revolución, cosa que no sólo no hay que confesar, sino que hay que ocultar cuidadosamente, y prestamente reparar; es el objeto de estas reflexiones.

3º Por último, si Su Majestad hiciera suponer o creer que se adhiere a las antiguas máximas, y que los principios vigentes chocan a su inteligencia o a su conciencia, no solamente perdería para siempre el crédito que le es tan necesario, sino que endurecería al pueblo en su obcecación; pues la multitud se atiesa contra la razón, cuando le es presentada por manos que le han hecho sospechosas. La única manera de servir a la razón en tiempos de arrebato y de locura, es parecer abandonarla. En una palabra, el rey puede, poniéndose con método y coherencia de parte de la fuerza, volver a poner ésta a los pies de la razón; porque Su Majestad, alineándose con los que dominan, parecería estar más en su lugar; un rey no es, efectivamente, sino el jefe del más fuerte, y es porque se hace jefe del más fuerte que termina por convertirse en protector del mas débil.

Digo entonces que para gobernar un reino en la situación en que se halla Francia, y para gobernarlo desde el lugar en que se halla el rey, es menester: 1º juzgar esas dos situaciones con espíritu político, y no desde puntos de vista puramente morales o re-

[16] Sin fecha en la edición de 1793. (N. del T.)

ligiosos; 2º utilizar todos los recursos de fuerza que le quedan al Estado.

Pues, por una parte, la Asamblea nacional estaría encantada de que la siguiesen acusando de haber destruido a la nobleza y al clero; pues haciéndolo es como ha triunfado de todo, y ha deleitado al pueblo. Pero ¿es propio de un rey dejarse arrebatar el amor de su pueblo, y su tranquilidad y su misma libertad, por la insolencia de una mayoría, o la falta de política de una minoría? ¿Querrá acaso esa minoría persuadir al rey de que vaya a mendigar en las cortes de Europa fuerzas que puede él encontrar en su paciencia y en su habilidad? La minoría debería saber que si el rey se hace él mismo víctima, no salvará a ninguna otra. Una oveja nunca ha salvado a otra oveja de las fauces del lobo.

Que Su Majestad observe, por lo demás, el gran partido que la mayoría ha sacado de las injurias que la minoría le ha prodigado siempre, y si esa minoría está tan ofendida con el nuevo orden de cosas como para quejarse del rey, si no tiene ni paciencia ni política, sucederá, a no dudarlo, que sus quejas serán muy beneficiosas para Su Majestad, pues le atraerán la confianza del pueblo, y harán que reemplace a la Asamblea nacional en el afecto público. De tal manera, las víctimas de la revolución jamás estarán más próximas a ser protegidas por el rey, que cuando parezcan no contar ya con él. Me basta, como prueba de estas máximas, la opinión que se ha deslizado entre el pueblo, de que la reina se oponía hacía rato a los resultados de la buena voluntad del emperador para con los príncipes.[17] Tal opinión, que tal vez sólo había sido propagada para enemistar a la reina con el conde de Artois, ha cambiado notablemente las disposiciones del populacho respecto de la princesa, y el bien ha salido del mal.

Mas dejemos a la minoría y veamos con qué método puede conseguir el rey el gran objetivo que buscamos.

En moral, se perece con crímenes, y en política, con errores. La Asamblea nacional, que ha triunfado por aquéllos, perecerá por éstos. No hay que reprocharle entonces sus crímenes, pero hay que exponer claramente sus errores, y sacarlos a plena luz. El rey, como un músico hábil, debe tocar el instrumento que le es confiado, y a fuerza de sacar de él acordes desafinados, demostrar bien que no sirve, y hacer que Francia lo aborrezca. He ahí, en

[17] Era por entonces emperador de Alemania y Austria Leopoldo II, hermano de María Antonieta. (N. del T.)

una palabra, a qué se reduce y debe reducirse el espíritu del gobierno, en el momento en que estamos. Pero hacen falta para ello manos ágiles y bien ejercitadas; porque ministros torpes se harán acusar siempre de arruinar el instrumento, y la gloria de los que lo montaron quedará a salvo, a costa de quienes con él interpreten: prestemos atención a los ejemplos.

Un principio fundamental en política es que, cuando el primer motor de un Estado es simple, sus agentes deben ser compuestos; pero cuando el primer motor es compuesto, sus agentes deben ser simples. Así, el senado de Roma no enviaba a otros senados a gobernar las provincias: enviaba cónsules, procónsules, cuestores, y siempre agentes simples. Mas la Asamblea nacional ha llenado el reino de pequeñas asambleas nacionales. Hay superfluidad de democracia en su obra, lo cual pone tantas trabas en la marcha del gobierno, como había antes de arbitrariedad, cuando el rey enviaba virreyes a las provincias, quiero decir intendentes y comandantes. Por eso hay que hacer justicia a Su Majestad diciendo que había adoptado el sistema de asambleas provinciales; mas, en la situación actual, preciso sería, o que la Asamblea nacional tuviese solamente comisionados en cada departamento, en lugar de directorios,[18] o, si dichos directorios subsisten, que no hubiese ya una Asamblea nacional en París.

Es éste un principio incontestable, y una de las mayores faltas de la Asamblea ha sido haberse dejado arrastrar por la popularidad hasta el punto de poner asambleas por todas partes. De allí resulta que en el Estado el tiempo se pasa en deliberaciones, y no hay acción. Todos proponen, todos se oponen, nadie ejecuta, nadie obedece, y podría decirse que el Estado se halla enfermo de soberanía enquistada. A los ministros corresponde mostrar, a cada momento, el funcionamiento de la máquina trabado, y mostrarlo patentemente, y sin embargo no lo hacen.

Un segundo principio en política dice que no se obtiene, en dos momentos distintos, el mismo efecto de la misma causa, y que es preciso saber cambiar de instrumento. Así, el cincel que ha hecho la estatua, la arruinaría si se continuara usándolo. Pero la Asamblea nacional no ha sabido deshacerse oportunamente de los clubes, que, después de haberle desbastado la obra, soliviantando a los pueblos, se hallan hoy en situación de demoler esa misma obra, prosiguiendo

[18] Este término no tenía aún el sentido específico que adquirió en la constitución del año III (1795). (N. del T.)

su acción subversiva en el reino. Y no sólo no ha abolido a los clubes, sino que les ha entregado el ejército, y toda disciplina se ha perdido. Los clubes influyen igualmente sobre los tribunales, y toda justicia es arbitraria. Los ministros que han descubierto múltiples pruebas de todos esos males, los han mencionado blandamente a la Asamblea, y han desistido más blandamente aún de combatirlos; y voy a decir por qué, sin emplear más tiempo en recorrer las otras faltas constitucionales y políticas de la Asamblea, ya que son suficientemente conocidas.

Los ministros, desde que se ha declarado su responsabilidad ante la legislatura, no son ya los ministros de Su Majestad, sino los de la Asamblea. Dicha ley de responsabilidad ha cambiado completamente su naturaleza. Eso es algo que no hay que perder de vista en ningún momento. La Asamblea hace que les paguen; la Asamblea hace que los destituyan: sólo ven a la Asamblea. En una palabra, no están hoy por el rey más de lo que estaban otrora por el pueblo. Por lo demás, aun cuando hubiese un ministro que mostrara adhesión a la persona de Luis XVI, sería necesariamente infiel al monarca al no ser fiel a sus principios: adhesión sin sistema, es corazón sin inteligencia.

Ministros inhábiles creen que el único modo de agradar a la Asamblea nacional es disimularle los defectos de su obra, y ocultarle cuidadosamente todos los inconvenientes de la administración general y particular del reino; creen que el único modo de conquistar al pueblo, que sospecha de ellos, es a través de los facciosos que lo gobiernan y que lo malquistarán siempre. Mas esos ministros poco duchos no ven que su única función, como su único talento, consiste en confundir a la Asamblea nacional, en poner en evidencia sus fallas, en ponerla en contradicción consigo misma, en desavenencia con los clubes, etc. . . ., y no en granjearse la simpatía de dicha Asamblea y del pueblo. Eso es lo que deberían ver; pero la responsabilidad les hace perder la cabeza.

¿Qué importancia tiene, en efecto, construirse una mayoría dentro del cuerpo legislativo, si para lo único que sirve el entendimiento con ella es para ocultar las insensateces de ese mismo cuerpo? Los ministros del rey de Inglaterra no se hacen una mayoría en el parlamento más que para dominarlo, y para aplastar en todo momento al partido de los facciosos. Pero los ministros franceses sólo han sido hasta ahora aduladores de los enemigos de su señor.

La carta de Su Majestad a la Asamblea para aceptar la constitución es una prueba bastante patente de lo que afirmo.

Su Majestad, al decir que aceptaba, no habría debido añadir que

"haría ejecutar". Nada lo obligaba a asumir tal compromiso que lo convierte, en cierto modo, en responsable del buen éxito de la constitución; pues como ese buen éxito prácticamente no es posible, y todo el arte de los ministros se reduce a demostrar que efectivamente no es posible, es muy extraño que se hayan puesto en la necesidad de ejecutar una cosa inejecutable. El pueblo y la Asamblea les reprocharán a ellos la no ejecución, puesto que se afirma en la respuesta del rey, que "se ha meditado bien antes de aceptar, y especialmente antes de hacer ejecutar".

Lo mismo puedo decir de los elogios que se han hecho a la Asamblea nacional a propósito del restablecimiento de la disciplina en el ejército, y de la supresión de los abusos de la prensa.

Su Majestad, por último, no podía prometer seguridad a los emigrados; pues si algunos de esos expatriados, al regresar ahora a Francia, fueran destrozados por el pueblo, ¡cuánto sería el dolor de Su Majestad! .

Lo necesario entonces, de parte del rey, era una aceptación pura y simple, y remitirse en lo referente al resultado a la experiencia, piedra de toque de todas las instituciones humanas. En todo respecto se ve que ese documento ha sido redactado para agradar a los principales jefes de la Asamblea. No hay más que golpes de incensario para los autores de la Constitución; pasemos por fin al verdadero remedio.

Para obviar los inconvenientes que surgen de la naturaleza del ministerio actual, es muy urgente, a mi ver, que Su Majestad se constituya un consejo secreto y privado, el cual, al no sentirse paralizado por el pavor de la responsabilidad, y al contar con un sistema coherente de principios y acciones, se hallará en condiciones de juzgar mejor los movimientos del reino y de la Asamblea nacional.[19] Este consejo preparará el trabajo de los ministros; y de acuerdo con dicho trabajo prescribirá Su Majestad a los ministros lo que tendrán que decir en la Asamblea, ya que se les permite, al fin, hablar en ella. Sin este medio, el ministerio actual seguirá sin plan y sin valentía, y no se sacará provecho ni de los acontecimientos, ni de los errores de la Asamblea, ni de las disposiciones del pueblo, ni de los cambios de la opinión. Estos cambios están más cercanos de lo que se cree. En cuanto el pueblo tenga un poco de confianza en que el rey no quiere abandonarlo, no hay afrenta que no haga a sus legisladores.

[19] No es muy aventurado suponer que Rivarol se veía a sí mismo integrando tal consejo privado... (N. del T.)

Ved con qué cruel perseverancia le pide cuenta de las finanzas, desde que está tranquilo sobre la aceptación [de la constitución].

Es verdad que la próxima legislatura va a alejar la tormenta que la amenazaría a su vez cuando acabara su mandato, porque el ejemplo de la actual es más que apropiado para intimidarla;[20] mas ese cambio en el pueblo prueba mis principios.

Se dirá: "Pero ¿cómo acariciar esperanzas, y seguir algún plan? Francia se encuentra sin ejército, sin flota, sin policía, sin dinero, sin comercio, sin crédito, sin aliados; toda autoridad se ha perdido en el interior, todo poder en el exterior." Sí, sin duda, mas es el exceso del mal lo que me hace entrever el remedio; porque yo no tendría esperanzas por el rey, si la Asamblea nacional, al mismo tiempo que destruía la autoridad en el interior, se hubiese hecho respetable en el exterior, si hubiese concluido alianzas, cubierto las fronteras con un buen ejército, el mar con una flota formidable.[21]

Veo en el futuro que una legislatura bien conducida puede librarnos de los clubes, y una guerra bien llevada, de esta monstruosa constitución, al darnos un ejército: sólo hace falta para ello un poco de arte y de perseverancia.

Todo esto supone dos cosas: una, que Su Majestad no cree en una coalición de las potencias extranjeras contra Francia; la otra, que no sucederá que la próxima legislatura se declare constituyente y proponga una república federativa. Uno u otro de esos dos grandes acontecimeintos exigirían, de parte del rey, medidas diferentes de cuanto indico aquí. Podré explicar en otra parte de qué modo el rey (de suponer que los príncipes emigrados no obtengan ayuda decisiva, y abran por fin los ojos sobre su verdadera posición), de qué modo, digo, Su Majestad puede llamarlos de vuelta a Francia, hacer para sí un mérito del regreso de aquéllos ante la nación, y hacerlos regresar efectivamente en medio de las aclamaciones de todo el reino.

Pero en el estado presente y en las circunstancias que se preparan, es cosa evidente que resulta muy afortunado para Su Majestad que haya una legislatura que se encargue de la liquidación, *en asignados*, de todos los empréstitos del Estado, cosa que tendrá todos

[20] ...*est trop fait pour l'intimider*. Las ediciones de 1820 y 1877 ponen erróneamente *fort* en lugar de *fait*. (N. del T.)

[21] Un año después, confirmando estas apreciaciones y temores de Rivarol, las tropas francesas vencían a las prusianas en Valmy (20 de septiembre de 1792), y al día siguiente la Convención nacional, que reemplazaba a la Asamblea legislativa, proclamaba la república, y a poco procesaba y condenaba a muerte a Luis XVI. (N. del T.)

los efectos de la bancarrota; que haya, en fin, una legislatura que se encargue de luchar contra los clubes y contra la indisciplina del ejército.

Mientras tanto, hay que ir dando bordadas, ya que no se puede avanzar a toda vela, aprovechar las faltas y las ocasiones; pues en todo, es mejor prevenir los males que verse siempre en la necesidad de ponerles remedio.

N.B. Este Escrito estaba concluido cuando apareció el manifiesto de los príncipes. Nada se puede decir de razonable a Su Majestad sobre dicho documento, y sobre el comportamiento que hay que adoptar, sin previamente conocer las intenciones de Su Majestad. El tiempo apremia, y se podría hacer mucho más luz sobre esta cuestión espinosa, en una hora de conversación, que en un volumen de escritos.

Carta del señor conde de Rivarol al señor de La Porte al remitirle este segundo Escrito

He aquí, señor, un segundo escrito: no será culpa del tema, si no suscita vuestro interés. He tratado de desenredar con claridad los verdaderos principios y los secretos recursos que es preciso utilizar, en la espinosa coyuntura en que se encuentra Su Majestad. Quienes tienen el honor de acercarse a él, y de ser consultados por él, podrán sacar gran provecho del método expuesto, si lo practican con destreza. No quiero decir con ello que haya que convertir al rey en un Luis XI; pretendo, por el contrario, que todas las gestiones del gobierno sean claras, y siempre puestas bajo abundante luz. Pero es menester que deriven de un método secreto; es preciso, en una palabra, imitar a la naturaleza, cuyas operaciones son todas tan manifiestas, y cuyos resortes escapan tan completamente a los ojos de todos.

El conde de Rivarol

Carta del señor conde de Rivarol al señor de La Porte

Remitida el 30 de septiembre de 1791.

Mientras escribía, en mi soledad, sobre un objeto tan importante como el de la soberanía del pueblo, no he podido abstenerme de dar una que otra ojeada a la situación presente del gobierno y de la nación. Os las comunico, señor, con toda la franqueza que me habéis inspirado; pero siempre recuerdo la inutilidad de mis observaciones, cuando la inauguración de los Estados generales,[22] en momentos en que la Asamblea, tironeada en sentidos opuestos por algunas facciones aún débiles y tímidas, sólo pedía una mano un poco firme para ser dirigida; no espero mejor éxito para mis reflexiones actuales. Los tiempos han cambiado mucho, diréis, y la lección del infortunio algo vale; reconozco que así debe ser, pero tened, señor, la seguridad de que la razón que prevé las desgracias, y la razón que puede repararlas, son desconocidas por igual, y siempre por las mismas causas. Hay una fatalidad ligada a nuestra naturaleza: que todo favorece en nosotros la enfermedad de la cual hemos de perecer, nuestros alimentos, nuestros gustos, nuestras costumbres, e incluso nuestros razonamientos; mas la razón, cuando se presenta, siempre es calificada de medicamento.

Dos cosas me parece deben impedir que Su Majestad saque consecuencia práctica de los Escritos sometidos a su reflexión, y deben también impedirle adoptar un plan coherente: en primer lugar, los recuerdos de una vida pasada dentro de un orden tan distinto del que existe ahora, y en segundo término, los servicios prestados por la coalición de algunos diputados de la primera legislatura con los ministros.

En efecto, el rey, educado por la nobleza y con la nobleza, no ha podido desligarse de golpe de los intereses, las pasiones y los principios de dicho estamento, y eso es natural: todo cambia en nosotros y fuera de nosotros, antes de que cambiemos nosotros mismos. No hay prevención suficiente contra los efectos de la educación. No se piensa lo suficiente: ¿cómo sería yo, si hubiese sido educado de otra manera? Mas en la persona de Luis XVI, el rey debería prevalecer sobre el hombre: Alejandro abandonó a los griegos en cuanto se vio rey de Persia.

En lo que respecta a la coalición de algunos diputados con el

[22] Véase la referencia que hace el autor a este escrito no conservado en el *Diario Político Nacional,* 2ª serie, IX (*supra,* p. 168 y nota 42). (N. del T.)

ministerio, me limitaré a observar que los señores Thouret, Chapelier, Barnave, etc., sólo pueden, en los consejos que den, proteger su obra, y enseñar a los ministros a disfrazar los defectos de la Constitución; se pasarán la vida acicalando el engendro, cosa totalmente contraria al método que debe adoptar quien quiera sacarnos de la anarquía en que estamos. Por otra parte, esos hombres, que se han desacreditado con los últimos decretos que arrebataron, han perdido la popularidad, y no pueden influir en modo alguno en la nueva legislatura, la cual, como producto que es de todos los clubes del reino, ha llegado armada hasta los dientes contra ellos. Agregaré a lo dicho que ninguno de esos señores es temible fuera de la tribuna: de sus pulmones depende su autoridad.

A propósito de los recientes festejos de París, y de los triunfos populares de Sus Majestades, he de observar, señor, que bien se podría contar con el pueblo, si éste se hallara abandonado a sí mismo; pero su exaltación no ha hecho más que irritar a los republicanos, y esa exaltación apenas pasada, el odio de éstos cobrará nuevas fuerzas, porque es sistemático y reflexivo; el entusiasmo popular no tiene raíces. Podría agregar que la mayoría de los aristócratas se halla tan consternada por la aceptación del rey como todos los demócratas, y que, divididos por ese motivo, se unen por la pasión. Tengo fuertes pruebas de ello. En una palabra, el rey puede decir que tendrá que luchar, junto a su pueblo, contra los demócratas, los aristócratas, los departamentos, los clubes, y los *ministros*; como en otros tiempos el pueblo tenía que luchar, ante el rey, con los comandantes, los intendentes, toda la corte, y de nuevo los ministros.

¡Dichosos los reyes que saben aceptar los consejos amargos, y conservar un consejero que desagrada! Buscar un ministro agradable, es como si uno quisiera una amante *mujer de Estado.*

Concluyo rogándoos que no olvidéis a quien no puede dejar de estimaros.

EL CONDE DE RIVAROL

P.S. ¿Se dice si el rey inaugurará la segunda Asamblea nacional con un discurso?

Apéndice [23]

7 de junio [de 1792]

Consideraciones políticas

Hace casi un año, había yo ensayado asentar algunos principios sobre la situación del Rey; los había propuesto con precaución, pues el regreso de Varennes, y la conducta, cambiada poco antes, de la Asamblea Constituyente, arrojaban muchas incertidumbres sobre el futuro. No obstante, lo sucedido posteriormente ha probado con exceso que mis opiniones y conjeturas no carecían de algún acierto. Las mismas se reducían a lo siguiente:

Como el Rey, poco tiempo después de la inauguración de los Estados Generales, se había declarado por los Vencidos, Su Majestad sufrió durante dos años todos los fracasos y soportó todos los peligros que es natural esperar cuando está uno con la parte perdidosa. (Eso en lo que se refiere a la primera Época de la Revolución, quiero decir hasta el viaje de Varennes.) Actualmente, el partido Vencedor es el que se agrupa voluntariamente alrededor del Rey, el que quiere salvarle en primer lugar la vida, y además algunas de sus prerrogativas, mediante la revisión de la Constitución; me parece que Su Majestad puede decir a esos Señores: "Vais a destruir vuestra popularidad para sacarme de mi terrible situación, vais a perderos, en una palabra, para salvarme. Aprecio el valor de tal servicio, aunque vuestro crimen sea haberos puesto en situación como para prestarme efectivamente tan grandes servicios; mas aceptad, Señores, que me separe completamente de vosotros, en cuanto hayáis cedido el lugar a la nueva Legislatura: pues una vez perdidos para la opinión y reemplazados por jacobinos, adhiriendo a mí, sólo podréis volver a hundirme en el abismo del cual tratáis de sacarme hoy. ¿Queréis que sufra tanto por haberos preferido a los jacobinos como

[23] Agregamos aquí un escrito publicado por primera vez en 1895 por A. Le Breton (*Rivarol,* pp. 226-229), según un manuscrito autógrafo de Rivarol conservado en el seno de la familia de éste. Parece ser una continuación de los *mémoires* y cartas precedentes, y realza su interés el hecho de que haya sido redactado apenas tres días antes de que nuestro autor emigrara de su país, adonde ya no había de regresar. Puede suponerse que, como los escritos anteriores, estaba destinado a la atención del señor de La Porte y del rey.

Respetamos en este caso, como Le Breton, las numerosas mayúsculas del manuscrito original. (N. del T.)

he sufrido ya por haber preferido hasta ahora a los aristócratas antes que a vosotros?"

Mas el Rey no dirigió por cierto tal discurso a los *feuillants* constitucionalistas, quienes por su parte no advirtieron que los jacobinos disponían contra ellos de todos los recursos con que ellos, a su vez, habían aplastado a los aristócratas. Pues si lo hubiesen advertido, habrían prestado al Rey el servicio de separarse de él —como hizo Barnave. En lugar de esa prudente medida, rodearon a Su Majestad, y quisieron sostener al Rey con la *Constitución contra la Revolución.*

Este modo de ver, adoptado por los Ministros, era mezquino y falso: se dice que "la Letra mata y el espíritu vivifica"; esta máxima se aplica bien al caso. *La vida*, en efecto, estaba de parte de la revolución, y *la Letra* de parte de la Constitución, quiero decir, el plan de seguir la Constitución literalmente sólo podía conducir a catástrofes. La Constitución no puede salvar a nadie, y mucho menos al Rey. La Nación, y especialmente la Nación parisiense, nunca ha querido seriamente una Constitución; sólo ha querido revolucionar. No hay que perder esa verdad de vista en ningún momento. Efectivamente, los atributos de la revolución han prevalecido constantemente sobre los de la Constitución: los Jacobinos sobresalen y dominan entre todos los poderes constituidos; entre los Directorios y las Municipalidades, entre el Rey y la Asamblea, y contra todos los Tribunales; las Picas prevalecen sobre las armas de línea y sobre las nacionales, el Gorro rojo sobre los Sombreros, etc., los gritos de las Tribunas y de las calles, en fin, sobre todas las deliberaciones. Por no haberlo visto, los Constitucionales se han hecho tan odiosos como los aristócratas y más sospechosos que ellos, y han hecho languidecer al Rey en la incomodidad y los peligros de una falsa posición, hasta que por fin Su Majestad comprendió la necesidad de nombrar Ministros Jacobinos; es decir, de volverse hacia el partido dominante y de sostenerse con medios populares.

El intervalo entre la terminación de la Asamblea Constituyente y la Entrada de los Jacobinos en el gabinete ministerial puede ser llamado la segunda Época de la Revolución. La primera época transcurrió, como he dicho, con aristócratas, la segunda con *feuillants;* la tercera transcurrirá con Jacobinos, y será ésta la que terminará la Revolución, o bien por esfuerzos interiores, o bien por esfuerzos exteriores: pues Francia, Gran Cuerpo político, no puede continuar siempre de parto.

Si desde el comienzo de esta tercera Época, los Constitucio-

nales hubiesen abandonado completamente el consejo, es seguro que el Rey habría gozado de un poco de tranquilidad, y sobre todo del espectáculo de las dificultades de los Jacobinos, encargados del manejo general de los asuntos y del buen éxito de la anarquía. Dumouriez, especialmente, habría apresurado el desenlace con su declaración de guerra,[24] medida decisiva para Francia, y que sería en él el resultado de una política acertada y profunda, si no hubiese sido forzada por el partido dominante en los Jacobinos y en la Asamblea.

Tal era en efecto la posición del Rey desde hacía dos meses, cuando los Constitucionales, ayudados por dos ex ministros, y fundándose en un presunto cambio ocurrido en la opinión pública, en una presunta concentración de personas bien intencionadas en París, y en otras visiones de la misma índole, intentaron dirigir al rey independientemente de los Ministros, atacar a diputados, y lo que es peor, a diputados jacobinos, oponer, en una palabra, la Constitución a la Revolución. Era conducir muy sapientemente al Rey a una gran catástrofe. Así fue como, apenas el juez Larivière y Bertrand y Montmorin,[25] muy justicieros y muy desajustados, empezaron su proceso contra los diputados más desacreditados de la Asamblea, todo entró en efervescencia en París. Los Jacobinos lanzaron sus teas, la Asamblea sus decretos, y ante el mundo entero la Constitución perdió un proceso más contra la Revolución.

Este asunto acarreó como consecuencias la denuncia de una gran Conspiración, la de un Comité Austríaco, el Licenciamiento de la guardia del Rey, y amenazas contra la Libertad de la Reina.

Los Constitucionales han puesto en peligro, efectivamente, al Rey y a la Reina, por no haber comprendido, en primer lugar, que la Constitución no puede servir de escudo a nadie, y además, por no haber visto que, a partir de la declaración de guerra, el Rey tenía necesariamente que estarse bien callado, y hacerse perdonar a fuerza de prudencia los triunfos de los austríacos. ¿Estos Señores querían acaso hacerle ganar al Rey su Causa de dos maneras, en las Fronteras militarmente y acá legalmente, por las armas y por la chicana a la vez? Era demasiado. Pues si los Jacobinos salían vencedores en las fronteras, ¿de qué servirían aquí los triunfos de procedimiento? Y si Europa entera prevalece so-

[24] A Austria, el 20 de abril de 1792. (N. del T.)
[25] Bertrand de Molleville y Montmorin son los dos ex ministros antes mencionados. (N. del T.)

bre nosotros, ¿qué importan entonces las medidas constitucionales? La corte, en tanto aguarda el desenlace, debe considerarse como si estuviera al borde de un volcán, y no sólo no confiarse en los intervalos entre sus erupciones, sino tampoco tolerar que se arroje en él ni un grano de arena, so pena de verlo despertarse de nuevo en todo su furor.

Ahora, he de decir, y es éste el objeto del presente Escrito, que la falta de los dos ex Ministros, además de las consecuencias fatales de que todos son testigos, ha producido una división entre los Ministros Jacobinos,[26] que puede ser más funesta todavía. Dumouriez, tras una discusión muy viva, le dio un puñetazo en la nariz a Clavière, maltrató a Roland de la Platrière [*sic*], se enemistó con Brissot y Condorcet, y sé que no quiere oír más nada de Servan. Su viaje puede ser también fatal para la tranquilidad e incluso para la Libertad de la Reina.

Suponiendo que se llegue a una denuncia expresa contra Su Majestad [la reina], durante la ausencia de Dumouriez, es verosímil que los demás Ministros, para hacerse en contra suyo de una gran popularidad, favorecerán la denuncia.

La cuestión es entonces saber si tal denuncia tendrá efectivamente lugar; pues en ese caso habría que retener a toda costa a Dumouriez y formar un partido dentro de la Asamblea, cosa que sólo puede hacerse a través de él. Si, incluso, esa denuncia tomara un cariz ominoso, sería menester afanarse en conseguir un decreto de Deportación a las fronteras, antes que el enclaustramiento en una abadía. Tal decreto, con un gran fondo de atrocidad, sería menos atroz que el otro, y su severidad aplacaría a la Camarilla. La Reina separada de su Esposo y de sus Hijos, no por el infortunio, no por la misma muerte, sino por un decreto, salvaría toda su gloria, único bien que la fortuna no puede arrebatarle.

Mas si, como creo, la Denuncia no tiene consecuencias, es preciso callar, restablecer la armonía en el Gabinete, no esperar más que en victorias en el exterior, y sobre todo no volver a atacar a la Revolución con las armas impotentes de la Constitución.

[26] Para evitar confusiones, téngase presente que acá Rivarol llama *jacobinos*, sin mayores precisiones, a ministros que formaban parte del grupo de los "girondinos". Los informes sobre sus disensiones internas los tenía probablemente de su hermana Françoise, llamada baronesa de Beauvert, amante de Dumouriez, el vencedor de Valmy, que después se pasó al servicio de Luis XVIII. (N. del T.)

Carta a la nobleza francesa
(1792)



Título original: LETTRE À LA NOBLESSE FRANÇAISE, AU MOMENT DE SA RENTRÉE EN FRANCE, SOUS LES ORDRES DE M. LE DUC DE BRUNSWICK, GÉNÉRALISSIME DES ARMÉES DE L'EMPEREUR ET DU ROI DE PRUSSE

Introducción

El 12 de mayo de 1797, Rivarol escribía a su padre desde Hamburgo:

"Mi hermano debe haberos dicho que me marché de París el 10 de junio del 92, muy oportunamente; pues vinieron, siete días después, o a asesinarme bajo mi techo, o a llevarme al cadalso. Los bandidos dijeron al entrar en mi casa: '¿Dónde está, ese gran hombre? Venimos a acortarlo *(le raccourcir).*' Uno de los rasgos propios de la revolución es esa mezcla de jocosidad y ferocidad."

Convertido así, contra su voluntad, y por fuerza de circunstancias cada día más ominosas, en un emigrado más, Rivarol se estableció primeramente en Bruselas, desde donde podía observar, durante los primeros meses de su destierro, la efervescencia de no pocos aristócratas que soñaban con borrar todos los efectos de la revolución, y restaurar sin modificación alguna el anterior estado de cosas. Un ejército de 95.000 hombres, compuesto de prusianos, austríacos y franceses exiliados, a las órdenes del duque de Brunswick, se aprestaba a invadir Francia, y el *Manifiesto* publicado en Coblenza el 25 de julio de 1792 no dejaba dudas sobre sus intenciones: el antiguo régimen sería restablecido por los medios más drásticos, si los revolucionarios no cedían a sus exigencias. El redactor del violento ultimátum era el marqués de Limon, quien seguramente no pensaba ganar así el inquietante honor de convertirse en protagonista de una obra de Rivarol: le inspiró, en efecto, su *Dialogue entre M. de Limon et un homme de goût*, editado en Bruselas casi al mismo tiempo que la *Carta a la nobleza francesa*, y perdido —lamentablemente— sin rastros, pero del cual sabemos por testimonios que rezumaba ironía.

Es que nuestro autor se hallaba lejos de compartir las ilusiones de los emigrados; incluso si el triunfo militar los favorecía —y los hechos, a partir de Valmy (20 de septiembre) se encargarían de destruir tal esperanza— aquel "regreso" a Francia, a que se refería eufemísticamente el título de la *Carta* de Rivarol, se efectuaría por la fuerza, y estaba destinado a tropezar con enconada resistencia, tanto en las capas populares como en los bur-

gueses, defensores acérrimos de una "igualdad" que los liberaba de los aborrecidos privilegios aristocráticos. De ahí que en esta *Carta*, fechada el 8 de agosto, pocos días después del *Manifiesto*, el autor aconseje a los nobles la mayor moderación y el voluntario desistimiento de toda venganza, actitud que sería prueba tanto de elevación moral cuanto de prudencia política. La postura ya manifestada por Rivarol en el *Diario Político Nacional* respecto de lo que denominaba "prejuicio de la nobleza",[1] y más pronunciadamente aún en sus cartas y escritos privados para el señor de La Porte, prueba que nuestro autor, monárquico convencido, nunca ató los intereses del trono —que eran a su ver inseparables de los de la nación— a las prerrogativas de un estamento muchas veces infiel a sus tradiciones y a su rey, corrompido en gran parte, y desprovisto de las cualidades que lo habían hecho antaño la "parte fuerte" de la sociedad francesa.

En cuanto al apoyo de las potencias extranjeras, Rivarol tampoco se dejó engañar por las superficiales manifestaciones de simpatía que los infortunios de su patria provocaban en las cortes de Europa; sabía que no pocos de aquellos príncipes, envidiosos de la grandeza de Francia, recibían sin excesivo pesar las nuevas de sus convulsiones internas. Además, como indica un pasaje de una carta enviada años más tarde a un compatriota, Rivarol no tardó en comprobar que las ideas revolucionarias hallaban complicidades en tan altos niveles que no era de extrañar que la ayuda prometida para derrotarlas fuese poco efectiva:

"Espero ir a filosofar algunos días con vos, en la La Ramière", escribía el 14 de julio de 1797 al señor de Gaste, "contra la filosofía del siglo, esa funesta quimera que se armó con las pasiones del pueblo, cuando el pueblo se armó con sus frases. Os explicaré nuestra Revolución y la conducta de las potencias [extranjeras] de modo tal que os dejaré pasmado de asombro. *Veréis que nuestro destino se ha balanceado entre los jacobinos sans-culottes y los jacobinos coronados.*" (Subrayado nuestro.)

Publicada por primera vez en Bruselas en 1792, la *Carta a la nobleza francesa* fue reproducida en la *Correspondance Originale des Émigrés*, París, 1793 —aunque atribuida erróneamente al ex

[1] Cf. especialmente la primera serie, XIV. En una nota publicada en ese mismo número, Rivarol precisa: "No consideramos aristócratas a los cortesanos y a los nobles; éstos nunca han sido para nosotros más que tediosos libertinos en París, o mendigos elegantes en Versalles."

ministro Calonne—, y en el *Dernier Tableau de Paris* de Peltier, Londres, 3ª edición, 1794, de donde tomó su texto Malassis, *Écrits et Pamphlets de Rivarol*, pp. 123-136, a quien seguimos en nuestra versión.

G. P.

Carta a la nobleza francesa

¡Os disponéis, pues, nobleza francesa, estamento contemporáneo con el trono, os disponéis a derramar una vez más vuestra sangre para volver a poner en pie a la más antigua y la más ilustre de las monarquías! La más alta de las glorias os está preparada; no exceptúo la que acompaña a la fundación de los imperios, y esa gloria no la probaréis sino después de los horrores de una espantosa revolución, y todas las amarguras de un largo destierro. ¡A tal punto es destino de la nobleza francesa comprar la gloria a caro precio, y no abrirse hacia el honor más camino que el honor mismo!

Si Francia hubiese sido asolada por bárbaros, sólo tendríais que volver a levantar murallas, palacios y estatuas; mas la patria en llanto os muestra su seno cubierto de heridas y de llagas mucho más crueles.

La veréis debatirse en las angustias de una revolución, comenzada por las dolosas maniobras de la avaricia, y prolongada por todos los delirios del orgullo.

No reconoceréis ya el vasto edificio, asentado sobre catorce siglos de trabajos, engrandecido por tantos tratados, victorias y alianzas, consolidado con la sangre de vuestros reyes y de vuestros mayores: el trono y el altar, las propiedades y los rangos, las colonias y el comercio, y nuestras antiguas virtudes y nuestras bellas artes y nuestro radiante genio, todo se ha hundido, todo ha perecido bajo los sofismas de unos cuantos legistas.

Campamentos democráticos diseminados por la superficie del reino han sostenido su furia, y el gobierno se ha quedado sin vigor, el Estado sin súbditos, la monarquía sin rey, entre la más falsa de las constituciones y la revolución más insensata.

Mas debo revelaros esto, encontraréis un pueblo aun más corrompido por malos principios, que mancillado con malas acciones: el error ha hecho más avances que el crimen, y la corrupción le ha ganado a la barbarie. Francia, abrumada, implora por eso vuestra sabiduría más aún que vuestra fuerza y vuestro valor.

¿Para qué disimular? Quienes hicieron necesario vuestro destierro, calumnian ya vuestro retorno. Divulgan que sólo regresáis a Francia para hacer que el castigo sea igual a los crímenes, y la

venganza a los ultrajes. Dicen al pueblo que él es el que debe expiarlo todo; y así es como, tras haberlo sumido en la rebelión con tantas maniobras, lo endurecen en ella con terrores; así es como le vedan el arrepentimiento, y lo atan dos veces a su propia suerte, primero con el crimen, y luego con la desesperación.

Por vuestra gloria ultrajada, por el infortunado pueblo extraviado en el dédalo de una revolución que no entiende, se eleva mi voz hoy. Intérprete de vuestros generosos sentimientos, resonará en vuestros campamentos y en nuestros muros: el honor no le será sordo y cruel, la misma victoria se conmoverá con ella, y los facciosos, abandonados por el pueblo, lo verán volver a vosotros: será su primer suplicio.

Sí, ese pueblo ciego, esa multitud débil y furiosa, volverá a encontrar en vosotros a sus defensores naturales. Los franceses verán que el arte de la guerra, escudo de los imperios, se halla únicamente en manos de la nobleza; que es verdad que los rangos son adquiridos con servicios, y las dignidades con sangre; que esa igualdad quimérica con que los han adulado, les quitaba siempre sin darles jamás nada; que al abolir la nobleza sólo han restado lustre a la monarquía, y que esa risible emisión de charreteras ha cubierto el reino de falsos héroes, como la de asignados lo ha cubierto de falsa riqueza.

¿Y no ha visto ya este pueblo huir en los primeros combates a quienes lo arengaban tan arrojadamente en los clubes, a quienes lo impelían tan corajudamente contra un rey cautivo, o contra ciudadanos desarmados? Han huido, se han dispersado en las fronteras ante un puñado de austríacos; y tal como yo no había temido decirlo: *La gloria ha hecho retroceder a los que la vanidad había hecho avanzar.*[1]

En vano, pues, los monstruos que calumnian a aquellos a quienes asesinan, propalan que vosotros habréis vivido como héroes sólo para mostraros a la patria cual vencedores implacables, que habréis conocido la desgracia sólo para no conocer jamás la clemencia. Ignoran o fingen ignorar que las virtudes están ligadas entre sí, que quienes han mostrado grandeza en los reveses, la mostrarán aún más en las victorias, y que sabrán perdonar, ya que han sabido sufrir.

[1] En los primeros encuentros sobre la frontera belga, las tropas francesas, mal entrenadas y equipadas, se retiraron casi sin combatir ante los austríacos. (N. del T.)

Nuestros príncipes, que se han llevado con vosotros el fuego sagrado del honor, que van a traerlo nuevamente con vosotros, dan a los infortunados franceses la esperanza de virtudes cuyo espectáculo han dado a Europa. La justicia y la venganza cederán ante la generosidad, como la desgracia había cedido ya ante la constancia, como la valentía y la fuerza van a ceder ante la disciplina.

El rey principalmente, el rey solamente, será el juez y el gran mediador entre los autores y los instrumentos de la revolución, entre los perversos ilustrados y ciegos culpables, entre las víctimas y los verdugos.

Pensad que su corazón ha soportado, durante más de tres años, el peso, los largos pormenores, y toda la realidad de los males cuyo solo relato os ha hecho estremeceros tantas veces.

¿Quién podrá perdonar sino él? Y si él perdona, ¿quién osará condenar?

Pensad en aquella que ha contado junto con él las horas de la revolución, y ved cómo la inexperiencia de una joven princesa, detenida en su carrera por tan grandes reveses, se ha encontrado súbitamente más adelantada en la desgracia que la filosofía después de sus pruebas y sus meditaciones.

Pensad también en ese clero, que a fuerza de constancia, de resignación y de desinterés, ha hecho perder a nuestros filósofos su largo proceso contra la religión.

Seréis más que vengados. Ante vuestro avance, los facciosos, legisladores, filósofos, sabihondos, y todas esas pestes de la democracia, se apresurarán a purgar a Francia de su presencia.

¿Adónde irán esos Eróstratos políticos, esos locos reflexivos, rebelados contra la naturaleza eterna de las cosas en nombre de su débil razón? ¿Qué climas ignotos, qué mares lejanos, recibirán a esos sanguinarios apóstoles de la insurrección? Odiosos en las monarquías, sospechosos en las repúblicas, cargados de los anatemas de la humanidad, ¿irán a perderse en los desiertos del Nuevo Mundo, o son destinados por la Providencia a castigar a algún otro pueblo corrompido?

¡Que partan, sí ¡Que vuestras manos no queden mancilladas con su sangre, y que suplicios, siempre excesivamente leves, no abrevien su vida! Remordimientos sin virtud los aguardan.

No dirán, al menos, que el tiempo, los medios y los triunfos les hayan faltado a sus obras. Ya hace tres años enteros que expe-

rimentan con uno de los más hermosos reinos del universo, como se haría con el más vil de los humanos.

Todo los ha favorecido, las virtudes del rey, la ceguera del pueblo, los furores de los malvados, los inmensos bienes de la Iglesia, los cobardes proyectos del duque de Orleans, de ese príncipe a quien todos sus vicios no pudieron conducir a su crimen.

¿Qué digo? Hasta el Cielo ha parecido cómplice de la revolución, con tres hermosos años de paz y de abundancia. Mas Europa se ha despertado al fin, y Francia va a concluir su penoso sueño.

Vuelvo a ese pueblo desdichado, mimado como un verdadero tirano por sus aduladores, que le repiten sin cesar que es la fuente de todos los poderes, y que, pues tiene todos los poderes, posee igualmente todas las virtudes y todas las luces; porque así es la lógica de los facciosos, cuando ellos tienen al pueblo, quieren que el pueblo lo tenga todo.

Veréis lo que es una nación perdida durante tres años en las orgías del libertinaje, en la cesación de impuestos, en una larga ruptura con la religión, en el olvido de toda humanidad.

¿Cómo esta nación, la más vana y la más voluble del universo, habría podido resistir al más falaz y al más terrible de todos los hechizos? Nuestros filósofos la han embriagado con la copa de la soberanía. ¡Qué razón, qué cantidad de tiempo no hará falta para romper el embrujo!

Confiáis sin duda en los milagros del miedo; confiáis, y Europa confía con vosotros, en el triunfo de la campaña que va a iniciarse. Pronto podréis decir a los franceses, como Temístocles a los eginetas: "Llegamos a vosotros con dos divinidades muy antiguas y muy poderosas, LA PERSUASIÓN Y LA FUERZA." Mas la fuerza que no produce sino temor, sólo encontraría por doquier hipocresía, si la persuasión no marchase efectivamente en pos de ella.

No olvidéis jamás, nobleza francesa, el doble sofisma de que habéis sido víctimas. Se decía primero, a fin de instigar al pueblo a destruiros, que erais una clase tan numerosa que el cuerpo político resultaba devorado por ella; se dijo luego, para atenuar el crimen, que erais tan pocos en número, que vuestra destrucción nada le costó al cuerpo político.

No olvidéis jamás que realmente no estáis en proporción con la enorme población de Francia; que si antes de la revolución vivíais en seguridad en medio de ese pueblo inmenso, era porque no lo habían acostumbrado a consideraros como su enemigo; que una vez de regreso y como desparramados en este vasto reino, pe-

receríais por segunda vez, frente a una conspiración universal, si no secundarais con la razón, sino consolidarais con sabiduría el nuevo orden que la fuerza de la contrarrevolución nos prepara. A vosotros os toca cultivar los frutos de la paz, y hacérselos gustar al pueblo. Porque, de las dos poderosas divinidades que os acompañan, una, servicial extranjera, debe dejaros; la persuasión, su compañera, se quedará con vosotros.

Habréis de distinguir al populacho de los campesinos, y a los campesinos de la burguesía, estado en que comienza la vanidad y por ende los celos. Sacaréis fácilmente de su error a los moradores del campo, y no os quedarán por combatir más que el vil populacho y los burgueses.

Como advertiréis que es menester rechazar la violencia con la fuerza, y el razonamiento con la razón, no diréis nunca a ese populacho: "Os engañan", porque no os lo creería. ¿Cómo, en efecto, podría escucharos, si bajaseis hasta razonar con él? Empleado, festejado y siempre bien pagado por los facciosos, sólo con vuestras desgracias comenzó la ilusión de su prosperidad. Las largas saturnales de la revolución les habrán parecido demasiado cortas a esos bandoleros: lejos de rendirse ante la voz del orden, os ofrecerán más bien sus picas y sus puñales, y querrán venderos su furia al precio que la han pagado vuestros enemigos; ¡a tal punto es un instrumento funesto ese populacho utilizable por todos los partidos, dispuesto a todos los crímenes!

Vosotros rechazaréis sus horribles servicios, y a cuantos de ellos la revolución ha vomitado en las ciudades y en los campos, a tantos haréis volver a las prisiones, a los talleres públicos, y a las mazmorras que los reclaman.

Mas los burgueses exigirán principalmente las luces de vuestra razón: a ellos la más seductora de las revoluciones que puedan presentar en época alguna los anales del mundo les ha hecho saborear su veneno, a ellos es a quienes una falsa filosofía ha irritado tanto contra vosotros, en medio de ellos seguiréis encontrando por mucho tiempo aún las raíces del árbol que vais a extirpar. Los sorprenderéis a menudo soñando con la igualdad. Será precisa una mano leve y delicada para tocar corazones tan llagados, y para dirigir espíritus tan enfermos.

Los remedios de la razón, del tiempo y del gobierno secundarán vuestros esfuerzos. Habréis de decir a esa clase celosa, que al destruir a la nobleza, se aniquila el único objetivo del trabajo, el único premio del mérito, el único estado que realza la pobreza

y da brillo y distinción a la riqueza. Probaréis fácilmente a esas mentalidades vanas y suspicaces, que su amor propio se sentiría siempre más lastimado por la numerosa clase que la igualdad haría subir hasta ellos, que halagado por el pequeño número que haría descender a su nivel. Les recordaréis la extraordinaria confesión que ellos mismos han hecho en el seno de la Asamblea, al reconocer "el suplicio de la igualdad". Cuando los reyes y la nobleza conquistaron las Galias, los vencedores se encontraron naturalmente más alto que los vencidos. Después de trece siglos, los vencidos se levantan de nuevo y dicen a los vencedores: *¡Seamos iguales!*, y la venganza resulta terrible. ¿Quién ha podido entonces arrancarles semejante confesión? ¿Ha sido instinto o conciencia? En cualquier caso han rendido un homenaje clamoroso a la jerarquía de rangos, a la propiedad de los apellidos, a la emulación, noble resorte de los imperios, que empuja siempre al hombre hacia lo alto del edificio social, por la doble escala de las dignidades y de las riquezas.

Les haréis notar que si antaño la superioridad se mostraba a veces orgullosa, hoy lo hace la igualdad, lo cual ha hecho universal a la insolencia en Francia.

No les haréis nunca una guerra de vanidad, porque saldríais vencidos, siempre por supuesto que no resultara interminable.

Nuestros filósofos tratan de rebajar el honor de los gentileshombres. Habréis de preguntarles si un sentimiento que hace despreciar la vida y la fortuna es un sentimiento despreciable, les preguntaréis si su filosofía ha hecho milagros mayores. Que sepan que el pueblo que inventó el honor, injertó todas las virtudes en el orgullo, y les dio una base inmortal. Un poco de filosofía aparta de esa política, mucha vuelve a llevar a ella.

Les haréis ruborizarse espontáneamente por haber otorgado siempre a las grandes fortunas una consideración que negaban a los más grandes nombres, y para llegarles mejor, con un rasgo de franqueza, os ruborizaréis con ellos.

La mayoría de los hombres de letras serán para vosotros enemigos aún más temibles. Quieren éstos destruir las aristocracias políticas, persuadidos de que les queda siempre una indestructible, la del espíritu. Os harán la guerra de los sofismas, y multiplicarán en torno vuestro los azotes de la imprenta, única plaga con que Moisés olvidó de castigar a Egipto.

No os disimuléis que existe efectivamente una lucha terrible entre la imprenta y la artillería. ¿Cuál será su fruto para el triste género humano? La Providencia que situó ambas invenciones en

la misma época, en la marcha eterna del tiempo y de los acontecimientos, ¿ha querido proveer un remedio proporcionado al mal? ¿No ha previsto acaso que lo que debía ilustrar al hombre, lo extraviaría; que lo que debía protegerlo, lo oprimiría, y que abría así dos cataratas más del diluvio de males que inunda la tierra?

Sea como fuere, el gobierno, que es la vida misma del cuerpo político, dirigirá sabiamente el temible instrumento del pensamiento. No olvidará nunca esta importante verdad: *Que un escritor puede hacer reclutas entre soldados, y que un general no hará jamás reclutas entre lectores.*

Permitid que para terminar añada aún una súplica a lo que me dicta mi devoción por una causa tan bella.

Aunque la monarquía desgarrada reclama vuestro esfuerzo, decíos claramente que corréis más bien a auxiliar al monarca. Recordad, nobleza francesa, que no sois ni soberana como en Alemania, ni feudal como en Polonia, ni legislativa como en Inglaterra, ni casta sagrada como en la India, sino que nacida del honor, debéis vivir y morir sobre las gradas del Trono.

No os ocultéis nunca a vosotros mismos que antes de la revolución, cada cual quería una a su gusto, y que parece como si, para efectuar la que nos hace gemir, la fortuna se hubiese limitado a contar los votos. Esta observación os hará más indulgentes para quienes se han curado más tarde de la lepra democrática, y no privaréis a Francia de los auxilios del arrepentimiento.

No tratéis de hacer hereditarios los rigores, so pretexto de que lo eran también los favores. Que la gracia sea más puntual que la justicia, y que el hijo, siempre honrado por las virtudes de su padre, sea siempre absuelto de sus crímenes.

Unidos por la desgracia, no vayáis a dejaros dividir por la victoria, no sea que se diga que la adversidad no ha podido haceros madurar, y no sea que el Estado caiga de la anarquía popular en las disensiones aristocráticas.

Sabéis qué imposible es que las propiedades sean respetadas, cuando la soberanía es atacada.

Rechazad todo espíritu de sistema, y todos esos planes que la intriga se apresura a ofrecer a la ambición, y salvadnos de todos aquellos que quieren salvarnos.

Vuestras dificultades comenzarán al día siguiente de vuestros

triunfos,[2] y sembraríais, sin saberlo, las semillas de una nueva revolución, si no os apoyarais ciegamente en la sabiduría de un rey que ha visto el mal y el peligro durante más tiempo y de más cerca que vosotros, y a quien el pueblo francés debe más altos desagravios. Él no olvidará que todo pueblo es niño, que todo gobierno es padre, y fundará la justicia en la razón, y la razón en la clemencia.

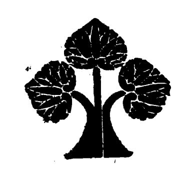
Mas no os retengo más: ¡Id, volad bajo los estandartes de este nuevo Agamenón que ve ondear a su alrededor las banderas de los Césares, de los reyes y de los príncipes, y que tiene sólo su modestia para enfrentar a tanta gloria! ¡Emprendéis con él la guerra más justa por los derechos más sagrados, por el rey más desdichado, por la salvación de la patria, para ejemplo del mundo!

Bruselas, 8 de agosto de 1792.

[2] Ideas análogas —pero en un contexto bastante diferente del de estas páginas de estilo levantado y sentimientos generosos— en las *Cartas al señor de La Porte*. (N. del T.)

Sobre la vida política, la huida y la captura del marqués de La Fayette

(1792)



Título original: De la vie politique, de la fuite et de la capture de M. de La Fayette.

Introducción

Tras su detención en Varennes, que frustró la tentativa de fuga de Luis XVI con su familia en junio de 1791, y el penoso regreso forzado a París, el rey se encontraba virtualmente prisionero en el palacio de las Tullerías, y su situación no hacía más que empeorar con el tiempo. El 20 de junio del año siguiente, el populacho invade sus aposentos, lo obliga a ponerse el gorro rojo y a brindar por la nación. Algunas semanas más tarde, el 10 de agosto, viene el ataque final; los sublevados fuerzan la entrada del palacio y emplazan cañones en el patio; el monarca y su familia huyen por los jardines y piden asilo a la Asamblea legislativa, instalada en el edificio del picadero real (*Manège*), a corta distancia de allí; los guardias suizos, a quienes el rey imparte la orden de cesar el fuego, son en su mayoría destrozados por la turba enardecida. La proclamación de la República (21 de septiembre), el proceso del rey (incoado el 4 de diciembre), y su condenación a muerte y ejecución (enero de 1793), seguirán vertiginosa e irresistiblemente, con la derrota de los nobles emigrados y sus aliados extranjeros (cf. la *Carta a la nobleza francesa*).

Refugiado en Bruselas desde mediados de junio de 1792, Rivarol debe haber recibido con desaliento, aunque sin sorpresa, las noticias de aquellos sucesos. El asalto a las Tullerías repetía con agravantes la irrupción en Versalles de las "puesteras" y los "bandidos" del 5 y 6 de octubre de 1789, que nuestro autor había pintado en páginas célebres del *Diario Político Nacional*. Mas un personaje falta: el marqués de La Fayette, que tres años atrás había cumplido un ambiguo papel en la revuelta, pero finalmente había salvado al rey y a su esposa de los sicarios enviados —según Rivarol y muchos otros autores— por el duque de Orleans, se halla en esta ocasión lejos de París, al frente de un cuerpo de ejército. Al enterarse de los graves disturbios en la capital, intenta dirigir allá sus tropas, pero el 19 de agosto desiste de ello y se refugia en los puestos avanzados del ejército austríaco, que se preparaba a invadir territorio francés. Es conducido detenido a Luxemburgo, y al día siguiente de su llegada, unos emigrados intentan darle muerte

en la casa donde se le tiene prisionero, pero son rechazados por los centinelas. Se acusó a Rivarol de haberlos incitado con el folleto sobre La Fayette que acababa de publicar, y cuyos sentimientos vindicativos contrastan extrañamente, a la verdad, con la elevación y generosidad de ánimo que preconiza su *Carta a la nobleza*, difundida pocos días antes. Rivarol nunca quiso a La Fayette, y en el opúsculo que aquí presentamos explica abundantemente por qué; pero hasta entonces se había limitado a ridiculizarlo, como cuando lo bautizó "el general Morfeo", por haber enviado a todo el mundo a dormir, empezando por el rey, con las falsas seguridades que prodigó la noche del 5 de octubre. Si en estas páginas se ensaña con él, la atrocidad de lo que ocurría y de lo que se anunciaba en París mientras las escribía, y en todo lo cual La Fayette tenía, para Rivarol, una parte de responsabilidad no pequeña, explica sus represalias sin disculparlo.

La Fortuna, cuyos juegos evoca nuestro autor en la primera frase de este opúsculo de cuidado estilo, se encargó de absolverlo del asesinato cuya instigación se le imputó: La Fayette no fue muerto, acabó por regresar a Francia, llegó a diputado, y muchos años después, la revolución liberal de 1830 lo aclamaría nuevamente comandante de la Guardia nacional...

El folleto de Rivarol, publicado, según hemos dicho, en agosto de 1792, se imprimió probablemente en Lieja. Fue reeditado por Peltier en su periódico *Dernier Tableau de Paris*, que empezó a aparecer en Londres en noviembre de 1793. Nosotros seguimos el texto de las *Obras completas*, t. V, pp. 305-328 (París, 1808), salvo en el título, que éstas dan alterado (*Vie politique de M. de la F****).

G. P.

Sobre la vida política, la huida y la captura del marqués de La Fayette

La Fortuna, cuyos juegos son a veces clamorosa justicia, acaba de entregarnos al general La Fayette. Como no podía admirarnos con un gran hombre, ha querido admirarnos con un gran acontecimiento; quiso ella que el jefe de los demócratas se refugiase entre los aristócratas; que el apóstol de la insurrección sólo a duras penas se salvase de los puñales del pueblo, y que el hombre de la constitución no se sustrajese a los patíbulos de la libertad sino para caer bajo la espada de las leyes.

Puesto entre aquellos a quienes tanto sirvió y aquellos a quienes tanto ultrajó, el general La Fayette no ha vacilado un instante: sería ello homenaje de la estima, si no fuese homenaje del miedo.

Digo que no ha vacilado un instante; pues aunque su intención fuera engañar a la hospitalidad cubriéndose con el nombre de emigrado y pasar a Holanda, no deja de ser verdad que, perseguido por los jacobinos, esta tierra enemiga le ha parecido un asilo.

No es un nuevo Coriolano que se ha presentado súbitamente bajo la tienda de los volscos, con la nobleza y el interés que acompañan al infortunio; La Fayette no tiene nada de romano. Sino que la libertad otorgada a la infame Théroigne le hizo concebir, si se le detenía, la cobarde esperanza de una gracia similar.[1]

¿Qué clase de hombre es éste, entonces, a quien una revolución no ha podido engrandecer, a quien la desgracia en nada le impide ser despreciable? Para conocerle, menester es desligarlo de esta revolución a la cual tanto se vinculó; veremos entonces que, semejante a esos peñascos que toman su aspecto amenazador de la montaña que los soporta, y que una vez caídos en el llano sólo son una molestia para el viajero, La Fayette, tras haber espantado a

[1] Ana Théroigne (o Terwagne) de Méricourt, aventurera que participó en numerosos episodios de la Revolución, huyó al ordenarse su arresto, después del ataque a Versalles en octubre de 1789, pasó a Lieja y posteriormente a Austria; encarcelada allí, fue puesta en libertad por orden del emperador. En 1792 había regresado a Francia, donde tomó parte en el asalto a las Tullerías del 10 de agosto. (N. del T.)

Europa en nombre de la insurrección francesa, ahora sólo molesta a las gacetas, con el problema de su reputación.

Recorramos rápidamente los rasgos de este héroe sin máscara y sin zancos, y hagámoslo bajar a su verdadera dimensión. De nada serviría extender el cuadro, el hombre se seguiría empequeñeciendo; pero perdónenseme algunos detalles. A menudo basta un rasgo para pintar a los grandes hombres, se necesita una infinidad para pintar a los pequeños.

Cuando La Fayette, empeñando al parecer heroicamente su nombre, su fortuna y su juventud, partió hacia América, llevó consigo esa suerte de interés vulgar que se otorga a las novedades. La incertidumbre lo aumentaba más aún; no se sabía hasta qué punto un niño tímido y silencioso, guiado por un obscuro instinto, podía convertirse en hombre un día. En cualquier caso, tuvo alguna participación en los triunfos de la insurrección americana. Su porte irlandés no le desagradó por cierto a Washington, a ese mismo Washington que no ha podido ver sin compadecerse el timón de la Revolución Francesa en manos que en América ni siquiera eran responsables de unas pocas banderas.

De regreso en Francia, La Fayette halló una reputación ya hecha, y se invistió de ella. Tuvo para sí a las mujeres, que tan frecuentemente creen hallar la gloria en la vocinglería, la profundidad en el silencio, el arrojo en la actitud exterior, y la razón de todo en la moda.

Ocultaba desde hacía cuatro años su sorda ambición bajo el hipócrita brillo de unas cuantas elegancias, cuando los apuros del gobierno le dieron las mejores esperanzas. Congregóse a los notables; mas, ¡oh dolor!, La Fayette fue olvidado. Inmediatamente el ministro se ve rodeado por las maniobras de la intriga y las súplicas de la belleza. Más ocupado de las personas que de las cosas, el señor de Calonne dejó de resistir, y reparó desafortunadamente la falta que no había cometido. Ya se sabe de qué modo el marqués de La Fayette convirtió inmediatamente la ingratitud en una virtud, y se armó contra el crédulo ministro con toda la fuerza de las circunstancias.[2]

Después que el arzobispo de Sens condujo rápidamente a Francia

[2] Los 144 *notables* convocados por Luis XVI en 1788 fueron despedidos por el rey cuando no pudieron ofrecerle ninguna nueva solución para sus dificultades financieras y su enfrentamiento con los parlamentos. La Fayette sugirió en esa oportunidad que fueran convocados los Estados generales, como en efecto debió hacer el monarca poco después. (N. del T.)

al borde de los Estados generales, La Fayette postuló el honor de representar a un rincón del reino,[3] y ofreció salvarlo entero. Una multitud de jóvenes a quienes su ejemplo había llevado a América, y que como él habían traído de allí el contagio de la democracia, ingresaron también en los Estados generales, todos con ideas nuevas, todos con la certeza de regenerar a la nación, acechando como él la ocasión de sembrar la república en Francia.

Los Estados generales se reúnen; el rey pinta en pocas palabras el desgraciado estado de la hacienda pública, el ministro Necker habla largamente de su virtud, y la asamblea pierde en un día la esperanza de ser corrompida y el temor de ser reprimida.

No trazaré aquí el cuadro de la insurrección general que derribó a uno de los más nobles tronos del mundo, y desnaturalizó al más amable de los pueblos. Diré tan sólo que La Fayette, que se empapaba ya de la efervescencia de París y de los planes de la Asamblea, revestido simultáneamente con el nombre de diputado y el título de insurgente, constituía naturalmente el punto de mira de los conjurados y del populacho. El señor Bailly, astrónomo que sólo ha visto "buen tiempo" en la revolución, le ayudaba poderosamente a seducir a los guardias franceses y a las tropas del *Champ-de-Mars*. "El rey", decían ambos a los soldados, "está rodeado por los enemigos de su pueblo; si tuviera libertad, os diría él mismo que es ser fiel abandonarlo en este momento." En una palabra, la conjuración estalla, se licencia a las tropas, La Fayette es nombrado general de los guardias nacionales entre las aclamaciones de los parisienses, y el rey se ve forzado a confirmarle un título que legitimaba la rebelión.

Si La Fayette hubiese recibido de la naturaleza un corazón recto, o por lo menos un entendimiento un poco amplio, habría pensado inmediatamente en desacelerar y encauzar el violento avance de la insurrección; mas por el contrario, la excita, la justifica, ¿qué digo?, la santifica, pronunciando enfáticamente la siguiente máxima que será su sentencia: "La insurrección es el más santo de los deberes." Así es, en efecto, el carácter de La Fayette. En sus principios, el lado falso le parece siempre el lado nuevo; en sus acciones, cree asir una puntita de grandeza cuando ha captado el lado atroz. Lo demuestra la horrible sangre fría con que contempla el largo martirio de Foulon, y su última palabra al ver al infortunado Berthier[4] custodiado por ocho soldados a través de veinte mil

[3] Fue elegido diputado de la *Sénéchaussée* de Riom. (N. del T.)
[4] Cf. *Diario Político Nacional*, 1ª serie, IX. (N. del T.)

asesinos: "No hagáis", decía, "violencia al pueblo." Empujaba a la víctima, y gritaba que no lastimasen a los verdugos.

Mas dejemos ya sus crímenes contra la humanidad, y veamos sus atentados contra su señor y rey. Armado con la fuerza y respaldado en la opinión, de él dependía sustraer al monarca a las maniobras, ora insolentes, ora regicidas, de los facciosos y de la Asamblea. Pero no utiliza esa doble palanca de la opinión y de la fuerza más que para seguir empujando al desdichado príncipe bajo las ruedas de su carro triunfal. Toma de la mano de algún filósofo del *Palais-Royal* una *Declaración de derechos del hombre*, se viste con ese crimen ajeno en la Asamblea nacional, y contribuye así a dar un código a la revuelta.

La Fayette no brilla menos en la noche del 4 de agosto, que puede ser llamada *la San Bartolomé de las propiedades*; pero un proyecto más siniestro germinaba desde hacía algún tiempo en lo oculto de su corazón.

Luis XVI mostraba aún algunos síntomas de realeza, se hallaba todavía rodeado por sus fieles guardias y una parte de la nobleza, y le parecía o demasiado independiente, o demasiado resguardado contra una insurrección. Versalles le parecía excesivamente alejada de París. Concibe entonces el proyecto de arrancar al descendiente de sesenta reyes de la morada de sus padres, de masacrar si es menester a sus fieles servidores, y de conducirlo bañado en la sangre de éstos bajo el yugo de la capital, con la seguridad de disponer para siempre del poder si encadenaba a un rey y protegía a un senado.

Comunica su chispa, y París se enciende. Es la noche del 6 de octubre, noche para la cual es más fácil hallar lágrimas que un epíteto.

Avisado de la matanza de los guardias de corps, finge no creerla; ignora lo que sabe, o trata de habladurías lo que oye, y de visión lo que ve. Engaña al rey, a una parte de la Asamblea y a todo el palacio, deja los puestos sin guardia y para darse aires de inocencia, va a dedicar al sueño aquella noche que fue la última para la casa del rey. La familia real queda, pues, entre un defensor que duerme y un enemigo que ataca. No se olvidará jamás, y por cierto es más que imposible olvidar, ese sueño de la bárbara hipocresía y de la fría atrocidad: el crimen que vela no es tan execrable.[5]

[5] Cf. *ibid.*, 2ª serie, XX-XXI. (N. del T.)

La Fayette dirá tal vez que ese enemigo a quien me refiero aquí, que el duque de Orleans, si es preciso nombrarlo, meditaba no menos que el asesinato de la familia real, y que al lado de semejante atentado, el suyo se borra y se desvanece. Dirá, sin duda, que al primer aviso del peligro que corría la reina voló a palacio, no prestó atención más que a su deber, y rechazó a la horda de asesinos.

Ese mérito efectivamente le corresponde. Reconozco que no toleró que algún otro mezclara su puñal con sus bayonetas, sus sicarios con sus tropas, su conspiración con sus proyectos; y a esa rivalidad debemos la vida de la reina y del rey. La Fayette aparta el acero que le arrebataría a un cautivo coronado, y le daría a un enemigo por señor. Le evita al rey la herida del puñal, porque sería la última herida. Enfrenta, pues, exitosamente, con quince mil soldados a unos cuantos asesinos. En una palabra, puesto que Felipe de Orleans quería asesinar a Luis XVI y reinar... el general La Fayette quería encadenar a Luis XVI y reinar... veo en ellos a dos criminales y no veo a ningún inocente. ¡Sólo faltaría ahora verlos disculparse y defenderse ambos en nombre del odio y del desprecio que sienten el uno por el otro, y glorificarse de ello al mismo tiempo!

La Fayette queda, pues, pago de la diferencia que existe efectivamente entre su crimen y el atentado del duque de Orleans, con la victoria que obtuvo sobre éste. Este punto no puede por lo tanto figurar en el balance de su destino.

Veámoslo ahora cuando ha puesto en fuga a su rival. Ufano de su triunfo, seguro de su cautivo, se presenta a la Asamblea, le da cuentas de la noche del 6 de octubre, justifica los asesinatos invocando el testimonio de los asesinos, desafía a las conciencias que se estremecen a su alrededor, adula a las tribunas que vibran de alegría, y queda al final de su arenga cubierto con la sangre de los guardias de corps y con la adhesión de los verdugos de éstos.

Siempre justifica la fuerza cuando podría justificar la justicia.

Cada día adula más bajamente al pueblo. Dice y escribe a los mozos de cuerda de París: "Ejecutar vuestras órdenes, morir si es preciso para obedecer vuestras voluntades, tal es el deber sagrado de aquel a quien os habéis dignado nombrar vuestro comandante general."

Ese sistema de adulación lo dirige a partir de entonces. Inmola a la crueldad del pueblo al imprudente y diserto Favras,

y a la vanidad de los burgueses a un resto de nobleza que velaba aún ante las puertas de Su Majestad. Alarma el corazón del rey pidiéndole la vida o las armas de aquel puñado de gentileshombres que sólo se rinden a la voz del monarca. La Fayette reparte sus despojos a ladrones uniformados, y persigue así al honor y a la realeza en su último reducto.

Por último se colmó la medida; Luis XVI había hecho al despotismo de la Asamblea, a la iracundia de los facciosos, a los atentados del pueblo, sacrificios que dejaban a la revolución sin recursos y a la constitución sin esperanzas. La Fayette le permite un día salir a tomar aire a Saint-Cloud; mas el rey cautivo se da cuenta, ante la insultante y hosca resistencia del pueblo, e incluso de la guardia nacional, que su tirano sólo tiene fuerza para oprimirlo. Piensa entonces en ahorrarle nuevos crímenes a la nación; quiere finalmente abreviar un espectáculo tan largo y tan doloroso para Europa entera. Sus miradas abatidas se vuelven espontáneamente hacia las ruinas errabundas de la monarquía; comprende que el destino de Francia no está ya en Francia; puede hallar en los confines del reino restos de calor y de vida; el rey parte.[6]

La capital se siente herida por un rayo; no hay ya partidos, no hay ya facciones; monárquicos, republicanos, nobleza, burgueses, bandidos, todo se mezcla, todo se confunde; el peligro todo lo une, el temor tiene solamente un color, la desesperación sólo una voz. La Fayette, en particular, asombra a sus secuaces; pues salvo el miedo, las pasiones jamás habían alterado su rostro. Pálido, extraviado, tembloroso, adula, corre, parece buscar su presa perdida, y queda a su vez convertido en la del pueblo sombrío, feroz, inmenso, que lo rodea: sus oficiales son maltratados, su cabeza amenazada, y por esa cabeza amenazada jura traer de vuelta a su real cautivo. A su voz París vomita correos, y Francia se cubre de emisarios... una cruel providencia quiere que la víctima sea traída de vuelta.

Haré sobre el particular una sola reflexión, la de cuán necesario les es a los franceses el rey; objeto de odio o de amor, de respeto o de ultraje, es preciso que tengan uno. Ved a Luis XVI en esta revolución tan republicana, parece un obstáculo para todo. ¿Desaparece? Todo está perdido. Del mismo modo, las blasfemias, las adoraciones de los hombres testimonian por igual de un Dios.

[6] Huida de la familia real, detención en Varennes y regreso forzado a París: 20-21 de junio de 1791. (N. del T.)

Regocijos crueles anunciaban ya en París el arresto y la llegada del rey; La Fayette pasa de un abatimiento harto visible a una furia concentrada. Sombrío y satisfecho, sale al encuentro de la familia real, que avanzaba lentamente, saturada de oprobios y amarguras, en una marcha de varios días, bajo un sol ardiente, a través de los campos polvorientos y las oleadas en continuo aumento de una chusma indómita. La Fayette se aproxima, y da a aquel pueblo nuevas lecciones de irreverencia y de inhumanidad; se complace en aplastar a un rey de Francia, separado de su trono, bajo la pretendida soberanía de las puesteras y los mozos del mercado. Crea suplicios para la desgracia y afrentas para la realeza.

Efectivamente, apenas han entrado en la capital, indecisa sobre la acogida que daría a su rey, cuando ante la orden del general, las cabezas se cubren, los corazones se congelan, las voces permanecen mudas; todo es de hierro alrededor de Luis XVI. Con aquel horror silencioso, La Fayette daba a entender al pueblo que iba a convertirse en juez de su rey.

Por fin el Louvre se presenta ante los ojos del infortunado monarca; las verjas y las bóvedas lo sustraen por fin a una luz odiosa, a una tierra pérfida, a las miradas de aquella muchedumbre que fue otrora su pueblo. Entonces La Fayette, que había adoptado hasta aquel momento la actitud de un mayordomo de palacio, desciende súbitamente al papel de carcelero, cuyas funciones estrechas y crueles convienen más a su alma fría y minuciosa. Asombra a París con sus precauciones y sus registros; el palacio de las Tullerías erizado de bayonetas, desde los techos hasta los cimientos, e infestado en su interior de puestos de guardia, de centinelas, y de las rondas sin fin de una soldadesca insolente; la familia real no goza siquiera de ese intervalo de libertad que la noche anuncia a toda creatura; el sueño es interrumpido, los lechos inspeccionados, el pudor ultrajado; durante casi tres meses, el infatigable La Fayette se multiplica en torno a sus cautivos; *ya no duerme*.

Mientras tanto Europa se indigna, y la Asamblea se asusta; comprende la necesidad de salvar al monarca, y el peligro de incitar al pueblo. Es tiempo de dar base y término a sus trabajos; detiene voluntariamente su marcha triunfal; se decreta que la obra maestra de la constitución sea presentada al rey, quien ha de firmarla bajo pena de perder el trono y la vida.

La Fayette está seguro de haber quitado a Luis XVI las ganas de una nueva partida, y con la intención de seguir siendo dueño

del rey y de la constitución, se enrola inmediatamente en el partido dominante en la Asamblea nacional. Mas aquel nuevo espíritu de nuestros legisladores no se comunica ni a la décima parte de los fautores de la revolución; la gran mayoría murmura, se queja de que la hayan incitado desde hace más de dos años a la democracia con tantas arengas, argumentos y crímenes, para caer por último en una especie de monarquía. Llega el aniversario de la federación, y el momento aumenta los medios de los descontentos y las perplejidades de la Asamblea nacional; pues el pueblo está ya en el *Champ-de-Mars*, todo él, extiende ya su mano sobre el altar de la Patria; presta y toma juramentos. ¿En qué signos se deberá entonces reconocer la soberanía? Cuando en el mes de julio de 1789 su insurrección contra el rey fue legitimada, ¿tenía tanta determinación? La Asamblea delibera entre la soberanía de aquel pueblo y la constitución; se atreve a decidirse a favor de su obra contra sus soberanos (pues tenemos que utilizar aquí su lenguaje); la ley marcial es decretada, y La Fayette es encargado del peligroso menester. Vacila, avanza, retrocede entre dos abismos; el primer disparo de fusil hecho sin orden suya decide la cuestión: se tira contra el pueblo; la constitución se tiñe de sangre; y la Asamblea sembró en el *Champ-de-Mars* los dientes del dragón. Comienza allí un nuevo orden de cosas.[7]

El cuerpo legislativo perdió la idolatría de los pueblos; asustado de haber alumbrado lo que no ha concebido, precipita su fin; y quiebra, antes de disolverse, el bastón de general en las manos de La Fayette.

Lo que la Asamblea no concibió y sin embargo dio a luz, es la secta dominante de los jacobinos. Ya las tribunas pululan y reinan por doquier sobre las asambleas, como los clubes sobre las municipalidades y los directorios, como los gorros sobre los sombreros. Ya las picas se yerguen altivas entre las armas de línea y los fusiles de la milicia burguesa. La nación experimenta la última metamorfosis, y el espíritu de la revolución prevalece de un extremo a otro de Francia sobre la letra de la constitución.[8]

Esta máquina cuyo funcionamiento no ha alegrado nunca los ojos de sus artífices, porque no ha andado ni un solo día, la cons-

[7] Incidentes del *Champ-de-Mars*: 17 de julio de 1791. Disolución de la primera Asamblea: 30 de septiembre. (N. del T.)

[8] Ideas y expresiones idénticas en el Escrito autógrafo del 7 de junio de 1792 que traducimos como apéndice a los *Consejos a Luis XVI*. (N. del T.)

titución; no puede garantizar la vida ni las propiedades de nadie; y efectivamente, de la fidelidad del rey a esa constitución datan sus últimas desgracias. No proseguiré con su relato, porque La Fayette les es ajeno, y, hay que decirlo, porque la sensibilidad y aun la imaginación del hombre no son capaces de enfrentar desgracias tan grandes, tan reiteradas.

"¿Por qué, en las revoluciones de un Estado, se dedican al comienzo tantas lágrimas a los primeros infortunios del príncipe? Es que, en su persona, los primeros golpes de la desgracia ultrajan y derriban al comienzo el poder y la majestad. Si la fortuna se obstina, sus últimos rigores ya sólo caen sobre la triste humanidad. Acaece con la persona de los reyes como con las estatuas de los dioses: los primeros golpes alcanzan al dios mismo, los últimos ya no golpean más que un mármol desfigurado." Mas ¡qué nueva luz aleja estas sombrías imágenes! El norte de Francia se ilumina: la brillante Victoria marcha y avanza a través del caos; su voz sonora resuena en el imperio de la anarquía. Veo planear el águila de los Césares; veo un gran monarca, seguido por un cortejo de príncipes, Luis XVI, reanimándose con los abrazos de esas personas sacras, y encendiendo nuevamente los extinguidos rayos de su corona en la diadema de Federico Guillermo.[9]

La caída de La Fayette me reclama. Se ocultó en sus tierras, no para disfrutar en paz del espectáculo de la libertad y la igualdad que le costaron tantos crímenes, sino para escapar a los jacobinos de París, para intrigar en procura del voto de las provincias, y hacerse de nuevo temible: así es como, en cuanto surge la idea de la guerra, obtiene un ejército. Va a acampar en las fronteras del norte donde, durante una campaña de tres años enteros, este general sólo expone su reputación y sus amigos.

Por fin, los jacobinos, o por hartazgo, o por aburrimiento de las desgracias de la monarquía, se hacen instrumentos de la Providencia. Piden a voz en cuello la cabeza de todos los diputados constitucionales, y ponen precio a la de La Fayette. La nueva Asamblea decreta su sentencia.

Este general, que no había abandonado a su ejército cuando inmolaba a Foulon, a Berthier y a los guardias de corps, cuando amenazaba la existencia de Sus Majestades, lo abandona cuando es

[9] Como la *Carta a la nobleza francesa,* publicada pocas semanas antes, el panfleto contra La Fayette es anterior a la derrota de los prusianos y los emigrados en Valmy (20 de septiembre de 1792). (N. del T.)

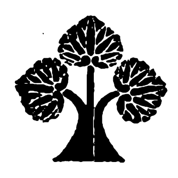
amenazado él mismo; La Fayette huye. Desaparece del escenario de la revolución, como un héroe de teatro que cae y acaba antes que la obra, asumiendo como escudo el nombre de emigrado, que ha imputado como un crimen capital a tantos infortunados franceses. Se presenta, seguido por algunos traidores, a los puestos de vanguardia del ejército austríaco: es hecho prisionero y reconocido.

Éste es La Fayette, extraído del laberinto político en que había extraviado su vida; ésta es su verdadera naturaleza, observada en los recovecos de su corazón y en las sinuosidades de su espíritu. No es ya un hombre que se ha decidido entre la necedad y la perversidad, sino un hombre que combina continuamente una con otra. Siempre errado en los planes, siempre cruel en la ejecución, absurdo en la composición, y criminal en los detalles.

Et dubitamus adhuc mercedem extendere factis!

Retrato del duque de Orleans y de madame de Genlis

(1793 - 1794)



Título original: PORTRAIT DU DUC D'ORLÉANS ET DE MME. DE GENLIS.

Abundan en los escritos de Rivarol las referencias a Luis Felipe, duque de Chartres y más tarde de Orleans, conocido durante la Revolución como Felipe *Igualdad*, descendiente en línea recta de Luis XIII y del famoso Regente de Francia durante la niñez de Luis XV, y padre del que había de ser proclamado rey de los franceses en 1830. Nuestro autor lo consideraba uno de los principales enemigos de Luis XVI, a quien intentaba tan inescrupulosa como inhábilmente suplantar, por cuya muerte votaría en la Convención nacional (1793), y de quien lograría finalmente ser sucesor, mas no en el trono, sino en el cadalso, adonde lo enviaron los jacobinos pocos meses después que al desdichado rey. Véase, por ejemplo, el *Diario Político Nacional*, 2ª serie, V, XI, XV, XXII; el *Pequeño Diccionario de los Grandes Hombres de la Revolución*, artículo "Orleans"; el "Plan" anexo al escrito remitido al señor de La Porte el 25 de abril de 1791; etc. Opiniones análogas sustentaban, por lo demás, otros polemistas contrarrevolucionarios, como Malouet, Peltier y Suleau.

La edición original de esta brevísima *plaquette* no indica lugar ni fecha de impresión. El folleto es posterior a la ejecución del duque, probablemente de fines de 1793 o principios de 1794. Seguimos la reimpresión que dan las *Obras completas* de 1808, t. V, pp. 299-303.

G. P.

Retrato del duque de Orleans y de madame de Genlis

Así ha sido este príncipe a quien todos sus vicios no han podido conducir a su crimen; y así el resultado de esa flojedad del alma, de ese derrumbe total de nuestras facultades, fruto del libertinaje, de la adulación y de todos los venenos; quien fue insensible a la gloria, se hace insensible a la infamia. Mirabeau, Laclos y sus congéneres, el crimen, en una palabra, con todos sus aparejos, no pudieron levantar a aquella alma hundida en su lodazal: el odio, el desprecio y todas las torturas de la opinión fueron impotentes contra tal insensibilidad, que sería la cúspide de la filosofía, si no fuese el último grado del embrutecimiento y el síntoma de la disolución.

Lo hemos visto el 6 de octubre[1] en las calles de Versalles, rodeado de asesinos y acariciando al famoso *Cortacabezas*: era la corrupción que mendigaba la ayuda de la barbarie; mas pagó el crimen y no sacó provecho alguno: como el conspirador no era más que un cobarde, sus secuaces no fueron más que ladrones, y su traición no encontró más que traidores.

Es no sólo de todos los príncipes, sino también de todos los hombres, el que habría quedado sumido más profundamente en el desprecio de Europa, si la opinión pública no hubiera descubierto detrás de él a un mujer,[2] consejo de sus crímenes y alma de sus consejos; instigadora de su proyectos, apologista de sus delitos y corruptora de sus hijos: mujer que sólo lo abandonó en el cadalso, como una partida perdida; pues en realidad el suplicio de ese miserable fue mucho más pena de un proyecto abortado, que compensación apropiada para los reyes, para los pueblos y para la moral. Ella es quien cargó con el peso de su fama y quien

[1] De 1789. Cf. el *Diario Político Nacional*, segunda serie, XXII, donde Rivarol no da por cierta la presencia del duque en Versalles aquel día, aunque lo sindica como uno de los instigadores principales de lo ocurrido, y afirma que durante toda la noche anterior estuvo en contacto permanente con los amotinados desde Passy. (N. del T.)

[2] Madame Stéphanie-Félicité du Crest de Saint-Aubin, condesa de Genlis, autora de numerosas obras de pedagogía y novelas, e institutriz de los hijos del duque. Falleció en 1830. (N. del T.)

presentándose como causa de tantas desgracias y crímenes, no le deja sino el título de vil instrumento de una furia que aún vive, sin saber ni llorar por él ni enrojecer por ella.

Una curiosidad fatal y un indefinible interés mezclado de horror nos atraen a pesar nuestro a esos engendros monstruosos que aparecen en determinadas épocas; inquirimos pormenores sobre esos seres perversos que son en este mundo escándalo de la Providencia; no me sentiría por eso sorprendido de que se quisiese aquí el retrato de cuerpo entero de aquella que fue la imagen acabada del vicio. Lo haré en dos palabras: joven, se sirvió de su hermosura; vieja, traficó con su inteligencia: mas como el Cielo le rehusó el encanto de la inocencia a su juventud, y la magia del talento a sus producciones literarias, sólo en la Revolución encontró el medio de resarcirse de los ultrajes del tiempo[3] y de esa avaricia de la naturaleza.

[3] Reminiscencia de Racine, *Atalía*, II, 5 (*Pour réparer des ans l'irréparable outrage*...). (N. del T.)

Sobre la filosofía moderna (*Separata del* Discurso preliminar de un nuevo diccionario de la lengua francesa)

[1797]



Título original de la obra en que fueron publicadas por primera vez estas páginas: DISCOURS PRÉLIMINAIRE DU NOUVEAU DICTIONNAIRE DE LA LANGUE FRANÇAISE.

Introducción

Rivarol, que había alcanzado temprana celebridad con la *Disertación sobre la Universalidad de la Lengua francesa*, laureada por la Academia real de Berlín en 1784, fue toda su vida un enamorado de ese su idioma, que hablaba y escribía con tanta pureza como elegancia. Cuando en el brumoso destierro de Hamburgo emprende la magna obra de redactar un nuevo diccionario, se compara a sí mismo con "un amante médico obligado a disecar a su amada"... Pero si bien en sus escritos abundan las observaciones gramaticales y filológicas, y Rivarol había reunido una gran cantidad de notas al respecto en sus cuadernos personales —donde aparecen mezcladas con toda clase de acotaciones, apuntes y hasta cuentas de gastos—, la concreción de aquella tarea paciente y metódica, de largo aliento, no debía por cierto apasionar a un hombre cuya inteligencia, chispeante e inquieta, había sido asemejada por uno de sus amigos, en imagen que él mismo recoge, a "un fuego que arde sobre el agua". El editor Fauche, tras perseguirlo vanamente durante meses, se ve obligado en 1797 —narra la anécdota— a encerrarlo con llave días enteros para lograr que escriba algunas páginas, que el perezoso autor debe entregar para que le permitan salir al anochecer. En el contrato, Rivarol se había comprometido a terminar, dentro de un lapso de seis meses, el "Discurso preliminar", y las seis primeras letras del diccionario. De esto último, si algo redactó, no se conserva; testimonios de sus amigos permiten suponer que había alcanzado por lo menos a compilar mucho material. Éste no fue publicado durante su vida, y Sabatier de Castres, su antiguo colaborador en el *Diario Político Nacional*, quien al parecer se apropió dichos papeles algunos años después de fallecido el autor, no cumplió el anuncio que hizo en 1806, de editar "el Diccionario de la antigua Academia corregido y aumentado por M. de Rivarol". Es cierto que la misma Academia, tras un silencio de más de treinta años, había entretanto publicado una nueva edición en 1798.

Poseemos, en cambio, el "Discurso preliminar", o mejor dicho,

la primera parte de las tres que anunciaba Rivarol en una "Advertencia" previa:[1]

"1º Un cuadro metafísico y moral del hombre considerado en sus facultades intelectuales, en sus ideas primeras y fundamentales, y en sus pasiones.

"2º El cuadro del espíritu humano en la creación del lenguaje en general; serán consideradas en él las diferentes formas del pensamiento.

"3º Un cuadro gramatical de la lengua francesa, y el desarrollo del plan del diccionario."

A esta extensa introducción debía seguir el Diccionario mismo "por orden alfabético y por familias", y finalmente una "Historia del cuerpo político".

¿No era todo aquello más que un magnífico *château en Espagne*, como afirmó M. de Lescure? Lo cierto es que Rivarol era indudablemente capaz de realizar el vasto proyecto con maestría, con genio, y él lo sabía. Su pronta muerte dejó para siempre inacabada la obra que su indolencia y su inconstancia habían postergado tantas veces. Sin embargo, las páginas preliminares que alcanzó a componer bastan para asegurarle un lugar distinguido en la literatura, y también en la antropología filosófica y en la historiografía política: pues Rivarol no se confina en el terreno de la filología, sino que se lanza al análisis del espíritu humano, donde nace el lenguaje, y acumula multitud de consideraciones de los más variados órdenes. De ellas sólo dan una idea aproximativa los títulos de capítulo enumerados en el índice del volumen primero de las *Obras completas*, que aquí citamos:

—Del Hombre intelectual y moral, la naturaleza del lenguaje y el origen de la palabra. Estado de la cuestión.
—Del sentimiento como principio universal en el hombre y en los animales.
—De la asociación.
—De las ideas, las imágenes, y todas nuestras facultades.
—Del tiempo vago y el tiempo medido.
—De los números.
—De las facultades y operaciones habituales del espíritu.
—De los animales.
—Recapitulación.
—De Dios.
—De las pasiones.
—De la religión.

[1] La 2ª y 3ª partes no llegaron a escribirse.

Es verdad que tanta riqueza de temas se presenta en forma algo confusa, y se ha reprochado a Rivarol el carecer de orden y sentido de la composición. También fue puesta en tela de juicio la profundidad de su metafísica, y por cierto que su formación intelectual y sus intereses cotidianos no predisponían especialmente a nuestro autor para especulación tan abstracta y severa como exige la filosofía primera. No es éste el lugar para ensayar un examen crítico de las ideas filosóficas de Rivarol; nos limitaremos a recordar el ponderado juicio de Sainte-Beuve, quien, en sus *Causeries du lundi* (tomo V) señala a los que se sintieran inclinados a desdeñar el intento concretado en el *Discurso preliminar*, que "en este escrito, Rivarol no es un literato que se divierte con una excursión por la ideología y la metafísica; es algo mejor que eso, es un hombre que piensa, que reflexiona, y que, cuando ha dominado no pocos aspectos de su tema, pasa a exponer sus conclusiones, no al azar, sino como escritor hábil y a menudo consumado".

De todas maneras, al no ser nuestro propósito presentar la totalidad de las obras de Rivarol, sino únicamente sus escritos políticos, hemos desistido en este único caso de traducir el libro íntegro (que en las *Obras completas* suma 380 páginas), y nos hemos limitado a los cuatro últimos títulos arriba citados, a partir de la "Recapitulación" (en la cual, por lo demás, el mismo autor resume gran parte de las secciones precedentes). En esos cuatro títulos, efectivamente, pasa Rivarol de la descripción de las pasiones humanas en general a la exposición y crítica del fanatismo, fenómeno que no se manifestaba, como aseveraba tendenciosamente el iluminismo, exclusivamente en el orden religioso, sino que también mostraba la experiencia de los últimos años en los discípulos jacobinos de aquellos mismos filósofos que pretendían inaugurar la era de la razón en el mundo. El autor se explaya entonces en una grandiosa visión retrospectiva de la Revolución, profundiza en sus raíces ideológicas, establece, contra el racionalismo de Voltaire, que a la necesidad absoluta de la existencia de Dios se añade la necesidad práctica de la religión cristiana, pone al descubierto la inanidad de los sofismas de Rousseau, y culmina con la estremecedora evocación del reinado del Terror (pp. 545-548 de nuestra traducción).

El criterio que hemos adoptado, de publicar por separado la útima parte del *Discurso preliminar*, encuentra, por lo demás, un precedente en una edición hecha en vida de Rivarol, y probablemente por iniciativa suya. En efecto, además de las ediciones del

Discurso en su totalidad (la original, en Hamburgo, 1797, hacia fines de julio; otra en París, 1800, bajo el título: *De l'Homme, de ses facultés intellectuelles et de ses idées premières et fondamentales*; y la reimpresión de las *Obras completas*, París, 1808, t. I, intitulada: *De l'homme intellectuel et moral*), existe otra reimpresión parcial, sin lugar ni fecha, pero que probablemente es de Hamburgo, 1799, con el título: *De la philosophie moderne*; esta última fue a su vez reproducida en París, en 1802. Abarca la parte final del capítulo "Sobre las pasiones", y el que trata "De la religión" (salvo los últimos párrafos, los cuales debían servir de transición con el resto del *Discurso*, que el autor no llegó a escribir). En nuestra versión incluimos además, según hemos dicho, la "Recapitulación", y el capítulo "Sobre Dios".

Señalemos, para concluir, que a causa de su vibrante ataque contra la filosofía moderna, esta obra de Rivarol mereció ser prohibida en Francia por el ministro del Interior del Directorio, François de Neufchâteau; es verdad que este señor tenía además sus motivos particulares, como otros hombres públicos de la época metidos a literatos, para no profesar excesiva simpatía a un crítico de desenfadada franqueza.[2]

G. P.

[2] Adolecía François de Neufchâteau de aspiraciones poéticas, y un día le llevaron a Rivarol unos versos suyos preguntándole qué opinaba de ellos: *C'est* —respondió el impertinente— *de la prose où les vers se sont mis.*

La mejor descripción del entendimiento humano debe, con el tiempo, resultar del conocimiento profundizado del lenguaje. La palabra es, efectivamente, la física experimental del intelecto; cada palabra es un hecho; cada frase, un análisis o un desarrollo; todo libro, una revelación más o menos larga del sentimiento y del pensamiento. Tan persuadido de este gran principio como poco seguro de haberlo demostrado bien, al menos habré abierto el camino. Por eso, mientras llego a la segunda parte del presente discurso, dedicada al lenguaje en general, no he perdido las oportunidades de justificar las expresiones vulgares creadas por la necesidad, y consagradas por el uso. Como las necesidades naturales son siempre verdaderas, sus expresiones no pueden ser falsas: éstas forman, por decirlo así, la lógica de las sensaciones.

Me he cuidado por ende de imitar a ciertos filósofos que piden que se les concedan palabras nuevas o nuevas acepciones. El autor del *Emilio*, por ejemplo, exige que se le permita cambiar el sentido de la misma palabra de una página a otra. ¡Es verdad, no obstante, que así como todo se pinta en el pensamiento, el pensamiento se pinta en el lenguaje, y que no es lícito mezclar los colores ni en los objetos ni en sus pinturas! Cambiar el sentido de las palabras de una lengua ya formada, es alterar el valor de las monedas en un gran estado; es producir confusión, obscuridad y desconfianza, con los instrumentos del orden, la claridad y la fe pública: si desordenamos los muebles en la habitación de un ciego, lo condenamos a crearse una nueva memoria.

Mi fidelidad en el empleo de las palabras no ha sido, sin embargo, una superstición: a menudo ha sido menester suplir la avaricia de la Academia: lo que ésta me rehusaba, lo he tomado del uso, que ha hecho grandes adquisiciones desde hace casi cuarenta años, cuando apareció la última edición del diccionario.[1]

[1] Un año más tarde (1798) la Academia publicaría una nueva edición de su diccionario. (N. del T.)

A pesar de todos mis esfuerzos, bien advierto que esta obra es sólo un ensayo muy imperfecto: ninguno de mis lectores se sentirá por ello más descontento que yo. Sólo puedo esperar indulgencia de mentes metafísicas, habituadas a la meditación, que saben qué difícil es escribir sobre las ideas primeras, y que comprenderán bien que el presente ensayo, con todas sus debilidades, puede ser un día, para algún grande escritor, ocasión de una buena obra.

Estas consideraciones me han llevado a recapitularme a mí mismo. Muchas veces se haría un buen libro con lo que uno no ha dicho, y hay edificios que sólo valen por sus refacciones.

Paso, pues, a rever mis ideas, y digo que según todo lo que precede, se puede concluir, sin temeridad, que para hallar luz sobre el principio que nos hace sentir y pensar, debemos recurrir al *sentimiento*: su solo nombre simplifica y anima la cuestión. Se debe hablar de cuerpo en física, de alma en teología, y de sentimiento en metafísica. Mientras los hombres disputen sobre el espíritu y la materia, sobre el alma y el cuerpo, la metafísica seguirá siendo nebulosa: es preciso entonces apoyarse en el sentimiento, el cual se apoya a su vez sobre su propia convicción. Dios ha dicho: *Yo soy;* el sentimiento dice: *Yo siento;* y esas dos grandes expresiones de la conciencia del hombre y de su Dios, son y serán eternamente para nosotros bases de certidumbre y fuentes de evidencia.

El sentimiento, por cierto, tiene dos aspectos tan diferentes, que parecen opuestos, su cuerpo y su pensamiento: se ha denominado a aquél *materia* y a éste *espíritu.*[2] Si vuelve su atención hacia su cuerpo, lo siente divisible por sus partes; si hacia su espíritu, lo siente múltiple por sus ideas; si hacia sí mismo, se siente simple.

Cuanto se dice del cuerpo, no puede ser dicho del alma; cuanto se dice del alma, no puede ser dicho del cuerpo; cuanto se afirma de uno y otra puede aplicarse al sentimiento. ¿Cómo se podría haber separado en el lenguaje las expresiones apropiadas para un ser que siente y piensa como espíritu, que siente y que obra como cuerpo? Corre, se detiene y vacila; se eleva, planea y se abate; se hiela y se inflama; capta, abarca y retiene; se duerme, se despierta, se extravía y se reencuentra; por último, florece y se marchita, brilla y se extingue. No se han aplicado, sin duda, todas las operaciones del cuerpo al sentimiento, pero todas las que el

[2] Agregado de átomos y secuencia de ideas.

espíritu se ha apropiado en su nombre, son tomadas del cuerpo: el cuerpo, en efecto, es el trono visible del sentimiento.

Cuando se trata de ideas, este principio se llama *espíritu*, *entendimiento*, *imaginación* y *juicio*: cuando se trata de afectos, se llama *corazón* y *voluntad*: pero cuando se trata del cuerpo, el sentimiento conserva su nombre y se asocia a una gran cantidad de epítetos que no son apropiados para el alma. Uno tiene, por ejemplo, un sentimiento "amargo y punzante", y no un alma "punzante y amarga". En general, el alma está demasiado lejos del cuerpo, en todos los tratados de metafísica.[8] Se la ha convertido en un ser aparte al cual se quiere concebir sin cuerpo, cosa que vuelve imposible de dilucidar a la mayoría de las cuestiones. Hobbes dice que por la manera en que se define el alma, parece que es "un cuerpo incorpóreo". Mas el sentimiento, situado entre sus órganos y sus ideas, es de acceso más fácil; mantiene mejor las vinculaciones entre la materia y el espíritu, adaptándose al lenguaje de una y otro. La misma religión no sabe qué hacer con las almas sin cuerpo, y quiere que resucitemos en cuerpo y alma.

Con una descripción suficientemente metódica del sentimiento, es posible interpretar todos los fenómenos que presenta el reino animado, desde la planta, en la cual el sentimiento no defiere de la vida, hasta el hombre, en el cual no difiere del genio. Por eso no se puede decir nada del hombre que no pueda ser dicho del sentimiento, y recíprocamente. El sentimiento necesita el cuerpo para tener sensaciones, sensaciones para tener ideas, e ideas para tener inteligencia (*esprit*): siente mediante aquéllas, y conoce mediante éstas: el cuerpo es su sede, las ideas son sus espacios. Por ende no se puede concebir el sentimiento sin cuerpo y sin ideas sino como se concibe a Dios sin el universo: mas de hecho, Dios no es el Dios de la nada. Luego el sentimiento no se da sin ideas, como Dios no se da sin la creación: el mundo es el pensamiento de Dios, el pensamiento es el mundo del sentimiento.

Si Locke hubiese dicho que la materia puede sentir, no habría escandalizado a nadie; pues los teólogos e incluso los filósofos de su tiempo, que sostenían que los animales eran máquinas, les concedían no obstante la sensibilidad. Todo dependió en el caso de Locke, entonces, de la expresión que eligió; y sin embargo *sentir* es la misma maravilla que *pensar*. Descartes debería haber dicho:

[8] La metafísica escolástica es como la Filaminta de Molière, trata al cuerpo de guiñapo.

"Siento, luego soy." En la medida en que se reconoce el sentimiento tal cual lo hemos definido, no se es más materialista que la naturaleza.

En general, los niños y los jóvenes conciben mejor la realidad de los cuerpos, y los hombres adultos y los ancianos, la de los espíritus. Ambas propensiones son igualmente naturales. Los primeros tienen un espíritu aún débil en un cuerpo vigoroso; los segundos tienen un espíritu más firme en un cuerpo que decae. Las sensaciones dominan en aquéllos, y las ideas en éstos.

Hay, efectivamente, dos excesos que deben evitarse, cuando se profundiza en la investigación de los principios, el *idealismo* y el *materialismo*. No se debe pretender conocer por los sentidos lo que sólo se puede explicar por el razonamiento,[4] y no menor error es querer definir lo que sólo se puede sentir. El espíritu puro no pide sensaciones, y los sentidos no piden razones: mas el sentimiento aúna la evidencia exigida por el espíritu con las sensaciones exigidas por los sentidos; nos garantiza, por ende, contra el doble escollo del idealismo y del materialismo.

No solamente no se debe tratar de definir lo que está directamente al alcance de los sentidos, sino que por el contrario, debemos servirnos de las cosas sensibles para definir las intelectuales. La materia, el movimiento, el reposo, y todas las nociones de los objetos exteriores, nos sirven para entendernos sobre todo lo que no se manifiesta directamente a nuestros sentidos.

En último análisis, el sentimiento es *potencia*, unión de órgano y de fuerza; todo animal es por tanto *potencia*. Más allá de ese vocablo no hay ya análisis, ni definición. Sentimos, pensamos, eso ha de bastarnos; pues no se trata de poseer la plenitud de las luces, de definirlo todo, de penetrar las esencias, sino de captar, retener, comparar los objetos y las ideas, clasificarlos, contarlos, apropiárselos. El hombre ha nacido para el dominio más que para la ciencia, y para el disfrute más que para la contemplación; por eso no es la inteligencia, sino el sentimiento, lo primero en él; el sentimiento es germen, la inteligencia es fruto. Descartes, que sólo veía la inteligencia, la juzgaba anterior a todo, y de allí las *ideas innatas*.

¡Qué hermoso y fiel espejo del universo, el sentimiento en el hombre! Recibe las imágenes, es afectado por ellas, y las retiene.

[4] El texto de las *Obras completas* es: *ce qu'on ne peut expliquer par le raisonnement*. Por el sentido y por el contexto, es evidente que debería decir *ce qu'on ne peut expliquer* QUE *par le raisonnement*. (N. del T.)

Los objetos se agolpan fuera de él, y se amontonan en su memoria; están separados, y el sentimiento los distingue; son espaciales y extensos, el sentimiento concibe la extensión y el espacio; son móviles y se presentan sucesivamente, el sentimiento concibe el movimiento, el tiempo y los números. Igualmente impresionado por las diferencias y por las semejanzas, siente la homogeneidad, el género y la especie. Si el mismo ser tiene, como la oruga, dos estados diferentes, siente la identidad del individuo, y el milagro de la metamorfosis no lo turba. Por último, se estudia y se conoce a sí mismo; y si la sabiduría del Creador resplandece en sus obras, se contempla en el hombre. Suprimid el género humano, el universo queda sin testigo.

Ya se ve que, al pintar el sentimiento, he pintado al hombre, el uno en el otro, el uno por el otro; pues el hombre es todo sentimiento, y el sentimiento es todo el hombre. Su solo nombre reduce a su justo valor el *homo duplex* de Buffon, los dos hombres de la moral y de la religión, las facultades y las entidades de los escolásticos: el sentimiento reduce todos los misterios y todos los prodigios a un solo misterio, a un prodigio único, a la palabra *sentir*: todo el resto, pensar, considerar, reflexionar, imaginar, recordar, son solamente ropajes distintos, modificaciones, prolongaciones, repeticiones del sentimiento, que es a la vez y sucesivamente entendimiento, imaginación, memoria, inteligencia y genio: asume tantos nombres cuantas funciones tiene. Parecido a aquel que extrae una piedra de la cantera, la transporta, la talla, construye con ella una casa, y con cada nueva operación recibe un nuevo nombre; pero parecido también a la luz por la cual todo es visible, y que no puede ser captada en sus elementos, que se adensa y se comprime sin confusión, se dilata y se ramifica sin intersticios, el sentimiento todo lo toca, todo lo siente, cumple distintas funciones, se reparte entre una multitud de sensaciones y de ideas, pero [es] en tal medida uno en sus variaciones, en tal medida íntegro en sus divisiones, tan simple en su movilidad, que su esencia desafía todas las formas de análisis, y se evade de todos nuestros métodos.

Preciso es verlo, entonces, tal cual se manifiesta en las facultades, así como en las operaciones del espíritu; en los movimientos, así como en el funcionamiento de los órganos, y principalmente del rostro, escenario exterior y móvil de las pasiones. Pues tal como la frecuente repetición de determinados afectos nos hace amoldarnos a ciertas ideas habituales, y nos da lo que suele llamarse una manera de ver las cosas (*tournure d'esprit*) y un estilo; del

mismo modo, el juego de ciertos músculos en los cuales se apoya con preferencia el sentimiento, da una fisonomía a nuestros rasgos y una expresión a nuestra voz. Mas los ojos en particular descubren su presencia; allí es donde se deja entrever la alianza de la materia y el espíritu; allí termina el cuerpo y comienza el alma; de allí lanza el sentimiento sus relámpagos; en la mirada chispea la alegría y languidece la voluptuosidad; mas si la vida y la felicidad triunfan en los ojos, allí es también donde se decide la desgracia y la muerte exhibe todos sus horrores.

Después de considerarlo en sus alianzas, en sus funciones y en sus facultades, debemos observar un instante sus fases y sus períodos.

En la infancia, el sentimiento, vacío de ideas y lleno de esperanzas, tiene ante sí toda su carrera, y nada o poco detrás de sí, puesto que sale de la nada y ensaya la vida. Marcha y crece al marchar; y a medida que avanza, el tesoro del pasado aumenta para él sin que advierta sensiblemente la disminución de su futuro. A mediados de la vida, sus dos mitades se equilibran; el sentimiento, casi estacionario, puede extender su mirada hacia atrás tanto como hacia adelante, y tomar consejo del pasado para dirigir el futuro: es la época del vigor ilustrado y de la sabiduría activa. Mas pronto el pasado aumenta tanto con lo que pierde el futuro, que cesa el equilibrio, y el sentimiento atraído por la masa del pasado, parece girar sobre sí mismo; entonces sus ojos, fijos en la muchedumbre de sus recuerdos y el número de sus días, ya no arrojan hacia el futuro más que miradas fugitivas, y por último, cargado de ideas y vacío de esperanzas, desciende y retrocede hasta la tumba.

Así desarrollamos la observación del sentimiento, sin llegar a su naturaleza; así enumeramos efectos, y la causa permanece impenetrable. Prosigamos, no obstante, espiando a este ser misterioso; considerémoslo como un astro invisible que nos lanzase destellos; los diferentes puntos del cielo de donde partiesen sus resplandores, nos indicarían su marcha. Pues bien, las sensaciones y las ideas, las necesidades y las pasiones, el dolor, el placer y todos los signos de la sensibilidad, si no revelan la naturaleza del sentimiento, testimonian en todo caso su presencia. Voy a hablar por eso de su movilidad, como primer atributo de su esencia y causa aparente de sus fenómenos.

Para entender algo de la vivacidad del mecanismo de las sensaciones y las ideas, de las necesidades y las pasiones, menester es

renunciar ante todo a las imágenes cuyas impresiones creyeron algunos metafísicos que retenían nuestras fibras; pues si se admitiesen imágenes en el cerebro, habría que admitir también sonidos, sabores, olores, y la extraordinaria cantidad de sensaciones y recuerdos que no tienen figura. Sería preciso que las emanaciones de los cuerpos se conservasen con su naturaleza propia en las fibras que las hubiesen recibido y que quedarían impregnadas de ellas. La cabeza no presentaría entonces más que imágenes y más imágenes, tintineo de sonidos, mixturas de gustos y sabores, etc. El horrible caos que resultaría de semejante situación hace a esta hipótesis absolutamente inadmisible.

Existe otra más digna de la sabiduría de la naturaleza y más afín a la poderosa simplicidad de sus medios: la de que el sentimiento es advertido por los movimientos variados de la fibra; movimientos que bastan para explicar sin confusión, en primer lugar la unidad del sentimiento, y sus diversos estados, como entendimiento, imaginación y memoria; sus ramificaciones y sus diferentes direcciones, de los sentidos al cerebro, y del cerebro a los órganos y a las vísceras; su rapidez en los niños, y su lentitud en los ancianos: por qué se retiene más y se concibe menos en la juventud; y por qué, por el contrario, se concibe mejor y se retiene menos en la vejez; para explicar sus movimientos, tanto los voluntarios como los involuntarios; la presta obediencia de la lengua y las manos, la estrecha vinculación, observada por Hipócrates, entre las convulsiones de la lengua y el desorden cerebral; la delicada distinción, por último, entre las necesidades y las pasiones, y entre las ideas y las sensaciones; pues las sensaciones y las necesidades son ideas y pasiones más exteriores y más efímeras; y las pasiones y las ideas son a su vez sensaciones y necesidades más interiores y más durables. Todo lo dicho requeriría grandes desarrollos para los lectores desatentos: me limitaré a insistir sobre el principio.

La primera gota de leche que cae en la boca de un niño excita, por ejemplo, una cierta fibra del órgano del gusto; y desde ese instante, hasta el final de su vida, la leche excitará en él la misma fibra, y su sentimiento experimentará una sensación dulce y húmeda que relacionará con la leche; como juzgará que el fuego es caliente, que el agraz es ácido, y que tal acontecimiento es triste; aunque en el fondo lo único caliente, agrio y triste es él.

Si, antes de la sensación dada por la leche, esa misma fibra hubiese sido agitada, el sentimiento sólo habría experimentado in-

quietud; pero después de la sensación real, producida por la leche, todas las veces que esa fibra sea puesta en movimiento, el animal soñará o juzgará que bebe leche. Así pues, que el movimiento venga de fuera, es decir, de los objetos mismos; o de dentro, mediante los espíritus animales que se supone parten del diafragma hacia los órganos y de los órganos al cerebro, la sensación será idéntica. Lo mismo puede decirse de todas las sensaciones, con lo cual se dará razón de su diversidad; y si se trata de explicar los diferentes grados de la misma sensación, se puede suponer que el vino, por ejemplo, pone a la fibra en un cierto grado de tensión; que el aguardiente la pone en mayor tensión aún, y el alcohol etílico y el éter todavía más. Esos diferentes grados de eretismo le bastan al sentimiento para graduar y matizar sus sensaciones.

Los movimientos que parten de los sentidos, dan sensaciones; los que parten de las vísceras, dan necesidades; los que parten de las fibras provocan ideas. El sentimiento se hace alternativamente juez de sensaciones, juez de necesidades y juez de ideas, y su voluntad es más o menos solicitada por todos esos movimientos. Se puede entonces considerar a la voluntad como una reacción del sentimiento, que impresionado por cierta sensación o por cierta idea, experimenta una necesidad o un deseo, y se determina a tal o cual acto interior o exterior.

Cuando los espíritus animales, en sus *recorridos* espontáneos, excitan algunas fibras, sucede que, o esas fibras ya han sido excitadas, o no lo han sido: en el primer caso, las fibras poseen hábitos, y comunican recuerdos al sentimiento: en el segundo caso, hay sólo agitación sin idea. Si el sentimiento que parece dueño de excitar a su vez el diafragma y todo el sistema nervioso, hace subir en abundancia los espíritus animales al taller de sus fibras, dicho movimiento los pone en funcionamiento con el más elevado grado de rapidez que el hombre puede concebir, puesto que es el del pensamiento; y del recubrimiento de todas esas fibras, sacudidas sucesivamente, elige el sentimiento los recuerdos que le convienen. Entonces es cuando parece lanzarse hacia los objetos, según la expresión reprochada a Buffon por Condillac. La verdad es que el sentimiento se ocupa entonces de la fibra que despierta determinado recuerdo; como mis ojos, al recorrer un mapa, se detienen, por ejemplo, en la India. Pero el sentimiento se halla alojado establemente en mi cuerpo, como mis ojos en mi cabeza, por grande que sea su movilidad.

Obsérvese que las palabras *vacilar, tender, lanzarse hacia los*

objetos, etc. son sólo expresiones figuradas, inevitables aun en estos temas; y el mismo Condillac, el escritor más desprovisto de imágenes, las ha utilizado. Obsérvese también que el sentimiento, en cuanto imaginación y memoria, toma los nombres de *principio* y de *resultado*, de *causa* y de *efecto*, de *fuente* y de *depósito*, sin inconveniente alguno: todo depende de los puntos de vista del espíritu. Ora se considera la imaginación y la memoria como formando poco a poco acumulaciones de recuerdos e imágenes, y entonces son *depósito, efecto* y *resultado* de las sensaciones; ora se las ve restituyendo todo lo que han recibido y sacando de ese acervo nuevas combinaciones; y entonces son *causas, principios* y *fuentes*: pues basta, para justificar estas expresiones, que el sentimiento sea alternativamente activo y pasivo: es suficiente que al principio nada pueda sin la ayuda de los sentidos, y que él mismo no entre en la esfera de lo sensible, para que no haya podido expresarse sin imágenes. En efecto, no hay artificio que no use la imaginación para disfrazarse su indivisibilidad. El espíritu más árido no habla mucho tiempo sin metáforas; y si parece preservarse de ellas intencionalmente, es porque las imágenes que adopta, al ser viejas y gastadas, no le llaman la atención ni a él ni a sus lectores. Puede decirse que Locke y Condillac, uno más empeñado en combatir errores, y el otro en establecer verdades, carecían ambos por igual del secreto de la expresión, de ese afortunado poder de las palabras que surca tan profundamente la atención de los hombres excitando su imaginación. ¿Hemos de agradecerles esa impotencia? ¿Diremos que temieron hacerse leer con demasiada amenidad, o que el estilo sin figuras les ha parecido apropiado para la severidad de la metafísica? Podría demostrar en primer lugar que no existe estilo propiamente directo y sin figuras; que Locke y Condillac eran figurados a su pesar o sin saberlo; que, por último, a menudo buscaron la metáfora y las comparaciones, y se vería con qué resultados: pero no es ahora mi objeto. ¿Acaso nuestro gran modelo, la naturaleza, carece de imágenes, la primavera de flores y los frutos de colores? Aristóteles ha rendido a la imaginación un testimonio clamoroso, tanto más desinteresado, cuanto que él personalmente estaba desprovisto de ella, y Platón, su rival, se hallaba ricamente dotado. Las bellas imágenes sólo lastiman a la envidia. Vuelvo a mi tema.[5]

[5] *A philosopho, si afferat eloquentiam, non aspernerl si non habeat, non admodum flagitem.* (Cicerón).

Por la facultad de mover y de ser movido se explica también la atención y sus lasitudes, cuando el sentimiento fuerza a una o varias fibras a conservar mucho tiempo la misma actitud. La atención, en efecto, no es más que un sentimiento sostenido, tanto por nuestro cuerpo como por nuestro espíritu: se mira, se escucha, se gusta, se manipula, se piensa atentamente: a esta potencia hay que atribuir las causas de nuestra superioridad sobre los animales, y la diferencia entre un hombre y otro. Pero no se debe creer, como Helvetius y Condillac, que la atención dependa enteramente de nosotros, y especialmente que produzca los mismos efectos en dos hombres igualmente atentos. ¡Cuántas personas hay a quienes la reflexión y la atención más profunda no llevan a nada! Sin contar aquellos que sólo cosechan de ella errores.

Los niños, por ejemplo, cuya atención es tan difícil de fijar, dan gritos, les gusta el ruido, buscan la muchedumbre; hacen cuanto pueden para cobrar conciencia de su existencia, y juntar sensaciones: el interior está aún vacío. Lo mismo puede afirmarse del pueblo en general. Sólo los hombres habituados a pensar aman el silencio y la calma; su existencia es una sucesión de ideas; el movimiento es interior.

De allí viene que las anécdotas sean el ingenio de los ancianos, la delicia de los niños y de las mujeres: solamente el enhebrarse de los acontecimientos fija su sentimiento y mantiene en suspenso su atención. Una sucesión de razonamientos y de ideas requieren todo el cerebro y el brío intelectual de un hombre.

Se conocen dos tipos de parálisis, la de los músculos y la de los nervios. ¿Por qué esta última, al suprimir la sensibilidad, nos priva de la memoria? Es que embota las fibras del cerebro y les quita el movimiento. ¿Por qué los violentos ejercicios corporales y el ejercicio del pensamiento se oponen, al punto de excluirse recíprocamente? Es que movimientos tales reclaman cada uno por su lado el sentimiento íntegro. ¿Por qué, cuando estamos embebidos en una idea o un sueño, si nos distraen bruscamente, o si nos damos vuelta en la cama, perdemos su recuerdo, y muchas veces para siempre? Los movimientos opuestos de la fibras, ¿no serán en esos casos como los de las olas que se entrechocan, se quiebran y se deshacen? ¿Por qué los niños ven muchas caras cuando están por dormirse? Es sin duda porque los rostros los impresionan mucho más que las partes del cuerpo cubiertas por ropas, y las impresiones más vivas son las últimas en desaparecer. Ya no se ignora que el fuego produce el sentimiento de calor al penetrarnos, y el de

frío, al dejarnos. Mas sea que entre, o que salga, si lo hace con violencia, causa los mismos accidentes.

Puesto que nuestra vida no es más que una sucesión de movimientos, tanto externos como internos, no es extraño que los movimientos fuertes o irregulares produzcan el dolor o el placer, las grandes ideas, la fiebre o la locura; y que los movimientos débiles u ordenados se vinculen más con el buen sentido, con el sueño y con el hastío. Todos sabemos que los movimientos demasiado rápidos o demasiado prolongados, así del cuerpo como del espíritu, cansan por igual.

La agricultura y todos los ejercicios intensos son más favorables para la salud que el escribir y las demás artes y oficios de este tipo. Ello se explica, no sólo por la ventaja de la vida activa respecto de la vida sedentaria, sino por la diferencia en el movimiento y en las actitudes. El que escribe hace convergir sus músculos y sus nervios hacia un único punto; todos sus movimientos, dirigidos hacia la extremidad de su pluma, siguen ese camino; el que escribe trabaja de la circunferencia hacia el centro. Pero el labrador o el leñador se hacen centro de un círculo cuyos radios son sus brazos; su obra está casi siempre para ellos en la circunferencia; aquél se concentra, y éstos se despliegan.

El *yo*, en los animales [6] y en el hombre, es la plenitud del sentimiento: es producido por la convergencia de las facultades hacia un punto único; es un verdadero eretismo de nuestras fibras, o al menos de la mayor parte de nuestras fibras y de nuestras facultades. Ese *yo*, ese estado de energía que constituye la vigilia, nos agota como cualquier otro eretismo, y el sueño, que es su consecuencia, viene periódicamente a apagar, a adormilar poco a poco las fibras una por una, y nos conduce a la postración total cuyo efecto es hacernos perder el conocimiento. La imaginación con sus sueños bien puede resucitar el funcionamiento de las fibras dentro de la cabeza, bien puede encender de nuevo las iluminaciones que ha apagado el sueño: las trayectorias vagabundas de los espíritus animales que agita no producen la conciencia del *yo;* pues si la produjesen, ocurriría inmediatamente el despertar. El hombre que duerme, el hombre ebrio, etc., es el hombre.

Sucede algunas veces que el hombre, abandonándose a sus hábitos y a los impulsos consuetudinarios de los espíritus animales, actúa y habla sin el *yo*: su cuerpo anda sin atención, como una

[6] *Sic.* El autor parece también, más adelante, atribuir a los animales categoría de "personas". (N. del T.)

nave sin piloto, sólo por los buenos oficios de su construcción. Se debe ello a que el hombre está dividido en esos casos entre sus movimientos e ideas ajenas a esos movimientos; y además, a que hay como una primera orden y un movimiento impartido de entrada que no necesitan ser repetidos para que el cuerpo continúe obedeciendo. Todo hombre que se observa cuando anda, habla y escribe, conoce bien esas órdenes anteriores que toda la rapidez de la contraorden impartida por la reflexión no es capaz de impedir. Eso explica la diferencia que media entre el hombre que habla y el hombre que escribe: el primero es más exterior, el otro más interior: el juicio impide escribir tal como se habla; la naturaleza no permite hablar tal como se escribe; el gusto casa las vivacidades de la conversación con las formas metódicas y puras del estilo escrito.

No desarrollaré más ampliamente esta teoría que cada cual puede enriquecer con sus propias observaciones. Digo *teoría*: porque no es simplemente una hipótesis, un sistema que tiene a su favor, no sólo la adhesión de los verdaderos pensadores, sino las analogías de la experiencia.

En efecto, si los movimientos exteriores, los impulsos y las superficies variadas de los cuerpos y de los átomos luminosos u odoríferos, pueden darnos tantas sensaciones diversas; si veinte figuras diferentes les bastan a los ojos y a la mano para componer tantas palabras, ¿cómo los movimientos infinitos de tantas fibras que pueden adquirir, acoplar, variar y repetir actitudes innumerables, no bastarían para excitar el sentimiento, y volver a ponerlo a cada instante en las situaciones diversas en que sus sentidos y su entendimiento lo colocan cada día; para componerle, en una palabra, una imaginación y una memoria?

Toda potencia, lo hemos dicho ya, es unión de fuerza y de órgano; siempre que hay fuerza, hay movimiento; siempre que hay órgano, hay regla: luego toda potencia tiene movimientos regulados. Mas el sentimiento es potencia; luego aúna el movimiento y y la regla.[7]

Ésa es la razón de que un razonamiento bien construido, un

[7] La definición de potencia, simple como es, no había sido formulada hasta ahora. Véase lo que confiesa D'Alembert, en los vocablos "fuerza" y "potencia" de la *Enciclopedia*; y las definiciones de todos los diccionarios. A todo esto, es la definición de potencia la que resuelve el problema de la soberanía en el cuerpo político, como se verá en cuanto mi trabajo sobre este tema fundamental sea digno de ser ofrecido al público.

número, un canto, se graben fácilmente en la memoria. El hombre es todo armonía, ya razone, ya cuente, ya cante; por eso, cuando llega a secuencias de objetos sin orden, se ve obligado a repetirlas o a recorrerlas iterativamente, hasta que se forme así un hábito y una rutina: se crea pliegues, a falta de acordes, orden y proporciones.

Nunca se admirará en exceso el principio que nos hace sentir y pensar; y para decirlo mejor, el sentimiento nunca se asombrará demasiado de sí mismo. Es menester que sea advertido, para sentir que existe; que sea tocado, para que piense; es preciso que pase todos los días, e incluso en todo momento, del embotamiento a la sensibilidad, del sueño a la vigilia; que se apague y se vuelva a encender, que muera y resucite, que pierda y vuelva a encontrar sus tesoros; ¡y unos cuantos movimientos son las causas suficientes de semejantes prodigios!; ¡y ésos son las palancas y todos los aparejos de semejante potencia! Cuanto más se lo estudia, más se sorprende uno de la fecundidad de sus efectos y de la simplicidad de sus medios; cuanto más se hunde la mirada en este misterio, más se eleva el espíritu hacia una causa primera, dispensadora del movimiento y fuente de toda armonía. Esta idea se depura y se fortifica con la meditación, como el oro en el crisol.

¿No es también un fenómeno digno de observación, que el sentimiento esté ávido de armonía, de relaciones, de proporciones, de principios y de consecuencias, y que su más brillante función, quiero decir la imaginación, sea no obstante un inicio de locura? Basta sin embargo un momento de reflexión para percibir que esta vivacidad creadora es el más rico don que la naturaleza ha hecho al sentimiento. Es una primavera eterna con la cual lo ha dotado, una juventud inmortal que anima y decora los recuerdos, suaviza y atempera las sentencias del juicio y los rasgos de la austera razón. Sin ella, el sentimiento apagado y descolorido se arrastraría servilmente sobre las huellas de la memoria; pasaría, tímido, frío y envarado, de la indiferencia a la languidez, y de las languideces al letargo: pues la madre de los colores y de los sueños, lo es también de las pasiones y de las artes.

Al hablar de las sensaciones que experimenta el sentimiento, y de las ideas que reproduce la imaginación y que guarda la memoria, no he desarrollado suficientemente la importante distinción entre las huellas (*traces*) y las figuras.

Se puede considerar al sentimiento escondido en su tejido de fibras y de órganos como un ser velado. El tacto es el velo en ge-

neral que lo envuelve íntegramente: pero el velo se adelgaza en cuatro sitios diferentes, para librar paso a impresiones más sutiles; para recibir los olores y los sabores, el sonido y la luz. La naturaleza no ha querido, pues, que el sentimiento tomara contacto desnudo con nada exterior; y aunque hayamos dicho que adentro, como afuera, todo era exterior al sentimiento, no obstante, por comparación con las sensaciones, las ideas parecen tan interiores, que el sentimiento da la impresión de aplicarse desnudo sobre ellas: de allí la inclinación que han tenido muchos filósofos a preferir las deducciones intelectuales del razonamiento, a las impresiones materiales de las sensaciones; ¡como si las intuiciones de la evidencia tuviesen más base que la certeza de los sentidos! He tratado ya esta cuestión, pero no he hablado suficientemente de la diferencia entre las huellas y las figuras.

Cualesquiera sean las misteriosas alteraciones que experimenta el sentimiento impresionado por los cuerpos, es cosa cierta que en definitiva, todo ha empezado por ser *huella* en él, incluso las sensaciones que nos imprimen figuras. Así por ejemplo, cuando sostengo una manzana en la mano, cada punto sólido de la manzana toca un punto sensible de mi mano, y es evidente que he recibido una multitud de sensaciones simultáneamente, las cuales reunidas me han hecho sentir una figura esférica; pero cada sensación por separado es sólo una huella de solidez. Si se apoya la punta del dedo sobre un cuerpo más bien grande, no se recibe su figura, sino meramente una sensación de solidez, como se recibiría una de frío y de calor, de duro y de blando. Otro tanto ha de decirse de la retina y del paladar, a pesar de la prodigiosa rapidez con que son afectados ambos órganos, uno por la imagen, y el otro por la superficie de los objetos. En lo que se refiere a los sentidos del olfato y del oído, como no tocan ni el objeto en sí mismo, ni su imagen, sólo pueden transmitir huellas. Pues los objetos no dejan ninguna figura en el espíritu, cuando lo afectan como átomos, sin orden y sin plan; cuando se limitan a poner en movimiento nuestros sentidos. Si no hubiésemos visto nunca ni campana ni jardín, vanamente aspiraríamos éste y oiríamos aquélla, no seríamos capaces de figurárnoslos. Es menester entonces una secuencia y una cierta disposición de puntos sensibles, para producir las superficies en el exterior; y una secuencia o un ordenamiento de huellas, para producir figuras o imágenes en el interior. Lo único simple en el sentimiento, pues, son las huellas; las figuras son siempre complejas. Las huellas son efectivamente tan elementales, que no se puede

componerlas ni descomponerlas: mas las figuras y las imágenes están compuestas de huellas que han adquirido extensión y límites. Se las puede por tanto analizar y reducir a huellas. En una palabra, las huellas son puramente sensaciones e ideas simples; las figuras son siempre juicios. Y aunque en el fondo las huellas no sean más intelectuales que las figuras, sin embargo se transforman más rápidamente en ideas universales: los hombres se han formado antes una idea general de lo *agrio* y lo *dulce*, que del *hombre* y del *león*; porque las huellas tienen un no sé qué de vaporoso en nuestra imaginación, que no tienen las figuras de los cuerpos cuyo contorno es fijo y pronunciado. La abstracción de las figuras le ha costado por eso más al espíritu humano que la de las huellas: por eso se ha concebido *el ruido en general* mucho antes de hablar del *árbol en general.*

Si es verdad que las figuras son todas compuestas, y las huellas todas elementales, se sigue que el punto matemático inextenso, que no era hasta ahora más que una suposición y un ente de razón, se encuentra sin embargo realizado en las huellas. La sensación súbita de una picadura o de un golpe, no tiene ninguna figura, ninguna extensión, ni siquiera en duración; es a la vez un punto y un instante igualmente indivisibles: mi espíritu no imagina nada menor, y no siente nada más real. Es entonces cierto, aunque me acusasen de caer en las Mónadas de Leibnitz, que las ideas de figura y de extensión tienen como elementos sensaciones sin extensión y sin figura.

Los geómetras van más lejos: piden que se les concedan longitudes sin anchura, y superficies sin profundidad. Es claro que al exigir abstracciones, se limitan no obstante a pedir sensaciones simples; pues por poco que el juicio interviniera en la discusión, jamás podría concederles líneas sin ancho y superficies sin espesor. Por ejemplo, un hombre que viaja, puede no tener más que la sensación de la longitud del camino, sin ocuparse del ancho; y cuando se apoya la mano sobre un cuerpo liso, es bien cierto que sólo se tiene una impresión de superficie: pero no puede concebirse la imagen de un camino sin ancho o de un cuerpo sin profundidad. Esto explica muy bien la teoría de las abstracciones tan familiares para la inteligencia humana: ella consiste, cuando se examina un objeto, en ocuparse solamente de una sensación o de una idea, excluyendo otras sensaciones y otras ideas de que se compone este objeto.

Los geómetras se jactan mucho de sus definiciones, y gustan

burlarse de las de los físicos, los químicos y los metafísicos; a veces, incluso, de las descripciones de la elocuencia en verso y en prosa.

Debe observarse a los geómetras que si, en general, definen siempre bien, es porque sólo consideran figuras, fáciles de componer y de descomponer; en tanto que la metafísica, la química y la física se ocupan mucho menos de la figura de los cuerpos, que de sus cualidades, de sus afinidades y de sus esencias; y que los grandes escritores, al profundizar en la inteligencia y el corazón, hallan infinitamente más huellas que figuras para expresar. En efecto, las cosas que sólo se pueden sentir y sugerir, predominan numéricamente sobre aquellas que se ven y se comprenden, que pueden hacerse ver y comprender a los demás.

Hay más; no sólo el dominio de las huellas es infinitamente más vasto que el de las imágenes, las figuras o los sólidos; sino que además sus impresiones son con mucho más profundas. Y en primer lugar, todas las necesidades, todos los deseos, todas las pasiones, los numerosos matices de odio y de amor, de alegría y de tristeza, de dolor y de placer, pertenecen al rubro de las huellas: el día, la noche, los sabores, los olores, los gustos, los mismos colores, separados de los cuerpos, todos los sonidos, y por consiguiente todos los gritos y todos los ruidos, dan sensaciones sin figura. De allí resulta que las palabras son también sin figura para quien no sabe escribir, y sólo tienen una figura bien determinada para aquel que las escribe siempre de la misma manera. Un discurso, una obra en verso de la cual sólo se conserva una impresión general, no dejan en el espíritu más que huellas. Por último, el mismo tacto, sentido tan geométrico, juez de las figuras, nos da también una infinidad de huellas, como lo frío, lo caliente, lo templado, lo duro, lo blando, lo seco, lo húmedo, etc. Cada cual puede ampliar a gusto esta diferencia entre las huellas y las figuras, tan importante en la historia del entendimiento humano.

Esto me arrastra, a pesar mío, a una de las cuestiones más arduas que la curiosidad del hombre se haya propuesto, a la cuestión de la verdadera naturaleza de las cualidades y de las maneras de ser; quiero decir, a determinar lo que hay de real, o exterior a nosotros, e inherente a los cuerpos, en las cualidades que les atribuimos basándonos en las sensaciones que nos hacen experimentar.

Se definen las cualidades o atributos de los cuerpos, *maneras de ser o modos, que pueden ser o no ser, aparecer o desaparecer, ser producidos, destruidos y reproducidos, sin que el objeto que les*

sirve de base, deje de ser él mismo; por eso se las llama también *accidentes*.

Que mi espíritu sea afectado por esta o aquella idea, arrastrado por esta o la otra pasión, es en todos los casos *yo*; que un pan sea redondo o cuadrado, siempre es pan; que una rosa se ponga amarilla, o blanca, o verde, o negra; que pierda incluso su fragancia, sigue siendo *rosa* a causa de su figura y de su tallo. Pero ¿hasta qué punto una cosa puede perder sus maneras de ser, sus cualidades y su figura, sin cesar de ser ella misma?

Esta temible cuestión da su golpe universal a nuestros conocimientos: ataca directamente la historia natural y la metafísica, cuyas nomenclaturas y definiciones hace estremecerse. ¡Acá es sin duda donde el edificio del lenguaje y de las ciencias se ve amenazado hasta los cimientos! Hay seguramente individuos y especies, pero ¿existen límites verdaderos entre los géneros y los reinos, entre una montaña y una colina, entre un ejército y un cuerpo de tropas? ¿Me dirá alguien dónde termina el animal y comienza la planta? Si se priva a un animal de su figura y de sus órganos, y a una planta de su forma y su aroma, ¿qué les quedará? ¿Qué podría ser un diamante al que se privase de su dureza y de su brillo? ¡Cómo, se puede cambiar el color y la figura de los cuerpos, y no se puede concebir un cuerpo sin color o por lo menos sin figura! ¡Y ese espíritu, ese sentimiento que no siente ni imagina ningún cuerpo sin figura, que anima formas, y no puede sin embargo concebirse con figura. . . ! Son éstos ciertamente extraños misterios.

Para no sucumbir bajo el fardo de la dificultad, es preciso, ante todo, distinguir entre los cuerpos llamados *brutos* y los cuerpos organizados. Pero es cosa cierta que la esencia de una piedra no depende de su forma exterior, sino de sus elementos; por eso la piedra no es un individuo; y que la naturaleza de los cuerpos organizados o de los individuos, depende a la vez de sus órganos y de sus formas, tanto interna como externamente: esto no necesita ser ampliado.

Es preciso, en segundo lugar, apresurarse a someter las excursiones del espíritu a los informes de los sentidos, y como suele decirse, el orden *inteligible* al orden *sensible*; pues en cuanto llegamos a ciertas divisiones de la materia, los sentidos nos abandonan; y en cuanto los sentidos nos abandonan, no hay ya sino conjeturas y tinieblas. Pero eso no es todo: el gran defecto de la antigua física era creer que *dividir* los cuerpos, era *analizarlos*; su-

poner que las cualidades y las formas se apoyaban sobre una ignota base a la cual denominaban *substancia pura* y *homogénea*, sin que les fuera posible detenerse en ella ni un instante; pues esa base terrosa, esa materia inerte, ese polvo, esos átomos impalpables seguían teniendo una figura que se apoyaba a su vez sobre no se sabe qué otra base más interior. Así, de figura a base, y de base a figura, se caía en la divisibilidad sin fin; y de allí surgió el sistema de la preexistencia de los gérmenes implantados uno en otro hasta el infinito. En una palabra, los antiguos nunca llegaban más que a corpúsculos de idéntica naturaleza, y se veían así impotentes para explicar las leyes de sus movimientos, la variedad continua de sus agregados y las causas de su disgregación: pues la homogeneidad es tan absurda en la naturaleza, como la igualdad absoluta entre los hombres, y se opone tanto como ésta a la armonía del mundo.[8]

La química ha puesto orden en estos estériles y fatigantes enigmas que la física y la metafísica se remitían una a otra desde hacía tantos siglos. Los químicos franceses, verdaderos fundadores de esa ciencia,[9] excluyeron en primer lugar la divisibilidad que sólo puede disolver y destruir sin descanso y sin fruto, para consagrarse al análisis que sólo descompone los cuerpos para componerlos de nuevo, y utiliza solamente la materia para interrogar a la materia. De experimento en experimento, descendieron como a un nuevo mundo, gobernado por leyes exteriores, tan patentes como las de los planetas y los soles: los elementos sufrieron descomposición, y se dividieron en substancias desconocidas hasta el presente, pero sometidas inmediatamente al cálculo: todo es contado, pesado, medido; cada substancia tiene su aliada, sus movimientos, sus funciones y sus límites: los descubrimientos se multiplicaron, y la creación de la química exigió una nueva lengua. Ya no se dirá que la materia puede ser infinitamente densa, infinitamente enrarecida, infinitamente elástica; que un grano de oro dividido puede cubrir la tierra entera; que el globo del sol puede ser comprimido y reducido al tamaño de una pulga; que se pueden acomodar planetas y soles proporcionados en la capacidad de un átomo; ¡y tantos otros sueños consagrados por treinta siglos de sutilezas, y que Pascal cargó con el peso de su nombre! La naturaleza liberada de

[8] Nueva referencia al orden político, constantemente presente en la mente del autor a través de este intrincado discurso filosófico. (N. del T.)

[9] Sin duda Rivarol piensa en Lavoisier, víctima, como es sabido, del *Terror* revolucionario (1794). (N. del T.)

la tutela de las escuelas, tiene desde ahora como fundamento el propicio e inquebrantable concurso de la ciencia y del poder combinados en substancias inalterables y diversas; la organización y la vida nacen de más lejos; y el mundo, con raíces más profundas, ya no se apoya sobre abismos.

Ante estas bases ciertas y armónicas, ante estas afinidades que forman la cadena fundamental de los seres, han desaparecido para siempre, tanto las ideas de una substancia única, como la división eterna que no variaba las propiedades, y para decirlo todo, los precipicios del infinito: pues las afinidades, tras haber combinado las substancias en las profundidades de sus talleres, remontan con ellas, y vienen a desarrollar el universo, preparando una sede para la vida, tejidos para el sentimiento, fibras y órganos para las pasiones y para las ideas: todos los cuerpos, sus formas y sus cualidades, provienen de las combinaciones de estas substancias heterogéneas: cada disolución es efecto de su separación, y lleva a una nueva combinación: las leyes que rigen su unión, no las abandonan en su separación, y la putrefacción no pertenece ya al repertorio de la física. El hombre ve ahora que todo es acuerdo y alianza; que todo es atracción y nupcias en los distintos reinos, en el interior tanto como en el exterior; y que la naturaleza que forma y bendice incesantemente nuevos hímenes, no es en realidad sino un sumo y perpetuo sacerdocio.

Si bien la química, al analizar los cuerpos, al hallar las substancias que los constituyen, al llevar la precisión hasta el no perder ni una burbuja de vapor en sus descomposiciones, no ha tocado para nada el problema de la vida, del sentimiento y del pensamiento, el paso que ha dado no ha sido por ello menos gigantesco. No hay ya azar en el universo; no hay ya divisiones arbitrarias ni alianzas fortuitas; el rayo no puede destruir, las tempestades no pueden extraviar ni un átomo; sólo las formas aparecen, desaparecen, reaparecen sucesivamente, y el mundo oscila entre dos series de leyes, las exteriores y las interiores; cambiante, pero fijo; agitado, mas imperturbable.

En ese medio habita el hombre y allí pasea el rayo de su pensamiento, cuya circunferencia agranda continuamente, sin poder abandonar nunca el centro en que Dios lo ha fijado. El mundo es para él todo armonía, y él está en armonía con el mundo; todo a su alrededor se funda sobre proporciones, y él sólo siente y juzga proporciones. En efecto, nada hay absoluto para el hombre: nuestras ideas están graduadas a nuestra escala, y se las aplicamos a todo.

Necesitamos siempre una cosa grande o pequeña, liviana o pesada, caliente o fría. Por eso el hombre se ha convertido en medida universal, patrón y módulo de cuanto lo rodea. Ve lo infinitamente grande en las masas que no puede abarcar, y lo infinitamente pequeño en el átomo que se le escapa. La lentitud le parece majestuosa, y la rapidez, sublime: una cosa tiene que ser elevada para que la corone, y tiene que doblar la rodilla para adorar; es preciso que un ser caiga a sus pies para desarmar su ira o provocar su compasión. Lo alto y lo bajo dependen de su posición sobre la tierra, como lo grande y lo pequeño de sus dimensiones; lo frío y lo caliente, lo seco y lo húmedo, de su temperatura; lo duro y lo blando, de su densidad; lo áspero y lo liso, de su vista y de su epidermis. Si el hombre tuviese ojos todo alrededor de la cabeza, no habría para él adelante ni atrás. Un cambio de proporciones provoca el dolor o el placer, la salud o la enfermedad.

Pascal, en uno de sus accesos contra la especie humana, se complugo en ostentarnos nuestras miserias; mas por una equivocación indigna de su genio, para anular mejor al hombre, lo sorprendió en el ambiente en que la naturaleza lo ubicó. Más interesado en humillarnos que en ilustrarnos, no vio que socavaba las bases de nuestra razón, al atacar las proporciones, y que sus invectivas contra el hombre eran objeciones contra Dios.

No solamente la razón, sino la misma moral está fundada sobre las proporciones, o relaciones entre las naturalezas. Si fuésemos animales, para nosotros la virtud por excelencia sería la *animalidad*; si fuésemos espíritus, la *espiritualidad*; pero somos hombres, lo es la *humanidad*. Esta se divide en justicia y benevolencia (*bienfaisance*). Por aquélla, no hacemos a otro lo que no querríamos que nos hiciesen a nosotros, y la benevolencia nos lleva a hacer por los demás lo que haríamos por nosotros mismos.

Nuestra sensibilidad por todo lo que respira y sufre como nosotros, está sujeta a la ley de las proporciones. Parecemos menos crueles aplastando un insecto que matando un pájaro, un animal de sangre blanca, que un animal de sangre roja, y nos engullimos una ostra viva sin horror. Las comunicaciones más o menos íntimas de determinados animales con el hombre deciden también su indiferencia, su compasión y su crueldad. Si matáis la gallina de un granjero, una moneda de un escudo puede contentarlo; pero si matáis su perro, esa moneda, lejos de ser una compensación, puede parecerle un ultraje más.

La gloria y la vergüenza, el triunfo y el poder dependen tam-

bién de las proporciones: éstas distinguen al asesino del héroe, y al ladrón del conquistador. Si no engañáis más que a unas cuantas personas, no saldréis de la categoría de tramposo; pero aquel que engaña a todo un pueblo, se eleva a la magistratura y al imperio; y es amo de los hombres, aquel que arrebata, y no el que merece la adhesión. Otro tanto acaece con el oro y sus corrupciones: "La cantidad hace excusable", dice Lafontaine. También sobre las desgracias se piensa como sobre los vicios, que tanto menos rubor causan cuanto mayor es el número de gente con quien se los comparte. Es cosa probada, por las revoluciones de los Estados, que los infortunados fundan todo su consuelo en su número. Por último, hay virtudes prohibidas a la pobreza; y no se le da mérito a la continencia de aquel a quien la naturaleza se la ha hecho necesaria.

El amor conoce también la ley de las proporciones: una muchacha aún infantil nada dice a nuestros sentidos.

Contemplad a un gigante y un enano partir juntos: desde el primer paso y para siempre serán desiguales en los espacios, aunque siempre en tiempos iguales.

La juventud es más tímida en los salones que en la calle, en las pequeñas ciudades más que en las grandes capitales. Es que en las grandes ciudades la gente no se conoce, y uno se siente menos abrumado por los ojos del público.

Como la vida es un todo, es decir, tiene un principio, un medio y un fin, carece de importancia que sea de duración larga o corta; pero importa que tenga sus proporciones. No es entonces de la brevedad de la vida de lo que hay derecho a quejarse, sino de una muerte precoz; ya que semejante muerte no es el fin, sino la interrupción de la vida. Por eso dice muy bien Séneca que los funerales de un hombre siempre son prematuros, cuando asiste a ellos su madre.

La figura del globo en que habitamos se sustrajo durante mucho tiempo a nuestra vista, a causa de sus proporciones. El hombre estaba sobre la tierra como una pulga sobre una estatua, sin sospechar su forma; y tal como este planeta presenta al hombre montañas y precipicios, en tanto que la luna, a causa de su distancia, le parece tan redonda como lisa; del mismo modo puede existir algún bichito que vea cavidades y protuberancias en el mármol más pulido.

También a la enormidad de sus proporciones debe la tierra su resistencia a nuestros consumos. Si quemamos en un día un árbol que le cuesta un siglo, la tierra opone la inmensidad de sus bos-

ques a nuestros pequeños fuegos, así como sus vastas y fértiles llanuras a nuestros estómagos minúsculos y voraces. Por eso los ejércitos que combinan la extensión con la voracidad, provocan enseguida hambre en un país entero.

Las proporciones, por último, nos sacan de apuro en las cuestiones espinosas sobre nomenclaturas. Por ejemplo, los géneros y las clases de la historia natural son obra nuestra: a nosotros atañe entonces hallar caracteres bien precisos para fundar nuestros métodos y ayudar a nuestra memoria. La naturaleza responde solamente de las especies y de los individuos; y con la estabilidad de sus substancias elementales, no hemos de temer ni la desaparición de especies conocidas, ni ver aparecer otras desconocidas. Llamamos *individuos* a los seres organizados que no pueden ser divididos sin dejar de ser la misma persona.[10] Así por ejemplo, el ala de un pájaro, no es ya un pájaro; una rama no es más un árbol, pero un fragmento de piedra sigue siendo una piedra. En cuanto a los nombres colectivos que se dan a los distintos objetos de la naturaleza y del arte, a nuestras proporciones, y no al rigor matemático, corresponde decidir la cuestión. La diferencia entre una montaña y una colina, o entre un ejército y un cuerpo de tropa, no depende de un grano de arena o de un soldado más o menos; y no es una casa o un vaso de agua lo que distingue una ciudad de una aldea, o un río de un arroyo: las masas sólo se juzgan por las proporciones.

Nunca invitaré con demasiada insistencia al lector a meditar sobre el efecto de las proporciones; no sólo de aquellas que constituyen las formas y las diferentes partes de un animal, de una estatua o de un cuadro, sino también de las proporciones universales de masas y de cantidades, que resultan de la comparación de todos los seres; pues si el estudio de las primeras forma el gusto, el conocimiento de las otras ensancha el espíritu y le hace adquirir la facultad de la regla y del compás, quiero decir la facultad de extenderse sin extraviarse. Los genios indecisos gustan de la exageración, y se agotan en concepciones extremas y solitarias; pero el conocimiento y el amor de las proporciones distinguen a los espíritus justos, y los conducen a los descubrimientos mediante las analogías. Newton no sacó por cierto de su imaginación la descomposición de la luz, y la causa de las leyes astronómicas de Kepler.

[10] Parece claro por éste y otros pasajes —algunos de ellos ya visto— que Rivarol utiliza el término *persona* en un sentido amplio, como un equivalente de la "sustancia primera" o *suppositum* de Aristóteles y los escolásticos, sin limitarlo a la naturaleza racional o intelectual. (N. del T.).

Menester es, por tanto, igual que él y todos los grandes observadores, aferrarse a la resplandeciente certidumbre de los hechos y de las proporciones, y reflexionar luego sobre las analogías, que son los artículos de fe del genio. Los hechos, las proporciones y las analogías conducen al orden general, el orden general a las leyes, y las leyes al legislador supremo. Entonces es cuando el universo pesa con toda la fuerza de su majestad sobre un espíritu bien constituido; mientras que, para el hombre desatento, el sistema del mundo es como la atmósfera que soportamos y que no sentimos.[11]

Para resumirme en pocas palabras sobre las cualidades y las maneras de ser de los cuerpos, y sobre las dificultades que originan, preciso es reconocer, en primer lugar, que todo cuerpo nos parece estar necesariamente en movimiento o en reposo, tener una figura y ocupar un lugar cualquiera; mas se puede concebir[12] un cuerpo sin color, sin olor, sin sabor, como se concibe, por ejemplo, una burbuja de aire perfectamente transparente, insípida, inodora, y, aunque invisible, capaz de informarnos de su presencia, si se la impulsase hacia nosotros con un poco de fuerza. Los ciegos de nacimiento conciben los cuerpos sin color.

Debemos decirnos luego que la naturaleza no conoce nuestras divisiones en reinos, clases y géneros; ella ha hecho substancias sometidas a leyes, y con esas substancias ha producido individuos dotados de vida y de sentimiento. Toda nomenclatura, pues, se reduce a dos clases: la de las substancias, que difieren por sus esencias y sus leyes, y la de los individuos, que difieren por sus formas, sus órganos y sus funciones. Ya no hay allí incertidumbre ni equívocos. Se pueden confundir los géneros; nunca se confundirán las especies y los individuos, a menos que falle la observación: pues la misma especie producirá siempre los mismos individuos; las mismas substancias llevarán siempre a los mismos compuestos. En efecto, son estas substancias las que forman, por sus afinidades, cuerpos o agregados estables, que hemos denominado *brutos* con bastante impropiedad; y ellas son también las que, ora como substancias, ora

[11] Buffon, que pedía a su imaginación aún menos expresiones que ideas, se burló de los fabricantes de experimentos y de las afinidades de la química: tenemos ya hechos suficientes, dice, para meditar toda una vida. Principio tal es el que hace dar a luz cosas como la *teoría de la tierra*, la *historia natural de los minerales*, etc. Por eso las nuevas observaciones, y los químicos con sus afinidades, destruyen día a día los sistemas de dicho autor.

[12] También acá hay errata evidente en el texto de las *Obras completas*: *mais on* ne *peut concevoir un corps sans couleur*, etc. (p. 256): el *ne* sobra. (N. del T.)

como cuerpos, entran en la composición y la nutrición de las plantas y los animales, impresionan los sentidos y se anuncian al sentimiento; de modo tal que la materia inanimada es la encargada de poner en funcionamiento a la naturaleza animada, de revestir, de nutrir, de solicitar y de recrear el sentimiento y el pensamiento. Por eso hemos llamado *cualidades de los objetos* a las sensaciones varias que éstos nos hacen experimentar. Pero, en el análisis, casi todas esas cualidades están en nosotros, y sólo le quedan a la materia sus leyes, sus movimientos, su extensión, y las diferentes fracciones de dicha extensión, las cuales, por ser limitadas, tienen necesariamente una figura para nuestros ojos.

Señora de los elementos y de las masas, la naturaleza trabaja de adentro hacia afuera; se despliega en sus obras, y denominamos *formas* a los límites en donde se detiene. Mas el hombre trabaja sólo en lo exterior; el fondo le huye continuamente; no ve y no toca más que formas.

Toda división al infinito le queda por ende prohibida al hombre; a sus órganos, puesto que no toca más que formas; a su inteligencia, puesto que cuando llega a las substancias elementales, las encuentra armadas con leyes que las defienden de sus ataques. Las imaginaciones que se obstinen de ahora en adelante en disecar un átomo, sin descanso y sin fin, no serán ya más que las Danaides de la metafísica.

Se puede comparar el sistema de la creación con el del lenguaje: todo discurso se reduce a frases, la frase a palabras, las palabras a letras; más allá no hay ya división; los elementos de la palabra son impartibles. Del mismo modo, al llegar a las substancias elementales, no se divide más. La única diferencia que hay entre el sistema físico del mundo y el lenguaje, es que las substancias tienen afinidades que las llaman siempre de nuevo a las mismas combinaciones; pero las letras del alfabeto no se atraen entre sí; sus combinaciones quedan abandonadas a la voluntad de los hombres, lo cual explica la diversidad de las lenguas. Si las vocales y las consonantes se atrajesen en virtud de ciertas leyes, como las substancias, el lenguaje sería único y estable como el universo.

Debemos tener bien presente, además, que las sensaciones y las ideas en el espíritu; el movimiento, el reposo y la figura en los cuerpos, son sólo maneras de ser, y no seres aparte; mi actitud, mi sombra y yo, no somos tres personas; sólo en el discurso ha personificado el hombre las maneras de ser, porque no podía hablar de ellas sin atribuirles la existencia, ni distinguirlas sin tratarlas como

individuos. Tal ficción ha llevado a verdaderos errores que algunos filósofos han señalado con exactitud. Sus reclamaciones, sin embargo, no impiden a ciertos metafísicos decir aún que el hombre no es libre, ya que es determinado por su imaginación o por sus pasiones; ¡como si nuestra imaginación y nuestras pasiones fueran otros tantos seres reales! ¡Como si fuesen algo distinto de nosotros! Mas nuestras ideas, se dirá, son algo. Sí, por cierto; son, como nuestras pasiones, como la figura y las actitudes del cuerpo, movimientos, estados de la materia y del sentimiento. Pero ¿qué es de esos estados y de nuestras ideas...? Lo que es de nuestros movimientos; lo que es de la figura de una candela y del resplandor de su llama, cuando aquélla se ha consumido y ésta apagado. Se adoptan, se dejan, se vuelven a adoptar actitudes e ideas; y estas ideas perecederas no dejan de conducirnos, con su sucesión, a una voluntad que es también un estado del sentimiento, y tal estado nos determina a acciones. Del mismo modo todos los pasos de un viajero, pereciendo uno tras otro, no dejan de conducirlo a su destino.

Debemos, por último, empeñarnos con todas nuestras fuerzas en distinguir bien las ideas simples de las ideas mixtas; porque la confusión y las discusiones sobre la *potencia*, la *libertad*, la *necesidad*, el *lujo*, etc., han surgido de esa falta de análisis. Llamamos *ideas simples* a todas aquéllas que no pueden reducirse a ideas más simples; e *ideas mixtas* a aquéllas que se descomponen en ideas simples. Ahora bien, a partir del momento en que se toma por simple a una idea mixta, toda definición se hace imposible o falsa. Por ejemplo, cada juicio en el hombre tiene un lado libre y un lado que no lo es; la voluntad se halla por tanto repartida en poder e impotencia; la libertad es, pues, una idea mixta. Pero todas las tendencias la creían simple, porque la consideraban, cada una por su lado, bajo uno solo de sus aspectos; los unos pretendían así que el hombre era eminentemente libre, y los otros no veían en él más que un autómata.

Análogamente, la potencia es una idea compuesta de fuerza y de órgano. Si se cortan las alas de un pájaro, le quedan sus fuerzas íntegras; pero ha perdido la potencia de volar, al perder ese débil órgano compuesto de unas cuantas plumas. El viento, el fuego y el agua son sólo fuerzas; si se los aplica a molinos o bombas, se transforman en potencia. El sentimiento, como pensamiento y voluntad, es *órgano* en los animales; su cuerpo es *punto de apoyo* y sus movimientos son *fuerzas*. Un hombre en delirio ha perdido el órgano; es *fuerza* y no *potencia*.

La naturaleza de las ideas mixtas o compuestas es de no dejar nada en el mortero, cuando se las descompone. Así, el *tiempo*, que aquellos que veían en él una mera sucesión de ideas o movimiento habían creído simple, es en nosotros una mixtión del *yo* y de la sucesión de nuestras ideas; y en el exterior, el resultado de un punto fijo[13] que el hombre se da, y de la sucesión de los movimientos que observa. Esta concepción tan poderosa en nuestro entendimiento, tan indispensable en nuestros razonamientos es, por tanto, una idea compuesta, nacida del concurso del espíritu humano y el movimiento.[14]

[13] Llamado *era* o *época*; alrededor de ese punto fijo giran los acontecimientos como nuestras ideas alrededor del *yo*.

[14] Me he explayado sobre la naturaleza del tiempo, al ver a gente de primer orden, como Voltaire, exclamar: "¿Qué es el tiempo? Por desgracia, no puedo definirlo." Semejante confesión demuestra dos cosas: una, que Voltaire no se siente satisfecho con las definiciones de los metafísicos; otra, que creía que el tiempo era un ser tan real como misterioso. Véanse en las *Cuestiones enciclopédicas* el artículo donde presenta sus *ignorancias* como las del género humano.

Sobre Dios

Que asombre ahora que el Ser indivisible y sin proporciones, inmutable y sin necesidades, lo haya dividido todo, sujetado todo a la escala de las proporciones, a la tiranía de las necesidades, a la huida de las generaciones; esta sorpresa es digna del hombre.

Al ver al universo y sus leyes, se reconoce al eterno geómetra; se lo reconoce también al analizar al hombre y los animales; pero al verlos obrar, amar, pensar, uno se pregunta cómo el supremo artífice ha podido tocar un edificio tan regular con el rayo del pensamiento y la llama de las pasiones; cómo ha podido hacer que el mecanismo palpitase de amor, que la hidráulica vertiese lágrimas, y que un autómata se consumiese de temor y se estremeciese de deseo y de esperanza; ¡cómo, en fin, un montón de materia inerte y perecedera ha podido hacerse sede de vida y cuna de inmortalidad!

Hay que pasar al sentimiento: allí cesan la geometría y la mecánica: se encuentra uno obligado a ver a Dios bajo un aspecto completamente distinto. El hombre domina el movimiento sólo porque tiene más que el movimiento: un reloj no puede construir otro reloj. El hombre, entonces, ha recibido el sentimiento; mas Aquel que ha dado el sentimiento debe tener más de lo que ha dado; El que ha medido el espíritu a todos los animales, debe tener algo distinto del espíritu, puesto que el hombre que dirige el movimiento y lo mide, tiene más que el movimiento; y aun cuando la esencia de Dios no sobrepasase al espíritu humano más que en la medida en que el espíritu humano sobrepasa al movimiento, sería suficiente tal vez para explicar el universo y sus prodigios.

Dios que ha puesto sus dimensiones en el espacio, su poder en la perfección y su libertad en la necesidad, ha querido que el hombre se compusiese y gozase de los reflejos de su inalterable y gloriosa existencia.

La comparación entre el Creador y su creatura, si es lícita hacerla, es tal que el sentimiento siente que es, pero Dios [solo] es;[15] que el sentimiento siente que es simple, pero Dios solo es

[15] El texto francés que utilizamos reza: *que le sentiment sent qu'il est, mais Dieu est; que le sentiment sent qu'il est simple, mais Dieu seul est simple.*

simple. Dios sostiene a sus creaturas, y éstas tienen la convicción de la existencia; las compone, y ellas tienen la conciencia de la simplicidad.[16]

Si algunos tribunales filosóficos me citan y me preguntan por qué, en este cuadro de los principios, he ubicado la existencia de Dios entre las nociones fundamentales del espíritu humano, he de responder que no puedo concebir el universo sin poder y el poder sin inteligencia. Necesito, como el universo, un Dios que me salve del caos y de la anarquía de mis ideas.

En efecto, la creatura que piensa tuvo naturalmente que caer de rodillas ante el más alto de sus pensamientos; y como en el pensamiento es donde existen, en toda su plenitud, la certeza y la evidencia, Dios debía por ende gozar, en el espíritu humano, del más alto grado de evidencia y de certeza. Su idea libera a nuestro espíritu de sus largos tormentos, y a nuestro corazón de su vasta soledad: Dios explica el mundo, y el mundo lo prueba; pero el ateo niega a Dios en su presencia.

¡Cosa admirable! ¡Única y verdadera fortuna del entendimiento humano! Las objeciones contra la existencia de Dios se han agotado, y sus pruebas aumentan cada día: éstas crecen y marchan en tres órdenes: en el interior de los cuerpos, todas las substancias y sus afinidades; en los cielos, todos los astros y las leyes de la atracción; en el medio, la naturaleza animada con todas sus magnificencias.

Al referirme a los animales, he intentado exponer las dificultades que se levantan contra esta providencia que arma a las especies contra las especies, y al hombre contra todo. Cada animal, se dirá, es destinado por la naturaleza a vivir de materia organizada: la vida sólo se sostiene a costa de la vida; esta ley universal excluye por ende toda idea de sensibilidad, en cuanto la necesidad se hace sentir. Respondo que la naturaleza debía necesariamente dar la duración al individuo o a la especie. Se decidió por la perpetui-

La primera frase es poco clara, pues tal como está no se alcanza a entender el sentido de la adversativa *mais*. Probablemente debería decir, en paralelo con la segunda: *mais Dieu* seul *est*. La conclusión del párrafo, al igual que la nota, así lo sugieren. La intención del autor, por lo demás, no parece haber sido afirmar un monismo en sentido estricto; es verdad que la expresión es ambigua (la omisión de *seul* puede haber obedecido a un escrúpulo del editor); pero sin duda Rivarol sólo quería decir que Dios es el *único* que es *por sí mismo*, sin recibir su ser de otro, no que las creaturas sean meras apariencias. (N. del T.)

[16] De donde se sigue que nosotros y los animales no somos en definitiva más que falsas personas. [*Sic.*]

dad de las familias, y la sucesión de los individuos. Así pues, las formas personales son pasajeras, y la inmortalidad ha quedado para las especies, para su morada y para los astros que las iluminan. En todo cuanto respira, efectivamente, no hay de imperecedero más que las generaciones; los individuos son sólo usufructuarios; beben por turno en la copa de la vida, y todo es vitalicio para ellos dentro de un orden eterno.

El hombre, aquí abajo, no ha recibido provisiones para la inmortalidad: es un viajero que acaba con su camino. Si, por un concurso de causas bastante poco frecuente, su carrera se prolonga, el tesoro de las sensaciones y los placeres, de los recuerdos y las ideas se agota, y el hombre, viajero despojado, va a perderse y a extinguirse en los desiertos y las miserias de la decrepitud; ¡horrible edad, en que todo fenece antes de la muerte!; ¡falsa y segunda infancia!; ¡sombríos velos, últimos pañales del hombre!; ¡ataúd, simulacro de la cuna!

Se puede también contestar a las objeciones fundadas en el dolor físico, que si las necesidades y los excesos produjesen placer, el hombre no habría pensado más que en prolongar sus necesidades y sus excesos, y la especie habría perecido desde el principio. El temor y el dolor, sentimientos habituales de todos los animales, son también sus conservadores. El placer preside la satisfacción de nuestras funciones; pero el dolor nos las convierte en deberes, y vela por la vida en su totalidad. Por otro lado, para ser sensible al placer, preciso era serlo al dolor: por consiguiente, éste es patrimonio de todo ser sensible: luego la naturaleza debía más bien ser avara de aquél que pródiga en éste. Ésa es la razón de que un terror grande y súbito encadene repentinamente, no sólo nuestra libertad, sino todas nuestras pasiones: es que el temor ha sido encargado de nuestra salvación; y ello es verdad también en política, donde la seguridad pasa siempre antes que la libertad.

Dios no ha encomendado a barreras, fortalezas y armas la conservación del género humano, sino a sentimientos. Los hombres dependen, en concreto, de un padre, de una madre y de una nodriza: el niño débil y desnudo no tiene más abrigo que la tierna compasión que inspira su debilidad; y la vida de cada hombre no tiene más garantía que el temor de perderla.

En cuanto al mal moral que aflige y deshonra juntamente a la especie humana, sábese que tiene su origen en las pasiones. La naturaleza ha puesto al hombre sobre la tierra con poderes limitados y deseos sin límites: ese excedente, ese resorte es lo que nos lleva

más allá del objetivo, lo que transforma las necesidades en deseos, y los deseos en pasiones, y tal vez no habría tenido suficiente fuerza, si no hubiese sido violento. Pero ¿incumbe acaso a los hombres justificar a la naturaleza? Ésta espera el homenaje de su sumisión, y no los alegatos de su elocuencia. Me apresuro a llegar a algunas consideraciones generales sobre las pasiones, fuente inagotable de placer y de dolor, de gloria y de vergüenza, de retratos y de reflexiones, para todos los hombres, en toda edad y en todas las condiciones sociales.

Sobre las pasiones

Si la metafísica combate las ideas falsas, la moral lucha contra las pasiones; pero se siente perpleja al hacerlo, pues son fuente a la vez de mal y de bien. ¿Qué se puede hacer con un animal hecho de debilidad y de fuerza, de elevación y de bajeza, de admiración y de envidia, de barbarie y de compasión, de odio y de amor; con un ser a quien las pasiones atan y desatan, ennoblecen y envilecen? El dominio de éstas es tan patente, sus irrupciones a veces tan repentinas, que arrebatan la adhesión o paralizan la mano de la justicia y la voz de la moral. A eso se debe que se admiren o se perdonen los movimientos espontáneos: éstos disculpan las malas acciones y embellecen las buenas.

El despotismo de la voluntad en las ideas, se llama *plan, proyecto, carácter, tesón;* su despotismo en los deseos, se llama *pasión.* Puede decirse que toda pasión es una verdadera conjuración en la cual el sentimiento es simultáneamente jefe, delator y objeto.

Algunos han fundado todas las pasiones en el amor de sí mismo: mas había que distinguir entre el amor propio de un momento y el de la vida entera; la razón a menudo hace callar al primero, y no escucha más que al segundo, y el heroísmo los sacrifica a ambos. El amor de sí mismo es innato: por tanto es necesario y bueno; pero a menudo degenera en egoísmo, preferencia exclusiva y perpetua que un ser que se hace centro de sus afectos se da sobre todo cuanto lo rodea. Tal estado es lo contrario o la privación absoluta del heroísmo.

El primogénito del amor propio es el orgullo: por eso las primeras alegorías de los legisladores fueron dirigidas contra esta pasión. Como cierta filosofía, sobre la cual hablaré más abajo, ha favorecido en tal grado al orgullo que éste parece ser la cualidad distintiva de nuestro siglo, contra él deben aunar sus ataques la razón y la moral. Mas es preciso hacerlo morir sin herirlo; porque, si lo hieren, el orgullo no muere. En las ocasiones en que el orgullo de los hombres está en causa, vano es hablar a sus más caros intereses; siempre es el orgullo el que responde y se obstina; y el or-

gullo está más cerca del suicidio que del arrepentimiento. Si desagrada tanto es porque se da, se atribuye y se arroga todo; de allí proviene la palabra *arrogancia*; y no sólo nos priva del gusto de concederle algo, sino que nos predispone a disputarle mucho. Enamorado o ambicioso, el orgullo es igualmente torpe; pues habla siempre de sí mismo al ser amado, y de su mérito a los poderosos. Se lo representa solitario, ocioso y ciego: su diadema está sobre sus ojos.

Pero la vanidad es artesana; tiene ojos que mendigan miradas, y manos que llaman a los oficios: por eso es tan propicia para los grandes Estados como les es funesto el orgullo; es más social; la vanidad hace feliz a más gente que el orgullo; pues es raro que no estemos felices de una cosa que nos inspira vanidad. No hablaré aquí de esa gran cantidad de hombres célebres que no han alimentado su entusiasmo sino en la mirada de los demás. La vanidad fue al principio denigrada por los casuistas, como el interés del dinero: la política los ha rehabilitado a ambos. Con todo, la moral y el buen gusto considerarán siempre que el orgullo y la vanidad empañan el verdadero mérito. Hay algo más alto que el orgullo y más noble que la vanidad, y es la modestia; y algo más escaso que la modestia, la simplicidad

La mayoría de los jóvenes son tímidos y orgullosos, en lugar de ser aplomados y modestos.

Sólo es lícito hablar a los demás de las ventajas que uno puede comunicarles. Se puede así hablar de la propia razón, de los propios principios y descubrimientos; mas no se puede elogiar impunemente la propia belleza, abolengo, inteligencia y talentos: todas cosas incomunicables. Quien dice ser rico, debe ser generoso, so pena de ser insoportable.[17]

El orgullo y la vanidad tienen una relación digna de nota: que preceden al amor y le sobreviven, porque el amor no da más que pérdidas y todo es ganancia para el orgullo y la vanidad.

Si el amor nació entre dos seres que se pedían mutuamente el mismo placer, el odio nació entre dos seres que se disputaban el mismo objeto. Mas los hombres se fatigan de amar; se fatigan incluso de luchar unos con otros, y no se fatigan de odiarse. Es que el amor y la guerra tienen causas: el odio tiene sus razones; es que si el amor y la guerra tienen su furia, también tienen sus períodos: el odio tiene su paciencia.

[17] Los avaros lo perciben muy bien, pues dicen siempre que son pobres.

Después del orgullo, la ambición y la envidia ocupan un lugar prominente entre las pasiones. Difieren en que la ambición quiere obtener su objeto, y la envidia quiere destruir al suyo. El odio es la necesidad del mal de un enemigo, y la envidia es el mal que nos produce todo triunfo. Si lo sobrepasan, el envidioso clama que lo oprimen. ¿Quién habría de creer que la facultad de comparar, fuente de exactitud en la inteligencia, sea en el corazón madre de la envidia?

En tiempos de agitación y en los Estados electivos, los ambiciosos son fanáticos de la libertad; en tiempos tranquilos y en los Estados hereditarios, son dechados de bajeza. El envidioso no varía. La ambición dicta menos leyes en los Estados monárquicos que la envidia en los democráticos. Ella es la que desprendió una rama del olivo sagrado para coronar con ella a Aristófanes, enemigo de cuanto tenía algo de brillo en Atenas; ella es la que enfriaba con injurias los triunfos de los generales romanos.

Corre por el mundo una envidia de ágil paso, que vive de las conversaciones: la llaman *maledicencia.* Dice atolondradamente el mal de que no está segura, y calla prudentemente el bien que sabe. En cuanto a la calumnia, se la reconoce en síntomas más graves; toda odio y envidia, no es culpa suya si su lengua no es un puñal.

Al lado de la ambición y de la envidia, marcha la avaricia. Nació de la asociación del oro con toda clase de bienes; y esta poderosa idea, siempre presente en el espíritu, es lo que da tanto vigor a dicha pasión. Poseedor del signo o la fórmula de todos los placeres, el avaro no es capaz de desprenderse de ella; se consume con el medio y se queda perpetuamente en potencia, sin pasar nunca al acto. Es el pobre por excelencia; es el hombre más seguro de no ser amado por sí mismo. El oro, semejante al sol que derrite la cera y endurece el barro, hace desplegarse a las almas grandes y encogerse a los corazones perversos.

Las pasiones se abren distintas salidas. Vese a algunos hombres no sólo confesar sus vicios, sino vanagloriarse de ellos; se ve a otros ocultarlos cuidadosamente: unos buscan compañeros, y otros ingenuos a quienes engañar. Pero obsérvese que los vicios son frecuentemente costumbres, más que pasiones.

Distínguese igualmente a los gustos de las pasiones, a causa de su escasa intensidad y de la poca importancia de su objeto. Hay hombres que tienen gustos nobles y pasiones viles: otros tienen gustos vergonzosos y pasiones nobles. De un modo general, es digno de compasión quien tiene pasiones opuestas a su interés, y gustos

contrarios a sus necesidades. Alguno permite a su estómago que perturbe su cerebro; otro, con tabaco, pone sitio a su intelecto y anula su olfato y su memoria. El hombre de letras, al condenar su cuerpo al reposo y su cabeza al movimiento, solicita a las ideas las distracciones que el vulgo saca sólo de las sensaciones; todos hacen perpetuamente la guerra al tedio.

Sucede que, como la naturaleza sometió al hombre a la necesidad de ganarse la vida, no parece haber previsto el tedio; mas cuando la riqueza acabó con la necesidad, inmediatamente el tedio se asoció a la riqueza; porque si la pobreza hace gemir al hombre, éste bosteza en la opulencia. Cuando la fortuna nos exime del trabajo, la naturaleza nos abruma con el tiempo.

Para el rico ignorante, las horas libres no traen reposo, el reposo no tiene atractivos, y el tiempo, tesoro del hombre atareado, cae como un impuesto sobre la ociosidad. El sabio se busca, y el rico se evita.

Dios, quien sólo permitió muy tarde a la química separar el fuego de la luz, ha querido que el hombre distinguiese muy pronto su entendimiento de su voluntad, y su razón de sus pasiones. Para definirlas exactamente, puede decirse que las pasiones son deseos violentos, ocasionados por necesidades naturales o artificiales (*factices*), acompañados de sufrimiento hasta su satisfacción o su extinción. Las pasiones son, pues, naturales o artificiales. Las naturales, basadas en las necesidades físicas, terminan por satisfacción, por accidentes o por la muerte. Las artificiales nos hacen experimentar, respecto de cosas no necesarias, los deseos y tormentos que la naturaleza había destinado a las necesidades estrictamente tales. Las primeras acaban enseguida, las segundas reinan a menudo durante toda una vida.

El interés personal, el temor y el valor; la esperanza y la desesperación; la ira, el amor y el odio; el deseo y la repugnancia; la alegría y la tristeza [18] son, como el hambre y la sed, necesidades naturales del sentimiento, en la medida en que sirven sólo a la subsistencia y al bienestar del hombre; mas la exageración de esas afecciones naturales las hace deslizarse hacia las pasiones llamadas artificiales o *ficticias*; no porque sean ilusorias, pues son tan reales como las otras, sino porque no es inmediatamente la naturaleza la

[18] Salvo por la inclusión de lo que llama ***intérêt personnel,*** el autor da aquí la lista exacta y completa de las pasiones que distingue la escolástica (cf. Sto. Tomás de Aquino, ***Suma de Teología,*** I-II, q. 23, art. 4). (N. del T.)

que las da. La ambición, la envidia y la avaricia son frutos de la sociedad; y para hablar con mayor exactitud, las únicas pasiones simples son las que vienen de la naturaleza, las demás son vicios o virtudes, mezclas de deseos, proyectos y acciones. Un hombre como Pascal, por ejemplo, nació bilioso; pero si sólo los malvados pueden conmocionar su bilis, su cólera y su odio son entonces manifestación de la virtud indignada contra el vicio.

No obstante los moralistas han criticado las pasiones, porque vieron únicamente sus perjuicios: era ver en las nubes sólo la tempestad y el granizo, en la navegación sólo tormentas y naufragios. Al restituir, pues, a la palabra *pasión* su verdadero significado, hemos de observar que la moralidad de una pasión depende de su objeto. Entre aquél que arde en el amor del bien público y aquél que trabaja sólo para sí mismo, entre el que se alegra y el que se aflige de mi dicha, la diferencia es la que media entre el heroísmo y el egoísmo, entre la amistad y el odio, entre la benevolencia y la envidia. Así pues, entre el vicio y la virtud, como entre un polo y el otro, como entre el cielo y los infiernos, la distancia es infinita; y las pasiones son los vientos que nos impulsan hacia ellos. Exigir el hombre sin pasiones, es querer gobernar despóticamente a la naturaleza. No hay ninguna gran acción, buena o mala, sin entusiasmo: mas el entusiasmo es raro, y el gran número de costumbres que sólo ofenden levemente el orden y la razón, o aquellas que constituyen al hombre honesto y razonable, es lo que compone la vida entera; por ellas se es juzgado y en ellas se fundan las reputaciones comunes, tan distantes de la gloria como de la infamia. En cuanto a las acciones indiferentes, se las trata en la vida como a las expresiones comunes en el lenguaje.

Tantos grandes hombres han escrito sobre las enfermedades y los remedios del alma, sobre el vicio y la virtud, que me limitaré siempre a las consideraciones más generales.

Se distinguen, en primer lugar, dos tipos de conciencia en el hombre: la *conciencia del sentimiento*, a la cual se denomina *conciencia del yo*, convicción estable con que la naturaleza ha dotado a todos los animales, tanto a los que reflexionan sobre su *yo*, como a aquellos que obran en virtud de dicho *yo* sin reflexión; y la *conciencia moral* que, si bien fundada en el recto juicio y la sensibilidad naturales del hombre, sólo brota en unos y se amustia en otros si la educación viene en su ayuda. Se puede llevar con ésta a hombres y a poblaciones enteras a grados de inmoralidad espantosos. Hay ejemplos de hombres que han perdido sus remor-

dimientos, y de hombres que nunca los han tenido. Preciso es inculcar bien en sí esta triste verdad, a fin de consagrarse con intensidad cada vez mayor a la educación moral, ángel conservador de las sociedades. Quienes afirman que el remordimiento y la conciencia moral son innatos, les atribuyen un origen más augusto, y, por decir así, una ratificación más: pero si se confiase sin más en la naturaleza, si se descuidase el grabar principios de justicia, de temor y de honor en los niños, ¿quién se atrevería a responder del género humano? No es la naturaleza, es la moral la que enseña a los hombres que es preferible sentirse desdichado por un infortunio antes que por remordimiento, como es preferible temblar de frío antes que de fiebre. El hombre nace sensible, ardiente, egoísta y temeroso. La cuestión es dirigir esas disposiciones primeras; y para ello, apoderarse de ellas, disputárselas a las pasiones que sólo buscan falsear la conciencia; la cosa es, en una palabra, tomar al hombre al comienzo de la vida, y mostrarle los dos caminos que se abren ante él: aquel al cual lo llama la virtud, y aquel adonde lo empuja el vicio. La juventud, como el verdor de los campos, orna la tierra; pero la educación la cubre de mieses.

Se denomina *virtudes* a los esfuerzos constantes contra las pasiones, y a los servicios continuados que alguien presta a los hombres. Las virtudes son a veces triunfos de la razón, y a veces sacrificios del interés personal: mas la constancia es el carácter principal de la virtud; pues una buena acción no es la virtud más de lo que un placer es la felicidad. Ni siquiera la negación de todos los vicios sería la virtud:[19] se requiere una serie de esfuerzos y de actos virtuosos: es preciso ser justo sin interrupción y bienhechor por elección; poner el bien en el orden y el orden en todo.

Esta definición conduce a dividir las virtudes en dos clases: la que nos son útiles sólo a nosotros, como la prudencia y la templanza, y éstas son *cualidades* más bien que *virtudes*, y las que les son útiles a los demás, como la beneficencia y la justicia. Pero es preciso entender bien: lo que rigurosamente sólo a nosotros nos fuese útil, no sería virtud, si consideramos que, para un solitario, no hay virtud ni vicio. Pero dentro del orden social, un hombre no pudo hacerse prudente, templado, advertido, sin volverse por eso mismo más apto para ser un buen padre de familia, un buen soldado, un buen magistrado; y en este sentido cualidades que pare-

[19] Horacio hizo demasiado fácil la virtud, cuando dijo: *Optimus ille qui minime vitiis urgetur.*

cían al principio personales, se convierten efectivamente en virtudes.

La razón, y Sócrates con ella, han puesto a la ciencia en el orden de las virtudes. Se sigue de esta justa y noble opinión, que el sabio y el hombre de letras sin intrigas, sin más interés que el de los hombres y la razón, son necesariamente seres virtuosos. Aunque no hiciesen, dice Séneca, más que pensar sanamente sobre el bien y el mal, hablar enérgica y dignamente de las verdades, enseñar a los hombres el camino de la virtud, y reprobar el vicio y el error con todo el poder de la palabra, no dejarían de merecer mucho de parte del género humano, que goza del fruto de sus vigilias.

Algunos escritores apasionados han colocado a la virtud tan alto, que la han vuelto inaccesible. Se han seguido de ello dos inconvenientes: han contristado a las personas de bien y liberado el vicio: han hecho creer que el culto era una cosa y la práctica otra; han olvidado, por último, que la virtud no tiene teoría.

Una de las propiedades de la virtud, es la de no provocar envidia. Demasiado orgullosa se sentiría la fortuna si fuese el premio de la virtud. Por otra parte, si los hombres instituyeran premios para ésta, muy pronto los otorgarían a la hipocresía. Y si en algunas ocasiones se recompensan los servicios y el talento, es porque no se puede fingirlos. La admiración pública es el pan del talento: pero, fuerza es reconocerlo, con la manera en que los hombres distribuyen la gloria, ésta no es ya un cebo para la virtud.

Cuando la virtud se aúna al talento, pone a un gran hombre por encima de su gloria. El nombre de Fenelón tiene algo indefiniblemente más emocionante y más venerable que el brillo de sus talentos.

Felizmente el honor, altivo y delicado fruto del orgullo y la vergüenza, suple por lo general a la virtud, como la cortesía a la bondad. A este respecto he de señalar que las mujeres tienen dos clases de honor; uno que les es propio, y que nosotros atacamos sin descanso; otro que les es en términos generales común con nosotros, y que muy poco resiste cuando el primero ha sucumbido. Lo que es moderación en un hombre, sería incontinencia en una mujer.

Al tratar de la virtud, los moralistas han analizado hasta qué punto es posible soportar los males, o reprimir las propias pasiones; y al respecto viéneme a la memoria que Séneca cita un ejemplo impresionante; pero saca de él una falsa conclusión. Se trata de un tirano que mata de un flechazo al hijo de uno de sus corte-

sanos: el padre dice al príncipe que "Apolo no habría tirado mejor". Es seguro, añade el moralista, que este desdichado padre sufrió mucho; mas supo contenerse y soportar. Sí, por cierto; pero fueron el temor o la ambición las que encadenaron a la naturaleza; fue el cortesano el que ahogó al padre: aquel miserable hizo callar al dolor y a la venganza, pero hizo hablar a la adulación y a la cobardía. ¿Es ése, entonces, un ejemplo para proponer? La virtud no consiste en oponer así pasiones a pasiones. Se ha visto a algunas mujeres pasarse toda la vida sin reír, por miedo a mostrar una boca desdentada: ¿era acaso ese esfuerzo una virtud? Regla general: el triunfo de un vicio sobre otro no es una virtud.

Por lo demás, hay hombres que están más dispuestos a dejarse oprimir de por vida, que a reprimirse un solo instante; y hay otros que serían felices y virtuosos si empleasen en dominarse a sí mismos la mitad de los afanes y la constancia que ponen en dominar a los demás. Esto me lleva a decir una palabra sobre la felicidad.

Es sabido que los placeres naturales son simples; no se los puede analizar; pero se analiza la felicidad. Cada edad, cada imaginación se compone una a su gusto. Los placeres físicos son instantes que los sentidos hurtan al pensamiento: pero no es concebible la felicidad en delirio. Hobbes dice que la felicidad sería lograr siempre buen éxito: en efecto, cada objetivo alcanzado es un momento de felicidad. Pero el atractivo deriva seguramente de la poca frecuencia o de los obstáculos; el hombre que lograse lo que quiere sin interrupción y sin resistencia, se fatigaría de producir deseo tras deseo. La voluntad, como el apetito, no puede omitir los intervalos.

Se llama así *felicidades o venturas* (*bonheurs*) a las cosas felices, a los éxitos accidentales. Hay también felicidades negativas, como escapar a un peligro, no ser tan desdichado como uno podría serlo, etc. El mismo término *bonheur* muestra que nuestros padres no llevaron sino muy tarde sus miradas hacia una felicidad duradera. En efecto, *bonheur* y *malheur,* en el fondo, significan solamente *buena* o *mala hora;* y durante mucho tiempo dijimos *bien heuré* y *mal heuré,*[20] en lugar de *heureux* y *malheureux.*[21]

[20] En realidad, *heureux,* como la expresión arcaica *heur,* y sus derivados *bonheur* y *malheur,* no provienen de la raíz de *heure,* es decir, del latín *hora,* sino de *augurium,* a través del francés antiguo *eûr* y *aür,* "(buena) suerte". (N. del T.)

[21] Una mente bien conformada (*un bon esprit*) parece a menudo feliz, igual que un hombre bien proporcionado parece a menudo diestro.

La felicidad por lo general suscita más aduladores y envidiosos que el mérito, porque ofusca e irrita a mayor número de personas; el mérito sólo choca y hiere a cierta clase. Por otra parte, el mérito puede ser infortunado y a menudo lo es; lo cual reconcilia con él.

Es por un lado cosa notable la tranquila desatención, la ingratitud habitual con que disfrutamos de los dones esenciales de la naturaleza, como la vista, por ejemplo; y por el otro, la desesperación que se apodera de nosotros, si algún accidente nos priva de ellos. Todo lo contrario ocurre con las cosas del arte: gózase de un buen espectáculo con arrebatos sólo igualados por la facilidad con que de él prescindimos.

Entre la juventud y la vejez, la diferencia en lo tocante a la felicidad es la que media entre el movimiento y el reposo, entre las esperanzas y los recuerdos, entre el poder y la impotencia. El movimiento pesca más aventuras buenas o malas; el reposo se sustrae mejor a unas y otras. En la juventud, pues, es uno por excelencia feliz o desdichado: el anciano queda bajo el escudo de su insensibilidad; sólo tiene una felicidad negativa.

Nunca se llora tanto como en la edad de las esperanzas; mas cuando no se tiene ya esperanza, todo se ve con ojos enjutos, y la calma nace de la impotencia. Las adormideras de la vejez se interponen entre la vida y la muerte, para hacernos olvidar aquélla y amodorrarnos ante ésta. Si se eliminan los achaques propios de la edad, los únicos ancianos desgraciados serán aquéllos en quienes los deseos sobreviven a las facultades. La víctima que se orna de rosas hace su sacrificio más doloroso, y los recuerdos sin esperanza son sólo nostalgia.

Triste es llevar un gran apellido y carecer de fortuna; tener una gran fortuna y carecer de linaje; poseer abolengo y fortuna, y estar privado de inteligencia; tener inteligencia y no gozar de aprecio; poseer, en fin, una educación distinguida y vivir con gente de pueblo. No es menos cierto que, por su parte, el hombre de pueblo se siente incómodo con las clases altas; y que si la ciencia gime de la vecindad de la ignorancia, ésta a su vez rehúye el contacto con el mérito. Parece, pues, que la felicidad es armonía; y en la armonía, efectivamente, se encontraría la felicidad, si las pasiones y el hastío no viniesen con demasiada frecuencia a corromper los dones de la fortuna y los frutos del ingenio y de la sabiduría.

Como las proporciones quedan mejor guardadas en las situaciones mediocres, porque están tan apartadas de las grandes pros-

peridades como de los grandes infortunios, y en ellas uno no ha descuidado ni fatigado en exceso su inteligencia, allí es donde suele encontrarse una cierta imagen de la felicidad. Las posiciones mediocres no proporcionan, es verdad, temas a la historia o a la epopeya; pero los hombres de cierto rango saben bien lo que hay que pagar por ocupar la mirada de sus contemporáneos y atraer la atención de la posteridad.

Es entonces una idea popular y falsa que la felicidad acompañe a las condiciones elevadas; y los filósofos que han consignado tantas veces en sus libros el elogio de la mediocridad, que tan a menudo la han aplaudido en escena, deberían avergonzarse de haber sublevado al pueblo valiéndose de esa envidia natural de los hombres, que les hace odiar a quienes suponen felices, y soportar con más impaciencia los placeres ajenos que las penas propias.

Es posible haberlo gustado todo, estar cubierto de gloria, colmado de bienes, haber incluso conocido la desgracia, y suspirar de fatiga o consumirse de tedio en medio de tantas felicidades aparentes. Mas si la tristeza está tan cerca de la fortuna, ¿por qué la envidia está tan lejos de la compasión?

No hay que asombrarse, entonces, de que sea tan difícil definir lo que es tan raro encontrar, lo que es tal vez imposible de representarse bien. Es más fácil para la imaginación componer un infierno con el dolor, que un paraíso con el placer.[22] Preciso es, por tanto, acatar nuestro destino, y ver si acaso no hallaremos en el carácter de los hombres aquello que casi no alcanzamos a ver en sus condiciones sociales.

Por lo general, los hombres prefieren ser insolentes a ser felices, y oprimidos antes que humillados; y por eso las atenciones crean menos ingratos que los favores, porque las atenciones hablan a la vanidad, y los favores se dirigen sólo a las necesidades. De donde se sigue que la altanería se hace más enemigos que la crueldad: cosa que explica, en cierta forma, las derrotas de las cortes y los triunfos de las revoluciones.

Así pues, la felicidad o la desdicha, y es ésta una verdad de experiencia, dependen casi siempre del carácter, tanto para los individuos como para los pueblos.

Aunque todo ser sensible nace esencialmente animal de cos-

[22] El deseo es a la pasión como el placer a la felicidad: pero el deseo a menudo se convierte en pasión, y todavía ningún placer se ha convertido en felicidad.

tumbres, hay almas que se desarrollan con una cierta rigidez, una estabilidad, una inflexibilidad que podría hacer pensar que han sido templadas con mayor fuerza que las demás. De allí viene que el carácter suela ser llamado *complexión* y *temperamento*.

A veces el carácter es fruto de una pasión dominante, a veces de determinados principios que uno ha asumido, y a veces de algún poderoso prejuicio que se ha recibido. En todos esos casos, el hombre de carácter se impone por igual a las propias pasiones y a las pasiones ajenas: y no solamente el individuo de gran carácter resiste a esa doble tiranía, sino que a menudo acaba por imponer la suya.

Los caracteres son raros en los pueblos cultos y comunicativos. Los niños y los salvajes, que casi siempre tienen una pasión dominante, no equilibrada por el contrapeso de las ideas, presentan rasgos de carácter que asombran. Lo mismo puede decirse de las mujeres; y ello explica el éxito de su reinado: porque para reinar, se requieren voluntades; y las mujeres, que no carecen de ellas, sostienen el cetro gloriosamente.

Mas el verdadero carácter es el de un César o un Cromwell; carácter que ellos se han creado, o al menos que han robustecido con todos los recursos de su mente, de esa misma mente que suele debilitar el carácter en todos los hombres. Pues cuanto más amplia se tiene la inteligencia, más a merced se está del movimiento y la variedad de sus ideas; cuanto más sutil es la mente, más delicado es el matiz que decide. La primera objeción, el menor obstáculo bastan para sumir de nuevo a una cabeza que piensa en la duda y la deliberación; en tanto que los hombres que sólo juzgan masivamente o que sólo ceden a las pasiones fuertes, son más inflexibles y más estables.

Es sabido que en toda deliberación, nuestro último deseo es nuestra voluntad, y que es nuestro último juicio el que forma nuestra opinión. Quien tiene sólo un deseo o una opinión, es un hombre de carácter.

Los individuos extraordinarios que ejecutan tan grandes obras, son aquellos que nacen en tiempos propicios, con una plena conformidad entre su carácter y su talento. Porque entonces el talento dirige al carácter, el carácter hace valer el talento, y su conjunto se desenvuelve en un escenario preparado por la fortuna.

Mas, sea cual fuere el carácter de los hombres, hablando en general, las situaciones, las ideas y las pasiones del momento deciden casi siempre sus determinaciones.

Cuando leemos los infortunios de los grandes personajes de la antigüedad, nos conmovemos, y exclamamos: "¡Ah, por qué no habré vivido yo en su tiempo, yo no habría tolerado semejantes injusticias!" Pero nos narran las desgracias de nuestros vecinos y de nuestros amigos, y somos de hielo, nos encerramos, llegamos algunas veces a alegrarnos de que hayan querido recibir por nosotros los ultrajes de la suerte. ¿De qué proviene esta extraña incongruencia? De que, cuando leo, soy un mero espectador; me hallo en la ribera desde la cual contemplo una nave que se hunde, y puedo dar rienda suelta a mi sensibilidad. Mas, en vez de tiempos pasados y de acontecimientos ajenos, ¿me habláis de lo que me rodea y me toca; de espectador me convierto en actor? Entonces, encontrándome yo mismo en la nave que se hunde, guardo toda mi lástima para mí, y lo común del peligro no me deja compasión para los compañeros de mi naufragio. Por lo general, la indulgencia para con quienes conocemos es mucho más escasa que la compasión para con quienes no conocemos.

La simple diferencia entre las sensaciones y las ideas interpone otra inmensa entre los hombres.[23] Véase con que ojos tan diferentes Apicio y Plinio el naturalista contemplan una perdiz; véase, cuando truena, al supersticioso y al sabio: uno enfrenta al rayo con reliquias, el otro con un conductor.[24]

Sin proseguir con las definiciones y relaciones de los caracteres, parece cierto que de las oposiciones o las concordancias de los hombres y la foruna, saca el carácter sus reglas de felicidad o de infelicidad. Los corazones que nacieron maleables, y los espíritus flexibles, se ablandan más aún bajo la mano de la fortuna y de los hombres: son juguetes, más que favoritos o víctimas, del mundo y de la suerte.

La insuficiencia o la ausencia de carácter se llama ***debilidad, indecisión, irresolución habituales***: estado en que el alma concibe sólo deseos impotentes o sin consistencia, y se abandona siempre a impulsos venidos de otros: en que ve y desatiende el bien que ama,

[23] El avaro se burla del pródigo, el pródigo del avaro: el incrédulo del devoto, el devoto del incrédulo; se toman recíprocamente por ingenuos.

[24] La diferencia entre las pasiones y las ideas es bastante patente en el fragmento de un diálogo que voy a citar.

Le dicen a Voltaire en los Campos Elíseos: "¿Así que vos queríais que los hombres fuesen iguales? —Sí. —Pero, ¿sabéis que ha sido necesaria para ello una revolución horrenda? —No importa..." Hablan a sus ideas. "—¿Pero sabéis que el hijo de Fréron es procónsul, y que devasta provincias? —¡Oh dioses! ¡Qué horror!" Hablan a sus pasiones.

y hace el mal que ve y que odia; en que murmura de los males inevitables, y sufre los que puede impedir. El hombre de Estado sin carácter es más temible que el malvado. Se dice que es un cero; sí, pero es cero, más todos los malvados que lo circundan y lo gobiernan. Consideraríamos la más funesta de las plantas, a aquella que fuese a veces saludable y a veces ponzoñosa: los venenos estables no son tan peligrosos.

[*Sobre la filosofía moderna*]

Quédame por tratar del más negro de los vicios y de la más temible de las pasiones: de la hipocresía y el fanatismo.

La hipocresía es con propiedad el vicio del hombre en sociedad, por dos razones tan notables una como otra: la primera, que el hombre es el único animal en el cual el sentimiento se recoge en sí mismo, y contraría allí la verdad de las sensaciones y la sinceridad de los impulsos naturales: tal facultad es para él, a un tiempo, fuente de reflexión y de duplicidad. La segunda, que somos la única especie que vive bajo un pacto social, y por consiguiente la única que puede faltar a él, abusando de la palabra contra la verdad, del juramento contra la conciencia y de la fe pública contra toda la sociedad.

Este odioso sentimiento que hace asumir al vicio la apariencia de la virtud; que hace que un facineroso recomiende a su hijo la probidad; que fuerza, en una palabra, al crimen a urdir su trama siempre en las sombras; este sentimiento, digo, es no obstante una de las salvaguardias del orden social. Porque si el mismo facineroso se proclamase *facineroso*, si el bandido se titulase *bandido*, todo estaría perdido.[25] Esa mentira del crimen, esas precauciones del vicio son, según la acertada expresión de La Rochefoucauld, homenajes a la virtud y consideraciones hacia el género humano. Pero el fanatismo amenaza por igual la vida del individuo afectado de él, y la existencia de los gobiernos que lo toleran.

Es un estado de exaltación y de delirio que resulta del concurso de una pasión dominadora y de una idea que sojuzga a todas nuestras ideas. Todo estado de exaltación se presenta bajo dos aspectos.

Cuando dicho estado tiene como causa una idea que, para dominarnos, necesita concentrarse, únicamente corrompe y altera la razón y la paz del individuo que de él ha enfermado. El amor, por ejemplo, conoce su idolatría; mas entre dos enamorados consumidos

[25] Es lo que acaeció durante la Revolución, cuando los jacobinos tuvieron la franqueza de llamarse a sí mismos *bravos bandidos* (*braves brigands*).

por idéntico fuego, cada uno de ellos ve al mundo entero en el ser que adora, y un corazón lleno de su divinidad no le busca casi nunca otros adoradores. Se ha visto, no obstante, a caballeros andantes y a algunos príncipes extraviados por la pasión que forzaban los homenajes de los transeúntes y de pueblos enteros, erigiendo templos al objeto de su culto personal: su amor era un fanatismo. No sucede así con esa sed ardiente, que Virgilio ha denominado sin embargo *el fanatismo del oro* (*auri sacra fames*); esa pasión no busca prosélitos. Pues no son por cierto opiniones, no son homenajes lo que pretende, sino el oro, y la acumulación de propiedades de toda especie, por todos los caminos de la fortuna, de la astucia y del crimen; lo cual la distingue del fanatismo religioso, del fanatismo de conquistas, y de la avaricia ordinaria, que se contenta con acariciar su tesoro. Tal ardor, tal rudeza en el lucro es la característica dominante de las capitales y de las ciudades comerciales: y si entre tantos hombres que se atiborran de riquezas, hay tan pocos felices, es porque los medios que hacen a un hombre capaz de ganar una fortuna, son los mismos que le impiden disfrutarla.

Pero cuando una pasión necesita, para manifestarse, reinar o extender su imperio, sojuzgar o perseguir, entonces explota, se hace epidémica, y ocasiona esos desplazamientos de pueblos, esas fiebres nacionales que devastan la tierra y derriban estados: es el origen de las conquistas políticas y religiosas.

Si no hay idea alguna más arrebatadora ni pasión más razonable que la de la propia felicidad en otra vida, ya que se trata entonces del amor de sí mismo estimulado por la perspectiva de la eternidad, no hay tampoco pasión alguna más frenética que ella, cuando se basa en la idea de que Dios nos reconocerá sus misiones y sus conquistas, el avasallamiento de las opiniones y hasta la opresión de las conciencias. La vertiente sacra de esta pasión es lo que le ha ganado el nombre de *fanatismo.*

Mas cuando los hombres se asesinan en nombre de determinados principios filosóficos o políticos; cuando hacen, para imponer la dominación de sus dogmas, cuanto el fanatismo religioso osó hacer por los suyos, entonces, aunque limiten su imperio a la vida presente, no es menos cierto que su filosofía tiene su propio fanatismo; y ésta es una verdad que los sabios del siglo no han barruntado. Ellos han muerto: en su mayoría amaban la virtud y la practicaban: pero por haber creído que el fanatismo era fruto exclusivamente de las ideas religiosas, por haber desconocido la naturaleza del hombre y de los cuerpos políticos, por haber ignorado

el veneno de las simientes que sembraban, una terrible complicidad pesa sobre sus tumbas, y su epitafio se mezcla ya con el de un gran reino, con los de dos repúblicas, con los de las colonias más florecientes.

Vedlos, pues, en el fondo de sus tumbas, convertidos, sin saberlo, en padres de una familia de filósofos que han adoptado en nombre de ellos y bajo su estandarte, la novedad como principio, la destrucción como medio, y una revolución como punto fijo; que se han armado con las pasiones del pueblo, al mismo tiempo que el pueblo se armaba con sus máximas; y en ese trueque peligroso entre las teorías del intelecto y las prácticas de la ignorancia, entre las sutilezas de los jefes y las brutalidades de los secuaces, se les ha visto embriagarse a los unos de popularidad y a los otros de soberanía, hasta que por fin, de ese ayuntamiento de la filosofía y el pueblo, salió una nueva secta,[26] que esgrime los argumentos de una y otro, pero es igualmente temible para ambos; monstruo inexplicable, nueva esfinge que se ha asentado a las puertas de una ciudad ya enferma de peste, para proponerle únicamente enigmas y el fenecimiento... *¿Ha sufrido el género humano con todas las guerras de religión tanto como con este primer ensayo del fanatismo filosófico?* Es el último problema del monstruo: éste se ha grabado en la memoria del mundo horrorizado, y la posteridad lo resolverá entre gemidos.

Puesto que he prometido, en esta descripción del hombre, hablar de sus enfermedades, ¿cómo habría podido pasar por alto una de las mayores plagas que haya caído hasta ahora sobre el género humano? Y cuando se piensa que viene por mano de los filósofos, ¿cómo podría alguien no tratar de definir esta nueva y desastrosa filosofía?

En todas las épocas se ha dividido la filosofía en dos ramas: la que se ocupa del estudio de la naturaleza, y comprende la física, la química, la historia natural y la astronomía, y la que estudia únicamente la parte intelectual y moral del hombre. En una y otra de dichas divisiones, la filosofía busca y encuentra siempre nuevas razones de admirar a la naturaleza, y nuevos medios de servir a los hombres. Si la filosofía no se hubiese alejado de esa honorable misión, habría contribuido al perfeccionamiento del hombre, a la tranquilidad y gloria del mundo; y su nombre, garantía, recuerdo y augurio de felicidad, sería la más placentera esperanza del género humano. Pero le es esencial a la filosofía engrandecer a los espíritus

[26] Alusión a los jacobinos. (N. del T.)

excepcionales, y envalentonar a las almas vulgares; suscitar una admiración inteligente en aquéllos, y una audacia ciega en éstas. Semejante al oficio de la guerra, que se transforma en teoría en la cabeza del verdadero guerrero y llega a ser la ciencia protectora de los Estados, mientras que para el común de los hombres no es más que una escuela de barbarie y de bandolerismo, la filosofía ha tenido la desgracia de dar a luz espíritus llenos de soberbia cuyos excesos han deshonrado su nombre.

Así pues, se entiende actualmente por *filósofo*, no el hombre que enseña el gran arte de dominar las pasiones o de aumentar las luces propias, sino aquel que asocia al espíritu de independencia, el despotismo de sus decisiones; que duda de todo lo que existe, y afirma todo lo que dice; el hombre, en fin, que sacude prejuicios sin adquirir virtudes.[27]

Ha resultado de ello que un físico de primer orden, pero religioso, como Pascal o Newton, no era filósofo, y que un ignorante audaz era un gran filósofo. Esta consecuencia no ha asombrado al siglo.

Como el espíritu de análisis es lo que domina por excelencia en la filosofía, sus nuevos discípulos han utilizado en todo terreno los disolventes y la descomposición. En la física, no han encontrado más que objeciones contra el autor de la naturaleza; en la metafísica, sólo duda y sutilezas; la moral y la lógica únicamente les han proporcionado declamaciones contra el orden político, contra las ideas religiosas y contra las leyes de la propiedad; han aspirado nada menos que a la reconstrucción universal, a través de la rebelión universal; y sin pensar que se hallaban ellos mismos en el mundo, han derribado las columnas del mundo.

¿Cómo no vieron que sus análisis eran métodos de la mente humana y no un medio de la naturaleza? Que en la naturaleza a que nos referimos, todo es relación, proporción, armonía y asociación; que vincula, congrega y compone siempre, incluso cuando descompone, pues sus leyes no duermen nunca; en tanto que el hombre que analiza, como químico o como razonador, no puede más que observar y suspender, descomponer y matar. ¿Qué se diría de un arquitecto que, encargado de levantar un edificio, pulverizara las piedras, para hallar sales, aire y una base terrosa, y que nos presentase así un análisis en vez de una casa? El prisma que descompone

[27] El devoto cree en las visiones de otros, el filósofo cree únicamente en las suyas propias.

la luz arruina para nuestros ojos el espectáculo de la naturaleza.

Los filósofos, pues, han abusado constantemente del instrumento más sutil del espíritu humano, quiero decir el análisis o la metafísica. No han percibido que las verdades son armónicas, y que sólo es lícito presentarlas en su orden: que si se dice a los hombres: "Sois iguales, puesto que sois semejantes", es una verdad puramente anatómica; que si se les dice: "Sois hermanos", es una verdad religiosa; que, por último, si se les ve desiguales en talentos, empleos, fuerza y fortuna, y antes rivales que hermanos o amigos, no se sale del estado natural, o del orden político. Anular las diferencias, es confusión; desplazar las verdades, es error; cambiar el orden, es desorden. La verdadera filosofía consiste en ser astrónomo en astronomía, químico en química, y político en política.

Han creído no obstante, estos filósofos, que definir a los hombres era más que reunirlos; que emanciparlos era más que gobernarlos, y por último que sublevarlos era más que hacerlos felices. Han echado por tierra Estados para regenerarlos, y disecado hombres vivos para conocerlos mejor.

En vano Platón (porque Grecia había padecido también los desbordes de esta filosofía) les había dicho que no les incumbía por cierto a ellos hacer versos o música, sino hablar de éstos, puesto que su filosofía era parladora. Vanamente Zenón había afirmado que el verdadero filósofo no es más que un buen actor, apto por igual para el papel de rey y el de súbdito, el de amo y el de esclavo,[28] el de rico y el de pobre; porque es efectivamente propio de la verdadera filosofía hacerlo todo bien, y no encontrarlo todo mal; en vano, digo, los hombres habían sido debidamente advertidos de la naturaleza de las dos filosofías y de su diferencia: se operó en la cabeza de todos un cambio que preparó la revolución de que los filósofos han sido bruscamente promotores, guías y víctimas; revolución en la cual pensaron que podían desnaturalizarlo todo sin destruir nada, o destruirlo todo sin peligro, y arriesgar el género humano sin crimen.

En el mundo se burlaban otrora de los filósofos, que se burlaban a su vez de todo lo que el mundo adora, que alardeaban de despreciar las riquezas, que reprendían todas las pasiones, que demostraban lo vacuo de las dignidades; y se burlaban de ellos por la misma razón por la cual nuestros filósofos se burlan de los santos, porque no creían en ellos.

[28] Epicteto en el trono habría sido, seguramente, un gran rey: fue un modelo de virtud en su condición de esclavo.

Pero si los antiguos filósofos buscaban el sumo bien, los nuevos sólo han buscado el sumo poder. Por eso el mundo se entendió de entrada con esta filosofía que se entendía con todas las pasiones. Tenía un aire de audacia y de altivez que sedujo a la juventud y domeñó a la edad madura; una prontitud y una simplicidad que arrebataron todas las adhesiones y dieron por tierra con todas las resistencias: ¡pues son tan simples los instrumentos de la destrucción! [29] Y como estos filósofos parecían tener el privilegio de la libertad y de las luces; como honraban o infamaban a su gusto, inscribían o tachaban en su lista a los grandes hombres de todos los siglos, según los encontrasen favorables o contrarios a su plan, captaron, incitaron y presionaron tan hábilmente el amor propio del público, de los funcionarios, de los cortesanos y de los reyes, que hubo que alinearse bajo su divisa, para hacer causa común con la razón.[30] Se aliaron, pues, con ellos contra el yugo de la religión, contra los escrúpulos de la moral, contra las lentitudes y las timideces de la política y de la experiencia, en una palabra, contra el antiguo mundo; y la filosofía no se distinguió ya de la moda.

Recuérdase la delirante alegría de los filósofos al ver el éxito de sus libros, la muchedumbre de conversiones y la unanimidad de las adhesiones. Se encandilaron hasta el punto de creer que ante su voz los pueblos se pondrían en movimiento, como las piedras de Tebas a los acordes de Anfión. No vieron que los aplausos les venían del orden que existía aún íntegramente, y que las adhesiones surgían de todos los rangos de la sociedad. Cuando se representa el caos en nuestros teatros, los palcos resuenan con aplausos; pero el autor de la obra no deduce de su éxito que hay que apresurarse a llevar el caos, la muerte y la nada al mundo.

Eso es sin embargo lo que han intentado y ejecutado los filósofos. En lugar de dejar a la quimera saltar al vacío, dijeron: "Ya que tenemos el poder, realicemos la quimera: edifiquemos entre las tumbas de los padres y las cunas de los hijos; depositemos nuestras esperanzas en otras generaciones; que nuestro amor se vuelque al futuro y a lo desconocido, y nuestra protección al universo; nuestro odio y nuestro anatema, a nuestros contemporáneos y al suelo que pisamos. ¡Perezcan nuestras colonias, perezca el mundo, antes

[29] Los gusanos, que destruyen casi todo, son los instrumentos más simples de la naturaleza. Podría llamarse a los filósofos, los gusanos del cuerpo social.

[30] Federico II enuncia explícitamente la soberanía del pueblo, etc., en su *Antimaquiavelo*.

que uno solo de nuestros principios! ¡Guerra a los palacios!, es decir *al oro*; ¡paz a las chozas!, es decir *olvido.*" [31]

¡Ésas son sus palabras, ése el espíritu, el corazón, la doctrina y los oráculos de estos amigos del hombre! Tutores hipócritas, han amado a los pobres y a los negros, con todo su odio por los blancos y los ricos; legisladores cosmopolitas, se han reído de los derechos de la propiedad, de las inquietudes de la moral, de los dolores de la religión y de los clamores de la humanidad... ¡Ah, cuántos golpes han asestado a esta pobre humanidad, que sólo repercutirán en la posteridad!

Mas su risa duró poco; la secta que dieron a luz los aplastó enseguida bajo las consecuencias de sus principios: "¡Ay!", exclamó uno de ellos al darse muerte, "¡no hemos hallado más que un laberinto en el fondo de un abismo!" Los demás han perecido en el cadalso, y sus cenizas están bañadas en las lágrimas y la sangre de un millón de víctimas: algunos, más infortunados tal vez, pasean por Europa dolores sin remordimiento (porque todo fanático vive y muere sin remordimientos); piden de nuevo su presa o alguna nueva tierra para regenerar; no conciben la atroz equivocación de sus prosélitos: "¡Cómo!", exclaman, "¡nuestros discípulos y nuestros secuaces se han convertido en nuestros verdugos!"

"Sucede", les ha respondido ya el hombre que mejor ha pintado los demonios y el infierno, "sucede que vosotros construíais en el imperio de la anarquía un puente sobre el caos; mas cuando hubo que pasar, unos monstruos os han disputado el acceso: espantados por su aparición, habéis retrocedido, y los monstruos os han dicho: '¿Por qué retroceder? ¡Vosotros sois nuestros padres!' " [32]

Es triste sin duda que semejantes imágenes sean sólo pálidas copias de lo que el mundo ve y soporta; y no puedo evitar el observar hasta qué punto Rousseau, Helvetius, Diderot, D'Alembert, Voltaire y sus congéneres han muerto a tiempo. Al abandonarnos la víspera de nuestras desgracias, se llevaron consigo la adhesión del siglo; no tienen que gemir de la revolución que prepararon, no tienen que ruborizarse de los homenajes de la Con-

[31] *Divites implevit malis, et pauperes dimisit inanes.* [Alteración intencionada de un versículo del *Magnificat*: *Esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes* (*Lucas*, I, 53), ya citado en esta forma como epígrafe en el *Diario Político Nacional*, 1ª serie, XX. (T.)]

[32] Ver Milton. *Draco iste quem formasti, et illa reptilia quorum non est numerus* [Cita, algo modificada, del *Salmo* 103, 26 y 25 (T.)]

Todo filósofo constituyente está preñado de un jacobino: es una verdad que Europa no debe perder de vista.

vención. Si vivieran aún, serían execrados por las víctimas que los han loado, y masacrados por los verdugos que los endiosan.

El más elocuente de estos filósofos ha dicho que los niños eran necesariamente pequeños filósofos; fuerza es entonces que los filósofos sean necesariamente niños grandes. Mas Hobbes ha demostrado muy bien que un malvado no es más que un niño vigoroso; luego nuestros filósofos son malvados.

Pueden reducirse a uno solo todos sus sofismas, *al milagro de una claridad súbita en todas las mentes, y a la propagación universal de las luces en todos los pueblos.* "Haremos desaparecer", decían, "las diferencias nacionales con el comercio; los límites políticos con la filantropía; los rangos y condiciones sociales con la igualdad; los gobiernos con la libertad, y todas las religiones con la incredulidad. La filosofía tiene como único cetro una antorcha, y las grandes familias del género humano marcharán a su luz."

Mas la naturaleza eterna de las cosas se opuso de entrada a tan vastas pretensiones. Las luces se elevan y no se difunden; ganan altura, y no superficie; se hacen conocer al vulgo por logros más numerosos, y nunca por sus teorías; y semejantes a la providencia, las artes se rodean de mayor número de beneficios, sin disminuir en nada su dificultad; al contrario, arrojan su luz cada vez de más alto. Por eso la ciencia que se eleva demasiado es a la postre tratada por el pueblo como la magia, admirada en la medida en que se la ignora. Los globos aerostáticos no han hecho sospechar nada al vulgo de la teoría del aire; los pararrayos, nada de la electricidad; los péndulos y relojes, nada de las leyes del movimiento; los descubrimientos de la geometría, en fin, no han sacado al pueblo de las cuatro reglas de la aritmética, y el almanaque no le enseña la astronomía a nadie. Es verdad, por tanto, que a medida que se eleva, la ciencia escapa al vulgo; es por ende el progreso en concentración, y no la expansión de las luces, lo que debe constituir el objeto de los hombres de bien; porque, a pesar de todos los esfuerzos de un siglo filosófico, los grandes estados más civilizados estarán siempre tan cerca de la barbarie como el acero más bruñido lo está de la herrumbre; las naciones, como los metales, sólo tienen de brillante la superficie. El pueblo rechaza o adopta los métodos de los sabios, igual que rechazaría o adoptaría otros opuestos; siempre carente de convicción, no da a las verdades, ni a los errores, más que la adhesión de la imitación, la obediencia de la seducción y el entusiasmo de la novedad. El hombre instruido tiene fundamento para pensar y decir del pueblo, lo que éste

no puede ni pensar ni decir de él; pues él conoce al pueblo, y el pueblo no lo conoce. Se debe entonces consultar al sabio sobre el pueblo, y no al pueblo sobre el sabio. La voluntad del pueblo puede ser quemar la biblioteca pública o los laboratorios de historia natural; mas la voluntad del sabio no será jamás de destruir los talleres y los comercios del pueblo.

Puede asentarse como principio, que hay en este mundo un consentimiento tácito dado por el ignorante y el débil a la ciencia y al poder; y los filósofos lo sabían bien: pero creyeron que el saber y el poder no se separarían, y que la artillería y la imprenta estarían siempre en las mismas manos. La experiencia los ha desengañado cruelmente; desde el día en que el filósofo Robespierre tuvo el poder, oprimió a la ciencia. Sus asesinos abominan su nombre, pero adoran sus principios y viven aún de sus crímenes. El mundo está siempre amenazado por una de esas intercadencias de las luces tan nefastas para el género humano; época de progresos interrumpidos, de Estados rehechos, de hombres nuevos, y de supersticiones ignotas; desdichados tiempos en que la barbarie que destruye se mezcla con la sutileza que proyecta; en que los antiguos monumentos de las artes se alían con los emblemas extraños y fugitivos de la novedad; en que los recuerdos son tan tristes y las esperanzas tan lejanas; en que el hombre de bien gime con igual fuerza, por todo lo que cae y por todo lo que se erige. La ignorancia de los salvajes y su barbarie sin mezcla no presentan imágenes tan desoladoras. En el invierno, la naturaleza adormilada no teme los daños que producen los torrentes; pero en la época de la cosecha la sorprenden cargada de las riquezas del año.

La filosofía, que es fruto de largas meditaciones y resultado de la vida entera, no debe ni puede ser presentada al pueblo, que está perpetuamente al comienzo de la vida. Los campesinos, por ejemplo, están encargados de la primera digestión del cuerpo político: si, con nuestra instrucción, tuviésemos sus trabajos; y si, con sus trabajos, tuvieran nuestra instrucción, ellos no querrían trabajar más, y nosotros no querríamos vivir más. En resumen, siempre habrá para el pueblo siete días en la semana; seis para el trabajo, y uno para el descanso y la religión; nada para la filosofía.[33]

[33] Es preciso aguardar pacientemente una mejoría de las cosas merced al progreso de las luces, y no entregar al azar lo que el tiempo debe traer sin trastornos y sin crueldades. Eso es lo que decía con mucha cordura el filósofo Condorcet, antes de la revolución; ese mismo filósofo que, después, no vio otra cosa en el incendio de los castillos, sino fuegos artificiales para celebrar

Puesto que la igualdad ilimitada entre los hombres es uno de los sueños más extraordinarios de esta filosofía, merece aquí algunos instantes de atención.

En lugar de establecer que la ley sería igual para todos los hombres, decretaron ellos que los hombres eran naturalmente iguales sin restricción. Pero hay algo cuya igualdad no se podrá decretar jamás; son las condiciones sociales, los talentos, los rangos y las fortunas. Si hubiesen dicho que todas las condiciones sociales son iguales, la gente se habría burlado de ellos; por eso sólo decretaron la igualdad de los hombres, y prefirieron así el peligro al ridículo: digo el peligro, porque si habían sido declarados iguales los hombres, y las condiciones seguían siendo desiguales, debía resultar de allí un choque espantoso. Por suerte los decretos de los filósofos no son leyes de la naturaleza; ésta ha querido hombres desiguales con posiciones y fortunas desiguales, como nosotros queremos anillos desiguales para dedos desiguales; de donde resulta la armonía general. Así es como en geometría la paridad resulta de los impares con los impares, en tanto que impares con pares nunca producirían más que impares. ¿Qué les importa, pues, a los hombres ser declarados iguales, si las condiciones sociales deben seguir siendo desiguales? Hay que alegrarse, por el contrario, cuando uno ve a hombres con grandes limitaciones en posiciones muy bajas; como habría que afligirse si la ley llevase a brutos a altos cargos, y relegase al hombre de genio a las profesiones serviles y mecánicas. La desigualdad es, pues, el alma de los cuerpos políticos, la causa eficiente de los movimientos regulares y del orden.

Sucede que los filósofos han confundido la igualdad con la semejanza. Los hombres nacen efectivamente semejantes, mas no iguales. Y la semejanza es la base de toda caridad entre los hombres; pues si bien nuestro prójimo no es siempre nuestro igual, es siempre nuestro semejante. Supongamos, por ejemplo, que un campesino, caído en un barranco, le grita a un transeúnte: "Ayudad a vuestro semejante y a vuestro prójimo": es indudable que el transeúnte, aun cuando sea un príncipe, volará en su ayuda. Mas si el campesino gritara: "Ayudad a vuestro igual", el transeúnte se

---

la libertad, y la justicia del pueblo en las matanzas. En sus notas sobre Voltaire, reconoce únicamente tres tipos de gobierno: la monarquía, la aristocracia y la *anarquía*.

Voltaire dijo: "Cuanto más ilustrados sean los hombres, más libres serán"; sus sucesores han dicho al pueblo que *cuanto más libre fuera, más ilustrado sería*; y eso lo perdió todo.

vería tentado de contestarle: "Pues aguardad a vuestro igual." Así pues, puesto que los hombres y los rangos son desiguales, la desigualdad es el fundamento de la política; y puesto que los hombres son semejantes y están sujetos a las mismas debilidades, la semejanza es el fundamento del sentimiento humanitario (*humanité*).[34] Pero la palabra *igualdad* destruye por igual la política y la sensibilidad humana: quebranta por tanto el orden social en sus dos bases esenciales.

Por otra parte, este sofisma, aunque haya producido infinitos males, no ha engañado a nadie. Si se dice a algún secuaz de la revolución: "Tú no eres mi semejante ni mi prójimo", ríe; pero si se le dice: "Tú no eres mi igual", os destroza. Pasa que cree en la semejanza que le salta a los ojos, y que no necesita ser probada; y que, como no cree en la igualdad, quiere establecerla por la violencia.

Obsérvese que si los hombres son naturalmente desiguales, la ley los supone no obstante iguales; ella somete la desigualdad de los hombres a su medida, los prejuicios de aquéllos a sus juicios, y las pasiones a su imparcialidad.

No solamente los filósofos no podrían fundar un cuerpo social con el dogma de la igualdad, sino que ni siquiera serían capaces de crear una obra dramática, que es apenas una pálida imagen de la vida. No olvidemos nunca que todo principio del cual no se puede o no se osa sacar las consecuencias, no es un principio. Por eso, por haber pervertido las ideas, sucedió que la lengua se desnaturalizó brutalmente ante sus ojos: del orden intelectual en el cual se habían parapetado, para reinar allí, han sido precipitdos en el oleaje de las pasiones populares. Los términos abstractos que le habían arrojado al pueblo, como moneda corriente, se han convertido en instrumentos del sofisma y del engaño, y las expresiones de la filantropía sólo han dado armas a la barbarie y al fanatismo.

Los filósofos habrían podido decir entonces, como en *Tartufo*: "Les hemos enseñado a no tener afecto por nada." Pues el defecto radical de la filosofía consiste en no poder hablar al corazón. Ahora bien, la inteligencia es aspecto parcial del hombre; el corazón es todo. Muchas veces se ha comparado al alma con el fuego, pero la

[34] Federico II dice que un rey debe respetar a sus *iguales* en sus súbditos. Quiso decir *a sus semejantes*.

inteligencia sólo tiene el resplandor; el calor está en el corazón; la inteligencia, pues, únicamente puede iluminar los objetos; sólo el corazón los penetra y se los identifica. De aquí proviene que la moral, que habla al corazón, le deba tan poco al espíritu filosófico. La conciencia no hace descubrimientos; el vicio y la virtud son sus dos polos, y los toca a cada instante. Los antiguos querían moral para todo el mundo, y guardaban los misterios de sus teorías para sus discípulos; los modernos han querido filosofía para todos, y moral para nadie.

Por consiguiente, la religión, aun la peor concebida, es infinitamente más favorable para el orden político, y más conforme con la naturaleza humana en general, que la filosofía; porque no dice al hombre que ame a Dios *con toda su inteligencia*, sino *con todo su corazón*: la religión nos toca por ese lado sensible y amplio que es casi idéntico en todos los individuos, y no por el lado razonante, desigual y limitado, al cual se denomina *inteligencia*. Aunque no se considerase a las religiones más que como supersticiones estables, seguirían siendo las benefactoras del género humano; porque hay, en el corazón del hombre, una fibra religiosa que nada puede extirpar, y que siempre excitarán la esperanza y el temor. La cosa es, entonces, dar al hombre temores y esperanzas definidas. La superstición vaga no produciría más que desgracias; es una debilidad que se transforma en fuerza merced a la estabilidad. Los metales se hallan esparcidos por toda la tierra; cada Estado los marca con su cuño, lo cual engendra el sentimiento de confianza que se asocia a la estabilidad: del mismo modo, la superstición se encuentra por doquier; cada pueblo la marca con su cuño y la fija; y lo que tantas religiones tienen de común entre sí, de bueno y de admirable, es el sentimiento que alimentan, es la relación del hombre con Dios. Si, por un afortunado concurso de causas demasiado raras, se estableciera un culto más universal sobre la tierra, el género humano debería regocijarse de ello, como lo haría con una moneda y con toda medida más universal. Nada hay bueno sino la unidad y la estabilidad, nada nocivo sino la innovación y la diversidad. La *opinión pública*, que en nuestros días los filósofos han convertido en semejante espantajo para los gobiernos, no reside efectivamente sino en el público, esa porción ociosa, inquieta y cambiante de los cuerpos políticos. Las opiniones del pueblo son pacíficas, universales y siempre compartidas por el gobierno: que se trate de juicios o de prejuicios, no interesa, son buenas puesto

que son estables. Y ésa es la razón de que las costumbres (*moeurs*)[35] suplan perfectamente a las leyes. En el conflicto entre las ideas, planes y proyectos que procrean los hombres, la victoria no se llama *verdad*, sino *estabilidad*. Es una decisión, pues, y no un razonamiento, autoridades y no demostraciones, lo que los pueblos necesitan. El genio, en política, consiste, no en crear, sino en conservar; no en cambiar, sino en estabilizar; consiste, en fin, en suplir las verdades con normas (*maximes*); pues no es la mejor ley, sino la más estable, la que es buena. Ved las opininiones filosóficas: van pasando sucesivamente por la piedra de afilar del tiempo, que les da primero filo y bruñido, y que acaba por gastarlas. ¡Ved todos esos brillantes fundadores de tantas sectas! Sus teorías apenas son enumeradas entre los sueños del espíritu humano; y sus sistemas son meras variantes en una historia en perpetua variación.

Los antiguos, como habían atribuido pasiones a sus dioses, imaginaron el destino, que era irrevocable, inexorable, impasible: a fin de que el universo tuviese una base estable y no fuera desquiciado por las pasiones de los dioses, Júpiter consultaba el libro del destino y lo oponía por igual a las plegarias de los hombres, a las intrigas de los dioses, y a sus propias inclinaciones a favor de unos y otros.

Los jóvenes están lejos de advertir que en política sólo es legítimo lo que es estable; que una ley conocida y probada vale más que una ley nueva que parece mejor; y que la autoridad no produce demostraciones, sino decretos; se hallan lejos, especialmente, de pensar, como Sócrates en el momento de la muerte, que no son las leyes sagradas porque son justas, sino porque emanan del soberano.

[35] *Moeurs* (costumbres) viene de *mos* y *mora*: costumbres, cosa que permanece, cosa estable.

De la Religión

Ya que tantas destrucciones dejan al descubierto los cimientos antiguos y venerables de la religión y de la justicia, preciso es aquí reconocer francamente su principio, y justificar estas dos necesidades primarias del orden social y político: la revolución y la filosofía del siglo me lo hacen ineludible. Mas me limitaré a hablar el lenguaje de la razón humana, privada de las certidumbres de la fe y de las luces de la revelación.

Este mundo gira en su totalidad en dos órdenes de causas y efectos: el orden físico y el orden moral. El primero habla a los sentidos, se funda sobre la observación de los fenómenos y se prueba mediante el cálculo: el segundo habla a la conciencia y considera únicamente el aspecto moral de nuestras acciones.

Dios está siempre presente en el orden físico del universo: sus leyes se cumplen eternamente, de una manera patente y estable.

Pero está siempre ausente del orden moral.

Ha sido preciso entonces suplirlo, hacerlo intervenir en este orden en el cual no está; *et dignus erat vindice nodus.*[36] Por eso toda las religiones tienen un comienzo y están fechadas; todas dicen que Dios habló, que se mostró; todas proclaman la venida de algún enviado de Dios, descendido acá abajo para apuntalar la insuficiencia de la moral, determinar las perplejidades de la conciencia y dar un objetivo infinito a esta corta vida. Ahora bien, si todo eso hubiese existido, si la moral hubiese estado fundada, como la física, en leyes visibles y siempre respetadas, la intervención de Dios, y por consiguiente la religión, habrían sido inútiles. Dios no se nos aparece nunca para decirnos que ha hecho las leyes del movimiento y que ordena obedecerlas; que no debemos herirnos ni ahogarnos; que uno perece si carece de prudencia o de vigor, etc.; sino para anunciarnos que hay que ser compasivos, justos y benefactores; para proponernos, en una palabra, el orden, la regla y la

[36] Cita de Horacio, *Ars poetica*, 191 ("y la dificultad era digna de tal salvador"). (N. del T.)

felicidad, la atracción hacia la virtud y el odio del vicio, con despliegue de las más altas recompensas, y de las penas más terribles en una vida futura.

En efecto, si me caigo por la ventana a la calle, el peso de mi cuerpo, la altura de la caída, la fragilidad de mis miembros y la dureza de los adoquines, todo está calculado, y mi cuerpo resulta lastimado o destrozado: la naturaleza se hace presente con sus leyes eternas, y soy irremisiblemente castigado por mi falta. Que me equivoque a propósito de una maniobra, de una bebida, de una planta desconocida: naufrago, extravío mi razón, pierdo la vida. Mas si miento, la lengua no se me hiela en la boca; si levanto la mano en los tribunales para un falso testimonio, mi brazo no es atacado de parálisis; en fin, si asesino a mi prójimo, no soy fulminado.[37]

Se siguen de aquí dos verdades: una, que Dios castiga únicamente los errores, pero los castiga infaliblemente.

La otra, que abandona el castigo de los crímenes a la justicia humana y a la religión.

Pues los errores son siempre defectos de previsión o de cálculo, pecados contra el orden y las leyes físicas del mundo; y los crímenes, que son atentados contra el orden moral, no son materialmente más que acciones en el orden físico.

Pero los gobiernos que no castigan los crímenes, cometen el mayor de los errores, y así es como caen bajo la mano de Aquél que castiga siempre los errores. Europa ofrece en el momento presente un ejemplo memorable de esta verdad.

Si es preciso, para mantener el orden físico del mundo, que la naturaleza castigue los errores, la política debe, para mantener el orden social, castigar los crímenes conocidos, y servirse de la religión y de la moral para reprimir las pasiones y perseguir los crímenes ocultos en los refugios en donde la ley no penetra. El orden social perecería, si el gobierno dejase impunes los delitos constatados; y los crímenes cometidos en la sombra le escaparían y acabarían por trastornarlo todo, sin el apoyo de la moral y el freno de la religión, que son así los principales suplementos de la justicia humana.

La naturaleza, pues, tiene los ojos permanentemente abiertos

[37] Si Dios interviniera con recompensas y castigos en el presente, no tendríamos necesidad del dogma de la inmortalidad del alma. Ello explica por qué Moisés, educado en Egipto y muy bien enterado de dicho dogma, no habla jamás de él. En una legislación teocrática, Dios está siempre presente.

para los errores, y siempre cerrados para los crímenes; la política y la religión son indulgentes con los errores, pero abren los ojos para los delitos; las tres potencias vigilan conjuntamente nuestras acciones; la naturaleza vigila los errores, la política los crímenes conocidos, la religión los crímenes ocultos, los vicios y aun las intenciones.

Esto explica por qué el crimen es frecuentemente afortunado en la tierra: basta para ello que haya sido cometido sin errores. Cromwell, por ejemplo, no cometió errores en su gran agresión contra su país y su rey; y en cuanto reinó, castigó los crímenes de los demás. Por desgracia el mundo está lleno de criminales astutos, que, menos llamativos que Cromwell, gozan como él del fruto de sus maquinaciones ejecutadas con arte o con suerte. Esos artistas del crimen han parecido siempre objeciones contra la Providencia: pero son los gobiernos, cuya mirada y vigilancia han sabido engañar, los responsables.

Un particular que comete un asesinato es castigado, porque el cuerpo político tiene mayor necesidad de un escarmiento que de un particular: pero un rey que tiene la desgracia de matar a uno de sus súbditos, no es ni podría ser castigado jurídicamente; porque el cuerpo político necesita más un rey que un escarmiento, y la reparación no debe ser peor que el mal. Todo soberano, pueblo o rey, es inviolable, por naturaleza.

Por lo general, los crímenes de los poderosos casi nunca son castigados en este mundo más que con el odio y el desprecio; a no ser que vayan acompañados de errores suficientemente graves como para que los tronos resulten derribados por ellos: pues todo va en proporción.

En una palabra, el único contrato que la naturaleza ha hecho con nosotros es el de las leyes eternas del movimiento; lo único que nos ha prometido es la armonía del mundo físico: a nosotros toca crear y mantener la armonía del mundo moral. Es necesario, entonces, puesto que todo conspira a favor del orden general del mundo físico, que se haga también una conspiración en el orden moral a favor de la virtud contra el vicio, y del orden contra la anarquía, para que no resulte que los hombres sean, en este mundo moral que Dios les ha confiado, más viles que el más pequeño átomo en el mundo físico que se reservó para sí; para que no resulte, en una palabra, que sea por falta nuestra y para desgracia nuestra si el orden social no tiene, como el universo, sus leyes fijas y su invariable regularidad.

La teoría que acabo de exponer da una base inconmovible a la justicia y a la religión: no conozco otra, humanamente hablando, más verdadera, más imponente, más apta para fundar el orden social: no hay política alguna sin justicia y sin religión.

Es sabido que no han faltado hombres que, situándose en el orden físico, han sacado de él conclusiones sobre el orden moral: "Dios", dicen, "no castiga los crímenes, luego es indiferente a ellos; un asesinato no es ante los ojos de la naturaleza más que un pedazo de hierro hundido en algunas gotas de sangre; la mentira, sólo un ruido vacuo que hace vibrar el aire", y un gran número de otros sofismas tan temibles por sus consecuencias como horribles por sus motivaciones. Conócese la hermosa respuesta de Cicerón y Catón a César, que se permitía argumentos semejantes en defensa de Catilina y sus cómplices.[38]

Un príncipe, a quien su filosofía, es decir, sus pasiones y sus principios, condujeron al crimen y su crimen mal urdido al cadalso,[39] decía un día que "como el oro era sólo barro, se podía despojar a un hombre de su oro, sin que tuviese por qué quejarse", etc. Cuando un hombre se encierra así en el estado de bruto, tendría que quedarse allí definitivamente: ningún tigre ha estrangulado jamás a un viajero por su oro; pero estos sofistas quieren razonar en un orden y disfrutar en el otro. En lo que se refiere a los argumentos aún más nefastos, fundados en la incertidumbre de una vida futura, y en la certeza de que un crimen bien oculto no puede ser castigado en este mundo, son, a mi ver, la prueba más perentoria de que es precisa una justicia para infundir temor a quienes así ergotizan, y una religión para quitarles de las manos al pueblo, a fin de que el sofisma no halle crédulos, y la corrupción se vea privada de secuaces.

Porque con todo lo imponente que es la justicia humana, sólo hay que comparar un momento sus leyes con las de la naturaleza,

[38] César, hablando verdaderamente como un filósofo de nuestro tiempo, dijo que, puesto que nada era menos seguro que la inmortalidad del alma, la privación de la vida era el mayor mal que se pudiese inferir al hombre. Catón y Cicerón se levantaron, y sin discutir con él sobre la inmortalidad del alma, hicieron notar al Senado que César profesaba una doctrina funesta para la república y para el género humano. Respondieron como verdaderos filósofos, puesto que hablaron como hombres de Estado. César quería que el Senado se transformase en una escuela filosófica; asentaba principios metafísicos, para extraer conclusiones políticas: sofisma que ya hemos denunciado.

[39] Se trata sin duda del duque de Orleans, Felipe *Igualdad.* (N. del T.)

para advertir hasta qué punto le es indispensable la religión para gobernar a los hombres.

La justicia humana dice: "No matarás; pues si matas, morirás": ahí está el castigo. Pero no promete nada al que no mate. La naturaleza dice: "Has de comer: pues si no comes, morirás": ahí está el castigo; "y si comes, sentirás placer": ahí está la recompensa.

En sus preceptos, la naturaleza combina, pues, el castigo y la recompensa, el dolor y el placer: por eso sus leyes son tendencias; mas la justicia de los hombres sólo tiene amenazas. Todo se hace por gusto en una, y por la fuerza en la otra.

Si la religión, más augusta que la justicia y más generosa que la naturaleza, interviene en el pacto social, carga los deberes con tantos premios, y las prevaricaciones con tantas penas, que puede infundir al corazón humano una inclinación imperiosa hacia el bien y un horror invencible al mal. Entonces puede la política, respaldada por tan alta aliada, y apoyándose en semejantes temores y semejantes esperanzas, prometerse instaurar en el mundo moral los movimientos regulares y la serena administración de la naturaleza.

"Vemos", dirá alguien, "hombres que no creen en la Providencia, y que son por su parte una verdadera providencia para todo lo que los circunda; el honor es una religión terrible que nos ata en los comportamientos más insignificantes, como si fuesen deberes sagrados; el hombre justo lo sería sin tribunales, etc." Ello es incontestable; pero esa multitud que elude la mirada del honor y la censura de la opinión; que sólo es inocente en sus ocupaciones, y cuyos ocios son tan temibles; en la cual cien buenos preceptos no causan tanto efecto como un solo principio malo: ¿qué pensáis entonces hacer con ella? Filosófos, a vosotros os lo pregunto. Si incluso los hombres cultos son mejor refrenados por el temor que por la razón, ¿qué haréis con esa masa inculta de hombres que sólo entienden las arengas de las pasiones? ¡Sabéis lo que ha habido que pagar por haberlos aglomerado y arengado filosóficamente, y por haberles dado el poder antes de darles educación!

Dejad entonces para la religión las asambleas populares y la elocuencia apasionada que siempre le da buen resultado con el pueblo. Jamás hablaréis con tanta fuerza como ella al amor de sí mismo, puesto que sólo ella promete y garantiza a los hombres una felicidad eterna; y es por eso que conmueve y reduce a los más bárbaros. Ved a los Cruzados llorando al entrar en Jerusalén. Ved a los musulmanes deshacerse en lágrimas al avistar La Meca. Porque

si el hombre es traidor y cruel para con el hombre, no lo es para consigo mismo. Que la historia os recuerde que siempre que hay mezcla de religión y de barbarie, la religión es la que triunfa; pero en todos los casos en que hay mezcla de barbarie y de filosofía, la barbarie es la que vence.

Dejad el honor y la moral pura para la minoría, y la religión y sus prácticas para el pueblo. Porque si el pueblo tiene mucha religión, y las personas de condición elevada tienen mucha moral, se seguirá, para felicidad del mundo, que el pueblo considerará que la clase instruida tiene mucha religión, y ésta que el pueblo tiene mucha moral; y se respetarán recíprocamente.

Mas la filosofía, se alegará aún, enseña a soportar la pobreza y a perdonar los ultrajes. No creo que la filosofía pueda jactarse de haber ya inspirado el desprecio de las riquezas y el olvido de la injurias a una nación: la desafío sobre todo a calmar un corazón presa de remordimientos, y allí es donde triunfa la religión.

Cuando un culpable, torturado por su conciencia, ve únicamente castigos de parte de la justicia, y oprobio de parte del mundo; cuando el honor, sobreañadiendo sus tormentos a su desesperación, no le abre más que un precipicio, la religión llega, abraza al desdichado, serena su angustia y lo arranca al abismo. Esta reconciliación del hombre culpable con un Dios misericordioso, es el punto dichoso en donde coinciden todos los cultos. La filosofía no tiene semejantes poderes; carece a la vez de afecto para con el infornado y de magnificencia para con el pobre: en ella, las miserias de la vida son males sin remedio, y la muerte es la nada: mas la religión trueca esas miserias por felicidades sin término, y gracias a ella el anochecer de la vida linda con la aurora de un día eterno.

En una palabra, tanto como la filosofía moderna obstaculiza a los gobiernos, la religión hace fácil el ejercicio del poder. Spinoza conviene en que por medio de ella se obtiene fácilmente el milagro de la obediencia. Un gran rey decía que, si su pueblo fuera más religioso, reduciría su ejército y sus tribunales; y un emperador cuyo nombre no recuerdo contestó a un filósofo que quería pasar con él de una discusión metafísica a consejos sobre el culto: "Amigo hasta los altares."

Se da esta otra diferencia entre la filosofía y las religiones: que éstas, al propagarse por el mundo, dejan en él una especie de sentimiento piadoso que se alía naturalmente con la moral, mientras que la filosofía, que el pueblo entiende siempre mal, no deja

sin embargo de infundirle una especie de mentalidad impía que la misma filosofía desautoriza y que lo mata todo. Si bien la religión no responde por tal o cual individuo, responde por las masas: y aunque no fuese indispensable para tal hombre en particular, lo es para tal cantidad de hombres.

No acaece lo mismo con la filosofía; ésta responde sólo por unos cuantos individuos; las masas, los pueblos y los estados se le escapan, incluso en tiempos en que no hay ni sacerdotes ni reyes.

¿Por qué las ideas más supersticiosas se asocian con tanta naturalidad con las verdades más esenciales, en tanto que el espíritu filosófico se combina con los errores más monstruosos? Sucede que Dios es en tal medida fuente de armonía que su idea lo arregla todo. Con religión no hay ningún error mortal para los pueblos.

La religión es la que hace que la multitud sea fiel a ciertas ideas, la que la congrega sin peligro, la que le predica la igualdad y la fraternidad sin error y sin crimen.[40] Expresión de la relación de los hombres con Dios, la religión es la inapreciable garantía que se dan recíprocamente sobre la misma fe, el crédito recíproco que se otorgan con el respaldo de sus almas, la prenda sagrada que se confían mutuamente sobre su salvación eterna: garantía, crédito y prenda que se apoyan en el juramento, el cual, sin religión, es una palabra sin sustancia. La conciencia pactaría vanamente consigo misma: es necesaria la intervención de Dios para que los hombres no se burlen de los hombres, para que el hombre no se burle de sí mismo. La moral sin religión, es la justicia sin tribunales: moral y religión, justicia y tribunales, son todas cosas correlativas, y cuya existencia es solidaria como la palabra y el pensamiento.

Que no extrañe entonces que los gobiernos concuerden fácilmente con las religiones; mas entre aquéllos y nuestros filósofos, ningún pacto: para contentarlos, menester es, o que el gobierno abdique, o que les permita soliviantar a los pueblos. En una palabra, la filosofía divide a los hombres por las opiniones; la religión los une en unos mismos principios: hay por ende un contrato eterno entre la política y la religión. Todo Estado es, si oso decirlo, un navío misterioso que tiene sus anclas en el cielo.

[40] Supongo que no se pretenderá comparar nuestras salas de espectáculos en las cuales el público que paga sólo tiene oídos para la obra representada, con esos clubes adonde todo el mundo entraba gratis, en donde fermentaba la hez de la nación, en donde cada cual hablaba a porfía contra el gobierno, la religión y la propiedad.

[Alude Rivarol, evidentemente, a los famosos clubes revolucionarios, de los *Cordeliers*, de los jacobinos (clausurado en 1795), etc. (T.)]

El verdadero filósofo que entiende este misterio, deja a la fe el lugar de la ciencia, y al temor el de la razón; porque no puede tomar a su cargo la educación del pueblo, ni doblegar por el acostumbramiento, o elevar mediante el perfeccionamiento de las facultades, las mentes y los corazones de una multitud destinada al trabajo y a las sensaciones, y no al reposo y al razonamiento. Nada ganaría con decirles a los pueblos: "Sed justos, porque reina una gran armonía en el universo": no es así como trata la política con las pasiones. Ella considera al hombre, no sólo con los ojos de la ley, sino con los ojos de la moral y de la religión, porque se ayuda con todo en el difícil arte de gobernar; pide lecciones a la moral y fuerzas a la religión; toma luces incluso de la filosofía; en suma, toma riendas en todas partes. El crimen de los filósofos es obsequiar la incredulidad a hombres que jamás habrían llegado a ella por sí mismos; pues aquellos que tienen la desgracia de acceder a ella por la meditación o por largos estudios son gente rica, o espíritus serenos y elevados, retenidos en su lugar por la armonía general; su educación y su fortuna sirven de garantía a la sociedad. Mas el pueblo, al cual todo incita a agitarse, y que no percibe el orden del cual forma parte, se queda sin temor y sin esperanza, en cuanto pierde la fe. Apelo a los mismos filósofos: cuando la filosofía inició una revolución en sus mentes, ¿no los halló habituados a las buenas costumbres y a los buenos principios por el gobierno y por la religión? Es cosa cierta, entonces, que la filosofía moderna ha cosechado en el campo de la religión y de la política; si encontrase a los hombres tal como ella se los imagina, o como querría ella modelarlos, no tardaría en ver únicamente monstruos; de ahí que la cortedad de su visión, su perplejidad y su impotencia nunca se mostraron en forma más palpable que en la época en que reunió todos los poderes, y realizó su sueño de un *pueblo filósofo*. Entonces vio harto claramente que si, para vivir en el ocio y la molicie, hay que rodearse de hombres laboriosos, es preciso, para vivir sin prejuicios, circundarse de un pueblo de creyentes: es un terrible lujo la incredulidad.[41]

Para no dejar nada de lado en este interesante proceso de la filosofía moderna y de la religión, reconoceré que los distintos cultos, que remontan cronológicamente hasta la cuna de los cuerpos

[41] Bayle distingue con gran acierto entre la incredulidad de los jóvenes y la de la edad madura. La incredulidad de un sabio, que es fruto de sus estudios, debe ser también su secreto; mas la incredulidad en los jóvenes es fruto de las pasiones; ésta es siempre indiscreta, siempre sin excusa, nunca sin peligro.

políticos, demasiado a menudo han consagrado las puerilidades de éstos; que han beatificado a fanáticos, situado la virtud en actos insignificantes, concedido a la ociosidad y a la virginidad honores que sólo merecían el matrimonio, la castidad y el trabajo: no es de extrañar entonces que la religión en general dé pie a las objeciones de un siglo razonador; y como las religiones tienden eminentemente a la estabilidad, y en ellas todo se convierte en sacro, si ocurre, por ejemplo, que Mahoma haya hablado de su yegua, este animal será venerado en toda el Asia, y ofrecerá amplio motivo de ironías a los filósofos, que se mofarán tanto del pueblo crédulo, como del legislador sin recelo que no previó la venida de ellos; y tales escenas de escándalo proseguirán hasta que los filósofos comprendan por fin que no hace falta genio y valentía para atacar a las religiones, sino para fundarlas y conservarlas. Esta reflexión tan simple no ha venido aún a la mente de ninguno de ellos; han hecho gran alboroto, por el contrario, con su incredulidad; la han convertido en su timbre de gloria; pero en las mentes verdaderamente políticas, la incredulidad no se separa del silencio.[42]

También es verdad que en lugar de contentarse con afirmar que Dios reserva para otra vida el orden que no impera en ésta, los sacerdotes quieren que se manifieste algunas veces, y que despliegue su justicia y su poder en este mundo, para castigar la impiedad, salvar a la inocencia o recompensar la virtud. De ahí los milagros; y como el orden visible de la naturaleza es un milagro perpetuo, ha sido preciso que Dios suspendiese ese orden en las grandes ocasiones; que probase su presencia en el orden moral con un momento de ausencia en el orden físico, y, en una palabra, que un milagro fuera una interrupción de milagros.

Es demasiado: uno se expone de ese modo a la escena de *Polyeucte*, tan funesta para todas las religiones. El pueblo que cree que Dios se vengará, se espera un milagro; y si el milagro no llega, todo está perdido. De la neutralidad del Ser supremo en las miserables discusiones de los hombres, a la incredulidad más desenfrenada, no hay más que un paso para el pueblo. No es entonces por cierto el razonamiento el que crea impíos, sino el éxito. La escena de que hablo se ha repetido en el primer templo de la capital de un gran reino, y el pueblo creyó ganar ese mismo día una ba-

[42] Voltaire, al hablar de los servicios que cree haber prestado al género humano con sus ataques repetidos contra la religión, dice con gran pomposidad: "Os he librado de una bestia feroz."

talla contra su Dios, tal como la había ganado contra su rey.[43]

Observaré, de paso, que aquél que derriba el antiguo altar para erigir uno nuevo, es un fanático; y que aquél que derriba y no sustituye con nada, es un insensato. Los filósofos yerran incluso cuando dicen que los gobiernos deben cerrar los ojos ante las irreverencias y las impiedades, so pretexto de que Dios está por encima de nuestros insultos; pues se seguiría inmediatamente que está por encima de nuestros homenajes, y entonces se acabó toda religión.

Fue por haber creído, lo reconozco también, que la divinidad está siempre presente en el orden moral, que nuestros padres instituyeron el duelo judicial que denominaban consiguientemente *juicio de Dios*; persuadidos de que el Ser supremo se pronunciaría necesariamente por el inocente, y de que la victoria sería siempre la expresión de su justicia: mas el inocente débil fue derrotado tantas veces, y el culpable robusto triunfó tan a menudo, que preciso fue finalmente renunciar a semejante jurisprudencia.

Reprochan a los distintos cleros haber mezclado demasiada metafísica en la teología y haber multiplicado así las herejías: mas ¿qué son todas las herejías en comparación con un solo principio filosófico? Eran los hombres quienes envenenaban tal o cual dogma; mas hoy, es tal principio filosófico el que envenena a los hombres. Y si me objetan que las religiones han multiplicado los mendigos, contestaré que la filosofía moderna ha multiplicado los bandidos, y que si la religión tuvo la desgracia de armar pueblos contra pueblos, la filosofía, más culpable todavía, ha enfrentado a las naciones con sus gobiernos, con sus leyes, con la propiedad, con la naturaleza eterna de las cosas; y que, en una palabra, ha puesto al género humano en el camino de una disolución universal.

Si se compara ahora la conducta de los sacerdotes y de los filósofos, se comprobará que se han equivocado por igual en el arte sublime de gobernar a los hombres: los sacerdotes, por haber pensado que la clase instruida creería siempre; y los filósofos, por haber esperado que el pueblo se ilustraría.

Unos y otros han hablado de la religión como de un medio divino; y de la razón, como de un medio humano: lo contrario era lo que había que pensar, y callar.

En fin, por no sé qué demencia inexplicable, los filósofos exigieron que se les demostrara la religión, y los sacerdotes cayeron

[43] Alusión a la *Fiesta de la Razón*, efectuada en Notre-Dame de París por los ateos fanáticos de la *Commune*, en 1794. (N. del T.)

en la trampa; unos pidieron pruebas, y los otros las ofrecieron; presentóse, por un lado, testigos, mártires y milagros; y por el otro, un montón de argumentos y de libros tan peligrosos como tediosos. El escándalo y la locura habían llegado al máximo, cuando comenzó la Revolución. Los sacerdotes y los filósofos trataban la religión como un problema; mientras que lo que había que hacer era, por un lado, predicarla, y por el otro, respetarla. Ni unos ni otros, pues, entendieron el planteo de la cuestión; pues no se trata de saber si una religión es verdadera o falsa, sino de si es necesaria. Siempre, para no incurrir en sofismas, se han de deducir las verdades en su orden: ahora bien, si determinada religión no ha sido demostrada, y no obstante se ha demostrado que es necesaria, dicha religión posee una verdad política. Voy más lejos, y afirmo que no hay falsa religión en la tierra, en la medida en que toda religión es una verdadera religión, igual que todo poema es un verdadero poema. Una religión demostrada no diferiría de la física o de la geometría; o mejor dicho no sería una religión.

A pesar de la diversidad de lenguas, no hay más que una palabra sobre la tierra; así también, a pesar de la pluralidad de cultos, hay sólo una religión en el mundo; es la relación del hombre con Dios, *el dogma de una Providencia*: y lo admirable, es que todo pueblo cree poseer la lengua más hermosa y la verdadera religión. Querer desengañarlos, es atacar su felicidad, es el crimen de la filosofía. Si es verdad que necesito una creencia, es igualmente cierto que no necesito una demostración; y como sería engañar a los pueblos congregarlos sin religión, es muy necio de parte de los filósofos afirmar que la religión engaña a los pueblos. Un poco de filosofía, dice Bacon, descubre que determinada religión no se puede probar, y mucha filosofía prueba que no se puede prescindir de ella.

Que los filósofos, pues, abran los ojos:[44] que comprendan —ya es hora— que se puede muy bien tener razón abstractamente, y estar loco; sembrar verdades por doquier, y no ser más que un cizañero; que pidan auxilios, y no pruebas al clero; que recuerden que Dios ha delegado en nosotros todo cuanto hemos ido creando; que no hizo al hombre sin saber lo que el hombre haría; que al hacerlo religioso hizo Dios realmente la religión, y que así el Ser supremo

[44] Los filósofos son como los gusanos que pican y perforan los diques de Holanda: demuestran que dichas obras son perecederas, como el hombre que las construye; pero no demuestran en modo alguno que no sean necesarias.

opera ciertos efectos por segunda mano. Pero que no tilden esta política de hipocresía; pues no es hipócrita quien lo es para felicidad de todos: que se dignen, por el contrario, participar en el gran objetivo de gobernar y hacer prosperar a las naciones; que entren cuanto antes en esta generosa y divina conspiración que consiste en transportar al orden moral la dichosa armonía del orden físico del universo.

Pero es menester, para concurrir a fin tan noble y beneficioso, que los filósofos reconozcan de buena fe que cualquiera sea el precio a que los primeros legisladores hayan fundado los cuerpos políticos, merecen el agradecimiento del género humano. Sí, si contemplamos esas hordas salvajes y sanguinarias, que se alimentan de carne humana, todo lo que ha servido para sacarlos de ese horrible estado es, no sólo legítimo, sino admirable; infierno o paraíso, ángel o diablo, qué importa: Esopo o Zoroastro, verdades llamadas *fábulas*, fábulas llamadas *verdades*: todo es bueno, con tal de que se sirva y se salve al género humano. Y aunque el dogma de la intervención de Dios en los asuntos de los hombres haya sido mancillado en algunas naciones incultas por horribles supersticiones, como los sacrificios humanos, las pruebas del fuego y del agua, los combates llamados *juicios de Dios*, las donaciones excesivas hechas a la Iglesia, los votos insensatos y bárbaros, etc., digamos todos que la idea contraria sería aún más fatal para el mundo.

Por otra parte, los mismos impíos se ven forzados a reconocer que, en las grandes naciones, el culto se depuraba día tras día. Liberada de la sutilezas de los escolásticos y de algunas viejas prácticas, demasiado supersticiosas, la religión se aproximaba a la adoración de un Ser supremo y se reducía a dogmas fundamentales unidos a ceremonias tan nobles como conmovedoras: las luces del clero igualaban las de los filósofos; la simplicidad se aunaba a la majestad, para doble satisfacción del espíritu y de los sentidos: el árbol estaba bien injertado y juiciosamente podado, y fue el momento que los filósofos escogieron para derribarlo. ¡Sucede, pues, con los cultos como con los gobiernos! No los tiran abajo sino cuando son demasiado buenos y demasiado suaves.[45]

[45] Sería una presunción insoportable pretender haber sido el único que tuvo razón en medio de una revolución que extravió las mentes de tantos; mas creo que me perdonarán que cite aquí una descripción de la religión cristiana, extraída de una carta al ministro Necker impresa a fines de 1787; este pasaje probará que no he variado, y que no es a la revolución que debo mis principios: "Diríase que el mismo cielo había preparado la tierra para la instau-

Deduzco de todo lo que antecede, que los filósofos no son en definitiva más que sacerdotes tardíos que, al llegar, encontraron el sitio ocupado por los primeros sacerdotes que fundaron las naciones: esto les da celos de sus rivales; y como no suelen aparecer sino cuando apunta la decadencia de los Estados, cuyos precursores son no pocas veces, los filósofos aprovechan las luces de los viejos

---

ración del Cristianismo. Inútilmente la mitología lisonjeaba las debilidades humanas y seducía a la imaginación; existe en el hombre una parte razonante que no estaba satisfecha; la religión era mera poética, y ésa era la razón de que se formasen por doquier sectas y asociaciones de adoradores de un solo Dios. El estoicismo, en particular, elevó al hombre por encima de sí mismo. Mas como tantos sabios profesaban sólo el deísmo puro, y no erigían templos a Dios sino en lo profundo de sus corazones, no pudieron fijar las miradas de la mayoría, que admiraba su virtud sin ver cuál era su objeto y su recompensa. La superstición desbordada sobre la tierra, pedía una mano que le excavara un lecho y le diera un curso regular. Llegó el Cristianismo y habló a los sentidos, a la mente y al corazón: al retener la pompa del paganismo, la metafísica de los griegos y toda la pureza del estoicismo, esta religión resultó perfectamente apropiada para la naturaleza humana. Ella consagró la cuna de todas las monarquías de Europa; ella favoreció el progreso de la luz, alimentando el fuego de las disputas; ella hizo redundar en beneficio de las naciones, tanto los útiles escándalos de los papas, como la holganza de los claustros, los triunfos de los malvados y los esfuerzos de los incrédulos; y no sé qué podrán poner en su lugar todos sus adversarios reunidos, si alguna vez Europa los constituye árbitros entre el hombre y Dios."

En lo que respecta a mis opiniones políticas, es sabido en Francia que yo ataqué a la Asamblea constituyente a fines del mes de junio de 1789, casi un año antes que todos aquellos que se convirtieron a causa de sus excesos, casi un año antes que el señor Burke, como él mismo lo ha reconocido en una carta impresa en París en 1791. No es verdad, pues, que, como se imprime todos los días, el señor Burke haya sido el primero en atacar a la revolución. Remito al lector al *Journal Politique* del cual se acaba de hacer una nueva edición en París, según me entero. Allí se verán las precauciones que tomaba para que Europa no atribuyese a la nación francesa los horrores cometidos por la turba de bandidos (*brigands*) que ya la revolución y el oro de un gran conspirador habían atraído a la capital. Me limitaré a citar la siguiente frase; data del 30 de julio de 1789, momento en que la asamblea compartía el entusiasmo que inspiraba, y preanunciaba los desastres que sufrimos, aplaudiendo las ejecuciones populares:

"¡Guay de aquel que remueve las heces de una nación! No hay ningún siglo de las luces para el populacho; éste no es francés ni inglés. El populacho es siempre y en cualquier país el mismo, siempre caníbal, siempre antropófago; y cuando se venga de sus magistrados, castiga crímenes no siempre comprobados, con crímenes siempre indudables." [I, 9, con leves variantes. (T.)]

Ya sé que nada se gana con probar a gente que se ha equivocado, que uno no se equivocó como ellos: la razón es inútil antes de los acontecimientos y odiosa después. Si las citas que preceden me dan esa triste ventaja, lo debo a mi respeto por la estabilidad y por la cultura. El gusto del estudio lleva al amor de la tranquilidad, uno y otro al amor del orden, y el amor del orden nos hace respetar a los poderes.

Bien se comprende que no sin vacilaciones me he enzarzado en una discu-

pueblos para derribarlo todo, tal como los sacerdotes aprovechaban la ignorancia de los pueblos nacientes para crearlo todo. Porque obsérvese que todos se disputan el pueblo, ese depósito siempre subsistente de fuerzas, de riquezas y de honores: en él buscan los ambiciosos de toda laya, y en él siempre encuentran, brazos y armas, ya en nombre de la religión, ya en nombre de la naturaleza. Nuestros antepasados, en sus disputas religiosas, citaban el mismo Libro en uno y otro bando; hoy es la naturaleza lo que se invoca de ambos lados. Como el hombre está compuesto de necesidades y de pasiones, ambos partidos invocan por igual el testimonio de la naturaleza del hombre: "Nacemos libres", dice uno; "por lo tanto no es posible atar nuestras pasiones sin atentar contra nuestra libertad"; "nacemos indigentes", dice el otro; "por consiguiente hay que dar a las necesidades preeminencia sobre las pasiones". Unos sostienen que toda soberanía proviene de Dios que lo hace y conserva todo; los otros claman que el verdadero soberano, es el pueblo que puede destruirlo todo: renuevan así la lucha del principio bueno y el malo, y los espíritus medianeros que escriben para conciliar ambos partidos, son de hecho los maniqueos de la política.[46]

Siempre se conducirá a los pueblos con estas dos palabras: *orden* y *libertad*: mas el orden tiende al despotismo, y la libertad a la anarquía. Cansados del despotismo, los hombres claman por libertad; destrozados por la anarquía, claman por orden. La especie humana es como el Océano, tiene flujo y reflujo: se balancea entre dos orillas que busca y rehuye alternativamente, cubriéndolas continuamente con su resaca.

El más ardiente enemigo del orden político, Jean-Jacques Rousseau, dice que el hombre es naturalmente *libre, justo y bueno*;

---

sión sobre los orígenes y los motivos de la religión y de la justicia; pero dos reflexiones me decidieron: la primera, que ya no se podía atacar a la filosofía imperante sino en su punto fuerte; la segunda, que el pueblo no me leerá. Yo proveo armas contra aquellos que lo han inducido a error, a quienes quieren sinceramente dirigirlo hacia la paz y la felicidad. Espero que los periodistas hábiles se referirán sobriamente a esta cuestión delicada, y que los más prudentes se distinguirán por su discreción al respecto.

[El "gran conspirador" a que alude el autor es el duque de Orleans. Más abajo, donde hemos traducido "cultura", el texto francés dice *humanité*. Este vocablo, bastante frecuente en Rivarol, tiene por lo general en él el sentido de "benevolencia, compasión por el prójimo, sensibilidad humana"; aquí, en cambio, por el contexto parece equivaler al latín *humanitas,* en su acepción de "estudio, erudición", que en francés, como en castellano, suele reservarse para el plural *humanités,* "humanidades". (T.)]

[46] En efecto, creen *a la vez* en los dos principios. (N. del T.)

mas se refiere al hombre solitario; es una burla: no hay virtud alguna sin relación. ¿Respecto de quién un ser solitario puede ser *libre, justo y bueno*? Y no obstante, con esa idea falsa se lanzó este filósofo en el campo político, buscando siempre al hombre entre los hombres, la independencia entre los vínculos y los deberes, la soledad en medio de las ciudades, y acusando siempre a una nación de no ser un hombre.

Voy a referirme en pocas palabras a esa libertad, esa justicia y esa bondad primitivas del hombre.

Pero puesto que la libertad civil y política no entra en mi tema, debemos contentarnos con asentar aquí la definición exacta de la libertad personal o libre arbitrio, y aplicarla de pasada a la política.

Todo ser que se determina a sí mismo es potencia: toda potencia que no es oprimida por otra, es libre. Porque obedecer a sus ideas, a sus pasiones o a algún otro motivo, es obedecer a su voluntad, es obedecer únicamente a sí mismo, es ser libre. La libertad, para el hombre, consiste en hacer lo que quiere dentro de lo que puede; tal como su razón consiste en no querer todo lo que puede. Las ideas nos llegan sin nuestro consentimiento; pero nos queda el poder de detenernos en la que nos plazca. Todo ser que es así pasivo y activo alternativamente, no tiene otra libertad; pero todo ser que puede escoger entre un razonamiento y una pasión, no debe concebir ni desear otra libertad. El hombre es, pues, una mezcla de poder y de impotencia: hay, por tanto, en cada una de nuestras acciones una parte que es libre y una parte que no lo es: el pesar y el arrepentimiento recaen siempre sobre la parte libre de nuestras determinaciones. Pero, dado que el hombre se determina siempre por algún motivo, en lugar de deducir, como ciertos filósofos, que no es libre, y que por consiguiente los castigos son inútiles e injustos, preciso era reconocer primero que un animal sin motivos carecería también de voluntad, y no saldría de la indiferencia que se ha denominado insensatamente *libertad de indiferencia*. Un hombre que se encuentra, por ejemplo, ante dos caminos que se cruzan, ¿será supremamente libre, porque ignore cuál es el bueno? Está, por el contrario, encadenado por la indecisión; su voluntad se agita en la oscuridad, y tal estado es tan penoso que trata con toda su potencia de arrancarse de él cuanto antes. Necesario era confesar luego que, puesto que el hombre no hace nada sin motivos, los suplicios son tan útiles como legítimos: pues ¿dónde hallar motivo más poderoso que el temor del dolor y de la muerte?

Puede plantearse una cuestión singular sobre la libertad, tema inagotable de tantos sofismas: se puede, digo, preguntar si el hombre, cuando duda y queda en suspenso, sostiene la balanza, o es él mismo la balanza. Respondo que es la balanza misma; pero una balanza animada que siente lo que pesa, y que agrega, del lado que prefiere, el peso siempre victorioso de su consentimiento.

Es conocido el famoso problema que consiste en conciliar la libertad del hombre con su obediencia forzosa a las leyes de la naturaleza. La solución de esta dificultad se halla en la misma definición del tipo de libertad de que gozamos nosotros. Desde el momento en que obra, el hombre inicia el movimiento; pero no escapa por ello a las leyes generales del movimiento: es actor en una obra que no ha compuesto, y las ligeras variaciones que se permite en su papel han sido previstas por el director de escena. El hombre forma parte de la naturaleza; mas su libertad no consiste en chocar con la naturaleza. Obedece, ora sin saberlo, ora voluntariamente, ora forzadamente, a una serie de leyes que las personas poco observadoras llaman *azar* o *fortuna*, las almas religiosas *providencia*, y la mayoría de los filósofos, *necesidad*: pero el hombre siente que hace lo que quiere, y eso le basta. Cuando uno quiere lo que desea, cuando, en una palabra, quiere lo que quiere, uno es libre: este sentimiento no se eleva más allá de la voluntad. Algunos dialécticos han afirmado que el ser que quiere ser feliz no es libre, puesto que es irresistiblemente impelido hacia el placer y la felicidad. No he de responder a esas extravagantes sutilezas.

Mas hay una verdad importante que no debe ser perdida de vista nunca, que la libertad ha sido dada a los animales como *medio* y no como *fin*. No nacen, no viven para ser libres, sino que son libres para poder vivir y perpetuarse. Así, las plantas están fijas: su sentimiento no quiere abandonar el suelo que las alimenta; el de los animales quiere cambiar de lugar según la necesidad. La planta que no pudiera fijarse, el animal que no pudiese moverse, perecerían por igual.

Expliquemos ahora por qué el hombre no puede conservar y desplegar toda su libertad en el orden social y político.

El hombre, al venir al mundo, tenía dos potencias para ejercer, y por consiguiente dos clases de libertad: una, interior, sobre el mecanismo de su ser: o bien porque hubiese dirigido la digestión, la generación, el recorrido de los humores y sus secreciones, etc., o porque hubiese dominado el juego de sus ideas y el curso de

sus pasiones; otra, exterior, sobre el uso de sus movimientos y de sus miembros en la ejecución de sus actos.

Pero la naturaleza entra en participación con el hombre que nace; se reserva las principales funciones de la vida, y le abandona la supremacía en las otras. En el sector que le es confiado por la naturaleza, es el hombre tan libre como poderoso: en todo lo demás es esclavo.

Así es como, al entrar en el orden social, el hombre se ve obligado a contar con un gobierno, como la naturaleza había contado con él cuando él vino al mundo. Todo gobierno, pues, efectúa con los hombres el reparto del acervo que les había dejado la naturaleza: el gobierno verifica los poderes, etiqueta las acciones: unas quedan permitidas, y las otras se hacen ilícitas: el hombre es entonces libre acerca de aquéllas y esclavo en lo referente a éstas. El hombre sucumbiría, si quisiera hacerlo todo en el orden físico; y si quisiese retenerlo todo en el orden político, dicho orden no podría subsistir. Es verdad que para que un gobierno sea bueno, debe ser tan fijo en sus límites como la naturaleza en los suyos, y las transgresiones deben ser tan escasas como los milagros.

La justicia, que he prometido definir, no tiene más origen que el juicio. Si el hombre decide entre dos ideas, entre dos hechos, entre dos individuos; si obedece a su gusto, al informe de sus sentidos, a la voz de su conciencia, en todos los casos es juez; y es por eso que las leyes sólo son en realidad juicios dictados de antemano, decisiones eventuales aplicables a todos los casos. Se las redacta de antemano, para lograr el máximo grado de neutralidad.

Cada cual nace con su balanza personal; la educación y la sociedad nos enseñan y nos obligan a utilizar las mismas pesas. Porque el hombre nace juez, pero no nace justo en el sentido moral. El niño toma todo lo que encuentra, y llora cuando debe restituir.

El hábito constante de aplicar bien el propio juicio, se llama *exactitud* (*justesse*) o *justicia* (*justice*): exactitud, cuando utilizamos para juzgar las cosas únicamente nuestros sentidos, nuestro interés y nuestra inteligencia; justicia, cuando la que dictamina es la conciencia moral.

No existe ni puede existir para el hombre exactitud o justicia universal: todos sus juicios son relativos; todo es humano en el hombre; las virtudes sólo son virtudes porque son útiles para el género humano. Cuando fallo en una causa que parece serme ajena, la sentencia que pronuncio me concierne, pues puede serme

aplicada un día a mí mismo. La justicia universal, incorruptible, imparcial, se da sin duda en la balanza que pesó los mundos; la nuestra nació del temor y de la necesidad. Dios, por ende, no puede ser justo con la justicia de los hombres; y es por eso que nos deja desviar nuestra razón y nuestra conciencia en nuestro provecho. La moral sólo existe entre un hombre y otro hombre.

¿No es indiscutible, por ejemplo, que todos los animales tienen el mismo derecho que nosotros a las bondades de la naturaleza; que son, como nosotros, sensibles al dolor, y que su vida es tan preciosa como la nuestra ante los ojos del Padre común? Y sin embargo nosotros usurpamos sus dominios, los cazamos, los matamos, vivimos de su carne y bebemos su sangre: más aún, les tendemos una mano pérfidamente protectora; les prodigamos alimento; y ya favoreciendo sus amores, ya privándolos de las fuentes y los placeres de la generación, multiplicamos y perfeccionamos nuestras víctimas; el hambre y el amor, los dos grandes favores de la naturaleza, sólo son en nuestras manos trampas que tendemos en todo momento a estos desdichados compañeros de nuestra estancia en la tierra. Hacemos todo eso sin remordimiento, el hecho es incontrovertible, tanto como los argumentos contra la guerra; y mientras tanto, los mataderos y los campos de batalla están y estarán siempre abiertos para las necesidades y la furia de los hombres. Sucede que esta verdad que nos asimila los animales, no pertenece al orden en el cual vivimos; sucede que hay que vivir antes de razonar. Si la naturaleza produjese de pronto una raza superior a la nuestra, seríamos inmediatamente tan culpables como los tiburones y los lobos.

En cuanto a la bondad originaria del hombre, es un ente de razón, si se entiende bajo esa expresión una bondad moral. El hombre nace con órganos físicamente buenos y con necesidades útiles; pero nada hay en ello de moral: si naciera bueno o malo, nacería hombre hecho y determinado; nada podría ni convertirlo ni pervertirlo. Mas el hombre nace apto para hacerse justo o injusto, y especialmente para ser una y otra cosa, y en general, para ser sólo mediocremente bueno y mediocremente malo.

El niño ejerce de entrada su voluntad sobre todo lo que le rodea: si se cede ante él en todo, se convierte en tirano; si se le resiste arbitrariamente en todo, se convierte en esclavo: no hay término medio. Mas una educación dirigida con un poco de buen sentido lo conduce a las ideas de libertad y de virtud, estado racional al cual no habría sabido llegar solo.

La educación se compone de resistencias necesarias y de justas condescendencias: es una transacción continua entre las voluntades y necesidades de un hombre, y las necesidades y voluntades de los demás: es una suma invertida en un niño, cuyos intereses cobran él y la sociedad.

La moral, la religión y las leyes concurren en esta magna obra de la educación del hombre: mas la moral sólo puede aconsejar; la ley sólo puede proteger y castigar; únicamente la religión persuade, recompensa, castiga y perdona: la religión presupone al hombre frágil, lo conserva bueno o lo redime culpable. En una palabra, el hombre nace voluntario y animal de costumbres: el gobierno lo protege, la necesidad lo doblega, el mundo lo dirige, la moral lo amonesta y la religión lo convierte. Sensible por naturaleza y sin esfuerzo, no es sin esfuerzo y sin ayudar a la naturaleza como se transforma al fin en el ser social y razonable por excelencia. Sólo en ese feliz momento en que la educación se ha consolidado, puede la verdadera filosofía mostrársele sin peligro, y retener su mirada sin deslumbrarlo. Hasta entonces, nada ha hecho por él... Pero me equivoco; la verdadera filosofía es la que ha afirmado el mundo y la necesidad y la moral y la religión, y cuando Telémaco se acerca a la meta, es también ella la que deja caer sus velos y le descubre que Mentor y Minerva, es decir, la instrucción y la sabiduría, no se distinguen de la verdadera filosofía.

El hombre de la naturaleza, por último, no es el hombre solitario, sino el hombre social: veamos la prueba. Para obtener un hombre solitario, en un desierto, preciso es privarlo de su padre, de su madre y de una mujer: y dentro de la sociedad, es necesario, o que una cierta filosofía melancólica lo relegue a la soledad, o que ciertas ideas religiosas lo confinen en una celda, o, en fin, que la tiranía o las leyes lo hundan en sus calabozos. Por ende, se requieren esfuerzos para obtener un hombre solitario; pero basta con abandonar al hombre a sí mismo, para verlo inmediatamente en sociedad. Luego es el hombre social el hombre de la naturaleza; por tanto el estado de soledad es un estado artificial. Por eso, cuando individuos dispersos y salvajes se unen a un pueblo cualquiera, salen, por decir así, del reino animal, para añadirse al género humano. El hombre solitario sólo puede figurar en la historia natural; y aun allí será siempre un fenómeno. Es una vergüenza perder tiempo y palabras en defender verdades tan triviales; pero ella recae sobre aquellos que nos fuerzan a hacerlo: el hecho es que el buen sentido es aún más escaso que la probidad.

No porque hayan ignorado estas verdades ataco yo a los nuevos filósofos, sino por haberlas combatido y casi ahogado bajo la muchedumbre de sus paradojas; por haber conseguido hastiar a una gran nación de su experiencia y de su buen sentido, por haber llegado a fatigarla de su prosperidad, a avergonzarla de su antigua gloria; por haber redactado, el día mismo de su omnipotencia, su *Declaración de derechos del hombre*, ese prefacio criminal de un libro imposible; por haber olvidado que, entre todas las autoridades, aquélla a la cual el pueblo obedece menos, o de manera más inconstante, es él mismo; por haber desconocido la ley de las proporciones en un gran Estado, y confundido continuamente la soberanía con la propiedad; por haber tentado al hombre social con la independencia del hombre de la selva; por haber tomado como ayudantes a los bandidos que hoy se quejan de tener como amos; por haber creído que era posible, sin corromper la moral pública, vilipendiar y prostituir alternativamente el juramento, despojar a doscientos mil propietarios, y aplaudir los primeros asesinatos que ensangrentaron las manos del pueblo; por haber creído o fingido creer que había en ese pueblo más infortunados que ignorantes y más miserias que vicios (porque de que una revolución se produzca por las faltas de la corte, no hay que concluir que se efectúa por las virtudes del pueblo); por haber dicho: "Deshonremos el honor y, cual nuevos Mecencios, condenemos a los hombres al suplicio de la igualdad"; por haber sostenido que, como su revolución no tenía precedentes, no se le podía oponer ni el razonamiento, ni la historia, ni la experiencia; por haber iniciado, sembrando la democracia en su constitución, un largo y sangriento duelo entre la población y el territorio del país;[47] por haber querido ocultarse a sí mismos, en fin, que el más enorme de los crímenes es poner en peligro la existencia de los cuerpos políticos, ya que son a la vez los principales conservatorios[48] de la especie humana y las mayores copias de la creación.

En efecto, después del universo y del hombre, no existe obra más hermosa que estos vastos cuerpos cuyas dos mitades son el hombre y la tierra, y que viven de las invenciones de aquél y de los productos de ésta. ¡Sublimes alianzas de la naturaleza y el arte, que se componen de armonías y cuyos vínculos crea y estrecha la necesidad! Allí es donde la especie humana se desarrolla en todo

[47] En efecto la democracia, según Rivarol, no es un régimen adecuado para países muy extensos (*empires*), como Francia. (N. del T.)

[48] *Conservatoires*, no en el sentido de establecimiento de enseñanza, sino en el etimológico de institución donde se conservan tradiciones, etc. (N. del T.)

su esplendor; donde florece y fructifica incansablemente; donde las acciones naturales se hacen morales; donde el hombre es sagrado para el hombre; donde su nacimiento es registrado, su vida asegurada y su muerte honrada; allí es donde se eterniza, donde vuelve a empezar, no digo en un hijo que el azar le hubiese dado, sino en el heredero de su nombre, de su rango, de su fortuna y de sus dignidades, para resumir, en otro sí mismo; allí, sus últimas voluntades son recogidas, se convierten en leyes; un hombre muerto es aún un poder, y su voz es oída y respetada. Allí tiene cada uno la fuerza de todos, el fruto del trabajo de todos, sin temer la opresión de todos. En el cuerpo político es el género humano siempre joven, está siempre animado por el doble espíritu de familia y de prosperidad; allí es, por último, donde los pueblos son otros tantos gigantes que cuentan sus años por generaciones, que allanan los montes, que andan sobre los mares, abrazan, fecundan, conocen y dominan el orbe que habitan. Allí está, con todo, lo que nuestros filósofos no han respetado.

Al ver al hombre desnudo, reducido únicamente a sus órganos, supongamos que una voz se hubiese elevado y dicho: "Demos a este ser una velocidad que duplique la que tiene; que recorra la tierra sin fatigarse; que franquee el Océano y dé la vuelta al mundo; que transporte su casa consigo por mar y por tierra; que las paredes transparentes y sólidas de esa casa flotante o rodante sólo dejen pasar la luz, y lo defiendan de la lluvia y los vientos; que tenga la estrella polar a su disposición, el tiempo y el rayo en sus manos; o, por último, que inmóvil y tranquilo en su morada, haga viajar sus voluntades y oír su pensamiento de un confín de la tierra al otro." El mundo habría exclamado: "¡Pero queréis convertirlo en un dios!" Y sin embargo eso es lo que ha sucedido: el hombre subido a una nave, transportado en su coche, provisto de una brújula, de un reloj de bolsillo, de una pluma y de un arma de fuego, ha realizado el prodigio; y este gran paso no será el último: pues en la carrera de las artes, donde termina el hombre que precede, empieza el hombre que sigue. Tal es, en pocas palabras, el resumen de las maravillas que resultan de la reunión política de los hombres; y eso es, no obstante, lo que nuestros filósofos no han respetado.

Ah, si al menos hubieran llevado sus ojos al triste comienzo del género humano, habrían visto cuántas lágrimas y sangre regaron su cuna: pues, al descubrir América, hemos asistido a la Edad de Oro; el hombre de la naturaleza fue tomado in fraganti. Esas grandes palabras ya no pueden hacernos ilusión. ¡Cuántos siglos de antro-

pofagia! ¡Qué de ensayos malogrados! ¡Cuántos pequeños cuerpos políticos abortados o aplastados, antes de que un legislador conquistador o religioso les diera formas estables! Pero es destino de nuestros filósofos no leer ni en los archivos del tiempo, ni en las patentes de la naturaleza: y lo que es mucho más digno de lástima, sus víctimas han compartido su ciego delirio. El hombre tomará siempre por amigos suyos a los enemigos de sus enemigos. Los gobiernos no eran queridos; los filósofos los atacaban, ¡y el pueblo los creyó amigos suyos! El encantamiento fue recíproco, los filósofos creyeron amar al pueblo. Pero el poder, que por esencia se alía con la bondad y la estabilidad en las mentes sanas, fermentó y se agrió en las de nuestros filósofos. Inútilmente Aristóteles había definido la ley como *un alma sin pasiones*;[49] los filósofos, convertidos en soberanos, no oyeron más que la voz de las pasiones y no hablaron más que su lenguaje. Vieron el mundo, la razón y la posteridad en el angosto y fogoso escenario de sus tribunas; confundieron el contagio con el éxito; admiraron todo, hasta el día en que temblaron. La muerte y el destierro los sorprendieron entre lo que querían hacer y lo que hicieron, quiero decir, entre los sueños de la ambición y las obras de la necedad. Vencidos, han merecido sus derrotas, sin que pueda decirse que los vencedores hayan merecido sus triunfos: no se puede hablar de ellos con justicia, sin dar la impresión de hablar con desprecio. Qué se puede pensar, en efecto, de un cuerpo legislativo que dice sin cesar: "¡Ah! ¡Si la naturaleza y la necesidad nos hubieran dejado hacer!"

¿Alegarán hoy que su reinado careció de tiempo y de suerte? Cuatro años, no ya de sumisión, sino de entusiasmo, lo marcaron.[50] ¿Se lamentarán de la falta de información y de advertencias? Se les citará todas las predicciones que tomaron a chacota; y los clamores y el llanto de los propietarios, de que se rieron; y los planes de los monstruos, que conocieron y favorecieron. ¿No era en las asambleas revolucionarias donde se premeditaban las leyes y los decretos de cada día? ¿No era allí donde los diputados del pueblo iban a armarse de la fuerza que desplegaban en el cuerpo legislativo? ¿No se hicieron sinónimos los títulos de *patriota* y de *revolucionario*? "Pero nosotros no asesinamos a nadie", dirán: ¡ridícula clemencia la que deja la vida a quien es privado de los medios de vida! Os habéis olvidado de asesinar: en la carrera del crimen es el único

49 Cf. la *Política*, III, 15. (N. del T.)

50 1789-1793: desde la proclamación del estado llano como Asamblea nacional hasta el Terror. (N. del T.)

olvido que se os conozca, y nos vemos en el extremo de tener que explicar el mal que no habéis hecho. Si pretendéis, pues, no ser en absoluto responsables de los crímenes desmedidos de vuestros aliados, la posteridad, que sabe mejor que nosotros cómo dirigir sus desprecios y sus odios, dará su fallo; ella decidirá entre los que han ornado a la víctima y los que la han inmolado, entre los consejeros del crimen y sus ejecutores; la posteridad verá si los principios no son siempre más culpables que las consecuencias (pues la filosofía moderna no es más que *las pasiones armadas de principios*): ella verá, digo, si no es normal que se haga temblar a aquellos a quienes no se ha podido hacer ruborizarse, y que se convierta en odiosos a aquellos a quienes no se ha podido hacer justos; si se ha de tener alguna compasión o incluso alguna indulgencia con espíritus llenos de soberbia que se han colocado voluntariamente entre un pasado sin disculpa y un futuro sin esperanza; si, en último análisis, la razón no prescribe ubicar el jacobinismo entre los huracanes, las epidemias y las plagas que devastan la tierra. Sólo el bruto muerde la piedra que se le arroja; mas el hombre ve la mano que le golpea, y los filósofos no engañarán a nuestros dolores. La posteridad dirá, por último, hasta qué punto los mismos pueblos han merecido sus desgracias: pues fueron instrumentos antes de ser víctimas, inhumanos antes de ser desdichados; y la prosperidad los había cegado aun antes de que el poder extraviase a sus jefes.

Sabéis cómo es: cuando un gran Estado se halla floreciente, cuando el orden político se ha enraizado en la tierra, madre de las propiedades, y ha levantado sus brazos al cielo, fuente de toda armonía, los pueblos, que descansan a su sombra, olvidan con el tiempo cuántas veces su preciosa semilla fue pisoteada o esparcida por los vientos: la enfermedad de la felicidad se apodera de ellos; sus fuerzas los ilusionan. No la emprenden, como sus desdichados antepasados, contra la naturaleza avara, sino contra la política que los liberó de la severa tutela de aquélla; ya no perciben que la autoridad pública pesa como un escudo y no como un yugo; se agotan en objeciones contra ella; hacen tanto mal a su gobierno como se hacían a sí mismos antes de todo gobierno: pero el castigo llega; y en cuanto el gobierno se disuelve, al volver a encontrarse los bárbaros unos frente a otros, las calamidades vuelven a empezar, y la conservación del género humano se convierte nuevamente en problema.

No podría repetirlo excesivamente: merecer la desgracia es la mayor de las desgracias.

[*El Terror*]

Otros y no yo describirán *ese reinado del terror*, en el cual, para eterna humillación de los ambiciosos sin genio, se vio al más oscuro satélite de la filosofía moderna[51] ascender al trono por un sendero que los filósofos le habían abierto con sus manos y tapizado con sus cabezas: época en la cual, en una superficie de treinta mil leguas cuadradas, seiscientos mil franceses se encontraron repentinamente sin refugio y sin escape; en la cual cada ley aumentaba la cobardía más aún que la desesperación; en la cual ya no se sabía sino gemir, pagar y morir; en que todos estaban en la leva y en cadenas; en que todos fueron víctimas y verdugos: época sin precedentes, en que padres e hijos, empujados por millares a las fronteras, llegaban a ellas temblando para hacer temblar a Europa; llegaban, digo, doblegados por el temor: pero merced a la política de las potencias, encontraban enseguida allí la brillante distracción de las victorias que los hacía enderezarse; y se vio, por primera vez quizá, el miedo orgulloso y el orgullo tembloroso: se vio el primer ejército que haya marchado hasta el presente entre el terror y la gloria, entre los triunfos y el patíbulo; y mientras tanto la nación destrozada en el interior, y temida en el exterior, consternada de las matanzas interminables y confusa de las victorias infructuosas, aguardaba estremecida un nuevo dios y un gobierno ignoto... La agonía de este pueblo duró catorce meses,[52] y no se ha debido a los enemigos de la humanidad, interiores y exteriores, que el último de los franceses no se haya encontrado finalmente en presencia del último verdugo.

Esta aterradora crisis se denominó *gobierno revolucionario*: ¡expresión indefinible, monstruosa alianza de términos, preparada por la filosofía del siglo...! Se ha dado la señal; no hay más autorida-

[51] La pobre opinión que Rivarol tenía de Robespierre se patentiza en el artículo satírico de los *Hechos de los Apóstoles* cuya traducción dimos en otra parte de este volumen. Cf. igualmente el *Pequeño Diccionario...*, *s. v.* (N. del T.)

[52] Desde la caída de los girondinos (31 de mayo de 1793) hasta la caída de Robespierre (9 Termidor = 27 de julio de 1794). (N. del T.)

des; todos son *comités* o *tribunales revolucionarios*; la soberanía del pueblo está suspendida, sus representantes, declarados inamovibles, cesan de ser inviolables; pues uno debe reinar y otro perecer. La nación entera cae simultáneamente en estado de interdicción y de conspiración: menor para actuar y mayor para el suplicio; cae y se retuerce bajo los puñales de cien mil asesinos... ¿Qué es ese carro misterioso, inmenso, cuyas ruedas innumerables van en todas direcciones, cargado de cadenas, de cadalsos, de cabezas cortadas y de cetros rotos? Es el carro de la Revolución. ¿Y ese pueblo horroroso y cubierto de harapos, de mirada extraviada, de brazos ensangrentados, que se agolpa alrededor del carro? Es el pueblo de la Revolución. Mas el carro avanza, y lo aplana todo; marcha continuamente por las plazas públicas, por las calles, ante las puertas; recorre Francia, arrastrando o atropellando mil víctimas por día, y la noche no hace más lenta su carrera. Sobre el carro está sentada la Revolución, con la sospecha delante y el hacha en la mano. El ruido lúgubre de su marcha cubre el de la guerra, y el cañón que truena y mata en lontananza, parece benigno y resplandeciente, para imaginaciones profundamente aterradas de los golpes impresionantes, continuos y sordos de la guillotina. Nada de dolor clamoroso: todo está helado de horror. Nada de consideraciones sobre la propia fortuna o familia: todo es de la Revolución. Nada de piedad por la juventud y la inocencia: todo es necesario. Es preciso que la sangre corra, que las ciudades caigan, que la nación mengüe; es preciso que el bandido aguerrido, y el pobre ocioso y embrutecido, pongan a Francia a su merced. Oigo sólo un grito: *La Revolución andará, el carro avanzará.* ¡Pero cómo! ¡Tantas ciudades sin comunicación, tantas bocas sin murmuración, tanta población sin movimiento! El terror todo lo oprime; el terror todo lo aísla. Viejos respetos, propiedades antiguas, derechos, humanidad, sois conspiraciones: sollozos ahogados, suspiros y gemidos, sois signos de contrarrevolución: el terror es la justicia ... Entre tanto las casas se cierran, los caminos se cubren de maleza, y las murallas de listas mortuorias. ¡Qué silencio! La nación toda está a la escucha; algunos diarios le dicen fríamente los decretos del día y el número de muertos.

Todo francés es sumiso, rastrero, fiel, y todo francés es sospechoso: pasan, se examinan de reojo, por miedo de reconocerse; se reconocen para evitarse. Cuando marcháis al suplicio, sólo una antigua reputación, o algún papel eminente en la Revolución son capaces de atraer una mirada, una palabra o algunos feroces aplausos de ese pueblo

ocupado; y el espectáculo del día siguiente os borra para siempre. Acostumbrado a ver caer, masacrar, exhumar a sus ídolos, el pueblo los sigue al patíbulo con sentimiento *revolucionario.* La subsistencia está asegurada para la muchedumbre que rodea el carro y para la multitud que lucha en las fronteras; sobre todo el resto, las palideces del hambre y las sombras de la muerte. Sólo se tiene en cuenta la Revolución y sólo se cuenta con ella: ella es la que alimenta y devora, la que eleva y derriba, la que produce y destruye.

El oro ya no compra la vida y no es capaz de pagar la huida; y no obstante la corrupción está en el seno de la barbarie. Pero si todo se vende, nada se garantiza: siempre es, *salvo la Revolución y la guillotina*; aquél acaba por morir, tras haberse rescatado seis veces. No esperes, ciudadano pusilánime, refugiarte entre los verdugos, prometiendo ser un facineroso; lo que se requiere es haberlo sido; no son crímenes futuros, sino crímenes cometidos y conocidos lo que te piden. Y en tanto, se puede ser culpable de tantas maneras contra la Revolución, que pocos facinerosos le escapan: pues la Revolución no es un tirano frío que calcule sus golpes; es un tirano hambriento que no perdona ni a sus proveedores ni a sus secuaces, un tirano arrebatado que no puede detenerse sin caer: mas el carro de la Revolución resiste por su masa y dura por su movimiento.

¿Adónde huir? ¿A quién hablar? ¿En quién confiar? Ya no es como en tiempo de los reyes, cuando un destierro era una recomendación ante el público, cuando el desfavor era honorable y hallaba asilos en todas partes. Pero ahora, ni un refugio, ni un corazón, ni una lágrima: ¡el enemigo de una nación! Cae súbitamente en una excomunión universal: su mujer y sus hijos se estremecerían al verlo: preciso es que con su mano abrevie su suplicio y termine su vida, o que venga por sí mismo a ofrecerse al cadalso adonde todo va a dar.

Filosofía moderna, ¡adónde nos has llevado, y a quién nos has entregado! ¡Son ésos tus saturnales, tus triunfos y tus orgías...! ¡Oscura noche, descendida en nombre de la luz! ¡Inmensa tiranía, en nombre de la libertad! ¡Profundo delirio, en nombre de la razón! ¡Sangrientos ultrajes, insultos estudiados, afrentas inhumanas, no es posible ni pintaros con suficiente fidelidad para ser útil, ni atenuaros suficientemente para ser creído!

Así fue tratada la nación francesa; esta nación más inconstante que la fortuna, y cuyo altivo coraje parecía desafiar semejante sis-

tema de opresión. Mas termino; estos grandes infortunios me han arrastrado contra mi intención.[53]

Yo habría podido, indudablemente, ahorrarle al lector esta última ojeada y estos recuerdos desgarradores: mas el momento en que escribo me hizo de ello una dura necesidad. Mucho falta para que los filósofos se hayan cansado de errores, los gobiernos de faltas, y los pueblos de desgracias: y mientras dure el divorcio entre la fuerza y la justicia, entre el poder y la bondad, entre el razona-

[53] Experimento día tras día que las cuestiones políticas son de una dificultad mucho mayor que las abstracciones metafísicas: es más fácil analizar que componer, y el cuerpo político vive únicamente de composiciones. El espíritu puramente analítico le es funesto, como espero demostrarlo.

Pero si las pocas ideas políticas dispersas en este discurso carecen de desarrollo en él, no carecen de verdad.

Quienes creen en el dogma de la soberanía del pueblo, se preguntan frecuentemente cómo una nación puede ser gobernada contra su voluntad: respondo que cuanto más numeroso es un pueblo, menos puede entenderse entre sí: ésa es su impotencia; pero cuanto más numeroso es, más soldados y dinero provee: ése es el poder de su gobierno.

"Casi todas las naciones han confundido las formas republicanas con el goce de sus derechos, y la tiranía de varios con la libertad." Estas palabras no son mías, son de Condorcet. Así hablaba, antes de la Revolución, este filósofo que ayudó tanto a la Revolución, y que se vio forzado, a la edad de cincuenta años, a tomar veneno, en el fondo de una mazmorra, la víspera del suplicio que le preparaban sus hermanos en filosofía y ese pueblo soberano por el cual tanto había escrito.

No puedo evitar hacer aquí algunas reflexiones sobre el gran servicio que Robespierre ha prestado a Francia y a la masa de propietarios, en Europa.

Ciñéndose estrechamente a los principios de la Revolución y llevándolos rudamente hasta sus últimas consecuencias, confundió la obstinación y desembriagó el entusiasmo de los idólatras de dicha Revolución. El buen sentido no hallaba más que incrédulos, porque ponía los males demasiado lejos; mas este tirano, al hacer que el sistema del Terror sucediese al sistema de la injusticia y del extravío, hizo madurar de golpe a la razón pública: él trajo a la presencia de la ignorancia y de la necedad lo que éstas consideraban imposible: él confiscó los bienes de aquellos que habían decretado el despojo de la Iglesia y de la nobleza: él pidió lágrimas a los ojos que reían de nuestros males, y sangre a los espectadores que habían aplaudido a nuestros asesinos: gracias a él, los verdugos han gustado el destino de las víctimas. Así, acelerando los acontecimientos, aproximando las máximas a sus resultados, el principio a las consecuencias y el comienzo a la conclusión, puso el castigo cerca del crimen; y sin aguardar que otra generación viniese a llorar por el delirio y la iniquidad de ésta, no retardó ni un instante la desesperación y el remordimiento: en una palabra, hizo caer sobre la cabeza de los padres los males que preparaban para sus hijos; forzó al error, a la mala fe y a la delincuencia (*brigandage*) a gemir igual que la razón, la probidad y la inocencia; y merced a sus crueldades, el siglo presente se ha juzgado y condenado, ha fallado sobre sí mismo, igual que la posteridad.

miento y la razón, deduciré que los castigos no han igualado aún a los crímenes.

Habría podido, en el curso de esta obra, atenerme escuetamente a la forma analítica, y limitarme aquí a la mera definición de la filosofía moderna y del culto en general; mas tal método y tales formas hablan sólo al puro entendimiento y pronto fatigan la atención. Yo he querido hablar al hombre íntegro; cosa que siempre ha sido más que descuidada en metafísica. He creído por ende mi obligación ofrecer desarrollos e imágenes al ser que sin duda no ha recibido la imaginación para escribir y hablar sin imaginación. No he podido, en especial, negarle un cuadro de la religión a la única creatura que sueña aquí abajo la vida durante el sueño, y la inmortalidad durante la vida.

Como el género humano sigue atormentado por el problema de sus ideas primeras, pensé que tenía derecho a que cada uno de sus integrantes examinase por sí mismo estas interesantes cuestiones. Hay que tratarlas, pues, debatirlas y colocarlas sin descanso bajo nuevas luces, hasta que surja un hombre cuya manera de ver y de describir, más adecuada a la naturaleza de las cosas, o al menos a la nuestra, cumpla mejor con las condiciones del problema, y dé por fin algún descanso al espíritu humano.

Pero para eso, no hay que buscar la novedad: es preferible, cuando se escribe sobre temas metafísicos, encontrarse con las mejores mentes, que presentarse solo y hablar en nombre propio. Los relatos de un viajero que regresa solo de una tierra desconocida son tomados durante mucho tiempo por fábulas.

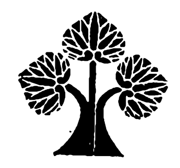
Concluiré con dos observaciones importantes: la primera, que por no ser la metafísica sino el uso más penetrante de la inteligencia, que se aplica a todo, y no posee sector particular, no difiere del espíritu analítico, y no es en modo alguno una ciencia. El metafísico no tiene misión especial de explicar las dificultades, sino de exponerlas con claridad: por ejemplo, no es en absoluto la naturaleza del movimiento y de la materia, sino las leyes de aquél y las propiedades de ésta, lo que considera el metafísico. Distingue éste entre las ideas simples y las mixtas; entre las nociones absolutas y las relativas: sabe, por ejemplo, que el movimiento es absoluto y la velocidad relativa; que la figura y las dimensiones son relativas, y que los límites son absolutos; que cuando tocamos un cuerpo, es el cuerpo lo que tocamos realmente, porque, si los límites son el lugar en que termina el cuerpo, son también el lugar en donde comienza. Así pues, aunque no toquemos más que las formas de

los cuerpos a través de las formas de nuestros dedos, la existencia de los cuerpos y la nuestra no son por ello menos reales: hay contacto de límite a límite. Si bien el ojo no recibe más que imágenes, si el tacto maneja sólo superficies o percibe meras formas, la combinación de ambos sentidos nos hace concebir la *figura*, término compuesto de *imagen* y de *forma*. Si bien la punta de una aguja nos pincha, puede ofrecer una sustentación espaciosa y cómoda a un animal de pequeñez proporcional. El metafísico concluye por tanto que las figuras de los cuerpos están en nosotros, y que sus límites están en ellos. Antorcha del lenguaje y de todas las artes, la metafísica ilumina, indica y no hace. Se ejerce en todo terreno; pero depende de los progresos de la inteligencia y de las lenguas, aún más que del perfeccionamiento de las artes y las ciencias; y a eso se debe que haya habido metafísicos en todos los tiempos. Era especialmente en las épocas en que abundaba más la sutileza que el saber, y la imaginación que la experiencia, cuando florecía el pirronismo: éste nació de los adelantos del intelecto (*esprit*) sobre la ciencia: pues, para dudar de todo, basta tener mucho ingenio y no saber nada.

La segunda observación, es que, aunque haya personificado al sentimiento, lo que he pretendido describir es el hombre únicamente. Ya se lo considere como un revestimiento animado o como un alma revestida, digo netamente que no reconozco más *persona* en el hombre que el hombre mismo.

En último análisis, nuestras obras son meras máquinas; pero los animales son personas [*sic*] y por consiguiente potencias animadas: ahora bien, no hay ni puede haber potencia animada puramente pasiva. Todo ser que siente *recibe y percibe*: es por tanto pasivo y activo en la misma operación. Reducir el hombre a la facultad de sentir no es, pues, restringirlo; pero fuerza es reconocerlo, cuando el hombre pasa de las percepciones a las nociones, y de las sensaciones a las ideas, en una palabra, cuando piensa y se determina, es aún más activo. Toda acción de los cuerpos sobre los sentidos es siempre seguida por una reacción del sentimiento: pero si el animal recibe un golpe demasiado violento, muere sin haberlo sentido: en ese caso no hay reacción alguna: el animal ha sido meramente pasivo. Los filósofos que dicen que el animal sólo puede sentir, y que por consiguiente es una máquina, y aquellos que, para refutarlos, admiten que si el hombre, por ejemplo, sólo fuera capaz de sentir, no sería efectivamente más que una máquina, yerran por igual.

Prospecto *de un nuevo* Diario Político (1800)



Título original: PROSPECTUS.

Introducción

En los archivos del Ministerio de Asuntos Extranjeros en París se conserva la correspondencia intercambiada en 1800 entre el barón de Thauvenay y el conde de Avaray, ambos agentes de Luis XVIII. El rey exiliado residía por entonces con su corte en la remota Mittau (actualmente Ielgava, en Letonia), mientras en Francia Napoleón era ya virtual soberano, tras el golpe de Estado del 18 de Brumario. El primer cónsul no había destruido aún enteramente, sin embargo, las ilusiones de ciertos partidarios de los Borbones, los cuales querían ver en él al nuevo general Monk de una Restauración que en realidad Bonaparte les retrasaría quince años. Thauvenay vivía en Hamburgo, donde también se había radicado Rivarol en 1795. Por sugerencia personal de Luis XVIII, según parece, su representante propuso a nuestro autor encargarse de redactar algunos panfletos contra el "usurpador corso". Rivarol contestó ofreciendo una publicación periódica, que debía ser una especie de continuación del *Diario Político Nacional,* interrumpido diez años atrás.

Las tratativas, de que hay un primer testimonio en una carta de Thauvenay del 4 de abril de 1800, se dilataron durante varios meses; Rivarol recibió incluso ciertos adelantos de dinero de parte del rey para hacer frente a los gastos de impresión, y el barón enviaba al conde de Avaray optimistas informes sobre los trabajos preparatorios. Al transcurrir el tiempo sin que Rivarol diera a luz la obra prometida, Thauvenay empezó a impacientarse; acudió a todos los argumentos para vencer la indecisión y la indolencia del brillante conversador, quien le desarrollaba oralmente, con gran elocuencia, los temas y el plan de su nuevo *Diario*, pero sin entregarle ni una línea escrita. No dejaba de presentar cierto riesgo el atacar a Bonaparte en Hamburgo, donde por ese motivo el Senado de la ciudad, temeroso de las iras del ofendido, había encarcelado recientemente a dos emigrados. Pero en septiembre de 1800, Rivarol se traslada definitivamente a Berlín, y el proyecto no vuelve a mencionarse. Lo único que el agente del rey había obtenido de

él, y no sin trabajo, era el *Prospecto* en que se anuncia la nueva publicación. No se sabe exactamente en qué fecha lo terminó el autor, quien probablemente lo remitió al conde de Avaray sin pasar por su fastidioso intermediario: sin duda fue poco antes de partir de Hamburgo. El manuscrito hallado en los archivos es anónimo, y no proviene de la mano de Rivarol; no obstante, puede serle atribuido con bastante seguridad, por el contenido y el estilo; por otra parte, su autor se identifica formalmente con el del *Diario Político Nacional* de 1789-1790.

¿Alcanzó Rivarol a redactar algo más que el anuncio de su obra? Thauvenay refiere, en una carta del 15 de agosto de 1800, que el escritor le había mostrado "una veintena de cuadernos ya totalmente listos para dar a la imprenta". Las demoras en hacerlo pueden explicarse en parte por la gran rapidez con que Bonaparte hacía evolucionar la situación en Francia, la cual volvía aventurado cualquier juicio en firme, y provocaba además interminables vacilaciones en la desterrada corte de los Borbones, nada segura de si convenía tratar aún de contemporizar con el nuevo amo, o atacarlo frontalmente y ridiculizarlo. La victoria de Marengo (14 de junio de 1800) había brindado al brillante soldado la admiración de Europa, y el momento recomendaba prudencia. En definitiva, los papeles que se nos afirma tenía ya preparados Rivarol quedaron inéditos, y parecen perdidos, cosa tanto más lamentable cuanto que no se limitaban a reunir sus argumentos contra Bonaparte, sino que debían continuar la historia de la Revolución a partir de 1790. El asunto había seguido apasionando a Rivarol durante sus años en el extranjero; lo muestra, por ejemplo, la carta a su padre del 12 de mayo de 1797, desde Hamburgo, donde le informa que, amén de la magna obra del Diccionario de la lengua, tenía en preparación (*sur le chantier*) "una Historia de la Revolución y un gran Tratado sobre la naturaleza del cuerpo político".

Pocos meses después de llegar a Berlín, una breve enfermedad puso fin a la vida de Rivarol, quien no había cumplido aún los cuarenta y ocho años. Su obra quedó inconclusa, y aunque sus amigos recogieron cuidadosamente sus papeles inéditos, las publicaciones póstumas no fueron completas ni enteramente fieles. El *Prospecto* que presentamos, hallado por A. Le Breton a fines del siglo pasado en archivos oficiales, como hemos dicho antes, no parece haber atraído la atención de historiadores posteriores que se ocuparon de Rivarol. Hemos considerado interesante traducirlo, a

pesar de su brevedad, por ser cronológicamente el último escrito sobre temas políticos que nos ha llegado de él. Seguimos el texto de Le Breton, *Rivarol*, pp. 234-237; cf. *ibid.*, pp. 55-59, el apéndice § 7, pp. 345-350, y en la Bibliografía, la p. 371.

G. P.

Prospecto

El *Diario Político*, dirigido contra los autores y los principios de la Revolución, apareció en el mes de junio de 1789,[1] época en que Francia y el resto de Europa consideraban esta Revolución la gran dádiva de la filosofía, la reunión de todos los anhelos, el acuerdo de todos los esfuerzos, el feliz resultado de todas las luces, y la prueba más cabal de que el mundo había vivido hasta entonces sin inteligencia, sin juicio, sin moral y sin política.

La Asamblea constituyente, fortalecida con la debilidad del rey, ensoberbecida con la insurrección de París, embriagada de sus triunfos, mareada con el incienso que humeaba en su honor en todas las provincias, y creída en la admiración de los extranjeros, lo derribaba todo con estrépito, y en ese estado de ofuscamiento no preveía ni las consecuencias de sus principios ni los sucesores que se preparaba.

El autor del citado *Diario* escribió inútilmente en nombre de la política y la experiencia de todos los tiempos. Habló inútilmente en pro de la moral y la clemencia. Su voz se perdía en medio de la destrucción universal: y calló.

El *Diario Político*, en efecto, abarca solamente los primeros seis meses de la Revolución;[2] todos los grandes golpes habían sido asestados, la cantidad había triunfado sobre la calidad. La aristocracia de personalidad reemplazaba a la aristocracia de nacimiento; los decretos hacían a las leyes[3] la misma guerra que los asignados al metálico; acabada la nobleza, acabado el clero; la Asamblea le

[1] En realidad, el primer número tiene fecha del 12 de julio. En una nota de la "Recapitulación" del *Discurso preliminar*... (véase más arriba, p. 533) Rivarol afirma también que atacó a la Asamblea nacional con el *Journal Politique*, ya "a fines del mes de junio de 1789". Si su memoria no lo engañaba, tal vez ello signifique que los artículos que el *Journal* iba publicando estaban listos algunas semanas antes. (N. del T.)

[2] Es decir, hasta fines de 1789: éso en cuanto a los principales temas tratados; la publicación misma se extendió, como hemos visto, un año más, hasta fines de 1790. (N. del T.)

[3] Téngase en cuenta que las "leyes" (*lois*) emanaban de la Corona, en tanto que la Asamblea dictaba "decretos" (*décrets*). (N. del T.)

había quitado el reino al rey, sin pensar que pronto se habría de quitar el rey al reino. Había ornado la víctima, y los jacobinos no tenían más que aplicar el hacha. ¿Qué digo? La Asamblea misma, demasiado encarnizada con su presa, había caído junto con ella en la fosa, y Francia no era más que una vasta casa de fieras cuya llave la tenían los tigres. ¿Qué recursos le quedaban entonces a los hombres sensatos y a los propietarios, cuando todo era esperanza y perspectivas para los locos y los bandidos?

Preciso fue, pues, salir de Francia en el momento en que los jacobinos preferían aún nuestra huida a nuestra muerte. La razón, al principio inútil, era ya criminal; los mismos franceses decían que preferían ser exterminados antes que ilustrados. No habría escrito más que para irritar a sus verdugos; no quise ser el historiador del infortunio y el crimen.

Estos diez primeros años que han consumado la ruina de la monarquía francesa proporcionarán decorados bien tristes a la historia. El cuadro es vasto y se complica: mi propósito es únicamente echar luz sobre lo fundamental. Mostraré el encadenamiento de todas las facciones que se exterminaron sucesivamente entre sí hasta la facción reinante.

El *Diario Político* dice categóricamente que es fácil prever que el primer ejército francés que haya realizado una campaña victoriosa decidirá el destino de Francia y le dará nuevamente formas monárquicas a pesar de los Estados generales. Todo ejército es instrumento de bien o de mal, y los generales y los reyes manejan mejor que los cuerpos legislativos ese tipo de instrumentos. Nº 11, 1789.

La predicción se ha cumplido; el reinado de los abogados ha concluido; mas es preciso explicar por qué este desenlace se produjo tan tarde.

El momento me parece favorable para escribir. Si es verdad, como lo ha demostrado la experiencia, que los aprendices son maestros en revoluciones, necesariamente los maestros han de arrepentirse. Los franceses, otrora afortunados y descontentos, son hoy desdichados y culpables. El espíritu público en Francia combina el envilecimiento en que lo sumen sus nuevos amos y el orgullo que le dan sus victorias. Pero la conciencia pública está aún más indecisa, porque si bien se irrita de las injusticias de su gobierno, está en connivencia con él en lo que respecta al despojo de los propietarios. El gobierno actual se ha hecho el albacea de Robespierre y el Directorio; mas, para sentarse mejor en el trono, reco-

noce los errores y las atrocidades de sus predecesores. Los discursos públicos de los hermanos Bonaparte son resúmenes de todo lo que hemos dicho contra la Revolución, de modo que estamos proscritos por haber tenido razón diez años antes que ellos.

Mas aunque la lucha de los errores contra los crímenes dura todavía, no es menos cierto que en el gobierno la hipocresía ha sucedido a la violencia, en la nación la vergüenza a la embriaguez, y en Europa la admiración a la alarma. Lo que importa es aprovechar este instante en que Francia, al caer de precipicio en precipicio, ha sido retenida por el ejército y queda como suspendida de la espada de Bonaparte, para hablarle nuevamente de sus intereses en nombre de sus infortunios. Arrastrada por la Asamblea constituyente, se encuentra hoy en manos de un amo que reúne todos los poderes, primero república jacobina titulada monarquía, y hoy violenta monarquía titulada república: extraviada y oprimida, tal es su historia.

Hablaré al corazón de los franceses, ya que no pude obtener resultados con su inteligencia, ¡y ojalá pueda predecir su vuelta a la cordura y a la felicidad igual que predije su locura y su pérdida! No que mi tema no me inspire desconfianza: escribo para el orgullo caído en el abismo, para enfermos en presencia de los curanderos que los embaucan, para una generación que pasa y que encontrará el valor de mis razones en sus lamentos y en sus pérdidas más bien que en la misma razón. Se trata de probar a esa nación que ha sido envidiosa para con los afortunados, implacable para con los desdichados; que ha elegido sus víctimas entre sus bienhechores y sus amos entre sus verdugos. Es preciso hablar a esa numerosa clase de víctimas que capituló ante la Revolución, y cuyas provisiones de honor y de valor parecen agotadas; a quienes, engañados por el amor a la patria, prefirieron las crueldades de una madrastra a las perfidias de sus amigos. Antaño sacrificaban sus bienes para adquirir la nobleza; hoy han sacrificado la nobleza para recuperar sus bienes, y no han adquirido más que el triste privilegio de mendigar a la puerta de sus residencias.

La política de las potencias exige un lugar importante en la historia de la Revolución: *ipsi principes illam osculantur qua sunt oppressi manum.* Opresión interior,[4] protección en el exterior, nada

[4] El manuscrito publicado por Le Breton —que no es autógrafo de Rivarol— dice: *Oppression* extérieure, *protection au dehors.* Aparte de que la frase pierde así fuerza y nitidez, los párrafos precedentes muestran que la "opresión" se refiere a la situación *interior* de Francia, tanto bajo la tiranía de los

faltó en nuestras desgracias. De ahí que un escritor puede acabar por resultar odioso a ambos partidos; basta para ello que el vencedor sea muy criminal y el vencido esté muy envilecido, uno sin moral, y el otro sin honor. Por lo demás, las revoluciones son tiempos de falsas reputaciones. En épocas tranquilas se depende de las clases altas, pero en las revoluciones se depende de los más viles y arrebatados de entre los hombres. Por lo demás, ¡la razón dispone de tan pocos momentos para aparecer! Si habla antes de los acontecimientos, es tildada, como Casandra, de profetisa de mal agüero. Si se presenta después, es tratada de medicamento, porque es amarga. Inútil antes, odiosa después.[5] El que tiene razón un día antes que los demás será harto afortunado si no es tomado por loco más que ese día.

Mas ¿por qué ha de ser imposible escribir a una nación para iluminarla, como escribían hace diez años para extraviarla? ¿Es imposible acaso conciliar la moral y la política, rehabilitar el sentido común? ¿Y no es la razón imprescriptible? ¿Cómo podría yo negarme a tan noble alegato? ¿O tal vez la usurpación, la violencia y la perfidia han abierto tantas bocas, armado tantos brazos en su defensa, y todos serían mudos por la inocencia desdichada, por los derechos sagrados de la propiedad y esta casa de Borbón que nos ha dado a Francisco I, el restaurador de las Letras, a Enrique IV y el magnífico siglo de Luis XIV? ¿Sería posible que el bienhechor de Bossuet, el creador de Molière, de Corneille, de Racine, de Boileau, no hallara una voz para defenderlo en esta misma posteridad donde los perseguidores y los asesinos de su casa se visten aún con los rayos de su gloria y se protegen con los monumentos de su reinado? En cualquier caso, esta posteridad exige que la memoria de tantos errores y de tantos infortunios no se pierda para ella; exige sobre todo que esa lamentable mixtura de sofismas, de pasiones y de crímenes no sea un enigma; es necesario que podamos decir como un gran Pontífice a la hora de la muerte: "Sé por mano de quién, de qué y por qué muero." Todo escritor de la Revolución[6] sería más culpable aún ante la posteridad, porque si

---

jacobinos como sometida a la monarquía de hecho —y pocos años después sancionada constitucionalmente— de Bonaparte. Lo más sencillo, pues, es suponer que el texto —que en otros pasajes es también poco claro, como lo indicó el editor— debería traer *intérieure*. (N. del T.)

[5] Las mismas ideas al comienzo de la *Carta al señor de La Porte* del 30 de septiembre de 1791. (N. del T.)

[6] Le Breton ha señalado la oscuridad de este pasaje, que él propone hacer más inteligible añadiendo tras "Revolución": "que careciera de perspicacia".

bien las facciones, las maquinaciones, las conspiraciones de toda especie se sucedieron, no ha habido misterio alguno. Las pasiones hablaron a gritos, las picas y los puñales brillaron en todo momento ante los ojos, y las conspiraciones fueron asambleas políticas; y si las distintas facciones que se suplantaban unas a otras efectuaron a veces conciliábulos más secretos, la mañana siguiente sacaba a luz la obra de la noche. Puede afirmarse que todos los libros que se publican con títulos como *Causas Secretas de la Revolución* se deben a unos cuantos charlatanes o a extranjeros mal informados. La filosofía había prometido tanto que tenemos derecho a examinar los frutos que ha dado. Instruiremos este magno proceso en el cual todo hombre de bien es necesariamente juez y parte. Porque —y es importante señalarlo— se debe recordar bien que entre el género humano y sus adversarios imparcialidad *no es justicia.*

El sentido general del párrafo es, en todo caso, que quienes escriban sobre la Revolución tienen ante la posteridad la obligación de hacer que esa terrible experiencia sirva de algo, y para ello no deben ir a buscar causas misteriosas cuando la principal responsable —si se dejan de lado las pasiones e intereses circunstanciales— está a la vista de todos: es la filosofía del siglo, que Rivarol ya acusó en páginas memorables del *Discurso preliminar* de 1797. (N. del T.)

Índice

INTRODUCCIÓN GENERAL

DIARIO POLÍTICO NACIONAL (1789-1790)

ARTICULOS Y SUELTOS PUBLICADOS EN LOS *HECHOS DE LOS APÓSTOLES* (1789-1790)

PEQUEÑO DICCIONARIO DE LOS GRANDES HOMBRES DE LA REVOLUCIÓN (1790)

CARTAS Y ESCRITOS PARA EL SEÑOR DE LA PORTE (CONSEJOS A SU MAJESTAD LUIS XVI) (1791-1792)

CARTA A LA NOBLEZA FRANCESA (1792)

SOBRE LA VIDA POLÍTICA, LA HUIDA Y LA CAPTURA DEL MARQUÉS DE LA FAYETTE (1792)

FONDO EDITORIAL DE EDICIONES DICTIO

CLÁSICOS DE ESPIRITUALIDAD

IMITACIÓN DE CRISTO — *Tomás de Kempis*

INTRODUCCIÓN A LA VIDA DEVOTA — *San Francisco de Sales*

DIÁLOGOS DE LA CONQUISTA DEL REINO DE DIOS — *Fray Juan de los Ángeles*

RELIGIÓN

CRISTO, ¿VUELVE O NO VUELVE? — *Leonardo Castellani*

EL EVANGELIO DE JESUCRISTO — *Leonardo Castellani*

EL APOKALYPSIS DE SAN JUAN — *Leonardo Castellani*

LOS PAPELES DE BENJAMÍN BENAVIDES — *Leonardo Castellani*

CATECISMO ROMANO — *Concilio de Trento*

LA BIBLIA DE UNA ABUELA — *Condesa de Ségur*

EL SEXTO SELLO — *Hugo Wast*

EL PSALTERIO EN VULGAR — *Carlos Sáenz*

CLÁSICOS DE LA POLÍTICA

ESCRITOS POLÍTICOS (1789-1800) — *Antoine de Rivarol*

CONSIDERACIONES SOBRE FRANCIA - ENSAYO SOBRE EL PRINCIPIO GENERADOR DE LAS CONSTITUCIONES POLÍTICAS — *Joseph de Maistre*

REFLEXIONES SOBRE LA REVOLUCIÓN FRANCESA Y OTROS ESCRITOS — *Edmund Burke*

ESTUDIO SOBRE LA SOBERANÍA — *Joseph de Maistre*

HISTORIA

Formación de la Ciudad Cristiana — *Rubén Calderón Bouchet*

Apogeo de la Ciudad Cristiana — *Rubén Calderón Bouchet*

Decadencia de la Ciudad Cristiana — *Rubén Calderón Bouchet*

La ruptura del sistema religioso en el siglo XVI — *Rubén Calderón Bouchet*

De la epopeya emancipadora a la pequeña Argentina — *Julio Irazusta*

Así se hizo América — *Vicente D. Sierra*

Sentido misional de la conquista de América — *Vicente D. Sierra*

San Martín íntimo — *Carlos Ibarguren*

Nuestra tradición histórica — *Federico Ibarguren*

Gobernantes, caudillos y escritores — *Julio Irazusta*

POLÍTICA

Los judíos — *Hilaire Belloc*

La política, cenicienta del espíritu — *Julio Irazusta*

Las canciones de Militis — *Leonardo Castellani*

Catilina — *Ernesto Palacio*

De Monroe a la buena vecindad — *Carlos Ibarguren (h.)*

Concepción católica de la política — *Julio Meinvielle*

Acerca de una política nacional — *Ramón Doll*

Escritos políticos e historicopolíticos — *Carlos Ibarguren*

Guerra contrarrevolucionaria — *Jordán B. Genta*

Ensayos - Artículos - Discursos — *Juan C. Goyeneche*

Estudios historicopolíticos — *Julio Irazusta*

ECONOMÍA

La restauración de la propiedad — *Hilaire Belloc*

BIOGRAFÍA

Vida de Sarmiento — *Manuel Gálvez*

El verdadero Alberdi — *Juan Pablo Oliver*

Vida de don Gabriel García Moreno — *Manuel Gálvez*

Las aventuras de Don Bosco — *Hugo Wast*

Vida de Don Orione — *Juan Carlos Moreno*

MEMORIAS

Vocación de escritor — *Hugo Wast*

La historia que he vivido — *Carlos Ibarguren*

CRÍTICA LITERARIA

Actores y espectadores — *Julio Irazusta*

Políticos y literatos del mundo anglosajón — *Julio Irazusta*

Crítica literaria — *Leonardo Castellani*

Nueva crítica literaria — *Leonardo Castellani*

Historia del folklore argentino — *Juan Alfonso Carrizo*

ENSAYO

Seis ensayos y tres cartas — *Leonardo Castellani*

NOVELA

El camino de las Llamas — *Hugo Wast*

Ciudad turbulenta, ciudad alegre... — *Hugo Wast*

El Kahal - Oro — *Hugo Wast*

Juana Tabor - 666 — *Hugo Wast*

Novia de vacaciones — *Hugo Wast*

Autobiografía del hijito que no nació — *Hugo Wast*

Los ojos vendados - El Vengador — *Hugo Wast*

Estrella de la tarde - ¿Le tiraría usted la primera piedra? — *Hugo Wast*

CUENTO

El nuevo gobierno de Sancho — *Leonardo Castellani*

Camperas — *Leonardo Castellani*

Martita Ofelia y otros cuentos de fantasmas — *Leonardo Castellani*

Las muertes del padre Metri — *Leonardo Castellani*

Historias del norte bravo — *Leonardo Castellani*

POESÍA

El cristianismo en los cantares populares — *Juan Alfonso Carrizo*

El libro de las oraciones — *Leonardo Castellani*

Loor de Nuestra Señora la Virgen del Valle y otros libros de poesías — *Juan Oscar Ponferrada*

VIAJES

Del Plata al Niágara — *Paul Groussac*

Esta obra se terminó de imprimir el día 31 de mayo de 1980 en Artes Gráficas Cadop, Zañartú 1383, Bs. Aires.